

OBRAS

SAN VICENTE
DE PAUL

COMPLETAS III

correspondencia / 3

1646/1650

sigueme

Je supplie vos humblement
Vre chante prendre la peine
nous mander sy ce sera p^r
demain apres dîner que
ravertray nos 4 soeurs si me
suis oubliee de vous proposer
m^{re} s^r Anne de s^t pol de qui
re croy il faut menager
l'esprit et m^{re} s^r Genevieve
de l'hotel Dieu qui est
maintenant dans p^r ce delaxer
de la fatigue quelle a eue p^r

VICENTE DE PAÚL

OBRAS
COMPLETAS

TOMO III

VICENTE DE PAÚL

OBRAS
COMPLETAS

SAN VICENTE DE PAÚL

TOMO III. CORRESPONDENCIA 3

Agosto 1646 - Marzo 1650

Trad. de A. Ortiz sobre la edición crítica de P. Coste.
Ediciones Sígueme - Salamanca : 1975.
[Adquiridos todos los derechos por Editorial CEME, en 1982]*

* Las cifras entre corchetes indican el número de la carta en la edición francesa de Coste, el tomo y la página, incluido el tomo XV (Mission et Charité, n.19-20, enero-junio, 1970) (N. del E).

868 [829,III,1-4]

A ESTEBAN BLATIRON

París, 2 agosto 1646

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Soy incapaz de expresarle el consuelo que ha recibido mi alma con la lectura de la suya, al admirar la bondad de ese santo cardenal ¹ y su comportamiento con usted. Convendrá que se atenga usted a las circunstancias en lo que se refiere a las dificultades de la fundación. No sé por qué me ha enviado usted el proyecto que, por lo que colijo de la suya ², había dirigido a Génova el padre Codoing ³.

Le escribiré inmediatamente al padre Dehorgny que le envíe a alguien distinto del padre Dunots ⁴ y que el que le envíe

Carta 868 (CA). — El original fue vendido por Charavay, en cuya casa tomamos copia del mismo. Es manuscrito del santo, excepto la parte de la postdata que empieza por las palabras *Hace tiempo*.

1. El cardenal Durazzo, arzobispo de Génova.

2. La carta de Esteban Blatiron.

3. Donde se detuvo algún tiempo al regresar de Roma.

4. Humberto Dunots, nacido cerca de Saint-Claude (Jura), fue atraído a la Congregación de la Misión por Bernardo Codoing, que lo recibió en Annecy en 1642. Era ya sacerdote y tenía 40 años. Siguió a Bernardo Codoing a Roma, donde permaneció hasta su muerte. Murió de peste, en San Salvatore, cerca de Roma, el 29 de septiembre de 1649, pocos días después de haber confesado a un apestado, que le contagió su enfermedad. En una carta escrita después de su muerte (Biblioteca municipal de Lyon, manuscrito 774, f.º 219-223), Martin Le Vasseur, sacerdote de la Misión, tras elogiar su gran piedad, perfecta observancia y mortificación, que le llevaba a usar instrumentos de penitencia, añadía: «Es muy difícil que un hombre pueda llegar en esta vida a tan gran pureza e inocencia. como este buen siervo de Dios». Humberto Dunots era escrupuloso y poco apto para la enseñanza. Por esta carta vemos cómo padeció la molesta influencia de Bernardo Codoing. Afortunadamente, fue por poco tiempo.

sea sabio, de vida interior, juicioso y capaz de llevar el seminario, o al menos que tenga estas cualidades lo más que se pueda.

El padre Dufestel ⁵ se ha marchado a casa, debido a la continua oposición que él tenía y que creaba en los demás contra el gobierno de la Compañía, llegando a amenazar que la destruiría después de mí, y poniendo efectivamente las bases para ello. Ya hace mucho tiempo que llevaba prometiéndome que se corregiría; pero en vez de ser así, hacía todo lo contrario. Hemos hecho que le den el deanato de Lillers, en Artois. Es una de las ciudades conquistadas ⁶, El se ha quedado contento y la Compañía en paz.

El padre Codoing ⁷ sigue tirando. Tengo miedo de lo que me dice usted y el padre Martin, aunque parece que se va arreglando. Seguiremos los consejos de ustedes sobre su residencia y ocupación ⁸, Tenía ya tan engatusado al padre Dunots ⁹, que éste le propuso marcharse los dos a Ginebra.

¡Dios mío! ¡Pero qué es lo que usted me dice de esa horrible malicia del pobre h[ermano] P[ascual]! ¹⁰ ¡Que el espíritu maligno le haya hecho decir a un sacerdote de la Compañía lo que él dice ¹¹, siendo quizás un impostor! ¡Dios mío! ¡O él ha cometido una infamia tremenda, o el otro es culpable de un gran mal! Haga el favor de enviárnoslo cuanto antes y lo más suavemente que usted pueda; entretanto utilice usted a cualquiera, hasta que llegue el que espero enviarle dentro de dos o tres días. No le mandaré al que le dije anteriormente ¹², pues lo hemos enviado a Le Mans, dado que usted nos indicaba que podría prescindir de él.

Comprendo perfectamente que esos señores hayan sacado la conclusión que usted me indica; pero ¿*cui fini* me ha enviado

5. El nombre de Dufestel está borrado en el original.

6. Tomada a los españoles.

7. El nombre de Codoing se lee con cierta dificultad bajo las tachaduras.

8. Fue nombrado superior del seminario de Saint-Méen.

9. Se ha intentado hacer ilegible este nombre sobre el original a fuerza de tachaduras.

10. Juan Pascual Goret.

11. El santo añadió las palabras: *¡Oh Jesús! ¡Qué maldad!*, que tachó a continuación.

12. El hermano Nicolás o el hermano Le Rogueux (cf. carta 866).



usted el proyecto de la fundación? ¿Es que S. E. estaba dispuesto a hacer enseguida la fundación? En ese proyecto hay algunas condiciones que podrían alterar el orden de la Compañía y quizás destruirla en ese lugar. Le ruego que me indique *cui fini* es ese escrito (no he podido sacar nada en limpio de la lectura de su carta), y entonces podré decirle lo que pienso sobre esas dificultades.

Le escribo desde Orsigny ¹³, donde me encuentro desde ayer; dentro de dos horas regresaré a París, de donde le envié su carta a la señora duquesa de Aiguillon, que la quería ver.

No me acuerdo ahora de los demás puntos de su carta, para poder contestarle.

Las noticias de por aquí son que, gracias a Dios, la Compañía sigue bastante bien por todas partes ¹⁴, a no ser quizás por lo que usted me dice de ese hermano; hay actualmente en París unos sesenta sacerdotes en el seminario de Bons-Enfants; y unos cuarenta en el seminario del pequeño San Lázaro, que empieza bastante bien, gracias a Dios ¹⁵; que nos llaman para Nuestra Señora de Plancoet, un lugar de mucha devoción, poco más allá de Saint-Malo; que el padre Nouelly y el hermano Barreau han partido para asistir a los pobres esclavos cristianos de Argel; y que estamos a punto de enviar un sacerdote y un hermano a Salé, en el reino de Marruecos, en Berbería.

Esto es poco más o menos lo que puedo decirle; mi corazón tan ruin siente un gran afecto por el suyo, al que quiere más que así mismo. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL
i. s. de la Misión

Le escribo al padre Dehorgny que le envíe a alguien que sepa llevar el seminario, aunque tenga que dejar lo que allí esté haciendo: le ruego que nos envíe al hermano P[ascual], apenas

13. En el municipio de Saclay.

14. Primera redacción: por la gracia de Dios.

15. El pequeño San Lázaro, o seminario de San Carlos, daba a la calle del Faubourg Saint-Denis y ocupaba el ángulo formado actualmente, al lado de los impares, por el cruce de esta calle y el boulevard de La Chapelle.

reciba la presente. Haremos salir a nuestro buen hermano ¹⁶ dentro de tres días.

Ya hace mucho tiempo que le envié por el correo de Marsella las tijeras, los cortaplumas, los folletos y las estampas. Me parece que el padre Chrétien ¹⁷ se ha retrasado en enviárselas hasta ver quién es el que iría a visitarles a ustedes. Si tiene usted prisa, escríbale.

Dirección: Al padre Blatiron, sacerdote de la Misión, en Génova.

869 [830,III,5]

A LUISA DE MARILLAC

París, 4 agosto 1646.

Señorita:

Hace ya semana y media que partió usted, sin que hayamos recibido noticias suyas. Todo el mundo desea saber algo de usted y no sé qué decirles a los que me preguntan; yo mismo, más que los demás, estoy preocupado y sólo puedo dirigirme a usted para pedir noticias. Tengo miedo de que los muchos calores que han hecho y las molestias del coche le hayan perjudicado o debilitado; por ello espero sus noticias con mucha impaciencia y con el propósito de darle gracias a Nuestro Señor, si se encuentra usted mejor que cuando partió ¹.

16. El hermano Sebastián Nodo.

17. Juan Chrétien, nacido el 6 de agosto de 1606 en Oncourt (Vosgues), ordenado de sacerdote el 5 de abril de 1631, fue recibido en la Congregación de la Misión el 26 de noviembre de 1640; superior en Marsella de 1645 a 1653, subasistente en la casa madre en 1654, superior en La Rose de 1655 a 1662. Formaba parte de la casa de Troyes el 26 de noviembre de 1667.

Carta 869. — Manuscrito san Pablo, 64. La carta siguiente nos indica que ésta está escrita por el hermano Ducournau.

1. Luisa de Marillac había dejado París el 26 de julio, en compañía de Francisca Noret, sor Turgis, destinada a Richelieu, y las hermanas que deberían formar parte de la comunidad de Nantes: Isabel Martin, Claudia, Margarita Noret, Catalina Bagard, Petra de Sedan y Antonieta de Montreuil. Llegaron a Orleans el día siguiente por la tarde. Allí se quedó

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Padre:

Recibí ayer una carta que en cierto modo me pareció ser de su caridad; pero como no vi en ella ninguna señal de su escritura, me preocupé mucho con el temor de que estuviera usted enfermo; algo me ha consolado lo que el buen hermano Ducournau ha hecho el favor de indicarme. En nombre de Dios, padre, ya sabe usted la necesidad que tiene de dedicar algo de tiempo a su salud y de procurar sentirse bien para el servicio de Dios.

Me extraña mucho que no haya recibido usted la carta que le escribí desde Orleans, donde no nos detuvimos más que el sábado por la mañana, para proseguir el camino lo antes posible, mientras Dios me daba fuerzas para ello. Mi venerado padre, si conociera usted toda la ayuda que de él he recibido, le expresaría toda su gratitud para suplir mis infidelidades e ingratitudes. Así se lo suplico que lo haga, por el santo amor de Dios.

No sé lo que pasará con esta fundación¹, de la que no he visto por ahora más espinas que algunas murmuraciones del pueblo, y tantos aplausos por parte de todos que me parece increíble. No nos hemos detenido en Angers más que tres días; allí tuve de nuevo el honor de escribirle; estuvimos luego cuatro o cinco horas en Tours, y si no llegamos a Nantes hasta el día 8 de agosto, fue por culpa del agua, que estaba extraordinariamente baja. Y aunque hicimos todo lo que pudimos para que nadie

la mañana del 28, para seguir el viaje; pernoctó en Meung-sur-Loire y se detuvo también en Cour-sur-Loire y en Mont-Louis. En el puerto de Ablevoie sor Turgis se separó del grupo, camino de Richelieu. En Tours se detuvieron seis o siete horas. Nueva etapa en Saumur y peregrinación a Nuestra Señora des Ardilliers. Las viajeras pasaron la noche siguiente en Ponts-de-Cé, hospedadas por la esposa de un cirujano. De madrugada tomaron el barco que las llevó el 3 de agosto a Angers, donde pasaron tres días con las hermanas del hospital. De Angers a Nantes, en tres etapas, viajaron también por el río. Llegaron al cabo de su viaje el miércoles (Cf. *Lettres de Louise de Marillac*, 261-273).

Carta 870 (CA) — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. La fundación de Nantes.

supiera el día de nuestra llegada, la buena señorita La Carisière ya había dado las órdenes oportunas para que vinieran a buscarnos al barco y llevarnos, después de visitar al Santísimo Sacramento, a casa de la señorita des Rochers, que le saluda a usted con toda humildad y me ha indicado la pena que sentía por no haber tenido respuesta de las dos cartas que tuvo el honor de enviarle a usted desde que falleció su esposo, que era muy amado y apreciado en esta ciudad.

Ya le indiqué las dificultades que había para pedir al señor de Jonchères para director de nuestras hermanas; pero, si usted no dispone otra cosa, no veo más solución que elegir al que él indique y decirle que es eso lo que usted desea.² El no es como me habían dicho y no creo que su hermana haya podido estropear las cosas, ya que es muy celosa y razonable y hace mucho bien, no sólo en este hospital, sino en todas las casas piadosas donde es necesario.

Quiera Dios, mi veneradísimo padre, que yo tenga bastantes fuerzas y amor para reconocer la solicitud de la divina Providencia sobre nosotras. ¡Cómo cantaré entonces sus alabanzas! Siempre me quedaré corta y tendré que invitar a toda la corte celestial a darle a Dios toda la gloria posible, y a usted, mi veneradísimo padre, a quien nuestro buen Dios le hace conocer su conducta con nosotras, que supla nuestro defecto.

Esta santa Providencia, que conoce mis propósitos y resoluciones, ha permitido que hayamos encontrado enferma de la rodilla a la hermana que deseábamos traer para acá, para que traigamos a otra, que era preciso cambiar. Bendigamos siempre a Dios por sus misericordias. Yo lo haré especialmente para agradecer la gracia de ser su muy obediente hija y humilde servidora,

L. DE MARILLAC

2. Había entonces en el hospital un antiguo capellán, al que deseaba sustituir el señor des Jonchères, confesor ordinario de las religiosas de la Visitación. Luisa de Marillac había sido hasta entonces poco favorable a esta elección por los motivos que aquí deja vislumbrar, y también porque temía disgustar a las Visitandinas.

Creo que bastará con quince días para dejar aquí resueltos nuestros asuntos.

11 agosto [1646]³.

Dirección: Al padre Vicente.

871 [832,III,7-11]

A ANTONIO PORTAIL

París, 12 agosto 1646. ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le escribo un poco de prisa; es para decirle que alabo a Dios por la forma con que usted trabaja y que le ruego le bendiga cada vez más en Richelieu y en otras partes.

Hace algunos días que estoy pensando si será preciso que le mande venir para retocar nuestras reglas, a propósito de lo que usted me dijo que hay que cambiar; como supongo que usted se acordará, le ruego que me lo indique, ya que no puse la atención debida cuando usted me habló de este asunto y ahora me cuesta arreglarlo por mí mismo. Es que el señor obispo coadjutor ¹, que tiene ahora sus facultades para aprobar nuestras reglas, por haber delegado en él el señor arzobispo durante su ausencia, quiere trabajar en ello. Dígame, pues, de nuevo lo que piensa que hay que cambiar en nuestras reglas y en las de las Hijas de la Caridad.

Notará usted algún trajín en Saintes y en La Rose. Hemos enviado al padre Dufour como superior al primer lugar y le hemos dado el padre Noyelles, quien está herido por el modo de ser de dicho padre Dufour hasta tal punto que está muy impresionado y el buen padre Le Sou-dier² está de acuerdo con él, pues me ha escrito de forma que parece estar molesto; así pues,

3. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

Carta 871 (CA). — Archivo de la Misión, original.

1. Juan Francisco Pablo de Gondi, futuro cardenal de Retz.

2. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

creo que será conveniente que tome usted alguno de Richelieu, si puede ser, en lugar del padre Noyelles, y que lo envíe usted. Es menester que sea un hombre que predique, ya que tendrá que dirigir la misión en Saintes, mientras que el padre Dufour llevará el seminario. El padre Bourdet se entendería bien con el padre des Noyelles; pero no acabo de ver a quién podría usted retirar de allí; nada le digo de Saint-Méen, ya que los benedictinos reformados los han echado de allí por medio de un decreto del parlamento; se está trabajando para que vuelvan y hay una orden del Consejo para ello ³.

3. Los benedictinos de San Mauro habían visto mal la transformación de la abadía de Saint-Méen en seminario y protestaron ante el parlamento de Bretaña, al que habían sido dirigidas las cartas patentes reales, según costumbre, para que las legalizase y registrase. Cuando el obispo de Saint-Malo se enteró de esta oposición, temió por su proyecto y, en vez de presentar las cartas, volvió a la corte y pidió otras, para que las enviasen al gran consejo, y no al parlamento, para su registro y ejecución. Sin embargo, este nuevo planteamiento exigía tiempo, y el parlamento de Bretaña, urgido por los benedictinos de Saint-Mélaine, pedía al prelado que mostrase las cartas que decía haber recibido del rey. Ante sus respuestas dilatorias, renovadas continuamente, el parlamento le prohibió, el 1 de junio de 1646, hacer cualquier innovación en la abadía, le condenó a los gastos, calculados en cuarenta libras y ordenó que el procurador del rey le pidiera al superior general de la congregación de San Mauro que enviase los religiosos necesarios «para satisfacer las cargas, especialmente las del servicio divino, según la piadosa intención... de los fundadores». El 22 de junio, tras una encuesta *de commodo et incommodo*, el gran consejo dio su decreto, atendiendo a los deseos del obispo. Se trataba de un conflicto patente entre dos poderes. El 17 de julio el parlamento confirmó su decisión del 1 de junio, prohibió a todo el mundo la ejecución del decreto del consejo so pena de 3.000 libras de multa, y les intimó a los sacerdotes de la Misión la orden de abandonar la abadía. El 23 de julio, el señor de Montbourcher, consejero del parlamento, comisario, el señor Monneraye, sustituto del procurador general, un consejero adjunto, un ujier de la corte, el visitador de los benedictinos reformados, el prior de Mont-Saint-Michel, el de Saint-Mélaine, el nuevo prior de Saint-Méen, otros cinco sacerdotes benedictinos y un hermano lego, llegaron a las puertas del monasterio. Todas las entradas estaban atrancadas, de modo que, como escribe dom Germain Morel, «podía compararse la situación con las barricadas de París, tan celebradas en la historia». Los asediados tuvieron que ceder pronto y refugiarse en el hotel abacial. Las partes beligerantes siguieron enfrentadas hasta primeros de agosto. Las pasiones andaban muy agitadas y las querellas explotaban a cada momento. Los seminaristas y los domésticos se complacían maliciosamente en exasperar a los monjes, sin que lo supieran los directores. Un día llenaron

Al padre Le Soudier será fácil buscarle algún sitio.

De La Rose, Dios ha dispuesto del buen padre Jegat, que era una joya en la Compañía. Se ahogó en el Lot, que pasa cerca de allí, adonde había ido a bañarse por prescripción médica. Mande hacer las preces y las conferencias acostumbradas. Sólo nos quedan cuatro misioneros, de los siete que debería haber allí; mandaremos cuanto antes a tres, para llenar las plazas vacías. Si puede ser, enviaremos al padre Michel, párroco de Normandía, muy juicioso, pero que sólo lleva tres o cuatro meses en el seminario ⁴.

Le ruego a Nuestro Señor que les bendiga en esa casa, como en todas las demás. Tengo que terminar, ya que el padre Dehorgny urge para Roma.

el único pozo del recinto con toda clase de inmundicias. Los monjes no pudieron resistir más; llegaron con sus quejas al parlamento y el 7 de agosto de 1646 éste ordenó que se presentase al rey una humilde reclamación contra el gran consejo y que se mandase a los sacerdotes de la Misión, a los seminaristas y a sus partidarios salir de la abadía y entregar a los benedictinos las santas reliquias, los muebles y los ornamentos, so pena de cárcel. Los directores del seminario y sus alumnos obedecieron. Así estaban las cosas cuando san Vicente escribió esta carta.

Todos los datos que aquí ofrecemos están sacados de un manuscrito de dom Germain Morel, benedictino de la congregación de San Mauro y prior de Saint-Mélaine, de Rennes, uno de los principales enemigos de la entrada de los sacerdotes de la Misión en la abadía de Saint-Méen (Bibl. Nat., fr. 19831). La obra de dom Morel no es una historia, sino una apología. No se lo reprochamos. Está en su derecho al defender una causa que considera buena, sosteniéndola con cariño y con calor. Pero esa clase de libros es de los que hay que leer con mucha cautela, porque sólo descubren una parte de la verdad histórica y suelen exagerar las cosas. Es lo que no ha acabado de comprender M. ROPARTZ, que conoció el manuscrito del fogoso benedictino por un ejemplar conservado hasta 1903 en el seminario mayor de Rennes, de 300 páginas, y que él resumió en un folleto titulado *Dom Germain Morel. Histoire de la sécularisation de l'abbaye de Saint-Méen*. No obstante, si hemos de desconfiar de las apreciaciones de dom Morel, podemos fiarnos de los numerosos documentos que nos ha conservado su escrito.

4. Guillermo Michael nacido en Esteville (Seine Inferieure) dejó la parroquia de Saint-Valery para entrar en la Congregación de la Misión el 19 de junio de 1646, a los 39 años. Salió espontáneamente antes de hacer los votos y volvió a entrar más tarde. Estaba en la casa de Sedan en 1657 y en la de Fontainebleau en 1666.

No puedo escribirle de mi mano al padre Alméras. Lo saludo de corazón con todo el cariño que Nuestro Señor sabe, así como a todos los de esa casa, postrado en espíritu a los pies de todos. Soy, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en Richelieu.

872 [833,III,11-14]
A LUISA DE MARILLAC

París, vigilia de la Asunción ¹ [1646] ²

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Todavía no he recibido carta de usted, y no acabo de convencerme de que no me haya escrito ³. Puede usted imaginarse cuál no sería nuestra preocupación si no nos hubieran llegado por otro lado noticias tuyas. La madre cesante de la Visitación de Orleans ⁴, al pasar por aquí camino de Dieppe, nos ha dicho que la había visto, y el señor abad de Vaux ha escrito desde Angers que usted había estado por allí y que había marchado con buena salud: esto nos ha consolado un poco y nos hace esperar que se encuentre ahora en Nantes ⁵. Quiera Dios que sea con las fuerzas convenientes para trabajar en esa fundación, para la que le pido a su divina misericordia que le haga participar am-

Carta 872 (CF). — Archivo de las Hijas de Caridad, original. La postdata es de la mano del santo.

1. 14 de agosto.

2. Año del viaje de Luisa de Marillac a Nantes. Los demás detalles confirman esta misma fecha.

3. Luisa de Marillac había escrito desde Orleans (*Lettres de Louise de Marillac*, 147), desde Angers y el 11 desde Nantes.

4. María Renata Rousseau había dirigido el monasterio de Orleans del 24 de mayo de 1640 al 21 de mayo de 1643. Le sucedió la madre Claudia Esperanza durante dos trienios consecutivos.

5. Había llegado el día 8.

pliamente de su espíritu, para podérselo comunicar a sus queridas hijas y esparcir junto con ellas el buen olor de la devoción entre las almas.

No le digo nada concreto de lo que tiene que hacer con esos señores ⁶, pues confío que Nuestro Señor le dará luz y consejo suficiente para ello; sólo él sabe con cuánto afecto le encomiendo todos los días su alma y su viaje, y cuán grandes bendiciones le pido para usted y para su pequeña tropa, a quien saludo en espíritu con todo el cariño que me es posible.

No he podido ver más que una vez a sus asistentes de aquí ⁷. Hoy volveré a verlas, si Dios quiere. Todo va bastante bien, a no ser cierto malhumor que aparece en algunas; pero la presencia de usted lo arreglará todo, y quizás también la conferencia que me propongo darles la semana que viene ⁸.

Su hijo se encuentra enfermo y está guardando cama en casa de su médico ⁹. Le he ofrecido nuestra casa y todo lo que podamos hacer por él, para que se alivie pronto, o bien dos hermanas que le atiendan, en el caso de que quiera quedarse donde está. El ha preferido la ayuda de las hermanas, que ya llevan varios días con él. El señor Brin acaba de verlo ahora mismo; me dice que está mejor y que no hay nada que temer. Por eso, le ruego que no se preocupe y que procure tranquilizarme usted a mí en lo que se refiere a las damas de la Caridad del Hôtel-Dieu, que continuamente me están echando en cara que le haya dejado partir a usted, sobre todo la señora de Nesmond. Si vuelve usted con perfecta salud, como espero de la bondad de Dios, haremos las paces. Le ruego, pues, que se cuide todo cuanto pueda.

No tenga prisas y tarde todo el tiempo que sea necesario, y no se preocupe de la vuelta. Nuestro Señor lo aprobará todo, ya que trabaja usted por su amor.

6. Los administradores del hospital.

7. Eran Juana Lepeintre, a la que Luisa de Marillac había dado sus poderes, Juliana Loret, «un alma grande en un cuerpo pequeño», e Isabel Hellot, la secretaria abnegada e inteligente de la fundadora.

8. Se nos ha conservado esta conferencia. Trata del respeto mutuo y cordial.

9. El señor Vacherot (Cf. *Lettres de Louise de Marillac*, 155).

En ese mismo amor, señorita, quedo verdaderamente de usted muy humilde y querido servidor.

VICENTE DEPAUL,
i.s de la Misión

Después de escribir la presente, he recibido su carta de Angers, que contiene dos cosas principales: una, la dificultad de sor Petra ¹⁰, y la otra, relativa al confesor de las hermanas de Nantes. De lo primero, habrá que ver si cambia, y hacer lo que usted indica. De lo segundo, me encuentro un poco desconcertado; sin embargo, pensando y considerando bien las cosas, creo que será mejor atenerse a la decisión que aquí tomamos, por tratarse de un comienzo y porque se está pensando en emplearlo en otra parte dentro de algún tiempo; entonces podrá usted acudir al padre espiritual de la Visitación ¹¹, a no ser que crea usted más conveniente, al ver cómo están por allí las cosas, obrar de otra manera; eso es lo que le ruego que haga.

Acabo de saber ahora mismo que su hijo está ya casi curado. Le indicaré a sus asistentes que vengan por aquí cuanto antes, después de comer, para tratar con ellas de lo que hay que hacer.

Le suplico que cuide de su salud y que ruegue a Dios por el mayor pecador del mundo, que es s. s.

V. D.

Le ruego expresamente que siga el pensamiento que le dé Nuestro Señor sobre el confesor de las hermanas.

Dirección: A la señorita Le Gras, superiora de las Hijas de la Caridad, en casa de los señores directores del hospital de Nantes, en Nantes.

10. Sor Petra daba muchas preocupaciones a Luisa de Marillac (Lettres de Louise de Marillac, 178 bis y 182 bis); esperando que resultaría bien un traslado, la envió a Nantes. No fue así. Veremos más tarde cómo huyó de Nantes y se volvió con su familia, a Sedam

11. El señor de Jonchères.

**JULIAN GUÉRIN, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

[Túnez], agosto 1646.

Creo que es mi deber comunicarle que el día de santa Ana ha sido sacrificado un segundo José¹ en esta ciudad de Túnez por conservar su castidad, después de haber resistido durante más de un año a las violentas asechanzas de su impúdica patrona y haber recibido más de quinientos bastonazos por las calumnias que contra él levantó esa loba. Por fin, ha alcanzado la victoria muriendo gloriosamente por no haber querido ofender a su Dios. Estuvo tres días atado con una gruesa cadena; fui a visitarle para consolarle y exhortarle a sufrir los tormentos del mundo antes que faltar a la fidelidad que debía a Dios. Se confesó y comulgó, y luego me dijo: «Padre, que me hagan sufrir todo lo que quieran; yo quiero morir como cristiano». Y cuando vinieron a cogerlo para llevarlo al suplicio, se confesó de nuevo y quiso Dios, para su consuelo, que nos permitieran asistir a su muerte, lo cual nunca nos habían concedido aquellos inhumanos. La última palabra que dijo, levantando los ojos al cielo, fue ésta: «Dios mío, muero inocente». Murió con muchos ánimos, sin dar jamás una señal de impaciencia en medio de los crueles tormentos que le hacían sufrir. Luego le hicimos exequias muy solemnes.

Su malvada e impúdica patrona recibió pronto el castigo de su perfidia, pues al volver el patrón a casa, la mandó estrangular en seguida para descargar su cólera. Aquel santo joven era portugués, de veintidós años de edad. Invoco su protección; como él nos estimaba en la tierra, espero que nos seguirá estimando desde el cielo²

Carta 873. — ABELLY, o.c., I, cap. I, 125.

1. Antonino de la Paix.

2. Este martirio nos lo narra con más detalles Julián Guérin (*Notices III*, 167 s.).

874 [835,III,15-16]

AL CARDENAL MAZARINO

París, 20 agosto 1646.

Monseñor:

El dador de la presente es el obispo de Saintes ¹. El le confirmará lo que tuve el honor de escribir a S[u] E[minencia] a propósito de Burdeos y M[aillezais] ² para La Rochelle, y le diré cómo los par[tidarios del] señor obispo de Maillezais ³ aceptan este convenio ⁴, dando las gracias a S[u] E[minencia], y cómo dicho señor obispo [de] Maillezais desea que acepte [Su Eminencia] ofrecerle alguna abadía con [un beneficio], para compensar la disminución de la renta que sufre con este convenio, aunque sometiéndose en todo a la voluntad de S[u] E[minencia]. Ha trabajado muy bien en [Maillezais] y se propone trabajar mejor todavía en Burdeos.

Seguiré ofreciendo a Dios mis [pobres] oraciones por la conservación de S[u] E[minencia], [por el bien] del estado y por la santificación de su querida alma. Soy, por la gracia de [Dios], su humilde y obediente servidor.

VICENTE DEPAUL,

875 [836,III,16-17]

A LUISA DE MARILLAC

París, 21 agosto 1646.

Señorita:

He recibido la carta que me escribió usted desde Nantes ¹, Doy gracias a Dios por todo lo que me dice, sobre todo por su

Carta 874 (CF). — Archivo de la Misión, minuta. Hay algunas añadiduras de la mano del santo.

1. Santiago Raúl de la Guibourgère.

2. Actualmente, cabeza de cantón en Vandée, en el distrito de Fontenay.

3. Enrique de Béthune, obispo de Maillezais.

4. Tratado importante, por el que se transfería a La Rochelle la sede episcopal de Maillezais, el obispo de Maillezais era nombrado arzobispo de Burdeos y el de Saintes obispo de La Rochelle. Se esperaba dar un golpe decisivo al protestantismo, erigiendo en obispado uno de sus principales baluartes (Cf. L. BERTRAND, *La vie de Messire Henri de Béthune, archevêque de Bordeaux*, 2 vol, Paris 1902).

Carta 875. — Manuscrito san Pablo, 64.

1. La carta 870.

buena salud, que ruego a Dios le conserve y a usted que la siga cuidando todo cuanto pueda.

Me alegra mucho saber que ha encontrado usted a la señora de quien me habló ² muy distinta de como se la había imaginado. Si es así, convenirá que siga usted su primera decisión sobre la dirección de las hermanas, a no ser que haya otros motivos que le hagan cambiar de opinión ³.

El señor de Vaux me ha indicado que está gravemente enferma una de las hermanas de Angers ⁴; quizás se lo hayan comunicado también a usted; vaya pensando en la persona que habrá de enviar en su lugar, en caso de que sea necesario.

La reina nos ha ordenado que le enviemos dos hermanas para la Caridad de Fontainebleau; así lo hemos hecho, eligiendo a la hermana Bárbara ⁵, junto con otra ⁶, que quizás haya que retirar por ser demasiado joven ⁷.

876 [837,III,17-19]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Nantes, martes 22 agosto [1646] ¹

Padre:

Creo que habrá usted recibido la carta en la que le indicaba que creía que la divina Providencia deseaba que siguiéramos las órdenes que su caridad nos había dado para la dirección de las hermanas, y las gracias que su divina bondad nos ha concedido ante las dificultades que ya le indiqué a propósito de la hermana Petra. Creo que las hermanas tendrán como confesor ordi-

2. La señorita des Jonchères.

3. El primer nombre propuesto para la dirección de las hermanas era el del señor des Jonchères.

4. Sor María Marta Trumeau.

5. Bárbara Angiboust. Estaba encargada de los pobres y de los enfermos.

6. Ana Scoliège, directora de la escuela de niñas.

7. Unos meses más tarde, fueron enviadas otras tres hermanas a Fontainebleau para el servicio del hospital.

Carta 876 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

nario al de las religiosas de la Visitación ², que se ha ofrecido como capellán del hospital en lugar del otro que llevaba allí mucho tiempo. Temo que esas buenas religiosas nos echen la culpa del disgusto que se van a llevar. No lo saben todavía, y haré todo lo posible por tener el honor de verlas antes de que lo sepan, para evitar que nos lo reprochen, aunque yo no haya hecho nada para ello.

Le agradezco muy humildemente, mi venerado padre, la bondad que ha tenido con mi hijo; así puedo estar tranquila. El día que recibí el honor de su querida carta, había tenido una inspiración muy fuerte de ofrecérselo a Dios y dejarlo enteramente en sus manos. Esto me ayudó a soportar las noticias que usted me daba.

Espero que mañana podrán terminar los tratos con estos señores. Lo único que nos falta es ver cómo quedan los arreglos que les he pedido y cómo se porta cada una de las hermanas, durante cierto tiempo, en el cumplimiento exacto de sus reglas, cada una en su cargo. Pero el temor que siento de regalarme demasiado sin necesidad para no caer enferma, me ha obligado a tomar la resolución de salir la próxima semana para ir a tomar el coche de Angers, si sigo con este mismo estado de salud que Dios me da. La hermana Juana Lepeintre me ha indicado que un eclesiástico ha pasado por casa para que me dijeran que pasara por Le Mans; no pienso hacerlo, a no ser para quedarme allí algún tiempo, si su caridad no me lo ordena y me dice lo que tengo que hacer.

Siento mucho que mi hijo no haya aceptado el honor que usted le ha hecho de admitirle en su casa. ¡Dios mío! Temo que Dios no me escuche, cuando pido su completa conversión. Me parece que la enfermedad que ha tenido es más peligrosa de lo que él se cree; pero temo que él no haga caso y que no deje que entre en su espíritu el temor, no sea que esto le obligue a un cambio mejor.

Nada sé de la salud de usted; y esto me preocupa un poco. Por amor de Dios, padre, le ruego que me informe.

Creo que las damas del Hôtel-Dieu quedarán contentas conmigo, cuando hayan visto que no he dejado de escribirles. Me

2. El señor des Jonchères.

extraña que se preocupen tanto, dado que yo no lo merezco; ¿cómo lo tolera Dios, que lo sabe todo? Es que querrá humillarme.

Estoy un poco enfada con usted por los honores que aquí me rinden. En nombre de Dios, no engañe usted a nadie conmigo Me toman por una gran señora. Creo que no hay ninguna dama de calidad que no haya venido a verme y hasta algunas han venido expresamente desde el campo. ¡Cómo tendré que quemarme algún día y recibir grandes confusiones! ¡Que se haga la voluntad de Dios! En él soy su obediente servidora e hija indigna,

L. DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

877 [838,III,19]

A UNOS PARIENTES ¹

Vuestra difamación no ha tenido lugar sin una especialísima providencia de Dios; Dios lo ha permitido así para su gloria y para vuestro bien: para su gloria, para que seáis conformes con su Hijo, que fue calumniado hasta el punto de ser tratado como seductor, ambicioso y poseído del demonio; para vuestro bien, para que podáis satisfacer ala justicia de Dios por otros pecados que podáis haber cometido y que quizás no conocéis, pero que Dios conoce muy bien.

878 [839,III,19-21]

A JUAN BARREAU

París, día de san Bartolomé ¹ 1646.

¡Bendito sea Dios, padre, que le ha hecho llegar felizmente su consulado de Argel! Ruego a su divina bondad que le dé

Carta 877. — ABELLY, o.c., III, cap XIX, 291.

1. Tras las acusaciones de unos miserables calumniadores, dice Abelly, un célebre parlamento, probablemente el de Burdeos, intentó un proceso contra algunos parientes de san Vicente. A pesar de las súplicas de sus amigos, el santo se negó a intervenir, a no ser para moderar la severidad de los jueces, que condenaron a los difamadores, y para exhorta a sus parientes con esta carta a soportar esta penosa prueba.

Carta 878 (CA). — Archivo de la Misión, original.

1. 24 de agosto.

su espíritu para que pueda servir allí a Su Majestad y al público con ese mismo espíritu, bajo la dirección de su Hijo y del ángel de la guarda que le ha dado.

No puedo expresarle el consuelo que ha recibido mi alma con su última carta. ¡Que Dios bendiga su estancia en ésta, lo mismo que ha bendecido su viaje, y todo cuanto pueda hacer allí!

Le escribo al señor Nouelly sobre lo que se ha hecho por esos pobres rescatados y cautivos, que todavía no es nada

Su buena tía ha venido a vernos para saber noticias de usted. Ha quedado muy contenta con las que le he dado de su viaje, y yo muy satisfecho al ver la bondad de su alma. Se encomienda a sus oraciones. Y yo, padre, le encomiendo la mía, para que Dios la haga participar del bien que usted hace por allí. Espero sus noticias con devoción y entretanto le suplico a Nuestro Señor que bendiga cada vez más su querida alma y la santifique

No tengo nada especial que escribirle, a no ser la bendición que Nuestro Señor se complace en derramar sobre los humildes trabajos de la Compañía El padre Gallais acaba de terminar una misión de tres o cuatro meses No puedo expresarle las bendiciones que Nuestro señor le ha dado, así como también a la que se ha celebrado en Génova.

Su divina bondad, que da la vida y la muerte, nos ha puesto en aprieto y confusión por la persecución que sufrimos en la fundación de Saint-Méen, o mejor dicho, a causa del señor obispo de Saint-Malo ², que nos llevó allá. ¡Bendita sea su divina bondad, que así lo dispone!

Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Dirección: Al señor Barreau, cónsul de Argel.

2. Aquiles de Harlay de Sancy.

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA

París, día de san Bartolomé ¹ 1646.

Padre:

Sólo Dios podría expresar el consuelo que siento con usted con el padre Martin por todo lo que hacen. Celebraré gustosamente la misa para que su divina bondad santifique cada vez más sus queridas almas. Acabo de escribir al padre Dehorgny lo que acabo de decirle y le ruego que, si no lo ha hecho todavía, les envíe a ustedes al que les ha destinado ²

El buen padre Jegat, a quien conoce el padre Martin, ha muerto en La Rose. Lo encomiendo a sus oraciones.

Nuestra fundación ³ de Saint-Méen sufre la persecución de los religiosos reformados ⁴, que quieren echarnos de una abadía, renta de los religiosos, que había ofrecido el señor obispo, con permiso del rey y del Gran Consejo, para seminario de la Compañía. Ayúdenos a honrar la expulsión de Nuestro Señor de ciertos lugares y los actos de virtud que entonces practicó, y ruegue por aquellos religiosos, a los que quiero más que a mí mismo y a quienes he procurado servir en todas las ocasiones, como a nuestra pobre Compañía.

Al mismo tiempo Nuestro Señor, que da la vida y la muerte, nos ha consolado con las maravillosas y casi milagrosas bendiciones que ha derramado sobre una misión que acaba de celebrar el padre Gallais, por los rincones del Maine, durante cuatro meses. Le envío su carta al padre Guérin, en Túnez.

Ya hace bastante que le enviaron las cosas que usted pidió. Creo que las habrá recibido y que el buen hermano que le enviamos ⁵ llegará al mismo tiempo que la presente.

Carta 879 (CA). — Archivo de la Misión, original

1. 24 de agosto.

2. Francisco Richard.

3. El santo había escrito antes: *nuestra casa*.

4. El santo había añadido: *de san Benito*; luego tachó estas palabras

5. Sebastián Nodo o Sebastián Drugeon, nacido en Briançon-l'Archevêque i Yonne), entró en san Lázaro el 1 de noviembre de 1645; hizo los votos en noviembre de 1648.

Creo que será mejor nos mande usted al hermano Pascual ⁶ y que tome usted algún muchacho para el servicio, hasta que podamos enviarle algún otro.

Abrazo desde aquí al buen padre Martin con toda devoción, lo mismo que a usted, a quien quiero más que a mí mismo. Soy su más humilde servidor,

VICENTE DEPAUL
indigno sacerdote de la Misión.

Puede retener al hermano Pascual todo el tiempo que [lo necesite] ⁷.

880 [841,III,23]
A LUISA DE MARILLAC

París, día de san Luis ¹ 1646.

Señorita:

Doy gracias a Dios por las bendiciones que le da y sobre todo por la salud que le concede.

El señor de Jonchères me ha escrito diciendo que acepta la súplica que usted le hizo para la dirección de las hermanas. Me es imposible contestarle, pues está para salir el correo. Ofrézcale mis respetos, por favor.

Verá usted que ha aumentado en tres el número de hermanas, dos de las cuales me parecen muy buenas. Desconfío un poco de la tercera. ¡Pero qué le vamos a hacer! ¡Ha venido desde más de cien leguas! Les he dicho a todas que probaremos. Son del Poitou.

Ayer estuvo por aquí su hijo. Está totalmente curado. No pude verlo, porque no pude bajar a tiempo.

6. Juan Pascual Goret.

7. Estas palabras u otras equivalentes han desaparecido del original por un corte poco acertado en los bordes de la hoja.

Carta 880. — Archivo de la Misión, copia sacada del original, en casa del señor Butel, abogado de Pau, calle Marca, 14.

1. 25 de agosto.

¿Cuándo regresará usted, señorita?

Le envío el resultado de la conferencia con nuestras queridas hermanas, redactado por la hermana Hellot ². He leído una parte. Le confieso que he llorado un poco en dos o tres ocasiones. Si no regresa usted pronto, devuélvanoslo después de haberlo leído.

La esperamos con todo el afecto que Nuestro Señor sabe. Soy en su amor...

881 [842,III,24-25]

A GILBERTO CUISSOT

París, día de san Luis ¹ 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le pido muy humildemente perdón, postrado en espíritu a sus pies, por no haberle contestado antes detalladamente a la que me escribió usted el primero de este mes.

Lo del señor Vasse se refiere a una indemnización que tiene derecho a percibir de Cœffort ² por el cambio de superior. Ya hemos convenido con un canónigo de Le Mans, encargado de las rentas, que se le pagarán cuatrocientas libras hasta su muerte. El padre Gallais se lo explicará todo y es necesario que se le paguen cuanto antes. Yo no sabía nada de esas deudas. Lo que podemos hacer es procurar pagarle aquí al señor abad Lucas ³, y usted podrá arreglarse con lo que le debe el señor arrendatario. Le escribo al padre Gallais.

2. Sor Isabel Hellot, nacida en París, entró en las Hijas de la Caridad en 1645, murió en 1652. Supo merecer la confianza de santa Luisa, que la tomó como secretaria.

Carta 881 (CA). — Archivo de la Misión, original.

1. 25 de agosto.

2. Nuestra Señora de Cœffort, iglesia colegial de Le Mans, unida ala congregación de la Misión.

3. Consejero y capellán del rey, abad comendatario de Saint-Hilaire, en la diócesis de Carcassonne. Vivía en París, en la calle Neuve-Saint-Honoré, de la parroquia de san Roque. El fue quien les dio a los sacerdotes de la Misión el prebostado de la iglesia colegial de Nuestra Señora de Cœffort y su derechos sobre el hospital.

Le diré al padre Bajoue ⁴ lo que usted me dice de los hermanos, para que aprendan a ayudar a misa.

El padre Gallais podrá instruirle sobre el asunto del señor Pousset y decidir con usted sobre lo que hay que hacer; ya me lo indicarán.

El padre Alain sufre una fiebre terciana. Ayer tuvo el quinto ataque. Se espera que no sea nada. Cuando esté mejor, le rogaré que conteste a la carta de usted.

Decida usted, con el padre Gallais, si convendrá dar la dirección interna y externa del seminario al padre Le Blanc.

Su sobrino ⁵ se encuentra bien, gracias a Dios. Entró en el seminario por propia iniciativa y se porta muy bien.

Le ruego a Nuestro Señor que le dé cada vez más fuerzas Soy en su amor, con un cariño que no sabría expresar, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL
indigno sacerdote de la Misión

Al pie de la primera página: Padre Cuissot.

882 [843,III,25-28]
A ANTONIO PORTAIL

París, 25 agosto 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

No puedo expresarle el consuelo que he recibido por el éxito de su visita a Richelieu. Ruego a Nuestro Señor que bendiga las que le faltan por hacer y que les dé fuerzas al padre Alméras

4. Emerando Bajoue, nacido en Céaux (Vienne), entró ya sacerdote en la Misión el 1 de diciembre de 1640, a los 31 años, hizo los votos el 24 de abril de 1657 y murió el 28 de febrero de 1671. Fue superior de La Rose (1649-1652) y de Nuestra Señora de l'Orme o de Lorm (1652-1654).

5. Juan Cuissot, nacido en Moulins, entró en la Congregación de la Misión el 28 de noviembre de 1642 a los 23 años de edad; hizo los votos el 11 de noviembre de 1644. Había dejado la compañía, pero fue admitido de nuevo.

Carta 882 (CA). — Archivo de la Misión, original.

y a usted. Saludo al citado padre Alméras y le ruego que le pida perdón a su señor padre ¹, por él y por mí, por no haber ido a despedirse de él, de lo que está conmigo tan enfadado que no podría explicárselo.

Tendrá usted trabajo en Saintes, ya que los padres Soudier y Noyelles no se portan convenientemente ni se avienen con el padre Dufour. El gran recogimiento del padre Dufour les molesta. Puede que haya excesos en el padre Dufour. No todos pueden acomodarse a la exactitud que él mantiene. Pero el defecto principal viene de la libertad, aunque buena, que se toman los demás. Intente que se arreglen. Si el padre Noyelles no le da esperanzas de que observará la debida regularidad, sería mejor enviarlo a Saint-Méen; al padre Bourdet le parecerá bien. Pero no sé a quien podría enviarse en lugar suyo a Saintes, que pudiera hablar en público. Haga el favor de pensar un poco en ello.

Acabo de escribir al padre du Coudray ² que pronto llegará usted allá, después de haber terminado en Saintes; le ruego que le reciba a usted bien y que se atenga a sus órdenes. Le digo que vaya luego a hacer la visita de Cahors de la misma forma que le vea hacer a usted. El señor obispo de Cahors ³ no está contento con el padre Delattre ⁴ y pide que le mandemos a otro en su lugar; no sé qué hacer.

No sé si le han comunicado la muerte del padre Jegat. Se ahogó cuando se bañaba, por orden del médico, en un río que pasa cerca de La Rose. Hemos tenido con él una gran pérdida. Mande usted que se tenga la conferencia, si no lo ha hecho el padre du Coudray antes de llegar usted, de la forma ordenada; mande escribir lo que se diga de sus virtudes y envíenoslo, para

1. Renato Alméras, nacido en París el 12 de noviembre de 1575, se casó en primeras nupcias con Margarita Fayet y en segundas con María Leclerc, que le dio seis hijos. Primero secretario del rey, luego tesorero de Francia en París (19 de enero de 1608), secretario de María de Medicis, cumplió con dignidad todos estos cargos. Tras haber dado a su hijo a la congregación de la Misión, entró él mismo en ella el 2 de marzo de 1657, a los 81 años. Acabó sus días en San Lázaro el 4 de enero de 1658 (*Notices* II, 453-461).

2. Superior de La Rose.

3. Alano de Solminihac.

4. Superior del seminario.

tenerlo en cuenta en la nuestra. Aquí hay pocos que lo [conozcan].

No recuerdo si le hablé de la partida del padre Le Soudier ⁵ para Salé, que está en Africa, más allá del estrecho, en el Océano, y cómo los religiosos reformados de san Benito nos han echado de Saint-Méen, por decreto del parlamento. Acabo de recibir una carta del señor obispo de Saint-Malo ⁶, en la que me dice que los nuestros han vuelto a su sitio por autoridad del rey y con la ayuda del capitán de guardias del señor gobernador de la provincia ⁷. Si la cosa dependiera de nosotros, mandaríamos que se retiraran los nuestros; pero es asunto del señor obispo, que ha actuado por su cuenta poniendo en entredicho a la iglesia de Saint-Méen y prohibiendo, bajo excomunión, que entre allí el pueblo mientras están dichos padres. ¡Dios mío, cuánto me aflige todo esto! ¡Quién hubiera dicho que la aflicción nos iba a venir de esos buenos padres, a los que hemos procurado servir con tanto afecto, como si se tratara de nuestros asuntos! Espero que Nuestro Señor mirará lo poco que hemos procurado hacer por ellos, como si brotara de la caridad, *quae patiens est* ⁸, ¡Quiera la misericordia de Dios que sea así y darme la ocasión de poder servirles en adelante! Es lo que me propongo hacer con más afecto que nunca, con la ayuda de Dios; y es lo que pido a usted que suplique a Dios por mí.

Acabo encomendándome a sus oraciones y a las de esos padres, a quienes abrazo postrado en espíritu a sus pies. Soy su más humilde servidor.

Vicente Depaul,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, actualmente en la Misión de Saintes.

5. Santiago Le Soudier. Sólo pudo llegar hasta Marsella.

6. Aquiles de Harlay.

7. El mariscal de La Mailleraye, gobernador de Bretaña, atendiendo a la petición de Aquiles de Harlay, había enviado quince caballeros a Saint-Méen, bajo las órdenes de Grand-Maisons, para echar a los benedictinos de la abadía.

8. 1 Cor. 13, 4.

883 [844,III,28]

EL CARDENAL MAZARINO A SAN VICENTE

27 agosto [1646]

Padre:

Le he expuesto a la reina ¿o que usted ha decidido con el señor obispo de Maillezais. Ella lo aprueba por completo y desea que todo se lleve a cabo puntualmente. Para ello le envió 2 usted el breve de nombramiento que ha hecho el obispo de Maillezais para el arzobispado de Burdeos, con la seguridad de que él se sentirá satisfecho de poner su dimisión en sus manos.

En cuanto a las dos mil libras de pensión y las cuatrocientas de beneficio que ustedes han decidido, me ordena Su Majestad que le asegure a usted que hará lo posible para que no se retrase la conclusión de este asunto. Entretanto quedo...

884 [845,III,29]

JUAN GARRON A SAN VICENTE

27 agosto 1646.

Soy uno de sus hijos en Jesucristo, que recurre a su bondad paternal, después de haber experimentado ya varias veces sus efectos cuando, renaciendo para la Iglesia por la absolución de la herejía que le administró su caridad públicamente en la iglesia de Châtillon-les-Dombes en 1617, aprendió de usted los principios y las máximas más bellas de la religión católica, apostólica y romana, en la que por la misericordia de Dios he perseverado y espero continuar el resto de mi vida. Soy aquel pequeño Juan Garron, sobrino del señor Beynier, de Châtillon, en cuya casa se alojó usted durante su estancia en Châtillon¹ Le suplico que me dé la ayuda necesaria para impedir que no haga nada contra los designios de Dios. Tengo un hijo único que, después

Carta 883. — Arch. des Affaires Etrangères, *Mémoires et documents, France 1646-1647, Lettres de Mazarin*, Reg. 261, f.º 186, vº, copia.

Carta 884. — ABELLY, o.c., I, cap. XI, 49.

1. ABELLY ha dedicado varios capítulos de su obra (I, cap. IX-XII) a la estancia de cinco meses de san Vicente en Châtillon en 1617.

de terminar sus estudios, ha decidido hacerse jesuita. Es el muchacho mejor dotado de toda esta provincia. ¿Qué tengo que hacer? Mi duda proviene de dos cosas...

Tengo miedo de equivocarme y he creído que haría usted el favor de darme su consejo, tal como se lo suplico con toda humildad.

Creo que le agradará saber que en Châtillon la asociación de la Caridad de siervas de los pobres sigue todavía pujante.

885 [846,III,29-31]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Padre:

No tenemos ya casi nada que hacer, pero no me atrevo a disgustar a estos señores que desean retenerme una semana más. Hemos topado con una gran dificultad, que es que en esta ciudad se acostumbra que haya un proveedor que adelanta sus dineros para los gastos del hospital gratuitamente, y su mujer tenía la costumbre de venir a hacer la distribución para los enfermos y sigue viniendo todavía a hacerlo por su cuenta, a pesar de estar esto en contra de nuestras normas. Les propuse esta dificultad a los padres, que me concedían todo cuanto les pedía. Tengo miedo de que surja algún inconveniente y que esto nos retrase más de lo que pensaba, ya que preveo algunas molestias para la tranquilidad y unión de nuestras hermanas, sobre todo porque esa mujer no está contenta con ellas e intenta ponerse de acuerdo unas veces con una y otras con otra, y creo que no debo dejarlas, hasta que se vean libres de este obstáculo. Si las cosas se arreglan esta semana, espero salir el lunes; pero, como no es seguro, le pido humildemente que se sirva indicarme lo que tengo que hacer, ya que esta mujer y su marido cesarán dentro de tres o cuatro meses y estos señores proponen que se suprima ese cargo, por algunos otros inconvenientes; no sé entonces si, con esta esperanza, tengo que dejarlas, aunque tengo miedo de que los desórdenes, las quejas y la falta de servicio conveniente a los pobres durante ese tiempo dejen en la gente la impresión

Carta 885 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

de que estas faltas se deben a nuestras hermanas. Si usted me hace el honor de escribirme, le suplico muy humildemente que dirija su caridad esta carta a Santa María ¹, no sea que caiga en otras manos, a no ser que todas estas dificultades desaparezcan y pueda partir el día que le he indicado.

El señor abad de Vaux me ha comunicado la enfermedad y recaída de la hermana María-Marta ² en Angers, pero hace una semana que no tengo otras noticias. Aunque Dios la restablezca, creo que será necesario enviar alguna otra, ya que las hermanas me habían dicho que necesitaban las cuatro hermanas que habían pedido desde hacía tiempo. Los señores padres de los pobres también me las pidieron por propia iniciativa, cuando me vieron a punto de salir de Angers sin haber hablado con ellos, y me prometieron todo lo que se necesitase para su acomodo. Les prometí que hablaría con usted a mi regreso y que se las enviaríamos lo antes posible, así como otras dos para el hospital de Nantes; de forma que tendremos que pedir siete a la divina Providencia.

¡Que Dios sea glorificado eternamente por las bendiciones que le da a su pequeña Compañía! Espero que se las aumente más todavía, ya que su caridad trabaja con tanto esfuerzo por su perfección. No puedo decirle el consuelo que con ello siente mi corazón, ya que Dios me hace ver que no soy ni mucho menos necesaria para ello, y muy poco útil.

Siento mucho el dolor del señor y de la señora de Liancourt; temo que la forma con que ha muerto su hijo ³ siga afligiendo durante mucho tiempo a su buena madre.

Esperaba que la enfermedad del pensionista del señor Vacherot ⁴ le sería de provecho; pero, según me dice, se sigue paseando e incluso durmiendo fuera de su casa. Me ha escrito y me da la impresión de que siente una especie de resquemor de que lo tengamos detenido; según creo, pone en guardia su corazón para impedirle que abra los ojos al estado en que se encuentra su alma. Me doy cuenta de este mal, pero tranquila-

1. Convento de la Visitación.

2. María Marta Trumeau.

3. Enrique Rogelio du Plessis, conde de la Roche-Guyon, marqués de Montfort, muerto en el sitio de Mardick el 6 de agosto de 1646.

4. Miguel Le Gras.

mente, y me parece como si nada tuviera que ver con él, a pesar de que deseo mucho su salvación. Le suplico muy humildemente a su caridad que así se lo pida a nuestro buen Dios, por los méritos de su Hijo; me parece que es un asunto que tiene que resolver su omnipotencia.

Estoy un poco mejor de salud que cuando tuve el honor de escribirle la última vez. Ya conoce usted todas mis necesidades, pero no todas mis infidelidades, que me apartan de casi todos los ejercicios de devoción, siempre tratando con la gente o con la preocupación por mi salud. Tenga piedad conmigo, ya que soy verdaderamente, y Dios quiera que lo sea para mayor confusión mía, su muy humilde y obligada hija y servidora,

L. DE MARILLAC

[Nantes], 28 agosto [1646] ⁵.

Dirección: Al padre Vicente.

886 [847,III,32-33]

A LUIS CALLON

París, 28 agosto 1646.

¡La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros!

Le doy las gracias a Dios por los favores que usted nos hace esperar, cuando venga a descansar entre nosotros después de sus grandes trabajos. Será usted bienvenido y le abrazaré de corazón. Venga, pues, sin demora; le aseguro que cuidaremos especialmente de su salud y que será usted el dueño de la casa para decir y hacer cuanto guste, sobre todo conmigo, ya que siempre le he querido con más cariño que a mi propio padre.

Y si usted necesita las cuatro mil libras que entregó a los cistercienses ¹ en renta y que se aplicaron a la Misión, con gus-

5. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau

Carta 886. — Colección del proceso de beatificación.

1. La donación se remontaba al 23 de agosto de 1629. Había sido hecha para que dos sacerdotes de la Misión dieran cada año una misión en la diócesis de Rouen, especialmente en el arciprestazgo de Aumale. La

to haremos la retrocesión, ya que es justo que un fundador, que se encuentra necesitado, goce de las rentas de la fundación que ha hecho. Más aún; si necesita los fondos para atender a su vejez, se los entregaremos, como hemos hecho ya con el señor párroco de Vernon ² que, después de darnos seiscientas libras de renta, nos las volvió a pedir, diciendo que las necesitaba, y le devolvimos la renta y el fondo. Pero si usted no lo necesita todo siga gozando al menos de las rentas, como ha hecho hasta ahora; nosotros seguiremos con las misiones que hemos comenzado y continuado con tanta bendición. Se nos han hecho algunas proposiciones para una fundación en esos lugares; y esto podría solucionar las cosas.

Nunca tendré, señor, mayor consuelo que el poder servirle y complacerle como a buen padre, a quien quiero más que a mí mismo. Soy, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde servidor,

Vicente Depaul,
indigno sacerdote de la Misión.

887 [848,III,33-34]

**A JUAN MARTIN, SACERDOTE DE LA MISION,
EN GENOVA**

[Finales de agosto de 1646] ¹.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Su carta me ha consolado infinitamente, lo mismo que todas las que me escribe, por lo que le doy gracias a Dios y le pido que santifique cada vez más a su querida alma.

Siento mucho ese viaje del padre Blatiron en medio de estos calores, aunque me consuela mucho saber que ha hecho este

cantidad devuelta a los padres cistercienses el 23 de noviembre de 1650. (Arch. Nat. M 211, legajo 1).

2. Actualmente capital del cantón en el Eure.

Carta 887. — Archivo de la Misión, copia.

1. Esta carta debe situarse entre las escritas del 24 de agosto al 6 de septiembre. Como san Vicente tenía la costumbre de escribir cada cinco días, es bastante probable que escribiera ésta el 31 de agosto.

pequeño servicio a Dios en la persona de la señora de Guébriant ², que es una persona de notable consideración.

Acabo de escribir al padre Dehorgny que se apresure a enviarle el padre Richard; creo que ya habrá recibido al hermano Sebastián, portador de la presente; verá usted qué buen muchacho es.

Esto es, padre, lo que el ajeteo de estos días me permite decirle con tantas prisas y con la renovación del ofrecimiento de mi obediencia, que le hago con toda la humildad y afecto que puedo. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL

888 [849,III,34-36]

A JUAN DEHORGNY

París, 31 agosto 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

No he recibido su paquete esta semana. Pero le pongo estas líneas para mantener la correspondencia en todos los correos ordinarios, así como también para decirle que he visto al reverendo padre Charlet, que me ha dicho, sobre nuestros votos, que hay que mantener por ahora los que ya tenemos.

Me gustaría mucho conocer la opinión de los de allí sobre si es necesario que el papa autorice la perpetuidad del general ¹, o si es suficiente con que lo haga el señor arzobispo de París.

Me extraña que les hayan negado las facultades a los misioneros de Argel, que me han escrito diciéndome que han sido

2. Renata de Bec-Crespin, viuda de Juan Bautista de Budes, conde de Guébriant, mariscal de Francia, muerto el 24 de noviembre de 1643 a consecuencia de una herida recibida en el asedio de Rottweil y enterrado en San Lázaro. La reina Ana de Austria le confió la delicada misión de conducir hasta el rey de Polonia a la princesa María de Gonzaga, con la que se había casado por poderes. La señora de Guébriant volvió a París en octubre de 1646 y murió en Périgueux el 2 de septiembre de 1659.

Carta 888 (CA). — Colección de Enrique de Rothschild, original.

1. El superior general de la congregación de la Misión era elegido para toda la vida hasta la Asamblea general de 1969. Ahora es por seis años y reelegible por otros seis. (N. del T.).

bien recibidos y que ya han comenzado a hacer el bien que pueden.

El padre Le Soudier ² ha salido para Salé, que es una ciudad en la costa de Africa, en el Océano, más allá del estrecho.

¿Qué podemos hacer? ¿Seguirán las cosas como están, a propósito del señor Ingoli?

Los capuchinos andan pidiendo por aquí que ninguna otra comunidad pueda establecerse en las ciudades de Grecia, de Africa y de Asia, donde hay cónsules del rey y ellos tienen fundaciones, sin llevar carta del rey para el cónsul. Yo he intervenido ya en esto, pero las cosas no están aún preparadas; ya pensaré.

Le confieso que siento un gran afecto y devoción, según creo, a la propagación de la iglesia en los países infieles, por temor a que Dios la vaya destruyendo poco a poco por aquí y no quede nada dentro de cien años, por culpa de nuestras depravadas costumbres, de estas nuevas opiniones que van creciendo cada día más, y por la situación de las cosas. Desde hace cien años, por las dos nuevas herejías ³, ha perdido la mayor parte del Imperio y los reinos de Suecia, Dinamarca y Noruega, Escocia, Inglaterra, Irlanda, Bohemia y Hungría, de forma que sólo quedan Italia, Francia, España y Polonia, y con muchas herejías en Francia y Polonia.

Pues bien, estas pérdidas de la Iglesia desde hace cien años nos dan pie para temer, en las presentes miserias, que dentro de otros cien años perderemos la iglesia en Europa; ante este miedo, son bienaventurados aquellos que pueden cooperar en la extensión de la iglesia por otros lugares.

El padre Martin me indica que usted le ha dicho al padre Blatiron que le envía usted al padre Richard, con quien están muy contentos. Le ruego que lo haga lo antes posible y que pida a Dios por mí, que soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Al pie de la primera página: Padre Dehorgny.

2. Santiago Le Soudier.

3. Las herejías de Lutero y de Calvino.

A JUAN BOURDET, SUPERIOR DE SAINT-MEEN ¹

París, 1 septiembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

[Su carta] del pasado mes me consoló por una parte y me llenó de preocupación por otra. [El consuelo] procedía de que no habían hecho contra usted nada de lo que temía; [y la preocupación], de que me decía usted que no p[odía seguir] la Compañía en el peligro en que se encuentra. [A ello le diré] que si eso dependiese de la Compañía, n[osotros] les hubiéramos llamado al primer estallido; pero que [al estar unidos] con un prelado que está en apuros y tratándose del bien de [los demás], al creer que obedecíamos el consejo del evangelio de no pleitear, [caeríamos] en el otro vicio de la ingratitude, que es el crimen de los crímenes; la causa es justa. Además, ¿qué riesgos corre en ello la Compañía? Nos meterán en la cárcel, me dirá usted; es lo peor que puede pasar. ¡Ay, [padre]! ¿De qué vamos a ser capaces, si no podemos sufrir eso [por Dios]? ¿Es posible que veamos a

Carta 889 (CA). — Archivo de la Misión, minuta. Se encuentra en mal estado. Donde falta el texto, lo hemos reconstituido según una copia que nos ofrece el registro 2,287.

1. Para tener en cuenta la situación espiritual de Juan Bourdet en el momento en que san Vicente le escribe esta carta, conviene saber que los religiosos de san Benito, expulsados de la abadía el 20 de agosto por los soldados del mariscal de la Meilleraye, pidieron ayuda y protección al parlamento de Bretaña. El 22, la corte ordenó una investigación. El 28, ordenaba la prisión de los señores d'Orgeville, vicario general, Bourdet, Beaumont, Grand-Maisons y algunos otros. Para evitar sin duda un choque sangriento, el mariscal de la Meilleraye retiró a sus soldados. Se quedó sólo Pedro Beaumont para guardar la abadía. Juan Bourdet, escribe dom Maurel (citado por ROPARTZ o.c., 195), «se asustó tanto que inmediatamente puso pie en el estribo y se pasó un día y una noche sin descabalar, no atreviéndose a echar pie a tierra por miedo a caer en manos de la justicia; hasta que finalmente, cuando ya ni él ni su caballo podían más, desmontó a la puerta de una hostería de una aldea del obispado de Vannes, con tan mala fortuna que, cuando intentaba detenerse allí un poco para tomar alimentos y descansar, se encontró con dos caballos en la cuadra que le dijeron pertenecían a dos ujieres que acababan de llegar; esto le extrañó tanto que, sin preguntar de dónde venían o adónde iban o qué les traía, recogió sus bártulos, se volvió a subir al caballo y empezó de nuevo su caminata hasta morir, como se me dijo, entre sus patas».

cien mil hombres que en cada campaña, desde el más humilde hasta [los príncipes] de sangre, [se exponen] por servir al Estado, no sólo a la cárcel, sino a la muerte, mientras que Nuestro Señor no encuentra cinco o seis servidores fieles y animosos para su servicio?

Sí, pero esto va contra la máxima del evangelio que nos prohíbe pleitear y contra la costumbre de Compañía. San Pablo y Nuestro Señor aconsejaron perderlo todo antes que pleitear. Pero tanto el uno como el otro se vieron obligados a ello y perdieron sus [procesos] y su vida en ellos. Es máxima de la Compañía preferir perderlo todo antes que pleitear; es cierto; y le pido a Dios que nos dé la gracia de seguir siempre esta máxima con fidelidad. Pero esto es cuando depende de nosotros. Y ahora nosotros no somos los que estamos en causa, sino un prelado que nos ha llamado para servir a Dios [con él] en su diócesis, mientras que son unas personas carentes de derecho quienes les echan a ustedes. Una abadía de san Benito, que no está en la congregación de los reformados ni en otra alguna, no depende tampoco de ninguna; y ningún abad tiene derecho a introducirse en la abadía de otro, como tampoco en el beneficio de otra Orden. Además, esos buenos padres no tienen permiso para introducirse en una abadía para imponer allí su reforma, sin el consentimiento de los religiosos, del abad y del obispo. Pues bien, los religiosos han tratado con el señor obispo de Saint-Malo, y el [obispo de Saint-Malo] ², que tiene los derechos de abad, como lo es, y de obispo residencial, está en contra de su introducción. *In qua ergo potestate?* ³

Sí, pero el parlamento [los pone] y los introduce dentro — Es verdad; pero ese senado soberano [no tiene poder] para introducir y mantener a un particular en unos bienes [que no le] pertenecen de derecho; y parece ser que el de Bretaña, [que] tiene fama de ser de los más justicieros del reino [no sostendrá] a esos padres, cuando [esté] bien informado. Además, el rey, en quien reside el poder soberano [por encima] del poder de los parlamentos y el de decidir por encima de ellos, [nos ha dado] autorización. ¿Cómo puede [usted] ⁴ conocer mejor la voluntad

2. Estas palabras, que exige el sentido, no se encuentran en el texto.

3. Mt 21, 23.

4. Palabra olvidada en el original.

de [Dios en las] cosas temporales que por las órdenes de los príncipes, y en las cosas espirituales por la de los señores prelados, cada uno en su diócesis?

Sí, pero esos bienes son de san Benito; por consiguiente, sus hijos tienen el derecho a reclamarlos cuando se les quiere arrebatar a su Orden para aplicar a otros usos — [Respondo que] los bienes de la Iglesia pertenecen a la Iglesia; si viviera san Benito, no se atrevería a negar esta proposición, él que era hijo de la Iglesia, aparte de que los bienes de su Orden se los dio la Iglesia por las ayudas que recibía entonces con los seminarios de eclesiásticos a quienes aquella Orden educaba para el servicio de la Iglesia y cumplir los beneficios. Pero ahora ya no se dedican a eso, y la Iglesia ha ordenado que se cuiden de ellos los obispos, y las órdenes reales les obligan también a ello, y que se apliquen a ese fin los beneficios y las demás rentas. Es justo que la misma Iglesia, que dio aquellos bienes a esa Orden para llevar dichos seminarios, al no llevarlos ellos ni estar en disposición para llevarlos, se sirva de esos mismos bienes, por autoridad del príncipe y del prelado, para suplir lo que aquellos padres hicieron antaño y ya no hacen, con tal que esto se haga con el consentimiento de sus justos poseedores.

Así pues, padre, puede usted basarse en el derecho, en la autoridad, en la necesidad de la Iglesia y en la ejecución de su intención. Después de esto, ¿habrá alguno entre nosotros que no quiera sufrir nada por ello? ¡Dios mío! ¿Qué mejor ocasión para sufrir algo por Dios? Ciertamente, yo no veo otra. En nombre de Dios, padre, no seamos tan poco aficionados al servicio de Dios, que nos dejemos [llevar] por un vano temor y abandonemos el puesto [que nos] ha dado.

Sí, pero la Compañía se verá calumniada y criticada. — Padre, ¡que [orgullo el nuestro] sí, por aparentar respeto y humildad [abandonásemos] el honor de Dios para que el nuestro no se viera en peligro! ¡Qué lejos estaba de esto [san Pablo] cuando decía que había que servir a Dios [per] *infamiam et bonam famam, quasi seductores et tamen veraces*⁵. Acabo de decirle que está usted [basado en la justicia]; si esto es así, como todos opinan, puede [considerarse feliz] de sufrir algo *propter justí-*

5. Cor 6, 8

tiam ⁶, [ya que por este] medio poseerá el reino de los cielos, que es el [fin por el] que ha sido usted llamado por Dios para la fundación y el cuidado de las cosas de su gloria, no ya como leones entre ovejas, sino como ovejas entre [leones], para ser desgarradas y devoradas. ¡Quiera [su] bondad concedernos esta gracia.

Soy en su amor...

890 [851,III,40-41]

AL CARDENAL MAZARINO

París, 4 septiembre 1646.

Monseñor:

La presente es para comunicar a Su Eminencia que ha muerto hace poco un profesor de teología de la Sorbona. Se trata de proceder a una nueva elección en dicha facultad. El señor penitenciario ¹ me ha dicho que los jansenistas se andan moviendo mucho para que se elija a uno de su partido. Los de la opinión común de la Iglesia se han puesto de acuerdo y se han fijado en uno llamado señor Le Maistre, que es muy sabio, predica bien y tiene una de las mejores plumas del reino, y es del partido bueno ², Le han preguntado si, en caso de ser elegido, aceptaría el nombramiento. Pone algunas dificultades, ya que un prelado le ofrece condiciones mucho más ventajosas. Por eso, monseñor, los seguidores del buen partido me han pedido que proponga a S[u] E[minencia] que le asegure mil doscientas libras de pensión sobre algún beneficio, o que le dé palabra de hacerlo en cuanto pueda.

Las ventajas que con ello alcanzará la Iglesia, monseñor, son que S[u] E[minencia] impedirá que esta opinión peligrosa se enseñe públicamente en la Sorbona, que podrá oponerse un po-

6. Mt 5, 10

Carta 890 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Santiago Charton.

2. Nicolás Le Maistre aceptó el puesto que le ofrecían. Fue propuesto el 4 de julio de 1661 para el obispado de Lombez y murió el 14 de octubre siguiente.

deroso genio contra esas gentes, que se usará de su providencia ordinaria en todos los casos de importancia, en uno que se refiere a la gloria de Dios y al bien de la Iglesia, y que en fin, se deberá un nuevo favor al rey y a S[u] E[minencia]. La elección tendrá lugar el próximo lunes. Es preciso que yo conozca la voluntad de S[u] E[minencia] antes del viernes por la tarde ³

Entretanto ruego a Dios, monseñor, que conserve a S [u] E[minencia] y santifique cada vez más a su querida alma. Soy en su amor, monseñor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

891 [852,III,42-43]
A JUAN BARREAU

París, 6 septiembre 1646.

Señor:

Sólo Dios podría hacerle comprender el consuelo que hemos recibido al tener noticias de su feliz viaje y del comienzo y progreso de su llegada. Le doy gracias a la bondad infinita de Jesucristo por los favores que le ha concedido y le ruego que santifique cada vez más [y más] a su querida alma, para que obre usted santamente en todas las cosas.

Son éstos los consejos que creo que debo darle. Me parece que ha sido usted un poco precipitado al prometer el dinero por el derecho al correo: 1.º porque podría suceder que no encontrase usted dinero para ello en el tiempo fijado; 2.º porque podría ser que, al pedir allí dinero prestado a los mercaderes para devolvérselo en Marsella no estuviese el dinero dispuesto al llegar ellos a Marsella; lo cual cedería en menoscabo de su persona y de su ministerio. Las cosas han salido bien a pesar de todo, ya que la Providencia ha hecho que obtengan crédito los trinitarios reformados para que puedan proporcionar doce mil libras den-

3. 7 de septiembre.

Carta 891. — Esta carta ha sido publicada en *Revue des documents historiques* (junio 1873) 45, según el original, vendida por Charavay.

tro de diez o doce días en Marsella a la persona a quien le dé usted poderes para recogerlas.

El segundo consejo es que no escriba ni hable nunca de las conversiones de allí y, más todavía, que no insista en las que vayan contra la ley del país. Hay motivos para temer que alguno finja la conversión para suscitar algún tumulto. Acuérdesse de lo que le dije que hacían los jesuitas en Pera l en semejantes condiciones. Convendrá que tengamos un lenguaje cifrado; si no usa usted ninguno, yo podría enviárselo desde aquí.

El alma de sus esfuerzos tiene que ser la intención de la pura gloria de Dios; el estado continuo de humillación interior, al no poder ocuparse mucho en las cosas exteriores; la sumisión interna del juicio y de la voluntad a aquel que le hemos dado por consejero; y en cuanto pueda hacerlo, no decidir nada sin consultarle, a no ser que se vea usted obligado a responder inmediatamente. Jesucristo era el soberano señor [de María] y de san José, pero no hacía nada sin su consejo. Este misterio es el que deberá usted honrar de manera especial, para que plazca a su infinita bondad guiarle, en el estado en que se encuentra.

Ya le escribí que había visto a su buena tía, de la que quedé muy edificado. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Estoy tratando de que le envíen a alguien para que le sirva de secretario. Se lo hemos dicho a los padres mercedarios; pero el desorden es tan grande entre ellos, según me han dicho, que no creo que se pueda hacer nada con ellos. El rey ha encargado al señor de Morangis ² que estudie la cosa. Ya se ha empezado... Procuraremos hacer lo que podamos. Le doy gracias a Dios de que haya retirado a ese padre en su casa ³.

Dirección: Al señor Barreau, cónsul de Argel, en Argel. Barrio de Constantinopla.

2. Antonio Barrillon, señor de Morangis, notario en 1625, consejero de estado en 1648.

3. Una nota añadida por el hermano Barreau nos indica que esta carta fue recibida el 22 de enero y contestada el 25.

A JUAN MARTIN

París 6 septiembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

No puedo expresarle el consuelo que me han dado sus cartas, especialmente la última que he recibido, del 17 de agosto. Le ruego que me escriba con frecuencia.

Estoy preocupado por el hecho de que el padre Blatiron no ha vuelto todavía de su visita a la esposa del mariscal de Guébriant; temo que haya caído enferma o que haya empeorado esa buena señora; ¡qué Dios no lo permita!

Tengo noticias del padre Dehorgny, a propósito del ruego que le hice hace algún tiempo de que le enviara a alguien. Me escribe que estaba esperando las primeras lluvias para hacer que partiera el padre Richard, que es un buen sujeto y del que espero recibirá usted una buena ayuda. Me apenan mucho los largos trabajos que usted padece, y siento por ellos una gran preocupación. Siempre le he pedido al padre Blatiron que procurase que el señor cardenal arzobispo moderase su celo y las ocupaciones de usted; pienso insistir en lo mismo en el próximo correo. Entretanto, padre, le ruego que se cuide lo mejor que pueda.

Alabo a Dios por las disposiciones que les da a esos dos padres que están con usted para que entren en la Compañía, y le pido a Nuestro Señor que les comunique cada vez más su espíritu. Salúdeles de mi parte muy cordialmente, como yo lo hago con usted, a quien mi pobre alma abraza con cariño y con afecto especial.

Le envié su carta a su señora madre; si ella me envía alguna respuesta, se la haré llegar.

No cesamos de pedir aquí a Dios por usted y por sus trabajos. Haga usted lo mismo por mí, que soy de todo corazón, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL

indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

Carta 892 (CF). — Archivo de Turín, original.

EL CARDENAL MAZARINO A SAN VICENTE

Padre:

En respuesta a la carta que tuvo la bondad de escribirme el 4 de este mes, he de decirle que alabo el celo que usted manifiesta en todo lo que se refiere a la gloria de Dios y al bien de su Iglesia. Nueva prueba de ello es la preocupación que usted tiene por romper las intrigas de los jansenistas mediante la elección del señor Le Maistre; me parece muy bien que se elija a una persona que, según el testimonio que usted me da, es tan digno de ocupar el puesto que ha quedado vacante en la Sorbona. Puede usted asegurarle de mi parte las mil doscientas libras de pensión que usted cree conveniente que se le den sobre algún beneficio, y que esto se efectuará en la primera ocasión que tenga.

Con toda verdad puede creer usted que me siento muy contento de poder hacerle este servicio.

El cardenal MAZARINO

Fontainebleau, 7 septiembre 1646.

Dirección: Al padre Vicente, superior general de la Misión, en san Lázaro, barrio Saint-Denis, París.

A BONIFACIO NOUELLY, SUPERIOR DE ARGEL ¹

París, 7 septiembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le pido a Nuestro Señor que le dé a conocer el consuelo incomparable que me ha proporcionado su carta. Ruego a su divi-

Carta 893 (CF). — Archivo de la Misión, original.

Carta 894 (CA). — Original vendido por Lemasle, en 1925 o 1926. Texto publicado en *Annales de la C M.* (1926) 233-235, y en *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 59 n. 48.

1. Bonifacio Nouelly (o Nouel, o Noel), nació en 1618 en Callonges, diócesis de Ginebra, entró ya sacerdote en la congregación de la Misión

na bondad, que le ha escogido desde la eternidad para una obra de tanta importancia, que le dé el espíritu que él tuvo en su devoción interna a la sumisión externa que tenía a san José.

¡Ay, padre! ¡Cuántos demonios ha nombrado el príncipe de todos ellos para tentarle en ese estado! El cargo de nuestro querido hermano ², la diversidad de opiniones, esa mutua antipatía que sienten y la natural inclinación que todos tenemos a salirnos con la nuestra, todas esas cosas tienen cada una su propio espíritu maligno, que se esfuerza continuamente por romper el lazo de la caridad con que Dios une sus corazones. Manténgase firme, padre; humillese usted por los dos; haga muchos actos internos de afecto a esa querida mitad de usted mismo, y ya verá cómo vence a todos esos espectros malignos, precipitándolos hasta el fondo del infierno, para que no le vuelvan a tentar ya más. Piense usted cuánta rabia le darán a los demonios la santidad de sus ocupaciones y su forma de trabajar.

Entretanto trabaje en su obra principal; visite, consuele, anime y llene del espíritu de Dios a esos pobres esclavos ³. Ese es el fin principal y único de su tarea; lo demás ha de subordinarse a eso.

El padre Chrétien ⁴ está trabajando a gusto de todos. Todos se dan cuenta de que el espíritu de Dios anima y conduce al suyo. ¿Pueden ustedes escribirse entre sí? Si es posible, me gustaría mucho, para que su mutua comunicación les anime y ayude a los dos. Si así lo hace usted, hágalo con la debida discreción, para que nadie tenga que decir nada de sus cartas en caso de que las intercepten.

Le escribo al señor cónsul mi parecer sobre dos asuntos. Lo que le digo en mi carta, que puede usted leer tranquilamente,

en 1643. Acababa entonces de llegar a Argel, donde murió en 1647, víctima de la peste contraída al lado de un moribundo, a quien asistía.

2. El hermano Juan Barreau, cónsul de Francia en Argel en 1646. Nació en 1612 en París, entró en la Congregación en 1645, muere en París hacia 1679 o poco después.

3. El padre Nouelly había sido enviado a Argel para el servicio espiritual de los esclavos cristianos de Argel.

4. Juan Chrétien, nació en 1606 en Oncourt, diócesis de Toul; ordenado sacerdote en 1631, entró en la congregación de la Misión en 1640; en 1646 estaba de superior en la casa de Marsella; murió después de 1667.

le informará de lo que le indico. Me encuentro ahora muy ocupado.

Le diré una noticia, para comunicarle la gran aflicción en que nos encontramos por haber ordenado el parlamento de Rennes el encarcelamiento del padre de Beaumont ⁵; está en peligro de muerte. La causa es la siguiente: el señor obispo de Saint-Malo nos ha llamado a Saint-Méen, en su diócesis, para un seminario de eclesiásticos, al que ha unido con el consentimiento del rey la mesa de los religiosos de la abadía, también con el consentimiento de éstos, según el concilio de Trento y las disposiciones de nuestros reyes. Los religiosos reformados de San Benito se han quejado al parlamento y lo han excitado, de modo que nos han echado de allí; y habiendo sido restablecidos por la autoridad real, han cogido preso al padre de Beaumont y han ordenado expulsarlos de la provincia, en contra del decreto real, que nos da la razón.

Así es, padre, como hemos de honrar la expulsión de Nuestro Señor de algunas provincias y el de los apóstoles, y cómo nuestra pequeña compañía ha empezado a sufrir la cárcel sin haber hecho nada malo, después de haber bendecido Dios sus trabajos de una manera especial, sobre todo los del padre de Beaumont, que es de las mejores personas que yo he conocido y de los mejores obreros de la Compañía. Creo que en esto estamos sufriendo nosotros el odio que ellos sienten contra el señor obispo de Saint-Malo ⁶, por haberse dirigido al gran consejo en vez de haberse dirigido a ellos para registrar nuestras cartas de fundación en su parlamento.

Le comunico mi dolor, para que vea usted cómo puede encontrar su seguridad trabajando entre los infieles, mientras que nosotros tenemos que sufrir tanto entre los fieles.

5. Sobre este lamentable asunto, véanse las cartas contemporáneas y las notas de COSTE, *Le grand saint du grand siècle, Monsieur Vincent, o.c.*, II, 133-144.

6. Aquiles de Harlay de Sancy, nació en París en 1581, entró en el Oratorio en 1620, nombrado obispo de Saint-Malo en 1631; murió en Saint-Malo el 20 de septiembre de 1616.

Tengo que acabar, encomendándome a sus oraciones. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Nouel, sacerdote de la Misión, en Argel.

895 [855,III,46-49]

A CLAUDIO ME MARBEUF ¹

París, 8 septiembre 1646.

Señor:

Soy el superior indigno de la congregación de la Mi[si]ón y me tomo] la confianza de escribirle la presente, pos[trado] a sus pies y a los de los señores de su par[lamento], para suplicarles por las entrañas de Nuestro Señor que [quieran] proteger la inocencia de uno de los [mejores] hombres que hay en el mundo y que trabaja por la salvación del po[bre pueblo] con mucha bendición de Dios. Se trata del [padre] Beaumont, uno de los sacerdotes de nuestra Compa[ñía]. [Los religiosos] reformados de san Benito lo han hecho meter en la [cárcel] de ustedes, con cadenas en los pies, por haber sido encontrado en [Saint-Méen] ²,

Carta 895 (C no F). — Archivo de la Misión, minuta de mano del secretario. El documento se encuentra en mal estado.

1. Primer presidente del parlamento de Rennes.

2. Vimos anteriormente cómo, tras la orden de arresto del parlamento de Rennes, Pedro de Beaumont se quedó solo en la abadía de Saint-Méen. La Fontaine, sargento real, llegado a esta localidad con una pequeña guarnición para hacer ejecutar las órdenes del parlamento, lo apresó y lo condujo a la cárcel de Rennes. Doliéndole que se le hubieran escapado los otros personajes de importancia a los que pensaba sorprender, hizo que su mal humor recayera sobre su único prisionero y le ordenó al carcelero que le pusiera brutalmente grilletes en los pies. Así nos lo cuenta Morel, añadiendo que él intervino personalmente para que Beaumont fuera tratado con respeto y libertado finalmente, tras haber padecido un interrogatorio en la cámara criminal el 4 de septiembre. El arresto había durado sólo cuatro o cinco días. Estaba ya en libertad cuando san Vicente le escribió esta carta (Cf. COLLET, *o.c.*, 416).

Le ruego, monseñor, que considere que él [y sus] compañeros han sido llamados a aquel lugar por el señor obispo de [Saint-Malo], con el fin de dirigir un seminario de jóvenes eclesiásticos, instruyéndolos en todas las cosas necesarias [a su] condición, según el concilio de Trento y las disposiciones de nuestros reyes, que desean que los [obispos] creen seminarios de eclesiásticos en [sus diócesis], para educarlos según los antiguos usos de la Iglesia, y aplicándoles beneficios para su mantenimiento. El dicho señor obispo de Saint-Malo ha erigido el suyo en la abadía de Saint-Méen, aplicando a esa buena obra la renta de los religiosos con su consentimiento, aparte de las pensiones señaladas en el convenio con los mismos. El rey lo ha confirmado todo por letras patentes y diversos decretos. Por eso, monseñor, que cuando usted y los señores de su corte estén bien informados del asunto, no tendrán nada que replicar, a no ser quizás lo que dicen esos buenos padres de que el [señor] obispo de Saint-Malo no puede efectuar la unión de dicha renta ni aprobarla, dado que las rentas pertenecen a la orden de san Benito y no al obispo de Saint-Malo. A lo que se ha de responder, monseñor, que pertenece a san Benito en cuanto que depende de la jurisdicción del obispo, de forma que el general de los regulares sólo tiene jurisdicción sobre los religiosos de las abadías de su congregación y carece de autoridad sobre las otras que [no lo son]; por consiguiente, no tiene ningún derecho para oponerse a la unión de dichas rentas al seminario, ni tampoco cualquier otro miembro de la Orden, ya que no dependen de ninguna congregación.

Añado a ello otra razón, monseñor: que, como la abadía de Saint-Méen depende de la jurisdicción de los obispos de Saint-Malo, es verosímil que los obispos hayan sido los [fundadores] de dicha abadía, que le hayan dado los diezmos que posee y una gran parte de sus bienes, dado que esa casa servía de semi-

La conducta de san Vicente en el asunto de Saint-Méen fue una de las principales objeciones que suscitó el abogado del diablo en el proceso de beatificación (Cf. *Novae animadversiones R. P. D. fidei promotoris super dubio virtutum tam theologalium quam cardinalium, quarta difficultas p. 9*, y *Ultimae animadversiones*, p. 3). El abogado de la causa pudo demostrar fácilmente que no sólo no hubo nada reprochable en su comportamiento, sino que realmente se había portado como un santo. Prueba de ello es esta carta admirable.

nario a la diócesis [para] educar a los jóvenes eclesiásticos y proporcionaba buenos curas a las parroquias que de ella dependían. Así pues, [no] parece razonable, monseñor, que, dado que ellos no hacen ya ni lo uno ni lo otro y que los reformados han decaído de su estado de obreros de la viña del Señor, entre la Iglesia en sus derechos y aplique los bienes que les había dado a otros obreros que procuren hacer lo que ellos no hacen.

Añadamos a ello, monseñor, que ellos no han podido pedirle a la congregación el permiso de entrar en dicha abadía, dado que la bula de erección de su congregación no les permite entrar en ninguna abadía, aunque los hayan llamado los religiosos, si no lo consienten el abad y el obispo. Y tan lejos están de haber pedido este permiso al señor obispo de Saint-Malo, que es el abad y a quien le pertenece la jurisdicción de Saint-Méen, que por el contrario, él tiene una carta del general de San Mauro, por la que parece cómo el obispo de Saint-Malo le había rogado que pusiese a sus reformados en dicha abadía, y cómo aquel buen padre se excusa de hacerlo por carecer de razones para ello. Ante ello, el señor obispo de Saint-Malo, tanto para remediar los desórdenes que había en dicha abadía como para erigir su seminario por el bien de la diócesis, procedió de la forma que lo ha hecho. Por consiguiente, monseñor, ¿tienen razón esos buenos padres para proceder con tanto calor contra su prelado y contra los obreros que él ha puesto en su viña, [hasta hacer] que los metan en la cárcel y los aten con cadenas? No [digo] esto, monseñor, en plan de queja contra ellos. [No habrá] nadie en el mundo que los respete y [los quiera] con tanto afecto como yo procuro hacerlo, gracias a Dios, como ellos pueden atestiguar.

Y si se replica [que el padre de Beaumont] ha entrado en Saint-Méen en contra de la [resolución del parlamento], puede usted estar seguro de que ha obrado de [ese modo con] la sencillez de un pobre sacerdote de la Misión, [que no] sabe nada de procedimientos legales y porque creía [hacer bien] en seguir las órdenes de su obispo y del rey. Puede usted creer, monseñor, que si hubiera de[pendido] de nosotros, que no estamos en causa, [lo habríamos dejado] todo a la primera disensión.

Siendo esto así, monseñor, he [recurrido] a su bondad, ya que es usted el principal [ministro] de la justicia de Dios en su

[provincia], para pedirle con toda humildad su protección para dicho padre de Beaumont y para nuestra Compañía. Además del mérito que con ello alcanzará delante de Dios, nosotros le quedaremos eternamente obligados a buscar cualquier ocasión de rendirle nuestros humildes servicios. Le suplico con toda la humildad y el afecto que me es posible que acepte el ofrecimiento que de ellos le hago a usted y a su familia. Empezaré desde ahora las oraciones que me propongo rezar durante toda la vida por usted, monseñor, y por la santificación de su querida alma. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor.

896 [856,III,49-50]

A N...

12 septiembre 1646.

San Vicente de Paúl anuncia a su corresponsal que, después de cuatro o cinco días de cárcel, Pedro de Beaumont, sacerdote de la casa de Saint-Méen, ha sido puesto en libertad.

897 [857,III,50]

A JUAN DE FONTENEIL

París, 13 septiembre 1646.

Señor:

Le ruego en nombre de Nuestro Señor que se encargue de este paquete para que sea enviado y entregado al padre du Coudray, en La Rose. Sé que le causo una molestia; pero usted sabe que cuenta tanto con mis servicios como con mi corazón, que saluda al vuestro con toda la humildad y afecto posible. Soy verdaderamente, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al señor Fonteneil.

Carta 896. — COLLET, *o c.*, I, 415. El destinatario es probablemente Antonio Portail; sabemos por el señor Charavay que san Vicente le escribió, el 12 de septiembre de 1646, una carta de tres páginas en 4.^o.

Carta 897 (CF). — Archivo de la Misión, original.

A CLAUDIO DUFOUR

París, 13 septiembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Espero escribirle amplia y personalmente el primer día que pueda; no puedo hacerlo ahora, ya que es tarde y va a partir el correo.

No puedo expresarle el consuelo que siento por lo que el padre Portail me ha escrito de usted y que ya sabía. Le pido

Nuestro Señor que le comunique cada vez más su prudencia y su espíritu.

Les escribo a los padres Le Soudier y des Nouvelles; haga el favor de darles mis cartas cerradas, como se hace en otras partes. Le digo al último que, ante las dificultades con que tropieza en Saintes, se vaya a La Rose; por eso, le ruego a usted que le dé lo que necesite. Y al padre Le Soudier le conjuro que haga lo posible por unir su corazón con el de usted y vivir en la inteligencia mutua y sumisión que se requiere. Si no se portase de este modo y no le acabara de satisfacer a usted, haga el favor de decírmelo; le enviaré a otro en su lugar; y desde luego le enviaremos cuanto antes a un sacerdote y a un hermano clérigo

Me encomiendo humildemente a sus oraciones y le saludo con todo el afecto de mi corazón. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Dufour, superior de los sacerdotes de la Misión, en Saintes.

A JUAN MARTIN

París, 14 septiembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me siento tan consolado al recibir sus cartas que no puedo menos de lamentarme al no recibirlas- así ha ocurrido esta semana, que su privación me ha llenado de preocupación por usted y por el padre Blatiron, del que no he tenido ninguna noticia desde que se fue a atender a la señora de Guébriant. Por mi parte, procuraré continuar siempre que pueda relaciones epistolares en todos los correos, aun cuando actualmente no tengo nada que decirle más que lo que le escribí hace ocho días, o sea, que el padre Dehorgny está esperando las primeras lluvias para enviarle al padre Richard, tal como me ha asegurado por dos veces; esto me hace creer que, si no ha llegado aún a Génova, llegará pronto. El sujeto es tan bueno que al padre Dehorgny le ha costado mucho quedarse sin él; además, por no poder enviarle a nadie más adecuado, le hemos enviado de aquí a un hermano coadjutor muy ejemplar y de mucha paciencia; haga el favor de decirme si ha llegado ya y qué le parece.

Espero que sus trabajos se moderarán ahora un poco, sobre todo cuando el padre Blatiron le indique al señor cardenal arzobispo el peligro al que le tiene expuesto por la ocupación continua que le ha dado, que en esto le obliga a usted a faltar a la práctica ordinaria de la Compañía y a las recomendaciones que tantas veces le he repetido de que descansen usted de vez en cuando. Le ruego al padre Blatiron que se lo haga entender de una vez para siempre; espero que lo tendrá en cuenta.

El padre Guérin, que está en Túnez, me dice que puede mantener fácilmente correspondencia con usted, ya que llegan frecuentemente allá algunos barcos del principado de Génova. Me gustaría mucho que así fuese, tanto para que pueda distraerse un poco el padre Guérin, que bien lo necesita, como por el consuelo que usted sentirá con la lectura de sus cartas. Cuando yo recibo alguna de las suyas, siento siempre una especial satisfacción.

Carta 899 (CF). — Archivo de Turín, original.

No le escribo al padre Blatiron, pues no sé si habrá regresado. Si ya se encuentra allí, que sirva esta carta para usted y para el.

Les saludo a ambos, postrado en espíritu a sus pies y encomendándome humildemente a sus oraciones. Las mismas tienden a que quiera Dios conservarles y darles cada vez más una amplia participación en su espíritu, y a mí la gracia de darles a conocer hasta qué punto soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión de Génova.

900 [860,III,53-56]

A JUAN FRANCISCO DE GONDI, ARZOBISPO DE PARÍS

[Entre agosto y noviembre de 1646] ¹

Vicente Depaul, superior general de la congregación de sacerdotes de la Misión, expone que, habiendo querido vuestra caridad pastoral dar a dichos sacerdotes de la Misión la facultad de fundar la cofradía de la Caridad para la asistencia de los pobres enfermos en todas las parroquias de su diócesis en las que fuera conveniente fundarla, después de haberla establecido con fruto en muchas aldeas, algunas damas caritativas de París han quedado tan bien impresionadas de ello que han intercedido ante sus señores párrocos para que se haga una fundación semejante en sus parroquias, como son las de san Germán de Auxerre san Nicolás de Chardonnet, san Lucas, san Salvador,

Carta 900. — Archivo de las Hijas de la Caridad, copia antigua. La propia Luisa de Marillac escribió al dorso del documento: «Copia de la solicitud presentada al señor arzobispo de París para la fundación de las Hijas de la Caridad». Esta súplica es una segunda redacción; la primera se publicó con el número 810.

1. La primera fecha es la de la entrada de las hermanas en el hospital de Nantes; la segunda, la de la aprobación de la súplica.

san Mederico ², san Esteban, san Sulpicio, san Gervasio, san Pablo y otras, en donde dicha Caridad se ha establecido y trabaja con la bendición de Dios.

Pero como las damas de que se compone son ordinariamente de una condición que no les permite realizar las acciones más bajas y humildes que es preciso llevar a cabo, como llevar la olla por la calle, hacer las sangrías, las lavativas, curar las llagas, hacer las camas y velar a los enfermos que están solos y en peligro de muerte, han tomado algunas buenas muchachas campesinas a las que Dios había dado el deseo de asistir a los pobres enfermos, que se dedican a todos esos humildes servicios, después de haberse preparado para ello con una virtuosa viuda llamada señorita Le Gras, siendo mantenidas durante su estancia en casa de dicha señorita con la ayuda de algunas viudas caritativas y otras personas, que han contribuido a ello con sus limosnas. De forma que, desde hace trece o catorce años que comenzó esta obra, Dios le ha dado su bendición, hasta el punto de que hay actualmente en cada una de dichas parroquias dos o tres de esas muchachas, trabajando todos los días en la asistencia a los pobres enfermos y a veces en la instrucción de las niñas pobres-, cuando pueden, viviendo a expensas de dicha cofradía en la parroquia en que trabajan, pero tan frugalmente que sólo gastan cien libras anuales como máximo para su alimentación y vestido, y en algunas parroquias veinticinco escudos solamente.

Además de la ocupación de estas mujeres, hay otras tres empleadas por las damas de la Caridad del Hôtel-Dieu para atender a los pobres enfermos que hay allí y prepararles los pequeños regalos que les llevan todos los días al Hôtel-Dieu. Además, hay de ordinario otras diez o doce ocupadas en educar a los niños expósitos de esta ciudad y dos o tres atendiendo a los pobres forzados. Están también las que tienen ocupaciones similares en otras ciudades, como las que están en el hospital de Angers, en el de Nantes, en Richelieu, en Saint-Germain-en-Laye, en el hospital de Saint-Denis y en otros lugares del campo, donde realizan más o menos las mismas obras en el trato con los enfermos, la curación de las llagas y la instrucción de las niñas.

2. Saint-Merry.

Y para poder proporcionar más hermanas a todos estos lugares y a los demás que las piden, dicha señorita está educando en su casa otras muchas, ya que tiene de ordinario más de treinta, a las que utiliza para instruir a las niñas pobres que van a la escuela en su casa, para visitar a los enfermos de la parroquia y llevarles el alimento y las medicinas, para cuidar de ellos, para curar los males de los pobres de fuera que acuden a su casa para ello, para aprender a leer y escribir y para atender al arreglo de la casa.

Y ella las mantiene parte con el dinero que esas muchachas ganan con su trabajo manual, cuando les queda tiempo de sus ocupaciones ordinarias, parte con la ayuda de dichas señoras viudas que contribuyen a ello en la medida de sus facultades, parte con las limosnas ordinarias, y especialmente con las rentas que el difundo rey y la señora duquesa de Aiguillon les han concedido caritativamente a perpetuidad, y que suben a unas dos mil libras por año.

Y lo que es más de considerar en el trabajo de estas pobres muchachas es que, además del servicio corporal que realizan con los pobres enfermos, procuran ayudar en lo espiritual de la forma que pueden, sobre todo diciéndoles de vez en cuando alguna buena palabra, dando algún consejo a los moribundos, para que salgan de este mundo en buen estado, y a los que sanan, para ayudarles a vivir bien. Y Nuestro Señor bendice tanto el humilde servicio que ellas realizan con toda sencillez, que hay motivos para glorificarle por los éxitos que se logran ³.

Pero como las obras que se refieren al servicio de Dios acaban de ordinario con quienes las comienzan, si no hay algún vínculo espiritual entre las personas que trabajan en ellas, el suplicante teme que suceda lo mismo con esta Compañía, si no se erige en cofradía. Por eso ruega a Su Señoría Ilustrísima, con todo el respeto que le es posible, que tenga a bien erigir dicha reunión de muchachas y de viudas en cofradía, bajo el título de *Cofradía de la Caridad de siervas de los pobres enfermos de las parroquias*, entregándoles como reglamento los siguientes ar-

3. El santo suprimió aquí un párrafo bastante largo de la primera súplica. Probablemente porque contenía un elogio de su obra.

títulos, según los cuales han vivido hasta ahora y se proponen seguir vi-
viendo el resto de sus días ⁴.

VICENTE DEPAUL,
muy indigno superior general de
la congregación de la Misión.

Dirección: Al Ilustrísimo y reverendísimo señor arzobispo de París.

901 [861,III,57]
A ANTONIO PORTAIL

22 septiembre 1646.

Padre: La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le escribo con prisas desde Fontainebleau ¹, adonde he venido por los asuntos que tengo encomendados, para proseguir mis cartas y darle nuevas seguridades del afecto de mi pobre corazón hacia el suyo y para decirle que el señor obispo de Cahors me dice que se sentirá muy dichoso de que vaya usted a dar una vuelta por Cahors para ver la situación de nuestra casa y lo que pasa por ella. Por eso le ruego con estas líneas que vaya usted lo antes posible.

Saludo lo más cariñosamente posible al padre Alméras, al padre du Coudray y a los demás de la familia, encomendándome humildemente a sus oraciones. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

4. El reglamento será publicado en el volumen de documentos.

Carta 901 (CF). — Archivo de la Misión, original. La postdata es de mano del santo.

1. Residencia de la corte.

Dadas las disposiciones del señor obispo, vea usted con el padre du Coudray, a quien saludo afectuosamente, si conviene que forme también él parte en la expedición; si así es, que vaya.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en la residencia de Nuestra Señora de La Rose.

902 [862,III,58 Y 49,XV,62-63]

A JUAN DEHORGNY, SUPERIOR DE ROMA

Orsigny ¹, 27 septiembre 1640.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Ha hecho usted bien en no intentar... ², dada la situación. El padre C..., dominico cree que hemos de contentarnos... de París, pues cree que esto basta y..., supuesto nuestro deseo de mantenernos en..., sería mejor, pues las del Papa serían una.... para entrar en el estado de religión.

Los padres Portail y Alméras siguen en La Rose ³, de donde saldrán para Marsella ⁴; intentan establecer el cumplimiento de todo el pequeño reglamento ⁵, tal como está escrito; va lo verá usted, cuando llegue.

Carta 902 (CA). — Original vendido en 1951 por Degrange, en París; señalado en enero de 1854 en el catálogo de Laverdet, con el número 1060. Se publicaron dos cortos extractos en la edición Coste c. 862. El texto del autógrafo se publicó en los *Annales de la C. M.* (1951) 373-374, y en *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 62-63, n. 49.

1. San Vicente pasaba algunas temporadas en la finca que la congregación poseía en Orsigny (actual municipio de Saclay, Seine-et-Oise) desde 1644.

2. Las lagunas se deben a una ruptura en el ángulo derecho del original.

3. El padre Portail estaba haciendo la visita canónica a Nuestra Señora de la Rose, en la diócesis de Agen. El padre Alméras se encontraba allí, en espera de ir a hacer la visita canónica a Annecy, y luego a Roma.

4. Los padres Portail y Alméras debían pasar por Marsella antes de dirigirse a Roma, donde se quedaría de superior el padre Alméras.

5. Se trata del primer proyecto de Reglas comunes, ultimado en 1642, con el que se buscaba la aprobación de París y luego de Roma. Aquí parece tratarse de la aprobación de esas reglas.

Me alegra mucho lo que me dice de que monseñor Ingoli ha pensado crear vicarios foráneos a los padres Guérin y Nouelly ⁶,

También me alegra que haya enviado usted al padre Richard ⁷ a Génova; aquella pequeña comunidad goza de gran prestigio, según me ha dicho el intendente de justicia del ejército real de Italia.

Apruebo su parecer sobre la fundación de la compañía en aquella república ⁸, así como su manera de tratar con el cardenal Ludovisi ⁹. Me parece que hace usted bien en reducirse a lo más mínimo en lo que atañe a su vivienda.

Haga lo que Dios le inspire en lo de San Salvador ¹⁰; es muy oportuna esa ocasión para dejarlo, ya que ve usted algunos inconvenientes para la fundación en ese lugar.

¹¹...sería de desear que se encontrase... sobre el Espíritu Santo de Toul ¹²; se empieza... la misión en el campo tras la fama... la compañía en la administración de la parroquia de San Amando ¹³.

Todavía no se ha aplacado la pequeña persecución de Bretaña ¹⁴, aunque los señores obispos titular y coadjutor de Saint-Malo hayan ido allá expresamente para eso. Nuestro prisionero quedó en libertad cinco días después. La compañía está dispersa, cada uno por su lado. Nuestro Señor los reunirá cuando

6. Monseñor Ingoli, secretario de Propaganda Fide, los nombró vicarios generales en Túnez y Argel, respectivamente, del arzobispo de Cartago.

7. Francisco Richard nació en 1622 en Metz, entró en la congregación de la Misión en 1643 y fue enviado a Roma, y luego a Génova.

8. República de Génova.

9. Nicolás Albergati-Ludovisi, arzobispo de Bolonia, cardenal en 1645; murió en 1687.

10. Quizás la abadía de San Salvador, a quince leguas de Roma, donde iban a descansar a veces los misioneros.

11. Las lagunas que se observan se deben al desgarrón mencionado.

12. Se alude aquí a las dificultades de los misioneros establecidos en Toul, desde 1637, para las misiones y ejercicios de ordenandos. Los hermanos del Espíritu Santo, que atendían al hospital, se consideraban lesionados en sus derechos.

13. La parroquia de Toul, de la que se encargaron provisionalmente los misioneros.

14. Alusión a las dificultades de Saint-Méen. Cf. nota 5 de la carta 894.

le plazca. Acabo encomendándome a sus oraciones, ya que soy su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al Padre Dehorgny.

903 [863,III,58-59]

A JUAN MARTIN

Orsigny, 27 septiembre 1646.

Padre: La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí la suya del día 11 de este mes, con el consuelo que acostumbran darme sus cartas, por el afecto que le tengo y por el agrado con que recibo todo lo suyo.

Alabo a Dios por la llegada del hermano Sebastián y la buena acogida que le han hecho los señores eclesiásticos que están con usted, y hasta el señor cardenal. Ruego a Nuestro Señor que le conceda la gracia de dejarles a todos contentos y de edificarles con sus buenos ejemplos. El padre Dehorgny también me ha dicho que ya ha salido el padre Richard para Génova. Creo que habrá llegado hoy con ustedes, a tiempo para echarles una mano en los trabajos de la ordenación, en ausencia del padre Blatiron, que usted me dice que sigue todavía al lado de la esposa del mariscal de Guébriant. También alabo a Dios de que ella esté contenta con sus servicios y apruebo de buena gana que siga con ella mientras lo necesite. No deje usted de seguir adelante, con la ayuda de Dios, en su cargo y en sus ocupaciones, ya que la obra de Nuestro Señor no se lleva a cabo tanto por la multitud de obreros como por la fidelidad del pequeño grupo al que ha llamado. Y como sé que está usted lleno de celo y de caridad, espero que obtendrá muchas bendiciones en sus faenas, si nuestro común Amo desea concederle las gracias que le pido.

Carta 903 (CF). — Archivo de Turín, original.

Le ruego, padre, que le encomiende a mi pobre alma, ya que soy en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

904 [864,III,60-62]

A RENATO ALMERAS, PADRE

San Lázaro, 28, 29 ó 30 septiembre 1646 ¹.

Señor:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me postro en espíritu a sus pies y le pido perdón con toda la humildad y afecto que me es posible, por haberle dado motivo, sin pensarlo, de que esté usted quejoso de mí, por no haber ido a despedirse de usted antes de su partida su hijo, el padre Alméras. Le aseguro que he cometido esta falta sin darme cuenta, pues es cierto que no reflexioné en ello antes de su partida.

Así es como ocurrió. Estuvimos dudando mucho tiempo de si iría al campo, tanto por su indisposición como por no saber a qué sitio podría ir. Al principio, pensamos en enviarlo a visitar algunas de las casas que tenemos, empezando por Sedan, y luego Toul, Troyes, Annecy, Marsella y Roma, no tanto para hacer la visita como para ver si de esta forma se distraía y recobraba la salud. Consultamos a los médicos, que opinaron que había que enviarle al campo, pero no a Roma, a no ser que se encontrarse en perfecta salud al llegar a Marsella, hacia finales de otoño. Tardamos luego algún tiempo planeando el viaje a Sedan; pero, al llegar los grandes calores, tuvimos miedo de enviarlo allá, dado que no hay coches para ir a cubierto más que desde Troyes;

Carta 904 (CA). — El original pertenece al señor Morel, empresario de Rouen.

1. Una mano extraña ha añadido al lado de la firma: *septiembre 1646*. En efecto, es la única fecha que conviene a la carta. Como fue escrita tras el viaje a Fontainebleau y el santo no regresó a París hasta el 27 de septiembre, sólo nos cabe escoger entre los tres últimos días del mes.

pero nos hizo cambiar de opinión al día siguiente una ocasión que se presentó para enviarlo a Angers, donde podría tomar un coche cubierto para Orleans, y desde allí seguir por el río, de forma que, habiéndolo decidido al atardecer, partió al día siguiente, sin que yo pensase en la obligación filial que él tenía de ir a recibir las órdenes de usted; creo que lo mismo le pasó a él; al menos, no me dijo ni una sola palabra sobre ello. Ya ve usted cómo mi falta no ha sido voluntaria, sino efecto de mi poca reflexión.

La carta que le envió de su hijo le hará advertir otra falta: que la recibí hace unos veinte días y no se la he enviado hasta ahora. Es también una falta que procede, no tanto de mí, sino de uno de nuestros hermanos, a quien se la entregué antes de mi partida para Fontainebleau y se olvidó de mandársela; me extrañó mucho a mi regreso, cuando le pregunté si se la había enviado. Me dijo que no; y aunque es hombre muy cuidadoso, gracias a Dios, no lo fue en esta ocasión. Creo que mi partida repentina para Fontainebleau, adonde vino conmigo, fue el motivo de ello. Le explico todo esto, señor, para que vea que no me ha faltado en esta ocasión la buena voluntad, sino la memoria, y para que por eso me conceda más fácilmente el perdón que le pido para su hijo y para mí.

El padre Portail me escribe desde nuestra casa de La Rose, de la diócesis de Agen, el 8 de este mes, que su hijo está mejor que nunca — ésas son sus palabras — y que saldrán de allí dentro de ocho días para Marsella, y de allí uno para Génova y Roma y otro, para Annecy, diócesis de Ginebra, según las órdenes que yo les enviaré a Marsella. Pues bien, no sé todavía a quién enviar a Roma; quizás vayan los dos. Le aseguro, señor, que no irá su hijo a Roma si el señor Merlet y nuestro médico, el señor Vacherot, ven en ello algún inconveniente. La vida de su querido hijo nos es demasiado apreciada, lo mismo que la satisfacción de usted. Y aunque crean los médicos que puede ir, le diré sin embargo que no lo haga si no se encuentra tan bien de salud como cuando llegó a La Rose.

Estos son, señor, nuestros planes sobre su hijo, a quien venero como Dios sabe y quiero más que a mí mismo. Soy en el

amor de Nuestro Señor y de su santísima Madre su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al señor Alméras, consejero del rey y contador mayor de Hacienda.

905 [865,III,62.63]

AL SUPERIOR DE LA CASA DE TOUL ¹

Pleiteamos lo menos posible y, cuando nos vemos obligados a hacerlo, pedimos siempre consejo dentro y fuera. Es preferible que perdamos nuestros derechos antes que desedificar al prójimo ²

906 [866,III,63-65]

A UNA RELIGIOSA DE LA VISITACION ¹

[Entre el 1 y el 6 de octubre de 1646] ²

Querida hermana:

Alabo a Dios por lo que me dice de las disposiciones de nuestra madre ³. Y de lo que me dice que ella no hará nada en Chartres

Carta 905. — COLLET, *o. c.*, II, 236.

1. La casa de Toul tuvo dos superiores en 1646, Juan Bécu (1642-1646) Y Carlos Aulent (1646-1647). El destinatario de esta carta, dice COLLET, «se había embarcado en un asunto en el que fracasó». Creemos que se trata de Juan Bécu.

2. Tras haber recogido estas palabras del santo, añade COLLET: «Dios, sin embargo, permitió que hubiera algunos procesos, perdidos unos y ganados otros, es que la Providencia quiso hacer de él un modelo para todos los estados, ya que los litigantes tienen mucha necesidad de buenos ejemplos». La verdad es que san Vicente sólo se metió en procesos cuando se trataba del bien de los demás, pero nunca por propio interés (Cf. carta 889).

Carta 906. — Reg. 1, f^o 23 v.^o, copia sacada de la minuta autógrafa.

1. La carta 914 nos hace pensar que ésta va dirigida a una hermana del primer monasterio de París, muy probablemente sor Luisa-Eugenia de Fontaines, que había sido anteriormente superiora.

2. El anuncio del pronto regreso de Hipólito Féret, el tema de la carta y el hecho de que se escribió a finales del retiro anual, terminado el 6 de octubre de 1646, no dejan ninguna duda sobre la fecha que aquí indicamos.

3. Elena Angélica Lhuillier.

si sus hijas no se lo piden de buena gana ⁴; por lo que se refiere a Perri-
nes ⁵, aceptaré la resolución que se tome como venida de Dios.

De lo que me dice de que vaya a casa de ustedes para asistir a su conferencia, antes de que llegue su madre, le ruego que me excuse, ya que escandalizaría a nuestra gente si saliera durante el retiro. Me atrevo incluso a pedirle que presente mis excusas a la madre y a su querida comunidad de no poder seguir atendiéndolas a ustedes, ya que este retiro me ha hecho ver claro como la luz del día que estoy en deuda con nuestra Compañía por haberme dedicado a otros menesteres distintos de los suyos, de lo que tendré que dar cuentas delante de Dios. Hay también otra razón que me lo impide, y es que la Compañía tiene por regla no atender a las religiosas, para dedicarse por completo al servicio de la pobre gente del campo, y yo estoy faltando a esta regla. Y como después de mí tengo miedo de que no se observe tanto el tenor de las reglas como la forma con que yo la he cumplido, esto me obliga en conciencia a retirarme. Si hasta ahora no lo he hecho así, ha sido por *sindéresis*. Y si tengo más ajeteo todavía ⁶, espero que también Nuestro Señor me libraré de él. Hay muchas personas en París que podrán atenderlas con la bendición de Dios. Está el señor Féret, que será nombrado párroco de San Nicolás de Chardonnet ⁷, y también el señor Abelly. Son personas que les atenderán con el espíritu de nuestro bienaventurado Padre ⁸ y con muchísima más gracia que yo; yo mismo me ofrezco para rogárselo, si no me escribe usted o la madre otra cosa ni me indica por medio de otra persona sus deseos, y me dispensan ustedes de ir a su casa, ya que he tomado la resolución de no volver, asegurándole, mi querida herma-

4. Se trabajaba por entonces en la fundación de un monasterio de la Visitación en esta ciudad.

5. En la diócesis de Le Mans Sor Luisa de Fontaines había hecho revivir anteriormente la observancia monástica en la abadía de religiosas establecida en aquel lugar.

6. Sus ocupaciones en el consejo de conciencia.

7. Hipólito Féret llevaba varios años en Alet. San Vicente, que lo había enviado al lado de Nicolás Pavillon, le mandó venir a París, probablemente atendiendo a la petición que le hizo el arzobispo Juan Francisco de Gondi.

8. San Francisco de Sales.

na, que no lo hago así por estar descontento: no, se lo aseguro delante de Dios; sino que es por principio de conciencia, por las razones que le he dicho. Bastante caridad y paciencia han tenido ustedes con mis miserias. Le pido a Nuestro Señor que se lo pague y que me perdone las faltas que en ello he cometido. Esté segura, mi querida hermana, que les seguiré honrando y amando en Nuestro Señor más que nunca y que seré en la vida y en la muerte...

907 [867,III,65-67]

AL CARDENAL GRIMALDI ¹

París, 4 octubre 1646.

Monseñor:

El motivo de la presente es para renovar mi sumisión a S[u] E[mi-nencia] y para suplicarle muy humildemente que tenga a bien le presente algunos escritos sobre los dos apóstoles san Pedro y san Pablo, compuestos por uno de los teólogos más sabios que tenemos y de los mejores hombres de bien, que no quiere dar su nombre ². Ha compuesto estos escritos con la duda de si los haría imprimir; pero, habiendo sabido por la *Gazette* de Roma que se está examinando allí un libro del autor de dichos escritos ³, que dos doctores de la Sorbona actualmente en

Carta 907. — Reg. I, f.º 14 v.º, copia de la minuta autógrafa. Otra minuta autógrafa de la misma carta se encuentra en los archivos de la Misión. Como ésta presenta varias lagunas, preferimos seguir el texto del reg. I, señalando en nota las variantes de la minuta.

1. Conocemos el nombre del destinatario por las *Mémoires* del padre René RAPIN, París 18653 vols. I, 115. El cardenal Grimaldi había sido nuncio en Francia.

2. R. ALLIER, *La cabale des dévots*, París 1906, 168 asegura erróneamente que el santo pensaba entonces en Francisco de Raconis, obispo de Lavaur, que defendió la doctrina ortodoxa en dos obras: *Examen et jugement du livre de la fréquente communion*, París 1644, y *De la primauté et souveraineté singulière de saint Pierre*, París 1645. Francisco de Raconis había muerto el 16 de julio de 1646 y había firmado sus obras.

3. La doctrina de la igualdad de san Pedro y san Pablo, sostenida primero en el prefacio del libro *De la fréquente communion* había sido atacada, como hemos visto, por Francisco de Raconis, obispo de Lavaur. La volvieron a presentar en 1645 dos obras anónimas, que unos atribuyen a

Roma ⁴ sostienen que es la doctrina de su facultad, y habiéndole afirmado además esta facultad que se le atribuía dicha opinión, se ha reunido con otros y ha acudido al señor nuncio para desaprobado a esos doctores ⁵, asegurarle de lo contrario y suplicarle que haga lo posible para que la próxima *Gazette* manifieste que se le atribuyen falsamente esta doctrina ⁶; todo esto le ha movido a este buen y virtuoso personaje a traerme hoy estos escritos, para que los envíe a Roma y puedan servir de memorial a los que haya encargado Su Santidad de examinar dicho libro. Encontrarán en esta obra a todos los autores alegados para la pretendida igualdad de san Pablo con san Pedro, refutados por los mismos autores cuyos pasajes alegan, unos detrás de otros ⁷. Pues bien, ¿a quién mejor puedo enviar esta obra que a S[u] E[minencia], para que haga de ella el uso que dicho autor desea ⁸, ya que S[u] E[minencia] es el príncipe y protector de las

Barcos, sobrino del abad de Saint-Cyran, y otros a Antonio Arnauld, *De l'autorité de S. Pierre et de S. Paul, qui réside dans le Pape, successeur de ces apôtres, y La grandeur de l'Eglise romaine établie sur l'autorité de S. Pierre et de S. Paul*. La intervención de Isaac Habert, magistral de París, y de dom Pedro de San José, cisterciense, en favor de la doctrina tradicional, provocaron en 1646 los *Esclaircissements de quelques objections qu'on a formées contre le livre de La grandeur de l'Eglise romaine*.

4. Los obispos que habían aprobado el libro *De la fréquente communion* enviaron a Roma, para impedir la condenación de esta obra, a Juan Bourgeois y a Jerónimo Duchesne.

5. Las palabras *desaprobar a esos doctores* faltan en la minuta.

6. Al comunicarle el nuncio monseñor Bagni que Juan Bourgeois y Jerónimo Duchesne pretendían en Roma que la doctrina del libro de Barcos tenía la aprobación de la Sorbona, Nicolás Cornet, doctor de Navarra y síndico de la facultad, informó de ello a sus colegas, que se quedaron impresionados por esta acusación y condenaron inmediatamente el error que se les atribuía (Cf. RAPIN, l. c.).

7. Esta frase, con una pequeña modificación (*se encontrará*, en lugar de *encontrarán*) fue escrita por el mismo santo al dorso de una carta que le dirigió el cardenal Mazarino el 7 de septiembre de 1646. Por debajo se ha añadido: «*Nota quod haec verba sunt scripta manu Vincentii a Paulo. Videtur quod opus illud de quo loquitur servus Del fuerat editum a D. Le Maître, de quo sermo est in libris Dupin... Iiber Magistri Morel, doctoris Sorbonici, edit. apud Recolet ann. 1646, in quo falsificationis textuum...*»

(Cf. RAPIN, o.c., I, 114-115).

8. El santo había escrito en la minuta, tras estas palabras, algunas líneas, que luego tachó para dar otro giro a su frase; son éstas: «que ese buen doctor... el autor pretende que yo... inmediatamente, según dice el

cosas de nuestra santa religión, y el que me hizo el honor de indicarme que me dirigiese a S[u] E[minencia] en todos los asuntos referentes a la gloria de Dios? Esto me hace esperar, monseñor, que los recibirá con benevolencia y que tolerará que me declare siempre suyo humilde y obediente servidor ⁹,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Este buen doctor se quedará consolado si le place a S[u] E[minencia] concederme el honor de comunicarme la recepción y el éxito de sus memorias ¹⁰.

908 [868,III,68]
AL SEÑOR DESGORDES

San Lázaro, 4 octubre 1646.

Señor:

La señora Desgordes, su madre, y sus parientes me han indicado sus deseos de que le envíe un eclesiástico, que esté a su lado y le atienda en sus estudios; le presenté a su señora madre al señor Le Noir, portador de la presente y eclesiástico de esta ciudad, y ella lo aceptó. Tiene las cualidades requeridas para ello y espero que quedará usted totalmente satisfecho, cuando le haya conocido. En nombre de Dios, señor, recíbale y obedez-

público, algunos de los más sabios del mundo y personas rectas. Le ruego muy humildemente, monseñor que acepte mis humildes servicios, gracia que Su Eminencia me hace esperar, considerándome siempre como obediente..».

9. También aquí encontramos algunas líneas tachadas en la minuta: «Estas opiniones, monseñor, perturban siempre un poco a esta iglesia de aquí, aunque no con el calor que me parece que tenían otras veces; después de Dios, lo que más creo que ha contribuido a ello ha sido la bula de Su Santidad».

10 La doctrina de las dos cabezas fue condenada por Inocente X el 24 de enero de 1647 como peligrosa y opuesta a la constitución de la Iglesia; pero la condena romana no puso fin a la polémica (Cf. L. E. DUPIN, *Histoire ecclésiastique du XVIIe siècle*, Paris 1714, 5 vol., II, 145 s.).

Carta 908 (CA). — La minuta de esta carta pertenece a las Hijas de la Caridad de Castelsarasin.

ca en esto a su señora madre; la naturaleza le obliga a ello, Dios se lo ordena y sabe usted además que es ésa la intención de la corte. Puedo asegurarle que la reina se sentirá por ello muy satisfecha y que, si alguna vez se presenta la ocasión de que yo le pueda servir, lo haré de todo corazón. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

909 [50,XV,64-65]

A GUILLERMO DELVILLE ¹, EN MONTMIRAIL ²

San Lázaro, 4 octubre 1646.

Aprovechando la estancia del mensajero, escribo esta nota al padre Delville, para asegurarle que hemos recibido las cartas que nos ha dirigido al padre Codoing y a mí; entregaré la suya al padre Codoing enviándosela a Rouy ³, en Bretaña, donde ahora está; le ruego que me envíe todas las predicaciones que les ha dejado, para enviárselas desde aquí, pues las necesita donde está.

El señor obispo de Soissons ⁴ quiere que fundemos en Montmirail con las condiciones ya conocidas. Le hemos escrito. Al señor prior ⁵ creo que fue usted a verle y que le dio su consentimiento. Si así es, convendrá que vaya usted a ver al padre Nacquart ⁶ y que acepte usted el regalo que desea hacer de su

Carta 909 (CA). — Original puesto en venta en París en 1932. Publicado en *Annales de la C. M.* (1933) 217-219, y en *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 64, n. 50.

1. Guillermo Delville, nació en Tilloy-les-Bapaume (diócesis de Arras) en 1608, entró ya sacerdote en la congregación de la Misión, murió en Arras en 1658.

2. Los padres de la Misión habían fundado en Montmirail (diócesis de Soissons, actualmente departamento de la Marne) en 1644.

3. Bernardo Codoing era entonces superior de la casa de Saint-Méen (diócesis de Saint-Malo). No hemos podido identificar la localidad de Rouy.

4. Simón Le Gras, nació en París en 1589, obispo de Soissons en 1623 murió en el castillo de Sept-Mons, cerca de Soissons, en 1656.

5. El prior del Hôtel-Dieu de la Chaussée, que dependía de la diócesis de Troyes.

6. Carlos Nacquart, nació en Treslon (diócesis de Soissons) en 1617, entró en la congregación de la Misión en 1649; después de su ordenación,

casa, incluso aunque el señor obispo no le haya dado aún su palabra. Lo que no se puede hacer en una ocasión, podrá hacerse en otra. Procure no perder tiempo...⁷. No creo que pueda hacer lo que tenía proyectado; por ahora sólo puede pensarse en ello.

Si pudiéramos llevar las misiones y el seminario de que usted habla, habría que hacerlo, con tal que se tratase de jóvenes que aspirasen al estado eclesiástico. Pero ¡no podemos hacer lo primero, que es nuestra finalidad! ¡ni es posible hacer lo segundo! ¡Que Dios nos guarde de dejar las misiones! Con el tiempo veremos si es posible mandarle dos alumnos de aquí para que tengan las clases, mientras usted dirige la misión con el padre Royer⁸ y el otro que le enviemos.

Le agradezco muy humildemente las atenciones que ha tenido con el señor prior y los suyos. Tenemos mucho que agradecerle.

Le escribo durante el retiro. Lo hacemos unos cuarenta [en varios grupos: además] de siete sacerdotes, hay dos o tres clérigos con nosotros; y una parte del seminario en otro; los hermanos coadjutores, aparte. ¿Cuándo tendrá usted el suyo? Le ruego que nos encomiende a Dios y nosotros encomendaremos con gusto el suyo.

Saludo muy humildemente al padre Royer y les prometo a ambos enviarle cuanto antes algún sacerdote. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Delville, superior de la Misión de Fontaine-Essart⁹, en Montmirail.

fue destinado a Richelieu y luego a Madagascar, en la primera expedición lazarista; llegó a finales de 1648 y murió en aquella isla en 1650. Carlos Nacquart era natural de la diócesis de Soissons, lo cual explica que pensara hacer donación de una casa que le pertenecía a la fundación de Montmirail.

7. Faltan dos líneas en una ruptura del original.

8. Se trata de Nicolás Royer, nacido en Chenières (diócesis de Treves) en 1613, que entró en la congregación de la Misión en 1639, siendo ordenado en 1642, o bien de Poncio Royer, nacido en Thor (diócesis de Cavaillon) en 1615, que entró ya sacerdote en la congregación de 1645.

9 Aldea cercana a Montmirail donde se establecieron los misioneros, al dejar La Chaussée, que se había hecho inhabitable.

A ANDRES PRAT, CONSUL DE FRANCIA, EN SALE

París, 5 octubre 1646.

Señor:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

No puedo expresarle, señor, el agradecimiento que siento por la caridad con que se complace usted en honrar a nuestra humilde Compañía, al querer emplearle en el servicio de Dios, en la ayuda a nuestros pobres esclavos de Salé, y en su servicio. Se lo agradezco muy humildemente y le ofrezco los pequeños servicios de nuestra pequeña Compañía y los míos con toda la humildad y el afecto que puedo.

No sé qué decirle de la forma de proceder de ese buen padre que nos ha tomado la delantera ¹, si no fuera el que tenemos por norma ceder a los demás las buenas obras que ellos se ofrecen a realizar, creyendo justamente que lo harán mejor que nosotros. Además, tememos que surja algún conflicto en ese lugar y que esto sea motivo de escándalo, más que de edificación, para los cristianos y los infieles. Si acaso su señor hijo ² no ha recibido aún a ese buen padre o si solamente viaja para redimir algunos esclavos, tal como dijo al salir, según me han indicado, entonces haremos con mucho gusto lo que usted ordene, ya que ha sido elegido por el rey y por consiguiente por Dios para dar a conocer su voluntad por medio de la de usted en estas ocasiones; si, en reconocimiento de esta obligación, se] presenta alguna ocasión de honrarle, lo haremos, señor, con mucho gusto.

Entretanto rogaremos a Dios por la c[onservación] de su persona y la de su [hijo, que] le representa a usted en Salé, para que conserve a ambos y santifique cada vez más sus queridas almas y las demás de su familia. Soy en su amor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Carta 910 (CA). — Bibl. Nat., n. a. f. 3533, Documento 395, minuta.

1. Un recoleto (cf. carta 911).

2. Enrique Prat. Sucedió a su padre el 20 de octubre de 1648.

AL PADRE ANTONIO PORTAIL, EN LA ROSE

París, 6 octubre [1646] ¹.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí ayer dos cartas tuyas, una del 21 y [otra del] 22 de septiembre. Le escribiré al padre... le envío la presente por correo expreso.

¡Dios mío! Padre. ¿Qué vamos a hacer con lo que usted nos dice? No creo que sea posible hacer que esa persona ² modifique sus opiniones, dada su manera de ser y que ya ha llegado a decir que los concilios no han entendido bien las Escrituras. Retirarlo, no le va tampoco ese bien a su espíritu. El otro ³ es pacífico y tornadizo; éste ⁴, un poco atrabiliario y testarudo. Es molesto mantenerlo, y también lo es despedirlo; no obstante, pensándolo bien, tendrá que salir de allí.

Ya verá usted por la que le escribo y que le envío a usted abierta, para que luego la selle con nuestro sello, que le pido se vaya a Richelieu, adonde procuraré ir a verle y decirle lo que hay que hacer. Diga o haga lo que sea, usted procure mantener su espíritu de mansedumbre y de humildad.

Si el padre Boucher desea seguirle, dígame que se necesita una orden mía para ello. No es conveniente que le acompañe; si lo hace por su cuenta, ya veremos.

En cuanto a la persona que hay que poner en su lugar, lo que usted me dice del padre Dufour ⁵ para Cahors y del padre

Carta 911 (CA). — Original en la biblioteca del estado prusiano, en Berlín (en 1931). El texto fue reproducido por COSTE, t. III, 70-73, con el número 870, según una copia defectuosa y llena de lagunas. Fue publicado según el original en *Annales de la C. M.* (1931) 696-699. Cf. *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 65-68, n. 51.

1. Fecha cierta, establecida según el contexto.

2. Francisco du Coudray era un erudito, pero hacia tiempo que profesaba doctrinas heterodoxas. San Vicente tuvo que apartarlo de La Rose; lo envió a Richelieu, donde murió en 1649.

3. Leonardo Boucher formaba parte del personal de La Rose y se mostraba afecto a las ideas y a la persona de su superior, el padre du Coudray.

4. Se refiere al padre du Coudray.

5. Claudio Dufour nació en Allanche (diócesis de Clermont) en 1618, entró ya sacerdote en la congregación de la Misión en 1644; en 1646 era superior del seminario de Saintes; lo fue hasta 1648; murió de Mada-

Delattre no es posible hacerlo por lo que respecta al padre Dufour; eso le disgustaría mucho al señor obispo de Saintes ⁶. Se me ha ocurrido lo siguiente: poner al padre Testacy ⁷ en Cahors, si le parece bien al señor obispo y no ve usted inconveniente en ello, dada su conducta y la proximidad de su buena madre ⁸. Parece hombre de sentido común, bastante fiel en sus prácticas, bien formado y entendido en los negocios. [Es] una pena que acabe de ser ordenado y que a [la familia] ⁹ le costará un poco verle [llegar] de un salto a este cargo; pero, como los padres Water ¹⁰ y Treffort ¹¹ son buenos y sin ambiciones, podrá usted hacérselo comprender haciéndoles ver la inteligencia que él tiene en los negocios. En cuanto al señor obispo de Cahors ¹², quizás lo encuentre usted bien dispuesto; si no, procuraremos enviarle al padre Grimal o al padre Berthe ¹³. Había pensado en el padre Bourdet, pero creo que lo enviaremos a Irlanda, de donde nos piden con urgencia misioneros del país bajo la dirección de un superior francés. Podrán salir dentro de quince días, si el padre Bourdet está preparado.

gascar en 1656. Como el padre Delattre tenía que salir de Cahors, el padre Portal propuso poner en su lugar a Claudio Dufour.

6. Santiago Raúl de la Guibourgère, trasladado aquel mismo año a Maillezais-La Rochelle, su sucesor en la sede de Saintes, Luis de Bassompierre, fue nombrado a finales de 1646.

7. Carlos Testacy nació en Condom en 1613, entró en la congregación de la Misión en 1643; fue nombrado superior de la casa de Cahors a finales de 1646, a pesar de lo que dice aquí san Vicente.

8. No había más de 50 leguas de camino entre Cahors y Condom.

9. Los demás compañeros de la casa.

10. James Water nació en Cork (Irlanda) en 1616, entró en la congregación de la Misión en 1638 y fue ordenado sacerdote en 1642; en 1646 estaba en Cahors.

11. Simón Treffort nació en Villiers-Elerbisse (diócesis de Troyes) en 1611, entró en la congregación de la Misión en 1642; en 1646 estaba en el seminario de Cahors; murió en Cahors en 1682.

12. Alano de Solminihac.

13. Tomás Berthe nació en Donchéry (diócesis de Reims) en 1622, entró en la congregación de la Misión en 1640, ordenado sacerdote en 1646 y destinado a Sedán; ejerció altos cargos en la compañía y murió en 1697.

Quedarán ahí el padre Riou ¹⁴, un buen padrecito de Normandía ¹⁵, el padre des Noyelles ¹⁶, el padre Le Soudier ¹⁷; el otro ¹⁸ ha partido para Berbería y está todavía en Marsella, sin saber si irá, debido a un encuentro con un recoleto, que lo ha suplantado; además, no sabíamos si enviarle a él o al padre Lesage.

Si el padre Le Soudier no va a La Rose, irá allá el Padre Cuissot el joven ¹⁹, que ocupa su lugar y lo está haciendo muy bien, y el padre Perraud ²⁰ irá a Saintes. Procuraremos enviar cuanto antes a los otros dos.

De nuevo hemos vuelto a Saint-Méen, por decreto del Consejo; pero el parlamento, cuyo comisario que echó a los nuestros ²¹ y Cuyo procurador general ²² han sido citados personalmente, está tan enfadado que no creo que podamos tener paz si las cosas no se arreglan. Por eso hemos enviado allá al padre Codoing.

Cuando haya partido ese buen padre ²³, habrá que acabar con el trato con esas señoras y despedir a esos mozos si no pagan una pensión razonable.

El señor obispo de Cahors me ha dicho que le gustaría que le hiciera usted una visita. Le abrirá [su corazón]. Está un poco

14. No identificado; no figura en las listas de personal.

15. Guillermo Michel, nació en Esteville (diócesis de Rouen) en 1607, entró ya sacerdote en la congregación de la Misión en 1646.

16. Felipe des Noyelles, nació en Arras en 1609, entró en la congregación de la Misión en 1642.

17. Sansón Le Soudier nació en Courson (diócesis de Coutances) en 1609, entró en la congregación de la Misión en 1638.

18. Se trata de Santiago Le Soudier, a quien san Vicente llama a veces Le Soudier el joven.

19. Juan Cuissot, sacerdote, nació en Moulins en 1619, entró en la congregación de la Misión en 1642, hermano menor del padre Gilberto Cuissot sacerdote de la Misión.

20. Hugo Perraud nació en Arguel (diócesis de Besançon) en 1615, entró en la congregación de la Misión en 1640, ordenado sacerdote en 1646; murió en París en 1659.

21. El señor de la Touche-Frélon, consejero del parlamento.

22. El señor Huchet de la Bédoyère.

23. Francisco du Coudray.

enfadado conmigo, según creo, por no haberle [servido] bien en el proceso que esos buenos padres ²⁴ tenían aquí.

Creo que ha sido lo más indicado que usted se quedase en La Rose hasta que las cosas se encuentren en la mejor situación en que usted pueda dejarlas.

Creo que no tendremos ninguna dificultad en hacer cambiar lo que usted y el padre Dehorgny juzguen conveniente que se cambie en los oficios que me indiquen, o en las demás cosas ²⁵. No dejaré de urgir al señor obispo coadjutor ²⁶, que es muy lento.

Somos unos 40 los que estamos de retiro. Yo asisto al grupo de sacerdotes. Dios me ha dado fuerzas para ello. Estamos en el día octavo. Sólo falta ya nuestra visita, que he pensado retrasar hasta que usted vuelva; ruego a Dios que pueda usted regresar lo antes posible.

Le escribiré a Marsella y le enviaré allá las reglas comunes en latín ²⁷

Entretanto abrazo a esa pequeña comunidad con toda la humildad y el afecto que me es posible. Soy su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

El padre Bourdet me ha presentado grandes excusas por haberse atrevido a contradecirle a usted, y me promete seguir lo que usted le ordene. Si no va a Irlanda, podemos enviarlo a La Rose, si no cuenta usted con alguno de los dos que le he indicado.

24. Los religiosos de la reforma de Chancelade, cuyo superior era Alano de Solminihac, obispo de Cahors; esos religiosos estaban entonces en pleito con los agustinos de Santa Genoveva.

25. Se trata de una parte de las Reglas y constituciones de la Congregación de la Misión, cuya aprobación buscaba entonces san Vicente ante el arzobispo de París. San Vicente le pedía al padre Portail su opinión sobre estas reglas.

26. Juan Francisco Pablo de Gondi, coadjutor desde 1643 de su tío Juan Francisco de Gondi, arzobispo de París; será cardenal en 1652 y sucederá a su tío en 1654.

27. San Vicente alude al texto de las Reglas de la Compañía, cuyo texto no quedará definitivamente establecido hasta 1658.

Le he escrito al señor obispo de Cahors, debido a que él me había ordenado retirar al padre Delattre; he pensado indicar le que no teníamos ningún otro que entendiese los asuntos como él, pero que haremos sin embargo lo que él ordene.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en La Rose.

912 [871,III,74]

A FRANCISCO DU COUDRAY ¹

[6 octubre 1646] ².

No puedo de verdad, no puedo, mi querido padrecito, expresar le el dolor que siento al tener que contristarle. Le suplico que crea que, si no fuera por la importancia del asunto, preferiría mil veces tragarme yo la pena que causársela a usted.

913 [872,III,74-75]

**ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA,
A SAN VICENTE**

Génova, 1646.

De parte del señor cardenal Durazzo, arzobispo de esta ciudad, les hemos escrito a todos los arciprestes de los lugares en los que se ha tenido la misión, para que avisen a todos los párrocos y sacerdotes de su arciprestazgo que los ejercicios espirituales tienen que comenzar en tal día en la casa de la Misión y que todos los que deseen aprovechar esta santa ocasión, pueden

Carta 912. — COLLET, o.c., II, 162.

1. COLLET dice que la carta que aquí extracta va dirigida a un misionero. La expresión *mi querido padrecito* nos permite afirmar que este misionero es Francisco du Coudray.

2. Este extracto corresponde a las circunstancias en que fue escrita la carta del 6 de octubre de 1646 dirigida a Francisco du Coudray y anunciada al padre Portail en la carta anterior.

Carta 913. — ABELLY, o.c., II, cap. IV, 290.

venir acá y a tal hora. Ya han venido varios para hacer el retiro No puedo expresarle el gran consuelo que han recibido ni la abundancia de gracias que Nuestro Señor les ha concedido ni la gran modestia y silencio que han observado, ni su humildad y sinceridad en dar cuenta de sus oraciones, ni las conversiones admirables y casi milagrosas que se han conseguido.

Entre otro ha habido un párroco que me ha dicho, casi en publico, que había venido para burlarse, más por hipocresía que por devoción, y para que el señor cardenal le aumentase la renta. Dijo además que la Misión nunca había tenido peor enemigo que él, pues había dicho de ella todo lo malo que se puede imaginar, lo mismo que de Su Eminencia. Era un hombre muy entregado al vicio, que había obtenido un beneficio por simonía, recibiendo las órdenes sin más título que ese beneficio, ejercido las órdenes, administrado los sacramentos y desempeñado los demás deberes parroquiales durante muchos años en el mismo estado; un hombre de negocios y de intrigas, etcétera. Pero finalmente Dios le ha tocado, y le ha tocado con mucha eficacia: se ha convertido, ha llorado, se ha humillado y ha dado muchas pruebas de haber cambiado. Todos los que lo vieron en estos ejercicios u oyeron hablar de él se han quedado muy edificadas, y nosotros no menos que los demás, ya que ha producido mucho fruto, a cada uno según sus necesidades.

Le diré también, padre, cuán grande ha sido el consuelo y la alegría que por ello ha recibido Su Eminencia y las lágrimas que salían de sus ojos, cuando algunos de estos señores le manifestaron sus sentimientos, cosa que es imposible manifestar de palabra; esto ha causado tanta impresión en la ciudad y en los alrededores que otros muchos se presentan para venir a hacer lo mismo.

A UNA RELIGIOSA DE LA VISITACION ¹Día de san Dionisio ² [1646] ³.

Querida madre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

El motivo por el que le ruego a usted que presente mis excusas a la señora Fouquet ⁴ de no haber podido asistir a la profesión de nuestra querida hermana su hija ⁵, y de enviar a una persona distinta de la que usted y ella deseaban, es que el retiro que acabo de hacer me ha hecho ver que no puedo cumplir mis obligaciones con nuestra compañía y mis deberes con la casa de ustedes; además, como nuestra pequeña congregación tiene la norma de no dedicarse al servicio de las religiosas, para no distraernos del servicio que debemos al pobre pueblo campesino, me siento obligado en conciencia a cumplirlo, ya que en el futuro no se atenderán tanto al tenor de las reglas como a la forma con que yo las haya observado. Si he obrado de otra ma-

Carta 914. — Reg. I, f.º 34, copia sacada de la minuta autógrafa

1. Muy probablemente María Inés Le Roy, superiora del segundo monasterio de París.

2. 9 de octubre.

3. En la carta del 19 de mayo de 1647 a la madre Catalina de Beaumont, san Vicente dice que había intentado, siete u ocho meses antes, descargarse de las funciones que desempeñaba en los monasterios de la Visitación. Por tanto, puede creerse que esta carta es de 1646. Esta conclusión queda corroborada por el hecho de que sor Magdalena Agustina, la última de las hijas de la señora Fouquet, religiosa en el segundo monasterio de Visitación, profesó en 1646.

4. Antes de casarse, María de Maupeou. San Vicente decía que «si por desgracia llegara a desaparecer el evangelio, se encontrarían su espíritu y sus máximas en las costumbres y sentimientos de la señora Fouquet». Y añadía: «Hace a la piedad tan amable que anima a todos a dedicarse a ella» (*Année sainte* I, 627). La noticia de la desgracia de sus hijos le arrancó esta exclamación: «Gracias, Dios mío. Te había pedido la salvación de mi hijo, y éste ha sido el camino».

5. Magdalena Agustina Fouquet, que tenía entonces 16 años. Del segundo monasterio pasó al tercero, cuando su fundación. Fue allí consejera durante treinta años y sucesivamente directora, asistente y ecónoma. Tenía tres hermanas religiosas, Ana Magdalena, Isabel Angélica y María Teresa, en el primer monasterio. Otra hermana, Luisa Inés, estuvo con ella primero en el segundo monasterio, y luego en el tercero. Murió el 2 de noviembre de 1705, a los 75 años. *L'Année sainte* nos ha transmitido el recuerdo de sus virtudes.

nera, no ha sido sin cierta sindéresis, ya que me lo ofrecieron sólo para cierto tiempo, debido al afecto que siento para con su santa Orden; y si por otra parte tengo más ajetreo ⁶, espero que Nuestro Señor también me librará de él. Por esto, mi querida madre, le ruego muy humildemente que acepte de buen grado la resolución que he tomado de apartarme y de pensar en algún otro que les sirva de padre espiritual. Hay muchas personas en París que están llenas del espíritu de Dios y del de nuestro bienaventurado padre ⁷, y que les atenderán con mucha más gracia de Dios que yo.

915 [874,III,77]

RENATO ALMERAS, PADRE, A SAN VICENTE

[Octubre 1646] ¹

Quando pienso en la forma y en la benevolencia con que acepté la vocación de mi hijo, sin que los cariños naturales me impidieran ponerlo en manos de usted, y en que durante casi diez años no he exigido ninguna visita suya ni los demás deberes que los hijos deben a sus padres, y que jamás le hablé de su vocación más que para aprobarla y alegrarme de que siguiera tan firme en ella, le aseguro delante de Dios, que escudriña todas las cosas, que nada tengo que replicar en contra de los planes que usted tiene sobre la persona de mi hijo, sobre los encargos y ocupaciones que le da, ni sobre los viajes que le manda hacer, aunque fueran hasta las Indias, estando seguro de que en ello busca usted solamente la gloria de Dios. Si en

6. Su cargo en el consejo de conciencia.

7. San Francisco de Sales.

Carta 915. — Vida manuscrita del padre Alméras, 15 (Cf. *Notices* III, 234).

1. El autor de la biografía impresa fecha esta carta en 1647. El autor de la biografía manuscrita se contenta con decir que Renato Alméras, padre, la escribió «para responder a las excusas» que san Vicente «le había presentado por haber mandado a Roma a su hijo sin habérselo avisado y sin dejar que se despidiera de él». Por tanto, hay que colocar esta carta cerca de la 904.

cierta ocasión, que fue la primera en que se lo entregué a usted, puse en las manos de Dios y en las suyas la autoridad paternal que tenía sobre él, para hacerle su dueño absoluto, no puedo ni debo revocar la ofrenda que de él hice con toda mi voluntad. Por eso sólo me queda rogar a Dios que bendiga sus acciones, que haga prosperar sus viajes y a usted, padre, que me conceda alguna parte en sus oraciones.

916 [875,III,77-78]

A ANTONIO PORTAIL

París, 13 octubre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre [con nosotros].

La presente es para [asegurarle que] en mi última [le hablé] de la persona de quien se trata ² y que ya he escrito a Richelieu para que se le re[ci-ba con] el respeto y la cordialidad que merece. En esto y en todas las demás cosas actúe usted como crea más conveniente. El hermano Champion ³ me ha dicho lo mismo que usted sobre la ascensión y la cruz de Nuestro Señor Convendrá que haga usted algún informe en su nombre sobre los errores de esa persona y que reciba la declaración del padre Alméras y de los otros que le han oído decir y sostener este error; tendrán que firmarlo ellos y usted y me lo enviará cerrado.

Ha hecho usted bien en recibir los cien escudos que le han entregado; los devolveremos en esta ciudad.

Tendrá que hacer usted la visita a Cahors. Si el padre Delattre va destinado a La Rose y el padre Testacy a Cahors, co-

Carta 916 (CA). — Archivo de la Misión, original.

1. El contenido exige esta fecha.

2. Francisco du Coudray.

3. Había entonces dos Champion en la compañía: Luis, clérigo, y Renato hermano coadjutor. Creemos que aquí se trata de Luis Champion, nacido en Châteaudun, que entró en la congregación de la Misión el 12 de abril de 1643, a los 20 años de edad, e hizo los votos el 17 de junio de 1646. En 1650 no era más que tonsurado, pero ya enseñaba moral en Bons-Enfants. Fue superior en Montmirail de 1652 a 1654 y de allí pasó a la casa de Marsella, donde estaba en 1655.

muníqueme para que alabemos a Dios por ello, si ya lo ha hecho; si no, le enviaremos a alguien para dirigir La Rose.

Es cuanto puedo decirle de momento. Soy de usted y del padre Alméras su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en La Rose.

917 [876,III,79-80]

A EDMUNDO DWYER, OBISPO DE LIMERICK ¹

Primera redacción

Paris, 15 [octubre 1646] ²

Monseñor:

Por fin [marchan] a I[rlanda] ocho misioneros ³. [Entre ellos] hay cinco irlandeses, [un sacerdote y un clérigo francés] y un hermano inglés. El s[acerdote francés va para] dirigir la Compañía, según me aconsejaba el difunto señor Skyddie, que me decía antes de morir que creía que habíamos de hacerlo así; el clérigo ha [aprendido] canto. Todos ellos temen y aman a Dios y tienen celo por la salvación del prójimo, gracias a Nuestro Señor. Van a postrarse a sus pies, monseñor, y a ofrecerse al servicio de S[u] S[eñoría] Ilustrísima y de los señores prelados, a quienes con el tiempo puedan hacer algún servicio. Estamos educando aquí a otros, a los que podremos enviar cuando estén for-

Carta 917 (CA). — Archivo de la Misión. Después de una primera minuta, que no le satisfizo, san Vicente escribió una segunda de su mano. Ofrecemos aquí las dos redacciones.

1. Ricardo Arturo, obispo de Limerick, muerto el 23 de mayo de 1646, tuvo como sucesor a su coadjutor Edmundo Dwyer, que atravesó los malos días de la persecución religiosa dando ejemplo de una fe inquebrantable y de un coraje sin igual. Obligado al destierro tras la caída de Limerick, murió en Bruselas dos años más tarde, en 1654.

2. Mes y año de la salida de los misioneros para Irlanda.

3. Sus nombres nos los da la carta siguiente.

mados, si encontramos la forma de poderles ayudar aplicándoles algún beneficio, sin que sean carga para el pueblo adonde vayan a misionar. ¡Ojalá pudiera ser yo de ese grupo! Dios sabe con cuánta ilusión iría y con cuánto afecto le ofrezco esta pequeña tropa, junto con mi obediencia perpetua ⁴. Le suplico humildemente, monseñor, que así lo acepte.

Segunda redacción

Me tomé el honor de manifestar a Su S[eñoría] Ilustrísima, cuando estuvo en esta ciudad, las órdenes que había recibido del Santo Padre de enviar algunos misioneros de nuestra Compañía a Irlanda. Diversas complicaciones me lo han impedido cumplir hasta ahora. Finalmente, monseñor, van ocho a postrarse sus pies para pedir su santa bendición ⁵.

Nos han hablado aquí de la maravillosa conducta de S [u] S[eñoría] ya que sólo de usted, después de Dios, proceden los felices resultados que la iglesia y el estado han alcanzado en ese país. ¡Ay, monseñor! No resulta esto difícil de creer para cuantos le conocen, ya que yo mismo siempre he salido de hablar con usted con el pensamiento de que el espíritu de Dios y sus santas obras residen en usted. Si Nuestro Señor quiere que todo resulte según los deseos de Su Señoría, siempre le recordaré en el cielo y en la tierra. Le ruego, monseñor, que me conceda el honor de besar las manos sagradas de S[u] S[eñoría] Ilustrísima, postrado en espíritu a sus pies, pues soy, en el amor de Nuestro Señor y de su santa Madre...

4. A san Vicente le costó buscar la frase. Antes había escrito: «*Con cuánto corazón trabajaría siguiendo las órdenes que Su Ilustrísima quisiera darme*»; luego: «*Con cuánta ilusión iría, monseñor*».

5. Al terminar la segunda minuta, el santo, descontento, tachó todo lo que había escrito, excepto las palabras anteriores, y sustituyó la parte tachada por lo que sigue.

AL PADRE ANTONIO PORTAIL, EN LA ROSE

París 18 [octubre 1646] ¹.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me alegra mucho... estoy esperando el resultado... dos veces contra... creo que debería usted hacer en La Rose, sobre todo conseguir que esa persona ² vaya a Richelieu ³, y ya avisaremos si habrá que mandarlo acá.

Por lo que me dice usted del padre Testacy comprendo que no hay que pensar en lo que le decía en mi última de confiarle la dirección de La Rose, ni la de Cahors. Esperemos que Nuestro Señor haga lo que más convenga. He pensado en enviar al padre Lucas ⁴ o al padre Grimal, o bien al padre Le Soudier el joven ⁵, del que dudo que pueda ir a Berbería, ya que hay un recoleto ⁶ que lo ha suplantado y que se le ha adelantado y ha ocupado el sitio adonde estaba él destinado en Salé ⁷. Dígame su opinión sobre esto lo antes que pueda.

Han salido para Irlanda los padres Brin ⁸ y Barry ⁹ y los her-

Carta 918 (CA). — Original vendido en el Hôtel des Ventes de París en 1937. El texto fue publicado por COSTE, III, 81-84 según la edición de PÉMARTIN. En *Annales de la C M.* (1937) 730-731 se publicó una copia según el original encontrado en 1937; el mal estado de la copia explica los arreglos y defectos del texto de PÉMARTIN. También se ha publicado en *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 69-71, n. 52.

1. Fecha que indica el contexto.

2. Francisco du Coudray, sacerdote de la Misión.

3. Los misioneros eran titulares de la parroquia de Richelieu, fundada por el Cardenal desde 1638.

4. Antonio Lucas nació en París en 1600, entró en la congregación de la Misión en 1626; en 1646 estaba en La Rose; murió en 1656.

5. Santiago Le Soudier nació en Viré (diócesis de Bayeux), entró en la congregación en 1638, sacerdote en 1642; murió en Montauban en 1663.

6. Los recoletos formaban desde comienzos del siglo XVII una rama de la orden franciscana.

7. Cf. n. 1 y 2 de la carta n. 706 (t. II).

8. Gerardo Brin, nacido en Cashel (Irlanda) en 1618, entró en la congregación en 1639, sacerdote en 1644; muy apreciado por san Vicente, misionó en Irlanda (en dos ocasiones) y en Francia.

manos O'Brien ¹⁰, Leclerc ¹¹ y Patriarche ¹²; en Le Mans recogerán a los padres Le Blanc ¹³, y Duiguin ¹⁴ y al hermano Le Vacher ¹⁵, y quizás el padre Bourdet se les una en Bretaña. Nos han urgido para ello desde Roma y los preladados de aquel país; por eso no podremos hacer ninguna fundación en algún tiempo.

Tenía usted razón en hacer partir... Annecy, si la salud le permite... que me indica y... siente alguna tendencia... año pasado, vale más... que algún tiempo en La Rose... volver a enviar otro a Annecy y a las otras casas, de donde nos piden insistentemente la visita ¹⁶, Lo principal que hemos de mirar aquí es la salud; Nuestro Señor hará lo demás.

Ya verá usted en Marsella la falta que ha cometido el hermano Barreau, cónsul de Argel, al obligarse a pagar 40.000 libras por el rescate de un esclavo, contra lo que se le había prohibido expresamente. Me preocupa este asunto; lo más molesto es que el buen padre Nouelly ¹⁷ le había conjurado para que no lo hiciera una hora antes. Le ruego que ordene a los de la casa de La Rose celebrar una misa por esta intención, y otra por la misión de Irlanda.

Hemos vuelto a Saint-Méen por orden del rey; pero no sé si durará ¹⁸,

9. Edmundo Barry nació en la diócesis de Cloyne (Irlanda) en 1613 entró en la congregación en 1641, ya sacerdote; partió para Irlanda en 1646 y volvió a Francia en 1652; murió en Montauban en 1680.

10. Dermot O'Brien nació en Emly (Irlanda) en 1621, entró en la congregación en 1645, murió sacerdote en 1649.

11. Pedro Leclerc, hermano coadjutor, nació en Meaux en 1624, entró en la congregación en 1644.

12. Salomón Patriarche, hermano coadjutor, nació en la isla de Jersey en 1620, entró en la congregación en 1642. Otro nombre de Irlanda es el de Hibernia, denominación que figura en el texto original. Los misioneros estuvieron desde 1646-1652.

13. Francisco Le Blanc (o White) nació en Limerick (Irlanda) en 1620, entró en la congregación en 1645, sacerdote en 1651; misionó en Francia y en Escocia, murió en 1679.

14. Dermont Duiguin nació en Irlanda en 1620, entró en la congregación en 1645, misionero en Irlanda y en Escocia, donde murió en 1679.

15. Felipe Le Vacher nació en Ecouen (diócesis de París); después de tres años en Irlanda, volvió a Francia y fue enviado a Argel; regresó a Francia en 1662 y murió en Fontainebleau en 1679.

16. Se trata de la visita canónica.

17. Cf. n. 1, 2, 3 de la carta 894.

18. Cf. n. 5 de la carta n. 894.

Acabamos de hacer el retiro con fruto, gracias a Dios. Soy en su amor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en La Rose.

919 [878,III,84-85]

**AL MARQUES DE MIREPOIX,
GOBERNADOR DEL CONDE DE FOIX**

París, 20 [octubre 1646] ¹

Señor:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre con nosotros].

Vuelvo a renovarle el [ofrecimiento de mi] obediencia con toda la humildad y el afecto que me es posible. Le suplico humildemente que acepte el humilde ruego que le hago de que considere al señor obispo de Pamiers ² como uno de los obispos más celosos de la gloria de Dios que conozco en este reino. El ha sabido el honor que usted me concede de tenerme por servidor de usted y desea que le haga saber que le aprecia y le quiere a usted por encima de cuanto yo podría decirle y que quiere tratar con usted de las cosas que se refieren al servicio de Dios en su diócesis, que forma parte de su gobierno; y aunque yo le he asegurado que no tiene necesidad de mediador, [ya que tiene usted] un espíritu eclesiástico como [el que más], no dejo sin embargo de [escribirle por complacer a dicho señor. La experiencia [demuestra que], cuando los obispos y los gobernadores [viven en buena] inteligencia, el reino de Jesucristo [se establece fuert]emente en las almas y que, [cuando sucede] lo contrario, los asuntos de Dios dejan de marchar [bien].

Carta 919 (CA). — Archivo de la Misión, minuta.

1. El contorno de las partes afectadas por la humedad en el documento original demuestra que esta carta está relacionada con las escritas en los tres últimos meses de 1646; probablemente es el del 20 de octubre.

2. Francisco de Caulet, consagrado obispo de Pamiers el 5 de marzo de 1645.

Tiene con los eclesiásticos [principales] de su diócesis algunas diferencias, especialmente con uno ³, a quien apoyan varias personas distinguidas, que favorecen la impunidad de esos escándalos. Sería digno de su incomparable piedad, señor, que le dijese que se someta a las órdenes de su prelado y que viva de forma que el señor obispo no tenga que actuar contra él. Quizás Dios bendiga su empresa, no sólo con dicho eclesiástico, sino también con otros muchos que se encuentran en la misma situación

Creo, señor, que así lo hará usted y doy por ello anticipadas gracias a Dios, suplicándole a usted que me considere como la persona del mundo [sobre la que tiene usted un] poder absoluto; y, [si puedo servirle en] algo, le ruego que me honre [con sus disposiciones].

Entretanto le pediré a Nuestro Señor que [le bendiga] cada vez más. Soy en su amor su servidor.

920 [879,III,86-89]

A UN SACERDOTE DE LA MISION ¹

París, octubre 1646 ²,

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Puede usted imaginarse la aflicción que me han traído sus cartas, dado el afecto que siempre le he tenido y que conser-

3. Probablemente el arcipreste de Ax (Cf. G. DOUBLET, *François et Caulet, évêque de Pamiers, et la vie ecclésiastique dans un diocèse ariégeois sous Louis XIV*, Fois 1896, 39 s.

Carta 920. — Reg. 2,289; archivo de la Misión, minuta autógrafa. La minuta ha sufrido los embates del tiempo; como muy probablemente el copista del reg. 2 sacó su texto del original, seguiremos aquí dicho texto.

1. La minuta no da ninguna señal sobre el destinatario de la carta. El registro 2 indica que va dirigida a «un sacerdote de la compañía que se había salido con el pretexto de estar enfermo». El manuscrito de Aviñón, que también la reproduce, señala: «El padre N., en Le Mans». Si es exacto este último dato, como entonces estaban solamente en Le Mans, por lo que sabemos, los padres Gallais, Le Blanc y Cuissot, y, por otra parte el contenido de la carta indica que no se trata del superior y que ya había hecho los votos, parece imponerse el nombre de Gilberto Cuissot. Es tam-

varé toda la vida. Todas las razones que usted me alega están basadas en su indisposición y en la esperanza que usted tiene de restablecerse con los aires de su país natal, en cuyo caso promete usted volver para cumplir con las promesas ³ que le ha hecho a Dios. Permítame que le diga, padre, que no hemos de tener tanto interés en vivir mucho tiempo como en caminar en la vocación a la que Nuestro Señor nos ha llamado, según el consejo del Apóstol, y en cumplir con lo que le hemos prometido a Dios. *Vovete et reddite Deo vestro* ⁴. Además, ¿cree usted ⁵ que los aires patrios alargarán la vida más allá de lo que Dios ha dispuesto? ¡Dios mío! ¡Qué bien le vendría a nuestra piedad un poco de aquel entusiasmo de los que van a buscar la enfermedad y a hacerse matar por las armas por vanidad! Tres personas de la Compañía ⁶ se forjaron la esperanza de que se pondrían mejor en su país; la primera ⁷ de ellas apresuró su muerte y murió tres días después de su regreso. Fue el padre Perdu. El padre Senaux ⁸ pasó cuatro meses en casa de sus padres ⁹, donde

bién ésta la opinión del autor de *Notices* II, 87. Pero esta conclusión no está de acuerdo con el registro 2; en efecto, allí vemos que esta carta y la carta 937 del 24 de noviembre, han tenido el mismo destinatario. Pues bien, la carta 937 no ha podido ser dirigida al padre Cuissot, que se encontraba entonces en San Lázaro, como resulta de la comparación con las cartas 932, 940, 941.

Dos misioneros dejaron la compañía en noviembre: Juan Bourdet, Superior de Saint-Méen, y Tomás Berthe. Las cartas 920 y 937 no pueden aplicarse a Juan Bourdet, a quien san Vicente ofrecía la dirección de la Misión de Irlanda. ¿No irán dirigidas a Tomás Berthe, a quien san Vicente pensaba enviar a Cahors y que, destinado a Sedán, se volvió con su familia despechado de no haber sido nombrado superior? (cf. carta 929).

2. En la minuta ha desaparecido el ángulo en el que se encontraba la fecha. El registro 2 sólo indica el mes y el año. Solamente el manuscrito de Aviñón es el que trae la fecha completa, pero sospechamos que el copista escogió el 1 de octubre sin fundamento sólido. La carta parece que debe situarse más bien a finales de mes.

3. Texto de la minuta: usted hizo estado de cumplir su promesa.

4. Sal 75, 12.

5. Minuta: piensa, usted, Señor.

6. Minuta: de la casa.

7. Minuta: de esta esperanza que ellos llevaron a su país, de las cuales, la primera...

8. Nicolás Senaux, nació en Auffay (Seine-Inferieure) el 9 de mayo de 1619, entró en la congregación el 22 de junio de 1639, fue ordenado sacerdote el 20 de febrero de 1640, hizo los votos el 23 de marzo de aquel mis-

no mejoró. Y el padre Dubuc ¹⁰, que está ahora con los suyos, me dice ¹¹ que se encuentra mal de espíritu y de cuerpo. Quizás no sea así con usted. Sea lo que fuere, como le digo, no creo que haya razón ¹² para dispensarle ni que sea seguro su restablecimiento. Tiene usted que desconfiar de ello tanto más cuanto el fondo de su resolución está en que habiendo confiado en la superioridad la cosa se ha vuelto al revés, vuestro espíritu ha deseado salir primeramente del lugar a donde nosotros le habíamos enviado ,y después ¹³ salir de la Congregación; éste es el fondo del asunto, aunque la naturaleza lo disimule y le haga ver las cosas de otro modo. Si hubiese usted manifestado ¹⁴ esos repliegues a las personas a quienes ha pedido consejo, seguramente le habrían aconsejado que se quedara ¹⁵, sobre todo si les hubiese dicho cómo cuidamos aquí gracias a Dios, a las personas enfermas, no sólo respecto al alimento y las medicinas, sino también cambiándolas de lugar y de ocupación; según esto, le escribí al señor obispo ¹⁶ de Cahors ¹⁷ el día antes de recibir su carta que le enviábamos a usted a tomar la dirección de su seminario ¹⁸, Así pues, piénselo mejor, por favor, teniendo en cuenta la promesa que ha hecho a Dios de vivir y morir en la Compañía y el juicio adorable que él hará de su alma en la hora de la muerte. Tiene usted dos ejemplos notables en la misma Compañía de dos personas que, habiendo cedido a la tentación de

mo año y murió en Troyes el 23 de marzo de 1658. San Vicente elogió mucho su fidelidad al reglamento, su resignación y su espíritu de indiferencia en una carta del 12 de abril de 1658 y en la conferencia del 28 de junio siguiente.

9. Minuta: cuatro meses en su país.

10. Luis Dubuc, nacido en Eu (Seine-Inférieure), fue recibido en la congregación en 1636.

11. Minuta: el p. Dubuc que al presente está aquí, me dice.

12. Minuta: Puede ser que suceda otra cosa con usted. Yo ruego a nuestro Señor Jesucristo que así sea, y se lo pediré todos los días de mi vida. Según acabo de decir, yo no veo que exista razón para que le dispense.

13. Sedán: Esta palabra se encuentra con todas las letras en la minuta, pero tachada.

14. Minuta: y si usted hubiera hecho ver.

15. Minuta: Ellos le hubieran aconsejado de otro modo.

16. Minuta: padre.

17. Alain de Solminihac.

18. Minuta: de su misión.

salir, pronto se repusieron y volvieron a entrar ¹⁹ uno de los cuales ha ido a hacer una fundación en su país ²⁰ el séptimo o el octavo, y otro ²¹ trabaja con bendición, gozando de la misma confianza con que antes lo trabajábamos. Como conozco la bondad de su querido corazón, le pido a Dios que le santifique cada vez más. Y soy en su amor...

921 [880,III,89-90]

NICOLAS PAVILLON, OBISPO DE ALET, A SAN VICENTE

Padre:

Le devuelvo al señor Féret, a quien usted ha tenido la bondad de prestarnos durante algunos años. Se lo agradezco humildemente, reconociendo con sinceridad que le quedo por ello especialmente obligado. Ha hecho grandes servicios a Dios en esta diócesis y ha esparcido, con sus instrucciones y con el ejemplo de sus virtudes, el buen olor de la edificación por todas partes. Por eso le quieren todos y lamentan su marcha. Va a arrojarle en brazos de usted con espíritu de indiferencia, decidido a seguir su consejo y resolución en lo que le parezca a usted emplearle. Seguramente seguirá dando fruto y procurando con ventaja la gloria de Dios y el servicio de la Iglesia. Espero que usted reconocerá su experiencia muy por encima de cuanto yo pueda indicarle. Aunque nos entristece la pérdida que con él sufre esta pobre diócesis, la aceptamos con mansedumbre y con paciencia, como venida de la mano paternal de Dios, que nos da y nos quita las cosas según su beneplácito. El le expondrá todas nuestras pequeñas necesidades, a las que le suplico humildemente que preste su asistencia. Espero que así lo hará usted, sobre todo porque se refieren al restablecimiento del servicio de Dios y de la disciplina de su Iglesia. El señor Féret le hablará con mayor

19. Minuta: los cuales habiendo cedido a la tentación, ellos pronto se repusieron y han vuelto a entrar en la congregación, de los cuales uno...

20. En Irlanda

21. Marcos Coglée.

Carta 921 (CA). — Archivo de la Misión, original.

claridad de todos estos asuntos y de los remedios que podrían emplearse para solucionarlos. No dudo, padre, que su celo y sus consejos, junto con el crédito que Dios le ha concedido, contribuirán mucho a ello. Esto es también lo que me obliga en esta ocasión a implorar sus oraciones y sacrificios por nuestras grandes necesidades espirituales. En compensación, suplicaré a Nuestro Señor que le llene de sus más santas bendiciones, y a usted que me conceda el honor de considerarme cada vez más, en su amor, su muy humilde y obediente servidor,

NICOLAS,
o[bispo] de Alet.

Alet, 25 octubre 1646.

Dirección: Al padre Vicente, superior general de la Misión de la congregación de sacerdotes de la Misión.

922 [881,III,90-91]

A ESTEBAN BLATIRON

París. 26 octubre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

No he recibido carta suya esta semana, pero no quiero romper mi correspondencia con usted. Siento tanta alegría al leer sus cartas y al saber lo que ocurre con sus trabajos que le ruego, padre, que me escriba en todos los correos. Esta alegría no es sólo mía; participa en ella toda la Compañía, ya que se las leo cuando hay algo especial y aprovecho la ocasión para encomendarle a las oraciones de todos.

Me parece bien la razón del señor c[ardenal] arzobispo ¹ para no concederle reposo en sus faenas, teniendo en cuenta su celo ² o las disposiciones y el fervor actual de los pueblos; pero hay que mirar más lejos y conservar a los obreros para que dure el

Carta 922 (CA). — Archivo original.

1. El cardenal Durazzo.

2. El santo había escrito antes: *o incluso*, luego tachó la segunda palabra.

trabajo. Por tanto, haga lo que pueda por moderar un poco las cosas. Y si él insiste, al menos procure no cansarse tanto en la cátedra y en las funciones. Hábleles más familiarmente y en voz más baja, haciendo que se acerquen a usted; la virtud no está nunca en los extremos, sino en la discreción, que les recomiendo todo lo que puedo a usted y al padre Martin.

El padre Portail irá pronto a visitarles. Sigue en La Rose, pero a punto de salir para Marsella y luego para Génova.

El hermano Pascual ³ no ha llegado todavía; cuando llegue, lo recibiremos de la manera que usted sabe y que él desea.

Le saludo a usted y a su pequeño rebaño, con un consuelo y cariño de corazón extraordinario, y postrado a los pies adorables de Nuestro Señor. Le suplico que reciba a todos ustedes bajo su protección y les anime cada vez más con su espíritu y su amor, en el que soy suyo siempre muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Blatiron, sacerdote de la Misión, en Génova.

923 [882,III,92-93]

A ANTONIO PORTAIL

París, 27 octubre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí su carta escrita desde Cahors, que me obliga a dar gracias a Dios por todo lo que usted me dice y por los bienes que Dios hace por medio de usted; ruego a su divina bondad que le siga concediendo sus luces y su prudencia para terminar con éxito lo que le queda por hacer, lo mismo que en lo que ya ha hecho.

3. Juan Pascual Goret.

Carta 923 (CA). — Archivo de la Misión, original.

He escrito a Richelieu que reciban al padre du Coudray y que se quede allí hasta que las circunstancias nos hagan disponer otra cosa. Por lo demás que se refiere a La Rose y a Cahors, no puedo concluir nada hasta que usted termine y yo conozca su opinión.

Le ruego al padre Alméras que se vaya a Annecy, dado que lo permite su disposición ¹; usted vaya a Marsella; pero después de que acaben ustedes en donde están.

Han partido para Irlanda el padre Brin con otros cuatro o cinco de nuestros irlandeses ²; el padre Bourdet se juntará con ellos en Nantes, para hacerse cargo de la dirección. También va el h[ermano] Vacher ³, que estaba en Le Mans, y el hermano Patriarche. Los encomiendo a sus oraciones.

Tenemos ahora al padre Lambert de superior en el colegio ⁴; el padre du Chesne está de misión con el señor obispo de Tréguier ⁵. El padre Becu ⁶ nos echa una mano, ya que la mayor parte de los sacerdotes acaban de salir para las misiones; el padre Bajoue se queda para el seminario.

Hemos enviado a Le Mans al padre Alain con algunos otros y hemos dicho que venga el padre Cuissot, debido a su enfermedad ⁷. Su sobrino ⁸ se ha ido a Saintes con el padre Perraud y el h[ermano] David ⁹.

No puedo escribirle más, ya que urgen para el consejo. Le suplico que encomiende mi alma al Señor, ya que le amo de verdad y soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. de la Misión.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión en Cahors.

1. Su salud.

2. Pueden verse sus nombres en la carta 918.

3. Felipe Le Vacher.

4. En el seminario de Bons-Enfants.

5. Baltasar Grangier de Liverdi.

6. Juan Bécu.

7. Padecía de fiebres cuartanas.

8. Juan Cuissot.

9. David Lévassur, hermano coadjutor, nacido en Dancé (Orne) en 1608, recibido en la congregación de la Misión el 2 de enero de 1638.

A FRANCISCO PERROCHEL, OBISPO DE BOULOGNE

París, último de octubre 1646.

Monseñor:

Doy gracias a Dios por las que él le concede y, por medio de usted, a todas las almas que le ha confiado y a toda la Iglesia en general, y ruego a su divina bondad que le santifique cada vez más.

El señor de Villequier ¹ ha hablado maravillas de su señor obispo a la reina y al señor cardenal ², de forma que, cuando hablan de obispos buenos, tienen costumbre de mencionar a los de Boulogne y Alet ³. Esto hace, monseñor, que yo crea que usted empleará todos los medios imaginables para conservar ese buen entendimiento entre ustedes dos y, por medio de él, con los que sepan algo de su hospital. Le he indicado lo que pensaba de esto al buen señor abad de Colugri, que podrá decírselo a usted.

Su última me hablaba de la sobrecarga que usted tiene con el país conquistado ⁴, y de las dificultades que hay para hacer lo que se debe, teniendo en cuenta las escasas rentas; hablaré de ello con la reina, para que le ayude por otra parte.

Cuando digo por aquí que hace usted la visita con seis personas y un caballo para todos, todos quedan admirados. ¡Qué rico es el obispo que atrae la admiración, no sólo de quienes lo ven, sino de los que oyen hablar de los tesoros de sus virtudes! Es maravilloso que hasta el mundo publique que es más estimable la santa pobreza de un obispo que vive en conformidad

Carta 924 (CA). — Original en Panningen (Holanda), en casa de los padres de la Misión.

1. Antonio, marqués de Villequier, luego duque de Aumont, gobernador de la ciudad y del territorio de Boulogne, nació en 1601, mariscal de campo en 1638, lugarteniente general en 1645, mariscal de Francia en 1651, creado duque y par en 1665, murió el 11 de enero de 1669.

2. El cardenal Mazarino.

3. Nicolás Pavillon. Los dos preladados eran conocidos en París. Habían acudido juntos a las conferencias de los martes y habían dado más de una

4. A los españoles. Esta parte de la diócesis de Boulogne era muy pobre y se había visto muchas veces devastada por las tropas españolas de Saint-Omer, Aire y Renty, que saqueaban las iglesias e incluso las incendiaban

con la de Nuestro Señor, el obispo de los obispos, que las riquezas, el bo-
ato y la pompa de un obispo que posee grandes bienes.

Lo que le digo, monseñor, no impedirá que deje pasar la ocasión de
presentar sus necesidades.

Me postro en espíritu a sus sagrados pies y le pido su santa bendición.
Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

925 [884,III,95-96]

A JUAN MARTIN

París, día de los difuntos ¹ [1646] ²,

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros

Le escribo con prisas, pero no sin un gran consuelo por todas las
cosas que usted me ha escrito y que le agradezco mucho, rogando a Nues-
tro Señor que le dé la plenitud de su espíritu para esparcirlo por medio
de usted a esos buenos eclesiásticos que su divina providencia ha confi-
ado a su dirección. Créame tenga mucha confianza en él y no se extra-
ñe de observar en usted esa insuficiencia; eso es una buena señal y un me-
dio necesario para realizar la gracia que Dios le ha destinado. No deja-
remos de rezar por usted y haré que le envíen los reglamentos y las prác-
ticas del seminario, para darle mayor facilidad en estos comienzos. Le
ruego sobre todo que se cuide y que cuide también del padre Blatiron y
de los demás, a quienes saludo afectuosamente, especialmente a su que-
rida [persona] ³, a quien aprecio como

Carta 925 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. 2 de noviembre.

2. Fue en 1646 cuando Juan Martin empezó a ocuparse de los ordenandos
de Génova.

3. Palabra olvidada en el original.

Dios sabe. Ruego a Nuestro Señor le colme de sus gracias y de su amor, en el que soy, padre, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Genova.

926 [885,III,96-97]

A ESTEBAN BLATIRON

París, 2 de noviembre [1646] ¹

¡Bendito sea Dios, padre, por todo lo [que usted] me repite y que ya me había escrito! y [le ruego] que sea él mismo su gratitud por to[do el bien] que os hace en las formas que [me indica]. ¡Dios mío! padre, ¡qué bien me parece eso, por [la gracia de] Dios, quien guía a vuestra familia por usted!

Estoy preocupado por su apreciable sa[lud]. [En nombre de] Dios, padre, cuide de ella en medio de los [trabajos en que él] desea ocuparle, y consuélame enviándome [noticias tuyas] en todas las ocasiones que pueda.

Hemos enviado a siete mi[sioneros para] Irlanda, y le he escrito al padre Bourdet en Br[etaña] para que haga el octavo. No sé si podrá ir.

Dios bendice cada vez más los esfuerzos del padre Guérin en Túnez; y nuestro cónsul de Argel ² se ha comprometido a pagar 7.000 piastras por la redención que se había hecho y no se había pagado de varios cautivos; estamos preocupados por ello, pero más por cierta persona de la Compañía ³, distinta del

Carta 926 (CA). — El original pertenece a las Hijas de la Caridad de Madrid, calle de Jesús. El ángulo superior está estropeado por la humedad. (N. del T.: La casa provincial de la c/ de Jesús se trasladó, acabada la guerra de 1936 a la c/ General Sanjurjo 30).

1. No hay duda sobre el año; está indicado desde muy antiguo en el dorso de la carta y lo pide el contexto.

2. El hermano Juan Barreau.

3. Francisco du Coudray.

padre C[odoing], que se ha dejado llevar por ciertas opiniones no ortodoxas, y lo que es peor, se obstina en defenderlas. Cree que Nuestro Señor no ha subido todavía a los cielos y dice que ni Roma, ni los concilios, ni los Padres han entendido bien las sagradas escrituras, y otras invenciones semejantes. No sabemos lo que vamos a hacer. La curiosidad por la lengua hebrea y por los rabinos le han puesto en esas extravagancias que sostiene. Se cree ⁴ que habrá que despedirle de la Compañía, si no se corrige de esos errores; y nos veremos obligados a ello. ¡Ay, padre, qué demonio tan extraño es la vanidad del espíritu! Encomiendo este asunto a sus oraciones.

Tenemos en nuestro seminario de Bons-Enfants a setenta sacerdotes, entre los que hay incluso un bachiller; y aquí tenemos unos treinta de la Compañía. Dios bendice a unos y a otros. Le ruego que bendiga a los suyos de Génova. Salude al padre Martín, postrado en espíritu a sus pies. Soy en el amor de Nuestro Señor y de su santa Madre su más humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Blatiron, sacerdote de la Misión, en Génova.

927 [886,III,98-99]
A ANTONIO PORTAIL

París, noviembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me extraña no haber recibido carta suya sobre [lo que] ha hecho en Cahors, tanto con el señor obispo, como [a propósito del buen] orden y dirección de la casa. No puedo creer que no me haya usted enviado la relación, [a no ser que] todavía no se

4. Primera redacción: *Dice el señor penitenciario.*

Carta 927 (CF). — Archivo de la Misión, original.

hayan terminado las cosas [y esté usted] esperando el final. Sea lo que fuere, me [gustaría] saber lo que ha hecho. Si ha vuelto usted a La Rose, ¿[ha arreglado] las cosas que quedaban para hacer volver al [orden] esa casa?

Tengo noticias de que ha llegado el padre du Coudray... Cuando esté en Richelieu, le diré lo que ha pasado con él ¹.

Entretanto, espero noticias tuyas y la ayuda de tus oraciones y santos sacrificios por mí y por todas las necesidades de la Compañía.

Prostrado a tus pies, abrazo a tu querida alma, a la que amo especialmente delante de Dios, en cuyo amor soy, padre, tu muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en La Rose.

928 [887,III,99-103]

A JUAN DEHORGNY, SUPERIOR DE ROMA

París, 8 noviembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre [con] nosotros.

No he recibido esta semana carta tuya. El motivo de la presente es el siguiente: el parlamento de Rennes s [e ha visto] trabado por la decisión del Consejo que anula la tuya y ordena un aplazamiento al p[rocurador] general y al comisario que había ejecutado las órdenes [de aquel] parlamento contra nosotros. Se ha dado finalmente un d[ecreto, en] el que se dice entre otras cosas que el [señor] obispo de Saint-Malo no podía est[ablecer]nos [en] Saint-Méen más que por bula del Papa, dirigida

1. El secretario había escrito: *Cuando llegue a Richelieu y sepa lo que ocurre con él, ya le avisaré a usted.* Esta frase no le gustó, el santo borrará las palabras: *y sepa lo que ocurre con él*, y añadirá personalmente: *lo que ha pasado con él.*

Carta 928 (CA). — Archivo de la Misión, original.

a los estados de la provincia y presentada e[n el parlamento] de Rennes¹. El padre Codoing, que se encuentra actualmente en S[aint-Méen al frente] de la familia, se ha aposentado allí por decreto [del Consejo], ejecutado por un ujier del Consejo de estado², en presencia del señor obispo de Augusta, coadjutor de Saint-Malo³ y hermano del señor mariscal de Villeroi, gobernador del rey⁴, que es el que lleva este asunto. Para conseguir plenamente la paz, se trata de obtener de Roma la bula de unión de la renta eclesiástica de Saint-Méen al seminario erigido por el señor obispo de Saint-Malo, cuya dirección se ha confiado para siempre a la⁵ congregación de sacerdotes de la Misión. He aquí la historia y a continuación las razones.

El señor obispo de Saint-Malo, al ver la situación miserable en que se encuentran la mayoría de los eclesiásticos de su diócesis, obtuvo permiso del rey, según las disposiciones de nuestros reyes y del concilio de Trento, para unir la renta de los religiosos al seminario de eclesiásticos que había instituido en Saint-Méen, donde había doce eclesiásticos, y le confió su dirección a los sacerdotes de la Misión; esas letras patentes del rey fueron dirigidas y entregadas al Consejo mayor y el señor obispo de Saint-Malo hizo la unión; pero el parlamento, provocado por los religiosos reformados de san Benito y molesto de que el señor obispo de Saint-Malo hubiera dirigido las cartas patentes al Consejo mayor, apeló a todas las violencias que le expuse; finalmente, al ver que el Consejo [del rey] se mostraba claramente contrario, han encontrado [un expediente para] ponerse a cubierto de la mejor manera posible. La solución que buscaron fue que nos pusiéramos de acuerdo con esos padres o que nos estableciera-

1. Este documento llevaba la fecha del 8 de octubre; luego fue confirmado por otro, con fecha del día 28.

2. Se llamaba Quiqueboeuf.

3. Fernando de Neufville era desde 1644 coadjutor de su tío Aquiles de Harlay, fallecido el 20 de noviembre de 1646; le sucedió y ocupó la sede de Saint-Malo hasta 1657.

4. Nicolás de Neufville, marqués de Villeroi, nacido el 14 de octubre de 1598, sirvió con éxito en el ejército. Se ganó la confianza de Mazarino, y fue mariscal de Francia (20 de octubre de 1646), gobernador de Luis XIV (1646) y duque de Villeroi (septiembre de 1663). Murió en París el 28 de noviembre de 1685.

5. Primera redacción a *los sacerdotes de la*.

mos a [su] gusto; es lo que el señor primer presidente le dijo al señor obispo de Rennes ⁶, que me lo comunicó por escrito.

Aparte de la poca disposición de Roma para las uniones, encontrará usted allí la oposición de esos buenos padres; alegarán que el concilio y los reyes de Francia ordenan que los obispos unan los beneficios a sus seminarios, pero no los beneficios que dependen de las órdenes, sino sólo los que dependan de ellos.

A eso se puede responder que esta abadía depende de los obispos de Saint-Malo, y no de una congregación, ni de ningún otro superior; 2.^o que probablemente los obispos le dieron a la abadía de Saint-Méen los diezmos que tiene, en consideración a que entonces llevaban ellos los seminarios y hacían lo que ahora se intenta hacer. Esta segunda razón no es presentable; no la alegue usted, sino solamente que los religiosos de la abadía, que estaban en un gran desorden, han consentido en ello y se han contentado con la proposición que se les hizo, sin que ningún otro tuviera interés en ello.

Se le replicará que solamente el Papa, no los obispos, pueden suprimir a unos regulares mediante la unión con otro cuerpo. Hay que responder que es verdad, comúnmente hablando; pero, como los concilios dieron poderes a los obispos t a propósito] de los beneficios ordinarios, sin limitar su [número] es probable que el [obispo] pueda hacer esa unión de beneficios dado que esa abadía pertenece, como he dicho, a su jurisdicción y se considera que depende de él.

Si se dice que son bienes de san Benito y [que el] general de los reformados ⁷ tiene derecho a reclamarlos [para su] comunidad, se responde que la bula [de institución] de su congregación dice que se establecerán [en las] abadías en que [los pidan] los religiosos, el abad y el obispo. Pues bien, la verdad es que los religiosos de aquella casa no piden esta reforma, ni [consienten] en ella el abad ni el obispo, que es el de Saint-Malo y que es el abad y el superior de la casa. De ahí que ni dicho ge-

6. Enrique de la Motte-Haudancourt (1642-1662).

7. Dom Gregorio Tarrisse. Gobernó por dieciocho años la congregación de San Mauro y murió en París el 24 de septiembre de 1648. COLLET señala que los hijos de san Benito fueron de los primeros en pedir a la Santa Sede la beatificación de Vicente de Paúl.

neral ni los religiosos reformados tienen derecho a oponerse a las bulas que usted ha de pedir ni a hacer lo que han hecho.

Añada a ello que una renta de religiosos ⁸ no es un beneficio, que la corte de Roma no tiene interés en esa unión, ya que, al no ser beneficio, el Papa nunca da bulas sobre dichas rentas.

Estas son poco más o menos las razones de esta unión. Hay dos caminos para llevar a cabo este asunto: o hacer que Roma decida si la unión hecha por el obispo de Saint-Malo es buena o no y, suponiendo que no lo sea, que quiera Su Santidad aprobarla y suplir sus defectos; o bien, dar una bula que no haga mención de la unión que ya se ha hecho.

Le ruego, padre, que consulte [sobre] este asunto y que me indique lo que crea oportuno, lo antes posible. Si [es preci]so, haremos que escriban desde aquí a Su Santidad. Los señores de Saint-Malo [están] decididos a emplear todos los medios en este caso. La verdad es que creo que Nuestro Señor recibirá gloria en ello y que la Iglesia obtendrá una buena ayuda, debido a los seminarios que por este medio se podrían establecer.

La asamblea del clero ha tratado la cuestión de la importancia de los seminarios eclesiásticos y ha estudiado los medios para hacer que subsistan, no encontrando ninguno más provechoso que el de la unión de algunos beneficios en donde los religiosos andan desordenados y no están dispuestos a llamar a los reformados, o donde los reformados no quieran establecerse debido a las escasas rentas que no quieren aceptar ⁹.

Le envío también la nota del nombre, apellido y diócesis de ese joven noble polaco ¹⁰, que la reina de Polonia ¹¹ nos ha enviado y que ha entrado en el seminario de alumnos del pequeño San Lázaro ¹². Le ruego, padre, que le proporcione dimisorias *ad omnes ordines*. Se muestra algo dispuesto a ser de la Compa-

8. Primera redacción: *que una renta abacial*.

9. La cuestión de los seminarios se había agitado el día antes en la asamblea del clero a propósito de una memoria presentada por los sacerdotes del seminario de Caen (*Collection des proces-verbaux des assemblées générales du clergé de France*, Paris 1769, III, 372).

10. Quizá Estanislao Casimiro Zelazewski.

11. Luisa María de Gonzaga.

12. El seminario de San Carlos.

ña. Soy durante toda mi vida, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. de la Misión.

929 [888,III,103-106]

A ANTONIO PORTAIL

París, 10 noviembre [1646] ¹.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí la suya y las demás que [me escribió] desde La Rose, junto con la pieza q[ue os había pedido], y me he enterado de las decisiones que el padre Alméras [tomó] en La Rose y las que ha tomado en Cahors, de lo que estoy [muy contento] y le doy gracias a Dios, [rogándole] que les escuche siempre a ustedes en las oraciones que continuamente hacen por el acierto que le piden ustedes en sus visitas.

Le diré primero mi opinión sobre lo que hay que hacer con el padre B[oucher], aunque me parece que conviene que se resuelva el asunto del padre du C[oudray] antes que el suyo. Este sigue aún en Richelieu. Le he escrito y le he pedido que aguarde algún tiempo, creyendo que conviene que sea así hasta que me llegue el papel que usted me ha enviado sobre él. Por ahora pienso que habrá que traerle a Fréneville para tratar con él de su asunto, ya que creo que no conviene hacer que venga a esta ciudad. Volveremos, sin embargo, a estudiar la cosa. Quizás [convenga] obrar con él como se hizo con el padre C[odoing], que ya ha dejado esas opiniones y [cumple ahor]a acertadamente con lo que se le ha encargado [en Bre]taña, donde está supliendo al padre [Bourdet] ², que está en Nantes haciendo el retiro,

Carta 929 (CA). — Archivo de la Misión, original

1. Todos los detalles de esta carta suponen el año 1646: la visita del padre Portail a La Rose, la presencia de Renato Alméras en esta casa, el asunto de Francisco du Coudray y de Leonardo Boucher, etcétera.

2. El original trae: *Brunet*; pero es evidente que el santo se ha equivocado de nombre. Juan Bourdet dejó la compañía; dom Morel nos indica que san Vicente le buscó un excelente beneficio que dependía de la abadía

[en espera de] que le mande el permiso para salir [a causa del un pequeño contratiempo que ha surgido [entre él] y el obispo de Saint-Malo; el padre Codoing y los demás de la familia están de acuerdo con el obispo y disconformes con los manejos de aquél. Que quede esto en secreto; fuera del padre Alméras, no hable de esto con nadie. Lo habíamos destinado a Irlanda, para que dirigiera a los misioneros que enviamos allá; el octavo pero se ha excusado. Ya veremos el éxito de su retiro. Le he conjurado por todos los medios imaginables para que permanezca en la Compañía y se venga acá.

Son demasiadas mil doscientas libras para La Rose. No puede usted imaginarse la pobreza en que estamos. Le ruego que prepare a la familia para que honre los apuros de Nuestro Señor. Los gastos que se han hecho en Le Mans han reducido a la necesidad a aquella casa y a ésta. Los arreglos se van haciendo ellos mismos con el tiempo. Sólo a Dios pertenece tenerlo todo a su gusto; sus servidores tienen que hacer lo que hizo Nuestro Señor. Haga coger una letra de [cambio] si quiere, por quinientas o seiscientas libras. Si es poco para esa casa, esté [seguro] que es mucho para nosotros.

¡Dios mío! ¡Qué [bien ha hecho usted el dar] esa orden a propósito [de...].

Creo que le dije ya que se ha marchado el padre Berthe, al no poder [tolerar, en el sitio] adonde le habíamos enviado ³, que resultara infundado el rumor que había hecho cor[rer por] la ciudad de que iba allá para ser superior; cuando lo desengañaron y lo enviaron para acá, en Reims fingió que estaba enfermo y se volvió a Donchery, con sus parientes; está a una legua de Sedan.

Ya está usted a punto de salir para Roma. Dios sabe con cuánto gusto le esperan allí y en las demás casas, y al padre Alméras en Annecy. Le pido a Nuestro Señor que les bendiga a los dos y que santifique cada vez más sus queridas almas.

de Marmoutiers (S. ROPARTZ, *o.c.*, 196). Si ROPARTZ hubiera leído la correspondencia del santo, no habría añadido después de habernos referido este hecho: «Esta fue la única intervención de san Vicente en este asunto (*el asunto de Saint-Méen*) y la única ocasión que tuvo dom Morel de pronunciar su nombre. ¿Será preciso decir que yo me sentí muy dichoso de ello?».

3. La casa de Sedan.

Saludo con toda humildad a la pequeña familia de La Rose, donde creo que le encontrará la presente, postrado en espíritu a los pies de todos. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Me encuentro apurado para enviarle las dos personas que usted pide para Cahors y para La Rose.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en La Rose.

930 [889,III,106-107]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[*Noviembre 1646*] ¹

Padre:

Tenemos mucha necesidad del consejo de su caridad a propósito de una falta bastante notable de una de nuestras hermanas; es una llamada Marta, hija de un jardinero, que vive en el camino a la aldea de Issy. Ha estado mucho tiempo en la parroquia de San Lucas; parecía una joven muy buena y sencilla, pero más bien reservada y un poco delicada. Poco después de estar en la parroquia, le entró la curiosidad de querer saber mucho y ella misma aprendió algo de cirugía; su madre, una pobre mujer, nos dijo que le había dado los instrumentos para ello; después de haberla enviado a San Pablo, se procuró también una lanceta, que nos dijo también su madre que le había dado. Sin saber nada su hermana sirvienta, hizo algunas sangrías, aunque nadie se lo había enseñado, a no ser lo que había visto a los médicos de las parroquias. Y aunque la hermana le pidió la lanceta, se negó a entregársela, diciéndole que me la mandaría a mí; y a mí me ha dicho que la había tirado, ya que no deseaba volver a ver lo que le había hecho ofender a Dios. Le he dicho que se quedara aquí para que me diga usted lo que hemos de

Carta 930 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

hacer con estas faltas, creyendo que es necesario dar un buen ejemplo para el bien de la Compañía, para que sepamos proceder en estos casos con justicia y caridad.

Hágame el favor de pedirle a Dios que mi hijo, por su misericordia, participe algún día de los méritos de la vida y muerte de Jesús crucificado, fuente viva de toda santidad, y también a mí, que soy tan miserable y tan infiel para con Dios. Soy, aunque indigna, su muy obligada hija y obediente servidora,

L. DE MARILLAC

Me olvidaba de decirle que le he dicho a esta hermana que no confiese ni comulgue hoy, esperando las órdenes de su caridad, antes de permitírsele.

Dirección: Al padre Vicente.

931 [890,III,107-108]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Antes de 1650] ¹

Padre:

El mozo de mi hijo acaba de decirme que ayer lo despidió y que no sabe dónde está. Puede usted imaginarse mi preocupación; le pido humildemente que me consuele y que me ayude delante de Dios, y que encomiende a su misericordia la situación en que pueda estar ahora y en el futuro. Si usted quisiera enviarme alguno de su casa para saber si ha dicho algo y qué es lo que ha hecho, sin que él supiera mis temores ni lo que le haya podido decir a usted, me sería de gran alivio saber alguna cosa. Como todo lo temo, hasta se me ha ocurrido pensar si habrá hecho que se lleven los muebles de su habitación para retirarse por completo, sin que yo sepa adónde ha ido.

Siento mucho tener que darle tantas preocupaciones, pero me es imposible encontrar alivio en otra parte; y no solamente eso,

Carta 931 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha del matrimonio de Miguel Le Gras. (*Nota del Traductor:* En los escritos de Santa Luisa, esta carta está fechada en 1644).

sino que temo mucho que se sepa mi disgusto, no sea que venga a decirme alguna cosa, lo cual aumentaría mi pena. ¡Qué grande es mi dolor! Si Dios no me ayuda, no sé lo que voy a hacer. Ayúdeme a mantenerme fuertemente unida a Jesús crucificado, en el que soy su muy humilde hija y obligada servidora,

L. DE MARILLAC

Una sola palabra que le dije a mi hijo me causó un gran disgusto.

Dirección: Al padre Vicente.

932 [891,III,108-110]

A MIGUEL ALIX

París, 23 noviembre [1646] ¹

Señor:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre] con nosotros.

Recibí su carta con gran alegría, [aunque] con cierto dolor al saber que está usted con fiebre y que le dan mucho [trabajo]. Pero, gracias a Dios, él [se muestra lleno de bondad] con usted y conmigo: c[on usted, porque hace] buen uso de todo ello, tal como él se lo pide para [mayor perfección] y santificación de su querida alma: [esto se aprecia] en que semejantes aflicciones llevan un sello e[special] de la bondad de Dios con usted, ya que le dan ocasión para honrar las acciones más amorosas de la vida y de la muerte de su Hijo Nuestro Señor. Bien, señor; ejercite usted esta divina virtud de la paciencia y de la sumisión a su voluntad. Esa es la piedra de toque con que él le prueba, y por la que le conduce en su puro amor. Mientras usted le pide la fuerza para sufrir bien, yo le pediré la gracia de que se restablezca; ahora mismo, postrado en espíritu ante su infinita misericordia, le suplico humildemente que le devuelva la salud del

Carta 932 (CF). — Archivo de la Misión, original. La postdata es de mano del santo.

1. La fecha de la dedicación de que habla san Vicente (22 noviembre 1646) y el contenido de la carta exigen esta fecha.

cuerpo y la paz ² interior de su corazón ³. Conocemos a dos personas de la Compañía que también están con cuartanas; una se encuentra ahora aquí ⁴; pero la otra no ha dejado de emprender el viaje a Irlanda, con el mismo ánimo de los demás, que están bien sanos; no dudo de que Dios le libraré pronto de la fiebre, pues se complace en hacer bien a los que por servirle se desprenden de sí mismos. ¡Ojalá tuviera yo algún medio de contribuir [a s]u alivio! Dios sabe con que afecto lo [har]ia. Si se presenta la ocasión de hacer que cambie usted de lugar, ya verá cómo no ahorraré esfuerzo alguno por hacer lo que de mí dependa.

Con gusto le hubiera ofrecido mis servicios para la fundación que quiere hacerse en su parroquia, [si hubie]se sabido el nombre de la fundadora o la [congre]gación que se desea fundar allí; al no saberlo, [me] contentaré con hacer lo que usted indica, [hablando] con la señora duquesa de Aiguillon [y] con los magistrados de Pontoise lo antes que me sea posible.

Pero ¿qué es lo que usted me dice que me ha dedicado usted un libro? ⁵. Si hubiese usted caído en la cuenta de que soy hijo de un pobre labrador, no me habría usted puesto en esta confusión ni habría cometido con su libro la injusticia de poner en su frontispicio el nombre de un pobre sacerdote que no tiene más excelencia que la de sus miserias y pecados. En nombre de Nuestro Señor, si todavía es posible dedicar esa obra a otro autor, no me cargue usted con esa obligación. Ya hace mucho que conozco el afecto que usted me tiene y no ignora usted que estoy lleno de gratitud con usted y del deseo de ser siempre, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión

Tendré como una bendición poder servirle en el cambio de que me habla y le prometo que pensaré en ello, aunque de mo-

2. Primera redacción: *la paz del espíritu*.

3. Primera redacción: *de su alma*.

4. Gilberto Cuissot (cf. carta 940 y 941).

5. Una nueva edición del *Hortus pastorum* de Santiago Marchant.

mento no veo nada oportuno y tengo motivos para creer que mis pecados me hacen indigno de prestarle este favor.

Dirección: Al señor Alix, párroco de Aumône ⁶.

933 [892,III,110-111]

A ESTEBAN BLATIRON

París, 23 noviembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre] con nosotros.

Recibí dos cartas tuyas al mismo tiempo. Las dos han contribuido a mi cons[uelo], al saber que continúa su buena salud y su trabajo, por lo que doy gracias a Di[os y] le ruego que le conserve y bendiga.

Mi alma ha recibido un nuevo [consuelo] al saber que el señor cardenal [le ha concedido] libertad para poder tomarse el descanso [necesario] después de cada misión. [Le] ruego que así lo haga y que se conserve como una persona muy querida en la Compañía, sobre todo para mi corazón, que siente con usted un cariño y un afecto extraordinario.

Saludo muy cordialmente a los padres Martin y Richard y me encomiendo humildemente a sus oraciones y a las de usted, así como también a las de esos señores eclesiásticos que trabajan con usted, y a los que le ruego que renueve mis saludos y ofrecimientos.

Hace unos ocho días le envié la memoria de su fundación, en la que he hecho algunas observaciones. Dígame lo que piensa hacer y créame en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Blatiron, sacerdote de la Misión, en Génova.

6. Saint-Ouen-l'Aumône, cerca de Pontoise (Seine-et-Oise).

Carta 933 (CA). — Archivo de la Misión. original.

934 [893,III,111-112]

A GUILLERMO DELATTRE

París, 23 noviembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre c[on nosotros].

Le pongo estas lín[eas] para decirle que recibí su última y que no puedo responderle en concreto a lo [que me pregunta], sino diciéndole que [es posible caer en el] exceso de la práctica de las v[irtudes], y que a veces ese exceso es peor que el defecto en practicarlas, y que algunas personas que yo conozco encuentran en ello cierto placer sensual y criminal; por eso bastará con que lo haga usted según se lo ha permitido, durante un *Miserere, absque emissione sanguinis; non enim meritum tam in dolore quam in amore consistit*. En nombre de Dios, padre, aténgase usted a eso y observe los consejos que le dé el padre Portail, haciendo generalmente todo lo que él le ordene. Se lo ruego con tanto mayor afecto cuanto que sé que la santa obediencia es el alma de su alma. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Delattre, superior de los sacerdotes de la Misión, en Cahors.

935 [894,III,112-114]

**A ANTONIO PORTAIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN CAHORS**

París, 23 noviembre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí la suya del..., y todas las demás que usted me había escrito; creo que las he recibido todas y que ya he contestado a ellas.

Carta 934 (CA). — Archivo de la Misión, original.

Carta 935 (CA). — Bibl. Nat., n. f. 1473, original. El documento se encuentra en mal estado. Una copia antigua nos ha ayudado a completar las frases mutiladas.

1. Año de la visita del padre Portail a La Rose y a Cahors.

Si no ha terminado usted en Ca[hors, le ruego] que acabe lo antes posible y que [se dirija] a La Rose para concluir la visita que había empezado. [Las visitas] que se van arrastrando como ésta no dan ordinariamente mucho fruto. Los espíritus se cansan [pronto]. El que quiere remediar los males del cuerpo y devolver la salud, va aplicando los remedios poco a poco; si no, hay motivos para temer que haga más daño que bien. En una visita es suficiente que se conozca el mal, que se impongan y ordenen los remedios y que se encomiende su ejecución al superior. Ha hecho usted bien en explicarles las reglas y ver cómo las guardan durante dos o tres días solamente; después, hay que poner las cosas en manos de Dios y en las del superior. Para ello será suficiente estar ocho o diez días en cada sitio.

Ha hecho bien en comunicarme los excesos que se cometen con las disciplinas y en moderar su número, prescribiendo el tiempo y la manera de usarlas. Puede usted permitir sin dificultad que el padre Delattre las tome todos los días durante un *Miserere*, pero que sean sencillas y sin hierros. A los demás déles permiso pero menos, consolándolos con la fidelidad a las prácticas, de forma que se atengan a una penitencia tan rigurosa como son las reglas.

También le ruego, padre, que cuanto antes haga salir al padre Alméras para Annecy. No podría atravesar las montañas de Auvergne; por eso, que vaya directamente a Béziers, a Montpellier y que pase a Nîmes y, desde allí, al Espíritu Santo ², a Lión y luego a Annecy.

Nada le digo de lo que tiene usted que hacer en La Rose, ya que lo llevará a cabo el padre Delattre ³.

[Hace] bastante tiempo que no se ha tenido la misión [en Ai]guillon. Le ruego que sea allí la primera [que se] haga, haciendo lo que se pueda, para avenirlos con la señora duquesa y entre sí, pasando allí el adviento hasta las fiestas de Navidad para trabajar a fondo. ¡Que [Dios colme de] gracias a los que tengan que hablar, para que den... más fuertes y tengan ánimos de vi[sitar a los e]nemigos! Que no le digan a nadie que van por orden mía; dirán que hay obligación de ir cada cinco años y

2. En Pont-Saint-Espirit, distrito de Uzès (Gard).

3. El nuevo superior de la casa de La Rose.

que no se cuenta como misión lo que hizo el padre du Coudray cuando estuvo allí con el padre Drouard.

Me dice usted que le debemos trescientas libras a Cahors. No sé por qué le entregamos aquí cuatrocientas libras al señor obispo de Cahors, que él tenía que devolvernos a su llegada. No sé si lo ha hecho; que no se le hable de ello.

Esto es cuanto puedo decirle de momento. Le abrazo, postrado en espíritu a sus pies, y lo mismo hago con la pequeña familia de La Rose. Soy de todos ustedes su humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión

936 [895,III,114-116]
A BONIFACIO NOUELLY

París, 21 noviembre 1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre con nosotros].

Le he escrito al señor cónsul ² [los apuros en que nos] encontramos para encontrar el dinero al [que se ha comprometido]. El consejo ha ordenado que se p [ague con el] dinero que se saque [cuando se haga en París la colecta] por los esclavos... encargarse de dicha [colecta...], de la merced ni los trinitarios, [que] nos hacen esperar más ayuda que los [demás]; procuraremos, pues, arreglarnos con ellos. No perderemos el tiempo, si Dios quiere; cuando esté preparado el dinero, se lo enviaremos por medio de Túnez, tal como usted indica.

Le ruego al señor Barreau que no vuelva a comprometerse en nada, y que ni siquiera se entrometa en el rescate de ningún

Carta 936 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Ha desaparecido la fecha escrita en el ángulo superior derecho, por culpa de la humedad; sólo queda la primera cifra del mes. Si nos fiamos de la que está añadida al dorso del documento, la carta sería del 8 de marzo de 1647. Pero esta fecha suscita algunas dificultades: está en contra del 2 del comienzo, y además el contorno de la parte mutilada se parece mucho al de las otras cartas del 23 de noviembre de 1646; su contenido aconseja no separarla mucho de la carta 918.

2. El hermano Juan Barreau.

esclavo, sino que cumpla bien con su deber. Le ruego además que no emprenda ningún negocio, pequeño ni grande, sin comunicárselo a usted. Y a usted le ruego que haga lo mismo, viviendo los dos con mucho respeto mutuo, con abertura de corazón y plena confianza, como dos personas unidas en Jesucristo.

En este mismo correo le escribo también al padre Guérin, en Túnez, que le escriba algo sobre el método y la manera con que él trata con los pobres esclavos, para que se conforme usted a ello en cuanto sea [posible].

Le escribo con prisas, pues es de noche. Le pido a Nuestro Señor que sea él cada vez más su luz, su fuerza y su espíritu, y [finalmente su recompensa].

[Soy] en él, con todas las fuerzas de mi alma, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Nouelly, sacerdote de la Misión, en Argel.

937 [896,III,116-118]

A UN SACERDOTE DE LA MISIÓN ¹

24 noviembre 1646.

He recibido dos cartas tuyas, que han redoblado mi dolor, al ver que sigue usted pensando en separarse de nosotros; esto me obliga a seguir también yo indicándole el peligro al que se expone, aunque lo hago con toda la humildad y el afecto de que soy capaz y con un deseo muy grande de su salvación. Le diré, pues, lo que siento:

1.^o Que no veo ninguna razón para pedir dispensa de los votos, y por una sola razón, muy débil, que usted alega, hay otras muchas muy fuertes que me convencen de que debería usted volver. Está usted delicado, es verdad; pero ¿es suficiente este pretexto para obligar a Dios a que le dispense de la promesa que usted le hizo? No ignoraba usted entonces que estaba tan

Carta 937. — Reg. 2,290.

1. Probablemente Tomás Berthe (cf. carta 920, nota 1).

sujeto a las enfermedades corporales como los demás hombres. Y puesto que ya ha dado el paso, ¿le va a desanimar ahora una ligera indisposición?

2.º Su marcha a casa no le curará. ¿Qué remedios podrá emplear usted allí que aquí no tenga? Esos aires de su tierra no son mejores que los de París, y bien sabe usted que no encontrará en casa de sus parientes más descanso y más socorros que los que tienen nuestros enfermos en la Compañía.

3.º Le ruego que considere la bondad de Dios al llamarle del mundo. ¡Cuántas almas se perderán, al faltarles esta gracia! ¡Y cuánto más merecerán perderse aquellas que hayan menospreciado la gracia recibida!

4.º Muchas veces ha confesado usted mismo que se sentía agradecido a Dios por el beneficio de su vocación; ¿por qué ahora lo rechaza usted?

5.º Dios le ha concedido liberalmente muchos talentos para todos los cargos de la Compañía; al separarse usted, los pueblos y los eclesiásticos se quedarán sin esas ayudas espirituales para las que quizás usted estaba destinado por Dios. Y aunque piense usted que podrá seguir ayudándoles particularmente, esto no servirá de mucho, ya que le faltará a usted la gracia de la vocación; la experiencia de algunos otros me hace temer esto de usted.

6.º ¡Cuántas victorias perderá usted, si pierde la vocación, ya que con ella podrá usted vencer al diablo, al mundo y a la carne, enriqueciendo al mismo tiempo su alma con la perfección cristiana, por la que los ángeles se encarnarían, si pudieran, a fin de venir a imitar en la tierra los ejemplos y las virtudes del Hijo de Dios!

7.º Quiero creer que a usted le parece que su salida no obedece al motivo que he señalado, aunque tiene usted motivos para pensar lo contrario; pues, si así no fuera, ¿de dónde podría venir un cambio tan repentino? Porque, cuando salió de aquí para esa casa, estaba usted tan contento de su vocación que yo mismo me sentía muy edificado por ello. Pero, aunque fuera verdad que ese mal procedía de otra causa y no de ésta, ¿cómo dice usted que yo lo comprenderé en el día del juicio? ¿Qué dirá usted aquel gran día, cuando le pidan cuenta de sus promesas, de las luces que ha recibido y del empleo que ha hecho de su tiempo y de sus talentos? ¿Cree usted que el cuidado de la salud le

dispensa de ello, si es Dios el que la da y la quita cuando le parece, y él mismo ha dicho que el que quiera salvar su vida la perderá?

En nombre de Nuestro Señor, padre, piense en todo esto y no resista a los reproches de su conciencia, póngase en la situación en la que le gustaría a usted morir. Y espero de la bondad de Dios que le dará fuerzas para vencer a la naturaleza, que no busca más que su libertad, en perjuicio de su pobre alma, por la que Dios me ha dado un cariño y un afecto inexplicable. Por eso le conjuro expresamente, en nombre de Jesucristo y por el amor que él le tiene, que venga para acá. Tendré en usted más confianza que nunca, ya que no tendré ya miedo de perderle, al ver cómo ha superado un escollo tan peligroso. Escoja usted la casa que quiera; será recibido en todas partes con los brazos abiertos y me dará la ocasión de testimoniarle que soy, en su amor, su...

938 [897,III,118-121]

A UN SACERDOTE DE LA MISION

París, 27 noviembre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre] con nosotros.

He recibido un gran consuelo al ver en su carta [que el señor] párroco ha cejado un poco en su deci[sión] de no dejar comulgar a los ni[ños]. Espero] que se avendrá por completo si [usted se esfuerza en] hacerle ver: 1.º que por nuestras reglas restamos obligados] a ello; 2.º que [así se ha practicado] siempre en todas las misiones que hemos [hecho; 3.º que los niños] están bien instruidos y [preparados para la] comunión, la cual servirá luego de dis[posición] para hacer mejor las siguientes; 4.º que es uno de los [medios principales] que tenemos para tocar a las personas mayores, que tienen el corazón duro y obs-

Carta 938 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Lo que en esta carta se dice de Luis Thibault nos la hace situar cerca de la carta 941, del 2 de diciembre de 1646. El estado de mutilación del original, comparado con el de las cartas anteriores y siguientes, nos quitan toda duda.

tinado, pero se dejan convencer por la devoción de los niños y por el cuidado que en ellos se pone. A propósito de esto me dicen de Génova que el cardenal arzobispo ² siente tanto interés por la comunión de los niños que acude a casi todas ellas y llora de ternura, como si él mismo fuera un niño. En fin, la experiencia que tenemos de las bendiciones que Dios le da a esta acción tiene que servir de motivo a ese señor párroco para que la apruebe en su parroquia.

Y si dice que quiere hacerla él mismo y que los instruirá durante la cuaresma para que puedan hacerla en Pascua, se le puede responder que ciertamente él lo podrá hacer mejor que nosotros, pero que lo que nosotros hagamos no impedirá que luego lo haga él. Si acaso teme que admitamos a la comunión a niños que no estén suficientemente instruidos y que no tengan las disposiciones necesarias, haga el favor de decirle que tenemos la costumbre de examinarlos a todos [en] presencia de los señores párrocos, que juzgan por [sí] mismos si hay que recibirlos a dicho sacramento o no; [que] de esta forma él podrá dejar para otra ocasión [a los] que no crea capaces. En fin, si tiene algo en contra de la solemnidad de la procesión, [la hará] lo más sencillamente que pueda, [sin fausto y s]in vestir a algunos niños [de ángeles], como se ha hecho en otras partes; no creo que se le pueda [resistir] en esto ³.

Le ruego, pues, que le indique todas estas razones y espero que le concederá amplia libertad para todo; si no, ya veremos con la Compañía si conviene continuar la misión sin esa comunión ⁴.

En cuanto a las confesiones, no habrá ninguna dificultad en retrasarlas hasta el lunes.

Sobre lo de continuar la misión hasta finales de año, me parece bien que se haga, si es necesario.

2. El cardenal Durazzo.

3. El abate VILLIEN sabio profesor del Instituto católico de París, cree que san Vicente fue el primero en introducir la costumbre de solemnizar la primera comunión (*La discipline des sacrements en: Revue du clergé français* 69 (1 enero 1912) 30).

4. Al final de esta frase, desde *si no, ya veremos* es de mano del santo.

Le enviaremos dinero al padre Thibault y le diremos que haga lo que usted dice del señor Raisin, para saber si no dejado algo olvidado en su casa.

Como no tienen ustedes bastantes camas, mire a ver de enviar a algunos a que duerman en Bons-Enfants.

Le devolvemos al hermano Laisné ⁵. Si no les es útil, puede usted enviárnoslo dentro de dos o tres días.

Mañana le enviaremos las sobrepellices y los bonetes.

Hemos recibido las dos monedas que usted envió.

Saludo a toda la Compañía y a usted en espacial, ya que soy, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

939 [898,III,121-122]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[1646] ¹

Padre:

No me acordé de preguntarle si podía comunicar esto ² a nuestras hermanas, y no lo he hecho. Permítame decirle a su caridad que la explicación dada en nuestro reglamento sobre Hijas de la Caridad, me hace desear la continuación de este título,

5. El catálogo de personal señala dos misioneros con el apellido Laisné Nicolás y Pedro, nacidos ambos en Dreux, uno el 9 de noviembre de 1623 y otro en 1625, entraron en la congregación de la Misión el 24 de septiembre de 1641 y emitieron los votos el 4 de octubre de 1643. Pedro recibió las órdenes sagradas en diciembre de 1648. Probablemente se trata de él en este lugar. Formaba parte de la casa de Saint-Méen en 1657.

Carta 939 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. La palabra con que empieza la carta, *Monsieur*, indica que la carta fue escrita antes de 1650. La nota 2 permite precisar el año.

2. El acta del 20 de noviembre de 1646, por la que Juan Francisco de Gondi, arzobispo de París, erigía en cofradía la compañía de Hijas de la Caridad.

que se ha omitido, quizás por descuido en la memoria de la fundación³.

Ese término tan absoluto de dependencia del señor obispo⁴, ¿no nos podrá perjudicar más adelante, al darnos la libertad de poder salir de la dirección del superior general de la Misión? ¿no será necesario que nos den a su caridad como director perpetuo en esta fundación? Y esos reglamentos que nos tienen que dar, ¿es intención del señor obispo que sean los que están señalados después de la petición? ¿Requiere esto un acto aparte, o es que se pretende hacer otros, dado que se mencionan por separado?

En nombre de Dios, padre, no permita que se cuele lo más mínimo que pueda dar pie para que se salga la Compañía de la dirección que Dios le ha dado; esté seguro que entonces dejaría de ser lo que ahora es y que los pobres enfermos se quedarían sin socorrer; y creo que entonces ya no se cumpliría la voluntad de Dios sobre nosotros, por la que tengo la dicha de ser su muy obediente hija y muy obligada servidora⁵.

3. El coadjutor, que firmó el acta de erección, en nombre de su tío arzobispo de París, les da a las hermanas el nombre de «siervas de los pobres de la Caridad».

4. El coadjutor especifica que la compañía «quedará perpetuamente bajo la autoridad y dependencia» de los arzobispos de París. Añade que la confía y encomienda a Vicente de Paúl «la dirección y gobierno de dicha sociedad y cofradía, mientras quiera Dios conservarle la vida».

5. Los temores de santa Luisa de Marillac no eran exagerados. Al acabar la Revolución, los vicarios generales de París, amparándose en los mismos términos de la aprobación dada en 1646 y en 1655, reivindicaron el derecho de dirigir la compañía de las Hijas de la Caridad y provocaron un cisma, que duró años. La autoridad tradicional del superior general de la Misión sobre las hermanas quedó finalmente fuera de discusión, el 25 de junio de 1882, por esta respuesta de Roma: «*Nihil esse innovandum quoad regimen enuntiatæ associationis Puellarum Charitatis quod per pontificia indulta Superiori Generali Congregationis Presbyterorum Missionis, vulgo Lazzaristi. a s. Vincentio a Paulo institutæ, pertinet*».

940 [899,III,122-123]

A ANTONIO PORTAIL

París, 1 diciembre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre con nosotros].

Recibí su carta con gran co[nsuelo, al ver] todo lo que me escribe, y no [dejo de agradecer a] Dios el buen orden que ha puesto en nuestras casas. Ruego a su divina [bondad que le dé su] bendición para las c[asas que le quedan por ver] [en todo cuanto] les or[dene]. Veo por su carta que está [preparado para la marcha]. [Tengo] por ello [un consuelo] que no puedo expresarle, ya que le esperan en otros lugares con paciencia y con ansia, sobre todo en Roma, adonde ruego a Nuestro Señor que le conduzca y le siga protegiendo con las mismas gracias, para ordenarlo todo según su beneplácito, en lo que le queda por hacer, lo mismo que en lo que ya ha hecho.

El padre B[oucher] me ha escrito dos veces desde La Rose con los buenos sentimientos y gratitud que Dios le da. Le ruego padre, que me indique si he de hacerle caso.

No tengo nada más que decirle, sino asegurarle que todo va bien por aquí, gracias a Dios. No tengo ninguna noticia que darle. Sepa solamente que el padre Cuissot está con cuartanas y el padre Bécu con la gota; y yo con la gracia de ser en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión en Cahors.

941 [900,III,123-124]

A LUIS THIBAUT

París, 2 [diciembre 1646] ¹.

Padre:

La gracia de Nuestra Señor sea [siempre] con nosotros.

Enviamos al portador de la presente para sa[ber] noticias

Carta 940 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Ao de la visita del padre Portail a Cahors.

Carta 941 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Esta carta se escribió en fecha próxima a la anterior.

suyas y darles las nuestras, [que son] buenas, gracias a Dios. La com[uni-
dad goza de buena] salud, a no ser el padre [Becú, que está con gota, y
el] padre Cuissot con c[uartanas. ¿Qué tal va usted], después de sus lar-
gas f[atigas? Quizás sienta] alguna molestia, pero [ruego a Nuestro Se-
ñor] que le conserve para su gloria. Le [agradezco la] bendición que le
ha dado a su misión, como nos han dicho por aquí. ¡Quiera su bondad
infinita conceder a tantas pobres almas la gracia de hacer buen uso de
ello para su salvación!

Le enviaremos cien libras, tanto para pagar lo que debe usted en Vi-
lleneuve-Saint-Georges, a no ser que el padre Gentil ² le haya enviado
para ello, como para pagar la pensión y los demás gastos que haya hecho
y para que tenga usted para la vuelta, que le ruego realice cuanto antes,
el jueves a más tardar. Ya ha trabajado bastante por ahora; además, le ne-
cesitamos por aquí. Enviaremos a algún otro a Villejuif ³, y la misión de
Orsay ⁴ puede dejarse para Navidad. Le espero, pues, con deseos de
abrazarle cariñosamente y con la esperanza de verle descansar después
de tantas fatigas.

Dios nos dé la gracia de que reposemos en él eternamente. Soy en
su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Thibault, sacerdote [de la Misión, en Mont-]
geron ⁵.

942 [901,III,125-126]

A JUAN MARTIN

París, 7 diciembre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.
Ya está usted finalmente solo en su nuevo empleo. ¡Bendi-

2. Procurador de la casa madre.

3. Importante municipio de los alrededores de París.

4. Municipio del distrito de Versailles (Seine-et-Oise).

5. Municipio del distrito de Corbeil (Seine-et-Oise).

Carta 942 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Juan Martín se encargó del seminario a finales de 1646.

to sea Dios por haberle dado un medio tan adecuado para consultarle sobre la manera de progresar en la virtud las personas que él le ha confiado! Donde falla la ayuda de los hombres, abunda la suya. ¡Y bendita sea siempre su bondad tan amable, que ha querido que le sirvan al mismo tiempo en la ciudad y en el campo sólo tres personas, en asuntos tan importantes como los suyos! Es señal de que él mismo desea intervenir en ello y dar a sus fatigas frutos de eterna bendición.

Siento el alma llena de gozo al pensar en usted y en cómo Dios le ha elegido para que se dedique, a pesar de ser tan joven, a un ministerio tan alto como el de la perfección de los sacerdotes. Le doy gracias a Nuestro Señor por haberle merecido esta gracia, y le ruego que cumpla en usted sus eternos designios. Usted procure humillarse mucho, pensando en la virtud y en la capacidad que hay que tener para enseñar a los demás y educar a los hijos del Rey del cielo en la milicia cristiana; pero confíe ardientemente en el que le ha llamado, y ya verá cómo todo va bien. Parece que en estos comienzos Dios le ha hecho fácil la entrada en esta santa ocupación, gracias a la disposición que le da a sus seminaristas para la piedad y para los ejercicios, obligándole así a que sea usted más animoso. Hay que adorar su voluntad, pero sin esperar encontrar siempre unas personas tan dóciles y tan fáciles de gobernar; no obstante, a medida que vayan aumentando las dificultades, Dios aumentará su gracia. Y para que usted se vaya preparando con toda clase de armas, ejercítese en la mansedumbre y en la paciencia, que son las virtudes más indicadas para vencer los espíritus enrevesados y duros. Por mi parte, puede estar seguro de que insistiré ante Nuestro Señor para que le dé la plenitud de su espíritu. Haga el favor de encomendarle mi alma. Entregue al hermano Sebastián la que acompaño, que le he escrito siguiendo su parecer. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

943 [902,III,126-127]
A ANTONIO PORTAIL

París, 8 diciembre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre] con nosotros.

Aunque estoy en dudas de si ésta le [encontrará] en Cahors o en La Rose, no dejo de [escribirle] para asistir espiritualmente a su partida, si la recibe usted allí, y [desearle para el viaje] una especi]al protección [de Dios].

[He escri]to a Marse[lla para anunciarles su pronta llegada; pe]ro creo, p[adre, que convendrá] que no haga allí la visita hasta [el regreso. Hay que] acudir a lo más urgente, que es Roma. [No se detenga] ni siquiera en Génova, sino conté[ntese con] ver al padre Martin, que lleva el seminario, y [decirle] dos palabras al padre Blatiron y al padre Richard, para saludarles en donde estén haciendo la misión, diciéndoles que a la vuelta podrá verlos más despacio. Ya le escribiré a usted más detalladamente entretanto.

La próxima ordenación se va a hacer en San Lázaro; la encomiendo a sus oraciones, sin olvidar a mi pobre alma, ni a la Compañía, que va bien, gracias a Dios.

Me preocupa mucho el padre du Chesne, al que ya sabe usted que enviamos a Nantes, para dirigir la misión de Irlanda; hace tres semanas que marchó y no sabemos dónde está, pues no tenemos noticias suyas. Que Dios nos las traiga buenas y que le conserve a usted para quien su divina bondad me da sentimientos extraordinarios de estima y de afecto, haciéndome en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en Cahors.

Carta 943 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. La fecha figura al dorso del original, y la confirma el contenido.

A SANTIAGO THOLARD

San Lázaro, 8 diciembre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nues[tro Señor sea] siempre con nosotros.

Hay que confesar, padre, que al [infligirle al demonio el] mal trato que usted le da, haciéndole tan dura guerra y arr[o]jándole de las almas que él] había conquistado, usted... ², [Nuestro Señor bendice] la [ayuda] que usted presta a las almas] redimidas por su preciosa sangre. [En nombre de Dios], sea usted valiente y no rinda las armas; [se trata de la] gloria de Dios, de la salvación quizás de un millón [de almas] y de la santificación de la suya. Acuérdesse de que Dios está con usted, que combata con usted y que la victoria entonces es infalible. El diablo puede ladrar, pero no morder; le puede asustar, pero no le hará daño; de ello puede estar seguro delante de Dios, en cuya presencia le hablo; de lo contrario, dudaría mucho de su salvación o, al menos temería que se hiciese usted indigno de la corona que Nuestro Señor le va forjando, mientras usted trabaja con tanto fruto por él. La confianza en Dios y la humildad le alcanzarán la gracia necesaria para ello. Y si le aprieta fuerte la tentación, suspenda la confesión y dedíquese a pacificar a las gentes. Dígale al padre Gentil ³ que he sido yo el que así lo he dicho y, si es preciso, le enviaré un sacerdote o dos de Bons-Enfants para confesar en su lugar.

Entretanto le ofrezco de nuevo mi corazón y saludo al padre Gentil ⁴ y al resto de la familia, postrado en espíritu a los pies

Carta 944 (CA). — Archivo de la Misión, original.

1. Los destrozos causados por la humedad en el documento original corresponden a los que sufrió la carta anterior, que es, como debe serlo ésta, del 8 de diciembre de 1646. Es también ésta la conclusión a que nos lleva el contenido de la misma.

2. De las dos líneas que siguen en el original sólo quedan algunas palabras dispersas, que es imposible interpretar seguidamente.

3. Palabra tachada en el original, probablemente para que no la conociese el destinatario de la carta.

4. Palabra tachada en el original.

de todos. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión

Dirección: Al padre Tholar ⁵, sacerdote de la Misión, en Villejuif ⁶,

945 [904,III,129-130]

A JUAN MARTIN, SACERDOTE DE LA MISION, EN GENOVA

París, 14 diciembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le mando una carta muy corta, pero que le lleva a mi buen padre Martin la seguridad del gran afecto que Dios me da por él. No se lo puedo explicar, a pesar de que lo siento muy vivamente en medio de mi corazón. El, que lo sabe, se lo dé a conocer, lo mismo que me ha dado a conocer a mí la bondad de su alma y las gracias con que la ha llenado, y por las que siento un consuelo extraordinario. Muchas veces, lo mismo que en estos momentos, le pido a Nuestro Señor que sea todo suyo, y usted todo de él, que bendiga sus trabajos y que sus trabajos le honren y glorifiquen en usted y en esos jóvenes eclesiásticos que le ha confiado la Providencia, para que sus palabras sean otras tantas semillas depositadas en sus corazones, que den centuplicado el fruto de caridad y de buen ejemplo para con los pobres fieles, a fin de que hagan obras dignas de ese nombre. Ya ve usted cómo, si se cumplen mis deseos, el bien que usted haga será infinito y durará después de que usted muera. Así lo espero de la bondad de Dios, que quiere servirse de usted en

5. Palabra tachada en el original.

6. Palabra tachada en el original.

Carta 945 (CF). — Archivo de Turín, original

cosas tan importantes ¹ Por eso, humildemente usted confie en él.
Soy en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Al pie de la primera página: Padre Martin.

946 [905,III,130-132]

A BERNARDO CODOING, SUPERIOR DE SAINT-MEEN

París, 15 diciembre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre con nos]otros.

He recibido dos cartas tuyas, [que me han] hecho participar de las preocupaciones que [usted siente], y me [han hecho] pedirle a Nuestro [Señor que le conceda la gracia] de quedar libre de ellas... ². [Tuve] ocasión [de] manifestarle ³ [las necesidades de la] Compañía. Me ha prometido[seguir] concediéndole la misma ayuda que su antecesor y hacerle todo el bien que pueda.

También le he hablado de Plancoët ⁴. Quiere verlo él personalmente antes de concederle el retiro de sus moradores, y estará allí dentro de un mes o seis semanas. Entretanto le ruego que tenga paciencia, haciendo lo que pueda. Sin embargo, sería de desear que mandase usted continuar las misiones y el seminario al mismo tiempo. Sé muy bien que son ustedes pocos; pero pue-

1. El secretario había escrito *grandes*; el santo borró esta palabra para sustituirla por *tan importantes*

Carta 946 (CF). — Archivo de la Misión, original. El documento se encuentra en muy mal estado.

1. Se impone esta fecha. En efecto, fue a finales de 1646 cuando Bernardo Codoing fue nombrado superior de Saint-Méen y cuando Fernando de Neufville ocupó, tras la muerte de su tío, la sede de Saint-Malo.

2. Apenas pueden leerse algunas palabras separadas en las tres líneas que aquí se omiten.

3. A Fernando de Neufville, el nuevo obispo de Saint-Malo.

4. A san Vicente no le había gustado el compromiso asumido por Juan Bourdet de atender a la capilla de Plancoët (cf. carta 854 (t. II)); dio algunos pasos para librarse de esta promesa.

de unirse con algunos sacerdotes que le ayuden, aunque sólo sea para rezar el oficio. Ya le dije que tenemos un ejemplo para hacerlo así en una casa ⁵ en la que sólo están tres de los nuestros, uno de los cuales lleva el seminario y los otros dos están casi siempre en misión. Si pueden ustedes hacer lo mismo, me sentiré muy consolado. No obstante, lo dejo todo a su discreción, sabiendo que tiene usted mucho más interés que yo en el bien y en el progreso del prójimo.

Todavía no he podido enviarle el socorro que usted pedía, tanto porque aquí [no] tenemos gente suficiente, [como porque te]mo que vuelva la tempestad. Ahora he [tenido] que retrasar... ⁶, a pesar de los buenos deseos que tiene ⁷ de favorecernos.

Adiós, padre; cuídese, por favor, para la mayor gloria de Nuestro Señor. Saludo con todo cariño a su pequeño rebaño, a quien ruego a su divina bondad que bendiga con sus eternas bendiciones, y especialmente a su querida alma, a quien abrazo cordialmente.

Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Al pie de la primera página: Padre Codoing.

947 [906,III,132-133]

**A LUIS RIVET, SACERDOTE DE LA MISION,
EN RICHELIEU ¹**

París, 19 diciembre 1646 ²

Padre:

La gracia [de Nuestro Señor] sea [siempre con nosotros.

Ya hace] muchos [días que] recibí su re[spuesta], pero to-

5. La casa de Génova.

6. Las dos líneas que siguen en el original están demasiado incompletas para que las podamos reconstruir.

7. Probablemente el nuevo obispo de Saint-Malo.

Carta 947. — Archivo de la Misión, copia del siglo XVII.

1. El reg. 2,107 indica erróneamente que esta carta va dirigida *al padre Rivet, superior de Saintes*. Luis Rivet sólo fue nombrado más tarde superior de Saintes; en 1646 se encontraba en Richelieu.

2. En la copia que seguimos, una rotura en el ángulo superior dere-

davía me dura el consuelo que me [proporcionó, al ver los sentimientos] que usted tiene de sí mismo y que son tan necesarios para la [ocupación] que Dios le ha dado, en ausencia del padre Gautier ³. [Agradezco] a su divina bondad las luces que le da y le suplico que cumpla en usted sus designios eternos. Pero sabe usted, padre, que esta desconfianza en las propias fuerzas tiene que ser el fundamento de la confianza que hay que tener en Dios sin la cual resultaríamos peores de lo que creíamos ser; con ella haremos mucho o, mejor dicho, Dios hará por sí mismo lo que pretende de nosotros. Por tanto, no se fije usted en lo que es, sino vea a Nuestro Señor a su lado y dentro de usted, dispuesto a echar su mano en cuanto usted recurra a él, y ya verá cómo todo va bien. ¿Cree usted que, si ha sido su providencia la que le ha puesto en ese cargo, no le dará también las gracias convenientes para desempeñarlo bien, si lo acepta usted animosamente por su amor? No dude de ello, padre, ni tampoco del sincero afecto que siento por usted, y que no soy capaz de expresarle. Dios se lo dé a conocer y le llene cada vez más de su espíritu para derramarlo luego por medio de usted entre las almas que usted dirige y para la mayor santificación de la suya.

Abrazo en espíritu a toda la familia y soy, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión

948 [907,III,133-136]

A DIONISIO GAUTIER, SUPERIOR DE RICHELIEU

París, 23 diciembre [1646] ¹

Padre: La gracia de Nuestro Señor sea [siempre con nosotros]. No sé si esta carta [llegará sus manos durante los] traba-

cho se ha llevado la última cifra del año. Conocemos la fecha por el registro 2.

3. Superior de la casa de Richelieu.

Carta 948 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Fecha añadida al dorso del original; también nos la da el reg. 2,176; ha desaparecido de este lugar por culpa de los destrozos causados por la humedad.

jos de la misión...², ¡Bendito [sea Dios]! [Le pido que se encuentre usted] cada vez más animado por su espíritu para [trabajar en] su gloria.

Su carta, que recibí ayer por la tarde, me habla de la especial bendición que Dios ha querido dar a su obra; se lo agradezco con toda el alma. ¡Quiera su divina misericordia sacar su alabanza del fruto de esa misión, dándoles a las pobres almas la gracia de conocer y reconocer su liberalidad, y a nosotros la de proseguir nuestros humildes servicios en todo lo que pueda extender y afirmar el imperio de Jesucristo.

La propuesta que usted me hace de recibir en pensión a los estudiantes que piensan en el estado eclesiástico, y no a los otros, me hace pensar que quizás Dios se quiera servir de nosotros en su casa para dar arraigo a esas jóvenes plantas, y me hace desear al mismo tiempo que nos conceda la gracia de poder hacerlo útilmente. Por tanto, puede usted [hacer] una prueba; pero que la pensión sea de cincuenta [escudos]: no puede usted ponerla más barata, ni mucho menos gratis, a no ser empleando en ello [lo que se necesita] para el mantenimiento de los sacerdotes destinados [a evangelizar a los pue]blos y a [atender]...³.

Finalmente me he rendido a los deseos que tienen de que vayamos a Luçon⁴. La petición que nos han hecho el señor obispo de Luçon⁵ y su cabildo y la nueva propuesta del señor arcediano⁶ son señales de que Dios así lo quiere, ya que nos da

2. Faltan unas cuatro líneas a continuación.

3. De las siete líneas que seguían en el original sólo quedan algunas palabras inconnexas.

4. Ya en 1640 se habían establecido algunos sacerdotes de la Misión en Luçon bajo la dirección de Gilberto Cuissot, a quien sucedió Santiago Chiroye, que dirigía todavía aquella casa el 3 de mayo de 1645 (cf. carta 786 (t. II). Ignoramos por qué motivos Chiroye y los suyos abandonaron Luçon y se retiraron a Richelieu. Es muy probable que este abandono se debiera a los apuros con que tropezaba la casa al perder, tras la muerte del cardenal ministro, las rentas de las secretarías de Loudun, que compartía con la casa de Richelieu.

5. Pedro Nivelles (1637-1661).

6. Claudio Thouvant, consejero y capellán del rey, arcediano de Aizenay. La discusión de su propuesta concluiría con el contrato del 7 de marzo de 1647 (Arch. Nat. S 6706), por el que entregaba a Santiago Chiroye, superior, la cantidad de 1.800 libras y le daba los derechos que él tenía sobre el Hôtel de Pont-de-Vie, casa comprada por los sacerdotes de la

los medios para facilitar la ejecución de esta fundación. Le pido al padre Chiroye que vaya allá, acompañado solamente de algún hermano, para resolver con esos señores lo que sea preciso; cuando haya ocasión, enviaremos los obreros necesarios. Ya le he echado el ojo a uno de nuestros sacerdotes, que me parece muy apropiado para ello, y a dos buenos eclesiásticos del seminario de Bons-Enfants, que sienten deseos de dar gloria a Dios durante uno o dos años, en el ejercicio de nuestras funciones. Pero antes esperaré el resultado del viaje del padre Chiroye Haga el favor de darle mi carta.

Me parece razonable el descanso que pide [el padre] Lucas, y es de jus[ticia y caridad] concedérselo. Le ruego, pues, que le dispense de toda clase de trabajos y [de tareas], a no ser el de oír algunas [confesiones] los días de fiesta y los domingos... ⁷.

Siga usted atendiendo al padre du C[oudray]. Usted y la Compañía le han [servido bien; le doy] las gracias por ello. Me alegra que se hayan portado con él de esa forma. Déjele, pues, hacer lo que quiera y espero que no tendrá nada de qué quejarse en sus desvaríos. También le escribo a él y, si puedo, le escribiré al padre Gobert para expresarle mi alegría por su salud y mi gozo por su fervor, al verle tan pronto en la tarea. Dios le bendiga a él y a toda la Compañía, a la que abrazo en espíritu con mucho cariño y consuelo, especialmente a su querida alma, por la que siento el afecto que sólo Dios sabe y a la que me gustaría poder expresar hasta qué punto soy, en su amor, su humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Enviaremos a alguien para suplir al padre Chiroye lo antes posible.

Al pie de la primera página: Padre Gautier.

Misión en diciembre de 1641, con la condición de que tuvieran cada año una misión de tres semanas en su arcedianato.

7. Omitimos aquí cuatro líneas del original, de las que sólo quedan algunas palabras dispersas.

**A SANTIAGO CHIROYE, SACERDOTE DE LA MISION,
EN RICHELIEU**

París, 23 diciembre 1646.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea [siempre con nosotros].

¿Cómo no recibir con cariño [sus cartas] y no sentirse consolado al [ver cómo no cesa usted de] b[usca]r la salvación [de las almas? Su celo] me [ha impresionado y] produce [en mí tal alegría que no puedo expresar]la. No de]o de a[gradecérselo a Dios y de pe]dir[le que] le [siga concediendo las gracias que les da [para la fun]daci[ón de Luçon. Tenga confianza], padre; ¡en hora buena! [Va usted al empezar una obra de [la que Nuestro Señor] quiere sacar la salvación de infinidad de [almas y] la total santificación de la suya. Mientras usted lleva a cabo este negocio, nosotros prepararemos los obreros necesarios, a saber, un sacerdote nuestro, que ya tengo pensado, con algún hermano clérigo y dos buenos eclesiásticos de nuestro seminario de Bons-Enfants, que desean pasar un año o dos sirviendo a los pobres del campo y que les dejarán muy satisfechos, según espero. Pero antes de enviar a nadie, haga el favor de tener preparadas las cosas, aunque sin llegar a decidir sobre las condiciones que le propongan, bien sea el señor obispo o su clero, bien el señor arcediano, hasta que yo las conozca.

Ruego a Nuestro Señor Jesucristo que, puesto que ha querido encomendarle un asunto que le ataña, le dé la plenitud de S-l espíritu y de su prudencia en gobernar para que lo lleve a cabo en su honor y en su intención.

Al señor arcediano le [gustaría la] misión todos [los año]s en su distrito... ¹. [Para lo primero] puede usted comprometerse, [pero] no para lo segundo, a no ser para dos o tres aldeas todo lo más. Ya me dirá lo que ha resuelto. Me tomo el honor de escribirle y de atestiguarle nuestra sumisión a los deseos de esos señores y a los suyos, y la gratitud que siento por el favor que nos hace. Le ruego que le dé todas las seguridades posibles.

Carta 949 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Seguía aquí la lista de deseos del arcediano; pero quedan tan pocas palabras en este lugar del original que nos es imposible reconstituir el texto.

Siento un gran afecto por usted: ¡Dios quiera unir nuestros corazones en su amor en el tiempo y en la eternidad! Soy en él su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

He retrasado el envío de la carta al señor arcediano y a los demás hasta que se las pueda enviar a usted a Richelieu o a Luçon. No diga nada de que esos sacerdotes no son de la Compañía.

Al pie de la primera página: Padre Chiroye.

950 [909,III,138-139]

**JULIAN GUERIN, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

[Túnez, entre 1645 y mayo 1648] ¹

Estamos esperando una gran cantidad de enfermos al regreso de las galeras. Si esas pobres gentes sufren grandes miserias en sus correrías por el mar, los que se quedan aquí no pasan menores apuros: les hacen trabajar en cortar mármol todos los días, expuestos a los ardores del sol, que son tan grandes que me atrevería a compararles con los de un horno encendido. Es admirable ver el trabajo y el calor excesivo que padecen, que sería capaz de hacer morir a los caballos, pero que no acaba de matar a estos pobres cristianos, sino que sólo les hace perder la piel, que tienen que pagar como tributo a ese sol devorador. Se les ve con la lengua fuera como a los pobres perros, debido al calor insoportable que tienen que respirar. Ayer mismo, un pobre esclavo, bastante anciano, al verse enfermo y sin poder resistir más, pidió permiso para retirarse; pero no obtuvo más respuesta, sino que tuvo que reventar sobre la piedra que estaba trabajando. Puede usted imaginarse cómo me conmueven estas crueldades y cómo llenan de aflicción mi corazón.

Carta 950. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 118.

1. Duración de la estancia de Julián Guérin en Túnez

Sin embargo, estos pobres esclavos sufren sus males con una paciencia inconcebible y bendicen a Dios en medio de todas las crueldades que tienen con ellos; puedo decirle con toda verdad que nuestros franceses se distinguen por su bondad y su virtud entre todas las demás naciones. Tenemos dos enfermos de gravedad que, según todas las apariencias, no podrán salvarse, y les hemos administrado todos los sacramentos. La semana pasada murieron otros dos como verdaderos cristianos, se puede decir de ellos que pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus. La compasión que siento por estos pobres afligidos, que trabajan en cortar el mármol, me obliga a distribuir entre ellos parte de los pocos socorros que les distribuiría si estuvieran enfermos, etcétera. Hay otros esclavos que no son tan maltratados, sino que viven unos en casa de sus dueños sirviéndoles en todo de noche y de día, como en cocer el pan, hacer la colada, prepararle de comer y beber y los demás oficios caseros. Hay también otros empleados por sus dueños en los negocios de fuera. Finalmente, algunos gozan de libertad para trabajar por su cuenta, entregando a sus amos cierta cantidad mensual, que ellos procuran ganar y ahorrar a costa de sus pequeños gastos.

951 [910,III,139]

A LUISA DE MARILLAC

[Entre 1645 y 1651] ¹

Le ruego a la señorita Le Gras que le diga a la señorita de Lamoignon que es preciso que vaya a rogar a la señora de Brienne que acuda a la reunión, en la que se necesitará su consejo y también el de la señora duquesa de Aiguillon; como esta última tiene algunos asuntos que le impedirán venir hoy, habrá que insistir al menos con la primera.

VICENTE DEPAUL

Dirección: Para la señorita Le Gras.

Carta 951 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original. Santa Luisa remitió esta carta a la señorita de Lamoignon, que escribió al margen: «Para que haga el favor de avisarme. Soy toda suya. M. de L. Miércoles, a la una».

1. Esta carta parece ser del tiempo en que la señora de Lamoignon era presidenta de las damas de la Caridad.

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA

París, 28 diciembre [1646] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre [con nosotros].

Recibí su carta del [...Doy gracias] a Dios por [lo] que me [indica] sobre [el éxito] d[e sus misiones...] ²; según veo, [se trata de uno de los mayores] santos que hay en su [Iglesia] ³.

[Me] siento muy complacido por la modera[ci]ón que usted demuestra en el artículo de la fundación de que me habla; se lo devuelvo en la forma con que, si le parece a usted, podrá aprobarse.

Estoy ciertamente muy consolado al ver el buen orden del seminario y los progresos que allí se hacen. Es una gracia especial de Dios, por la que le ruego a su divina bondad que se glorifique a sí misma y acepte nuestra gratitud, especialmente por la buena conducta del padre Martin, que necesita verse aliviado y robustecido por el Espíritu Santo en las diversas ocupaciones que tiene Dios sabe que tengo mucho miedo de que sucumba bajo el peso, lo mismo que usted.

En este mismo correo le escribo al padre Dehorgny que le envíe al que usted pide, o a otro que valga para ello, lo antes posible; para obligarle más, le envió su carta, para que sus razones le aconsejen sobre lo que tiene que hacer. Espero que quedará usted satisfecho de él.

No sé si recordará usted que hace tiempo entregaron el priorato de San Nicolás de Champvant, de la diócesis de Poitiers, [a la casa de] Richelieu y que se expidieron [a Roma] las provisiones para que dicho [priorato] recayese en la con[gregación de] sacerdotes de la [Misión establecida en] R[ichelieu]. Es preciso que [renunci]e usted a él ante [notario], p[ara ponerlo en]manos del [padre...], y un..., según [lo que] han [acordado]

Carta 952 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Fecha añadida al dorso del original; ha desaparecido de este lugar por culpa de la humedad.

2. Las pocas palabras que quedan en las ocho líneas del original no nos permiten reconstruir el texto.

3. Se trata muy probablemente del cardenal Durazzo.

los] abades y religiosos de Nuestra Señora de Noyers ⁴, de quienes [depende] dicho priorato, según acta de nombramiento del 6 del pasado noviembre, ante Girard, notario real; haga el favor de enviar su dimisión cuanto antes al padre Dehorgny, para que con ella y con la copia del consentimiento que yo tengo que enviar, obtenga él el breve de dicha unión.

Quiero creer que esta carta llegará a sus manos al término de su gran misión; quiera Dios que le encuentre con buena salud y muy contento de sus trabajos por la salvación de los pobres que ha estado instruyendo y por la santificación de su alma. Lo mismo les deseo a esos padres que trabajan con usted, por los que Dios me ha dado un afecto y un cariño especial, viendo su bondad y el buen ejemplo que dan a toda nuestra congregación, con la que comento muchas veces su virtud y su celo. Le ruego que los salude humildemente y con toda mi cordialidad, reno[vánd]o]les el ofrecimiento de mi obediencia. [También] abrazo al padre Richard y al hermano Sebastián, r[ogando a Nuestro Señor] que los bendiga cada vez más.

Soy [en su amor, Padre], su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

953 [53,XV,71-72]

DEDICATORIA DE CARLOS AUBERT A SAN VICENTE ¹

Al padre Vicente, superior general de los sacerdotes de la Misión.

Quizás resulte extraño que, a pesar de no tener la dicha de conocerle personalmente, me tome la libertad de presentarle este

4. Abadía de benedictinos reformados de la congregación de San Mauro, de la diócesis de Tours.

Carta 953. — Carta impresa como cabecera del volumen *Brief Discours...* Texto publicado en los *Annales de la C. M.* (1941-1942) 274. Cf. *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 71-72, n. 53.

1. Carlos Aubert (1567-1653), abogado y sacerdote de Le Mans, autor de varias obras de carácter religioso; cf *Dict. de Biogr. Française IV*, col. 14-15.

pequeño *Discurso* ² con la simplicidad de espíritu y de lenguaje que me caracteriza. Pero el gran progreso que diariamente consiguen estos dignos y piadosos personajes, que Dios ha suscitado en esta región por mediación de usted, trabajando con tanto éxito por el bien y la salvación de las almas ³, me ha hecho reconocer con evidencia el ardor de su celo, por el servicio, su honor y su gloria. Este conocimiento nos ha dado ánimos para presentárselo con sencillez, creyendo indigno e indecente de nuestra edad buscar el artificio para oscurecer o para disimular la verdad en todas las cosas, que serviría más bien de cebo para el pecado que de guía segura para caminar rectos por el camino de la virtud, que tiene de suyo medios tan eficaces para atraer a un espíritu bien nacido, sin tener que mendigar adornos extraños.

Le presento pues, padre, este pequeño trabajo, aceptando humildemente las correcciones que tenga a bien hacer en él y considerandome siempre su muy humilde y obediente servidor en Nuestro Señor,

C. AUBERT,
sacerdote indigno.

954 [912,III,142]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA

4 enero 1647.

Puede decirle al señor cardenal ¹ que los señores prelados son nuestros dueños en todas las ocupaciones exteriores y que estamos obligados a obedecerles como obedecían a su amo los servidores del evangelio: si nos mandan ir, estamos obligados a ir; si quedarnos, estamos obligados a quedarnos; si trabajar, estamos obligados a hacerlo; y si faltamos, hacen bien en castigar-

2. *Brief Discours de Charles Aubert, prêtre, du respect et honneur des enfants envers leurs pères et mères, a M. Vincent supérieur général des Prêtres de la Mission, Le Mans 1646, 152 p. (Bibl. Nat. D. 21298).*

3. Alusión a los trabajos apostólicos de los padres de la Misión, que trabajaban en Le Mans desde 1645.

Carta 954. — Reg. 2,76.

1. El cardenal Durazzo, arzobispo de Génova.

nos. En una palabra, les debemos obediencia a los señores obispos en todo lo que se refiere a nuestras ocupaciones de misiones ordenandos, etcétera; pero la dirección espiritual y doméstica le corresponde al superior general.

955 [913,III,142-143]

**ALANO DE SOLMINIHAC, OBISPO DE CAHORS,
A SAN VICENTE**

[1647] ¹

Me gustaría mucho que el padre Testacy y los demás de nuestro seminario no le rompiesen la cabeza, como hacen muchas veces, sin ninguna necesidad. El intendente de mi casa me ha dicho siempre que se podía alimentar a los pensionistas con cien libras, y yo también lo creo. Pero, aunque así no fuera, dándoles a entender que se trata de una disposición sinodal tomada con el consentimiento de todo nuestro sínodo, tendrían que tener paciencia hasta el próximo sínodo para cambiarla.

Hay 25 valientes eclesiásticos en nuestro seminario y dentro de pocos días llegarán probablemente a 35. Por eso, es necesario que envíe a alguno de los suyos para ayudar a los demás, sobre todo para el canto, que se necesita. Le pedí al padre Portail que se lo dijera. Espero que lo tendrá en cuenta.

Entretanto, créame su muy humilde servidor,

ALANO,
obispo de Cahors.

Carta 955. — Archivos del obispado de Cahors, legajo 5, número 6, original.

1. Esta carta se escribió mientras que Carlos Testacy era superior del seminario de Cahors, poco después de que pasara por aquella ciudad Antonio Portail, que se encontraba allí en diciembre de 1646.

A JUAN MARTIN

París, 11 enero 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí su querida carta con un afecto muy sincero y cariñoso por su querida alma, que cada vez me parece más bendecida y escogida por la mano de Dios para procurar su gloria en las almas que usted gobierna, y mediante ellas en una infinidad de otras que le alabarán en el tiempo y en la eternidad. Trabajemos, pues, con valor y con interés por ese buen Maestro que es el nuestro; imitémosle en sus virtudes, sobre todo en su humillación, en su mansedumbre y en su paciencia; y va verá cómo entonces progresa su gobierno.

Le hablo ciertamente con compasión por los muchos trabajos que usted tiene, pero me consuelo con la confianza que tengo en que Dios duplica las fuerzas y conserva su corazón en paz. Es la gracia que le pido, esperando que llegue el socorro que le enviarán de Roma. Ya hace 15 días que le pedí al padre Dehorgny que le enviara a alguien cuanto antes; en el próximo correo le enviaré las reglas de nuestro seminario de Bons-Enfants. Hace bastante tiempo que le encomendé a uno este encargo; perdone su negligencia y la mía.

El padre Portail irá pronto a visitarles. Está ya en Marsella, esperando la ocasión oportuna para marchar. El padre Alméras irá a Roma con él.

Los encomiendo a sus oraciones, y a mí con ellos. Y soy con todo mi corazón, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

957 [915,III,144]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

*Miércoles. [Entre 1643 y 1649]*¹

Padre:

Mandé entregar su nota a la señora de Lamoignon, ya que no estaba la señorita; dicha señora me ha indicado que el día de la reunión dependía de usted y que a la señorita Viole le gustaría que fuese el viernes.

Soy su muy obediente hija y servidora,

L. DE MARILLAC

958 [916,III,145]

A JUAN MARTIN

Paris, 1 febrero 1647.

Padre:.

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me proporciona usted un consuelo especial con sus cartas, con el efecto que en mí producen, pues no leo jamás ninguna de ellas sin sentirme agradecido a Dios y lleno de cariño para con usted, al ver los sentimientos que él le da de humildad y confianza, que hacen brotar esa santa generosidad con que usted lleva el peso de todo el seminario. ¡Quiera Dios robustecerle cada vez más y darle la plenitud de su espíritu para animar a ese pequeño cuerpo y modelarlo según las máximas de Jesucristo! Siempre que pienso en usted, le pongo en sus manos, agradeciéndole todo lo que ha hecho por usted. Si no viera en usted una asistencia especial de Dios, creería soñar cuando pienso en un joven como usted¹, que gobierna tan acertadamente el interior

Carta 957 (CA). — Original comunicado por el señor Le Gras, av. du Parc 8, Lyon.

1. Antes de 1643 no era todavía presidenta de las damas de la Caridad la señora de Lamoignon; después de 1649, santa Luisa no llamaba san Vicente *Monsieur* al comienzo de sus cartas.

Carta 958 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. El padre Martin había nacido el 10 de mayo de 1620; tenía entonces 27 años.

y el exterior de otros muchos. Ruego expresamente a Nuestro Señor que ejecute sus designios en usted y por medio de usted, y que me conceda la misericordia que le pedirán para mí sus oraciones.

Soy en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,

i. s. d. l. M.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

959 [917,III,146-147]

A JUAN MARTIN

París, 18 febrero 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

¡Cómo me consuelan siempre sus cartas! La verdad es que no sabría expresarlo debidamente.

¡Cuánta razón tiene usted en la descripción que me hace del estado de su alma! ¡Pero bendito sea Dios por el buen uso que hace de todo! Mientras vivamos en este valle de miserias, aunque fuésemos santos, sentiríamos lo que usted siente; y Dios lo permite, para mantenernos siempre vigilantes en el ejercicio de la santa mortificación y humillación. Sepamos mantenernos firmes, y Nuestro Señor logrará vencer nuestras pasiones en nosotros y reinará como soberano en nuestra alma y, mediante nosotros, en las almas a cuyo servicio nos ha puesto su providencia. Mantengámonos fuertes y caminemos siempre por los caminos de Dios, sin detenernos jamás.

¿Y qué quiere que le diga de su santo prelado ¹, del que usted me dice tantas cosas? Lo admiro de verdad y espero que,

Carta 959 (CA). — El original se lo entregó el señor Pedro Marietti en 1886 a los sacerdotes de la Misión de Chieri, en agradecimiento a la hospitalidad que le prestaron durante los ejercicios espirituales que hizo antes de recibir las sagradas órdenes.

1. El ardenal Durazzo.

si Nuestro Señor lo conserva diez años en su Iglesia, renovará toda su diócesis, lo mismo que ha hecho el señor obispo de Alet ².

Le escribo al padre Blatiron que es de desear que se proponga a ese santo prelado la fundación de las conferencias entre los señores párrocos y demás eclesiásticos del campo. Espero que, si quiere Nuestro Señor seguir bendiciendo los trabajos de ese santo prelado como lo ha hecho hasta el presente, sobre todo en relación con esa clase de conferencias que el padre Blatiron sabe, por haber sido de los primeros en trabajar en ellas, se conseguirán grandes bienes. ¡Pero, en fin, hay que ir haciendo las cosas poco a poco. La gracia empieza por poco para ir luego progresando.

Sobre la misión en la ciudad, ha hecho usted bien en indicarle la manera de hacerla.

Le ruego, padre, que le presente de vez en cuando mis respetos y que le pide para mí su bendición, que le pido postrado en espíritu a los pies de Su Eminencia. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

960 [918,III,147-148]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Entre 1639 y 1649] ¹

Padre:

Nada nuevo tengo que decirle de mi salud, pero le aseguro que tengo necesidad de hablar con usted a propósito de las ne-

2. Nicolás Pavillon.

Carta 960 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. En 1639 vivía aún sor Bécu (cf. carta 405, t. I; después de 1649, todas las cartas de Luisa de Marillac a san Vicente empezaban por *Mon très honoré Père*, y no por *Monsieur*.

cesidades de varias hermanas, antes de tomar ninguna decisión. Tenemos aquí a la hermana Carlota enferma desde hace tiempo; es la hermana de sor Genoveva, la del Hôtel-Dieu, que también servía allí en la cocina. Temo que le pase como a la difunta hermana Bécu. Le han ordenado varias veces la sangría del pie, pero nadie ha podido sacarle sangre. Si su caridad quisiera enviarnos al hermano Alejandro, quizá él pudiera hacerlo. Su fiebre es ordinariamente más alta por la tarde que por la mañana.

Las hermanas que están en retiro harán cuando usted quiera la confesión, que no será general en ninguno de los dos casos.

La lorenesa que habló con usted el sábado en el Hôtel-Dieu no encuentra acomodo. Hace quince días que está en el Hôtel-Dieu para eso. ¿Qué hacemos con ella? No le mande dinero, por favor. Le he dicho a sor Genoveva que le mande hacer lo que sea necesario. A ella no se le ocurre nada mejor que seguir viviendo allí sin hacer nada y ganando dinero.

Veo tanto desorden por todas partes que me siento anonadada; sin embargo, sigo esperando y confiando en la divina providencia con las santas Marta y María.

Soy en el amor del buen Jesús su muy humilde hija y obligada servidora,

L. DE M.

Dirección: Al padre Vicente.

961 [919,III,148-150]

A JUAN MARTIN

París, último de febrero 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí carta suya esta semana, pero no del padre Blatiron que, como está ausente y en medio de grandes ocupaciones, no puede dar abasto a todo. Admiro ciertamente la atención que tiene conmigo, a pesar del ajetreo de la casa y del seminario, no dejando de darme este consuelo, que ha sido esta vez extraordinario, al hablarme de las bendiciones que quiere seguir conce-

Carta 961 (CE). — Archivo de Turín, original.

diendo Dios tanto sobre los trabajos del padre Blatiron como sobre los suyos, de forma que todo lo que se realiza en él y por él parece un pequeño milagro, y las gracias especiales con que bendice ese mismo Señor su dirección, llenando su corazón de una confianza perfecta en su ayuda, parecen ser el medio de los medios para llevar a cabo su obra con toda felicidad. Ha encontrado usted el secreto; todo el que no obre con ese espíritu, por más capacidad que tenga, jamás logrará nada consigo mismo ni con los demás. Así pues, padre, seamos firmes en esa querida confianza en Dios, que es la fuerza de los débiles y el ojo de los ciegos. Y aunque las cosas no vayan según nuestros deseos y nuestras intenciones, no dudemos de que la Providencia las conducirá adonde es preciso para nuestro bien.

Que las razones que le den no le extrañen lo más mínimo. Ese buen eclesiástico que ha sido el primero en trabajar en las misiones y que le ha hablado del poco gusto que siente ahora en ello, no mida a los demás por lo que le pasa a él, ni crea que se dedican a este santo ejercicio solamente por complacer al señor cardenal. Aunque así fuera, Dios no dejaría de sacar gloria de esas intenciones torcidas y se salvarán muchas almas. Y si ellos llegan a faltar, como sucederá si no miran a Dios, el señor cardenal reconocerá entonces que, para establecer unas bases sólidas, necesita personas que se entreguen a Nuestro Señor para esas tareas, y no ya eclesiásticos del país, que tienen otras pretensiones.

¡Quiera su bondad infinita darnos la gracia de que todas nuestras intenciones tiendan al progreso de su gloria y a nuestro propio anonadamiento!

Soy en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova

**A FRANCISCO ADHEMAR DE MONTEIL,
ARZOBISPO DE ARLES**

París, 29 febrero ¹ 1647.

Monseñor:

Recibí la carta con que me ha honrado, con todo el respeto debido a tan digno prelado. Ya conocía, por el rumor público y por uno de los diputados de Marsella, el éxito de su empresa en la pacificación de aquella ciudad, que reconoce que, después de Dios, es a su prudencia a la que todo se lo debe. Doy por ello gracias a Nuestro Señor, no dudando de que en recompensa le dará la perfección y los atributos de esta bienaventuranza. También le ruego que le conserve largos años para su gloria y el bien de la Iglesia.

En cuanto a la abadía de Saint-Césaire, esté seguro de que haré con todo mi corazón cuanto pueda contribuir a sus deseos, tanto porque me lo ordena usted como por la devoción que siento a ese gran san Cesáreo, aparte de que hace ya tiempo conozco la necesidad de aquel monasterio, que ya antes quiso remediar su predecesor ², Dios, al morir él, le ha reservado a usted la ejecución y el mérito de esta obra buena. ¡Quiera su bondad infinita realizar en usted sus eternos designios! Le ofrezco mis humildes plegarias, dado que es lo único que puedo hacer en su servicio; además me tomo la libertad de renovar aquí el ofrecimiento de mi obediencia con toda la humildad y el afecto que puedo, con la confianza de que no le desagradarán, ya que Nues-

Carta 962 (CF). — Bibl. mun. de Arles, ms. 142, t. III, original. Este manuscrito proviene de la biblioteca de Lorenzo Bonnemant, sacerdote de Arles, y lleva por título *Actes anciens et modernes concernant l'archevêché d'Arles*.

1. Distracción del secretario; probablemente era el 1 de marzo.

2. Para restablecer la observancia en el monasterio de Saint-Césaire, donde se habían introducido los más lamentables abusos, Jaubert de Barrault, arzobispo de Arles, introdujo allí en 1639 a las religiosas de Billom en Auvergne (*Gallia christiana novissima*. Arles, Valencia 1901 col. 697, número 2559, según los Archivos de Bouches-du-Rhône, S. Césaire d'Arles, reg. XXXVI, documento 2). Mal vistas y enviadas por sus compañeras, perseguidas por la abadesa, que llegó a privarles del alimento, las pobres reformadoras no lograron, a pesar de los deseos del arzobispo y la voluntad del rey, remediar los desórdenes que les tocaba presenciar día tras día (Arch. Nat. V 187, número 36).

tro Señor me ha hecho en su amor su muy humilde y obediente servidor,

Dirección: Al señor arzobispo de Arles, en Arles.

963 [921,III,151-152]

**ALANO DE SOLMINIHAC, OBISPO DE CAHORS,
A SAN VICENTE**

Merquès, 3 marzo 1647.

Padre:

Veo la misma dificultad que usted en recibir en el seminario a esos dos muchachos de quienes le escribí, y así se lo he dicho al padre Testacy; pero he creído conveniente escribirle a usted, remitiéndome por completo a su juicio, Entretanto, el señor del lugar y parte de los habitantes que resistían han ido accediendo. Procuraré mantenerles en esta misma situación, hasta que Dios nos dé a conocer su voluntad para tener un colegio en Cahors, a fin de educar e instruir allí a las personas que se dediquen a su servicio en el estado eclesiástico y nos proporcione los medios para llevarlo a cabo, tal como lo hará si es su voluntad. Esta fundación de mil escudos para esos dos jóvenes puede ser un comienzo.

Ha hecho usted bien al no hablar al señor de la Marguerie ¹ de lo que le escribí sobre su hijo ², ya que sigue con la opinión que usted me indica.

El provincial de los capuchinos no le es muy conocido. No le ha dicho a usted las quejas que los suyos me han dado, no sólo por carta, sino de viva voz. Le envió una copia de la carta que el rey me ha escrito sobre él, y otra del señor nuncio, para que las lea usted cuando no tenga otra cosa que hacer; con ello podrá usted formarse una idea de su espíritu. Haga el favor de olvidar todo esto y deje que la gente hable. Ya conoce usted mi norma en este asunto, que seguiré con toda fidelidad.

Carta 963. — Archivos del obispado de Cahors, copia.

1. Elías Laisné, señor de la Marguerie.

2. Luis Laisné.

Le ruego que reciba como pensionistas en Bons-Enfants a estos dos buenos religiosos, en el mismo plan que los demás, mientras estén en París. Van allá para estudiar el asunto de Santa Genoveva; le ruego que les preste su asistencia.

Se sentiría usted lleno de gozo si viera lo bien que va vuestro seminario. El buen padre Testacy está maravillado. Es muy buen sacerdote. Me gustaría que tuviera tanta experiencia como bondad.

Le ruego en nombre de Dios que tenga piedad de las diócesis de Montauban y de Sarlat y de la mía, que sufre con sus desórdenes.

Unas palabras de recomendación al señor de Morangis por nuestros buenos religiosos les sería de mucha utilidad.

Entretanto, créame, padre...

ALANO,
obispo de Cahors.

964 [922,III,153-155]

A JUAN DEHORGNY, SUPERIOR EN ROMA

Marzo 1647.

Dios le proporcionará otros obreros, cuando llegue la hora. La necesidad no le ha apremiado mucho hasta ahora, ya que no ha tenido usted ordenaciones y tenía usted los suficientes para las misiones, aunque deseara más. Hacemos aquí y en otras partes lo que podemos. ¿Sería razonable que tuviéramos tal abundancia de personal, que estuvieran inútiles parte del tiempo, mientras que Dios carece de gente en otros lugares adonde nos llama? ¿No hizo san Ignacio, antes de morir, cien fundaciones más que con dos o tres personas cada una? Y no le faltaban dificultades, ya que enviaba novicios, haciéndolos a veces superiores; pero todo se llevó a cabo con mucho fruto y bendición de Dios. Si nosotros hemos hecho algunas fundaciones, no ha sido, gracias a Dios, por el deseo de extendernos, sino sólo para corresponder a sus designios, como su divina bondad bien lo sabe. Tampoco ha sido porque lo hayamos escogido o solicita-

Carta 964. — Reg. 2,72.

do nosotros, sino sólo porque lo ha dispuesto el cielo, y nuestra indiferencia así lo ha visto y reconocido.

¿Quién sería capaz de decir que Dios no nos llama ahora a Persia? No hay que deducirlo del hecho de que no estén llenas nuestras casas: no siempre las que están con más gente dan más fruto. ¿No hemos de creer más bien lo contrario, temiendo incluso que Dios abandone a Europa en manos de las herejías que combaten a la Iglesia desde hace un siglo y que han causado tales destrozos que la han dejado reducida a un pequeño rincón? Y para mayor desventura, todavía parece que vamos a caer en más divisiones por las nuevas opiniones que brotan cada día. ¿Sabemos acaso si no querrá Dios trasladar la Iglesia entre los mismos infieles, que quizás se muestran más inocentes en sus costumbres que la mayoría de los cristianos, que en tan poco estiman los santos misterios de nuestra santa religión? Puedo decirle que es éste un sentimiento que hace tiempo está haciendo mella en mi alma. Pero, aunque Dios no tuviera este designio, ¿no debemos acaso contribuir a la extensión de la Iglesia? Sí, sin duda alguna; así pues, ¿en quién reside el poder de enviar *ad gentes*? Tiene que residir en el Papa, o en los concilios, o en los obispos. Pues bien, éstos sólo tienen jurisdicción en sus diócesis; concilios no hay en esta época; por tanto, tiene que residir en el primero. Por tanto, si tiene derecho para enviarnos, también nosotros tenemos obligación de ir; si no, su poder sería inútil.

Ya sabe usted, padre, cómo hace ya tiempo que la sagrada Congregación ha puesto en nosotros sus ojos, cuántas veces nos ha urgido, qué poca prisa nos hemos dado nosotros para que no se mezclara nada humano en la resolución de esta santa empresa; pero, como nos urge de nuevo por carta y por medio del señor nuncio ¹, no dudo de que hay que obedecer. Había pensado en el señor Féret para Babilonia; pero como el señor arzobispo de París lo quiere tener para San Nicolás de Chardonnet ², se me ha quejado de que quería quitárselo. Ya le dije que, al no saber a quién dirigirme fuera de la Compañía, había pensado en el padre Gilles; pero no se ha creído oportuno. He son-

1. Nicolás Bagni.

2. Ocupó esta parroquia desde el 7 de septiembre de 1646 hasta el 16 de enero de 1676.

deado entre algunos de los señores de nuestra conferencia; pero no he encontrado ninguno lo bastante decidido y lo bastante adecuado para ello. Sólo me queda por ver al señor Brandon; si éste falla ³, me veré obligado a buscar alguno en la Compañía. Haga el favor de encomendar a Dios este asunto. Cuando acabe la elección dentro o fuera, le pasaré aviso. Entretanto esperaré la memoria que le ha prometido el señor de Montheron sobre este viaje.

Soy...

965 [923,III,155-156]

A JUAN MARTIN

París, 8 marzo 1617

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

La presente es para bendecir a Dios por las gracias que le da en la dirección del seminario y por las buenas disposiciones de su alma, que le hacen obrar con tanta confianza en Nuestro Señor, como se ve en sus cartas que me llenan de admiración. Esta virtud, junto con las de la humildad y la mansedumbre, practicadas con esos buenos eclesiásticos, producirán efectos admirables en sus almas, ya que Dios mismo animará con su espíritu sus palabras y sus ejemplos, dándole su luz y su fuerza. Y finalmente le colmará de sus eternos consuelos. Tal es la oración que le haga postrado ante él, y que le haré durante toda mi vida, va que le quiero con todo afecto y soy en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

3. Brandon no aceptó.

Carta 965 (CF). — Archivo de Turín, original.

966 [924,III,156]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR EN GENOVA ¹

8 marzo 1647.

Me han llegado al mismo tiempo tres cartas tuyas; las he recibido, como todas las tuyas, con alegría y consuelo, y con mucho agradecimiento a Dios por conservarle en medio de tantos trabajos y por bendecir sus esfuerzos, a pesar de los impedimentos que el espíritu maligno se esfuerza en poner. Ya ve usted cómo se lo agradezco todo esto a su infinita bondad y cómo, al ofrecerle los frutos que él realiza por medio de usted, le presento también los deseos y los afectos de su caritativo corazón y su propio corazón por entero, para que lo anegue de las suavidades de su amor; pues, lleno de cariño hacia su persona y de temor de que sucumba a sus penosos trabajos, también me veo obligado a pedir continuamente sobre usted la ayuda divina, aunque mis pecados me hagan temer la ineficacia de mis oraciones.

967 [925,III,157]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

10 marzo [1647] ¹

Padre:

El ajetreo en que usted se encuentra con tanta gente en su casa me impide enviarle la carta del señor des Jonchères, teniendo además algunas otras cosas que tratar con su caridad para que me aconseje.

Carta 966. — Reg. 2.198.

1. El manuscrito de Aviñón presenta como destinatario de esta carta al «padre N., superior de Richelieu»; pero está claro que esta designación procede de una distracción del copista, ya que el registro 2, que sigue de ordinario al manuscrito de Aviñón, dice que va dirigida a Esteban Blatiron, superior de Génova, y varios pasajes serían inexplicables si el destinatario fuera el superior de Richelieu.

Carta 967 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

No creo que lo que dijo mi hijo fuera mal interpretado, ya que, a mi juicio, no se salió de los términos del debido respeto; pero me parece totalmente imposible que se lleve a cabo el asunto sin que su caridad dé su consentimiento; y creo que el retraso sería muy perjudicial para mi hijo, por varias razones que no le puedo escribir. Hay que prepararse para todo lo malo que pueda pasar.

Lo que le indicaba a usted que me habían dicho era para impedir que se siguiera criticando y murmurando contra las costumbres de los que defienden la doctrina sospechosa, y que se había advertido que los de ese partido habían asegurado en la cátedra que no habían entrado en ello más que con espíritu de unión y de caridad, y que no hablaban más que en estos términos.

La señora condesa de Maure me encarga que le hable de un libro que ella le envió a usted, que es la Apología de Jansenio ², para que se lo devuelva. Le envía también éste, como le prometió, para que lo vea.

Si mañana pudiera hablar con usted a cualquier hora, le rogaría muy humildemente que me recibiese, por algunos asuntos necesarios de la Compañía, además del de Nantes, que es el principal.

La hermana Magdalena ³ está mucho mejor, gracias a Dios. y todo va bastante bien por Angers.

Por todas partes cometo faltas. Tengo miedo de que su caridad se olvide de mis necesidades, que me hacen desear más que nunca que crea usted que soy, por la voluntad de Dios, su muy obediente y obligada hija,

L. DE M.

Dirección: Al padre Vicente.

2. Obra publicada por Arnauld en 1644.

3. Magdalena Monget, superiora de las hermanas de Angers,

968 [926,III,158-159]
A MONSEÑOR INGOLI ¹

París, 15 marzo 1647.

Monseñor:

Recibí la carta con la que me quiso honrar Su Señoría Ilustrísima con el respeto y la devoción que Nuestro Señor me da por uno de los preladados de la Iglesia que más trabajan por la extensión del reino de Jesucristo en toda la tierra, y me ofrezco a Dios para obedecerle en la orden que me da Su Señoría Ilustrísima de destinar a alguno de la Compañía para coadjutor de Babilonia. Al no haber ninguno fuera de ella con las cualidades requeridas, que quiera o pueda emprender esta buena obra, destino para ello a uno de los dos asistentes que la Compañía me ha dado para aconsejarme en su dirección ², en quien la divina bondad ha puesto las cualidades requeridas para este santo ministerio, según creo. Le confieso, monseñor, que la privación de esta persona es como si me arrancaran un ojo o me cortaran un brazo; pero la devoción que siento al poder que Nuestro Señor le ha dado a su Iglesia y que reside en la persona del Santo Padre de enviar *ad gentes*, junto con la consiguiente obligación que tienen de obedecerle todos los eclesiásticos de la Iglesia en ese caso, y el pensamiento de que Abrahán aceptó sacrificar a su único hijo y que el Padre eterno nos entregó a su Hijo muy amado, todo esto me ha decidido a destinar a este buen misionero para esa obra y a ofrecerme a mí mismo, si fuera digno de ello.

Esta es, monseñor, nuestra disposición en este asunto, del que espero hablar en cuanto pueda con la reina y con el señor cardenal, para saber la intención de Su Majestad sobre ello; ya le pasaré aviso a Su Señoría Ilustrísima, a la que ofrezco la obediencia de nuestra pequeña Compañía y la mía, pues soy en el amor de Nuestro Señor Jesucristo su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno superior de la congregación de la Misión.

Al pie de la primera página: Monseñor Ingoli.

Carta 968 (CF). — Archivo de Propaganda VI, *Lettere de Francia, Inghilterra, Scozia, Ibernica et India*, 1647, número 145, f.º 81, original.

1. Secretario de Propaganda Fide.

2. Lamberto aux Couteaux. El otro asistente era Antonio Portail.

UN SACERDOTE DE LA MISION A SAN VICENTE

Marsella, 1647.

Acabamos de salir de una misión que hemos tenido durante cinco semanas dedicados al confesionario, al púlpito y a las avenencias entre los vecinos, con tanto éxito y tan gran fruto que puedo decir sin exageración que no es posible desear más. Se han rehabilitado nueve o diez matrimonios clandestinos se han hecho veinticinco o treinta arreglos de procesos, donde se trataba a veces de sumas muy importantes y a veces de cuestiones de honra y hasta de vida; y casi todas se han hecho de buena gana, sin que interviniera un tercero, y hasta algunas en la iglesia públicamente y durante la predicación, con tantos sentimientos y lágrimas que tenía que interrumpirse el predicador. También sucedió que un hombre de condición mediana, llevado de la cólera, respondió con poca discreción a uno de los nuestros acompañando su respuesta con una blasfemia públicamente en la puerta de la iglesia; quince días más tarde, se sintió tan arrepentido que espontáneamente, para satisfacer aquel pecado, se impuso él mismo la penitencia de pagar cien escudos para reparar la iglesia ante la que había proferido aquella blasfemia.

A JUAN MARTIN

París, 15 marzo 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

La presente es solamente para seguir consolándome con usted en el intercambio epistolar. Sus cartas me dan siempre una especial alegría, pues en ellas me parece que veo su corazón, y en él un gran deseo y disposición para amar a Nuestro Señor que, por su parte, no dejará de darle cada vez más participación en

Carta 969. — ABELLY, o.c., II, cap. 1,38.

Carta 970 (CF). — Archivo de Turín, original.

su amor y en sus virtudes, hasta llenar de ellas su alma, es lo que le pediré durante toda mi vida.

No les escribo a los padres Portail y Alméras, porque creo que estarán más cerca de Roma que de Génova en estos momentos. No duda de que se habrá alegrado usted de verlos. Espero noticias de su marcha y de lo que han hecho. Lo que usted pide, que se quede uno de ellos en Génova, no es factible por ahora, no sólo porque tienen que hacer en otras partes, sino porque Dios les concederá a ustedes la gracia de corresponder a los designios de Dios sobre nuestra fundación en ese lugar en que están, como lo han hecho hasta el presente, gracias a Dios. No queremos que la compañía haga ruido y se vea apreciada por su extensión; más propias nos son la humildad y la confusión, y Dios no necesita del favor de los hombres ni de nuestra fama para llamarnos adonde quiera. Le ruego que le encomiende mi alma y que crea que la suya me es muy querida, ya que soy en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

971 [930,III,164]

UN SACERDOTE DE LA MISION A SAN VICENTE

1647.

La misión de Gémozac¹ ha dado muy buenos resultados: siete u ocho herejes han abjurado de sus errores; otros les habrían imitado, si no hubieran tenido los impuestos de los principales del lugar, que son de la religión reformada. Los habitantes que no van a misa por respeto humano querían que el rey les obligase a cumplir con este deber. «Uno de esos convertidos es un anciano, al que habíamos exhortado inútilmente en varias ocasiones; después de haber hecho el último esfuerzo, cuando ya

Carta 971. — ABELLY, *o.c.* II, cap. 1,28.

1. Capital de municipio del distrito de Saintes.

estábamos para partir, al ver que no sacábamos nada de él, se nos ocurrió acudir a la Santísima Virgen y suplicarle que emplease su intercesión para obtener la conversión de aquel pobre descarriado. Con esta intención fuimos a postrarnos de rodillas ante ella y a rezar las letanías; y he aquí que al terminarlas vimos a aquel anciano que venía a confesarnos que reconocía la verdad y que deseaba abjurar de la herejía; así lo realizó ante nosotros y luego hizo confesión general, para comulgar a continuación. Al decirnos adiós, nos rogó insistentemente que lo encomendásemos a las oraciones de todos los católicos».

972 [931,III,164-166]

A CLAUDIO DUFOUR

31 marzo 1647

Doy gracias a Dios, padre, por todas las bendiciones que le concede en sus trabajos de las misiones y de los ordenandos, y le ruego también que bendiga el seminario que usted está comenzando, y que no permita que la tentación que usted siente contra la vocación llegue a turbar la paz de su alma. Sé muy bien que la orden de los cartujos es más perfecta en sí misma; pero no creo que Dios le llame allá, después de haberlo llamado aquí y después de que usted haya respondido y seguido el movimiento de esa llamada, ya que su bondad le ha bendecido aquí con una bendición muy especial y tan grande que, si usted la considera, le afianzará invariablemente en nuestra congregación, sobre todo si se pone usted en la situación en que le gustaría encontrarse en el juicio de Dios. Ponga en una balanza los bienes de la soledad en una parte y los que Nuestro Señor hace y seguirá haciendo cada vez más por usted en otra; ya verá cómo éstos pesan más. Considere también cómo su vida es ahora conforme con la que llevó Nuestro Señor en la tierra, que es ésta su vocación y que la mayor necesidad que hoy tiene la Iglesia es la de obremos que trabajen por apartar a la mayoría de sus hijos de la ignorancia y de los vicios en que están, y que le den buenos

Carta 972. — Reg. 2,291. Encontramos un texto algo diferente en el registro titulado *Recueil de pièces relatives aux Filles de la Charité*, 675 (Archivo de las Hijas de la Caridad).

sacerdotes y buenos pastores, que es lo que el hijo de Dios vino a hacer a este mundo, y ya verá cómo se siente muy feliz de haberse dedicado como él y por él a esta obra tan santa.

Ya sabe usted, padre, que aunque la vida contemplativa es más perfecta que la activa, no lo es más que aquella que comprende a la vez la contemplación y la acción, como es la suya, gracias a Dios. Pero aunque así no fuera, la verdad es que Dios no llama a todo el mundo a las cosas más perfectas. No todos los miembros del cuerpo son cabeza, ni todos los ángeles pertenecen a la primera jerarquía; los de las jerarquías inferiores no querrían ser de las superiores, sino que están contentos donde Dios los ha puesto; y los bienaventurados que tienen menos gloria no sienten envidia de los que tienen más. También nosotros hemos de contentarnos con el estado en que estamos por disposición de la Providencia y en el que Dios nos bendice. Ciertamente, el hijo de una pobre mujer deja a todas las demás madres para agarrarse al pecho de la suya.

Si dice usted que tiene mucho trabajo en la Misión, ¡ay, padre! no hay ninguna condición en el mundo en la que no haya nada que sufrir. ¿Quién no siente dificultades y contradicciones en la mayor parte de las cosas de su estado y no cree que sería más feliz en otra ocupación distinta de la suya? Esté seguro, padre, que se trata en este caso de una artimaña del diablo, para apartarle del bien que hace usted por la Iglesia. Su astucia consiste en tentar a los hombres de bien con una mayor perfección, para hacerles dejar aquella en la que Dios los quiere. Así pues, quédese tranquilamente en su estado *et ambula vocatione qua vocatus es*¹ *et noli flectere ad dexteram neque ad sinistram*² y esté seguro de que su vocación logrará su justificación y finalmente su glorificación. Dígame si hay que hacer algo para ayudarle más dentro de casa; si alguno de los nuestros estorba su descanso, le enviaremos a otro en su lugar. Le ruego que haga una hora de oración sobre lo que le he dicho y que me diga los sentimientos que Dios le inspire; no se olvide de rezar por mí, para que Dios se digne tener misericordia de mi pobre alma.

Soy en el amor...

1. Ef 4, 1.

2. 2 Cron 34, 2.

A UN SUPERIOR ¹

9 abril 1647.

Hace cinco o seis meses que recibí dos paquetes de cartas tuyas y hace poco que he recibido otra. No contesté a las primeras porque no sabía qué decirle a tantas cosas como usted me proponía. El aprecio que siempre he sentido de su piedad me obliga a respetar todo lo que usted me dice y me escribe, de forma que leí esos dos paquetes de rodillas, en presencia del santísimo Sacramento, y pedí a Dios que me diera la gracia de reconocer si las cosas que usted me decía venían de él y, si así fuera, las fuerzas para abrazarlas. Pero le confieso, padre, que, si es así mis pecados me han hecho indigno de conocerlo; por el contrario, me parece que echaríamos a perder el poco bien que Dios quiere que hagamos con los eclesiásticos, siendo evidente que donde las cosas están de la forma que usted las propone, no hay ninguna diferencia entre tales eclesiásticos y los becarios de los colegios. Ya lo hemos intentado de varias maneras, pero la experiencia nos ha demostrado que la manera que hemos adoptado es la que da mejores resultados.

Tenemos sesenta sacerdotes en el colegio de Bons-Enfants, cuarenta seminaristas menores en el seminario de San Carlos treinta eclesiásticos en el seminario de Cahors, de los que me dice el señor obispo que está muy contento, gracias a Dios. Hay ocho en Annecy, que también empiezan bien, y otros tantos en Le Mans, más doce o quince en Saint-Méen. Estos pequeños ensayos nos hacen esperar que Nuestro Señor bendecirá su obra, si le parece bien a su misericordia no tener en cuenta las abominaciones de mi vida.

Me atrevo a decirle, padre, que lo que más me hace desconfiar de su opinión es el espíritu de crítica e injurioso que allí aparece y que me parece muy lejano de la verdadera caridad, de la que

Carta 973. — Reg. 2,293.

1. El superior a quien va dirigida esta carta era probablemente superior de un seminario. Pues bien, entre los superiores de los seis seminarios que tenía entonces confiados la congregación de la Misión fuera de París, sólo conocemos a Bernardo Codoing, entonces en Saint-Méen, con ideas parecidas a las que aquí critica san Vicente.

tenemos un cuadro tan maravilloso en el bienaventurado obispo de Ginebra.

No crea usted, padre, que me molesta lo que dice de mí, ni mucho menos; sino solamente lo que dice usted de los responsables de la Iglesia en general y de varios en particular, lo cual está directamente en contra de la segunda condición de la caridad, que es la benignidad. Además, padre, ¿es que le ha revelado Nuestro Señor esas ideas que usted propone?

974 [933,III,168-169]

**A FRANCISCO ADHEMAR DE MONTEIL,
ARZOBISPO DE ARLES ¹**

[1647] ¹

Monseñor:

Como Dios me ha dado para con usted una total y perpetua obediencia, me siento obligado a renovarle de vez en cuando mis ofrecimientos. Así lo hice hace unos días ² cuando, en respuesta a la suya, le aseguraba que intercedería de buena gana para obtener de la reina un orden para la reforma de San Cesáreo. Y vuelvo a hacerlo en esta ocasión, monseñor, con toda la reverencia debida, suplicándole que los acepte, ya que con ellos acompaño la carta que Su Majestad le escribe a propósito de dicha reforma. Necesariamente tendrá que estar bien, ya que es del estilo del señor de Verthamon ³.

En nombre de Dios, monseñor, use en todas las ocasiones del poder que tiene sobre mí, que soy en su sagrado amor, su...

Carta 974. — *Lettres et Conférences de Saint Vincent de Paul (Supplément)*, 526, Carta 3133

1. Véase la nota 2.

2. En carta del 29 de febrero de 1647, n. 962.

3. Quizás Antonio de Verthamon, arcediano de la iglesia metropolitana de París, canónigo de la iglesia de Cahors, consejero eclesiástico del rey en su parlamento.

975 [934,III,169]

**JULIAN GUERIN, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

[Túnez, entre 1645 y mayo de 1648] ¹

Se sentiría usted entusiasmado al escuchar, los domingos y días de fiesta, cantar en nuestras iglesias y capillas el Exaudiat y las demás oraciones por el rey de Francia, por el que los mismos extranjeros demuestran mucho respeto y afecto; así como también al ver con qué devoción ofrecen estos pobres cautivos sus oraciones por todos sus bienhechores, que en su mayoría reconocen que están en Francia o provienen de Francia; y no es pequeño motivo de consuelo ver aquí a casi toda clase de naciones en medio de hierros y de cadenas rezando a Dios por los franceses.

976 [935,III,169-170]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Entre 1642 y 1649] ¹

Padre:

Le suplico muy humildemente que haga el favor de decirme si se podrá tener mañana miércoles la reunión de las hermanas, para que pueda avisarlas, lo mismo que a las de Issy y Fontenay ²

La señorita de Lamoignon desea que le pregunte cuándo podrá descargar por entero su corazón en usted y cuándo puede ir a verle, pero no desea que lo sepan en su casa. Ya le avisaré yo, si me hace usted el favor de decírmelo. Le gustaría que fuese lo antes posible.

Carta 975. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 122.

1. Duración de la estancia de Julián Guérin en Túnez.

Carta 976 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Esta carta fue escrita después de la fundación de las casas de Issy y de Fontenay-aux-Roses (1642) y antes de que se cerrara la casa de Issy (1649).

2. Estas dos localidades se encuentran en los alrededores de París.

Le pido su santa bendición, ya que soy su muy humilde y obligada hija y servidora.

L. DE M.

Martes.

Dirección: Al padre Vicente.

977 [936,III,170]

A LUISA DE MARILLAC

[Entre 1642 y 1649] ¹

Haga el favor de avisar para la reunión de mañana, después de comer, si le parece bien, y a la señorita de Lamoignon avísele para esta tarde a las seis; pero me sería más cómodo que fuese para la una del mediodía de hoy.

978 [937,III,170-172]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Día de pascua [21 abril 1647] ¹

Padre:

He creído necesario que viera usted esta carta del señor de Annemont antes de que las hermanas partan para Nantes. Dos cosas creo que debe usted indicarme. si será necesario comunicar que pensamos cambiar a la hermana Catalina ² a los señores de Jonchères y de Annemont, e incluso a la señorita de la Carisière; o bien, si las cosas quedan en calma, si sería más oportuno enviar a la hermana Isabel ³, que sigue enferma, como verá usted; o bien, si convendrá dejar que arregle este cambio la

Carta 977 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Esta carta contesta a la anterior, san Vicente la escribió a continuación de la misma.

Carta 978 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Catalina Bagard.

3. Isabel Martin, superiora de Nantes.

hermana Juana ⁴ según lo que usted le indique. Otra cosa que creo necesaria y de mucha utilidad es que su caridad haga el favor de escribir una carta a todas nuestras hermanas, si lo cree conveniente, para mostrarles que está un poco descontento y para animarlas más.

La verdad es, mi venerado padre, que esta pobre Compañía sufre mucho bajo mi mal gobierno; por eso creo que pronto la libraré Dios de esta desgracia, que es un obstáculo tan grande para la perfección de su obra. Tengo muchos motivos para tener miedo de morir en mi obstinación, si no me ayuda su caridad.

¿No podremos tener estas fiestas la dicha de tener una conferencia para acabar la instrucción sobre los deberes de las hermanas sometidas a las hermanas sirvientes y sobre la conducta y paciencia de las hermanas sirvientes con las que están sometidas a ellas? ⁵ Me parece que, si se entiende y se cumple bien esto, se acabaría con todos los pequeños desórdenes de la Compañía, lo mismo que si tuviéramos nuestros pequeños reglamentos para leerlos de vez en cuando a la Compañía ⁶.

Me ha encargado una señora que me informase si sería posible encontrar cincuenta arpentas de tierra que vender entre la casa donde residen los niños expósitos ⁷ y La Chapelle, y le he

4. Juana Lepeintre. Unos días más tarde fue nombrada superiora de las hermanas de Nantes.

5. San Vicente había tratado este tema el 2 de febrero anterior en una conferencia que conservamos.

6. Los reglamentos o estatutos de la compañía, aprobados el 20 de noviembre por Juan Francisco Pablo de Gondí, coadjutor, en nombre de su tío, el arzobispo de París. San Vicente los leyó a las hermanas durante la conferencia que les dio el 30 de mayo de 1647. ¿A qué se debe esta demora de seis meses que, por lo visto, se habría prolongado sin las instancias de Luisa de Marillac? No creemos que haya que achacárselo, al menos exclusivamente, a las excesivas ocupaciones del santo, ya que encontró tiempo para reunir a las hermanas el 2 de febrero. Puede ser que durante algún tiempo nutriera esperanzas de obtener ciertas modificaciones de detalle; o quizás el documento pontificio sólo se le comunicó varios meses después de la fecha de aprobación.

7. El hospicio de niños expósitos daba a la calle del Faubourg SaintDenis, frente al recinto de San Lázaro, cerca del lugar ocupado actualmente por la estación del norte. El boulevard de La Chapelle, situado un poco más abajo, sigue los límites de lo que entonces era la aldea de ese nombre.

propuesto la casa de ustedes por la parte de los recoletos ⁸, *creyendo que podría encontrarse cerca de las tierras que ella desea, incluyendo la casa. Le suplica muy humildemente que, si cree usted la cosa factible, haga el favor de decírmelo por medio del hermano Ducournau* ⁹, *ya que esta señora tiene que enviar, después de estas fiestas, a un hombre para visitar el lugar.*

¿Querrá su caridad acordarse de la señora condesa de Maure para mi hijo, dado que el otro asunto se presenta feo? Me parece que usted no hace otra cosa más que oír hablar de este asunto. ¡Dios mío! ¡Cuánto me hace sufrir mi orgullo en todo esto y qué tranquila me quedaría si me librara de ello! No lo ha permitido la santa voluntad de Dios. Sea bendito para siempre por todo, sobre todo porque me concede el honor de ser su muy obediente hija y obligada servidora.

LUISA DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

8. Dicho convento ha dado su nombre a la calle actual de Récollets; se convirtió luego en el hospital militar de san Martín.

9. Beltrán Ducournau, nacido en 1614 en Amou (Landes), entró en la congregación de la Misión el 28 de julio de 1644 como hermano coadjutor, e hizo los votos el 9 de octubre de 1646. Como tenía una letra elegante, un carácter juicioso, una inteligencia despejada y cierta experiencia en los negocios por las diversas situaciones con que había tropezado en el mundo, san Vicente lo escogió como secretario. Entre las cartas que conservamos del santo, la primera que escribió el hermano Ducournau va dirigida a Santiago Chiroye, con fecha del 3 de mayo de 1645. Por su abnegación, su experiencia y su amor al trabajo, este buen hermano rindió inapreciables servicios al santo y a la congregación. Anteriormente vimos cómo se arregló para arrancarle a la humildad del santo los originales de sus dos primeras cartas. Quizá fue el que mejor comprendió en San Lázaro lo que el santo habría de ser para la posteridad. Guardaba la minuta de sus cartas y copiaba o mandaba sacar copias de sus charlas con los misioneros. Puede decirse que, por la preparación de los materiales y por sus notas personales, contribuyó más que el propio ABELLY a la primera biografía de san Vicente. Tras la muerte del santo, siguió siendo secretario del superior general y archivero de la casa. Murió en París el 3 de enero de 1677. Su ayudante en la secretaría, el hermano Chollier escribió su vida, que se encuentra en el tomo primero de *Notices*, 377 s.

A CLAUDIO DUFOUR, SUPERIOR, EN SAINTES

23 abril 1647.

Le agradezco muy humildemente la confianza que me demuestra, al pedir mi consejo sobre la idea que usted tiene de entrar en los Cartujos. Le diré con toda sencillez lo que me gustaría haberle aconsejado en la hora de mi muerte, que es que camine usted en la vocación a la que Dios ha querido llamarle, sin escuchar en adelante las sugerencias del espíritu enemigo en contra de la perseverancia final en el bien comenzado, ya que su plan es apartarle de donde Dios le ha puesto, con el pretexto de una mayor seguridad en su salvación, para que usted caiga en un peligro mayor de conseguirla, ya que, si le saca del sitio en que está, le impedirá luego entrar en donde usted pretende, o bien hará que usted salga después de haber entrado. Me han dicho que hay cien jesuitas en París, que han salido del seno de su santa madre, con el pretexto de obrar maravillas en otra parte, y la mayor parte de ellos son un escándalo y están en grave peligro de perderse.

En nombre de Dios, padre, manténgase firme en el estado en que le ha puesto Nuestro Señor y rechace el pensamiento contrario como enemigo de los designios eternos de Dios sobre usted y sobre tantas almas como su divina Majestad desea salvar por su medio. Y si no le agrada seguir en Saintes y continuar con ese cargo, haga el favor de decírmelo y le destinaremos a otra parte.

Le digo expresamente, padre, que me pongo en manos de Dios para responder a su divina Majestad, por usted y por mí, del consejo que le doy. Entretanto ruego a Nuestro Señor que le haga ver la malicia de esta tentación, tal como a mí me parece verla, pues tiende ciertamente a hacerle perder lo cierto por lo incierto y le hace tomar la opinión por la inspiración y el cansancio por solicitud.

A LAS HIJAS DE LA CARIDAD DEL HOSPITAL DE NANTES.

Orsigny, a cuatro leguas de París, 24 abril 1647.

Mis queridas hermanas:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Siempre pienso con gran consuelo en vosotras y en la dicha que tenéis de ser Hijas de la Caridad y de trabajar las primeras en ese lugar en que estáis para asistir a los pobres. Pero cuando oigo decir que vivís como verdaderas hijas de Dios, esto es, como verdaderas hijas de la Caridad, aumenta mi consuelo hasta el punto de que sólo Dios os lo podría dar a conocer. Seguid queridas hermanas, perfeccionándoos cada vez más en vuestro santo estado. Son éstas las razones que os deben mover a ello.

En primer lugar, la santidad de vuestro estado, que consiste en ser verdaderas hijas de Dios, esposas de su Hijo y verdaderas madres de los pobres; y ese estado, mis queridas hermanas, es tan grande que el entendimiento humano no puede concebir nada mayor en una pura criatura sobre la tierra.

La segunda razón es que, para elevaros a esta dicha, Dios os ha sacado de la masa corrompida del mundo.

La tercera es la fidelidad que habéis manifestado al corresponder a la santa inspiración que Nuestro Señor os ha dado al llamaros a ella, el ardor con que se lo pedisteis en el momento de ser recibidas, las resoluciones que entonces tomasteis de vivir y de morir santamente en esta vida.

En cuarto lugar, mis queridas hijas, la bendición que Dios ha querido dar a vuestros ejercicios de devoción y a vuestra asis-

Carta 980. — Archivo de las Hijas de la Caridad, copia sacada por la hermana Hellot. Esta carta, escrita a petición de Luisa de Marillac y siguiendo las observaciones presentadas por el señor de Annemont, bienhechor de las hermanas (cf. *Lettres de Louise de Marillac*, carta 173), fue enviada por la fundadora que quiso también añadir unas palabras suyas y dar unos consejos; les decía: «Hermanas mías, la dulzura del estilo de esta carta, el recuerdo de las gracias que Dios les ha hecho a ustedes y a nosotros y las instrucciones que su caridad (la del padre Vicente) nos da con tanto cariño, me han conmovido tanto que me siento incapaz de indicárselo, acordándome de que Dios nos ha recordado muchas veces por él nuestras obligaciones, olvidando nuestras faltas y defectos, sin dejar jamás de animarnos y exhortarnos y demostrándonos un afecto paternal».

tencia a los pobres; tantos buenos ejemplos como habéis dado dentro de casa; tantas buenas muchachas a las que habéis atraído, que viven allí santamente; tantos buenos enfermos a los que habéis conducido al buen camino; tantos otros a los que habéis reconciliado con Dios con vuestros buenos consejos durante su enfermedad; y tantos y tantos otros que son ahora bienaventurados en el cielo y rezan incesantemente por la santificación de vuestras queridas almas. Estas son, mis queridas hermanas, otras tantas razones entre otras muchísimas que no podrían caber en varias hojas de papel, y que os tienen que animar cada vez más a perseverar y a perfeccionaros en vuestra santa vocación.

Me parece, mis queridas hermanas, que todas estáis de acuerdo en quererlo así, pero que os sentís agitadas por una infinidad de tentaciones que os oprimen. A esto respondo, mis queridas hermanas, que es Dios el que os envía o permite que os vengan esas tentaciones por las mismas razones que permitió y envió a su Hijo las que él sufrió, esto es, para que diera pruebas de su amor infinito a la gloria de su Padre y a la santificación de la Iglesia.

Sí, me diréis quizás; pero creemos que tantas otras almas buenas que están en el mundo)T en las congregaciones religiosas, e incluso en nuestra comunidad, no se ven tan afligidas interiormente hasta el punto en que nosotras nos vemos. Pues bien, os responderé que no hay ningún alma en la tierra que haga profesión de entregarse por entero a Dios y a sus pobres miembros, que no sufra tantas penas interiores y exteriores como vosotras, ya que se trata de un decreto dado por Dios, no contra, sino en favor de las almas buenas y santas, de que todas ellas tendrán que sufrir tentación y persecución.

Pase, me diréis, que a veces venga la tentación, pero resulta insoportable que venga siempre, en todas partes, y por medio de casi todas las personas entre las que nos toca vivir. Queridas hermanas, es voluntad de Dios que esas benditas almas de elección, a las que quiere, se vean tentadas y afligidas todos los días; y esto es lo que quiere decir y a lo que nos exhorta cuando dice en el evangelio que los que quieran ir en pos de él, tienen que renunciarse a sí mismos y llevar la cruz ¹, esto es, que sufran

1. Mt 16, 24.

aflicciones, todos los días. Medid bien estas palabras, queridas hermanas: *todos los días*.

Me diréis: ya lo soporto todo esto de las personas extrañas; pero ¡que esto venga de mis propias hermanas, que deberían servirme de aliento y que me sirven de aflicción, y esto en todo lo que dicen, en todo lo que hacen y dejan de hacer!

¡Ay, mis queridas hermanas, ¿quiénes nos pueden hacer sufrir más que aquellos con quienes estamos? ¿Serán acaso las personas lejanas, a las que no hemos visto ni veremos jamás? ¿Quién hace sufrir a un miembro del cuerpo, a no ser otro miembro del mismo? ¿Quién hizo sufrir a Nuestro Señor, sino sus apóstoles, sus discípulos y los hombres entre los que vivía, que eran el pueblo de Dios? Un buen hombre, al confesarse un día, le decía a su confesor cuando éste le preguntaba cómo empleaba las aflicciones que recibía por parte del prójimo: «¡Ay, padre! No tengo ningún sufrimiento de parte suya. Desde que murieron mi mujer y mis hijos, estoy solo y no puedo enfadarme con nadie, aunque quisiera». Esto es para que veáis, mis queridas hermanas, cómo nuestras cruces de cada día sólo nos pueden venir de personas con quienes vivimos.

Bien, me diréis, yo soporto mejor las penas que me vienen de las demás hermanas que las que proceden de la hermana sirviente ², de su frialdad, de su mal genio, de su taciturnidad, de que nunca me dice una palabra amable, sino que, cuando me habla, lo hace siempre con palabras secas y quejumbrosas; es lo que no puedo soportar y lo que me obliga a buscar el consuelo entre las demás hermanas que sufren como yo, y me hace charlar todo el tiempo que puedo con el confesor y decirle mis preocupaciones a las personas de fuera.

A esto respondo, mi querida hermana, que es ésta una señal de que somos muy débiles y enfermos, ya que necesitamos que nos halaguen los superiores en todo lo que nos dicen u ordenan; pues bien, una Hija de la Caridad debe estar tan lejos de considerar como provechosas estas caricias que, por el contrario, debería pensar más bien que, cuando la hermana sirviente la trata con mimos, es porque la trata como niña o como enferma. Nues-

2. Isabel Martin. Su naturaleza enfermiza era sin duda la causa principal de los desórdenes que se habían introducido en la pequeña comunidad de Nantes

tro Señor gobernaba a los suyos de una forma firme y seca y a veces con palabras duras y aparentemente injuriosas, hasta tratar a algunos de hipócritas y a otros de Satanás, y otra vez tomó cuerdas y golpeó a los que vendían a la puerta del templo y, lo que es más, sólo les predijo males y aflicciones para el futuro. Así pues, ¡querramos nosotros que nos halaguen los superiores y nos apartemos de ellos, como aquel desventurado que traicionó a Nuestro Señor, para formar bando aparte con los que están descontentos y con los confesores! ¡Oh, Jesús, mis queridísimas hermanas! ¡Que Dios les guarde!

Me parece, mis queridas hermanas, que me decís que no habéis caído en ese desgraciado estado, gracias a Dios, o que me pedís algunos consejos para apartaros de él, si habéis caído, y para reuniros con la que manda y con cada una de las hermanas de su familia y, por consiguiente, con Nuestro Señor, que no admite ninguna unión con él si no se tiene con los que le representan y con sus miembros. Si no habéis caído en ese lamentable estado, le doy gracias a Dios y celebraré la misa para agradecersele; pero, si habéis caído, éstos son los medios para apartaros de ello, por la misericordia de Dios, que le pediré en la santa misa que celebraré para conseguirlo de su misericordia.

El primer medio es que hagáis la oración dos o tres veces sobre lo que os he escrito, primero sobre la primera parte de esta carta, luego sobre la segunda, finalmente sobre la tercera.

El segundo medio es que os confeséis todas con el padre des Jonchères de todas las faltas que hayáis cometido en esto, no sólo desde vuestra última confesión, sino desde que estáis en Nantes, decididas a seguir los buenos consejos que os dé y a cumplirlos.

El tercero es que os deis todas un abrazo después de la comunión y os pidáis mutuamente perdón y os entreguéis unas a otras el corazón.

El cuarto, que todos los meses, durante un año, hagáis la oración sobre este tema.

El quinto, que no sigáis los movimientos de vuestro afecto de simpatía para tratar con alguna hermana en especial, sino que huyáis más bien del trato con aquellas a las que os sintáis más inclinadas, para uniros más a las otras.

El sexto, que no habléis con vuestro confesor más que en el confesonario, a no ser un par de palabras para lo que sea necesario, obrando entonces como obran las hermanas de vuestra casa de París con sus confesores de San Lázaro.

El séptimo, que cada una me escriba los sentimientos que Dios le dé después de esas tres meditaciones y de la confesión y comunión que hagáis por este motivo, como os he dicho.

El octavo, que la superiora le escriba todos los meses a la señorita Le Gras diciéndole cómo va progresando su familia en estas prácticas.

Y el último medio es que todos los meses tengáis con el señor des Jonchères la comunicación interior, sobre todo en lo que se refiere a los defectos contra lo que hemos dicho.

Estas son, mis queridas hermanas, mis pobres ideas sobre el motivo que tenéis para alabar a Dios por vuestra vocación, para perseverar y progresar en ella, acordándoos de los defectos en que puede caer una familia de la Caridad en una nueva fundación y de los medios para remediarlos. Les suplico muy humildemente, mis queridas hermanas, que acepten todo lo que les he dicho por amor a Nuestro Señor, en el que soy de todas ustedes su muy humilde servidor ³,

VICENTE DEPAUL
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: A nuestras queridas hermana, las Hijas de la Caridad siervas de los pobres enfermos del hospital de Nantes.

981 [940,180-181]
**SANTIAGO LESCOT, OBISPO DE CHARTRES,
A SAN VICENTE**

1647.

No puedo recibir una noticia más grata ni más provechosa que la que usted me da, de que desea que continúen las misio-

3. Lamberto aux Couteaux y sor Juana Lepeintre fueron a hacer la visita al hospital de Nantes; ésta se quedó allí de superiora, en lugar de sor Isabel Martin, que se marchó al hospital de Richelieu.

Carta 981. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 2.

nes en mi diócesis, si me parece oportuno. No hay ninguna diócesis en Francia de la que pueda usted disponer más libremente; y no sé si habrá alguna en la que las misiones puedan ser más útiles y necesaria, al ver la extraña ignorancia que observo en mis visitas y que me da miedo. No quiero decidir nada sobre el tiempo, el lugar y las circunstancias; lo dejo todo en sus manos, diciéndole lo que decía Abrahán: Ecce universa coram te sunt ¹. Soy de verdad y con todo el corazón, su...

982 [941,III,181-182]

A JUAN MARTIN

Orsigny, a 4 leguas de París, 26 abril 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Tengo pocas cosas que decirle, pues hace cuatro o cinco días que me encuentro en el campo; es sólo para asegurarle que en cualquier parte en que me halle, le recuerdo siempre con afecto y que mi corazón es totalmente suyo. Dios sabe con cuánto afecto le pido por usted y con qué consuelo le ofrezco su persona, al saber hasta qué punto está usted entregado a él y con cuánta fidelidad responde a sus designios eternos.

Cuídese bien y salude cordialmente de mi parte al padre Richard y al h[ermano] Sebastián.

Ya le dije que envié su carta a su señora madre; si ella ha enviado a casa su respuesta, luego se la enviaré.

Me han dicho que su hermano se ha marchado a Toulouse con el señor arzobispo y que todavía sigue con él.

Dios nos dé la gracia de permanecer continuamente en amor, en el que soy su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

1. Gen. 13, 9.

Carta 982 (CF). — Archivo de Turín, original.

A JUAN DEHORGNY, SUPERIOR, EN ROMA

2 de mayo 1647

Como puede usted imaginarse, no busco más que la voluntad de Dios en el asunto de Persia. Ya le dije por escrito todos los detalles. He hecho todo lo que he podido por tener algún externo para el obispado de Babilonia, que nos han ofrecido, pero nadie quiere aceptar o no puede hacerlo, por sus disposiciones, o por su condición, o por la situación de sus asuntos. Esta obra me parece muy importante para la gloria de Dios. Nos llama para allá el Papa, que es el único que puede enviar *ad gentes*, y al que es obligatorio obedecer. Yo me siento interiormente inclinado a hacerlo, ante la idea de que sería en vano ese poder que Dios le ha dado a su Iglesia de enviar a anunciar el evangelio por toda la tierra, y que reside en la persona de su jefe, si sus miembros no estuvieran obligados por su parte a ir adonde se les envíe a trabajar por la extensión del imperio de Jesucristo. Además (puede ser que me engañe) tengo mucho miedo de que Dios permita la aniquilación de la Iglesia en Europa, por culpa de nuestras costumbres corrompidas, de tantas y tan diversas opiniones que vemos surgir por todas partes y del escaso progreso que realizan los que se esfuerzan por remediar todos estos males. Las nuevas opiniones causan tal estrago que parece como si la mitad del mundo estuviera metido en ellas; y es de temer que, si se elevase algún partido en el reino, emprendería la protección de las mismas. ¡Qué no hemos de temer ante ello, padre, Y qué no hemos de hacer por salvar a la esposa de Jesucristo dé este naufragio! Si no podemos hacer todo lo que hizo Noé por la salvación del género humano en el diluvio universal, contribuiremos al menos con los medios que Dios quiera emplear para la conservación de su Iglesia, poniendo nuestro óbolo en el cepillo, lo mismo que la pobre viuda del evangelio. Y aunque estuviera engañado, como deseo esperar por la misericordia de Dios, que parece como si fuera a destruir para salvar luego mejor, haremos un sacrificio a Dios, como Abrahán que, en lugar de Isaac, sacrificó un carnero, ignorante del fin que le estaba destinado al primero para tener el último.

Carta 983. — Reg. 2,74.

Estos motivos y muchos otros me han resuelto a emprender esta santa empresa, pasando por encima de la consideración de los pocos obremos que somos y de la necesidad que aquí tenemos de la persona a la que destinamos para aquel lugar. Y lo que más me decide a pesar de esta dificultad es el pensamiento del sacrificio que Abrahán se proponía hacer de su hijo, aunque no tuviera ningún otro y supiera que Dios lo había destinado para que fuera el tronco de las bendiciones de su pueblo.

También he pasado por encima del peligro que hay en que este ejemplo dé pie a algunas personas de la Compañía para ambicionar prelaturas, creyendo que la distancia del lugar de que se trata, los peligros que se corren al ir y al residir allí, y la humildad apostólica con que podrá comportarse el destinado para esto, que será como la de los obispos de Irlanda, quitarán las ganas de ambicionar estos cargos, aparte de otros inconvenientes.

Se dirá quizás que, si el obispo no se va a aquel país *in magnis*, la corte de aquel monarca, los cristianos y los religiosos no le apreciarán mucho y que no alcanzará la autoridad que Su Santidad desea para poder negociar con las facultades requeridas la alianza entre el rey de Francia y aquel príncipe contra el enemigo común de los cristianos. A esto respondo que suplirá con su virtud la falta de ese boato y de ese estado pomposo, y que los obispos armenos que hay allí y que no aparentan ser, como tampoco su patriarca, más que como los simples sacerdotes de aquí, no sentirán tanta aversión contra nuestro obispo, como si lo vieran majestuoso, tanto porque Nuestro Señor y los santos apóstoles renunciaron e hicieron renunciar a los cristianos a la pompa, como porque es casi natural que los cristianos comparen ese estado pomposo con el de Jesucristo, humillado, y se escandalicen.

Es verdad que he pensado en el padre Lamberto para este cargo; pero todavía no me he decidido; y aunque le he hablado de este plan en general y le he pedido su consejo para esto y él se ha ofrecido muchas veces a ir hasta el fin del mundo, nunca le he dicho que pensaba enviarlo allá y no sabe nada todavía.

Para sus gastos, este obispado tiene novecientos escudos de renta. Y para que el antiguo obispo, que goza de ella sin residir en su sede, ceda la mitad a su sucesor, se le darán por otra parte

1.300 ó 1.400 libras de beneficio como pensión vitalicia, para privarle de esa mitad.

Así están las cosas. Sin embargo, suspenderé la decisión hasta saber lo que usted me escribe sobre ello, a fin de [atender] ¹ a sus razones, si son mejores que las mías.

984 [943,III,185-186]

A JUAN MARTIN

París, 3 mayo 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le doy gracias a Dios por la bendición que le ha dado a la misión de Quarto ¹, y a usted por la ayuda que le ha prestado en esa misión al buen padre Blatiron, que se muestra muy contento y agradecido de ella. Está ahora de regreso en Génova, y allí podrá atenderle usted de otra manera, haciéndole descansar todo el tiempo que sea posible. Estoy seguro de que así lo hará él también con usted, ya que me dice que tiene miedo de que le haga sucumbir a usted el trabajo. Yo también temo lo mismo y esto me obliga a rezar y a mandar rezar por su salud, que le ruego cuide de la mejor manera posible. Espero que los padres Portail y Alméras, al ver la necesidad que ustedes tienen de ayuda, apresurarán la marcha del que les tiene que enviar el padre Dehorgny. Ya hace tiempo que se lo rogué y se lo sigo diciendo hoy, para contribuir con lo que pueda a aliviarles a ustedes. ¡Ojalá pudiera hacerlo yo personalmente! Iría a juntarme de buena gana con ustedes para participar en la dicha que tienen de poder dedicarse continuamente al ejercicio del amor divino ² ¡Ojalá llegue a gustar su corazón las dulzuras del de Nuestro Señor! Le

Palabra olvidada en el reg. 2.

Carta 984 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Quarto al Mare, aldea situada a dos kilómetros de Génova.

2. San Vicente añadió entre líneas esta palabra de su mano.

ruego que le llene de ellas, para comunicárselas a todas las personas a quienes sirve.

Por mi parte, soy todo en él su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

985 [944,III,186-187]

**ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR EN GENOVA,
A SAN VICENTE**

6 mayo 1647

Ya hemos regresado de la misión de... Comprendía cinco parroquias, aparte de la asistencia de otras vecinas. Ha habido un gran número de conversiones y confesiones generales, a pesar de la dureza del pueblo, que era muy difícil de conmover, hasta el punto de que casi nos fallaron los ánimos al comienzo. Pero Nuestro Señor quiso consolarnos al final de la misión, tocando estos corazones endurecidos y derramando sobre ellos gracias tan abundantes que los que al comienzo no querían escucharnos, al final de la misión no querían separarse de nosotros. De modo que el día de nuestra partida, al ir a la iglesia a recibir la bendición del señor párroco, acudió todo el pueblo a la iglesia y se puso a llorar y a gritar Misericordia, como si marchándonos les hubiéramos quitado la vida; por eso nos costó mucho escapar de allí.

Hay muchos de la nobleza de la ciudad de Génova que han venido aquí para asistir a los actos de la misión, quedando muy edificados. El señor cardenal arzobispo de Génova¹ ha venido a dar la confirmación; luego, cuando estaba comiendo con los misioneros y algunos señores que le acompañaban, le envió un obsequio cierto señor de aquellas tierras, pero él se excusó de aceptarlo, diciendo que los misioneros tenían como regla no recibir nada durante la misión, y lo despidió.

Carta 985. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 70.

1. El cardenal Durazzo.

986 [945,III,187-188]

**A JUAN DEHORGNY, SACERDOTE DE LA MISION,
EN ROMA**

9 mayo 1647.

Confieso que los cargos de superiores de nuestras casas no se cumplen bien; pero esté seguro de que es esto lo que de ordinario les ocurre a las Compañías que nacen y que la de los jesuitas, aparte de los nueve primeros padres y algunos otros, se encontraba en un estado semejante al principio. La gracia imita a la naturaleza en muchas cosas, haciéndolas nacer feas y poco agradables; pero con el tiempo las va perfeccionando. ¿Quién habría dicho que la escasa ciencia, la pobreza material y la condición rústica de los prelados del primer siglo de la Iglesia hubiera llegado adonde llegó? ¿Y quién habría pensado que nuestra ruin Compañía, que no es más que el aborto de las demás de la Iglesia, lograra hacer lo que Dios ha querido que haga, no sólo en Francia, sino en países extranjeros? Es un efecto admirable de la bendición que Nuestro Señor les da a nuestros misioneros de Irlanda, de Génova, de Túnez y de Argel. Pues bien, como esto se ha hecho por la gracia que Dios le ha dado a la misma Compañía, tenemos motivos para esperar que su divina bondad le dará también los sujetos necesarios para gobernarla. Si es así, no hemos de juzgar de los designios de Dios sobre ella según los razonamientos humanos, a pesar de que nuestros espíritus mezquinos nos inclinan a ello.

987 [946,III,188-189]

A RENATO ALMERAS

París, 10 mayo 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le doy las gracias a Dios de que haya llegado usted con perfecta salud y le ruego que le dé su espíritu de gobierno para el de la Compañía de ese lugar. ¡Ay, padre! ¡Cuánto deseo que esté

Carta 986. — Reg. 2,27.

Carta 987. — Colección del proceso de beatificación

lejos de las máximas del mundo y totalmente abandonado en manos de la providencia de Dios! Cuando a veces pienso en el gobierno de esta humilde Compañía, siento un consuelo muy sensible al ver que ha procurado seguir a esa misma providencia en toda su humilde conducta, de forma que no se apoya ya en esos medios humanos, que no son más que cañas; puedo decirle, padre, que ése creo precisamente que es nuestro peligro; y si la Compañía me cree, nunca obrará de otra manera. ¡Ay, padre! ¡Qué felicidad no querer más que lo que Dios quiere, no hacer más que lo que la Providencia nos va señalando en cada ocasión, y no tener nada más que lo que nos dé su providencia!

El espíritu humano le dirá que las cosas no son en Roma lo mismo que en otras partes, que hay que intrigar, que hay que darse importancia, que hay que distinguirse, que hay que obrar humanamente con los humanos y servirse con ellos de los medios humanos. No lo crea así, padre; todas esas máximas no sirven para una Compañía que Nuestro Señor ha suscitado, a la que anima con sus máximas y que pretende obrar según su espíritu. Lo que le digo parece paradójico: pero esté seguro, padre, de que la experiencia se lo demostrará así.

Le escribo al padre Dehorgny y le ruego que se quede este verano con usted, para ayudarle con su asistencia. Le ruego, padre, que tenga confianza en él, como también en los buenos consejos que le deje el padre Portail. ¿Pero qué digo? Hago mal en hacerle este ruego, pues sé que, gracias a Dios, es ése su espíritu.

Me gustaría decirle más cosas; pero hace ya casi una hora que me está esperando abajo el señor obispo de Calcedonia ¹; por eso acabaré encomendándome, postrado en espíritu a sus pies y a los de la Compañía, a quien, como usted, su divina bondad me ha dado la dicha de ser humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Alméras, superior de los sacerdotes de la Misión. en Roma.

1. Ricardo Smith, obispo *in partibus* de Calcedonia, antiguo vicario apostólico en Inglaterra, adonde había sido enviado por Urbano VIII.

A JUAN MARTIN

París, 10 mayo 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

No puedo dejar de escribirle, a pesar de que no tengo nada nuevo que decirle. Por la presente le encomiendo de veras el cuidado de su salud y la del padre Blatiron; es lo mismo que hice en mi carta anterior y lo que seguiré haciendo mientras tema que sus excesivos trabajos les sigan agobiando. Realmente, padre, ningún favor puede usted hacerme mayor que éste. Debe bastarle el pensar que Dios lo quiere, ya que de su buena salud depende el progreso de muchos. Así se lo pido continuamente a Nuestro Señor, pidiéndole que le siga concediendo sus favores y consuelos a su querida alma, a la que abrazo con cariño.

Ayer recibí carta del padre Guérin, de Túnez. Dios le bendice extraordinariamente. Me dice que los de Argel también están bien. No puedo expresarles cuánto consuela y anima a toda la Compañía lo que sabemos de su pequeña familia.

También tenemos noticias de los padres de Irlanda. Me dicen que sus mayores obstáculos son la guerra y la pobreza del país; sin embargo, en una misión que han dado ha sido tan grande el concurso del pueblo que no bastaban para las confesiones, a pesar de que son cinco o seis confesores, ya que vinieron muchos de los lugares vecinos a escuchar la palabra evangélica, y algunos de unas diez leguas de lejos, estuvieron esperando cuatro o cinco días para poder confesarse. Los encomiendo a las oraciones de todos ustedes; pidan especialmente por mi pobre alma en sus santos sacrificios.

Soy únicamente, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde servidor.

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

Carta 988 (CF). — Archivo de Turín, original.

A BERNARDO CODOING, SUPERIOR, EN SAINT-MEEN

11 mayo 1647

El señor obispo de Tréguier ¹ desea tener durante un mes o dos a alguno de nuestra Compañía para que le ayude a ponerse al corriente de sus funciones episcopales cuando entre en su obispado, en donde tiene que estar ocho o diez días antes de Pentecostés. No ha hablado todavía en público más que dos o tres veces, por insinuación del padre du Chesne, que lo llevó expresamente a una misión y lo formó en nuestro pequeño método, de forma que no quiere ya hablar de otra manera. Es un buen espíritu, juicioso y sencillo. Tiene mucho afecto a la Compañía, a la que piensa establecer en su obispado, si encuentra medios para ello. Tiene miedo de que, si no dispone de este medio para los ejercicios espirituales, como visitas, exhortaciones, predicaciones, catecismos, etcétera, no podrá comenzar ni continuar nada. Pues bien, recorro a usted para este fin y le ruego que se dirija a Tréguier antes de Pentecostés y que tome como compañero al hermano... No le hablo de la manera con que es conveniente tratar con este buen señor; la humildad, la mansedumbre, el celo y el respeto que Nuestro Señor le ha dado harán en usted todo lo que convenga.

A LA MADRE CATALINA DE BEAUMONT ¹

París, 19 mayo 1647.

Mi queridísima Madre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

He recibido dos cartas tuyas con mucho consuelo, como puede usted imaginarse, y le doy gracias a Dios de que les haya

Carta 989. — Reg. 2,173.

1. Baltasar Grangier de Liverdi (1646-1679).

Carta 990 (CA). — Original en el convento de la Visitación de Toulouse. Monseñor Douais ofrece un facsímil de la misma en su obra *La Visitación de Toulouse. Etudes, souvenirs et documents*, París 1905.

1. Ana Catalina de Beaumont-Carra era una de las columnas de la Visitación. Del monasterio de Annecy, donde pasó los primeros años de su

dado su providencia un prelado de los más excelentes de la Iglesia ² y una ciudad de las más devotas que ve el sol, según he oído decir al señor obispo de Lisieux ³, que era obispo de Nantes, cuando estaba usted en aquella ciudad ⁴.

Así, pues, mi querida madre, ya está usted en nuestro país, o muy cerca de él. Le doy por ello gracias a Dios y le ruego que santifique cada vez más su querida alma y, por medio de usted, las de tantas buenas hijas que la misma providencia ha puesto en sus manos.

El asunto de que me habla su caridad, o sea, el del colegio de Maguelonne ⁵ me parece imposible, dado que, al estar destinado para educar a eclesiásticos, no se consentirá que se dedique a otro empleo. Y no vale decir que hay allí un gran desorden, pues le dirán que quizás con el tiempo se logre reformarlo.

vida religiosa, acompañó a santa Juana Francisca Fremiot de Chantal a Bourges para fundar una nueva casa. El primer monasterio de París la eligió como superiora en 1622 y 1625. Durante su segundo trienio fundó en esta ciudad el segundo monasterio, donde fue elegida por dos veces superiora. Dirigió luego el convento de Grenoble (1629-1635) y el de Pignerol (1644); luego fue a fundar una casa en Toulouse (1647), donde murió el 30 de enero de 1656. La madre Faber escribió unas memorias sobre el tiempo que la madre Beaumont pasó en Toulouse, las publicó monseñor Deuais. En *Année Sainte* V, 533 leemos: «San Vicente de Paúl apreciaba mucho sus méritos, y este aprecio llegó hasta la reina Ana de Austria. Esta gran princesa, a su vez, concedió a la humilde madre sus favores y no creyó indigno de Su Majestad honrarla con sus visitas». La santa fundadora de la Visitación recurrió muchas veces a los consejos de la madre de Beaumont, como demuestra su correspondencia. Por sus cartas vemos que la madre de Beaumont era «seca, muy firme y seria» y que su actividad le hacía a veces descuidar sus ejercicios de piedad.

2. Carlos de Montchal.

3. Felipe Cospéan, obispo de Aire desde el 18 de febrero de 1607 al 18 de marzo de 1662, y a continuación de Nantes hasta 1635, y de Lisieux desde el 25 de julio de 1636 hasta el 8 de mayo de 1646, fecha de su muerte. El había administrado por algún tiempo la diócesis de Toulouse.

4. La madre de Beaumont, cuando era superiora del monasterio de Grenoble, tuvo que dirigirse a Nantes para tratar de la fundación de un monasterio en esta ciudad, donde dejó varias de sus hijas.

5. Colegio fundado en Toulouse en 1363; como otros colegios de la misma ciudad, servía de residencia a los alumnos de la universidad. Sobre esta fundación véase M. SAINTE-CHARLES, *Collège de Maguelonne*, en *Mémoires de l'Académie des Sciences, Inscriptions et Belles-Lettres de Toulouse*, 1883, 110-128.

Puede usted creer, mi querida madre, que aunque el señor obispo de Toulouse haya pensado alguna vez en él para nosotros y aunque el superior del colegio me haya visitado varias veces para esto, prescindo de buena gana de todo ello y desearía que la cosa resultara tal como usted desea, y le ofrezco mis humildes servicios con todo el afecto posible, aunque, como le digo, la cosa me parece imposible, tal como lo colijo de las disposiciones del Consejo real y del resultado que han tenido otros asuntos del mismo estilo. No piense que obramos así porque tengamos nosotros interés en ello. Sabe usted muy bien, mi querida madre, que tenemos la norma y la práctica de no pedir ninguna fundación y que sólo Nuestro Señor es el que nos ha establecido en donde estamos. Si la Compañía me hace caso, siempre permanecerá en este criterio. El mismo señor arzobispo le podrá decir la indiferencia con que nos ha visto proceder en este asunto; quizás incluso le hayamos dado motivos para pensar que no agradecemos lo bastante los favores que nos ofrecía, por no haberle dicho lo que le digo a usted, que procuramos seguir la adorable providencia de Dios en todas las cosas y no ir por delante de ella. Ayúdeme usted, madre, delante de Dios a establecernos sólidamente en esta práctica.

Es verdad, mi querida madre, que les pedí a nuestras queridas hermanas ⁶ que me excusasen de no poder atenderles como padre espiritual, debido al ajeteo en que estoy metido, que me impide hacer las cosas a las que estoy obligado; hace ya siete u ocho meses que se lo pedí ⁷; Y Dios sabe que no ha sido por falta de afecto, ni porque me hayan dado alguna vez algún disgusto, sino que por el contrario, me han tratado siempre con mansedumbre, bondad y caridad. Sabe su divina bondad que soy yo el primero en sentir dejarlas; pero la conciencia me obliga a detenerme en lo que puedo y honrar la omnipotencia de Dios con el reconocimiento de mi impotencia. Todavía no han encontrado a nadie. Hasta ahora he procurado ir haciendo lo necesario sin ir a su casa, en espera de que tomen a alguien. Puede usted creer, mi querida madre, que no hay nadie que más pueda obligarme a pasar por encima de las

6. Las hijas de la Visitación de París.

7. Véanse las cartas 906 y 914.

dificultades que usted, a no ser la razón que le he indicado. Por eso le renuevo en esta ocasión el ofrecimiento de mis humildes servicios con todo el afecto y la humildad que me es posible. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: A la reverenda madre Ana-Catalina de Beaumont. superiora de la Visitación de Santa María de Toulouse, en Toulouse.

991 [950,III,195]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR, EN GENOVA

24 mayo 1647.

No sé si tengo que urgirle para que se tome algún descanso, pues bien sabe usted que el mayor contento que podría usted darme en este mundo consiste en cuidar de su salud. Cuídese, por amor a Nuestro Señor, y deje que yo le invite a que modere sus trabajos, mientras que otros le empujan a incrementarlos. Excúseme apelando a mis órdenes y dígame que es demasiado lo que le piden.

992 [951,III,196]

**JULIAN GUERIN, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Túnez, 1647

El día de Pascua me comunicaron que había llegado a Bizerta una galera de Argel y salí inmediatamente a visitar a los pobres cristianos que estaban encadenados. Encontré unos trescientos.

Carta 991. — Reg. 2,218.

Carta 992. — ABELLY, *o.c.* II, cap. I, 130.

y el capitán me dejó tener con ellos una corta misión de diez días. Había tomado conmigo a un sacerdote, que me ayudó a catequizar y a confesar a aquellas pobres gentes, que cumplieron todos con su obligación, a no ser algunos griegos cismáticos. ¡Dios mío, qué consuelo ver la devoción de aquellos pobres cautivos, de los que la mayoría no habían podido confesarse durante mucho tiempo! Había algunos que no se habían acercado a este sacramento desde hacía ocho o diez años, y otros hasta veinte. Todos los días hacía que les quitasen las cadenas y los sacasen de la galera para venir a tierra a recibir la santa comunión en una casa particular, en donde celebraba la santa misa; después de acabar la misión, les obsequié y les di unos cincuenta y tres escudos de víveres.

Yo estaba alojado en casa de un turco, que me alimentó todo el tiempo que duró la misión; pero no quiso tomar ningún dinero de mí, diciendo que había que ser caritativos con los que tienen caridad con los demás; lo cual es una acción muy digna de apreciar en la persona de un infiel. Y todavía le extrañará más a usted saber que casi todos los turcos de aquel lugar se vieron tan impresionados y edificadas de esta misión, que varios de ellos vinieron a besarme el rostro y las manos; estoy seguro de que su querido corazón se llenará de gozo al saber esto. Mas si el fruto de aquella corta misión de Bizerta me fue tan sabroso, el camino para llegar a él me resultó muy duro y espinoso, pues como no quise tomar jenízaros para que me escoltasen, me encontré con unos árabes que me molieron a golpes; uno de ellos me cogió por la garganta y me apretó tan fuerte que temí me fuera a estrangular; y ya me tenía por muerto, pero como no soy más que un miserable pecador, Nuestro Señor no me juzgó digno de morir en su servicio.

993 [952,III,197-198]

A JUAN MARTIN

París, último de mayo de 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Su carta ha producido en mí dos efectos contrarios: me ale-

Carta 993 (CF). — Archivo de Turín, original.

gró, por venir de usted, a quien quiero con tanto afecto; pero me entristeció, al ver que tiene usted enfermo al pobre padre Blatiron. Tengo miedo de que le ocurra algo malo a su salud, si Dios no lo conserva, como espero, ya que nadie hace tanto trabajo si no es por pura obediencia.

No menos preocupado me siento por usted, pues, como dice el mismo padre Blatiron, está usted metido en muchos trabajos y preocupaciones; le ruego sin cesar a Nuestro Señor que sea él su fuerza en medio del ajeteo y su eterna recompensa.

Creía que ya le había llegado la ayuda de Roma, de modo que mi espíritu se sentía aliviado al creer que lo estaban ustedes ¿cómo es que no ha llegado, si ya hace tanto tiempo que les pedí a los de Roma que lo enviaran? En fin, padre, roguemos a Nuestro Señor que todo se haga a gusto de su providencia y que nuestras voluntades estén tan sujetas a él que entre él y nosotros no formemos más que una sola voluntad, gozando de su único amor en el tiempo y en la eternidad.

Con este deseo, padre, soy su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i.s. d.l.M.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

994 [953,III,198]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Junio 1647] ¹

Padre:

Si quisiera su caridad proponerle al dueño de la casa próxima a San Lorenzo que se alojase en los locales que tiene arrendados al cervecero, con la debida indemnización que la harían las damas, podríamos acomodar bien las cosas para los niños.

Carta 994 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Esta carta fue escrita entre Ascensión y Pentecostés; parece ser del mismo año que la carta 978.

No tengo más remedio que decirle que hoy he estado muy preocupada por el temor de la predestinación, a propósito de algunos pensamientos que tuve en la oración; esto ha angustiado a mi espíritu de tal modo que he tenido que hacer un acto de aceptación de la voluntad de Dios sobre mi hijo y sobre mí a fin de ser siempre objeto de su justicia.

Me olvidé de pedirle permiso para comulgar durante toda la novena en que se dice la misa del Espíritu Santo. Empezó el viernes. Sirviéndome del permiso que me dio su caridad de comulgar siempre que la salud me lo permita, he estado comulgando todos estos días de la novena. No me atrevo e continuar sin su permiso especial; se lo pido por amor de Dios, pues tengo mucha necesidad de ello. Soy su muy obligada hija y humilde servidora,

L. DE M.

Dirección: Al padre Vicente.

995 [954,III,199]

A LUISA DE MARILLAC

Le ruego a la señorita Le Gras que envíe este paquete a casa de la señora duquesa de Aiguillon; es para aquellas buenas religiosas. Si ella no se encuentra en la ciudad, le ruego que le diga de mi parte al suizo que lo envíe en el primer correo que vaya a Rueil, donde seguramente estará.

996 [955,III,199]

A LUISA DE MARILLAC

[Hacia 1647] ¹

Señorita:

La señora duquesa ² ha obtenido cien escudos del señor superintendente para esas buenas religiosas. Que se los [entre-

Carta 995 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original

Carta 996. — Manuscrito san Pablo, 70.

1. Esta carta fue escrita al acabar las agitaciones de Lorena.

2. La duquesa de Aiguillon.

guen], con la condición de que se vuelvan a su casa. Entretanto hágales que den clase y vea cómo llevan la escuela. Tienen gracia de Dios para esto. Haga el favor de no decirles nada de esos cien escudos.

997 [956,III,199]

A LUISA DE MARILLAC

Señorita:

Si Dios quiere, podré ver a esas buenas religiosas dentro de dos o tres días. ¿Podría usted convencerlas para que se retiraran a su monasterio?

998 [957,III,200]

A LUISA DE MARILLAC

[Hacia 1647] ¹

Señorita:

La señora duquesa de Aiguillon desea que esas buenas religiosas se vuelvan a Lorena, y les ha hecho entregar dicha suma con [esta] finalidad, y no para otra cosa. También me ha enviado doscientas libras con este mismo fin y cree conveniente que no se lleven consigo más que lo que necesitan para su alimento, y que les entreguemos en Toul tanto los cien escudos que ya tienen como las doscientas libras que tenemos nosotros. Le ruego que les diga que me indiquen cuándo están preparadas para la vuelta, y que no hay ninguna de las que han venido que se lleven tanto de París, al menos que yo sepa.

Carta 997. — Manuscrito san Pablo, 70.

Carta 998. — Manuscrito san Pablo, 71.

1. Esta carta fue escrita unos días después de la 996.

999 [958,III,200-201]

A JUAN MARTIN

París, 7 junio 1647.

Padre:

¡La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros!

La presente es solamente para consolarme con usted por la ayuda que les ha llegado, no dudando de que el padre Patricio ¹ estará ya en Génova, pues salió de Roma hace más de un mes, por lo que me ha escrito-el padre Portail. Le ruego que lo abrace de mi parte, como yo les abrazo a todos en espíritu, suplicándole a Nuestro Señor que nos ate a todos con su santo amor, para que lo amemos todos juntos sólo a él, con todas nuestras fuerzas, eternamente. ¡Dios mío, cómo deseo la perfección de su alma! Sí, de verdad; lo deseo tanto como mi propia perfección, ya que no sé pedir la una sin la otra. Por eso no dejo de implorar sobre usted y sobre sus trabajos la protección de Nuestro Señor, que me ha hecho invariablemente su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

1000 [959,III,201]

**A ANTONIO PORTAIL, SACERDOTE DE LA MISIÓN,
EN ROMA**

14 junio 1647.

Según su carta, no podemos considerar a los padres... y... ¹ más que como personas que se han dejado llevar por la tenta-

Carta 999 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Patricio Valois (traducción francesa de Walsh), nacido en Limerick (Irlanda), entró en la congregación de la Misión el 21 de diciembre de 1644, a los 25 años; fue ordenado sacerdote en 1646.

Carta 1000. — Reg. 2,101.

1. Quizás se trata de Pedro de Fondimare y el padre de Reste (véase la carta 1119).

ción y en las que no se puede confiar, ya que el primero tiene el veneno de los bienes temporales en el corazón y el otro sufre la corrupción de la carne y de la sangre. Pongámoslo todo en manos de Dios y quedemos en paz.

1001 [960,202-203]

A CLAUDIO, SUPERIOR DE SAINTES

15 junio 1647.

No puedo expresarle el consuelo que ha recibido mi alma con la última que usted me ha escrito y por la resolución que Nuestro Señor le ha inspirado. La verdad, padre, es que creo que hasta el cielo se alegra con ello; pues ¡ay!, la Iglesia tiene bastantes personas solitarias, gracias a Dios, y demasiadas inútiles, y otras muchas más que la desgarran. Lo que necesita es tener hombres evangélicos, que se esfuercen en purgarla, en iluminarla y en unirla a su divino esposo; y es lo que usted hace, por su divina bondad. Ultimamente me sentí muy emocionado cuando el re[verendo] prior de la cartuja de Mont-Dieu ¹ vino a pasar un día entero en casa durante la ordenación, para ver los ejercicios que entonces se hacen, y se conmovió tanto que me dijo palabras tan elogiosas de la felicidad de esta tarea, que la modestia no me permite repetir; y no puedo expresarle los suspiros que daba durante el pontifical ², al oír lo que se decía de los deberes del diácono. Le aseguro que aquel buen padre tiene un espíritu misionero mayor que el mío y que, si se lo permitieran, se saldría de la celda para ir a anunciar a Jesucristo al pobre pueblo y a trabajar por la formación de los sacerdotes.

Trabajemos en ello, padre, con todas nuestras fuerzas, confiando en que Nuestro Señor, que nos ha llamado a su manera de vivir, nos hará partícipes de su espíritu y finalmente de su gloria. Así pues, rechace por completo todos esos pensamientos y, cuando se canse de residir en el lugar en que está, dígamelo; yo contribuiré a su consuelo en todo lo que me sea posible. Ya

Carta 1001. — Reg. 2,292.

1. Ayuntamiento del distrito de Sedan (Ardennes).
2. Durante la explicación del pontifical.

sabe la estima y el afecto que Nuestro Señor me ha dado por usted, y que le quiero más que a mí mismo.

1002 [961,III,203]

**JULIAN GUERIN, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Túnez. junio 1647.

Con el dinero que usted me envió hemos conseguido rescatar a esa pobre mujer francesa, que durante tanto tiempo ha estado sufriendo la tiranía de su bárbaro dueño; es un verdadero milagro haberla sacado de las manos de aquel tigre, que no quería entregarla ni por oro ni por plata. Un día me avisó que fuera a visitarle; y cuando estuve en su casa, nos pusimos de acuerdo en trescientos escudos, que le entregué inmediatamente; él me dio su carta de libertad y en seguida la puse en sitio seguro. Dos horas más tarde, aquel miserable se arrepintió y pensó que iba a reventar de rabia; es realmente una obra de la mano de Dios.

También hemos rescatado a un muchacho de Sables-d'Olonne, que estaba a punto de renegar de su fe. Creo que le escribí cómo en dos o tres ocasiones logramos impedirlo. Cuesta ciento cincuenta escudos. Ya he entregado treinta y seis de mi cuenta; el resto lo hemos mendigado donde hemos podido.

También he retirado a aquella joven siciliana que era esclava en Bizertha, y cuyo marido se había hecho turco. Durante tres años enteros ha estado padeciendo tormentos inenarrables, antes que imitar la apostasía de su marido. Ya le escribí durante las últimas fiestas de Navidad el lamentable estado en que la encontré, toda cubierta de llagas. Ha costado doscientos cincuenta escudos, que nos han dado de limosna, y yo he contribuido en parte.

Carta 1002. — ABELLY, *o c.*, II, cap. I, 139.

1003 [962,III,204]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR, EN GENOVA

21 junio 1647.

Sí, sí, padre; rezaremos a Dios por usted y por la reconciliación de esas personas tan empeñadas en la venganza, y haremos decir misas por ello. La mía, si puedo, la celebraré en Nuestra Señora, por su intención; pero, después de todo, ¿cree usted que nuestras oraciones y nuestros deseos van a alcanzar su efecto, si no es ésa la voluntad de Dios? ¿Qué pasaría de nosotros, si todo nos saliese bien, y cómo vamos a aprender, con toda nuestra miseria, que siempre haya éxito? No tenemos por qué asustarnos cuando alguno se resista a nuestras pobres palabras. Si Dios se contenta con nuestra buena voluntad y con nuestros justos esfuerzos, contentémonos también nosotros con los resultados obtenidos, y jamás se quedarán sin fruto nuestras acciones. Le digo todo esto a propósito del disgusto que usted siente de que algunos no se aprovechen de sus misiones; no hemos de extrañarnos. Lo que hemos de creer por el contrario, es que las cosas van bien cuando no estamos satisfechos, con tal que sepamos entonces humillarnos y redoblar nuestra confianza en Dios. Sin embargo, es verdad que tenemos motivos para alabar a Dios por la continuación de su gracia sobre usted. Así pues, le doy gracias y le ruego que le conserve sus fuerzas ordinarias y sus deseos de progresar en su gloria.

1004 [963,III,205-206]

A JUAN MARTIN

París, 21 junio 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

¿Se ha propuesto acaso usted alguna vez algo mejor que querer invariablemente lo que Dios quiere? No lo creo. Por tanto, ¿por qué desanimarse cuando las cosas no le salen bien?

Carta 1003. — Reg. 2,218.

Carta 1004 (CF). — Archivo de Turín. original.

Hasta ahora tiene usted muchos motivos para dar gracias a Dios; ciertamente, por mi parte, le ayudaré a hacerlo así, va que conozco muy bien todos los favores que él le ha hecho. Conozco la fidelidad y el esmero que usted pone en las obras de Dios. ¿Qué le falta para quedar en paz? El no le pide más que eso, que acepte humildemente el éxito que le conceda; y estoy seguro de que así lo hará usted. Entonces, ¿de dónde esa falta de confianza? Me habla usted de sus miserias, ¡ay! ¿quién está libre de ellas? Lo que hay que hacer es conocerlas y amar la humillación, como usted lo hace, sin pararse en ello más que para poner allí las bases de una firme confianza en Dios; entonces el edificio se levantará sobre la roca y permanecerá firme cuando venga la tempestad. Por tanto, no tenga usted miedo; sé que está usted bien fundamentado en esas bases. Y la timidez o falta de confianza que usted experimenta proviene de la naturaleza y sólo de lejos roza a su corazón, que es mucho más generoso que todo eso. Que Dios haga de nosotros y de nuestros trabajos lo que quiera, que nuestros sudores sean inútiles entre los hombres, que la gente no sienta por nosotros más que ingratitud y desprecio; no por ello hemos de dejar que continúen nuestros esfuerzos, sabiendo que es entonces cuando cumplimos con la ley de amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos.

Le pide a Dios esta gracia para usted y para mí, que soy su amor su muy humilde y afectuoso servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: AL padre Martin, sacerdote de la Misión, en Génova.

1005 [964,III,206-207]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Mi muy honorable padre

Me ha dejado sorprendida su marcha antes de habernos dado las órdenes necesarias para la partida de nuestras hermanas a

Carta 1005 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

Montreuil¹ Si no fuera porque están reservadas las plazas del coche, la retrasaríamos; pero la marcha será el miércoles; ¿y qué harán ellas sin la bendición y la instrucción de su caridad, que tanto necesitan? Si Dios no le inspira que nos diga todo lo que han de hacer, nos veremos muy afligidas. Le aseguro, padre, que tengo el espíritu tan deprimido que me parece que soy yo la causa de que nuestras pobres hermanas sufran este disgusto.

Sobre la marcha de las hermanas de Nantes², no podemos ordenarla hasta que nos aconseje usted sobre la noticia que nos han dado de que no hay que cambiar a sor Cata[lina] Ba[gard]³ la que empezó el jaleo del hospital, pues ella cree que no hay más remedio que traer a sor Isabel⁴ y enviar una hermana para que lleve la dirección.

Creo que ya sabe usted que han llegado las hermanas de Angers, que están de vuelta, pero la acusada parece la más inocente del mundo. No me atrevo a escribir a su padre hasta que usted me diga lo que hemos de hacer; me parece que vendrá dentro de poco.

Le suplico a Dios que vuelva usted con buena salud para entonces.

Haga el favor de darnos su bendición, padre mío, a nuestras hermanas y a mí.

1. Las Hijas de la Caridad fueron llamadas a Montreuil-sur-Mer (Pas-de-Calais) por el conde Carlos de Lannoy, gobernador de esta ciudad. Luisa de Marillac envió allá a Ana Hardemont y a María Lullen, de Le Mans, que partieron el 26 de junio, después de haber recibido los consejos de la fundadora (*Pensée de Louise de Marillac*, 211). San Vicente les había dado ya los suyos en la reunión del 19 de junio de 1647.

2. De las tres hermanas que tenían que salir para Nantes sólo conocemos a sor Juana Lepeintre, que iba a hacer la visita de los hospitales de esta ciudad y de Angers. San Vicente le había dicho en la reunión del 19 de junio: «Pues bien, para sor Juana se necesitarían cuatro espíritus; si pudiera llevarse el de la señorita Le Gras, quedaría muy satisfecho; ¿no es verdad, hija mía?».

3. Sor Catalina Bagard estaba en el hospital de Nantes desde que las Hijas de la Caridad llegaron a esa casa. Por su conducta poco regular, su poco espíritu y los defectos de su carácter había causado muchas preocupaciones a sus superiores y compañeras (Cf. *Lettres de Louise de Marillac*, carta 173 y 181).

4. Isabel Martin, superiora de las Hijas de la Caridad de Nantes.

La hermana Margarita Tourneton⁵ se marchó el domingo sin decir una palabra, y la madre priora⁶ me ha escrito que fue esta mañana al Hôtel-Dieu y que ella la había recibido; pide otro hábito para enviarnos el nuestro⁷. No le he contestado ni lo haré hasta que usted regrese. Sólo Dios sabe el estado de mi pobre espíritu por todos estos desórdenes, pues parece como si nuestro buen Dios quisiera destruirnos por completo. Yo bien lo merezco y me extraña que su justicia tarde tanto en ejecutarlo. Me basta con que su misericordia salve a mi alma.

Obténgame esta gracia con su caridad, padre, ya que soy su muy obediente hija y humilde servidora,

L. DE MARILLAC

24 junio [1647]⁸

Dirección: Al padre Vicente, superior general de los sacerdotes de la Misión.

1006 [965,III,208]

A LUISA DE MARILLAC

Fréneville, 26 junio 1647.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Partí tan inesperadamente que me fue imposible decirle adiós; su bondad sabrá excusarme, según espero. Estaré de vuelta el lunes o el martes por la mañana, si Dios quiere. Entretanto le ruego me tenga al corriente de sus noticias por medio de un hermano nuestro, que saldrá mañana para venir acá.

Le mando una o dos cartas que recibí antes de partir, pero que no pude ver hasta llegar aquí.

5. La elección de santa Luisa recayó en Juana Lepeintre.

6. La priora de las agustinas del hospital.

7. Se arrepintió de su conducta, entró de nuevo y murió el año siguiente.

8. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

Carta 1006 (CA). — Archivo de la Misión, original.

Ruego a Nuestro Señor que la conserve. Yo estoy bien y soy completamente en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

1007 [966,III,208-209]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

26 junio [1647] ¹

Padre:

Nuestras pobres hermanas ² salieron esta mañana con mucha pena por no haber podido recibir su bendición, pero totalmente sometidas a la voluntad de la divina Providencia. ¡Quiera Dios que pueda usted volver pronto y con perfecta salud!

Toda nuestra pobre Compañía está muy apenada, extrañada y temerosa por la pérdida de nuestra hermana ³ Rumorean por debajo, pues nadie se atreve a hablar de ello; espero el regreso de su caridad para hacerlas ver cómo tienen que considerar este asunto.

Me parece, padre, que empiezo a tener más fuerzas; ¡ojalá que no me venga nada malo! Pero siento una extraña preocupación por mí y parece como si sólo me ocupase de regalarme; no sucede lo mismo en lo que se refiere a los intereses de mi alma, pues, gracias a Dios, estoy un poco más tranquila que cuando tuve el honor de escribirle para hacerle ver a su caridad el estado de aquélla que no tiene más consuelo que la dicha de ser su muy obediente y muy obligada hija y servidora,

L. DE MARILLAC

Me parece que habrá algo que decir sobre la libertad de las hermanas de Serqueux ⁴.

Dirección: Al padre Vicente, superior general de los sacerdotes de la Misión.

Carta 1007 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Esta fecha es la que corresponde al contenido de la carta.

2. Las hermanas destinadas a la fundación de Montreuil.

3. Sor Margarita Tourneton.

4. Ayuntamiento del distrito de Neufchâtel (Seine-Inférieure). Las Hijas de la Caridad tenían allí una casa.

1008 [967,III,209-210]

A LUIS SERRE, SACERDOTE DE LA MISION, EN CRECY

2 julio 1647.

Cuando esos señores que desean entregarse a la Compañía estén dispuestos para venir acá, los recibiremos en el seminario, por donde es necesario que pasen por muy buenas cualidades que tengan, pues la experiencia nos ha hecho ver que la virtud arraiga poco en los que sólo están allí un poco de tiempo. Y muchos que nos parecían observantes en el seminario han perdido la vocación por haber sido destinados a algún sitio demasiado pronto. Vea, pues, usted la necesidad que tienen de pasar por esta prueba.

1009 [968,III,210]

**A UN SACERDOTE DE LA MISION
DE LA CASA DE RICHELIEU**

7 julio 1647.

Nos ha hablado usted de tres muchachas que desean entrar en la Caridad. Si son aptas para ello y están decididas, haga el favor de enviarlas; y si se presentan otras, escríbame, pues esta pequeña Compañía está sedienta de personal, ya que las piden de todas partes.

Recuérdeme al señor... lo que usted le dijo sobre las Hijas de la Caridad, sobre las molestias que padecen y cómo sería de desear que se les asegurase alguna cosa.

Carta 1008. — Reg. 2,40.

Carta 1009. — El texto de esta carta está sacado de un manuscrito titulado *Lettres choisies du Bienh. Vincent de Paul, instituteur et premier supérieur général de la congrégation de la Mission*. Esta colección escrita entre 1729 y 1737, se encuentra en la casa madre de las Hijas de la Caridad. Es de la misma familia que el manuscrito de Aviñón y reproduce todas las cartas en el mismo orden que éste, añadiendo una nueva parte con 19 cartas, relativas todas ellas a la fundación de las Hijas de la Caridad. Si no hemos hablado de este manuscrito en la Introducción, así como tampoco de una colección semejante en español, en poder de los padres de la Misión de Madrid, es porque ignorábamos su existencia.

1010 [969,III,210-211]

A LUISA DE MARILLAC

[7 julio 1647] ¹

Las damas de la Caridad le ruegan a la señorita Le Gras que envíe mañana domingo, a la una de la tarde, cuatro niños, dos chicos y dos chicas, con dos Hijas de la Caridad al castillo de Bicêtre ², con los ropas de los niños, pero sin las mantas, y todo lo que se necesite para pasar dos días. La señora Truluy irá a recoger a los niños en una carroza, a la hora que se indicará, y con la ropa necesaria, para llevarlos a casa de la señora de Romilly, en donde la señora esposa del canciller ³ y las demás señoras irán a buscarlos y a llevárselos. Ellas tienen cierto motivo especial para obrar de ese modo y les gustaría que la señorita Le Gras se encargara de ellos; pero creo que no puede pensarse en esto.

1011 [970,III,211]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Julio 1647] ¹

Padre:

La experiencia acabará enseñándonos que con razón tenía miedo de la residencia de Bicêtre. Esas damas quieren de nuestras hermanas lo imposible. Escogieron para su alojamiento unas habitaciones pequeñas, donde el aire se corrompe en seguida, y dejan las grandes; y nuestras pobres hermanas no se atreven a decir nada. No quieren tampoco que les digan mi-sa, y las hermanas tienen que ir a oír-la a Gentilly. ¿Qué harán los niños entretanto? ¿quién hará la faena?

Carta 1010 ((-A)). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha del traslado de los niños expósitos a Bicêtre.

2. Parece ser que los cuatro niños de que se habla aquí fueron los primeros enviados a Bicêtre.

3. La señora Séguier.

Carta 1011 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

Lleva la presente la hermana Genoveva²; le ruego que haga el favor de hablar con ella. Ella le expondrá todas las preocupaciones que tienen y las pretensiones de las damas. Temo que habrá que dejar el servicio de esos pobres niños.

Que se haga la voluntad de Dios, por la que soy, padre, su muy obediente y muy obligada hija y servidora.

L. DE MARILLAC

¿Querrá acordarse de nuestras dos damas que estarán preparadas para confesarse mañana por la mañana, si es posible?

Dirección: Al padre Vicente.

1012 [971,III,212]

**LAS HIJAS DE LA CARIDAD DE LA
CASA MADRE A SAN VICENTE**

Padre.

La presente es para comunicarle que dos de nuestras hermanas se han marchado esta mañana, sin decir una palabra. Una es Petra, la que vino de Angers, y la otra Margarita, que había venido de Fontainebleau. Hemos mandado a buscarlas al coche de Sedán, pensando que podrían estar allí; pero como nuestra hermana no tiene poder para detenerlas por la fuerza, en caso de que se encuentren allí, y la señorita cree que es necesario, le ruego a su caridad que nos preste a uno de sus hermanos, si usted lo cree oportuno, o si no, que haga el favor de decirnos por amor de Dios qué es lo que tenemos que hacer. Entretanto, padre, seguimos siendo sus muy humildes y obedientes servidoras,

LAS HIJAS DE LA CARIDAD

23 julio [1 647]¹

Dirección: Al padre Vicente.

2. Genoveva Poisson.

Carta 1012 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

1013 [972,III,212-213]
A LUISA DE MARILLAC

[Julio 1647] ¹

Bendigamos a Dios, señorita, de que purgue a la Compañía de personas de esa clase y honremos la disposición de Nuestro Señor, cuando le abandonaban sus discípulos. A los que se quedaban les decía: ¿También vosotros queréis marcharos? ²

No sé qué podrá hacerse con esas hermanas, cuando se las encuentre; no tenemos autoridad para detenerlas; son libres; deje que se vayan. Yo mandaré a alguien al coche de Sedán, que no sale hasta las nueve. El padre Gallais no está por aquí ³; hace días que está en Picardía. No se marcharán las dos por allí. Habrá que avisar al padre de Petra de lo que ha hecho tanto en Angers como en Nantes.

No creo que tenga usted que decir nada nuevo a Juana Lepeintre ⁴, sino sólo algunas palabras sobre su enfermedad ⁵, y darle un poco de ánimo, y decirle que haga lo posible para devolver a C[atalina] Bagard. Y cuando pase [alguna cosa] ⁶, ¡enhorabuena! En nombre de Dios, no [nos extrañemos de nada. Dios hace siempre las cosas para lo mejor.

1014 [973,III,213-215]
LAMBERTO AUX COUTEAUX A SAN VICENTE

Nantes, 26 julio 1647.

Padre:

¡Su bendición, por favor!

Estamos a punto de partir de Nantes, después de haber hecho todas las cosas que le voy a explicar.

Carta 1013 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. San Vicente escribió estas palabras en la misma carta de las hermanas de la casa madre, de la que hablaba a Luisa de Marillac, entonces en Bicêtre.

2. Jn 6, 68.

3. Guillermo Gallais había sido superior de Sedán, de donde era natural la hermana Petra; puede ser que él mismo la enviara a las Hijas de la Caridad.

4. Entonces superiora de Nantes.

5. Un flemón (*Lettres de Louise de Marillac*, 323).

6. El mal estado del original no nos permite dar como cierta la lectura de estas palabras y de las que siguen a *nos extrañemos*.

Carta 1014 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original

Puedo asegurarle que nuestras hermanas han estado muy agitadas; ciertamente, si han cometido algunas faltillas, la Providencia de Dios las ha puesto en unas circunstancias que sometían a dura prueba su espíritu. La hermana sirvienta estaba reñida con el confesor, y él lo mismo. Esto era público. Cada uno se había formado su partido dentro y fuera de la casa. Bastará esto para que pueda conocer usted todo lo demás, y sobre todo que lo que se dijo de una parte y de otra no siempre se ha dicho llevadas por la verdad, sino por la pasión.

Hemos sacado a tres hermanas: dos las hemos enviado a París, las hermanas Catalina Bagard y Antonieta Larcher; la otra a Richelieu, sor Isabel¹. Para acompañarlas les hemos dado, hasta Saumur, a las hermanas Claudia y Brígida y hemos ordenado que la hermana de Turgis se encuentre el próximo domingo por la tarde en la fuente de Saumur, para unirse con las hermanas Catalina y Antonieta. Las otras dos se volverán. He permitido hacer los votos a sor Brígida. Ha sido necesario hacer este cambio, no sólo de esas dos hermanas, sino también de sor Isabel, que es una excelente hermana, pero con su imprudencia ha contribuido en gran parte a todos los pequeños desórdenes que han tenido lugar. Todavía sigue aquí sor Enriqueta², que está tremendamente unida con el buen señor capellán, aunque es muy inocente y no ha tenido parte en nada en la situación ni en sus consecuencias; el señor capellán es un hombre de bien y ella es una muchacha muy prudente. Lo que ahora le preocupa a esta pobre hermana es que, en las normas que he dejado, la privo de todo trato con dicho señor. Habrá que ver qué es lo que pasa; en todo caso, si ella no puede prescindir de él, se la podrá retirar, aunque sea muy difícil arrancarla de aquí. Espero, sin embargo, que todo se arreglará y que la hermana Juana Lepeintre se solucionará todo.

He concertado con estos señores padres de los pobres que irán a ver al señor vicario general para pedirle o proponerle un confesor de fuera. Así se 10 he hecho aceptar al señor capellán y al vicario general. Además me han prometido que dejarán mar-

1. Isabel Martin.

2. Enriqueta Gesseume.

charse al buen hermano que la señorita Le Gras o usted les había enviado.

Esto es, padre, poco más o menos lo que hemos hecho; espero de la bondad de Dios que me perdonará el mal que haya cometido y que sacará su gloria de lo demás. No puedo decirle cuán agradecida debe de estar toda la pequeña Compañía al buen señor des Jonchères y a toda su familia en general, tanto por el afecto que demuestran a nuestras pobres hermanas, como por la bondad que han [tenido] con nosotros durante nuestra estancia en ésta. Nos hemos alojado en casa de la madre del señor des Jonchères. Todos ellos se distinguen por su bondad y su piedad.

Los señores padres de los pobres se muestran también muy bondadosos con nuestras hermanas; ciertamente, si Dios nos concediera la gracia de que ellas pudiesen vivir en buena armonía, esta pequeña fundación santificaría mucho a las Hijas de la Caridad, pues creo que Dios les seguirá concediendo la gracia de sufrir todavía largo tiempo por parte de los de fuera. Le encomiendo todo esto, padre, a su oraciones y a las de la señorita Le Gras.

Si Dios les concede a nuestras pobres hermanas la gracia de llegar a París, habrá que recibirlas bien, pues no son culpables de los males de que se les había hecho sospechosas; si las cosas hubieran ido bajo una buena dirección, creo que la falta no habría caído sobre ellas.

No le escribo a la señorita Le Gras, aunque ella me había puesto unas letras. Espero que esta carta servirá también para ella, si usted lo cree oportuno.

Voy a despedir a las hermanas. Le ruego que siga rezando por nosotros. Espero estar en Luçon a principios de agosto; de allí iremos a Saintes, donde esperamos recibir noticias suyas. Una vez más le pido su bendición. Soy su muy humilde y muy obediente servidor,

LAMBERTO,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Vicente, superior general de la Congregación de la Misión en el colegio de Bons-Enfants, junto a la puerta de San Víctor, en París.

JUAN BARREAU, CONSUL EN ARGEL, A SAN VICENTE

Argel, 27 julio 1647.

Padre:

Por la última que le escribió el buen padre Nouelly, por la vía de Génova y Livorno, pudo usted saber cómo el 26 de junio pasado el bachá¹ recién llegado me mandó encarcelar a causa del aval que me había visto obligado a presentar por los reverendos padres de la Merced. Esta es para decirle que salí de la cárcel el 20 del presente, gracias a Nuestro Señor, con tanto sentimiento como si hubiese estado haciendo los ejercicios, a ello contribuyó no poco un librito que me dio entonces el padre Nouelly, que era el tratado de la conformidad con la voluntad de Dios, que seguramente me dejó por una inspiración especialísima de Dios, para prepararme a la tempestad que luego se me echó encima y de la que todavía no me he librado del todo.

Pues bien, el medio del que se [sirvió] Nuestro Señor para hacerme salir es que, al aumentar la enfermedad contagiosa, creció también el deseo de dicho padre de atender a los pobres cristianos enfermos, tanto por la administración de los sacramentos como con otros remedios corporales; pero el miércoles 19 del presente, a eso de las nueve o las diez de la mañana, al volver a casa, se sintió también él enfermo, con un gran cansancio y todo empapado de sudor, me trajeron esta noticia a la cárcel, en donde estaba todavía. Al enterarme, me decidí a salir, costara lo que costara, para acudir en su ayuda. Finalmente, mediante 45 piastras que tuve que entregar a ciertas personas valederas a 11te el rey y a algunos de sus oficiales, mandaron que saliera; así se ejecutó en seguida. De este modo pude volver a casa el sábado 20, a las tres de la tarde, le vi que no estaba delirando tanto como había estado por la noche y por la mañana; esto me consoló mucho, pues todos me decían que, si no recurría a algún remedio para salir, no lo encontraría con vida, pues había mandado que le dieran por la mañana el santo viático y la extremaunción.

Carta 1015. — Manuscrito de Lyon, f.º 208 s

1. Los *pachás* o *bachás* eran nombrados por tres años.

Mi presencia le dio algunos ánimos; me abrazó primero con mucho cariño, sin decirme una palabra y casi sin conocerme. Pero, un poco más tarde, volviendo en sí, me dijo que creía que había llegado su hora y que Nuestro Señor iba a disponer de él, que no tenía miedo de morir, pero que le preocupaba que los pobres cristianos se verían abandonados y sin socorro. Después que le animé lo mejor que pude, pregunté cuál era su mal y qué remedios le habían aplicado la noche y el día anterior.

No tuve que preguntar la causa, pues los llantos y los gemidos de los cristianos demostraban palpablemente que el esmero que ponía en socorrerlos, especialmente a los más abandonados como eran los apestados, era la primera causa después de Dios. Y ciertamente sería injuriar su memoria si no confesase que tal era la verdad. También contribuyó a ello el poco cuidado que tenía de su persona, pues ni siquiera se preocupaba por las mañanas, antes de llevar el santísimo sacramento a los enfermos, de tomarse un trago de vino o alguna otra cosa, por el anhelo que tenía de ¡Y cuanto antes a socorrer a sus hijos. Poco antes de su enfermedad vino a comer conmigo en la cárcel, como acostumbraba, y le pregunté qué precauciones adoptaba para prevenir el mal, que era tan violento que los enfermos no duraban más de dos días, y me respondió que su único remedio era la confianza en Dios. Y cuando le dije que se trataba evidentemente de un remedio muy bueno, pero que Dios no nos prohibía tornar además un pequeño trago de vino antes de salir, me replicó que, cuando veía cómo salían todos de la capilla, una vez terminada la misa, le parecía que era una falta de respeto dejarle solo; a eso podemos añadir el miedo que tenía de que este mal matase en seguida a los enfermos, sin que él pudiera llegar a tiempo a socorrerlos. Y aunque le indiqué que él era muy necesario en este lugar y que, si no quería cuidarse por él mismo, procurara cuidarse por los demás y por mí, que lo necesitaba mucho en el estado en que me encuentro, y llegué incluso a decirle que era una temeridad tentar a Dios de esa manera y actuar de ese modo, todo fue inútil, pues el respeto que tenía al santo sacramento y el cariño que sentía por los pobres era incomparablemente mayor que el amor que se tenía a sí mismo. Todo lo que sus amigos le aconsejaban no fue capaz de disminuir lo uno ni de alterar lo otro.

Esto se demostró una vez más antes de morir. El señor Hortensio Gauller, que ocupa aquí el cargo de vicario general del obispo de Cartago, le dijo que, si Dios le concedía la gracia de sanar, le prohibiría, hasta con pena de excomunión, tener tanto trato con los enfermos y le mandaría que no hiciera otra cosa más que informarse de ellos y asistirles por un tercero; pero él le respondió con un gran suspiro que eso no podría ser, pues era muy grande el celo que tenía por la salvación de las almas como lo demostró en este caso.

Unos ocho días antes de caer enfermo vino a comer con el padre Sebastián, religioso de Nuestra Señora de la Merced², por el que estaba yo encarcelado; cuando nos estábamos lavando las manos, llegó un pobre provenzal a pedir socorro para un tal Pedro Boquit, que llevaba 25 años de esclavo y que ayudaba a sepultar a los muertos, que deseaba confesarse. En seguida se quitó la servilleta y le siguió, prefiriendo el bien del alma de aquel pobre cristiano a su propia necesidad.

Y no es éste el único ejemplo que podría referirle, pues esto era en él lo ordinario y cotidiano. ¡Cuántas veces lo hemos visto, lleno de sudor por haber estado correteando toda la mañana — así llamaba él a su ejercicio —, en busca de alguna presa, cuando iba a tomarse una media hora de descanso, y entraba en

2. El padre Sebastián Brugière llegó a Argel en marzo de 1644 con los padres Francisco Faure y Francisco Faisan, hermanos en religión, para atender a la redención de los cautivos. La cantidad que llevaba le permitió rescatar a doscientos esclavos; además fueron liberados otros noventa y seis esclavos, mediante la promesa de 8.990 piastras y el canje con veintidós turcos. Mientras los otros dos padres volvían a Francia para buscar la suma prometida, que no pudo encontrarse, él se quedó en rehén, teniendo que acudir a préstamos onerosos de un 50% para contentar a los acreedores más exigentes. Las deudas se fueron acumulando. En mayo de 1645, un renegado francés, que le reclamaba inútilmente 50 piastras por el precio de un esclavo, se echó sobre él con un cuchillo en la mano, dispuesto a matarlo. El padre Sebastián huyó y se cayó con tan mala fortuna que se rompió dos costillas y se aplastó el brazo. Las quejas llegaron hasta la aduana de la ciudad, que lo mandó prender y lo condenó a la cárcel, donde estuvo dos meses; como su salud les preocupaba, le dieron permiso para ir a vivir a casa del cónsul francés, con la condición de que no salieran de allí. Allí se encontraba el 25 de noviembre de 1645, cuando hizo ante Francisco Constans, canciller del cónsul de Argel, la declaración publicada con el título de *Certificat des souffrances du Père Sébastien*, en *Revue africaine*, tomo 35.

su casa algún cristiano pidiendo ayuda para otro, volar en seguida a su lado sin vacilar un momento! Puedo decirle que no en vano le daba él a este ejercicio el nombre de carrera, ya q#e acudía con tanto ardor, y más todavía, que el que ponen los corsarios de Argel para atrapar a un barco mercante. Y lo mismo que éstos no hacen excepción alguna, sino que pillan indiferentemente todo lo que encuentran, así lo hacía también nuestro buen corsario, pues no había español, italiano o de cualquier otra nación al que no procurase ganar para Jesucristo y ponerle en el camino de la salvación.

Su enfermedad empezó con un gran dolor de estómago y de riñones, con un gran cansancio en todas las extremidades y con una fiebre tan violenta que todos creían que no pasaría de aquel día. Tuvo luego algunos vómitos que en seguida manifestaron cuál era su enfermedad. Esta fiebre le duró hasta el domingo por la tarde, en medio de agitaciones y delirios y un sudor extraordinario, que tuvo durante todo el domingo y que hicieron que bajara la fiebre. Al atardecer recuperó el sentido, de forma que ya lo creíamos fuera de peligro. Pasé la noche velándole y, como estuve solo con él, tuve la dicha de gozar durante dos o tres horas de su conversación, durante la cual me dio algunos consejos para gobernarme en este país, mientras estuviera solo. Entonces pude ver el consuelo que recibe un alma que muere en las funciones de su vocación. Me demostró una gran entereza en recibir la muerte, para la que se estuvo preparando desde que embarcamos en Marsella para venir a esta ciudad, y así me lo dijo varias veces, creyendo que lo quemarían o lo empalarían, con una total resignación en la voluntad de Dios y con una ternura tan grande que me hubiera gustado estar en su lugar.

Finalmente, el lunes por la mañana volvió a subir la fiebre; aquel día fue especialmente duro, con ocasión de una llovizna que duró un cuarto de hora, después de un año de sequía; se dice que murieron aquel año 8.250 personas. Así pues, al comenzar el nubarrón, a eso de las dos de la tarde, volvió a entrar en agonía con grandes esfuerzos y violencias. Estaba sentado en el lecho, con el crucifijo en la mano, y se imaginaba que estaba predicando en el púlpito. En ese estado pronunció algunas palabras que no pudimos entender. De vez en cuando le hacía besar el crucifijo y rezar el Sancta Maria, etcétera, o el Maria mater,

etcétera, pero no puedo expresarle con cuánto ardor y afecto lo rezaba en la medida de sus posibilidades. Después de haber estado en esta agitación durante casi una hora, le fallaron las fuerzas, poco después se fue enfriando y después de medio cuarto de hora de tranquilidad expiró o, mejor dicho, se durmió, ya que todo ocurrió dulcemente. Ese fue el proceso de su enfermedad.

Apenas murió, se extendió por toda la ciudad el rumor de su muerte y empezó a llenarse toda la casa de cristianos franceses, italianos, españoles y de otras naciones, que testimoniaban con sus lágrimas lo mucho que sentían su pérdida; después de algunas oraciones les mandamos que se retirasen, por el mal ambiente que había, pero fue imposible. Finalmente lo enterramos en un lugar que se llama Bab-Azoun³, a la orilla del mar, al lado del difunto padre Luciano⁴. Asistieron setecientos u ochocientos cristianos de diversas naciones, con lágrimas en los ojos, y muchos turcos que lo apreciaban porque atendía a sus esclavos en sus enfermedades; esto me daba mucho consuelo, dada la situación en que estaba. Y ciertamente habrían sido unos ingratos si no lo hubieran hecho, pues había adquirido crédito entre ellos por las gracias especiales que Dios le había dado para tocar los corazones de aquellos bárbaros para que se compadeciesen de sus esclavos.

Entraba tan libremente en sus casas como en la nuestra y la bendición que Dios daba a sus trabajos con la convalecencia de algunos lo hacía pasar por médico; con esta excusa iba, libremente a visitar, a asistir, y a consolar a los pobres cristianos, por ocultos que estuvieran, y les administraba los sacramentos en presencia de sus amos, a quienes daba a entender que se trataba de medicinas, en lo cual no les engañaba ciertamente, ya que esos remedios obran con mayor eficacia que los corporales.

3. Allí existía un cementerio de cristianos.

4. En su primer viaje a Argel, en enero de 1643, el padre Luciano Héraul, trinitario, había rescatado a cuarenta y ocho esclavos. Al volver a esta ciudad en 1645, redimió algunos más y se quedó como rehén. Como el dinero prometido tardaba en llegar, fue encarcelado. Murió poco después, el 28 de enero de 1646. Su cuerpo fue enterrado fuera de la ciudad, en el cementerio de los cristianos, cerca de la puerta de Bab-el-Oued. (DAN, *Histoire de la Barbarie et de ses corsaires*, 136).

Después de las exequias, pensamos en conservar lo demás, poniendo todo el cuidado y diligencia que fuera posible. El reverendo padre Sebastián Brugière, religioso de Nuestra Señora de la Merced, me aconsejó que echara perfumes y que quemase mucha madera olorosa en la casa, y sobre todo en la habitación en que había muerto.

Al día siguiente de su muerte, me vi con un gran desfallecimiento de corazón, con sudores extraordinarios, sin poder descansar; y la imaginación, que estaba aún más enferma, me decía que yo también iba a morir y, con esta idea, empecé a disponerlo todo como si hubiera de morir aquel mismo día. Una vez hecho esto, empecé a desprenderme de todas las cosas de la tierra y a ponerme en manos de nuestro buen Dios. Entonces me acordé de todo lo que había leído en la cárcel del tratado de la conformidad con la voluntad de Dios. Y a veces, pensando en la inspiración que había tenido el difunto padre Nouelly de dejarme aquel tratado, me figuraba que era todo obra de su divina y singular prudencia, por la que deseaba disponerme a recibir la muerte con paciencia, aunque privado de especial ayuda, lejos de mis parientes y de mis amigos más íntimos, sin consuelo alguno, en un país donde me han perseguido tan violentamente. Sin embargo, sentía en mi interior que todas estas consideraciones me daban más ánimos, ya que me veía así más conforme con su voluntad, que lo ordenaba de ese modo. Pero, después de un día, se vio que Dios me quería guardar para otra ocasión.

*Al día siguiente de su muerte, se cantó un oficio solemne en los baños del rey, con toda la concurrencia que el lugar y el tiempo podían permitir. El padre Pedro, religioso carmelita, pronunció la oración fúnebre, que trató ampliamente de la causa de su enfermedad; luego apeló al salmo *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem* y expuso todos los socorros que había proporcionado tanto a los eclesiásticos como a los seglares y dijo que era un santo. Dos días después se cantó otro oficio en el baño de Cheleby⁵, donde también pronunció una oración fúnebre el padre Angel, religioso de san Francisco, que escogió como tema el llanto que hizo san Jerónimo por la muerte de santa*

5. Patrono del baño.

Paula y lo que se dice que in morte ejus omnes defecisse virtutes; se extendió largamente sobre su caridad con los pobres cristianos, su mansedumbre y su afabilidad, ya que nunca se apartó de él ningún cristiano sin verse satisfecho, su modestia con la que conquistaba el corazón de todos, y así de los demás.

Entre las personas que lo socorrieron caritativamente no puedo ocultarle el celo del padre Sebastián y el del padre Corse, su director, que lo asistieron hasta el último suspiro, sin abandonarlo jamás a pesar del peligro que corrían. También sería ingrato olvidar a Gabriel Mirsane, cirujano de La Fleche, en Anjou, para cuyo rescate la señora duquesa de Aiguillon me ha dado poderes hasta 500 libras, que demostró todo su interés y su diligencia cuidándolo asiduamente, durmiendo incluso en casa para estar siempre dispuesto a socorrerle.

En esta ocasión he podido apreciar también la fidelidad de Renato Duchesne, pobre hidalgo del Poitou ⁶, que está en galeras desde hace doce años y que hace un año que vive en casa sirviéndonos de secretario, y de Juan Benoît, que nos sirve de cocinero desde hace igual tiempo. Sería difícil poder decir cuál demostró mayor solicitud. También le atendieron otros tres cristianos llamados Juan Petit, de Boulogne, Lépine, de Picardía y Guillermo Mobavec, del obispado de Coutances, que nos socorrieron y nos siguen prestando sus servicios.

Esto es casi todo lo que ha pasado en Argel a propósito de la muerte del padre Nouelly; y digo casi todo, porque sería demasiada tarea especificar los servicios que les ha hecho a los pobres necesitados y enfermos. Eran demasiado considerables para que Dios pudiera retrasar su recompensa.

Por mi parte, le doy gracias a Dios de que me haya concedido aún tiempo para hacer penitencia. Sea todo para la mayor gloria de Dios, tal como deseo de verdad, ya que tengo el honor de declararme, padre, su muy humilde hijo y obediente servidor,

BARREAU

6. Renato Duchesne, nacido en Saint-Juire-Champgillon (Vendée) en agosto de 1607; entró en la congregación de la Misión el 16 de febrero de 1654 como hermano coadjutor, e hizo los votos el 1 de noviembre de 1658.

1016 [975,III,222]

**JULIAN GUERIN, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

[Túnez, entre 1645 y mayo de 1648] ¹

Tenemos aquí a un muchacho de Marsella, de trece años que, después de haber sido cogido y vendido por los corsarios, ha recibido más de mil bastonazos por la fe de Jesucristo, de quien querían hacerle renegar a la fuerza. Con este mismo fin le machacaron el brazo, lo mismo que hacen con la carne para asarla en las brasas; luego, habiéndole condenado a cuatrocientos bastonazos, o sea, a morir o hacerse turco, fui a hablar con su dueño; me puse tres o cuatro veces de rodillas ante él, con las manos juntas, para interceder por él. Me lo entregó por doscientas piastras, pero como no las tenía, pedí cien escudos prestados a interés y un mercader me dio lo que faltaba.

1017 [976,III,223-224]

A ALANO DE SOLMINIHAC, OBISPO DE CAHORS

30 julio 1647.

Monseñor:

Son portadores de la presente sus dos buenos religiosos de Chancelade que se vuelven con el decreto. Se han portado maravillosamente en el manejo de este asunto y han edificado a todos con los que han tratado. Hay una cláusula en el decreto que le da carta blanca para obtener la erección de su congregación. El Consejo ordena que los religiosos de Chancelade, Sablonceaux ¹ y Saint-Girard ² vivan bajo la dirección del superior o del abad de Chancelade, que es — propiamente hablando — la erección de una congregación entre tres casas. Y como el magistrado tem-

Carta 1016. — ABELLY, *o. c.*, II, cap. I, 140.

1. Duración de la estancia de Julián Guérin en Túnez.

Carta 1017. — Reg. 1, f.º 2, copia sacada de la minuta, manuscrita del santo.

1. Pequeña localidad de la Charante-Inférieure. Alano de Solminihac había enviado allá a dos de sus religiosos, que le había pedido monseñor de Sourdis, arzobispo de Burdeos, abad commendatario de la abadía.

2. En Limoges.

poral no puede dar la jurisdicción espiritual que necesita un superior de varias casas, y es preciso que se la dé el Papa, en quien reside este derecho, los religiosos de dichas casas tienen que dirigirse a Su Santidad para pedirle, en favor del abad de Chancelade, la autoridad de dirigir espiritualmente las tres casas mencionadas. Y como dicho señor abad de Chancelade, obispo de Cahors, ha fundado una casa en la diócesis de Cahors para que vivan bajo la dirección del superior o abad de Chancelade ³, y hay algunas otras casas de la misma Orden que piden vivir bajo la dirección de dicho superior de Chancelade, se le suplica a Su Santidad que erija en congregación la unión de esas tres casas hecha por el Consejo del rey, para vivir bajo la dirección del superior de Chancelade, atribuyendo a dicha congregación los derechos y privilegios atribuidos a las demás congregaciones religiosas, con la facultad de recibir en la misma a las casas no reformadas, que no sean de otra congregación, de la Orden de canónigos regulares de san Agustín, que pidan unirse a ella, según [indica] el santo concilio de Trento, que ordena que las casas religiosas que no sean de ninguna congregación están obligadas a unirse corporalmente a alguna de ellas.

Esto es, monseñor, lo que pienso sobre este asunto. Y como la presencia de una persona apresura el éxito de un asunto y lo asegura con mayor rapidez y acierto, creo que la cosa merece que envíe usted a alguien que no aparezca por allí con el hábito, pues los asuntos se resuelven antes si pasan por allí los exploradores sin ser notados.

Se dice que el señor obispo de Puy ⁴ tiene que ir a Roma para la beatificación del bienaventurado obispo de Ginebra, este otoño o en primavera; si es así, ruego que mueva este asunto.

Esto es, monseñor, todo lo que puedo ofrecerle, junto con mi pobre corazón, que le envíe con esta carta, pues soy, en el

3. El obispo de Cahors había llamado a esta ciudad, un mes antes a doce canónigos regulares de la reforma de Chancelade. Tres de ellos, entre los que estaba el superior, padre Garat, se hospedaban en el obispado: cinco o seis en una casa de alquiler, del barrio de la Barre, los demás estarían en misiones durante todo el año, excepto la época de la cosecha. Unos años más tarde se establecieron en Cadurques, en una casa expresamente construida para ellos por el obispo de Cahors.

4. Enrique de Maupas du Tour (1641-1661)

amor de Nuestro Señor, su muy humilde y muy obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

1018 [977,III,225]

A UN SACERDOTE DE LA MISION

[1647] ¹

Nada nuevo tengo que contarle, a no ser la muerte del padre Aulent, que era superior de nuestra casa de Toul, donde ha acabado sus días con señales casi infalibles de su bienaventuranza eterna. Vivió como verdadero siervo de Dios y tan santamente como puede hacerlo un verdadero misionero. No puedo contarle los detalles de su muerte; pero puede usted imaginárselos pensando en un hombre en el que no se advirtió ningún defecto y que practicó todas las virtudes. Puede decirse esto de él sin exageración, y se lo digo con una gran pena por la pérdida que con él ha sufrido la Compañía. ¡Dios nos dé la gracia de imitarle, y a mí la de obtener misericordia por sus oraciones y las de usted!

1019 [978,III,225-226]

**JULIAN GUERIN, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

[Túnez, entre 1645 y mayo de 1648] ¹

No puedo menos de comunicarle lo que me dijo un turco uno de estos días pasados, para confusión de los malos cristianos. Me estaba esforzando en reconciliar a dos cristianos que estaban reñidos; y al ver mis esfuerzos por conseguirlo, me dijo delante

Carta 1018. — Manuscrito de Lyon.

1. Año de la muerte del padre Aulent.

Carta 1019. — ABELLY, *o.c.* II, cap. I, 124.

1. Duración de la estancia de Julián Guérin en Túnez.

de ellos en su lengua: «Padre, entre nosotros los turcos no está permitido pasar tres días enfadados con el prójimo, aunque hubiera matado a uno de nuestros parientes más próximos». En efecto, muchas veces he observado esta práctica entre ellos, y he visto cómo se abrazaban inmediatamente después de haber estado golpeándose. No sé si su interior responderá a lo exterior, pero no cabe duda de que esos infieles condenarán en el día del juicio a los cristianos que no quieren reconciliarse interior ni exteriormente y, conservando su odio en el corazón contra su prójimo, lo siguen demostrando por fuera con gran escándalo de los demás y hasta se ufanan de las venganzas que se han tomado o desean tomarse de sus enemigos. Sin embargo, estas gentes, que consideramos bárbaras, tienen vergüenza de conservar en el corazón su odio y de no querer reconciliarse con los que les han hecho algún mal.

1020 [979,III,226-227]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Bicêtre, agosto 1647]¹

Padre:

Ayer tuve que excusarme ante el señor Le Roy de no haber hablado con usted de su parte; pero creo que he de decirle todo lo que él me dijo y lo que le contesté; me resultará algo difícil. Pero lo principal es que él afirma que es el director y administrador del asilo de niños y, como tal, pretende ir a tener la instrucción cuando bien le parezca, poner allí un sacerdote y encargarse de toda la dirección espiritual; que le gustaría que encontrásemos un sacerdote y se lo presentásemos [para] su aprobación; y que se siente más celoso de esto que de un obsequio o de un cardenalato; y que si se lo negara, iría a presentar sus quejas al señor procurador general² y le presentaría la dimisión de la administración que le habían concedido.

Carta 1020 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Blas Méliand (1641-1650).

Yo me manifesté extrañada de que no hubiera hablado antes de ello, diciéndole que estas damas³ siempre habían tenido hasta ahora el mismo cuidado de lo espiritual que de lo temporal, como se ve por los bautismos, confesiones pascuales e instrucciones de primera comunión, por la misa que hacen decir tanto para los niños como para las nodrizas, y que yo creía que los señores del cabildo se habían descargado por completo de toda la dirección de esta obra, encargándosela a las damas, a no ser de las 1.200 libras de que tenían que dar cuenta; y que, en más de cincuenta años de administración del cabildo, sólo se habían pedido cuentas de dicha suma; que, sin embargo, yo hablaba sin que me hubieran dicho nada de esto las damas, a las que veía muy poco, y que lo que le decía era solamente de sentido común. El se quejó de que no le hubiéramos dicho lo de Bicêtre. Yo le indiqué que las damas probablemente ni creyeron siquiera que tenían que hacerlo, y que además había sido todo muy precipitado. Me dijo un montón de cosas, y yo a él, que no le puedo contar; no dejó de echarme en cara la respuesta de sor Genoveva⁴ a esos señores a propósito de su petición, y yo le di a entender por qué había respondido así.

Si alguna buena persona pudiera obtener de la reina esta plaza para una fundación de la Misión, se impedirían muchos contratiempos y se haría un gran bien.

Me olvidaba de decirle que, ante mi negativa a hablar con usted, el señor Le Roy se decidió a ir a ver a dichas damas y les habló duramente.

Si quiere usted tomarse la molestia de leer la carta de la señorita de Romilly, se la enviaré, si le parece bien.

Haga el favor de darme su bendición y créame, padre, su muy obediente servidora y muy obligada hija,

L. DE MARILLAC

Pensando en la gran necesidad que tenemos, le dije que creía que las damas se verían obligadas a dejar pronto toda la obra

3. Las damas de la Caridad.

4. Genoveva Poisson.

en manos de quien pudiera llevarla. Nos separamos amigablemente, pues le hablé de una forma bastante neutra.

Creo que sería necesario pensar en el vino cuanto antes.

Dirección: Al padre Vicente.

1021 [980,III,227-229]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Toulouse, 20 agosto 1647.

Padre.

Recibí la que se tomó usted la molestia de escribirme el 4 del corriente. Nada tengo que decir sobre los comisarios que ha nombrado usted para el asunto de mis religiosos.

Desde que el señor abad de Estrades fue nombrado obispo de Périgueux, no he dejado de exhortarle, rogarle y urgirle para que pusiese toda la diligencia posible en obtener pronto las bulas y marchar a su diócesis. Al fin, viendo por sus cartas que se dejaba llevar por las ideas de su hermano, que eran de obtenerlas gratis y no urgir su expedición hasta que pudiera obtenerlas por este camino, le escribí hace unos dos meses rogándole que le propusiese a su hermano esta verdad indudable que, desde que pidió gratis las bulas, se han condenado muchas almas de esa diócesis que no se habrían condenado si hubiera estado allí, y que hasta que las obtenga se seguirán condenando muchas que no se condenarían si él estuviera en su diócesis; que no creía que él quisiera responder de esas almas ante Dios; que aunque respondiera de ellas su hermano, él no estaría libre delante de Dios; que le escribía todo aquello con un gran sentimiento, etcétera. Unas cinco semanas más tarde, me escribió que estaba decidido a proveer por la diócesis de Périgueux de una forma o de otra y que estaba en tratos con monseñor de Condom¹ para alcanzar su dimisión. Pocos días más tarde, me escribió que había concluido dicho tratado, que entregaría su abadía al sobrino de monseñor de Condom, y que él le entregaría la dimisión de su

Carta 1021. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original.

1. Antonio de Cous, fallecido el 15 de febrero de 1648.

obispado, reservándose doce mil libras de pensión; y me rogaba que le escribiera a usted para que usted hiciera aceptar esa dimisión; así lo hago siguiendo sus deseos, aunque creo que no necesito hacerlo, va que conozco el afecto con que usted desea que esa desolada diócesis de Périgueux se vea gobernada cuanto antes por una persona que tenga las cualidades requeridas para ello. Hay miedo de que aspire a ella el señor sobrino de monseñor de Condom; por eso me han dicho que se lo avise, para que en ese caso se oponga usted a ello todo cuanto pueda. Es aquel que trató con el señor obispo de Agde² para el obispado de Bayona, que usted consideró indigno por una acción que llevó a cabo al salir de los ejercicios en casa de ustedes, y que era indigna de su profesión.

Le han dicho al señor obispo de Valence³ que usted había trabajado por él en el Consejo de conciencia, por lo que se siente muy agradecido. Le ruega a usted, y yo con él, que siga protegiéndolo en el Consejo ante Su Eminencia⁴, para que le facilite los medios de realizar libremente sus funciones en su diócesis. Es muy fácil encontrar buenos gobernadores para las ciudades, pero es muy difícil encontrar buenos obispos, celosos de la salvación de las almas como él. Y como aquel gobernador no deja de cometer violencias contra él y contra sus encargados, es justo y más razonable que le den cualquier otro empleo a aquel gobernador, en vez de obligar al señor obispo de Valence a abandonar su diócesis.

Hace dos meses que estoy aquí tras este asunto del que le hablé en contra del señor conde de Rastignac⁵, sin que se haya dado aún la sentencia; es posible que no llegue a darla este parlamento, por culpa de todas esas triquiñuelas de la justicia. De todos modos, dentro de pocos días me retiraré a mi diócesis. Entretanto soy, padre, su, etcétera.

ALANO DE SOLMINIHAC
obispo de Cahors

2. Francisco Fourquet, trasladado de Bayona a Agde en 1643. Carlos Santiago de Gelas de Leberon.

4. El cardenal Mazarino.

5. Juan Francisco Chapt, marqués de Rastignac, mariscal de campo de los ejércitos reales.

LUIA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Bicêtre, 22 agosto 1647] ¹

Padre:

Si le parece bien, creo que será conveniente que no regrese hasta dejar aquí a una maestra de escuela para enseñar a coser y a leer a los niños, si no hay nada que requiera mi vuelta a casa; por eso, padre, tengo que suplicarse por amor de Dios que haga el favor de visitar a nuestras cinco hermanas que he dejado en retiro, sin haberlas atendido mucho, a las que les hice esperar que regresaría esta tarde o mañana por la mañana. Hay una de Saint-Germain-en-Laye, otra de Nanteuil ², otra de la aldea de Issy y otra que creo que habrá que devolver a Saint-Denis, pues no creo que valga para nosotras. Las demás tienen mucha prisa por volver a sus sitios y con vendría que regresaran el sábado próximo, a más tardar. La quinta es la que he destinado para maestra de nuestros niños.

He creído, padre, que hay mucha necesidad de que nos dé usted pronto un eclesiástico, por dos razones: una, para instruir a los niños; y la otra, porque me parece que el primero que quiera hacerse cargo, se quedará.

Esta mañana se nos ha muerto un niño. Me tomé la libertad de decirle al sacerdote que vendrá a enterrarle que, si no le viene bien venir a enterrarlo esta tarde, que nos haga el favor de venir mañana a decir la misa por el mismo.

Si cree usted necesario que vayan las hermanas a su casa para hablar con usted, en vez de no hablarlas, le ruego humildemente que se tome la molestia de comunicarlo. De todos modos, sería un gran consuelo para toda la familia si fuera usted a su casa.

Si le parece bien que las hermanas vayan a hablar con el señor procurador general ³, para recordarle las necesidades que usted le indicó, me parece que debería hacerlo sor Genoveva ⁴; las

Carta 1022 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. El hermano Ducournau añadió al dorso de la carta: agosto 1647. La postdata nos permite precisar el día.

2. Nanteuil-le-Haudoin.

3. Blas Méliand.

4. Genoveva Poisson.

otras no lo harían tan bien Sería necesario indicarle que es preciso hacer provisión total de leña

Las damas no han pensado en preparar un lugar para la escuela Hemos visto uno que estaría muy indicado, en la parte de abajo, para los niños, que hay que separar de las niñas; sólo habría que hacer una puerta y cerrar las ventanas. La de niñas podría tenerse arriba. Me gustaría tener uno de esos tableros alfabéticos; los pondremos en la pared; es el método que siguen las ursulinas en cierto lugar. No lo digo por la escritura, pues no creo que sea oportuno que las niñas aprendan a escribir.

La verdad es, mi veneradísimo padre, que hay motivos para esperar mucho bien de esta obra, si quiere nuestro buen Dios seguir bendiciéndola. Por su santo amor le pido también a usted que me bendiga, para que se cumpla en mí su santa voluntad. Soy su muy obediente y obligada hija y servidora,

L DE MARILLAC

Me olvidé de pedirle permiso para guardar abstinencia mañana, viernes, y ayunar, pues creo que lo puedo hacer. Así lo haré, si su caridad no me lo prohíbe.

Dirección: Al padre Vicente.

1023 [982,III,231]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Padre:

Mi corazón, lleno todavía de gozo por la inteligencia que me parece que Dios le ha dado de esas palabras Dios es mi Dios, y del sentimiento que he tenido de la gloria que todos los bienaventurados le dan, movidos por esta verdad, no puedo menos de escribirle esta tarde para suplicarle que me ayude a emplear debidamente estos excesos de gozo y enseñarme alguna práctica para mañana, día del santo que me ha dado su nombre¹ y ani-

Carta 1023 (CA). — Original en el seminario de San Sulpicio de París.

1. San Luis, rey de Francia, cuya fiesta se celebra el 25 de agosto.

*versario de la renovación de mis votos*², pues me gustaría por estos dos motivos escuchar su santa misa, si quiere su caridad decirme la hora, como se lo suplico humildemente, con la esperanza de que usted podrá advertir que estoy totalmente en sus manos, para que me ponga en las de Dios, cuyo amor y cuya misericordia me ha hecho su muy humilde y obligada hija y servidora,

L. DE MARILLAC

*Tarde del día de san Bartolomé*³.

1024 [983,III,232]
A LUISA DE MARILLAC

[25 agosto]¹

Señorita:

¡Bendito sea Dios por las caricias con que su divina Majestad la honra! Hay que recibirlas con respeto y devoción, pensando en alguna cruz que le está preparando. Su bondad suele preparar a las almas que ama de esta forma, cuando desea crucificarlas. ¡Qué dicha tener una providencia tan paternal de Dios sobre sí! ¡Cómo debe esto aumentar su fe, su confianza en Dios y obligarla a amarle cada vez más! Hágalo así, señorita. La acción que tiene que realizar usted hoy le dirá mucho de esto. Yo participaré de su consuelo, como me propongo también hacerlo de su cruz, en el santo sacrificio que espero ofrecerle hoy, entre ocho y nueve.

Buenos días, señorita. S. s.

V. D.

2. El 4 de mayo de 1623, santa Luisa hizo voto de permanecer viuda si sobrevivía a su marido (Cf. *Pensées de Louise de Marillac*, 6). Este voto lo renovaba cada año en dicho día (cf. GOBILLON, *o. c.*, 27), el primer sábado de cada mes (cf. *Pensées*, 4) y los principales aniversarios. Más tarde añadió el voto de consagrarse al servicio de los pobres.

3. 24 de agosto.

Carta 1024 (CA). — Original en el seminario de San Sulpicio de París.

1. Esta carta es la respuesta a la anterior; se escribió a continuación de la misma.

A JUAN FRANCISCO DE GONDI, ARZOBISPO DE PARIS

3 septiembre 1647.

Monseñor:

Le renuevo una vez más mi obediencia, con todo el afecto y toda la humildad que me es posible. Le suplico humildemente, monseñor, que así lo acepte, así como también la súplica que le dirigirá el señor Ribier, portador de la presente, sobre la unión de su priorato de Brière-le-Château¹. Hay tres razones, monseñor, que pueden moverle a ello, aparte del hecho de que somos pobres criaturas suyas: la primera, es el largo tiempo que lleva deseándolo dicho señor prior, esto es, 6 ó 7 años, desde que su difunto padre le dio este consejo al morir; la segunda es nuestra necesidad, debido a la sobrecarga de nuestras ocupaciones (un seminario de 40 sacerdotes externos que tenemos en Bons-Enfants, que sólo pagan la tercera parte de lo que gastan, siete sueldos diarios, y la de los ordenandos, que se va a duplicar con la recepción de todos los que reciban órdenes menores de su diócesis, ya que ha querido usted que los admitamos); y la tercera es que este beneficio depende en su colación del abad de Saint-Florent-les-Saumur² y no de usted, de forma que con ello no le quita nada a los derechos de su dignidad. Añada a ello, monseñor, que así podremos tener una residencia para los de la Compañía que vayan a tener misiones por aquellos lugares. Su bondad, monseñor, nos ha dado el ser al establecernos en San Lázaro; al concedernos este nuevo favor, nos dará los medios para estar mejor y para trabajar en su servicio.

Carta 1025. — Reg. 1, f. 63 v, copia sacada del original manuscrito del santo.

1. Esta es la palabra que lleva la copia. ¿Se trata de Bruyères-le-Châtel (Seine-et-Oise), o más bien de Brière-le-Château (Aube), como ha creído N. Pémartin? El priorato del que habla aquí san vicente a M Ribier como titular está dentro de la archidiócesis de París, y el abad de saint-Florent-les-Saumur es concesor. El priorato de Brière-le-Château realiza a primera condición; el de Bruyères-le-Châtel realiza las tres. Esta es la razón de la duda.

2. Saint-Florent está actualmente dentro de la ciudad de Saumur. Mazarino era abad de Saint-Florent.

Confieso, monseñor, que soy indigno de que escuche mis súplicas; pero la bondad paternal que Nuestro Señor le ha dado por nuestra Misión y por el bien de las almas de su diócesis suplirá a mi indignidad, que soy, en el amor de Nuestro Señor, su...

1026 [54,XV,72-74]

A JUAN FRANCISCO DE GONDI, ARZOBISPO DE PARÍS

8 septiembre 1647 ¹

«...Generalmente el santo desconfiaba de las nuevas comunidades. Así se ve por una carta que escribió aquel mismo año de 1647 al señor arzobispo de París, en la que une un profundo respeto a una firmeza verdaderamente sacerdotal. Un hombre ², que tenía un priorato ³ dependiente de la abadía de Saint-Florent-les-Saumur ⁴, deseaba desde hacía años unirlo al seminario de Bons-Enfants ⁵, que andaba muy cargado por la manutención de cuarenta sacerdotes externos, que sólo pagaban siete sueldos al día ⁶. Al arzobispo no le gustó aquella idea. Dio a entender a los que se la proponían que estaba descontento de Vicente de Paúl, que sabía de buena fuente que era él el que, en el consejo del rey ⁷, había impedido

Carta 1026. — COLLET, *o. c.*, I, 430-431. El autor resume la carta y de algunas citas textuales de ella. Cf. *Mission et charité*, 19-20 (1970) 72-74. n. 54.

1. Fecha señalada por COLLET.

2. M. Ribier.

3. El priorato de Bruyères-le-Châtel, priorato benedictino cerca de Etampes, entonces diócesis de París.

4. La abadía benedictina de Saint-Florent-les-Saumur, situada en la diócesis de Angers, ayuntamiento de Saumur, estaba unida desde 1637 a la congregación de San Mauro.

5. Antiguo colegio de Bons-Enfants, cuna de la congregación de la Misión, que se estableció allí en 1625; al trasladarse los misioneros a San Lázaro en 1632, el colegio sirvió a varios fines; en 1645 se fundó allí un seminario para los sacerdotes que deseaban formarse en las funciones de su estado.

6. Sobre todo este asunto véase la carta de san Vicente a Juan Francisco de Gondi con fecha 3 de septiembre 1647, n. 1025.

7. El consejo de conciencia, creado por la reina regente Ana de Austria en 1643 para el nombramiento de beneficios (obispos y abades) y para todo lo referente a cuestiones eclesiásticas y religiosas. San Vicente formó parte de este consejo y fue algún tiempo relator del mismo.

que cierta religiosa fundase en Lagny ⁸; que si deseaba seguir siendo amigo suyo, tenía que cambiar de estilo e inducir a la reina a cambiar de sentimientos.

Con esta ocasión el santo le escribió al prelado una carta, que dice en substancia: es verdad que la reina, al regresar de Amiens, le habló de aquella fundación, también es verdad que él no la protegió, pero porque tenía buenas razones para ello; que hacía tiempo se había decidido en el consejo eclesiástico ⁹ no permitir nuevas fundaciones de religiosas, pues se reconocía que había demasiadas; que a su majestad llegaban quejas con frecuencia- que muchas fundaciones se deshacían por sí mismas, pues en poco tiempo se habían visto desaparecer seis o siete de estas congregaciones ¹⁰; finalmente, que no se conocía bastante el espíritu de la reina. cuando se la creía capaz de cambiar *de lo blanco a lo negro*, y que, por lo que a él concernía, no podía ni arrepentirse *ni desdecirse* de un consejo que *sólo había dado pensando en Dios*.

La firmeza de estas palabras iba templada con testimonios de gratitud, de sumisión y respeto, que aquí suprimo, ya que no se trata ahora de exponer el respeto que el santo les tenía a los obispos, sino de manifestar cómo no le seducía la apariencia del bien y que solamente daba su aprobación a las nuevas fundaciones de mujeres cuando el Espíritu de Dios, la naturaleza y el principio de sus institutos, y la experiencia sobre todo, le permitían juzgar que no había en ellas nada que temer, sino mucho que esperar ¹¹.

1027 [985,III,234-235]

A MATURINO GENTIL

París, 17 septiembre 1647.

Padre:

la gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Ya respondí a dos de sus cartas, pues por mi última verá que le hablo de muchas de las cosas que allí me decía; especial-

8. Localidad situada al este de París (antigua diócesis de París, departamento actual de Seine-et-Oise).

9. Se trata del mismo consejo de conciencia que COLLET había llamado también más arriba «consejo del rey».

10. COLLET añade en nota: «los nombra expresamente la carta del santo».

11. Se explica entonces por qué san Vicente hizo todo lo posible por impedir que las Hijas de la Caridad, fundadas por él y santa Luisa de Marillac en 1633, fueran consideradas religiosas.

Carta 1027 (CF). — Archivo de Turín, original.

mente, para descargo de su casa, le rogaba que nos enviara a los hermanos Laisné ¹, Dupont ², Dionisio ³ y los dos estudiantes; vuelvo a rogárselo, en el caso de que no hayan salido todavía.

Me extraña la libertad que se ha tomado el hermano Laisné con el dinero, así como el uso que ha hecho de él. Pensaremos un poco en lo que habrá que hacer sobre este caso.

Le enviaremos como regente al hermano Gurlet ⁴ después del retiro que va a comenzar. Podrá llevar a los niños del padre Prudhomme junto con algún otro, si se presenta ⁵.

También le decía que, si nos comunica dónde vive el padre Gautier o cualquiera al que podamos dirigirnos para el rescate de Valobron, procuraremos que le dé algún tiempo para poder pagarle.

Si el señor preboste de la Couture ⁶ cree que hay que dejar el alquiler a la señora Grémy por 29 años, mediante alguna elevación del precio, y con la condición de que al final la casa se devuelva en buen estado, me parece bien y me remito a lo que ordene dicho señor preboste.

El señor Aubert ⁷ hace bien en pedir dos *pistolas* ⁸ por el estiércol que ha puesto en el huerto; el padre Gallais asegura que se le dedujeron desde el primer año y que él mismo se las pagó personalmente. A propósito de las cuatro *pistolas* que usted dice que le había prometido por no disfrutar de dicho huerto, el padre Callais se excusó de hacerlo alegando que el señor Aubert no

1. Probablemente Nicolás Laisné.

2. Luis Dupont, nacido en Nemours, entró en la congregación de la Misión el 23 de octubre de 1641, a los 22 años; hizo los votos en noviembre de 1644, fue superior de Toul (1652-1653), Tréguier (1654-1661), Annecy (1662-1663) y San Carlos (1664-1671).

3. Quizás Dionisio Gigot, nacido en Donnemaria (Seine-et-Marne), que entró en la congregación de la Misión el 22 de julio de 1647, a los 22 años e hizo los votos en Troyes el 9 de octubre de 1649.

4. Claudio Gurlet, nacido en Lión, entró en la congregación de la Misión el 12 de junio de 1646, a los 24 años de edad, y murió el 2 de febrero de 1653.

5. Probablemente para el seminario de Bons-Enfants.

6. Parroquia de Le Mans.

7. Pedro Aubert, comerciante de Le Mans (Arch. Nat. S 6707).

8. Moneda antigua de oro, de valor variable. (N. T.).

puede pretender disfrutar de él por el contrato de arrendamiento. Yo [no] lo sé; hable usted con el preboste.

En cuanto al cambio que le propone hacer con la casita y la viña del difundo señor Saint-Jacques ⁹...

Soy, padre, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Dirección: Al padre Gentil, sacerdote de la Misión, en Le Mans.

1028 [986,III,236-237]

**A ANTONIO PORTAIL, SACERDOTE DE LA MISIÓN,
EN ROMA**

20 septiembre 1647.

Le ruego, padre, que salga de San Salvador ¹ y que no emplee en Roma más de seis días para acabar la visita ², Ya es bastante, tanto porque tendrá menos faena cuanto más abrevie, como porque tenemos aquí necesidad de su presencia. Estoy yo solo para llevar la carga, pues sólo puede ayudarme el padre Cuissot ³. También le ruego que se contente con otros seis días para revisar nuestras reglas con los padres Dehorgny y Alméras, para emprender a continuación la vuelta a Francia. Si, al pasar por Génova, cree usted que es necesaria una segunda visita, puede hacerla, pero durante ocho días únicamente. La de Marsella

9. La frase está así en el original; el secretario la dejó incompleta por distracción.

Carta 1028. — Reg. 2,104.

1. Abadía situada a quince leguas de Roma, en la Sabina, Antonio Portail se había retirado allá durante los calores de la capital, que le hacían sufrir mucho.

2. La visita, comenzada el 23 de abril, no terminó hasta el 16 de noviembre. Los calores fueron la causa de varias interrupciones (Cf. la noticia de la vida de Antonio Portail en *Notices* 55, 59).

3. Lamberto aux Couteaux estaba haciendo varias visitas (cf. carta 1029).

se hará también en ocho o diez días. Y aunque sé que algunas consideraciones podrían requerir más tiempo, tengo motivos para desear absolutamente y para conjurarle en nombre de Nuestro Señor, como lo hago, de que no se detenga más tiempo en ninguno de esos lugares, no sólo por las razones que le he dicho, sino porque se logra más con una visita hecha con diligencia, mientras los espíritus están todavía enardecidos, que cuando se arrastra demasiado. El tiempo que va pasando lentamente sirve más bien para cansar a las personas visitadas y entibiar el fervor de la obra que para producir algún fruto; ya tenemos cierta experiencia de ello y la práctica de otras comunidades nos lo hace creer así. Le ruego, pues, que actúe de esta forma y me sentiré especialmente consolado ⁴.

1029 [987,III,237]

A CARLOS TESTACY, SUPERIOR, EN CAHORS ¹

París, 21 septiembre 1647

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

La presente es únicamente para pedirle noticias de tres cosas: la primera es el estado de su salud y el resultado de los remedios que ha tomado; la segunda es el éxito de su ordenación; y la tercera, qué es lo que ha pasado con el padre Lamberto y qué camino ha tomado ². Creía que recibiría carta suya y de ustedes en el último correo, como de ordinario; pero, al no recibir ninguna, estoy preocupado por todo lo que le he dicho, especialmente por lo que se refiere a usted, y por eso le ruego que me diga algo. No es que yo no tenga grandes esperanzas de que todo irá bien; así se lo hemos pedido a Dios con las oraciones

4. Las circunstancias no favorecieron los deseos del santo, que no volvería a ver a Antonio Portail hasta dos años más tarde.

Carta 1029. (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. El nombre del destinatario se deduce del contenido de la carta.

2. El 6 de agosto anterior, Lamberto aux Couteaux estaba de visita en la casa de Saintes; el 20 de septiembre estaba en Cahors.

de la Compañía y con las de quien es, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde servidor.

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

1030 [988,III,238-239]

**ALANO DE SOLMINIHAC, OBISPO DE CAHORS,
A SAN VICENTE**

Merquès, 21 septiembre 1647.

Padre:

Ayer le puse unas letras por medio del padre Lamberto, que ha visitado nuestro seminario con mucho fruto. El le contará detalles.

Acabo de recibir la que usted se tomó la molestia de escribirme, del 7 del corriente. Me alegro mucho de que se acepte la elección de la priora de Pouget. Es una buena religiosa que introducirá y mantendrá allí la reforma, si place a la reina concederle el breve necesario para ello. La religiosa de que se ha hablado en alguna ocasión es aquella sobre la que le habló a usted en mi presencia el señor obispo de Utica ¹, y que, aparte de todos los defectos generales y comunes a todas las religiosas de esa casa, de no saber ni en teoría, ni mucho menos en la práctica, lo que es la religión, tiene otros fallos particulares. Por eso le ruego que se oponga a ese plan y que le recuerde a su Majestad lo que tantas veces me ha asegurado, que nombraría un hombre apostólico para el obispado de Périgueux, que está totalmente abandonado al pillaje. Las almas se condenan a millares y non est qui recogitet. ¡Qué rara se está haciendo la fe en este siglo! Clama, ne cesses. Y acuérdesese usted de que, cuanto más duro sea el combate, más gloriosa será la victoria y mayor la recompensa, en la que sé muy bien que usted no piensa.

Estaba preparado para ir al altar cuando recibí la suya. Inmediatamente anuncié a nuestros ordenandos que quería que los

Carta 1030. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original.

1. Pedro Bertier, obispo titular de Utica, coadjutor del obispo de Montauban.

que recibiesen las cuatro menores asistiesen a las ordenaciones, pues es justo que nuestro seminario obre en conformidad con su madre.

Le comunicaré al señor obispo de Valence ² las diligencias que usted ha hecho por complacerle. Está muy molesto de que le hayan dado al presidente o senescal, por decreto del Consejo, el lugar que él ocupaba en el sermón de su iglesia. Es preciso que resida en su obispado; pero también creo que hay que darle alguna satisfacción. Si usted cree conveniente que le escriba el rey, creo que convendría que Su Majestad le dijese que había ordenado expresamente al gobernador de Valence que no le molestase en su cargo y en lo que toca a su dignidad, etcétera.

De Sarlat nos indican que el asunto d el señor Sevin sobre este obispado estaba ya terminado y que se expedirán los documentos el 20 del corriente; me alegro mucho de ello. Mañana saldré para visitar mi diócesis por aquella parte, especialmente Chancelade, durante la vendimia.

Cuando vea usted a la reina, le ruego que le diga a Su Majestad que el obispado de Couserans ³, actualmente vacante, se encuentra en gran desolación.

Soy, padre, etcétera.

ALANO,
obispo de Cahors.

1031 [989,III,239-240]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR EN GENOVA

27 septiembre 1647.

Siempre les recuerdo a usted y a todos los suyos con gran cariño. Desea ser usted totalmente de Dios, y Dios también les quiere a todos ustedes para el; son los primeros que él llamó a Génova para el servicio que espera de la Compañía en aquel lugar; y para ello les dará gracias especiales que servirán de fun-

2. Carlos Santiago de Gelas de Leberon.

3. Pedro de Marca fue nombrado obispo de Couserans en 1648.

Carta 1031. — Reg. 2,198.

damento a todas las que seguirá concediendo a esa nueva casa. ¡Cómo hemos de alabar su bondad! ¡Qué confianza hemos de tener en su protección! ¡Cuánta humildad, cuánta unión y cuánto respeto unos con otros! ¡Señor, Dios mío, sé tú el vínculo de sus corazones; hazles gozar de los efectos de tantas gracias como les concedes y acrecienta el fruto de sus trabajos por la salvación de las almas; riega con tus bendiciones eternas esa fundación, como un nuevo árbol plantado por tu mano, fortifica a esos pobres misioneros en sus fatigas; en fin, Dios mío, sé tú mismo su recompensa y extiende sobre mí por sus oraciones tu inmensa misericordia!

Y vuelvo a usted, padre, sólo para asegurarle que soy en Nuestro Señor...

1032 [990,III,240]

A JUAN BARREAU, CONSUL DE FRANCIA, EN ARGEL

[Fines de septiembre o principios de octubre, 1647] ¹

Ayer tarde recibí la triste, pero feliz, noticia de la muerte del padre Nouelly, que me ha hecho derramar muchas lágrimas en varias ocasiones, pero lágrimas de gratitud a Dios por su bondad con la Compañía, al haberle dado un sacerdote que tan perfectamente amaba a Nuestro Señor y que ha tenido un fin tan hermoso.

¡Qué feliz es usted de que el buen Dios le haya escogido para una obra tan santa, excluyendo a tantas otras personas inútiles del mundo!

Ha sido usted casi prisionero por la caridad o, mejor dicho, por Jesucristo. ¡Qué dicha sufrir por tan gran monarca y cuántas coronas le esperan, si persevera hasta el fin!

Carta 1032. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 102.

1. Esta carta contesta a la que escribió Juan Barreau el 27 de julio de 1647 y que llegó a París durante los ejercicios anuales o unos días antes (cf. carta 1033).

1033 [991,III,241]

A UN SACERDOTE DE LA MISION

[Fines de septiembre o principios de octubre. 1647] ¹

Aunque estoy de retiro, no dejo de escribirle para encomendar a sus oraciones a una persona de la Compañía, que ha muerto, el padre Nouelly, fallecido en Argel, donde había sido enviado para asistir a los pobres esclavos cristianos, con los que se portó tan dignamente que prefirió exponerse al peligro del contagio de los pobres enfermos que dejar de socorrerles hasta su último suspiro, de modo que se contagió del mismo mal y murió. El hermano Barreau, su compañero, me ha escrito cosas muy impresionantes y de mucha edificación.

1034 [992,III,241-244]

A SANTIAGO DESCLAUX, OBISPO DE DAX

2 octubre 1647.

Monseñor: Recibí con gran alegría, como siempre, el honor que me ha hecho de comunicarme su avenencia con los señores capitulares, y ruego a Nuestro Señor que cimiente esa unión y aquella con la que él está y estará eternamente unido a su Padre ¹,

Carta 1033. — Manuscrito de Lyon.

1. Esta carta fue escrita el año de la muerte del padre Nouelly y durante los ocho días de retiro anual de san Vicente.

Carta 1034. — Reg. 1, f.º26, copia sacada de la minuta autógrafa.

1. El obispo de Dax estaba en litigio con sus canónigos a propósito del libro de títulos de nombramiento para los prebendados del coro, de la congrua que había que pagar al capellán mayor y de los honores que pretendía durante los oficios pontificales. El parlamento de Burdeos, encargado del asunto, le dio la razón por decreto del 4 de abril de 1647. Se interpuso una apelación ante el Consejo del rey. Pero los canónigos, al ver que su causa iba por mal camino, le propusieron a Santiago Desclaux un arreglo, del que serían árbitros los obispos de Aire y de Bazas. Los dos prelados dieron su sentencia el 13 de julio de 1647 y se firmó el acuerdo mediante la redacción de unos nuevos estatutos (Cf. DEGERT, *Histoire des éveques de Dax*, Paris 1903, 328, y nuestra *Histoire des cathédrales de Dax* en: *Bulletin de la Société de Borda* (1908) 275).

suplicándole además que haga lo mismo en lo que se refiere al señor de Poyanne ².

El beneficio de Orthez sigue lo mismo, aunque hable de él en el último consejo, Nuestro Señor dispondrá de él como le plazca. El señor de Vignoles, de Béarn, y sus amigos lo piden para un sobrino suyo; otro bernés ³, secretario del príncipe Casimiro, cardenal de Polonia ⁴, lo pide también con mucha insistencia, y gozan del favor de aquel que lo puede todo ⁵.

El afecto que usted me demuestra al pedirme una fundación de la Misión en su diócesis en casi todas sus cartas, me ha hecho pensar más seriamente en ello desde su última, que recibí durante mi retiro, en el que todavía me encuentro; por eso le propongo, monseñor, que me diga si podría servir para esta fundación un pequeño priorato simple que tenemos a dos leguas de Orléans, si es que el señor párroco de Poy ⁶ o algún otro quiere permutarlo y se llega a un arreglo. Consiste en una finca, con dos arrendatarios, de los que cada uno tiene dos carretas de labor con unas cuatrocientas [*arpentas*] ⁷ de tierra, formando

2. Juan Enrique Gabriel de Baylens, marqués de Poyanne, comandante real, gobernador de Dax, Saint-Sever et Navarrenx, lugarteniente general del rey en el Bearne y en Navarra murió en Saint-Sever el 3 de febrero de 1667, dejando fama de valiente capitán.

3. Isaac Bartet. Fue secretario de gabinete, consejero del rey y residente de Polonia en Francia. La señorita de Montpensier le vendió el 25 de noviembre de 1669 el marquesado de Mézières-en-Brenne, que él volvió a vender, el 17 de marzo de 1692, a Luis de Rochechouart, duque de Mortemar. Murió en septiembre de 1707.

4. Pocos príncipes conocieron como el cardenal Casimiro las veleidades de la fortuna. Nacido en 1609, vino a Francia en su juventud, donde fue encarcelado por Richelieu, entró en los jesuitas, recibió el capelo cardenalicio, subió al trono de Polonia tras la muerte de Ladislao IV, pidió dispensa de sus votos, se casó con su cuñada Luisa Maria y gobernó con el nombre de Casimiro V. Su reinado fue muy triste. Atacada sucesivamente Polonia por los cosacos, Suecia, Brandeburgo, Rusia y Transilvania, y minada por los desórdenes interiores, tuvo que entregar a sus enemigos una parte importante de su territorio. Viudo en 1667, Casimiro V abdicó y se retiró a Flandes, y luego a la abadía de Saint-Germain-des-Prés, y de Saint-Martin de Nevers. Murió en esta ciudad en 1672.

5. El cardenal Mazarino.

6. Pedro de Laroque (1634-1655). Los párrocos de Poy o Pouy eran también directores de la capilla de Buglose.

7. Palabra olvidada en el original. Antigua medida agraria.

una sola finca. El servicio que le podríamos prestar sería tener misiones desde Todos los Santos hasta Pascua, en las parroquias de la diócesis adonde usted los envíe, [y] los ordenandos; y si usted dispone que ninguno sea recibido en las órdenes sagradas sin pasar al menos seis meses en nuestro seminario, dentro de quince años tendrá usted el consuelo de ver cambiado a su clero, si Nuestro Señor quiere dar su bendición a su obra, sin tener en cuenta la ruindad de los obreros. Así lo ha hecho el señor obispo de Cahors ⁸, sin que le cueste nada. Cada eclesiástico paga su pensión según la tasa ordenada por el obispo; pagan sólo cien libras o cuarenta escudos anuales. No hay provincia de Francia en donde se viva más barato que allí, pues es necesario consumir allí todos los víveres por la falta de transportes. Lo que podrá costar más son los edificios y el mobiliario, si es que no hay bastante en Bourglosse ⁹ o donde lo quiera usted fundar. En cuanto al mantenimiento de los misioneros, me parece que no pasa de 1.600 a 1.800 libras. Me han dicho que la parroquia de Poy vale 1.000 libras. El resto quizá pueda pagarse con las misas que se digan en Bourglosse ¹⁰.

s Alano de Solminihac.

⁹ Bourglosse o Buglose era y es todavía un barrio del antiguo ayuntamiento de Pouy, hoy Saint-Vincent-de-Paul. Durante la niñez de san Vicente, a juicio de todos los historiadores locales, no había en Buglose ninguna capilla ni centro de peregrinaciones. Juan Jacobo du Sault, obispo de Dax, ante el rumor de milagros realizados en aquel lugar, ordenó una investigación y mandó levantar un modesto santuario en honor de la santísima Virgen, que bendijo él mismo solemnemente el 16 de mayo de 1622, y que se convirtió en centro de la devoción mariana de aquella región. San Vicente, al pasar por su aldea natal dos o tres meses después de esta inolvidable manifestación, fue a rezar ante los pies de la Virgen y a celebrar misa en su capilla (Cf. COLLET, *o.c.*, I, 109, nota 1). La historia de Nuestra Señora de Buglose fue escrita en 1726 por Raimundo MAURIOL, sacerdote de la Misión, *Histoire de la sainte chapelle et des miracles de Notre-Dame de Buglose*, Bordeaux, y luego por el abate DANOS, *Le pelerinage de Saint-Vincent-de-Paul, et de Notre-Dame de Buglose, suivi de l'art de sanctifier le pelerinage*, Paris 1844, y el canónigo LABARRERE, *Histoire de Notre-Dame de Buglose et Souvenir du Berceau de St-Vincent-de-Paul*, Paris 1857. Para darse una idea cabal de los orígenes de estas peregrinaciones, conviene consultar al abate GABARRA, *Pontoux-sur-l'Adour et le prieuré de S. Caprais*, en: *Revue catholique d'Aire et de Dax*, 1874, al abate DEGERT, *o.c.*, 313 s. y a J. BONHOMME, *L'origine de Buglose*, en: *Revue de Gascogne* 23 (1882) 373-383.

¹⁰ Los sacerdotes de la Misión no fundarían en Buglose hasta 1706.

Esto es lo que pienso, monseñor, sobre este asunto, que le propongo a la buena de Dios, ya que me ha ordenado usted que piense en ello.

Acabo de acordarme de que el señor Sanguinet, párroco vecino a Tartas ¹¹, me ha dicho que está pensando en venir a vivir a París; si la parroquia es como la de Poy y pertenece a su diócesis, quizás se pudiera tratar con él. Lo digo esto por si acaso, monseñor, pues no tiene usted a nadie en la tierra a quien Dios le haya dado tanta estima y afecto por usted como a mí, que soy en su amor...

1035 [993,III,244-248]

A ANTONIO PORTAIL, EN ROMA

4 octubre 1647.

Acabamos de salir del retiro. Estábamos dieciocho en una tanda y treinta y dos en otra. Hemos hecho la renovación de los votos. Y como algunos han dicho que eran nulos y tenían dificultad en renovarlos (los principales eran el padre... y un clérigo), le he dicho a este último que no los renueve. Y el padre.... viniendo a verme para decirme que habían cesado todas sus dificultades después de un pobre discurso que les dirigí a todos ayer por la tarde, me pidió esta mañana permiso para renovarlos y, efectivamente, me ha traído un montón de cosas que tenía en privado para despojarse de ellas, aunque yo se las he dejado y le he permitido que renovara los votos con los demás.

La pequeña plática que les hice contenía dos puntos: el primero era sobre las razones que tenemos para renovarlos, siendo así que Dios desea darnos la gracia que acompaña a los votos; y el segundo sobre los medios. En el segundo dije dos cosas: una, que rogaba a los que no se sintieran decididos a perseverar que se retirasen; y la otra, que una señal de que se tiene esta gracia es que está uno resuelto a no hablar jamás contra esta santa acción y a defenderla en todas las ocasiones contra

11. José Sanguinet, párroco de Saint-Yaguen, cerca de Tartas, en el distrito de Saint-Sever, diócesis de Dax.

Carta 1035. — Reg. 2, 6, copia sacada del original autógrafo.

los que la ataquen, ya que sin duda se hará todo lo posible por impugnar estos votos desde dentro y desde fuera.

Dios bendijo, por lo visto, esta plática. Nunca vi en todos tantos sentimientos de devoción, a no ser en mí, que soy el más miserable y el mayor pecador del mundo. Por consiguiente, si se impugna la cosa, será por la reserva de la dispensa del Papa; no obstante, los doctores de aquí nos dicen que es posible hacerlos, que todos pueden renunciar a sus derechos a recurrir al ordinario a fin de dirigirse al Papa para la dispensa. Al Papa es al que pertenece en primer lugar dispensar de los votos, y sólo a él en lo referente a los votos de castidad y de peregrinación a Roma.

Nunca he visto tan bien como hoy la importancia de nuestros votos. Monseñor Ingoli ¹ nos puede ayudar mucho para la aprobación, lo mismo que hizo con nuestra bula y con nuestra fundación en Roma. Le ruego que el padre Dehorgny, el padre Alméras y usted le hagan comprender nuestra preocupación por el robustecimiento de nuestro Instituto, del que está bastante bien informado, ya que los señores prelados no quieren que seamos religiosos y los religiosos nos aconsejan lo contrario, basándose en la ligereza humana y en los grandes trabajos de nuestro estado; que la providencia de Dios ha inspirado finalmente a la Compañía esta santa invención de ponernos en un estado en el que tengamos la felicidad del estado religioso gracias a los votos simples, pero siguiendo entre el clero y en la obediencia a los señores obispos, como los más humildes sacerdotes de sus diócesis, en cuanto a nuestros trabajos. Procuraré enviarle hoy o el viernes el parecer de los doctores, los señores penitenciario ², Duval, Péreyret ³, Cornet ⁴ y Coqueret. Confío en que, si se le prepara

1. Secretario de Propaganda Fide.

2. Santiago Charton, doctor en teología, director del seminario de Trente-Trois, y miembro del consejo de conciencia.

3. Santiago Péreyret, nacido en Billon (Puy-de-Dome) en 1580, fue antes magistral de Mende. Enseñó con prestigio filosofía y teología en el colegio de Navarra y fue elevado a la dignidad de gran maestre. Enviado a Clermont como vicario general, trabajó activamente en la reforma de los abusos hasta su muerte, el 15 de julio de 1658. En 1650 escribió contra los jansenistas un tratado en latín sobre la gracia, *Apparatus ad tractatum de gratia*.

4. Nicolás Cornet, nacido en Amiens el 12 de octubre de 1592, fue también gran maestre de la casa y sociedad de Navarra. Rechazó el arzobis-

bien a dicho prelado, él podrá informar debidamente a Su Santidad y a la Congregación de regulares para llevar a cabo nuestro asunto, pues ¿quién podrá impugnar razonablemente una cosa que no va contra los concilios, ni los cánones, ni los decretos del Papa, sino que es conforme con el uso de la Iglesia antes de los votos solemnes, cuando se les hacía simples y, por consiguiente, dispensables?

Y si se dice que aquéllos se consideraban religiosos, la respuesta es buena, reconociendo que estos votos constituían el estado religioso de aquel tiempo, pero no puede ser así ahora, ya que la Iglesia prohíbe la institución de nuevas congregaciones, si no profesan una de las cuatro reglas aprobadas por la Iglesia que abrazan los votos solemnes, o las autoriza el Papa, como la de los jesuitas ⁵. Pues bien, nosotros no tomamos ninguna de esas cuatro reglas religiosas, y el Santo Padre no nos ha erigido en estado religioso, sino de clérigos seculares. De ahí se sigue que no estamos en un estado religioso, ya que declaramos que, aunque hacemos votos simples, no pretendemos ser religiosos, sino quedarnos siempre entre el clero.

Y si se objeta que los votos solos, por su naturaleza, constituyen a una persona en el estado religioso, respondo que esto es verdad en el caso de los votos solemnes, pero no en el de los simples, ya que una persona particular o varias de ellas pueden hacer los tres votos simples en particular, sin ser por ello religiosos. Por tanto, si pueden hacerlo las personas particulares, ¿por qué no una Compañía?

En nombre de Dios, padre, pase esta verdad y expóngala debidamente. Pida a Dios por este asunto y no pierda tiempo en

pado de Bourges y el título de confesor de Richelieu. Murió en el colegio de Boncourt el 18 de abril de 1663. Bossuet pronunció su oración fúnebre.

5. La prohibición de fundar órdenes religiosas sin permiso de la Santa Sede, promulgada por los concilios ecuménicos de Lyon I y II, no va acompañada de ninguna restricción. Sin embargo, muchos canonistas piensan con VERMESCH, *De religiosis institutis et personis*, Bruges 1902, I, p. 45, que esta regla no se aplica a los institutos que abrazaban las reglas de san Basilio, san Agustín, san Benito o san Francisco. No es ésta la opinión de BOUIX, *Tractatus de jure regularium*, Paris 1857, I, p. 205.

él. Si monseñor Ingoli lo ve bien y lo protege, tengo perfecta confianza de que se conseguirá lo que deseamos.

1036 [994,III,248]

EL CARDENAL MAZARINO A SAN VICENTE

10 octubre 1647.

Padre:

He visto la carta que usted escribió al señor de Lionne ¹ sobre la promoción al episcopado del señor abad de Chailli ², como la dificultad que usted ve en ello consiste en una cuestión de hecho, que he investigado cuidadosamente, he averiguado que nunca ha sucedido lo que le dijeron y estoy seguro de ello por medio de personas dignas de fe; por eso le ruego que, por su parte, haga sin perder tiempo todas las diligencias necesarias para satisfacción de su espíritu, para que aclare usted totalmente las cosas y me diga luego lo que haya sabido, ya que Su Majestad desea acabar cuanto antes con este asunto ³ por ciertas razones de importancia que le diré cuando nos veamos.

Entretanto siga de usted...

Carta 1036. — Biblioteca Mazarino, ms. 2216, f.º 404, copia.

1. Hugo de Lionne, confidente de Mazarino, a quien conoció en Roma. Después de haber sido secretario de la reina regente, fue gran maestro de ceremonias y comendador de las órdenes del rey; estuvo en Italia (1654-1656) y en Alemania (1658) como embajador extraordinario, contribuyó a la elección de Alejandro VII, negoció los preliminares de la paz de los Pirineos, fue nombrado ministro de Estado en 1658, puesto que siguió ocupando tras la muerte de Mazarino, y murió en París, el 1 de septiembre de 1671, a los 60 años de edad.

2. Carlos Luis de Lorraine, abad de Chailli, célebre abadía cisterciense en la diócesis de Senlis, murió en París, el 1 de junio de 1668. Era propuesto para el obispado de Condom.

3. San Vicente se mantuvo firme. El obispado de Condom se le dio a Juan d'Estradas, obispo de Périgueux, que cedió su sede a Carlos Luis de Lorraine en 1658 en intercambio con la abadía de Chailli, cuando el santo no formaba parte del consejo de conciencia.

A GUILLERMO DELVILLE

París 11 octubre 1647.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le enviamos seis o siete sacerdotes, cinco de la Compañía y otros dos del seminario de Bons-Enfants. De los cinco, hay dos de Montmirail y uno de los otros tres es el padre Watebled ¹, cuya bondad bien conoce. Este le podrá servir para que se encargue de la observancia bajo su dirección, y así le descargará un poco de su trabajo. Conviene que se observen bien las reglas, dado que varios de ellos están destinados a otras casas, adonde tendrán que llevar lo que se observa por ahí en las misiones. Para ello convendrá que cuanto antes haga usted leer en el comedor las reglas que hay que leer al comienzo de las misiones. El señor magistral ² es capaz de ello; ya ha estado otras veces pero habrá que rogarle que cumpla bien con lo de acostarse a la hora debida y con las demás cosas.

Me dice usted que el señor magistral no hablará más que tres veces por semana y que tendrá que encargarse usted del resto de la tarde y de la predicación de la mañana. Me parece mucho. Espero que podré enviarle al padre Tholar dentro de tres o cuatro días, para aliviarle y para que se encargue de la mañana. Tiene gracia de Dios para preparar a los pueblos a recibir las misericordias que él derrama en las misiones bien hechas, que es lo mismo que decir en las misiones en las que se observa la regularidad. Que no oiga confesiones ³; podrá servir para las avenencias. Si se lo permite un resfriado que tiene y Dios bendice la sangría que le han hecho, hoy, podrá partir dentro de tres días.

Me dice usted que la señora de Longueville quiere pagar los gastos. ¡Dios mío, padre! ¿Habrá de empezar en tiempos del

Carta 1037. — Colección del proceso de beatificación.

1. Pedro Watebled, hermano del célebre Vatablo, nació en Tully (Somme), entró en la congregación de la Misión el 19 de enero de 1641, a los 19 años de edad; emitió los votos el 14 de junio de 1643, superior del seminario de Saintes de 1650 a 1651, murió víctima de su abnegación en Villeneuve-Saint-Georges (Seine-et-Oise) en octubre de 1652.

2. Antonio Caignet.

3. Por el motivo indicado en la carta 445. t. II.

padre Delville y míos, y por medio del padre Delville, la disipación y la ruina del espíritu de la Misión? ¡No quiera Dios que sea usted el instrumento de tamaña desgracia! Tenemos la misma obligación de hacer gratis las misiones que los capuchinos la tienen de vivir de limosna. ¡Dios mío! ¿Qué se diría de un capuchino que manejase dinero? ¿Y qué se diría también de un misionero que dejase que otros costearan las misiones, y esto por el padre Delville y en vida mía? ¡Jesús mío! *Absit hoc a vobis!*

Mando que le entreguen veinte escudos, deducidos los gastos de viaje. Pague usted lo que sea. Así tendrá tiempo para enterarse de todo lo que se ha gastado. Tenga en cuenta su estancia. Y si no quieren recibir nada, déjelo estar, después de haber pedido permiso al señor obispo de Meaux ⁴; cambie usted de domicilio y tome otro donde tenga usted plena libertad para hacer sus gastos. Sepa usted, padre, que yo me he visto también en circunstancias semejantes y le dije francamente a la señora que había procurado la misión que, si no se permitía que obrásemos por nuestra cuenta, nos marcharíamos aquel mismo día; y así lo habríamos hecho si aquella buena señora no nos hubiera dicho que hiciéramos lo que quisiésemos. Y se quedó muy edificada con ello, y le aseguro que lo mismo le ocurrirá a la señora de Longueville; más aún, ella y todos los que lo sepan se sentirán muy edificados de su fidelidad a la observancia de nuestras reglas, mientras que escandalizará usted a todo el mundo si se deja llevar por su bondad y cae en la tentación.

En nombre de Dios, padre, obre como le digo, ahora y siempre. Y si no tiene lo necesario para ello, indíquemelo y le atenderemos. Le digo todo esto con un enorme dolor de ver que en mis tiempos ha caído esta desgracia sobre la Compañía, y precisamente por el padre Delville, a quien quiero un millón de veces más que a mí mismo, y del que soy en el amor de Nuestro Señor el más humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Delville, superior de los sacerdotes de la misión de Crécy, en Coulommiers.

4. Domingo Séguier, obispo de Meaux.

A JUAN CHRETIEN, SUPERIOR, EN MARSELLA

[Entre septiembre y noviembre de 1617] ¹

Juan Chrétien le había avisado que Juan Le Vacher ² estaba enfermo y que, por consiguiente, no estaba en disposición de ir de Marsella a Túnez. Le responde Vicente de Paúl que no debe retrasar el viaje ³.

Carta 1038. — Vida manuscrita de Juan Le Vacher, 3. Esta biografía se encuentra en los archivos de la Misión.

1. Véase nota 2.

2. Juan Le Vacher, nacido en Ecouen (Seine-et-Oise) el 15 de marzo de 1619, entró en la congregación de la Misión junto con su hermano Felipe el 5 de octubre de 1643; hizo los votos en 1646 y fue ordenado sacerdote en 1647. San Vicente lo envió como misionero a Túnez, para ayudar a Julián Guérin. El 23 de agosto de 1647, cuando salía en unión con el santo fundador, se encontraron en la puerta de casa con el nuncio Nicolás Bagni. «Monseñor, le dijo el santo, viene usted a punto de poder darle la bendición a este buen sacerdote, que parte para la misión de Túnez». — ¿«¡Cómo!, dijo el nuncio, ¡si es tan joven!»». — «Monseñor, contestó el santo, tiene vocación para ello». Juan Le Vacher llegó a Túnez el 22 de noviembre de 1647. La muerte de Julián Guérin y, dos meses más tarde, la (el cónsul Martín de Lange, hicieron caer sobre él la doble carga de la Misión y del consulado. En 1650 añadió a estos títulos el de vicario apostólico. Como la Santa Sede no admitía que el consulado lo llevaran los sacerdotes, san Vicente envió a Túnez a un lego, Martín Husson, que llegó a Túnez en 1653 y tuvo que marcharse en 1657, expulsado por el bey. Juan Le Vacher tuvo que desempeñar por otros dos años el cargo de cónsul. En 1666 volvió a Francia y en 1668 fue enviado a Argel como vicario general de Cartago y vicario apostólico de Argel y de Túnez. Su vida en Argel fue la de un apóstol y su muerte la de un mártir. El 26 de julio de 1683, durante el bombardeo de esta ciudad por Duquesne, los turcos, después de haber hecho todo lo posible por obligarle a apostatar, lo ataron a la boca de un cañón, que al disparar echó su cuerpo al mar (Cf. R. GLEIZES, *Jean Le Vacher*, Paris 1914).

3. Según el primer biógrafo de Juan Le Vacher, san Vicente habría respondido poco más o menos lo siguiente: «Si el padre Vacher está demasiado débil para llegar hasta el barco, que lo lleven; si durante el trayecto no puede resistir el mar, que lo tiren por la borda». Esta forma de hablar es tan extraña en la pluma del santo que podemos dudar de que su pensamiento haya sido bien interpretado.

1039 [997,III,252]

**A JUAN LE VACHER, SACERDOTE DE LA MISION,
EN MARSELLA**

[Entre septiembre y noviembre de 1647] ¹

San Vicente le invita a Juan Le Vacher a que tome las precauciones que pide su estado de salud y se embarque sin temor.

1040 [998,III,253]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

19 octubre [1647] ¹

Padre:

Siento mucho que no le comunicaran que, gracias a Dios, me encontraba mejor que cuando me dejó usted y que sigo cada día mejor; por ello pude ir a misa el día de san Lucas.

Las señoras de Herse, Traversay, de St.-Mandé ² y Viola se reunieron aquí ayer, sin que yo supiese para qué y sin que ellas mismas lo hubiesen pensado hasta una hora antes. Creo que era para felicitarse de que la Providencia les hubiese hecho conocer lo que puede hacerse con los niños pobres. Han venido muchas pequeñas limosnas, pero la mejor ayuda es que han recibido hoy cinco mil libras, y creo que son parte de las 8000 que es el recibo que ha tenido que firmar el cobrador del Hôtel-Dieu.

Están esperando la conferencia que su [caridad] les anunció antes de su partida.

Su corazón está muy animado con este socorro y se han decidido a continuar las obras de Bicêtre; para ello, la señora Traversay y la señora Viola irán allá el lunes a pasar un día. Me han encargado que le ruegue al señor Drouard que entregue 500 libras por una parte y 200 por otra, por orden de la señora duquesa de Aiguillon.

Carta 1039. — Vida manuscrita de Juan Le Vacher, 3.

1. Esta carta es de la misma fecha que la anterior.

Carta 1040 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. María de Fortia, esposa de Jerónimo de l'Arche, señor de Saint-Mandé, lugarteniente general civil y militar del palacio de París.

Espero que con su regreso se pueda atender a las grandes necesidades de la obra de Nuestro Señor, en cuyo amor soy su muy obediente hija y obligada servidora,

LUISA DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente, superior general de los sacerdotes de la congregación de la Misión.

1041 [999,III,254]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Octubre 1647]¹

Padre:

Una buena señora, animada por la señorita de Lamoignon y la disposición de la divina providencia, nos ha enviado cien escudos para los niños pobres. Dé gracias al Señor en mi nombre y permítame que le recuerde a usted el asunto de la hermana Juana Lepeintre.

Le suplico que, si lo juzga conveniente, nos deje las tres memorias que le hemos enviado para la reunión de las damas, no sea que se pierdan durante su ausencia.

Sigo con mis achaques y creo que Dios, con estos cambios tan frecuentes entre un poquito mejor y un poquito peor, desea que me sirva de ellos para darle a conocer a usted la inconstancia de mis pasiones, pues dependo de ellas hasta el punto que, por muy buenos propósitos que haga, no tengo libertad para sujetarlas a la razón, pues algunos días las domino un poco, pero luego se me escapan.

Le ruego muy humildemente que, si tiene en alguno de sus libros, alguna imagen que se parezca un poco a las de la Caridad², haga el favor de darme una, y le pido perdón por esta libertad que me tomo. Es que no puedo encontrar ninguna como la que busco, y espero que eso me ayudaría mucho, junto con las

Carta 1041 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Véase la carta 442, n. 6.

oraciones de usted, de quien soy, mi veneradísimo padre, muy obediente servidora e indigna hija.

Haga el favor de darme la bendición de Dios y la suya en la santa misa.

Dirección: Al padre Vicente.

1042 [1000,III,254-255]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[*Noviembre 1647*]¹

Padre:

Creo que Dios ha dado a mi alma una gran paz y sencillez en la meditación, muy imperfecta por mi parte, que he hecho sobre el tema de la necesidad de que la Compañía de Hijas de la Caridad siga bajo la dirección que le ha dado la Providencia, tanto en lo espiritual como en lo temporal, de tal forma que he visto que sería más ventajoso para su gloria que la Compañía desapareciese por completo que seguir con otra dirección, pues esto creo que sería contra la voluntad de Dios. Las señales son que hay motivos para creer que Dios inspira y da a conocer su voluntad por la perfección de las obras que su bondad quiere hacer, cuando empieza a dar a conocer sus designios; y usted sabe, padre, que en sus comienzos me propuso que los bienes temporales de dicha Compañía, si llegasen a faltar por malversación, retornarían a la Misión, para que se empleasen en la instrucción de los pueblos del campo.

Espero que, si usted le ha oído a Nuestro Señor lo que creo que le dijo en la persona de san Pedro, o sea, que sobre usted deseaba edificar esta compañía, sabrá perseverar en el servicio que le pide para la instrucción de los pequeños y alivio de los enfermos.

Por lo que se refiere al locutorio, no veo claro el asunto; pero sobre la elección de las damas, cada vez veo que es más nece-

Carta 1042 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

saria aquella de la que hablé con usted, de quien soy, padre, su muy obediente hija y obligada servidora,

LUISA DE MARILLAC

Le ruego humildemente que, si es posible, nos dé mañana la conferencia y haga el favor de avisarnos.

Dirección: Al padre Vicente.

1043 [1001,III,255-256]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Merçuès. 4 diciembre 1647.

Padre:

Le doy las gracias de todo corazón por las preocupaciones que se ha tomado a fin de darnos al señor de Sevin para obispo de Sarlat. Es una obra de un mérito tan grande que no puede explicarse. ¡Que Dios se lo pague! He puesto en su paquete la respuesta a una carta que él me escribió y que no sé adónde enviarle, pues ignoro su dirección; haga el favor de hacérsela llegar.

El señor de Estrades, nombrado obispo de Condom, me ha escrito hace poco que usted se resistió enérgicamente en el Consejo a que el abad del que le escribí por consejo suyo ¹ fuera nombrado obispo de Périgueux. No puedo concebir cómo es posible que se piense nombrar obispos a personas de esa clase, sobre todo de un obispado tan importante como el de Périgueux, en el estado en que se encuentra y que todos saben, en donde es público que hay mucha necesidad de nombrar a un hombre apostólico. Le conjuro que trabaje usted en esto y que no se canse jamás de una obra tan santa.

La madre de Laroque, elegida priora del monasterio de Pouguet por las religiosas de aquella casa, cumple bien con su cargo. Le he dicho a un cuñado suyo, al que me había enviado para visitarme, que había que obtener el breve del rey, según me indicó usted. Enviarán o nombrarán a un encargado en París para que

Carta 1043. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original.

1. Véase la carta 1021.

lo pida. El que se encargue de ello irá a verle a usted para saber qué es lo que tiene que hacer para retirarlo.

Soy siempre, padre, etcétera,

ALANO,
obispo de Cahors.

1044 [1002,III,256-257]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR EN GENOVA

13 diciembre 1647.

Doy gracias a Dios por la mejoría de su salud en medio de tantos trabajos. Está usted delgado y débil y anda con demasiadas tareas, pero su divina bondad le conserva bien. Con razón se me ocurre a veces que pasa con usted como con la señorita Le Gras, a la que considero muerta naturalmente desde hace diez años si uno la ve, diría que sale de la tumba, dada la debilidad de su cuerpo y la palidez de su rostro; pero Dios sabe la fuerza de espíritu que posee. Hace poco tiempo hizo un viaje de cien leguas ¹ y, si no fuera por las frecuentes enfermedades que padece y el respeto que tiene a la obediencia, iría continuamente de un lado a otro a visitar a sus hijas y trabajar con ellas, aunque no tiene más vida que la que recibe de la gracia. Esa misma gracia es la que le da fuerzas a usted y le santifica para que conforte a los demás en el camino de la salvación.

Apruebo con toda el alma la mutua ayuda que se prestan, usted y el padre Martin, en las predicaciones y catecismos que hacen los dos cada día. ¡Bondad divina, une también así los corazones de esta pequeña Compañía de la Misión, y pídele lo que quieras! La fatiga será dulce y todo trabajo resultará fácil, el fuerte aliviará al débil y el débil amaré al fuerte y le obtendrá de Dios mayores fuerzas; y así, Señor, tu obra se hará a Tu gusto y para la edificación de la Iglesia, y los obreros se multiplicarán, atraídos por el olor de tanta caridad.

Carta 1044. — Reg. 2,218.

1. Para conducir a las Hijas de la Caridad al hospital de Nantes.

1045 [1003,III,257]

**ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA,
A SAN VICENTE**

16 diciembre 1647.

La misión de... ha resultado muy bien: se han convertido siete bandidos y un turco al servicio de un hidalgo ha pedido el bautismo, que ha recibido después de la debida preparación.

1046 [1004,III,258-259]

**A ANTONIO PORTAIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN GENOVA**

20 diciembre 1647.

¿Qué diremos de la casa de Marsella? Tiene mucha necesidad de su ayuda; haga el favor de ir allá cuanto antes; advertirá usted que faltan obreros y, como usted sabe, un buen superior ¹, sobre todo en estos momentos en que se piensa establecer allí un seminario, que resultará sin duda muy útil. Pero ¿cómo remediar estas necesidades? Enviaremos dos o tres personas después de la ordenación; les acompañará también, según espero, para llevar dicho seminario, el hermano Get ², que tiene la charla de la mañana a los ordenandos con mucha claridad y grandes pruebas de su capacidad; pero nos es imposible enviar allá un superior capaz. Habíamos pensado en el padre [Cuisot], que atiende bien a las cosas externas, pero tiene poca unción por dentro, aunque es muy de Dios; pero nos lo ha llevado el señor obispo de Cahors, que no puede tragar al padre [Testacy], que

Carta 1045. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 70.

Carta 1046. — Reg. 2,102.

1. El superior era Juan Chrétien.

2. Fermín Get, nacido en Chépy (Somme) el 19 de enero de 1621, entró en la congregación de la Misión el 6 de enero de 1641, hizo los votos en enero de 1643. Destinado a la casa de Marsella en 1648, se hizo cargo de ella en 1654 y fue superior de la misma hasta 1662, excepto un corto tiempo en que fue a Montpellier para fundar un seminario, que sólo duró unos meses (1659-1660). Fue luego superior de Sedán (1663-1668, 1673-1681), de Le Mans (1670-1673) y visitador de la provincia de Poitou, puesto que ocupó hasta el 4 de abril de 1682.

está ahora en Saintes. El padre du Chesne sería muy indicado, si estuviera aquí, pues la diversidad de faenas de esa casa necesita un espíritu activo; pero hace seis meses que no hemos recibido noticias suyas ³, y esto nos preocupa. Por otro lado, la Providencia nos ha quitado los medios de dejar allí por algún tiempo al padre Dehorgny, como habíamos proyectado; en fin, no habrá más remedio que dejar allí por más tiempo al padre [Chrétien] ⁴.

Así pues, le ruego que le atienda y que considere dos cosas: la primera, que hay a su lado una persona que, por antipatía, hace ver sus faltas más grandes de lo que quizás son; y la segunda, que es difícil saber controlarse y ser exacto en todo en medio de esa multiplicidad de asuntos. Téngalo en cuenta y trátele con la mayor mansedumbre que pueda, para no desanimarle. No obstante, si cree usted que el padre... puede gobernar mejor, podría hacer un ensayo.

En lo referente al hospital, será conveniente que muestre usted mucha consideración con los señores administradores, y sobre todo con el señor arzobispo de Marsella. Nuestro Señor le inspirará todo lo demás y le dará parte en su espíritu. Lo espero con mayor razón por el hecho de que esta visita es más importante que las anteriores, pues esa casa es la más difícil que tenemos, debido a la diversidad extraordinaria de sus ocupaciones: el hospital, misiones en las galeras, misiones en tierra, capellanes, seminario, asuntos de Berbería, cartas que hay que enviar y recibir y otras varias circunstancias.

1047 [1005,III,260-261]

A NICOLAS PAVILLON, OBISPO DE ALET

París, [3] enero ¹ 1648.

Monseñor:

Acepte en estos comienzos de año la renovada ofrenda de mi obediencia perpetua y que, postrado en espíritu a sus pies,

3. Vicente de Paúl no tardó en recibir noticias de Pedro du Chesne que estaba enfermo en Irlanda.

4. Siguió allí hasta 1653.

5. Esteban du Puget (1644-1668).

Carta 1047. — GOSSIN, *o.c.*, 453, según el original, comunicado por la marquesa de Pérrier.

1. Texto de Gossin. 31. Esta fecha es evidentemente falsa, ya que la respuesta es del 2 de enero.

le pida la bendición para que Dios quiera tener misericordia de mi alma, ahora que está cercana la hora de separarse de este miserable cuerpo. Se la pido con toda la humildad y confianza de un pobre sacerdote con uno de los más dignos prelados que conoce el mundo.

Cada vez percibo mejor la bendición que Dios le da a sus obras apostólicas, que esparcen por doquier esos suaves olores que mi corazón siente con una alegría imposible de expresar. Ruego a Nuestro Señor que siga glorificándose con ellas.

El señor de Benjamín, hijo del difunto señor de Benjamín, encargado de la academia del rey, me ha rogado que le hable en su favor y que le suplique que le reciba durante algún tiempo al lado de su sagrada persona. Es eclesiástico, diácono, de 28 ó 30 años, piadoso, inteligente, de buen espíritu y que sólo busca perfeccionarse en su profesión; lo cual demuestra especialmente por la elección que ha hecho de tan buena escuela. Se lo pido, desde luego, en el caso de que pueda usted hacerlo sin ninguna molestia. No será para usted ninguna carga económica, ya que posee 5.000 ó 6.000 libras de renta de patrimonio. Haga el favor de decirme lo que piensa sobre ello y de honrarme con sus órdenes. Ya sabe usted que las aceptaré gustoso, ya que soy en vida y en muerte, en el amor de Nuestro Señor y de su gloriosa Madre, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

1048 [1006,III,261-262]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Entre 1644 y 1649] ¹

Acordarse de avisar a las damas que procuren en sus instrucciones no hablar mucho con los enfermos graves, aunque no ha-

Carta 1048 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original. En esta carta Luisa de Marillac le sugiere a san Vicente los avisos que con vendría dar a las damas de la Caridad en la reunión del día siguiente.

1. La marca del sello puesta sobre la cera en esta carta no se encuentra en ninguna de las cartas anteriores a 1644, la expresión *Monsieur* indica que hay que colocarla antes de 1650.

yan hecho la confesión general, sino decirles solamente que se confiesen de los pecados olvidados o que se hayan callado otras veces, con deseo de confesarse de todos los que hayan cometido contra Dios y contra el prójimo; si pueden, que les hagan pronunciar actos de fe, esperanza y caridad, que son necesarios para la salvación, y que ocupen la mayor parte del tiempo en disponer a los que van sanando para que formen resoluciones de vivir como buenos cristianos, enseñándoles qué es lo que tendrán que hacer para ello.

Este es, padre, el consejo que la madre de los Sacramentos² le dio a la señorita Villenant. Pero acabo de recibir esta carta de la señorita de Lamoignon, que dice que la señorita de Saint-Mandé propone no decir nada de esto en la reunión general.

¿Querrá acordarse, padre, de hablarles del bien que se hace continuando una buena obra, emprendida por amor de Dios, como la de los niños expósitos, que perdurará no sólo mientras vivan, sino después de su muerte, y que por eso las personas que dejan algo en testamento tienen el mismo mérito, cuando lo hacen con perfecta caridad, que si durante su vida hubieran realizado esas obras, pues desearían realizarlas si pudieran, con tal que esto fuera verdad? Creo que esto podrá servir, al hacerles pensar en el peligro de que todo se venga abajo.

¿Querrá también indicarme dónde vive la señora presidenta du Sault, para que pueda mandarle una nota para la reunión de mañana? No se olvide, por favor.

Las damas se cansan a veces de ir a repartir la comida, aunque algunas son muy dignas de alabanza por poner en ello mucho cuidado.

Perdone, padre, a su muy humilde hija y servidora,

L. DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

2. La religiosa agustina del hospital encargada de avisar al capellán cuando un enfermo pedía los sacramentos.

LUIZA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Miércoles, por la mañana [15 enero 1648] ¹

Padre:

Hemos llegado a Bicêtre con buena salud, gracias a Dios, pero de paso. Le ruego muy humildemente que nos envíe desde mañana al hermano panadero con quien hablé, para enseñarnos y ayudarnos a hacer la hornada y a encontrar a una persona que lo haga bien.

También sería necesario empezar a vender el vino; por aquí se vende bien ahora, en barriles o en garrafas, por causa de los soldados ². Si esperamos más, puede ser que la venta no sea tan buena. La hermana Genoveva ³ dice que cree que las damas desean comprar vino de menos precio para mezclarlo.

No creo que esto sea una solución, pues sería necesario un mozo para esto, que muy bien podría quedarse con las ganancias, aparte de que sería una molestia para las hermanas, que tendrían que estar atentas a que las cosas se hicieran como es debido, lo cual sería bastante difícil de hacer.

Le ruego muy humildemente que se acuerde que de aquí a ocho días nos tiene prometida una conferencia ⁴.

Ayer vi a la hermana del señor Vacherot, que está muy enferma. Me dijo que la encomendara a sus santas plegarias y que se atrevía a pedirle que hiciera el favor de ir a visitarla. Si empeorase, yo también se lo pediría a usted. Le ruego a la hermana Juliana ⁵ que le avise a usted, si lo cree oportuno.

Carta 1049 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. A los taberneros de París no les gustó esta venta; se enfadaron con las hermanas y llegaron a insultarlas y maltratarlas. Los culpables, llevados ante la justicia, sólo pudieron librarse del castigo por la intervención de san Vicente. (Testimonio de sor Genoveva Doinel, en el proceso de beatificación del santo).

3. Genoveva Poisson.

4. San Vicente dio su conferencia el 22 de enero.

5. Juliana Loret nació en París. Al quedar huérfana muy temprano, fue recogida por los parientes de Santiago de la Fosse, sacerdote de la Misión. «Era un cuerpo pequeño que encerraba un alma grandes»: se dice de ella en la conferencia que se tuvo después de su muerte (*Recueil des principales circulaires des supérieurs généraux de la Mission*, París 1877-1880 n II, p. 524). Entró en la comunidad el 9 de junio de 1644 e hizo

Creo que les haría mucho bien a las hermanas si se tomase usted la molestia de ir a visitarlas a casa, para decirle a la hermana Hellot lo bueno que sería que en la Compañía las hermanas se habituasen a la sumisión mutua, empezando a dar ejemplo aquellas que parece que tienen alguna autoridad.

Es casi increíble el trabajo de nuestras hermanas de aquí, no tanto por la tarea como por la repugnancia que naturalmente se tiene en este ejercicio. Por eso es muy justo que las ayudemos y animemos, haciéndoles ver lo que significa su trabajo delante de Dios, así como también ayudándolas con nuestras oraciones.

Soy yo la que tengo más necesidad de ellas, pues soy la más débil de cuerpo y de ánimo, aunque tengo la dicha de ser su muy humilde servidora y obligada hija,

L. DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente, superior general de la Misión.

los primeros votos el 25 de diciembre de 1619. Sus méritos y su virtud eran tan evidentes que, apenas tres años después de su ingreso, el 30 de octubre de 1647, se la encargó de la formación de las nuevas hermanas. Luisa de Marillac la tomó al mismo tiempo como asistente. «Era ella la que dirigía a toda la comunidad, dirá más tarde Maturina Guérin, porque la señorita no estaba en disposición de asistir a ningún ejercicio» (*Recueil des principales circulaires*, II, 530). Juliana Loret desempeñaba al mismo tiempo las funciones de secretaria; por esta razón, era la encargada de recoger las pláticas de san Vicente, que ella escuchaba con la pluma en la mano. En 1651, fue enviada a Chars (Seine-et-Oise) para acabar con una situación especialmente delicada. Cuando volvió a París en 1653, después de dos años de duras pruebas, fue para recibir el nombramiento de superiora de Fontenay-aux-Roses (Seine), donde estaba aún en 1655. Llamada de nuevo a la casa madre, desempeñó las funciones de asistente, que conservó tras la muerte de la fundadora, bajo la madre Chétif, y más tarde bajo la madre Nicolasa Haran. Murió en Fontainebleau el 9 de agosto de 1699. Su vida manuscrita, obra del padre Antonio Durand, de la Misión se encuentra en la casa madre de las Hijas de la Caridad.

1050 [1008,III,264-265]
A VARIOS SACERDOTES ¹

París 17 enero 1648.

Señores:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Sabiendo el trabajo que se han buscado en la misión de las galeras y la gran parte que ustedes tienen en la bendición que Dios les ha concedido, no puede privar a mi corazón del gozo de testimoniarles la gratitud que siento por su celo. ¡Qué dicha, señores, imitar tan de cerca a Nuestro Señor, que vino a este mundo por los mismos fines por los que ustedes se han entregado a él en el trabajo que ustedes tienen, tanto más grande cuanto las necesidades son tan extremas entre esas pobres almas! Ciertamente, será grande su corona, y tanto mayor cuanto más perseveren en esta obra.

Ruego a Nuestro Señor que le anime cada vez más con su espíritu y que me presente la ocasión de poder servirles, ya que deseo con todo mi corazón demostrarles que soy, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

1051 [3306,VIII,529]
LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Entre 1643 y 1649] ¹

Padre:

Le ruego muy humildemente que haga el favor de decirnos si tendré que avisar a nuestras cuatro hermanas para mañana después de comer. Me olvidé de proponerle a sor Ana, de San

Carta 1050 (CF). — Original en el hospital Saint-Eloi de Montpellier.

1. Quizás los padres de la congregación fundada por Cristóbal de Authier.

Carta 1051 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Esta carta es del tiempo cuando Luisa de Marillac escribía «Monsieur» al principio de sus cartas dirigidas a san Vicente y cuando, según parece, la señora de Lamoignon era presidenta de las Damas de la Caridad.

*Pablo*², a la que creo que hay que animar, y a sor *Genoveva*³, del *Hôtel-Dieu*, que está ahora aquí para descansar un poco de los esfuerzos que tuvo que hacer con los niños expósitos durante el final de la cuaresma. En ese caso, serían 5 ó 6. Quizás queden algunas para otra vez, pero ahora serán más de cuatro las que escuchen la instrucción que Dios nos dará por medio de usted, de quien soy humilde y obligada servidora.

1052 [1009,III,265-266]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

23 enero [1648]¹

Padre:

Le envío la carta de la señorita *Poulaillon*, recomendando a ese hombre que se presenta para *Bicêtre*². Dice además que sabe hacer bien el pan, trabajar en el huerto, labrar y acarrear. Todas estas cosas tienen que hacerse allí, y muy duro, trabajando a veces toda la jornada. Si le parece bien a usted, ella hablará de la imposibilidad de abrir una puerta para vender el vino en el sitio que había indicado la señora presidente de *Herse*, ya que hay un desnivel de dos toisas³ por lo menos.

Han muerto 52 niños en *Bicêtre*, desde que están allí, y hay otros 15 ó 16 que no están bien. Espero que, cuando todo esté arreglado según deseos de esas buenas señoras, no morirán tantos.

Quizás digan que he hablado de la necesidad que hay de tener el *Santísimo Sacramento*, no sólo para comodidad de las hermanas, sino para que *Nuestro Señor* tome posesión de esta casa, a la vista del pueblo, que se muestra interesado en la obra. Esto

2. Parroquia de París.

3. Probablemente son *Genoveva Poisson* que estuvo largo tiempo empleada con los niños expósitos.

Carta 1052 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. La carta de la señorita de *Pollalion*, a continuación de la cual escribió la suya *Luisa de Marillac*, lleva fecha del 22 de enero de 1648.

2. La carta de la señorita de *Pollalion* fue publicada por la hermana de *Geoffre* en el volumen autografiado de las *Lettres de Louise de Marillac*, 350.

3. Medida de longitud equivalente 1,949 m. (N. del T.).

me obliga a tomarme la libertad de decirle que se me ha ocurrido que no sólo las damas deberían saber el día, sino hacerlo incluso publicar en las parroquias, para obligar a la gente a interesarse en ello. Pues cuando vean aquel magnífico lugar, que creerán que es para los pobres niños, y que todas las personas que lo dirigen son distinguidas, la mayor parte se darán cuenta de esa buena obra, y podemos pedir prestado para comprar provisiones y las demás cosas necesarias que usted sabe.

Si quiere usted buscarnos algunas muchachas, estamos en una necesidad muy apremiante, pues además la obra de la casa va aumentando de día en día.

Concédame el honor de considerarme siempre su muy obediente servidora y obligada hija,

LUISA DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

1053 [3307,VIII,529]

A LUISA DE MARILLAC

[Entre 1643 y 1649] ¹

No podré dedicarme hoy a este menester, señorita. Tengo que verla a usted antes de decidir el número. Espero hacerlo mañana, Dios mediante. Hoy tenemos la reunión de las damas en casa de la señora de Lamoignon.

Le deseo buenos días y me encomiendo a sus oraciones

1054 [1010,III,266-268]

A LA DUQUESA DE AIGUILLON

24 enero 1648.

Señora:

Sólo Nuestro Señor podría darle a conocer el consuelo que he recibido con la bendición que Dios ha dado a las armas del

Carta 1053 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Esta carta responde a la anterior, escrita a continuación.

Carta 1054. — Reg. I, f.º 67, copia sacada de la minuta autógrafa.

señor duque de Richelieu ¹, y el cariño con que le pido la conservación y la santificación hasta el infinito de su querida alma.

Han llegado cartas de Marsella. Siento mucho enviar allá ² al padre Lamberto, por muchas razones. El padre Codoing está gravemente enfermo y quizá delante de Dios. Cayó enfermo en Saint-Méen. Tenemos aquí a una persona que tiene algunas cualidades más apropiadas para lo de fuera que el padre Delattre; es verdad que el padre Delattre es más espiritual y más observante. Veremos lo que hay que hacer después de la visita del padre Portail, que me enviará el resultado en el primer correo.

Le dije ayer, por carta que le escribí al anochecer, que saliera para Anecy, apenas acabada la visita a Marsella; pero al leer de nuevo su carta, que le envió a usted esta mañana, he creído oportuno que se quede allí hasta que se aclaren los asuntos de la casa y los del seminario ³, y le he dicho que no salga.

La señora princesa ⁴ asistirá hoy, a las tres, a la reunión en casa de la señora de Lamoignon. ¿Irán usted? Si así es, tendremos la dicha de hablarle de todas estas cosas. Le acompaño una carta del señor Barreau.

1. Armando Juan du Plessis, duque de Richelieu, nacido el 2 de octubre de 1631, sucedió a su padre Francisco de Vignerod, hermano de la duquesa de Aiguillon, en el cargo de general de las galeras. En la batalla de que habla aquí san Vicente, el duque tenía bajo sus órdenes a treinta naves francesas, tres portuguesas y cuatro brulotes. Logró incendiar a cinco barcos españoles, que habían echado el ancla en Castellamare y, al acercarse la flota enemiga, la cañoneó, la acorraló en la bahía, junto al castillo del Oeuf y destruyó tres o cuatro navíos. Esta victoria se frustró por la falta de víveres, que obligó a la flota francesa a volver a las costas de Francia. El duque de Richelieu murió el 10 de mayo de 1715.

2. A Marsella como superior.

3. El seminario de Marsella se abrió el año 1648. Este fue uno de los motivos que retuvieron tanto tiempo a Antonio Portail en dicha ciudad, donde tuvo que ocuparse además de procurar un alojamiento conveniente a los misioneros, que vivían con toda estrechez en una casa alquilada junto al arsenal. Compró para ellos un vasto terreno, situado actualmente en el centro de la ciudad, entre la calle de Tapis-Vert, la calle Thubaneau, el boulevard Dugommier y la calle Longue-des-Capucines, y empezó la construcción, que se prolongaría por unos diez años. (Cf. SLMARD, *o.c.*, 95).

4. Carlota de Montmorency, princesa de Condé.

NICOLAS PAVILLON A SAN VICENTE

Alet, 29 enero 1648.

Mi querido señor y venerado padre:

Aprecio y respeto tanto las cartas que me dirige, que siento como si salieran de la imprenta de sus santas e importantísimas ocupaciones por el servicio de Dios y de la Iglesia, que cada día van siendo mayores. Por eso, cuando me toca ese honor, las recibo como un regalo de su caridad paternal para conmigo y me veo obligado a agradecerélas especialmente con toda la humildad, afecto y reverencia que me es posible.

Si la situación de nuestra pobre y humilde familia y el estado de nuestras diversas tareas me permitiesen recibir a mi lado algunos eclesiásticos para ayudarme, aparte de los que necesito para la administración de la diócesis y de los asuntos pendientes, aceptaría de buena gana esa ocasión que usted ha querido ofrecerme y que, a mi juicio, serviría para la común edificación de todos nuestros familiares y de nuestro clero. Pero habiéndome visto obligado a excusarme por estas mismas razones con otros muchos de las familias más distinguidas y principales de este país, que se habían presentado para este mismo fin, creo que les daría motivos para disgustarse si recibiese a alguien de fuera y sentase un precedente para otras circunstancias que podrían presentarse. Haga el favor de examinar usted mismo el fundamento de esta dificultad.

No obstante, mi queridísimo y venerado padre, no puedo ocultarle que uno de los mayores deseos que podría tener en esta vida sería gozar del honor de volver a verle para disfrutar, al menos por algún tiempo, de su santa y amable conversación, lo cual sería indudablemente para mí un especial consuelo y un gran beneficio espiritual. Pero si la divina Providencia dispone de otro modo, como parece, al menos le ruego humildemente que no tenga en cuenta mi indignidad y que me conceda esta gracia en la eternidad. Queridísimo padre, alcánceme esta gracia con sus santas oraciones y sacrificios; se lo pido insistentemente. Y créame más que nunca, en el amor de nuestro querido Salvador

Carta 1055 (CA). — Archivo de la Misión, original.

y de su santa Madre, su muy humilde, muy obediente y muy obligado servidor e hijo,

NICOLAS,
indigno o [bispo] de Alet.

Dirección: Al padre Vicente, superior general de la congregación de sacerdotes de la Misión, en San Lázaro, París.

1056 [1012,III,269]

UN SACERDOTE DE LA MISION A SAN VICENTE 1648

Los habitantes de Saché ¹, aldea de 600 comulgantes, han seguido con edificación los ejercicios de la misión: ha habido 1.200 fieles en la comunión general; muchas reconciliaciones, restituciones y conversiones; el párroco, el coadjutor y otros cinco eclesiásticos han hecho la confesión general; uno de los más ricos del lugar que tenía hasta entonces el corazón cerrado a la compasión, hizo anunciar desde el púlpito que daría un pan, tres veces por semana, a todos los pobres que se presentasen a su puerta.

1057 [1013,III,269-270]

BALTASAR GRANGIER, OBISPO DE TREGUIER, A SAN VICENTE

Guincamp, 1648.

Su carta nos ha encontrado a todos trabajando en nuestra misión, de la que espero muchas cosas. Uno de sus sacerdotes predica por la tarde admirablemente y con mucha devoción; otro dirige el catecismo principal a la una del mediodía, con admiración y afecto de pequeños y grandes; otro tiene el catecismo menor y mi magistral predica por la mañana en bretón vulgar; en fin, todos trabajan y ni siquiera yo he querido permanecer ocioso, pues predico dos veces por semana. Empezaremos todos a

Carta 1056. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 53.

1. Ayuntamiento del distrito de Chinon (Isère-et-Loire).

Carta 1057. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 44.

confesar mañana, con la ayuda de Dios. Las gentes de este país están muy extrañadas, pues no estaban acostumbradas a las misiones; todos exponen su opinión de forma distinta, pero con respeto. Espero que con la gracia de Dios todo irá bien.

1058 [1014,III,270]

A UN SACERDOTE DE LA MISION

[1648] ¹

Acabamos de enterrar el cuerpo de nuestro buen padre du Chastel, que falleció ayer a la una del mediodía, después de habernos edificado mucho con su paciencia en una enfermedad tan molesta como la suya. Le ruego que haga celebrar por él el santo sacrificio y que le procure las oraciones de su familia.

1059 [3289,VIII,522]

LA SEÑORA DE VILLENEUVE A SAN VICENTE

¡Viva Jesús Crucificado!

Reverendo Padre:

¿Ha resuelto ante Dios dejar perecer a su obra ¹ por la indignidad de la que se encarga de ella? Si Dios se lo inspira y lo compromete en esto, quiero alegrarme con usted. Desde que su bondad me hizo la gracia de comenzarla, hice esta proposición a su reverencia de dejarla si usted me lo mandaba, no juzgó esto conveniente, sino que solamente me ordenasteis aportar algunas circunstancias trabajando en esta bendita obra que he seguido, por la gracia de Dios, al pie de la letra y que he acertado en su total dirección.

Carta 1058. — Manuscrito de Lión.

1. Año de la muerte de Pedro Duchastel.

Carta 1059. — Copia de esta carta se encuentra en uno de los volúmenes del proceso de beatificación de san Vicente de Paúl (Archivo de la S. C. de Ritos).

1. La Sociedad de las Hermanas de la Cruz.

Heos ahí ante su perfección y cumplimiento. ¿Nos denegará la gracia de coronar la obra con su consejo como la había comenzado? No, no creo que tenga esa intención. Me ha socorrido siempre en aquello, tanto en las necesidades temporales como en las espirituales. Dios le ha hecho entrever el exceso de mis sufrimientos, como la voluntad de aliviarlos. Puede que en esta ocasión sea así. Venid a ver, querido padre, si es como pienso. ¿Es posible que nuestro buen Dios me haya dejado engañar por los sentidos y que no haya trabajado por su gloria hasta ahora? No, no puedo creerlo si no me lo dice con absoluta seguridad, después de habérselo recomendado mucho a Dios, en nombre de quien le suplico lo más pronto posible para cerciorarme de su santa voluntad y ayudarme a cumplirla, excluyendo a todo lo que no es el.

Es mi deseo inviolable, por la gracia de Dios, reverendo padre, de ser vuestra muy humilde, obligada y pequeña sierva e hija en nuestro Señor,

MARIA LHUILLIER
de la Sociedad de la Cruz.

París, 4 de febrero de 1648.

Dirección: Al padre Vicente, superior de los padres de la Misión, en San Lázaro.

1060 [1015,III,270-271]

**A ANTONIO PORTAIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN MARSELLA**

París. 7 febrero 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

¡Dios mío! ¡Cuánto me consuela la conferencia que ha tenido usted sobre los defectos de las misiones en las galeras! El fruto que se ha sacado es una señal de que Dios ha visto con agrado ese acto. Le doy gracias con todo mi corazón, y a usted

Carta 1060 (CF). — Archivo de Turín, original.

le agradezco que haya asistido a la reunión de los señores administradores ¹. No he podido acabar de leer los artículos que le han propuesto; los veré, Dios, mediante, junto con la fundación de la señora duquesa ². Antes de que pueda decirle lo que pienso sobre las obligaciones de ésta, para que pueda usted redactar algún reglamento para el hospital, le ruego que me envíe una copia de la patente de fundación, que nos servirá para ello; me refiero a la fundación o declaración del rey a propósito del hospital ³. Será conveniente que les haga usted comprender a los señores administradores que la Compañía no tiene visitador general, sino sólo uno en cada provincia.

No me parece mal que no haya ido a Argel el padre Tyrry; me gustaría saber si ha ido el padre Lesage y cuánto tiempo hace de ello.

Dentro de cinco o seis días, si Dios quiere, le enviaremos una buena carretada, la mejor del mundo; la mayor parte para Roma, y la otra para Marsella. Le ruego que los espere y que me encomiende a Nuestro Señor, en cuyo amor soy su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

¿Ha vuelto el señor arzobispo de Marsella? ⁴ ¿Le entregó usted mi carta y le hizo la propuesta del seminario? En ese caso, ¿cómo la acogió y en qué disposición lo encuentra?

Al pie de la primera página: Padre Portail.

1. Los administradores del hospital de galeotes.

2. La duquesa de Aiguillon.

3. Esta parte de la frase es de mano del santo.

4. Esteban de Puget.

1061 [1016,III,272-274]
A ANTONIO PORTAIL

París, 14 febrero [1648] ¹.

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me parece que los señores administradores ² tienen el deseo de manejarlo todo. Cuando vuelvan a hablarle de las reglas del hospital, dígalas, como si fuera idea suya, que es norma de los que Dios utiliza para la fundación de obras santas y nuevas ir retrasando todo lo que pueden el reglamento de las mismas, ya que la experiencia demuestra que lo que al principio es hacedero luego a veces es perjudicial o tropieza con inconvenientes desagradables; que por eso algunas comunidades sólo hicieron sus constituciones cien años más tarde, como los cartujos. San Ignacio no hizo más que un pequeño proyecto de las suyas; pero su Compañía las puso luego en el estado actual, según las luces que el tiempo les fue descubriendo. El señor obispo de Ginebra, por haber hecho demasiado pronto el reglamento de las religiosas de Santa Maria, tuvo que hacer luego un directorio ³.

Si, después de esta razón general, le siguen urgiendo los señores administradores, pase a lo concreto y dígalas que no podemos obligarnos a mantener dos sacerdotes de la Compañía ⁴ en el hospital: 1.º, porque la fundación de la señora duquesa ⁵ no

Carta 1061 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Esta carta es de 1648, aunque el secretario distraídamente puso la fecha en 1647. Son tres las razones que nos mueven sobre todo a modificar esta fecha. Los misioneros de Irlanda no pudieron escribir al santo en 1646, dado que sólo salieron de Francia meses más tarde, en noviembre (cf. carta 943); 2.º Fermin Get no era sacerdote todavía el 20 de diciembre de 1647 (cf. carta 1046); 3.º, Luis Callon vivía aún el 14 de febrero de 1647. Por tanto hemos de abandonar el 1647; sólo puede convenir el 1648.

2. Los administradores del hospital de galeotes.

3. El directorio de la Visitación se preparó en una reunión plenaria celebrada en Annecy en mayo de 1623, bajo la presidencia de la santa fundadora. Santa Juana Francisca se inspiró sobre todo en las notas dejadas por san Francisco de Sales, fallecido el 28 de diciembre de 1622. Este directorio fue editado en 1850 con el título *Coutumier et directoire pour les soeurs religieuses de la visitation Sainte-Marie*.

4. Las palabras *de la compañía* están entre líneas, escritas por el propio san Vicente.

5. La duquesa de Aiguillon.

lo determina; 2.º, porque las rentas no bastan para ello y para los demás cargos; 3.º, porque nuestro instituto no tiene más que dos fines principales, esto es, la instrucción de la pobre gente del campo y los seminarios; que es ésa nuestra obligación, y no la dirección de los hospitales, que es algo accesorio; que, sin embargo, hemos aceptado esa dirección con la idea de utilizar allí sacerdotes externos, cuando no puedan bastar los nuestros, tal como hacemos en las misiones. Le envió un extracto de aquello a que nos obliga la fundación. La verdad es que el mantenimiento de dos sacerdotes en el hospital sería para nosotros una carga excesiva, ya que, si uno de los dos enfermase, como sucede con frecuencia, se necesitaría un tercero. Dios le inspirará el resto.

Nuestra gente partirá, Dios mediante, en el primer viaje del coche de León. Espero que el padre Gallais forme parte del grupo. El padre Get es lo bastante bueno y prudente para poder servir de asistente.

No era mi intención que alimentaran durante tanto tiempo al sacerdote armeno; pero, ya que se trata de una obra de caridad, *in nomine Domini!*

En el colegio ⁶ había dos o tres seminaristas dispuestos a ir a las galeras; pero, como el padre Chrétien nos dijo que no era preciso enviarles y que encontraría bastantes sacerdotes del país para ello, les hemos desanimado y apartado de su resolución; temo que ahora no se encontrará ninguno que quiera ir allá. Sin embargo, le he rogado al padre Berthe ⁷ que sondee a algunos.

Recibí los papeles del señor obispo de Tresbisonda ⁸ y la indulgencia que pidió el difunto señor Callon ⁹.

No tenemos nada nuevo, a no ser noticias viejas de Irlanda, que llegaron hace dos días, pero fechadas en los meses de septiembre y noviembre.

El padre du Chesne padece un flujo de sangre desde un mes antes de su última carta, y el hermano Le Vacher ¹⁰ desde que está en Irlanda. Los demás siguen bien, gracias a Dios. Las mi-

6. El colegio de Bons-Enfants.

7. superior del colegio de Bons-Enfants.

8. Obispo *in partibus* de Tresbisonda.

9. Había muerto en Aumale el 26 de agosto de 1647.

10. Felipe Le Vacher.

serias del país son muy grandes y los enemigos están rodeando el lugar donde residen nuestros hermanos, de forma que, cuando van a misión, se encuentran en peligro ¹¹. Los encomiendo a sus oraciones, y especialmente mi alma.

Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión en Marsella

1062 [1017,III,275]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR, EN GENOVA

14 febrero 1648.

Las gracias que Dios derrama sobre sus trabajos son obra de su pura misericordia y no de nuestras pobres oraciones; somos unos pobres hombres, más capaces de apartar sus bendiciones que de atraerlas. Doy gracias a su divina bondad por el celo y la fidelidad que le da a su corazón y a los que están con usted. La verdad es que me siento tan impresionado del uso que usted hace de esas virtudes y de otras muchas que! cuando se presenta la ocasión de animar a la comunidad de San Lázaro a su propia perfección, le refiero los ejemplos que usted nos da; le cuento sus largos trabajos, a pesar de las enfermedades de algunos, su paciencia en las dificultades, la caridad y la paciencia que tienen unos con otros, la amable acogida, el respeto y las atenciones que los externos encuentran en todos ustedes. Ya

11. Las tropas confederadas habían entrado en septiembre de 1647 en Tipperary y en Caher; luego, dirigiéndose a Cashel, tomaron la ciudad y mataron a una parte de sus habitantes. El 13 de noviembre causaron una sangrienta derrota al ejército irlandés reunido en Kanturk. Los católicos irlandeses que escaparon de los combates o de la matanza no pudieron librarse de la miseria. Los sacerdotes eran los más expuestos a ella, ya que tenían que ocultarse para practicar su religión, so pena de prisión y de muerte.

Carta 1062.- Reg. 2,199.

ve usted, padre, cómo la miel de su panal llega hasta esta casa y sirve de alimento a sus hijos. ¡Dios mío! ¡Qué consuelo para toda la Compañía! ¡Y qué gran motivo para nuestra pequeña familia de humillarse cada vez más y trabajar cada vez mejor, ya que Dios se complace en extender y multiplicar los bienes que realiza, incluso en los lugares en que uno reside!

Los regalos que les hagan en Génova, podrá usted recibirlos, cuando vengan de los lugares en donde hayan tenido misión; pero rehúselos, cuando se los ofrezcan durante dichas misiones.

1063 [1018,III,276-277]

A LA MARQUESA DE Maignelay

San Lázaro, sábado por la mañana [1647 ó 1648] ¹

Señora:

Con toda humildad y respeto que me es posible le ruego, postrado en espíritu a sus pies, que me perdone si no acudo hoy a casa del señor du Fresne, según sus órdenes, dado que, al no poder hacer lo que él ha propuesto por las razones de conciencia que le indiqué a usted, me vería muy afligido al tener que negar algo a la persona que más obligación y afecto siento de obedecer, asegurándole, señora, que preferiría morir antes que desobedecerle, si no fuera en ello mi salvación, y que tan lejos estoy de haberles perdido el cariño a esas buenas hijas ² que, si me dejara llevar por los impulsos de mi naturaleza, ahora mismo iría a visitarlas.

Y por lo que se refiere a la señorita de Anse ³, no dejaré de

Carta 1063 (CA). — Original en el British Museum, Eggleton, ms. 1609, f.º 35. Esta carta ha sido tirada en facsímil en gran número de ejemplares.

1. Véase nota 2.

2. Las religiosas de la visitación, que san vicente dejó de visitar durante año y medio, según una resolución tomada en el retiro de 1646. Sabemos, por la conferencia del 13 de noviembre de 1654 a los misioneros, que dichas religiosas acudieron a la marquesa de Maignelay para que convenciera al santo de que volviera; así lo consiguieron.

3. Maria Lambert, señorita de Anse, dama de honor de la reina Ana de Austria y dama de la Caridad. Caída en desgracia y despedida de la corte en la época de la Fronda, por haberle manifestado sus sentimientos a Mazarino, supo granjearse de nuevo el favor de la reina hasta el punto

ir a recibir sus órdenes mañana o pasado, con la ayuda de Dios, en cuyo amor soy, señora, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: A la señora marquesa de Maignelay.

1064 [1019,III,277]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Padre:

Hace más de un mes que nos comunicaron que el señor abad de Vaux debería venir a esta ciudad a principios de mayo, y que es necesario que él nombre un director para nuestras hermanas, lo cual no hará hasta que yo le haya indicado a usted todas sus propuestas, antes de marcharse él y de que se haya hecho el cambio de hermanas.

Mi escasa experiencia y capacidad me impiden hacerle ver a usted los peligros por los que veo que toda la Compañía podría ir echándose a perder; en vez de robustecerse; con frecuencia tengo los sentimientos de Agar temiendo ver morir a su hijo; pero con más razón que ella, ya que son mis pecados la causa de todos los desórdenes.

Le pido humildemente perdón por la sobrecarga de preocupaciones que le doy. Si no creyera que es ésa la voluntad de Dios, procuraría ver tranquilamente todos esos peligros. Le ruego que su caridad ponga remedio a todo y que crea que soy su muy humilde hija y obligada servidora,

L. DE M.

Dirección: Al padre Vicente.

de que ésta le dejó 10.000 libras en testamento. Luisa de Marillac y san Vicente recurrieron más de una vez a sus buenos oficios.

Carta 1064 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

**A CARLOS NACQUART, SACERDOTE DE LA MISION,
EN RICHELIEU ¹**

París, 22 marzo 1648 ²

Padre:

Hace mucho tiempo que Nuestro Señor puso en su corazón el sentimiento de hacerle un señalado servicio; cuando se empezó en Richelieu con las misiones entre gentiles e idólatras ³, creo que Nuestro Señor le hizo sentir que le llamaba a ellas, tal como usted me lo escribió, junto con algún otro de esa casa de Richelieu. Ya es hora de que esa semilla de la divina vocación produzca su efecto en usted. El señor nuncio, por orden de la sagrada Congregación de la Propagación de la fe, que tiene al Santo Padre por cabeza, ha escogido a la Compañía para ir a servir a Dios en la isla de San Lorenzo, llamada por otro nombre Madagascar ⁴; y la Compañía ha puesto sus ojos en usted, como

Carta 1065. — Archivo de la Misión, Carpeta de Madagascar, copia antigua.

1. Carlos de Nacquart nació en Treslon (Marne), entró en la congregación de la Misión el 6 de abril de 1640, a los 23 años de edad. Llegado a Madagascar el 4 de diciembre de 1648, aprendió la lengua del país, que ya había empezado a estudiar en el barco, tan bien que poco después fue capaz de redactar en ella un resumen de la doctrina cristiana. Convirtió a varios protestantes, bautizó a 77 malgaches y regularizó la situación de muchos franceses que vivían en concubinato con mujeres indígenas. No sólo evangelizó Fort-Dauphin, sino todo el país alrededor, en un radio de más de diez leguas. Tantos trabajos lo agotaron: murió el 29 de mayo de 1650. Las *Mémoires de la Congrégation de la Mission*, Paris 1863-1899, 11 vols. vol. IX, han publicado sus cartas, su diario y su testamento, según copias antiguas conservadas en los archivos de la Misión.

2. ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 156, reproduce esta carta por entero, no sin retocarla en varios pasajes; la fecha en abril de 1648.

3. El sentido es: cuando se anunció en la casa de Richelieu que iba a empezar la misión de Madagascar.

4. La salida de los misioneros fue tan precipitada que san vicente no tuvo tiempo de acudir a Roma y se contentó con pedir poderes al nuncio Nicolás Bagni. Este ignoraba que Propaganda Fide reservaba la misión de Madagascar a los carmelitas descalzos y que ya les había dado todas las facultades necesarias. Por decreto del 20 de julio de 1648, Propaganda suspendió los poderes dados por el nuncio a Carlos Nacquart y a Nicolás Gondrée. sin embargo, para no condenarlos a una ociosidad forzosa, les permitió ejercer todas las funciones curiales, solamente para los católicos

la mejor hostia que tiene para rendir homenaje a nuestro soberano Creador, para hacerle este servicio, junto con otro buen sacerdote de la Compañía.

Mi más que querido padre, ¿qué dice su corazón ante esta noticia? ¿Siente la vergüenza y la confusión convenientes para recibir tan alta gracia del cielo? ¡Vocación tan grande y tan adorable como la de los mayores apóstoles y santos de la Iglesia de Dios! ¡Los designios eternos realizados en el tiempo sobre usted! Sólo la humildad es capaz de soportar esta gracia; el perfecto abandono de todo lo que usted es y puede ser, con la exuberante confianza en su soberano Creador. Necesita una fe tan grande como la de Abrahán, la caridad de san Pablo, el celo, la paciencia, la deferencia, la pobreza, la solicitud, la discreción, la integridad de costumbres y un gran deseo de cosumirse totalmente por Dios; todo eso le será tan necesario como al gran san Francisco Javier.

Esa isla [está] ⁵ bajo el Capricornio. Tiene cuatrocientas leguas de largo y unas ciento sesenta de ancho ⁶. Son pobres hombres que viven en la ignorancia de Dios, pero que son muy sencillos, buenos y muy rectos. Para ir allá, hay que pasar la línea del ecuador. Los que llevan el gobierno de dicha isla son mercaderes de París, que son como los reyes de allí ⁷.

Lo primero que tendrá que hacer usted es acomodarse al viaje que hizo el gran san Francisco Javier, sirviendo y edificando a los de los barcos que le lleven; instituir las oraciones públicas, si es posible; cuidar de los enfermos y buscar siempre lo peor para que los demás tengan lo mejor; procurar una buena

de la isla, hasta que los carmelitas renunciasen a sus derechos. La situación quedó regularizada cuando éstos desistieron y se dio un nuevo decreto de Propaganda Fide.

5. Palabra olvidada en la copia.

6. La isla mide exactamente 1.515 kilómetros de norte a sur y 470 de anchura media.

7. Una sociedad de capitalistas, la *Société de l'Orient*, compuesta de 24 miembros, había obtenido de Richelieu, el 22 de enero de 1642, el derecho exclusivo de comercio con Madagascar e islas adyacentes durante diez años. Enviaron colonos a la isla, bajo la autoridad del señor de Pronis, que con sus abusos obligó a la Compañía a buscarle un sucesor. Fue escogido el señor de Flacourt, que iba a tomar posesión de su puesto en el barco que conducía a los padres Nacquart y Gondrée (Cf. *Mémoire sur la Compagnie des Indes Orientales*, 1642-1720, Bibl. Nat., f.f. 6231).

navegación, que dura cuatro o cinco meses ⁸, mediante sus oraciones y la práctica de las virtudes por parte de los marineros, gracias a sus esfuerzos y consejos; con esos señores ⁹, tener siempre un gran respeto; ser fiel para con Dios para no fallar nunca a sus intereses, sin traicionar nunca a la conciencia con ninguna consideración, sino buscando con cuidado que no se estropeen los intereses de Dios por precipitarlos demasiado; ocupar bien el tiempo y saber esperar.

Cuando haya llegado a aquella isla ¹⁰, tendrán primero que arreglarse como puedan; quizás tengan ustedes que dividirse, para servir en diversos lugares; pero convendrá que se vean lo más frecuentemente que puedan para consolarse y animarse. Desempeñarán ustedes todas las funciones curiales con los franceses y con los idólatras convertidos. Sigán en todo las normas del concilio de Trento y utilicen el ritual romano. No permitan que se introduzca ningún otro uso; y si ya se había introducido, procuren suavemente hacer que las cosas vuelvan a su cauce. Para ello, será conveniente que se lleven al menos dos rituales de Roma. Lo principal es que, después de esforzarse en vivir con las personas que tenga que tratar en olor de suavidad y de buen ejemplo, procuren que aquellas pobres gentes, nacidas en las tinieblas de la ignorancia de su Creador, comprendan las verdades de nuestra fe, no ya por las sutiles razones de la teología, sino por razonamientos sacados de la naturaleza; pues hay que comenzar por ahí, intentando hacerles comprender que no hace usted más que desarrollar en ellos las señales que Dios les ha dejado de sí mismo y que había ido borrando la corrupción de la naturaleza, desde hace mucho tiempo habituada al mal. Por eso, padre, convendrá que se dirija con frecuencia al Padre de las luces, repitiendo lo que le decimos todos los días: *Da mihi intellectum ut sciam testimonia tua* ¹¹. Ordene en la meditación las luces que él le dé, para demostrar la verdad del primer Ser soberano y las conveniencias del misterio de la Trinidad, la necesidad del misterio de la Encarnación, que hizo nacer un segun-

8. Duró más de seis meses.

9. Los señores de Flacourt, de Bloye, Galiot, Ruffin y otros compañeros de viaje.

10. El copista escribió *villa*, seguramente por distracción.

11. Sal 118, 125.

do hombre perfecto, después de la corrupción del primero, para reformarnos y asemejarnos a él. Me gustaría que les hiciera ver las debilidades de la naturaleza humana mediante los desórdenes que ellos mismos condenan, pues también ellos tienen leyes, reyes y castigos.

Aunque hay libros que tratan de estas materias, como el catecismo de Granada ¹², o algún otro que procuraremos enviarle, no puedo menos de repetirle que lo mejor es la oración: *Accedite ad eum et illuminamini* ¹³; abandonarse en el espíritu de Dios, que habla en esas ocasiones. Si su divina bondad quiere darle la gracia de cultivar la semilla de cristianos que ya hay allí y que viven con aquellas buenas gentes en la caridad cristiana, no dudo, ni mucho menos, que Nuestro Señor se servirá de ustedes para prepararle allí a la Compañía una mies abundante. Vaya, pues, padre, y ya que le envía Dios por medio de sus representantes en la tierra, eche las redes con valentía.

Sé cuanto estima su corazón la pureza. Tendrá que hacer allí un buen uso de ella [dado que esos pueblos] ¹⁴, viciados en muchas cosas, tienen sobre todo este vicio, pues se dice que los maridos llevan incluso a sus propias mujeres a los europeos, para tener hijos de ellos. La gracia infalible de su vocación le garantizará contra todos estos peligros.

Todos los años recibiremos noticias de usted y le daremos las nuestras.

Aunque en esos países no se necesita dinero para vivir, la Compañía ha ordenado que le envíen cien escudos de oro para las necesidades que puedan surgir. También le enviaremos un oratorio completo, dos rituales completos, dos biblias pequeñas, dos concilios de Trento ¹⁵, dos Binsfeld ¹⁶, algunas estampas de nuestros misterios, que sirven maravillosamente para que esas

12. *Catéchisme ou instruction du symbole de la foy*, traducido por el canónigo Nicolás Colin, París 1587.

13. Sal 33, 6

14. Estas palabras, necesarias para el sentido de la frase, no están en la copia; las tomamos del texto de ABELLY.

15. Las primeras ediciones de los cánones y decretos del concilio de Trento aparecieron en Roma en 1564. Las más recientes eran las de Amberes (1640) y Colonia (1644).

16. Autor de un *Enchiridion theologiae pastoralis*, Treves 1591, reeditado en París 1646.

buenas gentes comprendan lo que se les quiere enseñar, y les gustan mucho.

Tenemos aquí un joven de aquel país, de unos veinte años, que tiene que bautizar hoy el señor nuncio. Yo utilizo estampas para instruirle y me parece que esto sirve para que se ate su imaginación.

No sé si será necesario llevar hierros para hacer hostias para decir la santa Misa, imperdibles, estuches de bolsillo — tres o cuatro cada uno — los santos óleos para el bautismo y para la extremaunción, cada uno un Busée ¹⁷, algunos ejemplares de la *Introducción a la vida devota* ¹⁸, compendios de vidas de santos.

Tiene usted una obediencia ¹⁹ nuestra y plenos poderes del señor nuncio, que lleva esta obra en el corazón.

Con todo esto me entrego por entero a usted, si no para seguirle efectivamente, pues soy indigno de ello, al menos para pedirle a Dios por usted todos los días que todavía me conceda en la tierra y, si Dios quiere hacerme esta gracia, para volver a verle en la eternidad y honrarle allí como a una persona que estará colocada por la dignidad de su vocación entre los hombres apostólicos.

Acabo, postrado en espíritu a sus pies, rogándole que me ofrezca a nuestro común Señor, para que le sea fiel y recorra en su amor el camino de la eternidad. Soy en el tiempo y seré para siempre, padre, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

La otra persona a la que hemos destinado con usted es el padre Gondrée, a quien quizás conoció usted en Saintes, donde estuvo cuando era todavía clérigo; es uno de los mejores miembros de la Compañía, que todavía conserva la devoción que te-

17. *Manuel des méditations dévotes sur tous les évangiles des dimanches et fêtes de l'année*. Esta obra, compuesta en latín por el padre Busée, había sido traducida y aumentada por el padre Portail en 1644.

18. En 1641 acababa de aparecer en París una hermosa edición de la *Introduction a la vie dévote*.

19. La carta de obediencia fue enviada el 28 de marzo de 1648 a los padres Nacquart y Gondrée. Ha sido publicada en las *Mémoires* IX, 42,

nía al entrar en ella; es humilde, caritativo, cordial y celoso; en una palabra, no sabría qué decir en su alabanza.

El miércoles o el jueves saldrán de aquí algunos mercaderes para La Rochelle, donde será el embarco. Si desean pasar por Richelieu, el padre Gondrée podrá ir con ellos para juntarse allí con usted, y ellos irán por delante para preparar el barco y esperarles para el 15 o el 20 del mes próximo, cuando se harán a la vela ²⁰, Le ruego, padre, que esté preparado.

A los libros que ya he nombrado añadiremos la vida y las cartas del apóstol de las Indias ²¹,

Haga el favor de no divulgar esta noticia, pues por aquí no hemos dicho nada todavía.

En el viaje irá también uno de los señores a los que el rey ha dado esa isla ²²; él le pagará los gastos en el mar y en aquellos lugares. Cuando llegue, vea si, con el tiempo, convendrá que posean allí algo, para poderse mantener por su cuenta. Dicen que por allí basta con cinco sueldos de arroz, que allí ocupa el lugar de pan, para alimentar a cien hombres por día.

¡Qué más le diré, padre, sino que ruego a Nuestro Señor, que le dio parte en su caridad, que le haga participar también de su paciencia, y que no hay ninguna cosa que yo desee tanto en la tierra como ir a servirle de compañero, si fuera posible, en lugar del padre Gondrée!

20. El barco no levó anclas hasta el 21 de mayo, día de la Ascensión.

21. Entre las vidas francesas de san Francisco Javier, san Vicente podía conocer las de Martin Christophe (1608), Miguel Coissard (1612), Esteban Binet (1622), la del padre de Balinhem y una vida anónima publicada en Mons en 1619. La primera edición francesa de sus cartas apareció en París en 1628.

22. El señor de Flacourt. La *Société de l'Orient* había prometido proporcionarles a los misioneros alojamiento, víveres y vestidos. El nuevo gobernador no cumplió estos compromisos.

A DIONISIO GAUTIER, SUPERIOR DE RICHELIEU

París, 29 marzo 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le escribo al padre Nacquart por medio del padre Gondrée, que sale hoy en coche para Richelieu, para que se dirijan juntos a La Rochelle con esos señores que tienen que llevarles a las Indias alrededor del 20 del mes próximo.

El señor arzobispo de Reims ¹ anda cerca de ustedes; me ha escrito que no le han visitado ustedes. Le ruego que vaya a verlo y a postrarse a sus pies, para pedirle perdón por no haber ido antes a saludarle; que va usted a ofrecerle su obediencia y la de la Compañía, como a la persona que nos ha establecido en Richelieu y a la que, por este motivo, debe usted toda clase de respeto y sumisión. Haga el favor de hacerle también de mi parte un nuevo ofrecimiento de mi obediencia perpetua.

Le recomendé al padre du Coudray y vuelvo a recomendárselo ahora; no soy capaz de decirle todo el afecto que Dios me ha dado por él ². Le ruego que así se lo diga y que me indique cómo se encuentra. Le hemos pedido a Nuestro Señor su conservación y su salud.

No sé si el padre Chiroye ³ habrá recobrado la suya; hace ocho días que le pedí noticias. Le ruego que me escriba usted, si él no lo hace, y que salude de mi parte a toda esa familia. De ella y de usted en especial soy, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Carta 1066 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Leonardo d'Estampes de Valençay.
2. Es sabido que Francisco du Coudray tenía ideas especiales sobre algunos puntos dogmáticos.
3. Superior de Luçon.

El padre Gondrée ha partido sin la carta del padre Nacquart; se la envió con ésta ⁴. Vea la carta del hermano Cruoly ⁵ y entréguesela, si lo cree conveniente.

Al pie de la primera página: Padre Gautier.

1067 [1022,III,287-290]

CARLOS NACQUART A SAN VICENTE

1 abril 1648.

Padre:

¡Su santa bendición, si le parece bien!

Al leer y releer su carta, me parece que sus palabras no eran de un hombre, sino del espíritu de Dios, que me comunicaban que era su voluntad servirse de mí en una vocación tan noble y tan alta, de la que realmente me considero muy indigno; ninguna repugnancia he sentido ante ella, sino solamente que me hubiera gustado estar bajo la dirección de otro y no ser yo el superior, pues me considero totalmente incapaz para ello, por carecer de virtud, de prudencia y de ciencia; esto es lo que me hace temer que podrá estropearse la obra de Dios e impedir mucho su gloria, que otros procurarían con mayor provecho, mientras que yo me sentiría más tranquilo de no tener que hacer otra cosa más que obedecer. ¡Cuánto me cuesta vencerme de que es a mí pobre Carlos Nacquart, a quien van dirigidos estos designios dé Dios! Sin embargo, ya que ocupa usted el lugar de mi padre en la tierra, después del que tengo en el cielo, no me cabe duda alguna de ello. Que el padre Gondrée venga cuando le plazca;

4. Véase la carta anterior.

5. Donato Cruoly, nacido en Cork (Irlanda) el 24 de julio de 1623, entró en la congregación de la Misión el 9 de mayo de 1643, hizo los votos en noviembre de 1645 y fue ordenado sacerdote en 1650. Fue de los misioneros enviados a Picardía en 1651 para socorrer a las poblaciones reducidas a la miseria. San Vicente lo nombró luego director de los estudiantes y profesor de teología de San Lázaro (1653-1654), después lo envió como superior a Le Mans, de donde volvió a San Lázaro en 1657, para enseñar moral. Donato Cruoly dirigió la casa de Saint-Brieuc de 1667 a 1670.

Carta 1067. — Archivo de la Misión, carpeta de Madagascar, copia.

iré con él como un niño perdido, a ciegas, para descubrir si es ésa la tierra prometida. Y aunque he visto mi mano llena de lepra, confío en que Dios nos dará su vara omnipotente para realizar todo lo que él quiera. Pero, al menos, si no envía usted un superior, haga el favor de añadir un tercer compañero, para que ese triple cordón sea más fuerte e indisoluble. Me dirá que no puede darnos a nadie. No tiene más que poner unas letras al padre Maillard¹, de aquí, que también se lo pidió hace dos años con mucha insistencia, como usted recordará, y que ahora mismo está a mi lado, después de haberlo sospechado por algunas cosas que le oyó al padre Gautier, rogándome que le diga que todavía siente su corazón inclinado a ello, si a usted le parece bien. También yo creo que merece esta gracia, dada su virtud, su mansedumbre y las demás cualidades, con las que no formaríamos más que un solo corazón. Si dice usted que lo necesitan para procurador de Richelieu, la verdad es que lo tiene todo tan bien ordenado que cualquier otro podría sustituirle fácilmente; el hermano Vageot, que goza de poca salud para el estudio², podría hacerlo muy bien. Dénselo como superior³; seguramente que no siente ninguna vanidad por ello. Hay hombres que se emborrachan con un vaso de vino y que se ahogan en cuatro dedos de agua; el más pequeño humo de incienso es capaz de atontarme; puedo decir también: qui datus est mihi stimulus carnis⁴, al escuchar al otro sexo; todo esto me da a veces miedo de estar solo. Como usted dice, no costará más tres que dos; pero fiat voluntas Domini! Se trata sólo de hacerle este ruego, en el caso de que siga usted pensando como antes.

¿Habrá que escoger un lugar de residencia, desde donde, como desde el centro, vayamos alrededor por toda la isla a tener

1. Antonio Maillard, nacido en Veney (Meurthe), entró en la congregación de la Misión el 21 de mayo de 1644, a los 26 años de edad; hizo los votos en 1646, fue mucho tiempo procurador de la casa de San Lázaro y procurador general de 1679 a 1686.

2 Felipe Vageot, clérigo, nacido en Bellegarde (Ain), entró en la congregación de la Misión el 3 de mayo de 1645, a los 21 años de edad; hizo los votos el 12 de octubre de 1647, fue ordenado sacerdote en septiembre de 1648; enviado a la casa de Saintes poco después de su ordenación, fue superior de esta casa de 1651 a 1655, año de su salida de la compañía.

3. Antonio Maillard.

4. 2 Cor 12, 7.

misiones como en este país, para volver luego? ¿Hay allí ciudades, parroquias, iglesias, otros sacerdotes⁵, otras religiones de controversia? ¿Hay otros señores distintos de los franceses, a quienes haya que obedecer? ¿Cómo hay que realizar las funciones curiales? ¿Lo mismo que aquí? ¿Hay que observar por completo nuestras mismas ceremonias? ¿Hay libros de canto? ¿Celebraremos la misa todos los días en el barco? ¿Tendremos en todas partes materia de la consagración? Si no llevamos más que un oratorio, ¿qué hacer si nos dividimos? ¿Habrá algún obstáculo para nuestra religión en nuestras funciones y en nuestros hábitos sacerdotales? ¿Llevamos bonetes cuadrados y sobrepellices? ¿Podremos fundar cofradías de la Caridad y recibir ejercitantes? ¿Cómo ordenaremos el tiempo si no llevamos relojes? ¿Podría usted enviarnos el reglamento de la Misión con la última mano?⁶ ¿Podremos admitir algunos compañeros de aquel país, o para ser sacerdotes e instruir a los demás? ¿Hay obispos? ¿Tendremos algunos coadjutores de aquí o de allí? Ya sabe usted que se había ofrecido el hermano J. Bance para ello⁷. ¿Habrá que aceptar alguna fundación para nuestra subsistencia en particular y para edificar, sin tener que escribirle a usted? Las preguntas se van multiplicando.

Quizás haya más cosas que proponerle, por lo que le ruego que supla a todo dándome nuevos consejos, a no ser que ya haya hablado de todo con el padre Gondrée. Todavía tiene usted bastante tiempo para contestar a la presente, antes de que salgamos, en el primer correo, que esperaremos. ¿Tendremos incensario, incienso y una custodia para honrar a Nuestro Señor en el santísimo Sacramento del altar? ¿Lo llevaremos consagrado en el barco? ¿Hemos de intentar que hagan confesión general todos los del barco? ¿Tendremos lectura en la mesa por el camino y cuando lleguemos allá? ¿Tendremos libertad para seguir el horario de la jornada de un misionero, para tener conferencias entre nosotros y con los señores del barco si están dispuestos a ello,

5. No había en Madagascar, en la región donde habrían de residir los misioneros, más que un solo sacerdote, el señor de Bellebarbe.

6. Con las últimas modificaciones.

7. Juan Bance, nacido en Ménoval (Seine-Inférieure) en 1611, entró en la congregación de la Misión como hermano coadjutor el 9 de noviembre de 1637.

y una vez en la isla con los niños y con los hombres? ⁸ Si tuviésemos muchas indulgencias para conceder y misas privilegiadas, oraciones de 40 horas, etcétera, todo esto suscitaría la devoción.

Esperaré su respuesta para decirle adiós y hacer testamento ⁹, antes de morir moralmente para este país. Encomiéndenos expresamente a las oraciones de toda la Compañía, sin las cuales tendría menos confianza para esta empresa, en la que estos comerciantes que van allá por los beneficios temporales me servirán de estímulo o de confusión, si no hago por la gloria de Dios y la salvación de las almas tanto como ellos por su comercio, aunque tengo mucho miedo de perderme, conociendo mi debilidad y mi incapacidad para gobernar las almas. Que Nuestro Señor me tenga de su mano y me dé todo lo que usted me desea y le seguirá pidiendo en unión con otras buenas almas, cuya ayuda mendigo por medio de usted.

Soy en su amor, inviolablemente y con todo mi corazón, en el de su santa Madre y san José, mi venerado padre, su muy humilde y obediente servidor y querido hijo,

CARLOS NACQUART,
indigno sacerdote de la Misión.

¿Podría escribir unas palabras a mi padre para pedirle su bendición y que mandase rezar a Dios por mí?

1068 [1023,III,290-291]

**NICOLAS GONDREE, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Tours, 3 abril 1648.

Padre:

¡Su bendición!

Llegué felizmente a Tours en compañía del señor de Bloye, que nos conduce por orden del señor de Flacourt ¹ No podía

8. La respuesta de san Vicente fue afirmativa, y Carlos Nacquart tuvo la dicha de ver cómo los marineros y los pasajeros respondían a su invitación.

9. El único testamento que tenemos de Carlos Nacquart es del 24 de junio de 1649; ha sido publicado en *Mémoires* IX, 137.

Carta 1068. — Archivo de la Misión, copia del siglo XVII.

1. Esteban de Flacourt, nacido en Orleans en 1607, gobernó la colonia de Madagascar, en nombre de la Compañía de Indias, de 1648 a 1655, en

habernos dado un hombre de mejor trato, no sólo en lo temporal, sino también en lo espiritual. Puedo asegurarle que he recibido de él más edificación que de ninguna otra persona de su condición, cantando y excitando a los demás, por la mañana y la tarde, a cada hora, a la devoción. Espero que Dios quiera servirse de él en Madagascar, pues veo en él tanto ardor como podría desearse y tantos deseos de extender la gloria de Dios en aquellos pueblos, no sólo por medio de otros, defendiéndoles con su autoridad, sino también por las instrucciones familiares que tiene pensado hacerles. Ya ha empezado su misión, enseñando a comulgar, el Padrenuestro y el Credo; en una palabra, es un sol en medio de varias estrellas; y yo no soy más que tinieblas, por culpa de mis imperfecciones, en medio de esas luces. Le gustaría que se entregasen a Dios muchos eclesiásticos para la conversión de la isla. Y así me lo ha manifestado. Pues, al encontrarse con un buen sacerdote que buscaba acomodo, se sintió impresionado al conocer la buena voluntad que tenía de servir a Dios en aquel país y, después de haber sondeado en su interior, lo juzgó muy indicado para ello, ya que asegura que no es su propio interés el que le mueve a ir a aquel lugar, sino la pura gloria de Dios, con deseos de sufrir, de obedecer, de trabajar y de padecer el martirio, si fuera necesario. ¡Bendito sea Dios por haberle comunicado ese espíritu! Está esperando noticias de usted lo antes que sea posible, pues podrá adquirir algunas cosas para allá, con tal que usted obtenga la aprobación del señor nuncio², de quien [soy], como igualmente de usted, el más humilde servidor;

N. GONDREE

indigno sacerdote de la Misión.

El señor de Bloye, el señor Galiot, el señor Rufin y el resto de nuestra cuadrilla se encomiendan a sus santas oraciones y a las de la Compañía. Cree usted que sólo vamos dos misioneros,

medio de mil dificultades, suscitadas sobre todo por los colonos, que atentaron más de una vez contra su vida. Después de regresar a Francia, se ocupó de la administración de la Compañía. Dejó una *Histoire de la grande isle de Madagascar*, Paris 1654, y un *Dictionnaire de la langue de Madagascar*, Paris 1658, que dedicó a san Vicente.

2. Nicolás Bagni.

pero ellos me han asegurado que no iríamos solos; harán todo cuanto puedan por ayudarnos y, para coronar su trabajo, irán a visitarle a usted, como algunos me lo han prometido, para darle gracias a Dios por su viaje, haciendo un buen retiro, como algunos ya han hecho. ¡Dios quiera que puedan llevar a cabo estos propósitos!

El señor de Bloye le ruega que haga el favor de dirigir sus cartas al señor Henry, en La Rochelle, adonde ha llevado a aquel buen sacerdote, que me ha enseñado todos sus documentos en regla. Ese buen sacerdote me indica que le diga que espera con impaciencia su respuesta; todos estamos con las mismas ganas de saber el resultado de este asunto. El nombre de este sacerdote es Abrahán Louvel, de la diócesis de Le Mans.

Padre, le envió la presente únicamente para satisfacer los deseos del señor de Bloye, que quiere saber su voluntad sobre dicho sacerdote, que ha sido coadjutor en muchas ciudades y parece muy fino, algo ignorante, y que ha sido rechazado en Orléans; en una palabra, no creo que nos podamos entender con él. Esperamos su respuesta.

1069 [1024,III,292]

A LUISA DE MARILLAC

[Entre 1645 y 1649] ¹

Señorita:

Me parece bien y prometo hacer todo lo que usted me indica.

Le diré a esa hermana que es conveniente que se quede aquí, pues es lo que está más conforme con el evangelio.

Ya que desea marcharse la de esa parroquia ², que se vaya; ponga a sor Juana de la Croix ³ en su lugar y hablele de la manera que indica.

Carta 1069 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Véase nota 3.

2. La parroquia de san Lorenzo.

3. Sor Juana de la Cruz, nacida en Le Mans, había entrado en las Hijas de la Caridad en 1645 ó 1646; fue enviada a Serqueux lo más tarde en 1649, asistente de santa Luisa en 1651, dirigió luego la casa de Châteaudun y fue nombrada asistente una vez

Ya me cuido de mi salud y me cuidaré todavía más. Se lo prometo, ya que soy, en el amor de Nuestro Señor, s, s.,

V. D.

Dirección: A la señorita Le Gras.

1070 [1025,III,292-293]

JUAN JACOBO OLIER A SAN VICENTE

[Abril 1648] ¹

El que tiene a Dios, lo tiene todo.

Padre:

He de comunicarle que el padre Mauricio ² ha recibido la visita del señor du Bosquet ³ y que el señor abad de Cérisy ⁴ mantiene con él buenas relaciones por medio de la señora Seguin, que es penitente y dirigida del padre Mauricio y que no dejaré por las buenas que le quiten a ese buen padre, sino que hará cuanto pueda en el ánimo del señor canciller ⁵, por medio de esos señores y personalmente, para poder conservarlo. Esa buena señora siente simpatías por el partido nuevo y cuando, hace unos días, le indicaba por medio de uno de nuestros padres a la señora de Séguier que avisase a su marido, el canciller, que querían traer a esta ciudad al padre Séguenot ⁶, lo cual sería muy peligroso, la buena señora Seguin manifestó que no le gustaba

Carta 1070 (CA). — Archivo del seminario de San Sulpicio, original.

1. Fecha añadida al dorso del original.

2. Carmelita descalzo de la casa de París, en la parroquia de san Sulpicio.

3. Futuro obispo de Lodeve.

4. Germán Habert, abad de Cérisy (Mance), miembro de la Academia francesa, autor de una vida del cardenal de Bérulle, muerto en 1655.

5. Pedro Séguier.

6. Claudio Séguenot, nacido en Avallon el 6 de mayo de 1596, dejó la abogacía para entrar en el Oratorio en 1624. Por desgracia se unió al abad de Saint-Cyran. Su traducción francesa del libro de san Agustín sobre la virginidad le valió cuatro años de cárcel en la Bastilla (1638-1643) y la censura de la Sorbona. Fue superior en Nancy, Dijon, Rouen, Saumur y Tours, y asistente general en 1661, 1666 y 1669, y gobernó el Oratorio de París de 1667 a 1673. Murió en esta ciudad el 7 de marzo de 1676 Han quedado manuscritas varias de sus obras.

que se opusieran a ese partido y a sus secuaces. Quizás convenga, padre, que visite usted al señor canciller para prevenirle de todo esto, según se lo haga comprender la divina sabiduría.

Me siento con la obligación de ponerle al corriente de todas estas cosas, como algo necesario para descubrir allí la obra de Dios, que usted aprecia tanto y que Dios mismo le ha encargado de llevar a cabo,

OLIER

Dirección: Al padre Vicente, superior general de la Misión.

1071 [1026,III,293-295]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Mes de abril 1648

Padre:

Le he escrito ala señora marquesa de Senecey¹ para rogarle que le exponga a la reina el estado deplorable de la diócesis de Rodez, que está casi tan desolada como la de Périgueux, a no ser que las iglesias no están allí tan en ruinas y que hay más eclesiásticos, cuyas costumbres son tan depravadas que, cuando murió el señor obispo de Rodez², dejaron el hábito clerical. Unos colgaban sus sotanas de las ventanas de las tabernas, otros bebían a su salud, y los que habían dejado a sus concubinas las volvieron a tomar. Lo primero que hicieron los vicarios generales fue anular todas las disposiciones que aquel prelado había hecho para reformar su diócesis; esto llenó de escándalo toda aquella provincia, que es una de las mayores diócesis de este reino y la

Carta 1071. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original.

1. Maria Catalina de la Rochefoucauld, condesa y luego duquesa de Rendan, primera dama de honor de la reina Ana de Austria, aya de Luis XIV en su niñez, casada con Enrique de Bauffremont, barón de Senecey, a quien perdió en 1622; murió a los 89 años el 10 de abril de 1677.

2. Carlos de Noailles, muerto el 27 de marzo de 1648. Le dieron como sucesor, el 10 de junio de 1648, a Harduino de Péréfixe, futuro arzobispo de París.

más difícil de gobernar que yo conozco, por culpa de la manera de ser de aquella gente, que es muy orgullosa. Por eso es necesario que Su Majestad les dé un hombre apostólico. En consecuencia, le rogaba a dicha señora que le dijese todo esto a Su Majestad, como si fuera por propia iniciativa o como oído de mí. He querido decirle a usted todo esto, para que usted aproveche la ocasión. Le suplico, en nombre de Dios, que ponga todo el interés que pueda para que esa diócesis sea gobernada por un pastor como el que requiere su situación actual. No sólo es necesario que sea un hombre apostólico, sino además que esté dotado de una gran fuerza de espíritu y un gran corazón. ¿Sería posible que la reina, por alguna consideración de Estado quisiera poner allí a una persona que carezca de las cualidades requeridas para reformar aquella diócesis? No puedo creerlo de esa buena princesa, y sentiría un enorme dolor si así fuera. Si le parece bien decirle que yo le he escrito, asegurándole a Su Majestad que es así de verdad. Hay muy pocas personas que conozcan el estado de aquella diócesis mejor que yo. Limita con la mía en más de veinte leguas francesas y causa unos males que me sería imposible decir. Por mucho cuidado que yo tenga en poner en sus fronteras buenos vicarios foráneos, en visitar con frecuencia aquellos lugares y en enviar muchas veces a los misioneros, no logro impedir que vengán graves daños, dada la depravación y el escándalo de los eclesiásticos de aquel país.

Se ha retirado el buen señor Ferrier³, después de trabajar durante el poco tiempo que ha estado aquí en la reforma de aquel clero, en lo que adquirió gran renombre y estima por todo este país.

¿Seguirán dejando en la miseria a la pobre diócesis de Périgueux? Me dan ganas de escribir a la señora marquesa de Senecey; haga usted el favor de decirle a la reina que se lo he dicho yo y que no hay nada en el mundo de lo que Dios le habrá de pedir tanta cuenta como de proveer a las diócesis de pastores

3. Discípulo de Pedro de Condren y colaborador de Juan Jacobo Olier, uno de los fundadores del seminario de san Sulpicio. Llegó a Rodez solicitado por el arzobispo Carlos de Noailles, que le confirió el cargo de vicario general; hace reconocer como seminario diocesano el seminario en Villefranche, fundado por Raimond Bonal y trabajó por la reforma de la diócesis con tanto éxito que, tras seis meses de estancia, consideró cumplida su obra y regresó a París.

que tengan las cualidades requeridas, y hacerlo cuanto antes. ¡Que Dios inspire a Su Majestad para que elija personas que sean según su corazón!
Entretanto, soy de usted, etcétera,

ALANO,
obispo de Cahors.

1072 [1027,III,295-296]

**A ANTONIO PORTAIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN MARSELLA**

24 abril 1648.

Le ruego que termine todos los tratos con los señores administradores del hospital antes de su regreso. Según veo, ya no habrá grandes dificultades. Ya están de acuerdo en que nos quedemos con toda la dirección espiritual, y en esto se conforman con los del Hôtel-Dieu de París, que sólo se ocupan de lo temporal, dejando lo demás en manos de los padres de Nuestra Señora ¹, aunque ellos no atienden personalmente al Hôtel-Dieu sino por medio de otros, contentándose con delegar a uno de ellos para que vea si todo va bien. Nosotros haremos lo mismo y le aseguro al señor de la Coste que nunca he pretendido hacer otra cosa, ya que el servicio de los hospitales no se compagina con nuestras funciones. Pondremos sacerdotes externos en el de los forzados, eligiéndolos de los seminarios, y uno de los nuestros velará por ellos y trabajará a su lado.

1073 [1028,III,296-297]

A DIONISIO GAUTIER, SUPERIOR DE RICHELIEU

París, 26 abril 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Sí, padre, haga el favor de ir a darle las gracias al señor arzobispo de Tours; su caridad y la amabilidad que nos demues-

Carta 1072. — Reg. 2, p. 103.

1. Los canónigos de Nuestra Señora de París

Carta 1073 (CF). — Archivo de Turín, original.

tra merecen ese viaje. Al testimoniarle su gratitud, dele a conocer también la mía y suplíquele que acepte de nuevo el ofrecimiento de mi obediencia, que le hago por medio de usted con toda la humildad que me es posible.

Le doy gracias a Dios por la nueva dignidad de los padres Constantin ¹ y Manceau ²; salúdeles de mi parte y dígales que le pedí y le seguiré pidiendo a Nuestro Señor que les dé siempre nuevas disposiciones para el Sacrificio y la gracia de no ofrecerlo jamás por costumbre; que les ruego que se acuerden de mí, cuando pronuncien el *Nobis quoque peccatoribus*, como del mayor pecador que hay en la tierra. Con este mismo fin me encomiendo también a sus oraciones y a las de su comunidad, a la que ofrezco todo mi corazón y todo cuanto soy, a pesar de no ser más que lo que le acabo de decir.

Me alegra mucho saber que el padre du Coudray se porta mejor y la libertad que usted le concede para que se quede en Bois-Bouchard ³. Le conjuro, padre, que le tolere usted en esto y en lo demás ⁴, todo lo que pueda, y a mí particularmente, ya que soy en el amor de Nuestro Señor soy muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

No le contesta el padre Lamberto porque, al salir de su retiro, en el que honró el de Nuestro Señor en el vientre de su incomparable Madre, quiso honrar también el de su infancia, quedándose en el seminario, en donde entró hace cuatro o cinco

1. Francisco Constantin, nacido en Limoges, entró en la congregación de la Misión el 19 de diciembre de 1643, a los 20 años de edad hizo los votos el 25 de diciembre de 1645 y fue ordenado sacerdote el 31 de marzo de 1648.

2. Simón Manceau, nacido en Kalembourg, aldea del municipio de Laumesfeld (Moselle), entró en la congregación de la Misión el 17 de enero de 1645, a los 24 años de edad; ordenado sacerdote el 31 de marzo de 1648. En 1651 seguía aún en Richelieu.

3. El feudo de Bois-Bouchard, situado cerca de Marie-de-l'Etoile, pertenecía a los sacerdotes de la Misión de Richelieu, que habían puesto allí su casa de campo.

4. Véase carta 1066, nota 3.

días, Dios sabe con cuánta humildad y cuánta edificación de la Compañía.

Al pie de la primera página: Padre Gautier.

1074 [55,XV,74]

A JUAN DEHORGNY, SACERDOTE DE LA MISION

Padre:

Le ruego entregue al portador de la presente las veintiséis libras de la beca correspondiente al trimestre que acabó el pasado uno de abril, durante el cual permaneció en el colegio sin salir hasta finales de marzo. Le ruego también que no pague cantidad alguna al sobrino del señor párroco de Fontenay, pretendido becario, hasta que hayamos arreglado nuestras diferencias. Así lo espero de la bondad del padre Vicente y de la vuestra, de quienes soy el más obediente y devoto servidor;

PLUYETTE

París, 28 abril 1648.

Dirección: Al padre Dehorgny, sacerdote de la misión, en San Lázaro, París.

1075 [1029,III,298-299]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Día de Santa Mónica [4 mayo 1648] ¹

Padre:

Creo que la señorita Viola está pensando en un panadero paca Bicêtre; haga el favor de decirle que hay uno que amasa muy bien y que estamos contentas con él. Tengo miedo de

Carta 1074. — Arch. Nat., Paris, M 105. Cfr. *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 74, n. 55.

Carta 1075 (CA). — Original en casa de las hermanas de la Misericordia de Montpellier.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

que se introduzca otro que no sea tan indicado ni para los niños ni para las hermanas.

*El señor párroco de San Lorenzo*² se sigue quejando de que no recibe lo que le pertenece por los bautismos. Las damas quieren que intente un proceso contra el señor párroco de San Cristóbal³; pero, como no hay ninguna copia del contrato de fundación, no puede hacerlo, aparte de que entonces el de San Cristóbal se quejaría de no poder sacar nada. Creo que sería necesario que esas damas se molestasen en saber la razón; y también sería conveniente hacer que le dieran al párroco de San Lorenzo los papeles necesarios.

Ayer se me ocurrió proponerle a usted si sería oportuno, para no chocar tanto con el señor párroco de Chars⁴, enviar a sor Juana Cristina en lugar de la hermana Turgis y reservar a sor Jacoba para Chantilly⁵, pues preveo que habrá que sacar también de Chars a la que se ha quedado allí, para tener en cuenta la advertencia de la persona desconocida; pero tanto una como otra hace ya tiempo que están pidiendo hacer los votos, y creo que sería afligirlas demasiado si las dejásemos para más tarde; tengo motivos para creer que esto no resultará bien, pues las dos son de espíritu bastante maduro y de edad bastante avanzada.

Le agradecería que se tomase la molestia de contestarnos sobre este punto cuanto antes, dado que la cosa urge para Chars. Soy su muy obediente servidora e indigna hija,

LUISA DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

2. Guillermo de Lestocq.

3. Parroquia de París. Comprendía en su zona, cerca del Hôtel-Dieu la casa adonde llevaban a los niños recién recogidos. Había otra casa de niños expósitos en la parroquia de san Lorenzo.

4. Municipio del distrito de Pontoise. Las hijas de la Caridad, establecidas allí desde 1647, sufrían mucho por las tendencias jansenistas del párroco, señor Pouvot.

5. Las Hijas de la Caridad tenían allí una casa desde el año anterior (Cf. E. MÜLLER, *Chantilly*, Senlis 1913).

1076 [1030,III,299-300]

**A ANTONIO PORTAIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN MARSELLA**

8 mayo 1648.

Estoy de acuerdo con usted en que el superior de la casa de Marsella no tiene por qué consultar a los señores administradores cuando se trate de poner o de cambiar los sacerdotes externos en el hospital; quiero decir que no conviene que sea esto obligatorio. Tendrá derecho a ponerlos y a destituirlos por sí mismo, lo mismo que un párroco a su vicario. Así pues, aténgase a la memoria que le envié, y póngalo por escrito si lo desean esos señores, especialmente en el caso de que las patentes de fundación o los reglamentos que han hecho nos obligasen a otra cosa o a obrar de manera distinta de como indica la memoria; ese escrito podrá insertarse a continuación de su reglamento, si usted lo cree oportuno. También podrá usted tratar de otras circunstancias, como el tiempo y las ocupaciones, pero no para obligarnos a tener ningún servicio solemne en la capilla, a no ser para predicar una vez al mes y tener allí a veces el catecismo. Nuestra casa es demasiado pobre para mantener los sacerdotes que serían necesarios para cantar y para hacer todo eso que piden dichos señores. Dígales que haremos lo que podamos, y seguramente con más acierto de lo que ellos esperan. Después de esto, no tenemos por qué empeñarnos en penetrar en sus intenciones para el futuro; aunque veamos en ellos tanta circunspección en los comienzos, no por eso hemos de imaginarnos que intentan controlar lo espiritual, sino solamente hacer bien las cosas, según los deseos que ahora tienen.

1077 [1031,III,300]

**JULIAN GUERIN, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Túnez, mayo 1648.

Me es imposible expresarle cuán grandes han sido los gemidos y las lágrimas de los pobres esclavos, de todos los mercade-

Carta 1076. — Reg. 2,104.

Carta 1077. — ABELLY, *o.c.*, II, Cap. I, 94.

res y del señor cónsul¹ y cuánto consuelo hemos recibido de ellos. Los mismos turcos venían a visitarnos en nuestra aflicción y los principales de la ciudad de Túnez mandaron ofrecerme de su parte socorros y servicio. En fin, padre, veo evidentemente que es útil servir a Dios con fidelidad, ya que en la tribulación mueve a sus mismos enemigos a socorrer y asistir a sus pobres servidores. Estamos apurados por la guerra, la peste y el hambre, y no poco, y para postre estamos sin dinero; pero en lo que se refiere a nuestros ánimos, siguen decididos, gracias a Dios; la peste es como si no existiera para nosotros. La alegría que tenemos, nuestro hermano y yo, por la salud del buen padre Le Vacher, nos ha hecho fuertes como los leones de nuestras montañas.

1078 [1032.III,300-301]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

13 mayo 1648.

Padre:

Nos urge enviar dos hermanas, una a Crespières¹ y otra a Maule; son las que hace tiempo le pidieron a usted consagrarse a Dios con los votos. Ya hace seis o siete años que están en la Compañía, sin haber ocasionado jamás ningún disgusto, sino más bien sirviendo de ejemplo a todas. ¿Le parece bien permitirles que mañana, antes de partir, oigan la santa misa y realicen esta santa acción? Saldrán al mediodía. Haga el favor de comunicarnos su decisión y si tendremos la dicha de escuchar su misa por este motivo.

Tengo mucha necesidad de que Dios me conceda la gracia de hablar con usted y de que su caridad me crea siempre su muy obediente hija y humilde servidora,

LUISA DE MARILLAC

1. Martín de Lange. Estos gemidos se debían al miedo de perder al padre Juan Le Vacher, contagiado por la peste.

Carta 1078. — Hospicio de Dourdan, copia.

1. Municipio del distrito de Versailles. Las hermanas acababan de fundar allí una casa.

Una de las hermanas se llama Andrea, es de cerca de Tours; la otra se llama Catalina de Gesse y servía a los pobres de San Gervasio.

1079 [1033,III,301-302]

A JUAN MARTIN, SACERDOTE DE LA MISION, EN GENOVA

París, 15 mayo 1648.

No puedo menos de insistir en que cuide de su salud; me es tan querida y tan útil para las almas, que le suplico expresamente que haga todo lo posible por recobrarla, suspendiendo toda clase de trabajo y siguiendo al pie de la letra los consejos del médico. Acuérdesse de que san Agustín dijo que el que no obedece a los médicos hace todo lo que está en su poder para darse la muerte; lo leeremos uno de estos días en el oficio. Espero, pues, que será usted fiel a sus órdenes y que le dará este consuelo a la Compañía, después de tantos otros como ella ha recibido de usted, de quien soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

El señor presidente del tribunal de subvenciones me ha hablado muy bien del hermano de usted.

Al pie de la primera página: Padre Martin.

1080 [3304,VIII,527]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[*Mayo, entre 1646 y 1648*]¹

Padre:

Creo que es muy necesario que retiremos hoy mismo a esta pobre señorita, a la que me parece que quiere salvar Dios, sacándola del peligro en que se encuentra con tal que no se la

Carta 1079 (CF). — Archivo de Turín, original.

Carta 1080 (CF). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Ver la carta 1081.

abandone; pues si la dejamos en libertad, se verá totalmente perdida, por varias razones que le expondré cuando Dios me conceda la gracia de poder hablar con usted...²

Lunes.

Dirección: Al padre Vicente.

1081 [3305, VIII,528]

A LUISA DE MARILLAC

[Mayo, entre 1646 y 1648]¹

Estuve ayer en la Magdalena. La madre² se me negó por completo a recibir a esa criatura. Me falta escribir a la señora Traversay para pedirle que se encargue de meterla en la Piedad³. Yo no puedo ir allá; tendremos aquí esta mañana la procesión de Nuestra Señora⁴, que tengo que recibir, y me está

2. Sólo se ha conservado la primera página de la carta; de la segunda página solamente quedan las dos primeras palabras de cada línea. Se puede constatar que al fin de la carta Luisa de Marillac llama a san Vicente «Monsieur» como al principio.

Carta 1081 (CF). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

San Vicente ha escrito estas palabras sobre la carta a la que contesta.

1. Esta carta está escrita en el lunes de rogativas (cf. nota 4), después de que las Hermanas se establecieron en San Dionisio (agosto de 1645, al tiempo en el que Santa Luisa de Marillac tenía la costumbre de decir «Monsieur» cuando se dirige a san Vicente (antes de 1650). Descartamos el año 1649, porque, el 10 de mayo de 1649, lunes de rogativas, éste no estaba en París. Por tanto esta carta se debe colocar el 7 de mayo de 1646, o el 27 de mayo de 1647, o el 18 de mayo de 1648. Esta fecha del 18 de mayo de 1648 es la que ofrece la mayor probabilidad, dada la enfermedad de la madre Elena-Angélica Lhuillier, que fue reelegida superiora del primer monasterio de París, el 6 de junio de 1647 y fue reemplazada el 16 de mayo de 1649, antes del fin de su trienio, a causa de su estado de salud.

2. Ana-Maria Bollain.

3. Hospital de París.

4. La iglesia de San Lázaro era una de las estaciones fijadas para la procesión del lunes de rogativas. El antiguo consuetudinario (Arch. de la Misión) nos ha conservado el ceremonial seguido en esta ocasión hasta el fin del s. XVIII, cuando el clero de Notre-Dame honraba a los sacerdotes de la Misión con su visita.

además esperando una persona de importancia. Será conveniente que le escriba usted. Si es preciso, el padre Lamberto irá a buscarla inmediatamente después de comer, mientras que yo voy a Saint-Denis para ver allí a Elena-Angélica ⁵, enferma, y para una cosa que urge y que no puede esperar. Temo que no podré ir a ver a nuestras hermanas de la Caridad.

Se me ha ocurrido que podrían estar de acuerdo esa criatura y el joven, para darle más importancia al asunto. Quizá sea un juicio temerario, pero la pobre situación en que se encuentra me da que sospechar si no será ella la que le ha prometido al joven que lo haría rico en Inglaterra, y que llegado el momento de partir busca ahora una salida para librarse de él.

1082 [1034,III,302]

**DIONISIO GAUTIER, SUPERIOR DE RICHELIEU,
A SAN VICENTE**

1648.

Durante dos misiones dadas en el Bas-Poitou, tres misioneros tuvieron la dicha de convertir a doce herejes importantes.

1083 [1035,III,302-310]

JUAN BARREAU, CONSUL EN ARGEL, A SAN VICENTE

[Argel, mayo 1648] ¹

He aquí una historia que le parecerá no menos hermosa que la del año pasado, por la cual podrá usted conocer la ayuda que he recibido de la mano todopoderosa de Dios, que una vez más

5. Elena-Angélica Lhuillier.

Carta 1082. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 53.

Carta 1083. — Manuscrito de León, f.º 203 s.

1. Juan Barreau escribió esta carta después del 12 de mayo de 1648 fecha de la muerte de Santiago Lesage, aquel mismo mes.

me ha curado del mal contagioso, que va aumentando cada día. No puedo penetrar en las deliberaciones de sus consejos, pero temo con justas razones que está arrojando la paja al fuego después de haber recogido el buen trigo.

Parecía que los grandes e importantes servicios que el difunto padre Lesage, mi queridísimo y amado padre y maestro, le hacía a Dios en la persona de los pobres esclavos cristianos, en esta ciudad de Argel, deberían darle un siglo de vida, mientras que mis cobardías tendrían que acabar pronto dando fin a la mía. Pero ha pasado todo lo contrario, para mi mayor confusión.

Brilló solamente en esta ciudad como un relámpago, pero su esplendor dejó huellas muy sensibles de sus efectos y que son muy dignas de ser consideradas. Su misión no fue tan larga como la del difunto padre Nouelly; pero su trabajo no ha sido menor, dadas las muchas ocasiones que le presentó Nuestro Señor desde el último miércoles de ceniza, que entró en esta ciudad, hasta el 12 de este mes, que entró en la gloria, ya que durante todo este tiempo fue una serie continua de preocupaciones y cuidados por socorrer espiritual y temporalmente a los pobres enfermos, tanto de la peste como de otras enfermedades.

Su primera preocupación al llegar fue la de informarse exactamente de la manera con que el difunto padre Nouelly se portaba con los pobres esclavos cristianos y su método para socorrerlos, y luego para llevarlos a hacer frutos dignos de penitencia con las saludables exhortaciones que les dirigía a los baños de Cheleby y de Collorgli, que son dos personas poderosas de la ciudad, tanto al final de misa como en vísperas, al acabar las cuales les hacía decir a veces las oraciones de la tarde, lo mismo que había hecho al comienzo de la misa con las oraciones de la mañana. Esto no se había practicado hasta entonces en esta ciudad. Y para obligarles a todos a adoptar esta santa práctica, mandó traducir estas oraciones al español, que es la lengua más ordinaria en esta ciudad, en esto estábamos trabajando cuando la violencia de su enfermedad le obligó a guardar cama.

Al final de sus exhortaciones, les rogaba a todos los asistentes que le comunicasen si alguno de ellos o de sus conocidos había caído enfermo, bien de peste o bien de otro mal, y que les asistiría incluso a costa de su vida. Esta súplica la hacía con

tantos sentimientos de amor que arrancaba lágrimas de los ojos de todos. Pero esto no era nada en comparación con el celo con que ejecutaba lo que les había prometido. Todo aquello le dio tal crédito entre los pobres cristianos que corrían a su lado de todas partes para ser socorridos espiritual o corporalmente, según sus necesidades. Y como temiese que sus palabras no tuviesen bastante eficacia en sus espíritus, les prometía recompensar con alguna cantidad de dinero a los que le hiciesen ese favor; incluso llegó a tener algunos cristianos a sueldo, que no hacían otra cosa más que ir por la ciudad para informarse de dónde había algún enfermo, de modo que lo que no le permitía hacer personalmente su debilidad, lo hacía con ayuda de otros. Y lo que dependía de su ministerio, lo cumplía con un ardor muy grande, tanto en la administración de los sacramentos como en las demás cosas.

Sabía acompañar su celo con una discreción y prudencia tan grande que enviaba primero al señor Claudio Didier, boticario a quien había traído consigo desde Francia, para encontrar algunos medios de hablar con los enfermos. Y si, en efecto, había alguna dificultad para entrar, el boticario le hacía comprender al patrono que no podría ofrecer remedio a su esclavo si el médico no le visitaba primero, y que para ello le enviaría uno. De esta forma podía entrar donde había peligro de muerte.

Con esta estratagema entraron los dos en la casa de un turco, que al principio los rechazó de mala manera; pero, cuando le dijeron que uno de ellos era médico y otro cirujano que venían a visitar a su cristiano enfermo, se lo permitió y quiso entrar con ellos. El señor Didier, al ver que su presencia podría ser un obstáculo, se puso a discurrir en su interior y logró sacarle del agujero en donde yacía aquel pobre enfermo, mientras que nuestro médico cumplía sus piadosos oficios. El turco creía buenamente lo que le decían de la persona que estaba con su esclavo. Pero acudieron las mujeres y se dieron cuenta de que era un papas (así es como llaman a los sacerdotes); pero nuestro buen Dios, que veía complacido toda esta artimaña, les dio la suficiente sensatez para que no lo revelasen. Así se pudo evitar el peligro para los dos, salió bien la cosa y el pobre cristiano pudo ser atendido gracias a Dios.

Otra vez se sirvió de esta misma estratagema para entrar en casa de un turco importante, donde había un pobre cristiano y un renegado español, ambos apestados, y a pesar del peligro aparente de contagio y de que le reconocieran, se decidió a entrar, a costa de su vida. Y en efecto, de esta forma consiguió que el renegado, que estaba acostado al lado del cristiano, al oír las exhortaciones que le dirigía y el arrepentimiento de éste, se viera tocado de una pena muy sensible de haber dejado nuestra santa fe y pidió insistentemente el sacramento de la penitencia; nuestro buen médico creyó oportuno retrasarlo hasta la tarde para pensar un poco en lo que debería hacer en estas circunstancias. Entretanto le hizo hacer algunos actos de contrición, con la esperanza de que podría volver al atardecer; no dejó de hacerlo, aunque le indicaron que corría peligro de ser quemado, ya que si el renegado, al morir, se negaba a decir ciertas palabras que ellos suelen decir entonces, se atribuiría esto a su visita; y aunque se pusiera bien, siempre había peligro. Todo esto no impide que vuelva aquella misma tarde. Pero los juicios de Dios son siempre justos y resultó que, cuando volvió, ya Nuestro Señor había dispuesto de él y estaba muerto.

No menos peligro había por parte del cristiano, dado que el patrono tenía pensado hacerlo turco. El señor Didier volvió allá varias veces, sin que nunca le permitieran volver a verlo. Nuestro buen médico quiso intentarlo una vez más, para exhortar a aquel pobre cristiano a mantenerse firme en su fe. Pero el mismo día en que iba a ejecutar este plan, cayó enfermo, desde entonces, no hemos oído hablar de él. Lo que nos da cierto temor es que algunas mujeres cuidaban mucho de él en su enfermedad y quizás lo pervirtieron, abusando de su debilidad.

Creo, padre, que todo esto basta para hacer de él un mártir desiderio. Y no fue ésta la única ocasión en que se expuso a la muerte. Hay otras muchas que su humildad nos ocultó. Poco antes de caer enfermo, su celo le llevó a entrar en una casa donde había algunos apestados, para ir a socorrer a un cristiano moribundo. Este mismo celo le hizo entrar en otra casa de donde había huido todo el mundo y, al encontrar ya muerto al que buscaba, sin asustarse, se arrodilló a sus pies, rezó un *De profundis* por su alma y se fue en busca de aventuras por otra parte. ¡Av Padre qué aventuras tan maravillosas!

Si sus fuerzas hubieran sido iguales a su coraje, nos hubiera dado materia abundante para hablar de él, aunque no dejo de hacerlo, gracias a Dios. Si quisiese ir detallando todas sus acciones heroicas, creo que no encontraría ningún día en que no le aconteciera nada digno de mención; si resucitaran todos los cristianos que murieron de peste en el hospital de Cheleby o en los baños de la Aduana, nos descubrirían muchas cosas que nos ha tenido ocultas. En fin, creo que no ha habido ningún cristiano, de cualquier nación que sea, que no haya implorado su ayuda en la enfermedad o en la peste que no se haya visto asistido por él con una caridad increíble.

Entre sus muchas ocupaciones siempre se acordaba de sus baños, en los que predicaba con tanta bendición que hemos visto cómo algunos esclavos que, llevaban 10, 12 y 14 años sin confesarse, iban a arrojarse en Pascua a sus pies para cumplir con todos sus deberes, con resoluciones generosas de romper con sus malas costumbres.

Al llegar la semana santa redobló sus exhortaciones, que hacía después de las tinieblas que cantamos en los días acostumbrados. El jueves santo tuvo la ceremonia del lavatorio de los pies con tanta devoción que arrancó lágrimas de los ojos de todos. Yo estuve presente y también derramé algunas.

El día siguiente predicó la pasión, teniendo el crucifijo en la mano, pidiendo al final justicia para todos aquellos que no cumpliesen con su deber. Luego hizo hacer a todos los oyentes una promesa general de vivir como buenos cristianos; la mayor parte ha sabido mantenerla hasta ahora. y para facilitar los medios para ello, como no eran más que dos sacerdotes, se decidió a pasar la noche en los baños para oír las confesiones de los que se presentasen. Al día siguiente celebró el oficio con todas las ceremonias y devoción que permitían el tiempo y el lugar.

Después de haber hablado lo mejor que he podido, pero no con la importancia que el asunto merece, de la manera como trató con lo extraños, creo que no estará fuera de propósito decir cuatro palabras de su prudencia en el arreglo de las cosas domésticas, por medio de la cual logró hacer de mí todo lo que quiso, así como con todos los de la casa.

Me tomé el honor de escribirle anteriormente sobre las disposiciones que adopté para recibirle y sobre la gran tranquili-

dad que su presencia me trajo. Por eso no hablaré aquí de esto. Jamás se le vio contradecir a nadie. Aprobaba con cariño todo lo que se hacía; había entre nosotros tal simpatía que, cuando él estaba fuera, yo estaba preocupado, y cuando él no me veía, se sentía intranquilo. Estábamos tan unidos que no formábamos más que un solo corazón, aunque con la diferencia de que el mío estaba muy lejos de la perfección del suyo. ¡Qué pena que no haya durado esta dicha! Me parece que todo ha sido un sueño.

Por todo lo dicho es fácil deducir que su enfermedad no provino más que de su empeño en socorrer a los pobres enfermos de la peste y de otras enfermedades, que le obligaran a guardar cama el viernes, cinco de este mes. La noche anterior había sentido cierto dolor en la ingle derecha que nos obligó a llamar al señor Didier para que lo visitara; le aconsejó que guardara cama; pero, como prefería la salvación de las almas a la de su cuerpo, no pudo impedirle que fuera a decir misa a los baños de la Aduana y que pasase a la vuelta por los baños de Cheleby, adonde había ido el padre prefecto de los capuchinos para celebrar una misa cantada en honor de san Roque, a instancias de los mayordomos de dichos baños, en la que él tenía que hacer de diácono. Acabada la santa misa, con mucha fatiga para él, volvimos a casa, donde me declaró su mal; después de trabajar con él un buen rato en la traducción de las oraciones que antes dije, se vio obligado a acostarse, a eso de las dos de la tarde, con cierto gozo y alegría de verse impedido por un motivo tan hermoso; no tuve más remedio que derramar lágrimas de dulce consuelo, acordándome de que también el padre Nouelly había caído enfermo en el mismo día del viernes.

Luego le visitamos y vimos que la peste le había atacado. Casi una hora más tarde, el carbunco apareció por encima, a una pulgada de distancia; esto nos dio al principio algunas buenas esperanzas.

En seguida le aplicó los remedios el señor Didier, para ayudar a la naturaleza, que parecía obrar ella misma su efecto. Le hicimos tomar algunas bebidas estimulantes y caldo; pero la debilidad de su estómago le hizo vomitarlo todo. Esto obligó al señor Didier a aplicarle un epitea de triaca sobre el estómago, etcétera. Tenía muy poca fiebre, sin dolor en el corazón ni en la cabeza; esto nos hacía esperar que no sería nada y que pronto

se curaría. Pero no dejamos de confesarle por la tarde y de darle el santo viático a la mañana siguiente. No obstante, al ver que dormía poco y con grandes sobresaltos, creíamos que su mal se había ya apoderado del corazón. Por eso creímos conveniente darle el domingo por la mañana la extremaunción, mientras estaba en su juicio, después de la cual me pidió la fórmula de los votos que los de la compañía hacen en manos de usted, me mandó que la fuera leyendo poco a poco y él la repetía palabra a palabra con gran ardor; puedo asegurarle que moría con todos los sentimientos que la Compañía les pide a sus miembros; y aunque Dios hubiera querido devolverle la salud, él aseguraba que la emplearía en la salvación de las almas hasta el último suspiro de su vida. Le aseguro que todo esto me hacía derramar lágrimas copiosas. Después de pedirle de rodillas la bendición, me la dio; le fui repitiendo luego la misma fórmula de los votos y le rogué que, cuando llegase a la presencia de Dios, diese ante su Divina Majestad el mismo testimonio de mí que el que me ordenaba que yo diese de él ante los hombres. Le abracé con toda la cordialidad posible, prometiéndole morir a sus pies antes que abandonarle. Y acordándose de cierta crucecita de plata que llevaba al cuello, en la que había algunas reliquias, se la arrancó él mismo, diciendo que sentía escrúpulos de morir con aquel tesoro, y me la entregó para que usted dispusiera de ella a su gusto. Le pregunté si acaso la llevaba sin permiso y me dijo que se la había dado usted, pero que usted no creía que fuera tan valiosa. Hasta allí, padre, llegaba su desprendimiento.

La debilidad de su estómago le había devolver todos los calmantes que le dábamos y ni siquiera podía soportar los caldos; finalmente, el martes, 12 del presente mes, le sobrevino un pequeño sudor, que le duró un cuarto de hora, y que creímos que era una crisis, después del cual se quedó frío en las extremidades. Le preguntamos cómo se encontraba y nos contestó que le parecía estar descansando. Así lo creímos, y un cuarto de hora más tarde entró en agonía. Tomé en seguida su crucifijo y se lo hice besar, haciendo un acto de contrición, que él fue repitiendo literalmente. Luego le hice decir el María, mater gratiae y diez o doce veces el sagrado nombre de Jesús y de María. Después el reverendo padre Sebastián², religioso de Nuestra Señora de la

2. Sebastián Brugière.

Merced, le concedió la indulgencia plenaria, en virtud de su Orden, con la absolución general; y un momento después se murió, con las manos juntas, sin ninguna violencia ni pérdida de lucro.

He aquí, padre una muerte tan deseable como ejemplar y digna de imitación fue su vida. Es preciso reconocer que in brevi explevit tempora multa, ya que murió a la edad de 36 años, tal como el me dijo poco antes de morir.

Si se sintió mucho la muerte del padre Nouelly, no menos lo fue ésta, buen testigo de ello son las lágrimas de los pobres cristianos, que dicen en alta voz que han perdido a su padre.

Al día siguiente, lo llevamos a Bab-Azoun, al lado del padre Nouelly, en compañía de 400 ó 500 cristianos, que lloraban al verse abandonados en medio de los peligros que corrían, dado que los demás sacerdotes no quieren atreverse a tanto; y si no hay corazones parecidos a los de aquellos dos padres, difícilmente podrán ser socorridos.

Aquel mismo día se dijo la primera misa de cuerpo presente en nuestra capilla, que yo había hecho poner en otro lugar, ya que era demasiado pequeña. Celebró la misa un religioso benedictino, que es el único sacerdote que tenemos de los tres que se decían observantes y que han sido cogidos hace poco. Nuestro difunto tuvo sobre los demás la ventaja de esta misa, ya que los demás cristianos son enterrados inmediatamente después de morir.

Esta mañana se cantó un oficio solemne en los baños del rey, con asistencia de numerosos cristianos, que apenas cabían allí. El padre capuchino comentó en breves palabras alguna de sus acciones más importantes; pero, como hace poco tiempo que está en esta ciudad, no podía conocer todo lo que había hecho. Esto es poco más o menos lo que pude recoger de sus palabras: que cuanto más perfectas son las cosas, más hemos de sentir su pérdida. Probó su perfección por la mortificación, muriendo a sí mismo, ya que sin preocuparse por su salud se expuso por la salvación de sus hermanos; y alegó el pasaje del Apocalipsis Beati mortui con la aplicación de san Ambrosio. También la probó por su sencillez y su mansedumbre, comparándolo con aquel joven del evangelio que cuando decía los mandamientos de Dios, recibió de Nuestro Señor esta respuesta: Hac hora,

etcétera; cuando llegue el día del juicio, nuestro difunto podrá decirle lo mismo. También la probó por su caridad, al exponerse tan generosamente al venir a esta ciudad, sabiendo que aquí era tan grande el mal; Majorem caritatem, etcétera. Y concluyó finalmente que había hecho lo bastante para ser considerado como un mártir. Pero ¡qué hubiera dicho si hubiera sabido todo lo anterior!

El padre Sebastián le dio todos los socorros que le fue posible. Puedo decir que fue grande su caridad, ya que, apenas supo su enfermedad, vino a ofrecerse personalmente y no lo abandonó hasta que lo enterramos.

El señor Didier, que sentía una admiración especial a sus virtudes hizo humanamente todo lo que le fue posible para devolverle la salud, durmiendo siempre en su habitación para estar más pronto para ayudarle en cualquier momento de peligro.

Los pobres Renato Duchesne y Juan Benoît, que no esperan más libertad que la de su ayuda, han puesto también todo su afecto.

En fin, padre, todos han cumplido con su deber. Yo he sido el único que me he portado mal, por lo que le pido humildemente perdón. Con estos sentimientos me veo obligado a terminar la presente, que irá por el camino del Bastión, asegurándole que me sentiría feliz, si después de una vida tan hermosa como la suya, gozase de su misma muerte; así le ruego que me lo obtenga de Dios, en cuyo amor soy con todo mi corazón su muy humilde y obediente servidor,

BARREAU

Le pido perdón por la precipitación con que he acabado la presente. Creíamos que la galera no tendría que partir para mañana. Pero acaba de recibir órdenes de partir inmediatamente. El reverendo padre capuchino está muy enfermo; no se sabe lo que le pasa. El otro sacerdote está en galeras, adonde han ido también Renato Duchesne y Juan Benoît. Me encuentro solo en estos momentos.

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Antes de 1650] ¹

Padre:

Realmente siento una devoción especialísima a la fiesta de Pentecostés y estos días de espera me son muy queridos. Recuerdo que tuve hace algún tiempo un gran consuelo, al oír decir a un predicador que fue aquel día cuando Dios entregó su ley escrita a Moisés y cuando le dio también a su iglesia su ley de gracia, que es ley de amor, con poder para llevarla a cabo. Y como fue también este día cuando Dios quiso poner en mi corazón una ley que ya nunca ha salido de él, a pesar de todas mis malas acciones², desearía con gusto, si él me lo permite, que en este mismo día, su bondad me haga esperar los medios para observar esa ley según su santa voluntad. Quizá haya sido ése el motivo de que pensara en pedirle a usted permiso para disponernos a esa fiesta con la privación de la sagrada comunión durante esos once días que la santísima Virgen, los apóstoles y las santas mujeres estuvieron separados de su querido Maestro, sirviéndonos así de esta ocasión para pensar en el mal uso que hemos hecho de nuestras comuniones durante todo el año y para excitar en nosotras un nuevo deseo de comulgar con mayor fervor y utilidad para la gloria de Dios, y también para participar con los apóstoles en el bautismo que recibieron de amor y de fervor en el servicio del prójimo. Le ruego muy humildemente, padre, que las debilidades de mi espíritu que le he dado a conocer no le obliguen a condescender con mis gustos y sentimientos, ya que eso sería contra mis deseos y no siento nunca mayor satisfacción que cuando me contradicen razonablemente, ya que Dios me ha concedido la gracia de apreciar y estimar casi siempre el parecer de los demás por encima del mío, sobre todo cuando se trata de un acto de caridad. Estoy segura de ver con evidencia esta verdad, aun cuando sea en cuestiones que no he visto claras por algún tiempo.

Carta 1084 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Después de 1649, Luisa de Marillac encabeza siempre sus cartas con la expresión *Mon tres honoré Père*.

2. Véase carta 790, nota 1 (t. II).

1085 [1037,III,311312]

A JUAN MARTIN, SACERDOTE DE LA MISION EN GENOVA

París, 22 mayo 1648.

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí su carta, que me escribió durante la ausencia del padre Blatiron. Me ha dado una alegría particular, al saber que se encuentra usted mejor, y una gran preocupación, al verle decidido a volver cuanto antes al trabajo, donde temo que vuelva usted a caer. Le ruego que tenga paciencia y que tome fuerzas con los debidos remedios y el descanso necesario, no puede darme usted mayor consuelo ni hacer mayor servicio al prójimo que haciendo lo posible para prepararse a servirle luego mejor. Esos señores a los que usted cree que puede escandalizar se sentirán más bien edificados al verle obedecer en esto, lo mismo que obedece usted en otras ocasiones más importantes y difíciles.

Le he dicho al padre Blatiron que conserve por ahora al padre Brunet, aun cuando lo necesitemos mucho en otros lugares.

Le pido que encomiende mi alma a Nuestro Señor, en cuyo amor soy su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Al pie de la primera página: Padre Martin.

1086 [1038,III,312-313]

A JUAN MARTIN, SACERDOTE DE LA MISION, EN GENOVA

París 12 junio 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le agradezco la molestia que se toma en escribirme, en ausencia del padre Blatiron.

Carta 1085 (CF). — Archivo de Turín, original.

Carta 1086 (CF). — Archivo de Turín, original.

Estoy a punto de encontrar la manera de que le lleguen cartas nuestras, sin que le cueste a usted nada. No es razonable que el correo se tenga que pagar dos veces.

Le escribo al padre Almérás que le envíe, si puede, un hermano, a cambio de otro que usted le tendrá que enviar.

Ya sabe usted que quiero mucho a esa familia de Génova y que me siento consolado al saber que están todos contentos y que las cosas van bien. Les encomiendo con frecuencia a Nuestro Señor, especialmente a usted, con quien me siento tan unido.

Estoy pensando en enviarles un hombre de edad, tal como usted y el padre Blatiron me indican, para que tengan confianza en él los que acuden a su casa.

Nada me dice usted de su salud; Dios se la aumente cada vez más para su gloria y para mi consuelo, ya que soy, padre, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL, s. d. l. m.

Al pie de la primera página: Padre Martin.

1087 [1039,III,313-314]

**A MATORINO GENTIL, SACERDOTE DE LA MISION
EN LE MANS**

París, 14 junio 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Como el padre Lucas ¹ se ha ido a la misión, le ruego que envíe por correo expreso la carta que acompañe al señor de SaintAignan, para que se la entreguen en propia mano. Entréguele también al padre Charpentier la que le escribo; quizás pueda ser él el portador de la anterior.

No tenemos a nadie que poder enviarle para el órgano, ya que el hermano Dufresne ² es necesario para aquí.

Carta 1087 ((F)). — Archivo de Turín, original.

1. Antonio Lucas, superior de la casa.

2. Quizás Dionisio Dufresne, coadjutor, nacido en Argenteuil (Seine-et-Oise), que entró en la congregación de la Misión el 1 de noviembre de 1642, a los 41 años de edad.

Ya que es costumbre dar de comer al señor lugarteniente general, a los oficiales y a los demás que se encuentran allí el día del Corpus, esa costumbre adquiere derecho y habrá que seguir con ella; sería difícil dispensarse.

Le escribo con prisas, pero no sin asegurarle que le quiero con todo afecto y que soy, padre, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Al pie de la primera página: Padre Gentil.

1088 [1040,III,314-315]

**THOMAS TURCHI, SUPERIEUR GENERAL DES
DOMINICAINS A SAINT VINCENT**

Reverendissime Pater et Domine.

Tot vestrae in me meumque Ordinem pietatis titulis Vestrae Reverendissimae Paternitatis debitor factus, saepius cogor mea gratitudine vestras curas publicas sanctioresque interpellare vestramque gravare modestiam dum beneficia vestra gratus recolo. Inter haec urgent me maxime ad referendas vobis gratias quae non ita pridem effecistis pro fundatione cathedrae theologicae in studio generali Casseliensi Ordinis nostri, in Hibernia, ad usum publicum tam regularium quam saecularium, idque ad instantiam Reverendi Patris Fratris Fabiani Ryan, Hiberni, Ordinis nostri, pro illo negotio a provinciali suo deputati. Et vestrum in Ordinem beneficium eo magis sensi quo publicum quoque ad Dei cognitionem et gloriam multorumque eruditionem et salutem tam proficuum quam Ordini nostro utile erit et honorificum... est quod orem et sperem ut tam pio operi ab ea manu imponatur. a qua meruit fundare totisque profusae charitatis incentivis caeptum... urgentibus flammis consummetur. In utriusque gratiae factae et speratae vicem, mea meique Ordinis hic et ubique, maxime vero in Hibernia, offero et spondeo vota pro Vestrae Reve-

Carta 1088. — Archivo de la Misión, copia sacada de la casa generalicia de los padres dominicos, Epistolae R. P. Turchi, IV. 91. El original está en latín.

rendissimae Paternitatis totiusque vestrae sacrae societatis conservatione et prosperitate, ut habeat ubique gratum quem sibi ubique fecit esse debitorem, dum majora possim et plura quam vota, quibus vobis efficaciter probem quod vere et sincere sim Vestrae Reverendissimae Paternitatis humillimus et devotissimus servus in Domino.

Romae, in conventu Sanctae-Mariae super Minervam 15 junii 1648.

TOMAS TURCHI, SUPERIOR GENERAL DE LOS DOMINICOS, A SAN VICENTE

Reverendísimo padre y señor:

La piadosa consideración de su paternidad reverendísima con mi persona y con mi Orden le da tantos derechos a mi gratitud que con frecuencia me siento temeroso, al tener que recordar sus beneficios, de poder distraerle con mis expresiones de gratitud de sus santas y públicas ocupaciones y de herir su modestia.

Lo que me obliga una vez más a demostrarle mi agradecimiento es la fundación de una cátedra de teología, para la enseñanza pública de regulares y de seculares, en la universidad que nuestra Orden dirige en Cashel, Irlanda, habiendo atendido la instancia que para ello hizo el reverendo padre Fabián Ryan, irlandés, comisionado para este asunto por nuestro provincial. Agradezco tanto más este beneficio concedido a nuestra orden cuanto que se trata de un favor público por su naturaleza, y por tanto provechoso para la gloria de Dios, la erudición y salvación de muchos y utilidad y honor de nuestro instituto. Le ruego, y así lo espero, que esta piadosa obra siga siendo sostenida por la mano que la ha fundado y que, comenzada bajo la inspiración de tan abundante caridad, se vea consumada por las llamas ardientes de la misma virtud.

En pago de los servicios prestados y de los que espero, ofrezco a su paternidad reverendísima mis deseos personales y los de mi Orden, aquí y en todas partes, especialmente en Irlanda, por la conservación de usted y de su piadosa compañía. Recordaremos siempre agradecidos el favor que le debemos, esperando que

algún día pueda ofrecerle algo más que piadosos deseos, para probarle eficazmente que soy con toda verdad y sinceridad humilde servidor en Nuestro Señor de su paternidad reverendísima.

Roma. convento de Santa María de la Minerva, 15 junio 1648.

1089 [1041,III,316-317]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Junio 1648] ¹

Padre:

El padre Lamberto le hablará de la gravedad de nuestra querida hermana Luisa, de Santiago ² Le ruego muy humildemente que le haga comprender lo que es la bendición que nos ha concedido el Santo Padre y la forma de aplicarla, para que nuestra pobre hermana pueda disfrutar de tan gran bien.

Le ruego muy humildemente me permita ir a verla mañana, si tengo ocasión para ello, y a la señora de Marillac ³, y al mismo tiempo hacer las tres estaciones en la calle de Saint-Denis, que está muy cerca; y si usted quisiera tomarse la molestia de oírme el sábado, se lo agradecería, para comulgar el domingo por la intención del jubileo.

También le suplico que me indique si es necesario que escriba a la hermana Bárbara ⁴ a propósito de la pequeña que nos envió, dado lo que ella me dice ⁵; y lo que he de decirle de esa

Carta 1089. — Manuscrito san Pablo, 24.

1. La presencia en París de Lamberto aux Cousteaux y de Luis Thibault, junto con la mención del jubileo, no dejan dudas sobre el año. Por otra parte, esta carta es de unos días antes del 24 de junio, fecha de la carta número 181 bis de la correspondencia de Luisa de Marillac.

2. Saint-Jacques de la Boucherie (Cf. *Lettres de Louise de Marillac*. carta 181 bis).

3. Juana Potier, esposa de Miguel de Marillac, nieto del canciller del mismo nombre.

4. Bárbara Angiboust, que estaba entonces en Fontainebleau.

5. Esta «buena hijita», como la llama la fundadora (*Lettres*, carta 181 bis), vino a París, pero la santa, viéndola tan joven, se la devolvió a Bárbara Angiboust. «Creo, le escribía el 24 de junio de 1648, que hará usted bien en buscarle algún acomodo, con tal que sea entre personas de bien, como por ejemplo en casa de algún labrador, en donde puede empezar a guardar las vacas; luego, según vaya creciendo, se le podrá enco-

mujer y de las dos muchachas de las que me habla en su carta, que recibí ayer y que le acompaño a usted junto con ésta.

Si el padre Lamberto me hace el favor de decirle a usted todas las quejas que de mí ha oído, verá la necesidad que tengo del favor que le he pedido para el sábado.

El capellán de la señorita ⁶ acaba de decirme personalmente que se tomará la molestia de venir a este barrio para comunicarle a usted la carta de la hermana Bárbara, y que también me la enseñará a mí. Yo no le había dicho nada de parte de usted.

1090 [1042,III,317]

A LUISA DE MARILLAC

[Junio 1648]

El padre Lamberto fue ayer a ver a la hermana de Santiago; la encontró muy mal, pero resignada con la voluntad de Dios.

No sé [aún] lo que hay que hacer con esa clase de indulgencia que les ha concedido el Santo Padre. De todos modos, esa buena hermana ha ganado el jubileo, durante el cual cesan todas las demás indulgencias. Si se lo permite su salud y dispone de una carroza, puede ir a verla y hacer de paso las estaciones en dos o tres lugares como máximo.

Será conveniente decirle a sor Bárbara que le envíe esas dos muchachas, si el padre Thibault las cree indicadas, y no decirle nada de la muchacha que ha acompañado a esa hermana

mendar alguna cosa más; y cuando haya servido tres o cuatro años, si Dios le da deseos de servir entre nosotras, la podemos tomar; será mejor que lo hagamos si ella quiera, cuando tenga edad capaz, en vez de tomarla ahora cuando no quiere».

6. La duquesa de Montpensier, hija de Gastón de Orleans, hermano de Luis XIII.

Carta 1090. — Manuscrito san Pablo, 24. Esta carta contesta a la anterior: se escribió a continuación de la misma.

París, 25 junio 1648

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros

Su última carta habla de dos cosas: primero, que les damos cargos de cierta importancia a nuestros hermanos coadjutores, y segundo, que hemos hecho mal en declararnos contrarios a las opiniones de los tiempos

Le diré en cuanto a lo primero que agradezco muy humildemente a Nuestro Señor que le haga interesarse a usted por el gobierno de la compañía, y que le ruego que así lo siga haciendo, aunque me parece que tenemos razón en obrar como lo hacemos a propósito de los dos puntos mencionados

En la compañía no tenemos más que al hermano Alejandro ¹ que tenga responsabilidad y haya manejado dinero, que le entregamos al enviar al padre Gentil a Le Mans ², al no disponer de un sacerdote para ello; y él cumplió con su encargo de una manera que podemos alabar a Dios por ello

El buen hermano Nicolás, de quien me habla ³, de la casa de Crécy, no disponía del dinero, como le han dicho a usted El dinero se guarda allí en un cofre con dos cerrajas; el padre Tournisson ⁴ tenía una llave y su asistente la otra. Lo mismo pasa en otras partes, concretamente en donde el padre Portail ha hecho la visita Esto no quita que debamos poner este cargo en manos de un sacerdote cuando se pueda y que no pongamos atención en lo que nos dice usted.

Creo que los problemas con los hermanos en las Ordenes vienen de los que los tienen demasiados bajos. San Francisco manda que los legos tengan voz en la elección de guardianes; pero los capuchinos y los recoletos han quitado esta norma, y esto ha exasperado a los pobres hermanos, que se han visto obligados

Carta 1091. — Arch. dep. de Vaucluse, D 296; copia antigua sacada del original En nota señalaremos las variantes que se encuentran en el texto publicado por las *Mémoires de Trévoux* en abril 1726 (p. 742 s.).

1. Alejandro Veronne.

2. *Mémoires*: Maine.

3. Hay varios hermanos coadjutores con este nombre.

4. Este nombre no se encuentra en el catálogo del personal.

a quejarse ante el Papa El Hijo de Dios trataba a sus apóstoles como amigos, aunque no eran todavía sacerdotes; ¡y queremos nosotros tratar a los nuestros como servidores, a pesar de que la mayor parte tienen más virtud que muchos de nosotros, al menos por lo que a mí se refiere! ⁵

En cuanto al segundo punto, sobre la falta que hemos cometido al declararnos contrarios a las opiniones de los tiempos, son éstas las razones que me han obligado a ello

La primera es mi cargo en el Consejo de asuntos eclesiásticos, en el que todos se han declarado contrarios: la reina, el señor cardenal ⁶, el señor canciller ⁷ Y el señor penitenciario ⁸ Juzgue usted mismo si podía permanecer neutral El resultado ha hecho ver que era conveniente obrar de esa manera.

La segunda razón es el conocimiento que tengo de los planes del autor de esas opiniones nuevas ⁹, esto es, destruir la situación presente de la Iglesia y someterla a su poder Me dijo un día que Dios quería arruinar a la iglesia actual y que los que se ocupaban en sostenerla obraban en contra de sus designios; y cuando le dije que era ése el pretexto que ponían de ordinario los herejes, como Calvino, me respondió que Calvino no había obrado mal en lo que hizo, pero que no había sabido defenderse convenientemente ¹⁰.

La tercera ha sido que he visto cómo tres o cuatro papas ¹¹ habían condenado las opiniones de Bayo ¹², que sostiene Janse-

5. Toda esta línea falta en las *Mémoires de Trévoux*.

6. El cardenal Mazarino.

7. Pedro Séguier

8. Santiago Charton.

9. Juan du Verger de Hauranne, abad de Saint-Cyran.

10. ABELLY, *o. c.*, II, cap. XII, 410 nos ha conservado el relato de esta charla.

11. Pío V, Gregorio XIII y Urbano VIII.

12. Miguel Bayo nació en Melin (Bélgica) en 1513. Nombrado profesor de Sagrada Escritura en la universidad de Lovaina y luego canciller de la misma, supo hacerse apreciar de sus colegas que lo nombraron representante suyo en el concilio de Trento. Incluso se pensó en él para el cargo de inquisidor general. Sus opiniones extrañas sobre el estado de naturaleza reparada, la justificación, la eficacia de los sacramentos y el mérito de las obras buenas, opiniones que difundía con sus enseñanzas y escritos, alarmaron a varios doctores de Lovaina y le suscitaron ataques. La facultad de París condenó (27 de junio de 1650) 18 proposiciones suyas,

nio, así como también lo había condenado la Sorbona en el año 1650 y que la parte más santa de dicha facultad, que son todos los antiguos, se declaran contra esas nuevas opiniones ¹³, y que nuestro Santo Padre ha condenado la de las dos cabezas, que se deseaba establecer con perversos designios ¹⁴.

Y la cuarta, que aquí pongo como última además de otras varias, es lo que dice el Papa Celestino (*Epístola 2 ad episcopos Galliae*), contra algunos sacerdotes que proponían algunos errores contra la gracia, que habían condenado dichos obispos. Aquel buen Papa, después de alabarles por haberse opuesto a la doctrina de esos sacerdotes, dice las siguientes palabras: «*Timeo ne connivere sit hoc tacere; timeo ne illi magis loquantur qui permitunt illis taliter loqui; in talibus causis non caret suspitione taciturnitas, quia occurreret veritas, si falsitas displiceret; merito namque causa nos respicit, si silentio faveamus errori*» ¹⁵. Y si se me dice que esto es verdad para los obispos, pero no para un particular, respondo que probablemente esto ha de entenderse no sólo de los obispos, sino también de los que ven el mal y no hacen lo posible por impedirlo.

Veamos ahora de qué se trata. Me dice usted que es del libro de Jansenio *De la fréquente communion* ¹⁶, que usted a la primera ha leído dos veces y que le parece que ha sido el mal uso que se hace de este sacramento lo que ha dado lugar a ello.

y san Pío V (1 de octubre de 1657) 76 proposiciones. Gregorio XIII tuvo que intervenir de nuevo el 29 de enero de 1579. Bayo murió el 19 de septiembre de 1589, habiéndose retractado de sus errores de viva voz y por escrito. Sus *Obras*, impresas en Colonia en 1696 por los jansenistas Quesnel y Gerberon, fueron puestas en el Índice el 8 de mayo de 1697.

13. El jansenismo tenía algunos simpatizantes en la Sorbona, sobre todo entre los doctores jóvenes. (Cf. RAPIN, *Mémoires* I, 43-46).

14. La condenación de Inocencio X es del 24 de enero de 1647.

15. *Patrologiae cursus completus*, ed. Migne, Paris 1857-1864, IV, col. 529. Migne ha preferido la variante *foveamus errorem*.

16. Pocos libros hicieron tanto ruido y tuvieron tanto éxito como el *De la fréquente communion*, compuesto por Antonio Arnauld según el espíritu de Jansenio, publicado en París, en 1643 y que en 1648 tenía ya seis ediciones. El padre Dehorgny lo recibió de su amigo el jansenista Bourgeois, doctor en teología, que había llegado a Roma para impedir su condenación. Lo leyó, se penetró de sus ideas y encontró excelentes sus principios (HERMANT, *Mémoires... sur l'histoire ecclésiastique du XVIIe siècle*, 6 vols. Paris 1905-1908, I, 389).

Es verdad, padre, que muchas personas abusan de este divino sacramento, y yo, miserable de mí, mucho más que todos los demás del mundo, por lo que le ruego que me ayude a pedir perdón a Dios por ello; pero la lectura de ese libro, en vez de aficionar a los hombres a la comunión frecuente, lo que hace es apartarlos. Se nota menos frecuencia de sacramentos que antes, incluso en pascua. Muchos párrocos de París se quejan de tener menos comulgantes que los años pasados. San Sulpicio ha tenido 3.000 menos; el señor párroco de San Nicolás du Chardonnet ¹⁷, después de haber visitado a las familias de la parroquia después de pascua, personalmente y por medio de otros, nos ha dicho hace poco que ha encontrado a 1.500 feligreses sin haber comulgado; y lo mismo los demás. Ya no se ve a casi nadie acercarse a comulgar los primeros domingos de mes y los días de fiesta, incluso en las comunidades religiosas, a no ser entre los jesuitas. Por eso procuró el difunto abad de Saint-Cyran desacreditar a los jesuitas. El señor de Chavigny decía uno de estos días a un amigo suyo que dicho abad le había confesado que él y Jansenio habían trazado ese plan para desacreditar a dicha santa Orden a propósito de la doctrina y de la administración de los sacramentos. Y yo mismo le he oído conversar muchas veces casi todos los días sobre esto.

Cuando el señor Arnauld ¹⁸, que dio nombre a ese libro, vio la oposición con que tropezaba por diversas partes a propósito de la penitencia pública y de la que quería establecer antes de la comunión, salió con la explicación de la absolución meramente declaratoria; pero, sea lo que fuere, todavía hay otros errores,

17. Hipólito Féret.

18. Antonio Arnauld, nacido en París el 6 de febrero de 1612, ordenado sacerdote en 1641, admitido en la sociedad de la Sorbona en 1643, se convirtió al morir Saint-Cyran en jefe del partido jansenista, del que ya era el más valiente apóstol y teólogo. Su primera obra de controversia lo hizo célebre: era el libro *De la fréquente communion*. Después escribió la *Grammaire générale, la Logique ou l'Art de penser* y otros muchos tratados, tan numerosos que, junto con sus cartas, forman una colección de 45 volúmenes. Murió desterrado en Bruselas el 8 de agosto de 1694. Todos sus hermanos y hermanas fueron ardientes jansenistas; algunos, como Anauld d'Andilly, Enrique Arnauld, obispo de Angers, Catalina Arnauld, madre de Le Maistre de Sacy, la madre Angélica y la madre Inés, desempeñaron un papel importante en el partido. (Cf. P. VARIN, *La vérité sur les Arnauld*, Paris 1847).

según nos ha dicho últimamente el gran maestro de Navarra ¹⁹, que es uno de los más sabios de nuestro tiempo, junto con el señor penitenciaro ²⁰ y los señores Cornet y Coqueret, que se reunieron aquí para estos asuntos, y que han visto que esa declaración es capciosa y contiene un montón de cosas por el estilo de lo que dijo en el primer libro. Lo que dice de que la iglesia practicaba al principio la penitencia pública antes de su absolución, y que debe pensar en restablecer esta práctica, si quiere seguir siendo columna de la verdad, siempre fiel a sí misma, y no una sinagoga de errores, ¿no le suena todo esto a falso? La iglesia, que no cambia jamás en las cosas de la fe, ¿no puede acaso cambiar en las de disciplina? Y Dios, que es inmutable en sí mismo, ¿no ha cambiado su conducta con los hombres? Nuestro Señor, su Hijo, ¿no cambió a veces su manera de obrar, lo mismo que sus apóstoles? Entonces, ¿por qué dice ahora ese hombre que la iglesia estaría en el error, si no quisiera cambiar y restablecer la clase de penitencia que practicó en el pasado? ¿Acaso es eso ortodoxo?

En cuanto a Jansenio, hay que considerarlo o como seguidor de las opiniones de Bayo, tantas veces condenado por los papas y por la Sorbona, según dije, o como defensor de otras doctrinas que trata en su libro. En cuanto a lo primero, ¿no estamos obligados a mantener las censuras que los papas y esa docta corporación han lanzado contra sus opiniones y declararnos en contra suya? En cuanto al resto del libro, como el Papa ha prohibido leerlo, ¿no deberá el Consejo de asuntos eclesiásticos aconsejar a la reina que haga ejecutar ²¹ [lo que] ha mandado el Papa Urbano VIII, y hacer profesión clara de estar contra las opiniones censuradas de Bayo y contra las nuevas opiniones de ese doctor, que sostiene con osadía las que la iglesia no ha determinado todavía a propósito de la gracia?

Me dice usted en su carta que Jansenio ha leído diez veces todas las obras de san Agustín y treinta veces los tratados de la gracia, y que no pueden los misioneros meterse a juzgar las opiniones de ese gran hombre.

19. Santiago Péreyret.

20. Santiago Charton.

21. Palabras olvidadas en la copia.

Le respondo a esto que de ordinario los que desean establecer nuevas doctrinas son hombres muy sabios y que estudian con gran asiduidad y aplicación a los autores de quienes desean servirse; que hay que reconocer que ese prelado era muy sabio, y que con el propósito que he dicho de desacreditar a los jesuitas, ha podido leer a san Agustín todas las veces que usted dice, pero esto no impide que haya podido caer en el error y que nosotros tengamos una excusa para adherirnos a sus opiniones, que son contrarias a las censuras que se le han hecho a esa doctrina. Los sacerdotes tienen obligación de no aceptar y de contradecir la doctrina de Calvino y de los otros heresiarcas, aunque no hayan leído nunca a los autores en que ellos se basaron ni conozcan sus libros.

Me dice usted también que las opiniones que llamamos antiguas son modernas, pues hace sólo 70 años que Molina ²² inventó esas opiniones que se creen antiguas. Le confieso, padre, que Molina es el autor de la ciencia que se llama media ²³, que no es, propiamente hablando, más que el medio por el que se hace ver cómo se hace una cosa y de dónde proviene que dos hombres que tienen el mismo espíritu, las mismas disposiciones y gracia semejante para realizar las obras de su salvación, uno las realice y el otro no, uno se salve y otro se condene. Pero, padre, no se trata de eso, que no es artículo de fe. La doctrina que él combate, que Jesucristo murió por todo el mundo, ¿es acaso nueva? ¿Es nueva la doctrina de san Pablo y de san Juan? La opinión contraria ¿no fue condenada en el concilio de Maguncia ²⁴ y en

22. Luis Molina, célebre jesuita español, nacido en 1533, muerto en Madrid en 1600, conocido sobre todo por su libro *De concordia gratiae et liberi arbitri*, donde desarrolla su teoría de la ciencia media. Esta obra, atacada desde su aparición, dio lugar a violentas polémicas entre jesuitas y dominicos. El asunto fue llevado ante el tribunal de Clemente VIII, que instituyó para juzgarlo la congregación *de Auxiliis*. Después de muchas discusiones sin resultado, Pablo V dejó libre la enseñanza de las doctrinas discutidas y prohibió a ambas escuelas censurarse mutuamente, bajo amenaza de graves penas.

23. La ciencia media, así llamada por ocupar en cierta manera el medio entre la ciencia divina de lo posible y la de los hechos que han de suceder absolutamente, es el conocimiento por el que Dios sabe infaliblemente antes de todo decreto absoluto de su voluntad, lo que hará el hombre en cualquier condición y con cualquiera ayuda de la gracia.

24. El año 848.

otros varios ²⁵ contra Godescalco? ²⁶ ¿No dice san León en las lecciones de Navidad que nuestro Señor nació *pro liberandis hominibus*? ²⁷ ¿Y no dicen lo mismo la mayoría de los santos Padres? El concilio de Trento, en la sesión sexta *De justificatione*, capítulo 2, ¿no trae las palabras de san Juan sobre este tema: *Hunc proposuit Deus propitiationem per fidem in sanguine ipsius pro peccatis nostris, non solum autem pro nostris, sed etiam pro totius mundi*? ²⁸ y en el tercero: *Verum etsi ille pro omnibus mortuus est*; y dice luego que, aunque así sea *non omnes tamen mortis ejus beneficium recipiunt, sed ii dumtaxat quibus meritum passionis ejus communicatur*. Después de todo esto, padre, ¿llamaremos nueva a esta doctrina?

¿Llamaremos también nueva a la que él combate, contra la posibilidad de observar los mandamientos de Dios, en contra del canon 18 del mismo ²⁹ concilio y de la misma sesión, cuando dice que, si *quis dixerit Dei praecepta homini etiam justificato et sub gratia Dei constituto esse ad observandum impossibilia, anathema sit*?

¿Y es nueva esa que usted dice, que nos importa poco saber si hay gracias suficientes o si son todas eficaces? ¿No está acaso contenida en el segundo concilio de Orange, capítulo 25? He aquí, padre, las palabras de este concilio, en las que verá usted, si no la frase exacta de *gracia suficiente*, al menos su sentido equivalente: *Hoc etiam secundum fidem catholicam credimus quod, accepta per baptismum gratia, omnes baptizati, Christo auxiliante et cooperante, quae ad salutem pertinent, possint et debeant, si fideliter laborare voluerint, adimplere*.

En cuanto a lo que usted dice, que nos importa poco saber esto, le ruego, padre, que acepte lo que le digo: que me parece que es de gran importancia que todos los cristianos sepan y crean que Dios es tan bueno que todos los cristianos pueden, con la

25. Por ejemplo, en el concilio de Quiercy-sur-Oise, en el año 849.

26. Godescalco, Gotescalco o Fulgencio, sabio benedictino, nacido en Alemania en el 806, enseñó doctrinas heterodoxas sobre la predestinación. Condenado por varios concilios, fue degradado, azotado públicamente y cerrado en la abadía de Hautvilliers. Murió en la cárcel el año 868, sin haber renunciado a sus ideas.

27. *Mémoires: omnibus*.

28. 1 Jn 2, 2.

29. *Mémoires*: los cánones sagrados del mismo concilio.

gracia de Jesucristo, realizar su salvación, que él les da los medios para ello por Jesucristo y que esto manifiesta y ensalza mucho la infinita bondad de Dios.

Tampoco puede llamarse nueva la opinión de la iglesia, cuando cree que no todas las gracias son eficaces, ya que el hombre las puede rechazar, capítulo 4 *De justificatione*.

Dice usted que Clemente VIII y Pablo V prohibieron que se disputase de las cosas de la gracia ³⁰, Le responderé que esto se entiende de las cosas que no están determinadas, como son las que acabo de decir; y sobre las demás que no están determinadas por la iglesia, ¿por qué las ataca Jansenio? Y en ese caso, ¿no es de derecho natural defender a la iglesia y sostener las censuras fulminadas en contra suya?

Dice usted que son cuestiones de escuela. Eso es verdad de algunas de ellas; y aunque así sea, ¿habrá por ello que callarse y dejar que se altere el fondo de las verdades con esas sutilezas? ¿No está el pobre pueblo obligado a creer y, por consiguiente, a ser instruido en las cosas de la Trinidad y del santísimo Sacramento, que son tan sutiles?

Esto es, padre, lo que se me ocurre para hacerle ver las razones que tenemos para declararnos en esta ocasión opuestos a las nuevas opiniones. En contra de ellas yo sólo veo dos argumentos: uno, el temor de que, creyendo que vamos a detener ese torrente de nuevas opiniones, inflamemos más los ánimos; a lo que respondo que, si así fuera, no habría que oponerse nunca a las herejías, a los que desean arrebatarlos la vida o los bienes, y que el pastor haría mal en gritar contra el lobo, cuando lo ve dispuesto a entrar en el redil. El otro es el de la prudencia, que es puramente humana cuando se basa en el qué dirán. ¡Tendremos enemigos! ¡Oh Jesús! padre, ¡que jamás los misioneros dejen de defender los intereses de Dios y de la iglesia por esos motivos tan ruines y miserables, que echan a perder la gloria de Dios y de su iglesia y llenan de almas el infierno!

Sí, me dirá usted, pero ¿es preciso que los misioneros prediquen contra las opiniones del tiempo y de la gente, que hablen

30. Para acabar con las discusiones, que enfrentaban a dos órdenes célebres de la iglesia tras la aparición del libro de Molina, Clemente VIII prohibió a ambas partes la discusión de las cuestiones disputadas hasta que él diera a conocer su decisión.

de ello, que disputen, que ataquen y defiendan a diestro y siniestro las opiniones antiguas? ¡Oh Jesús! ¡No se trata de eso! He aquí lo que hacemos: no disputamos nunca de estas materias ni predicamos de ellas, ni hablamos nunca de estas cosas con los demás, a no ser que nos hablen de ello; y si se nos habla, procuramos hablar con el mayor recato posible, a no ser el padre Gilles, que a veces se deja llevar un poco de su celo, a lo que procuraré poner remedio, con la gracia de Dios ³¹.

Entonces, me dirá usted, ¿está prohibido disputar de estas materias? Le respondo que sí y que aquí no se disputa de esto.

Entonces, me replicará, ¿desea usted que no se hable de esto en la misión de Roma ni en otras partes? Sí, y les ruego a los superiores que sean rígidos y que impongan penitencia a quienes lo hagan, a no ser en el caso que indicaba anteriormente.

Y ya que me dice usted, padre, que hay que dejar que cada uno de los de la Compañía crea en estas materias lo que le plazca, ¡oh Jesús!, padre, no es conveniente que se sostengan diversas opiniones en la Compañía; es menester que seamos todos *unius labii*; si no, nos destrozaremos unos a otros en la misma Compañía.

¿Es que hay que sujetarse a la opinión de un superior? Le respondo que no es a un superior al que nos sometemos, sino a Dios y al parecer de los papas, de los concilios y de los santos. Y si alguno no quisiera someterse, haría mejor en retirarse y la compañía debería apartarlo. Muchas congregaciones religiosas nos dan ejemplo de ello. Los carmelitas descalzos, en el capítulo que tuvieron el año pasado, ordenaron que sus profesores de teología enseñaran las opiniones antiguas de la iglesia y actuaran contra las nuevas. Todos sabemos que los padres jesuitas obran así, mientras que, por el contrario, la congregación de Santa Genoveva manda a sus doctores sostener las opiniones de san Agustín, que es lo que también pretendemos hacer nosotros explicando a san Agustín por el concilio de Trento, y no el concilio de Trento por san Agustín, ya que el primero es infalible y el segundo no lo es. Y si se dice que algunos Papas han ordenado que se crea

31. El padre Gilles enseñaba teología en San Lázaro y daba pláticas a los ordenandos. Después de varias advertencias, al ver que no podía corregir su celo inmoderado contra las nuevas opiniones, san Vicente lo apartó de San Lázaro.

a san Agustín en lo referente a las cosas de la gracia, esto se entiende en las materias disputadas y resueltas entonces ³²; pero como de vez en cuando surgen cuestiones nuevas, hay que atenerse para ellas a las decisiones de un concilio ³³, que ha determinado todas las cosas según el verdadero sentido de san Agustín, que las entiende mejor que Jansenio y sus secuaces ³⁴.

Esta es, padre, la respuesta a su carta, que no he enseñado a ningún otro, ni enseñaré jamás; le aseguro además que no he hablado de esto con nadie y que no le he pedido ayuda a nadie para decirle lo que le digo, tal como usted mismo podrá juzgar por mi pobre estilo y por mi ignorancia que tan bien salta a la vista. Y si hay algo en todo esto que valga la pena, le confieso, padre, que he hecho algunos pequeños estudios sobre estas cuestiones y que es éste el tema más ordinario de mis pobres oraciones ³⁵.

Le ruego, padre, que comunique esta carta al padre Alméras ³⁶ y a los que usted juzgue conveniente de la Compañía, para que vean las razones que he tenido para entrar en los sentimientos antiguos de la iglesia y declararme contra los nuevos ³⁷ y que le pidamos a Dios y hagamos todo lo que esté en nuestra mano para ser *cor unum et anima una* ³⁸ en esto como en todo lo demás. Viviré con esta esperanza y sentiré una pena imposible de expresar si alguno, dejando las fuentes vivas de las verdades

32. En una carta a san Cesáreo, obispo de Arles, el Papa Bonifacio II pone a san Agustín entre los Padres que expusieron la verdadera doctrina de la gracia: «*Cum de hac re multi Patres, et prae coeteris beatae recordationis Augustinus episcopus, sed et majores nostri apostolicae sedis antistites, ita ratione probentur disseruisse latissima, ut nulli ulterius deberet esse ambiguum, fidem quoque nobis ipsam venire de gratia, supersedendum duximus responsione multiplici*» (Migne, PL 65, 31).

33. El concilio de Trento.

34. Entre las proposiciones condenadas por el Santo Oficio el 7 de diciembre de 1690 encontramos ésta: «*Ubi quis invenerit doctrinam in Augustino clare fundatam, illam absolute potest tenere et docere, non respiciendo ad ullam Pontificis bullam*» (prop. 30).

35. San Vicente escribió sobre la gracia un estudio muy sustancioso, que publicaremos en su lugar.

36. Como veremos más adelante (carta 1119), es muy probable que Juan Dehorgny prefiriera no enseñar esta carta a su superior.

37. Contra las nuevas opiniones.

38. Hech 4, 32

de la iglesia, se fabrica cisternas de opiniones nuevas, de cuyo peligro no habrá nadie que esté mejor informado que yo, que soy, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL
i. s. d. l. m.

Me atrevo a decirle, padre, que el señor Féret ³⁹, tras haberse enredado en estas nuevas opiniones, le ha dicho al señor párroco de San José ⁴⁰ que se ha apartado de ellas por la firmeza que ha visto en este pobre pecador contra ellas, en dos o tres conferencias que hemos tenido sobre este tema; fue con motivo de haber sabido que el señor párroco de San Nicolás du Chardonnet mantenía estas opiniones al volver de Alet, pero ahora está tan lejos de estas ideas que incluso le ha propuesto al señor párroco de San José que formemos una especie de congregación secreta para defender las verdades antiguas. Le ruego que mantenga todo esto en secreto.

No he tenido oportunidad de repasar mi carta y no me he atrevido a hacerla copiar; le costará trabajo leerla; perdóneme.

Dirección: Al padre Dehorgny, sacerdote de la Misión, en Roma.

1092 [1044,III,332-334]

**CARLOS NACQUART, SACERDOTE DE LA MISIÓN,
A SAN VICENTE**

Isla de San Vicente del Cabo Verde ¹ [25 junio 1648] ²

Padre:

Le pido su santa bendición.

Hemos desembarcado aquí y estaremos 3 ó 4 días para recoger agua. Partimos de La Rochelle el día de la Ascensión, en

39. COLLET escribe erróneamente *Froger* (o.c., I, 539, nota). Froger había muerto en septiembre de 1646.

40. Luis Ábelly, el biógrafo de san Vicente.

Carta 1092. — Archivo de la Misión, copia del siglo XVII

1. Isla del archipiélago portugués de Cabo Verde, en la parte occidental del grupo.

que levamos ancla. Gozamos de buena salud, gracias a Dios, después de algunos mareos y vómitos al principio. Hemos tenido el consuelo de ver la piedad de los de nuestro barco, que han cumplido con sus deberes para ganar el jubileo, que me enteré había concedido Su Santidad y que abrimos desde Pentecostés hasta el día del Corpus. Llegamos a esta isla el día antes de San Juan y hemos celebrado aquí misa todos los días, y en el barco siempre que el tiempo nos lo permitía.

Nos hemos encontrado aquí con portugueses, muy buenos cristianos, aunque esclavos, que han enviado acá para la caza de cabras. Esperamos confesarlos por intérprete y darles mañana la comunión para que hagan el jubileo, como lo hicimos ayer y hoy con unos doce de un barco que es de Dieppe y que se ha acercado a este sitio para recoger agua. Lo que hemos admirado en estos portugueses es que son muy músicos y han cantado los salmos con muy buena armonía.

Y estamos ya dispuestos a hacernos de nuevo a la mar por otros cuatro meses. Pida a Nuestro Señor que nos haga llegar al fin que nos tiene destinados su sabiduría. Esperamos mucho fruto de aquel país, con la gracia de Dios, teniendo en cuenta sobre todo que nuestro señor comandante³ (que le envía sus más respetuosos saludos) nos demuestra grandes deseos de ayudar en ello. Le escribiremos desde allí; y si usted desea escribirme y enviarme alguna cosa, puede hacerlo en algún barco que salga para dichos señores.

Celebramos de ordinario la misa en particular por usted y por la Compañía en general, por el padre Lamberto y demás conocidos, sin olvidar el seminario, para que lo aumente en número y en virtud y haga crecer las plantas para que vengan a poblar la isla de San Lorenzo⁴ y demás lugares que tienen tanta necesidad de obreros.

Entre otros, le ruego que hable, si es posible, con un tal señor Rozée, comerciante de Rouen, que vive en la calle del Oso y que tiene la dirección para los franceses de las islas de Senegal,

2. Esta carta ha sido escrita ciertamente entre el 23 y el 29 de junio de 1648. La fecha del 25 parece deducirse de la comparación entre lo que aquí se dice y el contenido de la carta 1234.

3. El señor de Flacourt.

4. Antiguo nombre de la isla de Madagascar.

en donde se dice que hay muchas almas que ganar para Jesucristo, como también en las islas de Cabo Verde y de Gambia, donde no hay sacerdotes, a no ser quizá un capellán para el barco que les envían. Todo esto depende de ese señor Rozée, que según dicen es muy virtuoso y buen cristiano. El capitán de nuestro barco dice que se puede predicar allí el evangelio con tanta seguridad y libertad como en París. Todas esas pobres gentes son mahometanos y buenos, muy dóciles. ¡Que Dios mire por ellos!

Adiós, padre. Estamos aprendiendo la lengua de Madagascar. Encomiéndonos en sus oraciones y en las de toda la Compañía, especialmente las del padre Lamberto y el padre Gautier, a quienes escribiría si me lo permitiese la ocasión.

El portador de la presente es un capitán de Dieppe.

Soy de todo corazón, en el amor de Nuestro Señor y de su santa Madre, su muy humilde y obediente hijo,

C. NACQART,
indigno sacerdote de la Misión
de la isla de San Lorenzo.

1093 [1045,III,334-335]

A JUAN MARTIN, SACERDOTE DE LA MISION, EN GENOVA

París, 26 junio 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí su carta del 1 de este mes junto con las del padre Blatiron. Hoy hemos encomendado muy expresamente a las oraciones de la Compañía al señor cardenal ¹, para que Dios quiera darle la paz en su diócesis y conservarles largo tiempo para bien de la misma. Dios sabe que no les olvidamos a ustedes ni a los demás hermanos, y que seguiremos fielmente pidiéndole la abundancia de sus bendiciones sobre cada uno de ustedes en particular.

Carta 1093 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. El cardenal Durazzo, arzobispo de Génova.

Creo lo mismo que usted que será conveniente ir a los lugares en que ha hecho la misión, tener de vez en cuando alguna predicación de pasada y restablecer la cofradía de la Caridad donde haya decaído; pero habrá que concertar esto de antemano y no dejar por eso otras cosas mejores.

Doy gracias a Dios de que se haya restablecido el *signor* Baliano ²; me alegró mucho esta noticia y ruego a Nuestro Señor que lo conserve para su gloria y nuestro consuelo. El mío será siempre atestiguarle que soy, en el amor del mismo Señor, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Al pie de la primera página: Padre Martin.

1094 [1046,III,335-336]

A LA PROPAGANDE

[1648] ¹

Eminentissimi e Reverendissimi Signori,

Non essendo per ancora date ad alcuna religione a Preti secolari le tre Arabie Felice, Petrea e Deserta da coltivarsi e ridursi alla fede cristiana. Vincenzo a Paolo, superiore della Congregazione della Missione, offerisce di mandara dei suoi a dette Arabie quando l'Eminenze Vostre restino servite d'affidargliele a coltivare a lui, la Missione sub nomine proprio, accio la possa andar provvedendo di tempo in tempo delle cose necessarie, e concedergli le facolta solite, con potesta ancora di fare un vice-prefetto, che abbia da risiedere in bocca di un porto confine all' Arabia Felice, ove colle navigazioni degl'Olandesi ed Inglesi si potranno mandar i Missionari, i quali, per ora supplico, siano al

2. Pedro Pablo Baliano, nacido en Génova el 3 de febrero de 1628 entró en la congregación de la Misión en Génova el 1 de enero de 1649 e hizo los votos el 8 de septiembre de 1652. Quizás se trata aquí de su padre o de algún pariente.

Carta 1094. — Súplica sin firmar. Archivo de Propaganda Fide. original.

1. Véase carta 1121.

numero di sei sacerdoti della sua Congregazione da proporsi ed approvarsi da Monsignore Nunzio di Francia, il quale dara la nota dei soggetti scelti, accio la Sacra Congregazione li possa dichiarare Missionari, ed approvare per viceprefetto quello che sarà idoneo ² che e Quas Deus, etc.

A PROPAGANDA FIDE

Eminentísimos y Reverendísimos señores:

No habiéndose concedido todavía a ninguna congregación ni a los sacerdotes seculares las tres Arabias Feliz, Petrea y Desierta, para su cultivo y evangelización cristiana, Vicente de Paúl, superior de la congregación de la Misión, ofrece mandar a los suyos a dichas Arabias cuando plazca a sus eminencias encomendarles dicha Misión sub nomine proprio, para que pueda ir proveyéndola de vez en cuando de lo necesario, y concederle las facultades ordinarias, con poder para nombrar un viceprefecto que resida en un puerto de las proximidades de Arabia Feliz, adonde en los barcos de los holandeses y de los ingleses se puedan mandar misioneros que, de momento, pueden ser seis sacerdotes de la congregación propuestos y aprobados por el señor nuncio de Francia, el cual entregará nota de las personas elegidas, para que la sagrada Congregación los pueda declarar misioneros, aprobando como viceprefecto al que sea más idóneo.

Quas Deus, etcétera.

1095 [56,XV,75]

DEDICATORIA DE J. B. DE LA PLACE ¹ A SAN VICENTE

[1648].

Al padre Vicente de Paúl, fundador y superior general de la congregación de la Misión.

2. Este proyecto fracasó.

Carta 1095. — Carta impresa como cabecera del volumen *Union mystique*. Texto publicado en los *Annales de la C M.* (1947-1948) 323. Cfr. *Mission et charité*, 19-20 (1970) 75, n. 56.

1. Juan Bautista de la Place (1612-1678), doctor de la Sorbona, abad comendatario de la abadía de Val-Richer (abadía cisterciense en la dióce-

Padre:

Me apartaría de mi obligación si no le ofreciera esta Unión ²; he de acercarme al original para juzgar de la fidelidad de mi copia, pues la verdad es que he meditado esta obra con el deseo de retratarle a usted, por lo que el pueblo no me debe más que un poco de tela y de colores y no pocas sombras que le ocultan muchas más cosas hermosas de las que le descubro. Desde que su celo se unió a su piedad para dispensarla a todo el mundo cristiano, la ignorancia ha abandonado el altar, las cabañas tienen sus doctores lo mismo que los palacios y las bocas de oro se hacen escuchar en donde no se sacrificaba más que en plomo. Antes de que el más justo de nuestros monarcas pusiera su iglesia en manos de usted, se nacía con las mitras y el anillo; usted administra los bienes de este ilustre menor con una equitativa imparcialidad, ya que su elección recae más bien sobre una ciencia plebeya que sobre una noble ignorancia y la virtud que podía quejarse de una pobre cuna le debe a usted el trono al que se ha visto elevado en contra del favoritismo ³. Su humildad, padre, es igual a su celo, ya que cubierta de esplendor se oculta en la oscuridad y cargada de grandeza no sale de su bajeza. Francia le mira como miraba la antigüedad a sus héroes, que sólo se reservaban de sus conquistas la gloria de poder ofrecerlas. Todas las virtudes que usted reúne justifican que le pida su protección para mi obra, que no se apartará de mis deseos si sirve para unirme a usted como el más humilde y obediente servidor;

DE LA PLACE

sis de Bayeux, departamento actual de Calvados), a la que redujo a observancia regular en 1645; dimitió en 1651, pero volvió luego a Val-Richer, donde permaneció algunos años hasta su muerte, en 1678, vistiendo el hábito cisterciense.

² *Union mystique ou Exercices spirituels pour s'unir a Jésus-Christ Notre-Seigneur, dons tous les temps de l'année selon l'ordre ecclésiastique...*, Paris 1648, 194 p.

³ Alusión al celo desplegado por san Vicente en el consejo de conciencia por proveer las sedes episcopales de preladados dignos de su función pastoral.

1096 [1047,III,336-337]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA

3 julio 1648.

¿Verdad que es miserable nuestra pobre naturaleza? Todo el mundo está contento en Génova con nuestro hermano [Sebastián] ¹. El es el único que no se puede soportar; quiere marcharse aunque ve muy bien que no puede hacerlo sin disgustar y fastidiar a aquellos entre los que podría ejercer continuamente su caridad, como lo ha hecho hasta ahora. Sin embargo, puede ser que Dios saque gloria de esa falta; así se lo ruego de todo corazón.

La verdad es, padre, que podrá hacer bien en el extranjero con los pobres y los presos solamente aquellos que lo hayan hecho aquí con los enfermos y los afligidos. Alabo a Dios por las pruebas a que somete al hermano Sebastián en sus deseos por irse a Berbería.

1097 [1048,III,337-338]

**JUAN LE VACHER, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Túnez, 1648.

Entre los esclavos capturados por los corsarios y traídos a Túnez había dos muchachos, de unos quince años, uno francés y otro inglés; como las casas de sus amos estaban muy cerca, tenían oportunidad de verse con frecuencia; se amaban como hermanos. El inglés, convertido del luteranismo por el francés, fue instruido por el padre Juan Le Vacher. Abrazó tan fuertemente su nueva fe que, cuando vinieron unos mercaderes ingleses para rescatar esclavos de su nación y de su religión, les declaró que prefería la esclavitud a la apostasía.

Los dos amigos siguieron tratándose y animándose mutuamente en sus buenas disposiciones. Más de una vez sus amos, al ver que no podían arrastrarlos al mahometismo, los apalearon hasta hacerles caer desvanecidos en tierra.

Un día el inglés fue a casa del francés y lo encontró sollozando y medio muerto. Lo llamó. «Seré cristiano toda mi vida», decía el francés sin

Carta 1096. — Reg. 2,199.

1. El hermano Sebastián Nodo.

Carta 1097. — ABELLY, *o. c.*, II cap. I 135.

acabar de recobrar el conocimiento; su amigo se inclinó para besar sus pies ensangrentados; entretanto entraron los turcos y, al verlo en esa situación, le preguntaron qué es lo que hacía; les respondió: «Venero los miembros que acaban de sufrir por Jesucristo, mi Salvador y mi Dios». Los infieles llenos de furia lo echaron de allí cubriéndole de injurias.

Poco después, el francés encontró a su vez al inglés tendido sobre un chamizo, con el cuerpo molido a golpes; estaban cerca los turcos, y hasta su mismo amo. El francés se acercó: «¿A quién prefieres?, le preguntó a su amigo, ¿A Jesucristo o a Mahoma?» El inglés respondió: «A Jesucristo. Soy cristiano y quiero morir como tal». A estas palabras, los turcos se encolerizaron; uno de ellos, que estaba armado de dos cuchillos, amenazó con cortarle las orejas al francés. El muchacho tomó por sí mismo el cuchillo y sin vacilar se cortó una oreja. Para impedirle que fuera más lejos, tuvieron que desarmarle.

Desde entonces los turcos cesaron en sus intentos, pues juzgaron que de nada valdrían sus esfuerzos por hacerles apostatar.

Los dos jóvenes mártires murieron al año siguiente, atacados por una enfermedad contagiosa.

1098 [1049,III,338]

A BERNARDO CODOING, SUPERIOR DE SAINT-MEEN

11 julio 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le mando en una nota la respuesta de la señorita Le Gras y la mía a propósito de las muchachas de Moncontour ¹ y las de Saint-Méen que desean entregarse a Dios en la compañía de las Hijas de la Caridad.

Es imposible manifestar la buena edificación que las tres fallecidas dieron durante el poco tiempo que estuvieron aquí; hemos tenido conferencias en las que se han referido cosas admirables de esas buenas hermanas, de modo que su vida y su muerte nos han dejado señales y recuerdos de su santidad.

Carta 1098. — Colección de cartas escogidas, ejemplar de la casa madre de las Hijas de la Caridad.

1. Actualmente capital de cantón en Côtes-du-Nord. Maturina Guérin estaba entre esas hermanas; fue la única que perseveró.

A LOS LETRADOS DE LA CIUDAD DE PARIS

[Hacia el 14 de julio de 1648] ¹

Dichos suplicantes exponen que el camino de San Mauro ² no es más que camino de caza, con sólo unos 30 pies de ancho según las ordenanzas y que incluso en algunos sitios no tiene más de cuatro toises ³ todo lo más de ancho, incluso en su desembocadura hacia el valle de Fécamp ⁴, donde se pierde para entrar en el camino ancho de la puerta de San Antonio ⁵, que va a dicho San Mauro, y que desde el valle de Fécamp hasta la entrada de Picpus ese camino de San Mauro no tiene más que un ancho de carreta, que no llega siquiera a medio camino, que debe tener quince pies, según les habrá informado Santiago Bouzaut, encargado de obras públicas de la ciudad y suburbios de París, atendiendo al mandato del 8 de noviembre de 1645.

Por todo lo cual les ruega que permitan a dichos suplicantes obligar ante ustedes al señor Vicente Thibaut, que ha tomado en dicho camino de San Mauro cuatro *toises* por la parte de su desembocadura, hacia la calzada de Bourget ⁶ Y cuatro *toises* con dos pies por abajo, ocupándolas de las tierras de dichos suplicantes hasta la cantidad de 93 *toises* y media de superficie, a que devuelva semejante cantidad de tierra entre dicho camino de San Mauro y la casa del cercado de dicho señor Thibaut, para que disponga de ellas en propiedad el antiguo terreno de San Lázaro, ordenando que el citado camino de San Mauro tenga en su desembocadura en la calzada de Bourget la amplitud que mandan las ordenanzas, que es de treinta pies de ancho y que en adelante no se les conceda otra alineación a los particulares que quieran edificar al otro lado de dicho camino de San Mauro

Carta 1099. — Solicitud firmada. El original pertenece a las Hijas de la Caridad de la calle Oudinot, 3, de París.

1. Véase nota 6.
2. Hoy calle Saint-Maur.
3. Medida de longitud equivalente a 1,949 m.
4. Existía antaño en París la calle de la Vallée-de-Fécamp; hoy forma parte de la calle de Charenton, desde la calle de Montgalet hasta la barrera.
5. La puerta de Saint-Antoine se encontraba cerca de la Bastilla.
6. Era el nombre que antes llevaba parte de la calle del faubourg Saint-Martin, desde la iglesia de San Lorenzo a la calle de Flandre

frente a las tierras de dichos suplicantes, sin que se les notifique a éstos, para que nadie pueda perjudicar sus terrenos y el camino tenga la anchura que establecen las ordenanzas. Lo cual será de justicia ⁷.

VICENTE DEPAUL

1100 [1051,III,340-342]
A UN CLERIGO DE LA MISION

15 julio 1648.

Deseo suspender mi juicio a propósito de su carta hasta que me hable del asunto del padre... Me cuesta creer que su conducta sea como usted indica y que esas palabras que tanto le han herido a usted hayan salido sin motivo de sus labios. Sé que gracias a Dios tiene una gran mansedumbre, que no se ha quejado nadie de él hasta ahora, y que su carta me resulta tanto más extraña cuanto que su paciencia ha sido considerable con usted, no sólo para soportar sus faltas, sino para ocultarlas a los demás, como quiso hacer conmigo mismo cuando usted me escribió una carta más impulsiva de lo que convenía, va que me escribió él otra para justificarle.

Pero supongamos que se le hayan escapado esas palabras, como usted dice, ¿habrá que alarmarse por tan poca cosa? ¿De quién tolerará usted las imperfecciones y qué injurias podrá usted sufrir si no puede tolerar una palabra un tanto inconsiderada de su superior? Quizás la dijo expresamente para probarle; y en ese caso la prueba no ha resultado mal, ya que la mala disposición de usted se ha demostrado de varias maneras: 1.º excusa

7. Se lee a continuación de la solicitud: «Comuníquese la presente al señor Thibaut, citándole al primer día ante nosotros, para ser oído y responder sobre ella; dicho día el señor Thibaut exponga la alineación que le han concedido para su recinto y construcción. — En el despacho de hacienda de París, el catorce de julio de 1648 y prohibición a todos los demás de construir nada sin nuestro permiso. Devavoquier, Hard, Longuer. Por los señores... Sensier. — Año 1648, 6 de agosto, a petición de los venerables sacerdotes de la congregación de la Misión.

Carta 1100. — Reg. 2,296.

usted su falta comparándola con la de su hermano; 2.º se queja de que la clase de los niños le resulta una carga muy pesada; 3.º pide que le cambien de casa; 4.º se muestra usted lleno de amor propio y presume de que toda la comunidad dará testimonio de no haber advertido en usted nada que merezca la corrección que le ha hecho. Todas estas cosas están muy lejos de los sentimientos del pobre publicano y de los que debe tener un buen misionero, y ni siquiera me los escribe usted, según dice, para conservar su vocación. ¡Quiera Dios, hermano mío, que persevere usted! Pero no es ése el camino, ni mucho menos. La práctica de la paciencia, de la humildad y de la observancia del reglamento es la mejor señal de perseverancia. Ya veremos si en adelante se esfuerza usted en la adquisición de estas virtudes y si le da a su superior más satisfacción que en el pasado. Le aseguro, querido hermano, que será ése uno de mis mayores consuelos. Le pediré a Dios que le conceda esta gracia, ya que le quiero más de cuanto podría expresarle.

1101 [1052,III,342-343]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Mercués, 15 julio 1648

Padre:

Después de darle mis más rendidas gracias con la presente por el afecto con que nos ha prestado usted su ayuda en el pleito que nuestros religiosos de Chancelade tienen contra los de Santa Genoveva, y que espero nos siga prestando, acepte que le diga que tan lejos estoy de pensar en oponerme a que acepte usted en su congregación eclesiásticos de mi diócesis, que por el contrario, siempre he creído que era justo y necesario que usted los recibiese: justo, porque su congregación sirve bien a mi diócesis; necesario, porque los suyos que dirigen mi seminario no podrán hacer útilmente las misiones si no hay alguno de mi diócesis con ellos, debido a la lengua del país que ellos no conocen y que es preciso utilizar si se quiere sacar provecho de

Carta 1101. — Archivos del obispado de Cahors, copia sacada del original.

los misiones. Puede usted acordarse de que, entre las razones que le dije para que se encargara usted de nuestro seminario, estaba el que podría usted sacar de él muchos sujetos para dar misiones en todo este país y en el Languedoc, que tiene casi la misma lengua. Es verdad que yo creía que era necesario hacerlo con ciertas condiciones, una de ellas debido a la fundación de ochocientas libras que mi clero entrega anualmente para el mantenimiento de seis seminaristas, destinados al servicio de nuestra diócesis por encargo nuestro; juzgué necesario que se llenase ese número antes de que usted pudiera tomar otros y en esto estuvo usted de acuerdo conmigo, lo mismo que el padre Lamberto cuando estuvo por aquí. La otra, que es más bien un consejo que una condición, es que tuviera usted en cuenta la necesidad de sacerdotes que tenía esta diócesis, pues no puede usted imaginarse lo grande que era cuando yo vine. Actualmente casi se han llegado a cubrir todas las necesidades, y dentro de poco se habrá solucionado el problema, que ya estaría solucionado si otras diócesis no hubieran tomado sacerdotes de la nuestra.

Quedaría usted maravillado de mi clero y bendeciría mil veces a Dios, si supiera el bien que han hecho los suyos en nuestro seminario, cuya fama se ha extendido por toda la provincia. Le ruego, pues, que examine si es justa esta condición, de no recibir ninguno hasta que se haya cumplido el número de seis. Ahora sólo hay dos que, además, son forasteros, convertidos a nuestra religión y que quieren abrazar el estado eclesiástico. Yo no he querido que los suyos se preocupasen de que estuviera lleno este número, sino todo lo contrario, al menos mientras estuvieron de directores el padre Delattre y el padre Testacy.

En fin, sólo he de decirle dos cosas: una, que el cariño que tengo a su congregación, que no cederá nunca a la que ustedes mismos le tienen, me mueve a suplicarle que considere seriamente si no convendrá que ponga usted alguna condición en la facultad que usted les concede a los suyos de recibir eclesiásticos de las diócesis en que están establecidos, ya que siempre he creído, y me lo ha confirmado el comportamiento de los suyos en mi diócesis, que se trata de algo absolutamente necesario para vivir en buena inteligencia con los obispos que les llamen a sus diócesis. Por favor le ruego que no mida a los demás por su

rasero, pues seguramente se engañaría. ¡Ojalá pudiera derramar mi propia sangre por enviar muchos a su Compañía, que tuvieran el mismo espíritu que usted! ¡Quiera Dios que todos tengan al menos una parte de él, si no todo! Creo que el padre Lamberto así lo procura y desearía que todos los demás hicieran lo mismo.

La otra cosa que tengo que decirle es que no habrá ninguna condición para usted; usted gozará siempre de la facultad de ordenarme cuanto de mí dependa; pero le ruego que esto quede solamente entre nosotros dos y que me crea, padre, etcétera,

ALANO,
obispo de Cahors.

1102 [1053,III,344]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Mercurès, 22 julio 1648.

Padre:

Le doy mil gracias por los continuos cuidados que usted se toma con nuestros religiosos y conmigo en el asunto que tenemos pendiente con los de Santa Genoveva.

Ya que no ha podido usted obtener la confirmación perpetua de la madre de Laroque ¹, procuraremos que continúe por medio de los superiores de la Orden.

Le escribí largamente a propósito de la admisión de eclesiásticos de mi diócesis en su congregación. Ya ve usted cómo no he dicho que no recibiese usted absolutamente ninguno; ni siquiera se me ha ocurrido pensarlo. Pero permítame que le diga que no se podrán prevenir los inconvenientes que surjan, si no añade usted alguna condición a ese reglamento que usted cree justo, indicando que no se admitirá a los que están en el seminario, mientras estén en él; no lo ha hecho así el padre Delattre, que ha comprometido a algunos mientras estaban en el seminario y ha retrasado su admisión hasta que estuvieron fuera. Haga

Carta 1102. — Archivos del obispado de Cahors, copia sacada del original.

1. Como priora del monasterio de Pouget.

el favor de atender a este inconveniente; pues para los que estudian en casa de ustedes o en algún otro sitio, o que están fuera del seminario y no han residido nunca en él, yo nunca he puesto dificultades, sino que he dicho solamente, en plan de consejo, que habría que dejar de admitirlos hasta que la diócesis estuviera bien provista de los necesarios. Este es mi humilde parecer, que someto por completo al suyo.

Entretanto le doy mil millones de gracias por la molestia que se ha tomado en enviarnos al señor Brandon² para Périgueux que finalmente ha recibido la bendición de Dios. Espero que él quedará glorificado y usted bien recompensado. Y puesto que mi diócesis participa de ese bien por causa de la vecindad entre ambas diócesis, le ruego que, si usted lo juzga conveniente le diga a Su Majestad, la reina, cuando la vea, que le doy por ello muy humildes gracias. Le pido a Dios que le dé la gracia de proveer siempre de buenos pastores a las diócesis de este reino

Soy siempre, padre, etcétera.

ALANO,
obispo de Cahors.

1103 [1054,III,345-347]

**A CLAUDIO DUFOUR, SACERDOTE DE LA MISION,
EN SAINTES**

Recibí su carta con alegría, al ver la fidelidad con que usted me ha descubierto los pensamientos que agitan su corazón. No es extraño que sufra usted tentaciones; al contrario, lo raro sería que no las sufriera, ya que la vida de los hombres no es más que tentación y nadie está exento de ellas, especialmente los que se han entregado a Dios; su propio Hijo tuvo que pasar por esta prueba. Pero si se trata de una necesidad para todos es también una ocasión de mérito para las personas a quienes

2. Cfr. carta 454, nota 13 (t. II).

Carta 1103. — Reg.. 2.31.

Dios ha concedido convertirlo todo en bien, como usted ha hecho. Ya sabe, padre, que sin los desórdenes no habría reglamentos; pero nuestras inclinaciones nos llevan al mal de tantas maneras que corresponde a la prudencia divina y humana oponerles remedios específicos. Por eso el Antiguo y el Nuevo Testamento están llenos de mandamientos, de consejos y de reglas de salvación; por eso la Iglesia ha dado tantas normas y decretos; por eso los jurisconsultos han establecido leyes para los asuntos civiles. Las reglas que ustedes tienen son máximas evangélicas y medios para guardarlas, poco más o menos los mismos que aquí, en donde gracias a Dios, nunca se ha quejado nadie de ellas. Y si el número le parece excesivo, le ruego considere cuán grande es el de los preceptos divinos, los cánones, decretos, leyes y admoniciones de los que acabo de hablar, que no pueden contener varios gruesos volúmenes. Pudiera ser, sin embargo, que le costase a usted la diversidad de cosas que se le recomiendan y que le urgiesen demasiado para observarlas. Por eso me alegra mucho que me haya escrito, ya que así les pediré a los visitantes que pongan mucha atención en no ordenar en adelante nada que no venga muy a propósito; también le ruego a su superior ¹ que le trate a usted amablemente, si es que hasta ahora no lo ha hecho así, y que incluso le cambie de lugar, si usted lo desea.

La Compañía siempre ha estado muy contenta de su comportamiento; los que aquí le conocieron están muy edificadas de usted y, por lo que sé, también lo están los que ahora viven con usted. Esto me hace creer que la pequeña repugnancia que usted siente es producto del espíritu maligno que desea molestarle en el buen camino. Le ruego, padre, que no lo escuche; pues si hay dos o tres reglas que le disgustan porque las cree superfluas respecto a usted, algún otro las apreciará porque le convienen. Los hijos de Nuestro Señor caminan tranquilamente por sus caminos; tienen confianza en él; cuando caen, él los levanta; y si en vez de pararse para refunfuñar contra la piedra en que han tropezado, se humillan en su caída, él les hace avanzar a grandes pasos en su amor. Así lo espero de usted, que es totalmente suyo, por su misericordia, y que no respira más que su santa voluntad.

1. Luis Rivet.

Hay mucha diferencia entre la vida apostólica y la soledad de los cartujos. Esta realmente es muy santa, pero no les conviene a los que Dios ha llamado a la primera, que es de suyo más excelente; si no, Juan Bautista y Jesucristo no la hubieran preferido a la otra, como hicieron, dejando el desierto para ir a predicar a los pueblos; además, la vida apostólica no excluye la contemplación, sino que la abraza y se sirve de ella para conocer mejor las verdades eternas que tiene que anunciar; por otra parte, es más útil para el prójimo, al que tenemos obligación de amar como a nosotros mismos, ayudándole de una manera distinta de como lo hacen los solitarios. Y aunque le parezca que cumpliría usted de mejor gana los deberes de esa santa religión que los de nuestro pequeño instituto, sin duda está usted engañado, lo mismo que otros muchos que han dejado su verdadera vocación para entrar en una manera de vida diferente, en la que han encontrado menos satisfacción. ¿Por qué? Porque las dificultades de las que pensaron huir no estaban en la cosa que dejaron, sino en su propia imaginación ya que las cualidades del espíritu son las mismas en todas partes, si no se las corrige por medio de una continua mortificación. Por lo demás, padre, ya sabe que no somos religiosos ni tenemos intención de serlo; Dios no nos ha juzgado aptos para ese estado. Pidámosle que nos haga dignos de aquel en que nos ha puesto.

1104 [1055,III,347-348]

A UN SACERDOTE DE LA MISION, EN ROMA

24 julio 1648.

Sus molestias me preocupan mucho, creo que le vendrá bien un cambio de aires; pero antes de volver a los de Francia, le ruego que ensaye los de la campiña romana por medio de las misiones que se van a hacer este invierno. Si este remedio no basta, le aseguro, padre, que le pediremos que vuelva y que así lo haremos sin temor a contradecir los designios de Dios sobre usted, mandándole venir para intentar todos los medios posibles para asegurar su salud.

Carta 1104. — Reg. 2,297.

En cuanto a la segunda razón que usted tiene para volver a Francia, créame, padre, que los calores del clima no contribuyen en nada a los movimientos deshonestos; la carne arrastra sus debilidades por todas partes. Si estuviera usted aquí, sentiría las mismas miserias que en Italia; es una dificultad que Dios permite en usted, como la permitió en san Pablo, y quizás por el mismo fin o al menos para darle ocasión de merecer.

1105 [1056,III,348-351]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Mercurès, 28 julio 1648.

Padre:

El cuidado que había puesto para que no se hablara de las nuevas opiniones en esta ciudad de Cahors ni en el resto de mi diócesis ha hecho que hayamos vivido con gran tranquilidad hasta ahora. Pero como el enemigo común de la paz no deja nunca de trabajar y de sembrar la confusión, hace poco uno de los profesores de teología de nuestra universidad¹ ha empezado a enseñar la doctrina y las opiniones de Jansenio. Al enterarme de ello durante el retiro de mis ejercicios, mandé al arcediano de mi catedral², que tiene grandes cualidades y es muy enemigo de todas esas novedades, que le fuera a decir de mi parte que me extrañaba mucho que siguiera esas doctrinas y que le mandaba que dejase de enseñarlas; así lo hizo mi arcediano. Pero aquel doctor, en vez de obedecerle, le respondió con arrogancia que ya había entregado el tratado y le dijo otras muchas cosas en defensa de esas opiniones.

Cuando me refirió todo esto el arcediano, mandé inmediatamente a mi promotor que ordenase de mi parte a todos los alumnos que me trajesen sus apuntes y les prohibiese, so pena de desobediencia, ir a tomar otros nuevos de aquel profesor, que

Carta 1105. — Archivos del obispado de Cahors, copia sacada del original.

1. El padre Luis Mesplede, dominico. En los archivos del obispado de Cahors se conserva el proceso verbal sobre las opiniones de dicho religioso.

2. Claudio Antonio Hébrard de Saint-Sulpice.

es un religioso de la orden de santo Domingo; ellos obedecieron en seguida y él tuvo que dejar de enseñar, por falta de alumnos.

El magistral de mi iglesia, que no le tiene mucho afecto, al saber esto, predicó contra esas opiniones y le puso verde. Al saberlo, encargué a mi promotor que prohibiese a dicho magistral predicar de esa forma y que se suavizaran las cosas lo mejor posible; mandé decir a aquel profesor que yo no aprobaba lo que había hecho el magistral y que si él se callaba y se mantenía tranquilo, yo procuraría arreglarlo todo y mantenerlo en su honor. El me lo agradeció por medio del promotor; pero al mismo tiempo, al saber que se había reunido la universidad, salió de su convento y se dirigió a la sala de reuniones, diciéndoles que yo había mandado retirar sus escritos, les había prohibido a sus alumnos que fueran a oírle y que, aunque le había presentado mis excusas por medio del promotor, no se sentía sin embargo satisfecho y que les rogaba que se uniesen a él para pleitear contra mí, ofreciendo el dinero necesario para ello.

La universidad le hizo salir para deliberar y se decidió de común acuerdo no tolerar jamás que se enseñara dicha doctrina en la universidad, uniéndose todos a mí; le ordenaron entrar de nuevo y recibió una buena reprimenda. Yo pasé aviso a todos los conventos, que también se me mostraron conformes, lo mismo que las demás personas de condición que supieron su proceder y reprocharon su conducta, de forma que se ha encontrado totalmente solo; apenas ha habido unos cuantos que se hayan querido informar detalladamente de lo que pasaba.

Lo malo es que él no ha cejado en sus propósitos, sino que se ha puesto a gritar que haría imprimir estas opiniones para defenderlas.

Por entonces me hicieron el honor de venir a verme los señores obispos de Bazas³ y de Condom⁴ y les pedí al arcediano y al canciller⁵ que vinieran también; les expusieron las opiniones de otros profesores y, al ver que se trataba de las mismas opiniones de Jansenio, se decidió que yo le mandaría venir a verme y que, cuando viniera, le haría una buena reprimenda por haber enseñado esa doctrina y le prohibiría expresamente ense-

3. Samuel Martineau.

4. Juan d'Estrades.

5. Pedro Parriel, canciller de la universidad de Cahors.

ñarla más, ordenándole que se retractara ante aquellos a quienes hubiese hablado de ella; y si no obedecía, yo daría un decreto prohibiendo formalmente que la enseñara so pena de proceder contra él por otras vías legales, y a los alumnos que no lo escuchasen so pena de excomunión y que no conservasen sus escritos; y la universidad daría otro decreto privándolo de voz activa y pasiva y prohibiéndole la enseñanza.

Cuando supo esta resolución, entró dentro de sí y vino ayer con el caxiller para testimoniarme el disgusto que sentía por haber enseñado esa doctrina y haberme causado tan gran pesar. Le di una buena reprimenda y le hice reconocer su falta, de forma que, gracias a Dios, se ha apagado este fuego que iba a encenderse en nuestra ciudad, y espero que dentro de pocos días no se hable más de ello.

Este asunto me causó un gran dolor al principio; pero gracias a Dios, se ha apagado en sus comienzos. Se lo he querido exponer, pues me gusta que usted conozca los asuntos de esta naturaleza que ocurren en mi diócesis y para que se acuerde de lo que tantas veces le he dicho, que mi presencia era tan necesaria en mi diócesis que nunca debería salir de ella, a no ser por asunto graves y urgentes, y para decirle también que los señores obispos de Bazas y de Condom me han urgido extraordinariamente a que vaya a la corte para defenderles contra las violencias que sufren por parte del señor de Epernon⁶, sobre todo el obispo de Bazas y algunos otros de la provincia; que los prelados de allá les escriben que sería necesario que todos los de la provincia acudiesen en grupo y me nombran especialmente a mí. Les he contestado que estaría siempre a su lado para defender su dignidad y sus personas, pero que no creía que pudiera ir a París por la necesidad que tiene mi diócesis de mi presencia; que tengo aquí cuatro asuntos muy serios, el menor de los cuales requiere absolutamente mi presencia, por lo que no puedo decidirme a ir, aunque quizás me obliguen. Les he indicado muchas cosas al respecto y les he dicho que le escribiría a usted. Me han prometido encomendar el asunto a Nuestro Señor y que dejaban el asunto en mis manos. Le diré, pues, que no puedo convencerme de que sea voluntad de Dios que

6. El duque de Epernon, gobernador de Guyena.

yo vaya por este motivo; al contrario, me parece que sería contrario a su voluntad, pues no me acuerdo haber visto en toda la historia eclesiástica ningún ejemplo de que todos los obispos de una provincia la hayan dejado para ir a presentar sus quejas a los príncipes por las persecuciones de sus gobernadores, ni siquiera de los tiranos, sino que comisionaban a uno, quedándose los demás en su diócesis o, si no podían estar allí seguros, retirándose a las diócesis vecinas para seguir desde allí asistiendo a sus pueblos. No creo tampoco que lo apruebe la corte, sobre todo en el tiempo en que estamos y que nos obligaría, en el caso de ir, a volver cuanto antes; yo especialmente no querría ni mucho menos haber estado ausente de aquí mientras este doctor estaba enseñando la mala doctrina, que quizás no hubiera podido nunca extirparse, sobre todo cuando toda Toulouse está ardiendo.

Le ruego que me indique su parecer sobre todo esto. Entretanto le diré que el señor obispo de Bazas, al ver que aumentan de día en día las violencias de Epernon y que se aprovecha de las circunstancias, se ha decidido a retirarse a París por algún tiempo, pero con la intención de no andar en pleitos durante estos jaleos. Es un gran prelado y que merece toda asistencia y que la reina lo apoye. Por eso le ruego que disponga el espíritu de Su Majestad, a fin de que ella se ocupe del asunto cuando las circunstancias lo permitan. En nombre de Dios, utilice todos sus recursos y su crédito para impedir que el señor de Laverdin sea obispo de Le Mans ⁷, por la razones que le indicará el señor obispo de Bazas.

Créame entretanto, etcétera,

ALANO,
obispo de Cahors.

7. Filiberto Manuel de Beaumanoir de Lavardin tenía bastante mala fama; no obstante, fue nombrado obispo de Le Mans el 20 de febrero de 1649, a pesar de las resistencias de san Vicente.

A DIONISIO GAUTIER, SUPERIOR DE RICHELIEU

[Julio 1648] ¹

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

He de comunicarle una noticia muy triste, pero que está mezclada con un gran consuelo. Dios ha dispuesto del buen padre Guérin en Túnez y quizás del padre Lesage en Argel ², contagiados ambos por la peste que desde hace tiempo azota aquellos lugares; el padre Le Vacher y el hermano Francisco ³ también han experimentado su veneno, pero ha querido su divina bondad conservarlos casi de milagro.

Estábamos ya esperando la noticia de la muerte del padre Le Vacher, cuando él mismo nos la dio de la muerte del padre Guérin, que falleció el mes de mayo último ⁴. su fin, como su vida, ha sido un verdadero testimonio de celo y de caridad, que nos ofrecen la seguridad moralmente infalible de que su alma ha entrado en la eternidad dichosa. Le ruego, sin embargo, que les apliquen los sufragos acostumbrados.

Lo que sabemos del padre Lesage es lo que nos ha dicho su compañero, el hermano Barreau, en carta del cuatro de mayo, que había caído enfermo de contagio dos días antes; y el padre Le

Carta 1106 (CF). — Archivo de Turín, original. Esta carta fue enviada a diversas casas de la congregación de la Misión.

1. No hay duda sobre el año, ya que Julián Guérin murió el 25 de mayo de 1648. El mes no es tan seguro: si preferimos el mes de julio, es porque el santo no pudo recibir antes de julio la carta escrita el 2 de junio por Juan Le Vacher y recibió probablemente antes de agosto la que el hermano Barreau le dirigió el 12 de mayo o los ocho días siguientes.

2. Efectivamente, había muerto el 12 de mayo anterior, víctima de su abnegación por los apestados, a quienes consolaba y visitaba, sin cuidarse de su propia salud.

3. Francisco Francillon, nacido en Céaux (Vienne) en enero de 1621, entró en la congregación como hermano coadjutor en abril de 1645. Acompañó a Julián Guérin a Túnez, volvió a Francia, fue enviado a Argel donde trabajó hasta el 6 de julio de 1688, día en que los turcos lo ataron a la boca de un cañón.

4. El 25 de mayo, fecha que indica el propio Juan Le Vacher en carta que le envió desde Túnez a Renato Alméras el 22 de junio de 1648.

Vacher, en carta del 20 de junio, habla en estos términos: «Creo que habrán recibido ya ustedes carta de Argel con la muerte del padre Lesage». Y aunque no hemos recibido nada más que la que nos habla de su enfermedad, tememos que haya fallecido y que sea desgraciadamente cierta la noticia que nos da en pocas palabras el padre Le Vacher, que pudo tener conocimiento de ello. Pudiera ser que se tratara sólo de un falso rumor, va que está a más de cien leguas de Argel.

En espera de esta última noticia, puedo decirle que el padre Le Vacher se encuentra bien, gracias a Dios. Sin embargo, ha estado tan mal que ya lo creían muerto, de forma que el buen padre Guérin, que todavía no había caído enfermo, ya había ordenado prepararle la sepultura y todos se habían ya retirado a su habitación, excepto el hermano Francisco que, al fijarse en él de vez en cuando, advirtió dos horas más tarde que daba algunas señales de vida; salió en seguida a avisar a los que lo habían dejado como muerto y que acudieron a asegurarse de la verdad, y viéndolo quedaron admirados y consolados.

Pocos días más tarde aquel buen hermano se vio aquejado de dos pestes y de fiebre continua. Luego cayó enfermo el padre Guérin, de forma que estaban los tres en cama; cuando lo supo el buen hermano Francisco, su caridad le movió tanto que en seguida se levantó para asistir a los otros dos y, cuando se lo quisieron impedir, ya que se encontraba tan mal, respondió: «Que Dios haga de mí lo que quiera; pero es preciso que en el estado en que se encuentran yo les haga todo el bien que pueda». En efecto, les atendió hasta el fallecimiento del uno y el restablecimiento del otro, dándoles caldos y remedios, yendo a la ciudad y a otros lugares; en fin, se desvió por atenderles como si no hubiera estado él mismo enfermo.

Algunos días después, para recompensar su caridad, Dios quiso que se curara de una de sus pestes. Le volvió el apetito y poco a poco se disipó también la otra peste, sin haber tomado ningún remedio hasta que se puso bien el padre Le Vacher, que le hizo sangrar y purgar. El padre Le Vacher habla de este hermano como de una maravilla, y el buen padre Guérin me habló siempre de él con grandes alabanzas.

He aquí, padre, muchos motivos para alabar a Dios por la salud de los unos y la muerte de los otros: por aquella, ya que les

da medios a esos dos buenos siervos de Dios para seguir sirviéndole en las personas de los esclavos enfermos y abandonados, que es el grado de caridad más elevado que puede alcanzarse en este mundo; y por ésta, ya que una muerte semejante es preciosa ante el cielo y la tierra y será, con la ayuda de Dios, semilla de misionero, lo mismo que la sangre de los mártires fue semilla de cristianos; en efecto, es un martirio de amor morir por asistir corporal y espiritualmente a los miembros vivos de Jesucristo.

El viernes por la tarde tratamos de las virtudes del difunto padre Guérin y seguiremos hablando de ellas en la próxima conferencia; hemos mandado recoger lo que se ha dicho para comunicárselo a todas nuestras casas. El tema lo merece: era una de las almas más puras, más despegadas y más de Dios y del prójimo que jamás he conocido. ¡Ay, padre! ¡Qué pérdida para los pobres y qué pérdida para nosotros al no tener ya este ejemplo de celo y de caridad! Muchas veces me he servido de él como de los más eficaces para animar a la compañía a la práctica de estas virtudes. Ya no lo tenemos; Dios nos lo ha quitado; quizás sea para castigarnos del mal uso que de él hemos hecho; pero, como lo cierto es que la mayor parte se han aprovechado de él, Dios nos quiere excitar a una mayor emulación para ir a establecer por doquier el imperio de su Hijo Nuestro Señor, lo mismo que ha hecho nuestro buen padre Guérin, que goza ahora de la recompensa debida a sus trabajos y que nos obtendrá la gracia de imitarlo si, en efecto, comenzamos desde ahora a aprovechar las ocasiones diarias que se nos ofrecen para ello. Ese buen siervo de Dios no aguardó a llegar a Berbería para animar y consolar a los pobres; lo hizo en Francia y en Lorena siempre que pudo; y eso es lo que le mereció la dicha de ir a morir en el servicio a los pobres esclavos, tal como varios observaron en nuestra conferencia.

Ruego a Nuestro Señor que sea él la vida de nuestros corazones y que me haga digno de la gracia que he recibido de su divina misericordia, de ser en ella, como soy, muy humilde y obediente servidor de su pequeña compañía, a la que abrazo espiritualmente con gran cariño,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Al pie de la primera página: Padre Gautier.

1107 [3320,XIII,843]

A FRANCISCO BOULART

San Lázaro, 7 agosto 1648.

El padre Vicente certifica al reverendo padre Boulart que ha concedido el placet de la abadía de Nieuil ¹ en favor del padre Beurier, y que éste lo ha enviado ya al señor de La Rose ², secretario del señor cardenal, para que proceda a su expedición.

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

1108 [1058,III,356]

A ESTEBAN BLATIRON. SUPERIOR DE GENOVA

15 agosto 1648.

Alabo a Dios por su diligencia y su acierto en procurar que esos señores eclesiásticos de Génova, que se llaman *misioneros*, no sean llamados de ese modo y se impida la confusión de nombre, evitando los inconvenientes que pueden surgir de la multiplicidad de quienes lo llevan. Hace usted bien en insistir para que el señor cardenal cambie el nombre de los ejercicios que hacen, no sea que, al llamarlos *misiones*, lleguen con el tiempo a llamar *misioneros* a quienes los llevan a cabo, ya que con frecuencia los obreros sacan su nombre del de sus obras y fácilmente se pasa del uno al otro; además, que es costumbre de la Iglesia asignar a todas las congregaciones y a sus funciones nombres diferentes, para distinguir las unas de las otras.

Carta 1107 (CF). — Original en la casa madre de las Hermanas de la Caridad de Nazaret, Kentucky, Estados Unidos.

1. Abadía de la Orden de San Agustín en la antigua diócesis de la Rochelle.

2. Más tarde secretario del rey y miembro de la academia francesa, muerto en enero de 1701, a la edad de 86 años.

Carta 1108. — Reg. 2,85.

1109 [1059,III,356-357]

**EDMUNDO DWYER, OBISPO DE LIMERICK,
A SAN VICENTE**

[Por agosto de 1648] ¹

Es justo, padre, que le escriba para agradecerle con todo mi corazón el favor que de usted he recibido por sus sacerdotes y que le exponga la gran necesidad que de ellos tenemos en este país. Puedo asegurarle con confianza que sus trabajos han hecho más fruto y han convertido más almas que el de todos los demás eclesiásticos; además, por su ejemplo y su buena conducta, la mayor parte de la nobleza de uno y otro sexo se han convertido en modelos de virtud y devoción, tal como no se vio nunca entre nosotros hasta la llegada de sus misioneros por estos lugares. Es cierto que las agitaciones y las luchas de este reino han sido un gran impedimento para sus funciones; sin embargo, la memoria de las cosas que se refieren a Dios y a la salvación se ha grabado tanto, por su medio, en el espíritu de los habitantes de las ciudades y de la gente del campo que todos bendicen a Dios igualmente en sus adversidades como en su prosperidad. Yo mismo espero salvarme con su asistencia.

1110 [1060,III,357]

**TOMAS WALSCH, ARZOBISPO DE CASHEL, ¹
A SAN VICENTE**

16 agosto [1648] ²

La partida de sus misioneros me ofrece la ocasión de demostrarle mi gratitud y reconocimiento por haberse dignado con su

Carta 1109. — ABELLY, *o. c.*, II, cap. I, 149.

1. ABELLY dice que esta carta es del mismo tiempo que la siguiente.

Carta 1110. — ABELLY, *o. c.*, II, cap. I, 148. Este escritor indica que la carta estaba escrita en latín.

1. Nacido en la diócesis de Waterford en 1580, nombrado arzobispo de Cashel en 1626, encarcelado por la fe a finales de 1652 y, después de nueve meses de cárcel, desterrado a España, donde murió el 5 de mayo de 1654.

2. Texto de ABELLY: 1658. Se impone la rectificación.

gran caridad socorrer con sus sacerdotes misioneros al rebaño que Dios me ha confiado, tal como se ha llevado a cabo, no sólo en un tiempo muy indicado para nuestras necesidades, sino también en una ocasión sumamente necesaria. La verdad es que sus trabajos y cuidados han excitado a los pueblos a la devoción, que aumenta de día en día. Y aunque esos buenos sacerdotes han sufrido muchas molestias desde su llegada a este país, no han dejado por ello de entregarse continuamente a los trabajos de su Misión como obreros infatigables que, con la ayuda de la gracia, han extendido y aumentado gloriosamente el culto y la gloria de Dios.

Espero que este mismo Dios, que es bueno y omnipotente será él mismo su recompensa y la de ellos. Por mi parte, le pediré que le conserve a usted muchos años, ya que le ha escogido para bien y utilidad de su Iglesia.

1111 [1061,III,358]

**JUAN LE VACHER, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

[Túnez, 1648] ¹

Gracias a un poco de dinero que les he entregado a los amos o a los guardianes de estos pobres esclavos, los he podido reunir en varios lugares y les he instruido, consolado, confesado y confirmado en la fe, por la gracia de Dios. Y tras preparar los lugares lo más decentemente que he podido, les he celebrado la santa misa, donde todos han comulgado, unos y otros nos hemos llenado de consuelo, que Dios ha querido derramar sobre estos pobres esclavos en medio de las miserias de su cautiverio, tan molestas y pesadas que es imposible que se las imaginen las personas libres; de este modo, los gozos y consuelos que han saboreado en medio de sus penas no pueden ser más que fruto de la gracia de Dios. Les he abrazado a todos; y para alegrarles un poco en medio de sus fatigas, les he obsequiado todo lo que

Carta 1111. — ABELLY, *o. c.*, II, cap. I, 131.

1. Juan Le Vacher escribió esta carta al regresar de su primer viaje a las alquerías de los alrededores, o sea, el año de su llegada a Túnez.

permitía nuestra pobreza y además les ha dado a los más pobres n cuarto de piastra a cada uno

1112 [1062,III,358-359]

**A SOR MAGDALENA-ISABEL DE MAUPEOU,
RELIGIOSA DE LA VISITACION ¹**

Mi querida hermana:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Todos la esperan por aquí y la desean por allá; y usted sigue indifere-
rente, como debe serlo una buena sierva de Dios y una buena hija de Santa
María. Su monasterio de aquí la espera para la fundación de Com-
piegne ²; sus queridas hijas de Bayona creen que la necesitan e insisten
para que se quede con ellas. Haga usted lo que delante de Dios crea que
es lo mejor: venga o quédese.

La seguridad que tengo de que busca usted únicamente a Dios y su
santa voluntad hace que yo mismo la acate, poniendo en manos de usted
la decisión de lo que hay que hacer. Si viene usted, como sería deseable,
le ruego que me avise, una vez recibida la presente, y que venga cuanto
antes, a no ser que la detenga algo importante, para que se vayan dispo-
niendo las cosas de la fundación. ¡Con cuánta cordialidad será usted
recibida, si viene! Y si no viene, por no poder hacerlo, acataremos la
voluntad de Dios, que conoceremos por la elección que usted haga.

Carta 1112. — *Année sainte*, VII, 253.

1. Magdalena Isabel de Maupeou, hija de Gil de Maupeou, intendente gene-
ral de hacienda bajo Enrique IV dejó, el mundo en enero de 1628, a los 32 años
de edad, para entrar en el primer monasterio de la Visitación de París. Las reli-
giosas del convento de Caen la eligieron superiora el 24 de mayo de 1635 y la
reeligieron el 20 de mayo de 1638. En 1641 fue a fundar un monasterio de su or-
den en Bayona, adonde la llamaba su sobrino Francisco Fouquet, obispo de esta
ciudad. Hacía un año que había acabado su segundo trienio cuando san Vi-
cente le escribió esta carta. Se quedó en Bayona y las religiosas la eligieron su-
periora de nuevo el 2 de junio de 1650. De vuelta a París, dirigió el primer mo-
nasterio de 1655 a 1658 y acabó allí sus días, a los 78 años de edad, el 3 de julio
de 1674 (Cf. *Année sainte*, VII, 249-254).

2. El monasterio de Compiègne se había abierto el 13 de junio de 1648.

¡Que Dios llene cada vez más su espíritu, mi querida hermana!
Soy en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL

París, 3 septiembre 1648.

1113 [1063,III,360-361]
A LUISA DE MARILLAC

París, 5 septiembre 1648.

¡Bendito sea Dios, señorita, por la solicitud que le da Nuestro Señor por sus queridas hijas y por mí en medio de estas agitaciones populares! ¹ Todos estamos bien, gracias a Dios, sin que Nuestro Señor nos haya hecho dignos de sufrir nada por él en esta ocasión

Esté segura, por lo demás, de que he dicho todo lo que creía que debía decir gracias a Dios; me refiero a todas las cosas. Lo malo es que Dios no ha bendecido mis palabras, aunque me parece que es falso lo que se rumorea de la persona que usted sabe ². Es verdad que yo procuro decirlas de la manera que las

Carta 1113 (CA). — Original en el Berceau de san Vicente de Paúl.

1. San Vicente alude aquí a las jornadas del 26, 27 y 28 de agosto. La noticia del arresto de Broussel, consejero de la Cámara Alta, había sublevado al pueblo contra la corte. Se levantaron barricadas en la calle. La milicia popular, llamada a las armas para establecer el orden, simpatizaban con los insurrectos. La reina tuvo que ceder y mandó volver a Broussel, que ya estaba en camino hacia Sedán.

2. Es difícil señalar aquí exactamente a qué alude san Vicente. ¿Sería a las relaciones entre Mazarino y Ana de Austria? Corrió el rumor, extendido por los de la Fronda, de que la reina y su ministro se habían unido por un matrimonio de conciencia; algunos añadían que era san Vicente el que había bendecido esa unión. Se habló de ello en San Lázaro, y el hermano Robineau se atrevió a hablar de ello al santo, que respondió: «Eso es tan falso como el diablo» (Cuaderno manuscrito del hermano Robineau, 10, en el archivo de la Misión). La cuestión del matrimonio secreto ha sido estudiada por J. LOISELEUR, *Problèmes historiques. Mazarin a-t-il épousé Anne d'Autriche? Gabrielle d'Estrées est-elle morte empoisonnée?*, París 1867, y por V. MOLINIER, *Notice sur cette question historique Anne d'Autriche et Mazarin étaient-ils secrètement mariés?* París 1887. Parece seguro que Mazarino no había recibido órdenes sagradas. (Cfr. A. CHERUEL, *Lettres du cardinal Mazarin*, 9 vols., París 1872-1906, I, p. XVI, nota 2).

dicen los ángeles de la guarda, que proponen las cosas sin turbarse cuando no se hace caso de sus ilustraciones.

Esta fue la lección que me enseñó el bienaventurado cardenal de Bérulle y que me ha inculcado la experiencia, pues carezco de gracia y lo estropeo todo cuando obro de otra manera.

Si desea usted pasar por casa de la señora de Saint-Simon ³, ¿por qué no hacerlo?

Las cosas van tranquilas por aquí. Las enfermas empiezan a mejorar.

Procuraré decirle unas palabras al señor conde de Maure ⁴. Pero tengo miedo de estropear las cosas con mi miseria. No bajaré a detalles; sin embargo, Nuestro Señor suplirá lo que a mí me falta, como espero.

Alabo a Dios por lo que me dice de su visita a las Caridades. ¡Cuánto siento no poder visitarlas yo! Nuestro Señor proveerá a ello, si así es su voluntad.

Soy en su amor, señorita, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

París, el...

1114 [1064,III,362-374]

A JUAN DEHORGNY

Orsigny, 10 septiembre 1648

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí la suya del 17 de agosto ¹, que era para acabar de

3. Luisa de Crussol, casada en segundas nupcias con el marqués de Saint-Simon, que llegó a ser lugarteniente general de los ejércitos del rey, gobernador y baillí de Senlis y capitán del castillo de Chantilly.

4. Pariente colateral de santa Luisa. Tomó parte activa en las luchas de la Fronda. ¿Querría san Vicente darle algunos consejos de prudencia política?

Carta 1114. — Arch. dép. de Vaucluse, D 296, copia del siglo XVII O XVIII. Publicaron este texto con algunas variantes en marzo de 1726 las *Mémoires de Trévoux*, p. 448. M el manuscrito de los archivos departamentales ni las *Mémoires de Trévoux* dan la postdata, que hemos sacado de las *Lettres et conférences de 5. Vincent de Paul*, 70: el editor de este

responder a la mía sobre las diferencias de opinión a propósito del libro de *La communion* ². En respuesta a ella le diré, padre, que puede ser, como usted indica, que algunas personas se hayan aprovechado de este libro en Francia y en Italia, pero de un centenar que quizás hayan sacado algún provecho en París, consiguiendo mayor respeto en el uso de este sacramento, habrá por lo menos diez mil a quienes les ha perjudicado apartándoles completamente de él; alabo a Dios de que actúe usted como yo, no hablando de estas cosas en familia y de que todos ustedes actúen en Roma lo mismo que por aquí.

Es verdad lo que usted dice, que san Carlos Borromeo suscitó el espíritu de penitencia en su diócesis, en su tiempo, y que hizo que se observaran sus normas, lo cual hizo que la gente se amotinara contra él, lo mismo que los buenos religiosos, por causa de la novedad. Pero él no hizo consistir la penitencia o, sea lo que fuere, la satisfacción, en retirarse de la santa confesión y de la adorable comunión, a no ser en los casos comprendidos en los cánones, que nosotros procuramos observar en el caso de ocasiones próximas, de enemistades y de pecados públicos; pero está muy lejos de haber hecho lo que se dice, que ordenó penitencias públicas por los pecados secretos y que obligó a la satisfacción antes de la absolución, como pretende asegurar el libro en cuestión.

Pasemos a los detalles. Es cierto, padre, a pesar de lo que usted me dice, que el libro de *La fréquente communion* ha sido compuesto principalmente para renovar la penitencia antigua como consecuencia para entrar en la gracia de Dios; pues, aunque el autor parece en varios lugares proponer esta practica antigua solamente como más útil, lo cierto es que la juzga necesaria, ya que todo su libro la presenta como una de las grandes verdades

suplemento tuvo en sus manos el original de esta carta, que le había comunicado la señorita de Haussonville y que no hemos podido encontrar.

1. *Mémoires*: 7 de agosto.

2. La obra tenía por título *De la fréquente communion, ou les sentiments des Pères, des Papes et des Conciles touchant l'usage des sacrements de Pénitence et d'Eucharistie sont fidèlement exposés, pour servir d'adresse aux personnes qui pensent sérieusement a se convertir a Dieu, et aux pasteurs et confesseurs zélez pour le bien des âmes, par M. Antoine Arnauld, docteur en théologie, de la maison de Sorbone. — Sancta Sanctis. — A Paris, chez Antoine Vitré, 1643.*

de nuestra religión, como práctica de los apóstoles y de toda la iglesia durante doce siglos, como una tradición inmutable, como una institución de Jesucristo, y continuamente está dando a entender que él se siente obligado a guardarla y ataca siempre que puede a los que se oponen al restablecimiento de esta penitencia. Por otra parte, enseña manifiestamente que en la antigüedad no existía ninguna otra penitencia para toda clase de pecados mortales más que la pública, como se ve por el capítulo 3 de la segunda parte, en donde acepta como verdad la opinión que afirma que en los antiguos Padres, y principalmente en Tertuliano, no se encuentra más que la penitencia pública en la que la iglesia ejerciese el poder de las llaves; de ahí se sigue por una consecuencia muy clara que el señor Arnauld desea establecer la penitencia pública para toda clase de pecados mortales y que no es una calumnia acusarle de ello, sino una verdad que se deduce fácilmente de su libro, con tal que no se lea con prejuicio alguno.

Me dice, usted, padre, que esto es falso. Se le puede excusar, ya que no conoce usted el fondo de las máximas de su autor y de todas sus doctrinas, que era reducir a la iglesia a sus primeras costumbres, afirmando que la iglesia ha dejado de existir desde aquellos tiempos. Dos de los corifeos de estas opiniones ³ dijeron a la superiora de Santa María de París ⁴, que les había dado motivos para que esperasen atraerla a sus opiniones, que hacía cinco siglos que no existía la iglesia; ella me lo ha dicho por escrito.

Me dice usted en segundo lugar que es falso que el señor Arnauld haya querido introducir el uso de hacer penitencia antes de recibir la absolución los grandes pecadores. Le respondo que el señor Arnauld no sólo desea introducir la penitencia antes de la absolución para los grandes pecadores, sino que hace de ello una ley para todos los que son culpables de pecado mortal, tal como se ve por sus palabras sacadas de la segunda parte, capítulo 8: «¿Quién no ve cómo este Papa cree necesario que el pecador haga penitencia de sus pecados, no sólo antes de comulgar, sino incluso antes de recibir la absolución?» Y un poco más adelante añade: «¿No nos demuestran estas palabras claramente

3. ¿No sería el señor de Saint-Cyran uno de estos *corifeos*?

4. Elena Angélica Lhuillier.

te que, según las santas reglas que dio este Papa a toda la iglesia, tras haberlas aprendido en la tradición perpetua de la misma iglesia, los sacerdotes tienen que guardar, en la ejecución de la facultad que el Salvador les concedió de atar y desatar las almas, la norma de no absolver a los pecadores más que después de haberlos dejado entre gemidos y lágrimas y haberles hecho cumplir una penitencia proporcionada a la cualidad de sus pecados?» Hay que ser ciego para no ver en estas palabras y en otras muchas que siguen cómo el señor Anauld cree que es necesario retrasar la absolución para todos los pecados mortales hasta el cumplimiento de la penitencia; en efecto, es lo que yo mismo le he visto practicar al abad de Saint-Cyran, y lo siguen haciendo así todos los que acatan por entero sus principios. Pero esta opinión es una herejía manifiesta.

Por lo que se refiere a la absolución declaratoria, me dice usted que basta sólo con leer su primer libro para que se vea lo contrario, y me alega usted tres o cuatro autoridades para ello. Le respondo que no es de maravillar que el señor Arnauld hable a veces como los demás católicos; no hace en esto más que imitar a Calvino, que por treinta veces niega que haga a Dios autor del pecado, aunque en otros lugares pone todo su empeño en establecer esta máxima detestable, que todos los católicos le atribuyen.

Todos los innovadores hacen lo mismo: siembran de contradicciones sus libros para que, si alguien los reprende en algún punto, puedan escaparse diciendo que en otra parte mantienen lo contrario. Le he oído decir al difunto abad de Saint-Cyran que, después de haber dicho ciertas verdades en una habitación a algunas personas que fueran capaces de ellas, al pasar a otra donde hubiera otras incapaces, les diría lo contrario; que Nuestro Señor obraba de ese modo y recomendaba que se hiciese lo mismo ⁵.

5. R. ALLIER, *La cabale des dévots*, Paris 1902, 165 no acaba de creer que Saint-Cyran tuviera estos propósitos. Prefiere admitir que lo comprendió mal san Vicente. Escribe: «Saint-Cyran sabía tan bien que su pensamiento estaba en contra de las opiniones corrientes que, para evitar las condenaciones sumarias y los escándalos inútiles, sólo se confiaba a los amigos seguros y capaces de comprenderle». A eso se reduciría lo que Saint-Cyran le dijo a san Vicente. San Vicente estaba allí mismo, presente ante el abate, cuando éste hablaba; tal como lo conocemos, sabemos

¿Cómo puede el señor Arnauld sostener seriamente que la absolución borra verdaderamente los pecados, si enseña, como acabo de demostrar, que el sacerdote no debe dar la absolución al pecador hasta haber cumplido la penitencia, y que la razón principal por la que quiere que se observe esta norma es la de dar tiempo al pecador para expiar sus crímenes con una satisfacción saludable, tal como demuestra ampliamente en el capítulo 2 de la segunda parte? Un hombre juicioso, que desea que se expíen los pecados por medio de una satisfacción saludable, antes de recibir la absolución, ¿puede creer seriamente que los pecados son expiados por medio de la absolución?

Me indica usted que el señor Arnauld afirma que la iglesia conserva en su corazón el deseo de que los pecadores hagan penitencia según las reglas antiguas, y que afirma también que la práctica antigua y la nueva de la iglesia son las dos buenas, pero que la antigua es mejor, y que ella, como buena madre que sólo busca el mayor bien de sus hijos, les desea siempre lo mejor, al menos en su corazón.

Le respondo que no hay que confundir la disciplina eclesiástica con los desórdenes que se pueden encontrar. Todo el mundo condena esos desórdenes; los casuistas no dejan de quejarse continuamente de ellos y de señalarlos para que todos los conozcan; pero es abusivo decir que el no practicar la penitencia del señor Arnauld es un relajamiento que la iglesia tolera de mala gana. No conozco muy bien la práctica de la iglesia de Oriente de la que me habla usted, pero sabemos que en toda Europa se practican los sacramentos de la forma que el señor Arnauld condena, y que el Papa y todos los obispos aprueban la costumbre de dar la absolución después de la confesión, sin hacer penitencia pública más que para los pecados públicos. ¿No es una ceguera intolerable preferir en cosas de tanta importancia las ideas de un joven sin experiencia alguna en la dirección de las almas, como era la suya cuando escribió ese libro, antes que la práctica universal de toda la cristiandad?

Si la práctica de la penitencia pública duró en Alemania hasta el tiempo de Lutero, como usted indica, no fue más que para

que se inclinaba más bien a excusar que a acusar, a atenuar la gravedad de los actos o de las palabras reprobables que a exagerarlas. Creemos que su autoridad es de más peso que la de Raúl ALLIER.

los pecados públicos y nadie ve mal que se restablezca esa penitencia en todas partes, ya que el concilio de Trento lo ordena expresamente ⁶ ¿Y qué tiene que ver la norma de san Ignacio, que usted también señala con la práctica de los que alejan de la comunión, no ya por ocho o diez días, sino por cinco o seis meses, no sólo a los grandes pecadores, sino incluso a las buenas religiosas que viven con gran pureza, como sabemos por la carta del obispo de Langres al de Saint-Malo? ⁷ No es pararse en naderías señalar desórdenes tan notables y que sólo pretenden arruinar por completo la santa comunión. Y las gentes de bien, no sólo no han de practicar esas máximas perniciosas, sino incluso despreciarlas y forjarse una mala opinión de quienes las autorizan.

San Carlos no las aprobaba ni mucho menos, ya que no hay nada que recomiende tanto en sus concilios y en sus actas como la comunión frecuente y amenaza en varias ocasiones con graves penas a los predicadores que aparten a los fieles directa o indirectamente de la frecuente comunión. Y en ningún lugar se encontrará que haya establecido la penitencia pública o el alejamiento de la comunión para toda clase de pecados mortales, ni que haya querido que pasasen tres o cuatro meses entre la confesión y la absolución, tal como practican con frecuencia y en los pecados ordinarios estas nuevos reformadores; de modo que, aunque pudiera haber excesos en dar fácilmente la absolución a toda clase de pecadores, que es lo que san Carlos deplora, no hay que concluir de ahí que ese gran santo apruebe las exageraciones en las que ha caído el señor Arnauld y que son totalmente opuestas a una gran muchedumbre de normas que el santo estableció.

Por lo que respecta a que se le atribuye al libro de *La fréquente communion* el que aparta a la gente de la recepción frecuente de los santos sacramentos, le respondo que es cierto que este libro aparta a todo el mundo decididamente de la recep-

6. Sesión, 24, capítulo 8.

7. La memoria enviada por Sebastián Zamet, obispo de Langers, a Aquiles de Harlay de Sancy, obispo de Saint-Malo, era a juicio del abate PRUNEL, *Sébastien Zamet*, 264, nota 2, la respuesta a un cuestionario preparado por monseñor de Harlay, por orden de Richelieu, a propósito de saint cyran Lo encontramos completo en esta obra, 265-268.

ción de la sagrada comunión y de la santa confesión, aunque aparente, para cubrir mejor sus designios, estar muy lejos de este proyecto. En efecto, ¿no alaba grandemente en el prólogo, página 36, la piedad de los que desean retrasar la comunión hasta el final de su vida, por creerse indignos de acercarse al cuerpo de Jesucristo y no asegura que esta humildad agrada más a Dios que todas las demás buenas obras? ¿No dice, en el capítulo 2 de la tercera parte, que es hablar indignamente del Rey de los cielos afirmar que le honran nuestras comuniones y que Jesucristo no recibe más que ultrajes y vergüenza por nuestras comuniones frecuentes que se hacen según las máximas del padre Molina ⁸, cartujo, a quien combate en todo su libro, aparentando obrar de otro modo? Además, después de probar por san Dionisio, en el capítulo 4 de la primera parte, que los que comulgan tienen que estar enteramente purificados de las imágenes que les quedan de su vida pasada por un amor puro divino, sin mezcla alguna de amor propio, pues tienen que estar perfectamente unidos solamente a Dios, enteramente perfectos y completamente irreprochables, en vez de suavizar de algún modo esas palabras tan altas y tan alejadas de nuestra debilidad, las reproduce en toda su crudeza y sostiene en su libro de *La fréquente communion* que contienen las disposiciones necesarias para comulgar dignamente. Así pues, ¿cómo es posible que un hombre que considere estas máximas y este proceder del señor Arnauld llegue a imaginarse que desea realmente que todos los fieles comulguen con frecuencia? Por el contrario, la verdad es que el que considere verdaderas estas máximas se sentirá por ello mismo muy lejos de la frecuencia de sacramentos. Le confieso con franqueza que, si hiciera del libro del señor Arnauld tanto caso como usted hace, no sólo renunciaría para siempre a la santa misa y a la comunión por espíritu de humildad, sino que hasta sentiría horror de este sacramento, ya que él lo presenta, respecto a los que comulgan con las disposiciones ordinarias que aprueba la iglesia, como una trampa de Satanás y como un veneno que emponzoña a las almas y trata a quienes se acercan a él en esa situación nada menos que de perros, de puercos y de anticristos.

8. Antonio Molina, autor de un tratado de *Instrucción de los sacerdotes* traducido a varias lenguas; murió en 1612.

Y aunque se cerrasen los ojos a todas estas consideraciones para advertir solamente lo que dice en varios lugares de las disposiciones admirables sin las que él no quiere que se comulgue, ¿se encontrará algún hombre sobre la tierra que tenga tan buena opinión de su propia virtud que se crea en situación de poder comulgar dignamente? Esto es sólo un privilegio del señor Arnauld que, después de haber puesto estas disposiciones en un grado tan alto que ni san Pablo se hubiera atrevido a comulgar, no deja de jactarse en varios lugares de su apología de celebrar misa todos los días, en lo cual se puede apreciar tanto su humildad como su caridad y la buena opinión que tiene de tantos sabios directores, seculares y regulares, y tantos virtuosos penitentes que practican la devoción, y que sirven todos ellos de blanco a sus ataques e invectivas.

Por lo demás, me parece que es una herejía decir que es un gran acto de virtud querer retrasar la comunión hasta la muerte, ya que la iglesia nos manda comulgar todos los años. También es una herejía preferir esa pretendida humildad a toda clase de buenas obras, siendo evidente que por lo menos el martirio es mucho más excelente. Y también, decir absolutamente que Dios no es honrado en nuestras comuniones y que no recibe de ellas más que ultraje y ofensa.

Como este autor aparta a todo el mundo de la comunión, no le importará mucho que todas las iglesias se queden sin misas, a pesar de lo que dijo el venerable Beda, que los que dejan de celebrar el santo sacrificio sin un legítimo impedimento, privan a la Santísima Trinidad de alabanza y de gloria, a los ángeles de gozo, a los pecadores de perdón, a los justos de auxilios y de gracias, a las almas que están en el purgatorio de refrigerio, a la iglesia de los favores espirituales de Jesucristo, y a ellos mismos de medicina y de remedio. Pero nuestro autor no tiene ningún escrúpulo en aplicar todos estos efectos admirables a los méritos de un sacerdote que se aparta del altar por espíritu de penitencia, como se ve en el capítulo 40 de la primera parte y llega incluso a hablar con mayor elogio de esta penitencia que del sacrificio de la misa. Pues bien, ¿quién no ve que esta manera de razonar es muy adecuada para convencer a todos los sacerdotes que dejen de decir misa, ya que se gana tanto sin decirlo como diciéndola y puede incluso afirmarse que se gana más, según las máxi-

mas del señor Arnauld? Pues como él pone el alejamiento de la comunión muy por encima de la comunión, también es lógico que juzgue mucho más excelente el alejamiento de la misa que la propia misa.

Y la moral de todo esto es que este nuevo reformador sólo aleja a los sacerdotes y a los laicos del altar con el bonito pretexto de que hagan penitencia; pero para saber en qué pone él esta gran penitencia, que considera tan provechosa a las almas dice expresamente en el prefacio, página 18, que, de todos los rigores de la antigua disciplina, él casi se fija solamente en la separación del cuerpo del Hijo de Dios, que es la parte más importante según los padres, ya que representa la privación de la bienaventuranza, y la más fácil, según los hombres, ya que todo el mundo es capaz de ella.

El señor Arnauld ¿podría demostrar más claramente que su libro no está compuesto más que con el deseo de arruinar la misa y la comunión, ya que apela a toda la antigüedad para predicarnos la penitencia (de la que jamás he visto hacer un solo acto al autor de esta doctrina ni a los que le ayudaban a introducirla) y después de todas sus exhortaciones se contenta con decirnos que no se comulgue? Ciertamente, los que leen su libro sin advertir este deseo son de esos individuos de los que dice el profeta: *Oculos habent et non videbunt*. Y no comprendo cómo puede usted acusar a los adversarios del señor Arnauld de destruir la penitencia, cuando nos quejamos por el contrario y con razón, de que este autor ha hecho esfuerzos extraordinarios para probar que era necesario hacer largas y rigurosas penitencias antes de comulgar y de recibir la absolución, para declarar luego expresamente (para que nadie pueda alegar ignorancia) que de la antigua penitencia no conserva él más que el apartamiento del altar.

Esto es, padre, lo que tengo que contestar a su carta, con tantas prisas que ni siquiera me va a dar tiempo a repararla.

Voy a celebrar en seguida la santa misa, para que quiera Dios darle a conocer las verdades que le digo, por las que estoy dispuesto a dar mi vida.

Tendría otras muchas cosas que decirle sobre el tema, si tuviera ocasión. Le pido a Nuestro Señor que se las diga él mismo. Le ruego a usted que no me conteste sobre este punto, si

persevera usted en estas opiniones. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

No será usted dueño y administrador del Espíritu Santo de Toul, si ese parlamento no recibe la apelación al Consejo real de su proceso contra los señores Thierry y..., de los que el primero ha obtenido el permiso para tomar posesión ⁹. Pues aunque él admite esa apelación, el que ocupa el cargo de primer presidente me dice que el parlamento no la acepta y que la ha rechazado por segunda vez y la ha roto. Al menos, el abogado general ha obrado de ese modo. De modo que, si no renuncian después de este nuevo decreto, mandaré que se salven al menos los muebles que se puedan. Ellos se han aprovechado de esta revuelta, casi general, de nuestros parlamentos. En fin, si no nos condenan antes de que le llegue esta carta, no creo que tarden más de ocho días. *In nomine Domini!*

Dirección: Al padre Dehorgny, sacerdote de la Misión, en Roma.

1115 [3302,VIII,521]

**LA SEÑORA DE VILLENEUVE
A SAN VICENTE**

¡Viva Jesús Crucificado!

Reverendo Padre:

Su reverencia sabe muy bien que, conociendo sus grandes y necesarias ocupaciones no recurro a usted más que en caso ex-

9. En efecto, el beneficio del Espíritu Santo se le escapó al padre Dehorgny. San Vicente hizo que lo pidieran más tarde en Roma para el padre Jolly, que tenía la intención de resignarlo en favor de la congregación de la Misión (cf. carta del 10 de octubre de 1653). El asunto siguió adelante. El 29 de diciembre de 1657, le escribe san Vicente al señor des Jardins: «Todavía no se han conseguido las cartas de unión, pero estamos en ello y con esperanzas de tenerlas pronto».

Carta 1115. — Copia de esta carta se encuentra en uno de los volúmenes del Proceso de beatificación de san Vicente de Paúl (Arch. de la S.C. de Ritos).

tremo para aliviarme o aconsejarme en mis negocios que conciernen a la gloria de Dios en esta casa; pero está tan bien todo, que es preciso que venga a socorrernos contra los ataques de Satán y sus satélites, que han jurado su ruina. No sé lo que Dios quiere hacer de mí, pobre rosa agitada por los vientos de la persecución, sin que nadie, hasta el momento, la haya podido derribar ni debilitar. Quizás por este motivo quiera algo, que ni el diablo ni el mundo quieren, pues ¿quién piensa en usar un escuadrón de la armada para vencer a un pequeño y vil soldado tanto como aquel que no puede perjudicar al que Dios protege que no cree en las causas segundas, más que el diablo? Su reverencia me ha enseñado esta lección hace cuatro años y la experimento, de forma que ahora estoy segura. ¡Dios me haga la gracia de servirle según este conocimiento!

Pido a su reverencia, santos sacrificios y oraciones, para hacerla eficaz para la eternidad en su gloria más grande y consolidación de esta casa, tan suya como seré, padre, vuestra muy humilde y obediente sierva e hija en nuestro Señor,

MARIA LHUILLIER,
de la Sociedad de la Cruz

París, 21 de septiembre de 1648.

Dirección: Al padre Vicente, superior de la Misión, en San Lázaro.

1116 [1065,III,374-376]

A ESTEBAN BLATIRON

París, 25 septiembre 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Perdóneme si le escribo por medio de un secretario, ya que estoy muy ocupado.

Carta 1116 (CF). — Archivo de Turín, original. El final a partir de las palabras *Soy, en el amor*, es de mano del santo.

Alabo a Dios por los sentimientos del señor cardenal ¹, por el que siento un gran respeto y reverencia y me gustaría que él pudiera personalmente comprobarlo: conocería que nunca ha habido nadie que le venerase tanto como yo. También bendigo a Dios por la caridad de esos señores co-fundadores. Le ruego al señor cardenal que sea él quien bendiga la capilla de la casa.

Me siento muy consolado por el orden que el señor cardenal ha decidido poner en su seminario, mandándoles hacer ejercicios espirituales. Ruego a Nuestro Señor que los santifique con su gran misericordia.

Tiene usted razón al poner algunas dificultades para recibir a ese buen religioso. Le ruego que soslaye este asunto y deje obrar a la divina providencia. De todos modos, si usted cree que saldrá bien la cosa y él insiste mucho, puede usted intentarlo.

Le enviaremos al hermano Claudio lo antes que se pueda; ha ido a tomar aguas a Moulins; si hubiera estado aquí, se lo hubiéramos mandado. Desea aprender a amasar el pan y a hacer sangrías. Necesitará unos 20 días para ello. Entretanto le enviaremos dos, para que no se quede usted sin nadie; si le parecen demasiados, envíelos a Roma.

Le amo en Nuestro Señor con el corazón que usted sabe, que siente por usted un cariño inexpresable. Saludo a su familia, postrado en espíritu a los pies de todos y quedo de usted muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Me olvidé de decirle que me ha conmovido mucho esa catástrofe que usted me dice que ha sucedido en G[énova] ²; se lo he dicho a la compañía y los sacerdotes han celebrado todos para dar gracias a Dios por no haber sido el daño tan grande como se [temía] y para que quiera Dios conservar a esa ciudad sin

1. El cardenal Durazzo.

2. Se lee al margen: vendaval que sobrevino el día de san Agustín.

peligro; los hermanos comulgarán también por esa intención, si Dios quiere.

Soy en el amor de Nuestro Señor.

Dirección: Al padre Blatiron, superior de la Misión de Génova.

1117 [1066,III,376-377]

A LUISA DE MARILLAC

San Lázaro [octubre 1648] ¹

El padre Vicente agradece muy humildemente a la señorita Le Gras el remedio que le ha enviado, que se propone utilizar, si Dios quiere.

Trabajaremos en el asunto de Monstrel ² y en el de la feria³

No recuerdo el asunto de la carta del señor párroco de Serqueux ⁴; si usted se acuerda, le responderé hoy mismo.

Creo que vendrá bien tomar un poco el aire; el poco tiempo que estuve de viaje a Saint-Germain ⁵, me encontré mejor. Si mañana no voy a Saint-Germain, podré salir a visitar a nuestras

queridas hermanas de Fréneville ⁶; es curioso cómo este clima me ha [venido] siempre muy bien a mis achaques.

¿Y usted señorita? ¿No convendría que fuera a tomar un poco de aire por alguno de estos lugares, Liancourt, Saint-Denis o algún otro? Le ruego que piense en ello y que me indique cuál es la raíz que me manda y cómo hay que emplearla.

Carta 1117 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha de la respuesta a esta carta.

2. Quizás Montreuil. En el siglo XIII se decía *Monsteriolum* o *Monsterolum* de *Monasteriolum* (pequeño monasterio), de ahí la palabra *Monstrel* o *Monstrel*, usada aún en el siglo XVII.

3. La célebre feria de san Lorenzo dependía de la casa de San Lázaro.

4. En Seine-Inférieure. Fundaron allí dos Hijas de la Caridad, por contrato del 13 de noviembre de 1645 con el señor de Saint-Luc, castellano de Taillefontaine.

5. Saint-Germain-en-Laye, donde estaba la corte.

6. Las Hijas de la Caridad estaban en Fréneville desde 1647.

LUIA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Octubre 1648] ¹*Padre:*

No me acuerdo muy bien del asunto de que le escribía el señor párroco de Serqueux², pero me parece que se trataba de algo de las religiosas de cerca de Forges³, a las que se acusa de una gran falta, por la que me parece que le quieren quitar la abadía a la que la posee, y que el señor párroco considera inocente de lo que se la acusa.

Esa tisana se hace del regaliz; se lo envió en trocitos para facilitar su empleo; pero es preciso que sea reciente y no cortar más que a medida que se va usando, para que no se ennegrezca. No me atrevería a presumir mucho de la que tenemos en nuestro huerto, pues aún no hemos visto más que la flor y las hojas.

Me olvidé de decirle que la priora de Montmartre, que es hermana de la señorita Channelain y que se encuentra muy enferma del pecho, se encomienda a sus santas oraciones y le ruega que la encomiende también a las de los padres de su compañía, para que Dios tenga misericordia de ella.

Le devuelvo la carta que acompaña, no sea que crea usted que se la han mandado a su destinatario.

Le pido a Dios que no sea largo su viaje y que regrese con perfecta salud.

Nuestras hermanas nos piden un jarabe que ya se nos ha acabado; mandaré a buscar a ver si nos lo puede dar el hermano Alejandro⁴.

Ya que me lo permite su caridad, podría acercarme a SaintDenis y quizás a Bicêtre; este año no tengo nada que hacer en Liancourt, me parece además que los señores de Liancourt se van a la Roche Guyon por un mes.

Si sale usted mañana, no podré verle antes. ¿Qué pasará entretanto con mi pobre conciencia en el estado al que mi re-

Carta 1118 (CA). — Original de las Hijas de la Caridad de Châteaudun.

1. Fecha señalada al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Francisco du Marche.

3. Actualmente capital de municipio en el distrito de Neufchâtel-en-Bray (Seine-Inférieure).

4. Alejandro Véronne.

lajamiento, mi pereza y mi infidelidad han reducido a mi alma, y que le daría miedo a santa Catalina, si ella estuviera en la tierra, ya que le parecería falta de amor, de ese amor que debería tener y que, por su gracia, me hace ser su muy obediente servidora y humilde hija?

LUISA DE MARILLAC

Viernes.

Dirección: Al padre Vicente.

1119 [1068,III,378-383]

A RENATO ALMERAS

Padre:

He recibido dos cartas tuyas a la vez, una sobre la salida del padre Fondimare ¹, la respuesta del hermano Doutrelet ², la opinión del señor de Restal sobre nuestras reglas y especialmente el juicio que se tiene de los votos; y la segunda referente a que le descargue de la ocupación que usted tiene.

Empezaré diciéndole que hay que someterse a la disposición de la Providencia a propósito de las entradas y salidas de la compañía e imitar la aceptación de la voluntad de Dios que se ve en Nuestro Señor, al verse desamparado de la divina compañía de su Padre; y que según esta voluntad, él hace y conduce siempre las cosas para su gloria y el bien de las personas afectadas. Así pues, hemos de ver la salida de esas personas como un bien para la Compañía y quizás para ellos mismos.

En cuanto a Doutrelet, ya sabe usted por él mismo la razón por qué no quiere renovar los votos; si sigue en esta actitud, despídale cuanto antes, suponiendo que lo apruebe Su Santidad. Por lo demás, hay que someterse a la voluntad de Dios, que permite todo esto para que subsista la Compañía, y creo que

Carta 1119. — PÉMARTIN, *o.c.*, II, 121, carta 612.

1. Pedro Fondimare, nacido en el Havre, entró en la congregación de la Misión el 18 de octubre de 1644, a los 23 años de edad.

2. Miguel Doutrelet, nacido en Rouen, entró en la congregación de la Misión el 14 de mayo de 1644, a los 18 años de edad; hizo los votos el 14 de mayo de 1646.

esto, junto con los diversos juicios que se han dado sobre este asunto, le tiene que hacer aceptar este resultado lo antes posible.

Se dice que al Papa ³ no le gusta el estado religioso. Muy bien; pero quizás, considerando que nuestros votos no nos hacen religiosos, los aprobará, sobre todo si la cosa depende de él (esto es, de su disposición); y será conveniente darle a entender que será difícil que pueda subsistir la Compañía en medio de las ocupaciones tan diversas, importantes, difíciles y complicadas que tiene. La diversidad se ve en que se entrega al servicio del pobre pueblo y al de los eclesiásticos, tanto por medio de los retiros a los que van a recibir las órdenes, como por medio de la atención a los muchachos que aspiran al estado eclesiástico en el pequeño San Lázaro, en el de Saint-Méen y Le Mans, los dos que van a empezar juntos en Agen ⁴, Y finalmente por medio de los ordenandos. En cuanto a las misiones del campo, ya conoce usted la diversidad, la rudeza y la importancia de unas y de otras. ¡Y es preciso conservar a unos hombres libres en medio de tan rudas e importantes ocupaciones! Añada la de Berbería, Persia y la Arabia Feliz, adonde nos envía la Propaganda, y la de Madagascar. Observe, padre, cómo es muy difícil que pueda subsistir con seguridad en medio de ocupaciones tan difíciles. Y si Su Santidad o la Congregación a la que encomiende el estudio de este asunto no aprueba estos votos simples, que nos haga el favor de darnos un medio para ello. La congregación está regida por Su Santidad; le toca a él darnos los medios para subsistir, si no le parece bien el que nosotros le proponemos. Y si después de todo ello no lo acepta, tendremos que someternos a quedarnos en una simple congregación bajo sus leyes. Nos someteremos a ello, y quizás la experiencia les haga reconocer la necesidad que tenemos. Y si Su Santidad lo acepta y aprueba lo que hemos hecho, esto hará cesar todos estos pequeños contratiempos y estos pretextos para abandonar la vocación.

Me olvidaba de decirle, a propósito de Doutrélet, que no me acuerdo si se le dio su título de la casa, pues si es así habrá que

3. Inocencio X.

4. En efecto, el seminario de Agen se abrió unos días más tarde, bajo la dirección de Guillermo Delattre; pero no se fundó hasta 1650.

ver la manera de descargarlo de él. El padre [Carcireux] ⁵ nos hizo firmar que tenía que pagarle el suyo, junto con los atrasos... ⁶, con el pretexto de la obligación que asumimos de mantenerle en él (o sea, de conservar la posesión). Fíjese en nuestra negra ingratitud y en lo que habrá que hacer con el dicho Doutrelet.

Por lo demás, me parece que se ha excedido usted en lo que le ha dado el padre Fondimare. ¿Por qué tanta generosidad con los que desertan de la Compañía? Pase con los que se despide; ¿no basta con darles ocho o diez escudos todo lo más? Será conveniente que se lo comunique esto a la familia, para que sepa a qué atenerse. Los padres jesuitas no les dan nada a los que se salen, ni los padres del Oratorio, ni ninguna Orden, que yo sepa.

En cuanto a nuestras reglas, me parece que es necesario que empiece usted haciéndolas aprobar o, al menos, la de los votos y la del generalato perpetuo para los que vengan detrás de mí. Y si resulta tan difícil lograr que se acepten todas las reglas, habrá que reducirlas a estos resúmenes que usted me ha enviado, añadiendo los dos puntos que acabo de indicar. En nombre de Dios, padre, no pierda el tiempo en todo esto.

Pasemos a su última carta. Le aseguro que me ha hecho pensar mucho en los motivos que puede haber tenido usted para pedirme que le descargue de sus ocupaciones. A veces el corazón me ha dicho que había querido usted imitar a los padres Dehorgny y Codoing, que pidieron como usted dejar el cargo de superior; otras veces, que usted creía que su conducta era la causa de la salida de esos padres; y otras, que no se trataba de nada de eso, sino que la verdadera causa es cierta inteligencia particular que yo tendría con el padre Dehorgny, de la que no le habría dado a usted ninguna explicación; que los paquetes de cartas que le escribí al padre Dehorgny ⁷ le hacen pensar a

5. PÉMARTIN leyó *Curtivaux*; pero ningún misionero ha llevado este apellido.

6. Estos puntos sustituyen a un pasaje que leyó mal Pémartin, o que no pudo leer bien. He aquí su texto: «...los atrasos, desde que lo hicimos nosotros o algún otro. El señor Chomel tiene nuestro priorato, y con el pretexto de la obligación...».

7. Las cartas del 25 de junio y del 10 de septiembre y quizás otras que no tenemos.

usted que trato con él ciertos asuntos de los que ni él ni yo le damos cuenta, por no tener confianza en usted.

Le diré, en cuanto al primer punto, que si es ésa la única razón, no tengo por qué preocuparme, sino alabar a Dios porque no hay ni un solo superior que no quiera ser relevado de su cargo; en cuanto a lo segundo, que nunca se me ha ocurrido tal cosa, sino todo lo contrario, y que le doy gracias a Dios por su acierto en gobernar y le pido que lo siga bendiciendo; en cuanto a lo tercero, le diré que el asunto que trataba con él es de tal naturaleza que no hay ninguna persona en el mundo con el que pueda tratarlo, ni siquiera con el padre Lamberto, que es mi asistente y en el que tengo plena confianza, lo mismo que con todos aquellos con quienes trato. Pero no he hablado de ello con nadie de la Compañía y le he rogado a él que no hable tampoco. Se trata de la salvación y de la reputación de una persona que no desea que se hable con nadie más que con él. Esa es, padre, la naturaleza del asunto que trato con él. En nombre de Dios, padre, esté seguro de que no hay una sola persona en el mundo en la que Dios me haya dado más confianza que usted, y ninguna a la que estime tanto. Así pues, le ruego que coloque ese pensamiento entre los que el espíritu maligno le inspiró cuando estaba usted enfermo; le aseguro que todos ellos proceden de la misma fuente y tienden al mismo fin; se lo aseguro en presencia de Nuestro Señor, en cuyo amor soy...

El padre Brisacier siente aversión a los votos; me ha hablado de ello en varias ocasiones. Sin embargo, se quedó tranquilo cuando le dije que no pretendíamos entrar en el estado religioso. Me ha dicho que podrían emplearle ahí en los asuntos del rey; si así se hace, habrá que tener cuidado con él. Podría usted decirle algo de ello, como idea suya; hemos de poner mucho interés con los de la Congregación. Bastará con que dirija usted sus tiros hacia ese lado y que haga intervenir al señor embajador ⁸ con Su Santidad. Ya se ha hecho así por otro medio. Y si el señor embajador no es muy bien visto por Su Santidad, bastará con que él inicie el asunto y haga usted sus gestiones particulares, no tanto por medio de razones como por medio de recomendaciones con esos señores, y sobre todo con los franceses. *Mitte sapientiam et nihil deerit.*

8. El marqués de Fontenay-Mareuil.

1120 [1069,III,383]

**A ANTONIO PORTAIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN MARSELLA**

30 octubre 1648.

La práctica de llevar el rosario a la cintura se sigue observando en esta casa; le ruego que se observe también ahí. Las demás casas así lo hacen; es una costumbre santa y edificante.

1121 [1070,III,383-384]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA

30 octubre 1648.

Ruego a Dios que le inspire la manera de tratar con fruto con el padre...; me parece que lo mejor será tener más mansedumbre y paciencia, ya que es lo más conforme con el espíritu de Nuestro Señor y lo más indicado para ganar los corazones. Si usted conquista el suyo, obtendrá de él lo que quiera. La situación en que se encuentra no es más que una tentación pasajera, por lo que hay que rezar a Dios por él.

Le ruego que suspenda los retiros mensuales de un día a los que desea usted que se entreguen los de esa casa. Vamos a examinar si es conveniente o no seguir con los que aquí se dan, debido a algunos inconvenientes que han surgido.

1122 [1071,III,384-386]

A UN ÉVEQUE NOUVELLEMENT ÉLU ¹

Non parum aegre tuli quod me invaletudo corporis et negotiorum multiplic[ium] ingrumentium accumulata turba prohibue-

Carta 1120. — Reg. 2,104.

Carta 1121. — Reg. 2,200.

Carta 1122 (CF). — Bibl. Vaticana, fondo Barberini, *Latinorum* 2172, original. Por la ortografía de ciertas palabras se adivina que esta carta fue escrita por un secretario italiano; el original está en latín.

1. Probablemente Juan Bautista Spinola, elegido obispo de Matera el 14 de mayo de 1648, trasladado a Génova en 1664, creado más tarde cardenal, murió el 4 de enero de 1704.

rit, ne ei quo me praevenire dignata est Dominatio Sua Illustrissi]ma honori meis utcumque satisfacerem litteris. Huic gratiae impares in me gratias agnosco, ut et iis quibus nostros antehac Romae in dies prosecuta est beneficiis. Sed D[omi]nus retribuet pro me; imo jam pauperum fidejussor Christus exuberantissime respondit ad votum et ad m[eritum], eum eligens in episcopum, qui prodesse velit et proeesse sciat, qui, prudent[ia et] moribus praeeminens, cathedram sanctorum implere sufficiat. Laetat[us sum] in his et superabundo gaudio quod sic magnifice exaltaverit Deus [provi]dentiam suam, ut eum qui de virtute profecerat in virtutem, de [honore] etiam promoveret in honorem. Confidimus autem in D[omi]no et speramus [ut qui] vos ad magna in bonum Ecclesiae provexit, etiam in idipsum sublim[et] ad majora. Cum ultra gratiarum actione preces affectuosas offerim[us pro h]is. Qui segregavit vos ad dandam scientiam salutis plebi suae, ipse in b[onum] v[est]ros continuet Ecclesiamque v[est]ram sine maculis et rugis sub v[est]ra prov[identia] conservet. Haec eo vel maxime speramus quo Deus tumultuantes ibi [discordiarum] et belli nascentis fluctus tranquillavit ad pacem, pro qua eum incessanter [deprecari] non desinimus. Quod autem nostros suis continuo juvat consiliis et specia[li] prose]quitur benevolentia, his ego non quales volo sed quales valeo, refero grati[as]; precibus respondebo et votis; et quod meae exiguitatis impotentia non prae[bet], exuberans munificencia illius exolvit qui de thesauris suae gratiae multi[plicis] erogat universis. Interim, si quando me jussis suis cohonestare dignetur, [me] semper in obsequio suae Dominationis Ill[ustrissi]mae experietur promptissimum.

V[est]rae Illu[ustrisi]mae et R[everendissi]mae Dominationis humillimus necnon devotissimus in D[omi]no.

VINCENTIUS A PAULO,
indignus superior generalis congregationis Missionis

Parissis, nonis novembris 1648 ²

2. 5 de noviembre.

A UN OBISPO RECIEN ELEGIDO

He sentido mucho que mi enfermedad y la multitud de mis ocupaciones me hayan impedido contestar antes al honor que Su Ilustrísima ha querido concederme. Me reconozco incapaz de agradecerle dignamente este favor y todos los demás beneficios con que hasta el presente ha colmado a nuestros hermanos de Roma. Dios pagará por mí esta deuda de gratitud. Y Nuestro Señor, que responde por los pobres, ha contestado ya abundantemente a mis deseos escogiendo para el episcopado a un prelado que quiere hacerse útil, que sabe gobernar, que se distingue por su prudencia e integridad de costumbres y promete ser un digno sucesor de los santos. ¡Cuánta ha sido mi dicha y mi contento al ver cómo Dios ha dirigido el curso de los acontecimientos, haciendo que después de crecer de virtud en virtud, camine usted de honor en honor! Confiado en el Señor espero que, después de haberle conducido a tan altos destinos, para bien de su Iglesia, lo elevará más todavía. Con nuestro agradecimiento le ofrecemos también nuestras afectuosas oraciones. ¡Quiera aquel que le ha escogido para dar la ciencia a su pueblo, mantener a sus ovejas en el bien y conservar a su iglesia sin mancha ni arruga bajo su gobierno pastoral! Lo esperamos con mayor confianza al ver cómo Dios ha aplacado aquí los tumultos que surgían como olas tempestuosas y ha hecho cesar la guerra que nos amenazaba. Gozamos actualmente de paz, que esperamos seguir manteniendo con su gracia. En cuanto a los consejos y la benevolencia con que usted se digna favorecer a nuestros hermanos, le doy las gracias, no ya en la medida de mi obligación, pero sí en la de mis fuerzas; responderé a ellos con mis oraciones y mis mejores deseos. Lo que la impotencia de mi pequeñez es incapaz de ofrecerle, lo recibirá usted de la liberalidad superabundante de aquel que hace participar a todos los hombres de los tesoros de su gracia.

Si entretanto Su Ilustrísima quiere honrarme con sus órdenes, siempre me encontraré dispuesto a la más pronta obediencia.

De Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima, muy humilde y devoto servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno superior general de la congregación de la Misión.

París, día de las nonas de noviembre de 1648.

1123 [1072,III,386-387]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

6 noviembre [1648] ¹

Padre:

Una persona de Fontainebleau nos comunicó hace algunos días que la hermana Bárbara Angiboust está con fiebre desde el día de Nuestra Señora de septiembre, y ayer nos dijeron de San Germán de Auxerre que su confesor le había dicho a una dama de la parroquia que estaba muriéndose y que le iban a dar la extremaunción. Con estas noticias, ¿le parece bien, padre, que enviemos allá una hermana? Pues hemos escrito y hace ocho días que salió una hermana para acompañarla, pero no hemos tenido ninguna noticia.

¿Querrá contestarnos pronto? También le pido, por amor de Dios, su bendición, ya que soy su muy obediente y humilde hija y servidora,

L. DE M.

¿Querrá usted acordarse de la respuesta del señor obispo Beauvais?²

Carta 1123 (CA). — Original en las Hijas de la Caridad de la casa central de Ans, cerca de Lieja.

1. Véase *Lettres de Louise de Marillac*, carta 223.

2. Agustín Potier.

A LUISA DE MARILLAC

[6 ó 7 noviembre 1648] ¹*Primera redacción*

Sería un acto de caridad y un consuelo para las demás hermanas si manda usted a una hermana para visitar a nuestra pobre enferma ² en coche, si hay, o por el río ³ hasta Melun y de allí a pie tres leguas hasta Fontainebleau, con algún acompañante.

Segunda redacción

Me ha impresionado mucho la gravedad de nuestra pobre hermana Bárbara. Será un acto de caridad para ella y un consuelo para las demás enviarle alguna hermana. Puede usted enviarla, si le parece bien, por coche, si hay, o por el río hasta Melun, aprovechando uno de los barcos que salen el lunes o el martes en el puerto de San Pablo ⁴, y desde allí tendrá que ir a pie por el bosque hasta Fontainebleau, donde no hay ahora peligro, ya que no está allí la corte. El coche sale de la calle de la Coissonnerie ⁵.

Carta 1124 (CA). — Original en casa de las Hijas de la Caridad, Ans, cerca de Lieja.

1. Esta carta es contestación a la anterior. San Vicente había escrito al principio su respuesta alrededor del texto mismo de santa Luisa; pero, bien sea porque no le pareció legible, bien porque no expresaba atinadamente su pensamiento, volvió a empezarla sobre la hoja que quedaba en blanco.

2. Luisa de Marillac eligió a Ana Hardemont.

3. Por el Sena.

4. En el muelle de Célestins, frente a la calle de san Pablo. Allí era donde desembarcaban los vinos, el hierro, el carbón y las especias.

5. Esta calle sigue hoy teniendo el mismo nombre; llegaba por un lado hasta el boulevard SébastoPol y por otro hasta las Halles centrales.

**A MATURINO GENTIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN LE MANS**

París, 7 noviembre 1648.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Respondo a su apreciada carta del 26 del mes pasado, a punto de salir para Saint-Denis, en donde tengo que visitar a las monjas de la Visitación.

No hemos recibido nada de la cantidad debida al difunto padre Le Bourgeois ¹, a no ser las 100 libras que se le enviaron, como usted sabe. Hay pocas posibilidades de recibir lo demás, dado que no tenemos derecho y que es justo que se le entregue a los parientes del difunto. Me parece que su padre vive todavía.

Hará usted bien en dejar los tratos con el señor Vesoillan en el asunto de los viveros. Si no quiere rebajar hasta 125 libras, habrá que darle algo antes que meterse en pleitos.

Es verdad que nuestros negocios con el señor Rivière están ya prácticamente terminados; actúe usted con sus capillas como lo ha hecho con los demás, a no ser que tiene usted que presentarse como procurador de dicho señor Rivière, hasta que se haya concluido todo el asunto y se haya obtenido el decreto.

Hacemos todo lo que podemos por enviarle sacerdotes y hermanos.

No tenemos intención de que ninguno de los de su casa ofrezca el Sacrificio por nuestros difuntos en perjuicio de las obligaciones que ustedes tengan, con las que hay que cumplir previamente; en lugar de misas, se podrán hacer preces por nuestros difuntos.

El padre Bajoue envía al padre Cornaire ² tres libros! al padre Roujon un reglamento de la Caridad, todo bien empa-

Carta 1125 (CF). — Archivo de Turín, original

1. Santiago Le Bourgeois, nacido en Coutances, entró ya sacerdote en la congregación de la Misión el 17 de septiembre de 1645, a los 38 años.

2. Guillermo Cornaire, nació el 4 de junio de 1614 en Tincey (Haute-Savoie), ordenado sacerdote en la cuaresma de 1639, entró en la congregación de la Misión en 2 de diciembre de 1647, hizo los votos en Le Mans el 23 de noviembre de 1653 y fue destinado a Fontainebleau en noviembre de 1661. Escribió su biografía el hermano Chollier, pero se ha perdido.

quetado y envuelto en papel, dirigido a usted; haga el favor de mandarlos retirar del recadero y siga rezando por mí, que soy con todo mi corazón su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Al pie de la primera página: Padre Gentil.

1126 [1075,III,390]

A LUIS RIVET, SUPERIOR DE SAINTES

15 noviembre 1648.

Hay que evitar con todo interés dar algún motivo de descontento a los señores vicarios generales; son nuestros amos; hemos de ajustarnos a su voluntad en la medida de lo posible. Por tanto, cuando les envíen eclesiásticos, la Compañía tiene que recibirlos con agrado y mantenerlos todo el tiempo que lo ordenen, lo mismo que a los sacerdotes que manden para su corrección, aunque indicándoles humildemente que están ustedes sobrecargados, si es así, o los demás inconvenientes que puedan surgir. También es muy conveniente que la Compañía siga sus deseos sobre las misiones, no emprendiendo ninguna sin su consentimiento y sin preguntarles los sitios a los que hay que ir. Hemos de tener como máxima no extrañarnos nunca de las dificultades presentes, lo mismo que si se tratase de un vendaval pasajero que veremos disiparse con un poco de paciencia. El tiempo lo cambia todo. He leído en la historia de los jesuitas que el Papa que sucedió al que erigió su Compañía en religión ¹ les obligó a llevar muceta; les resultaba un poco duro, pero tuvieron que pasar por eso mientras vivió; y después de su muerte se la quitaron en seguida ². Del mismo modo, si ahora les exigen alguna cosa que no les va, tráguenlo mansamente durante unos días; el correr del tiempo les librárá pronto de esa sujec-

Carta 1126. — Reg. 2,107.

1. *Religión*, orden religiosa.

2. El hábito coral. Pablo IV tenía 83 años cuando tomó esta medida. Murió el año siguiente.

ción. Dios nos levanta y nos hunde, nos consuela y nos aflige según la disposición que ve en nosotros para aprovecharnos de esas situaciones.

1127 [1076,391]

**ENRIQUE DE MAUPAS DU TOUR, OBISPO DE PUY,
A SAN VICENTE**

Padre:

Dos asuntos importantes para la gloria de Dios me obligan a ponerle estas líneas.

Los desórdenes de la abadía de Monestier¹, de la orden de San Benito, en esta diócesis, a 4 leguas de Puy. Depende de 105 señores de Sanstierre. Los padres de la reforma de San Mauro, que viven en la abadía de San Germán de los Prados, le comunicarán lo que pasa. Ayer estuve allí para obligar al prior a castigar a un religioso...²

Ya conoce las violencias y sacrilegios que los soldados del regimiento del Languedoc, mandados por el señor de Valon, han cometido en una iglesia de mi diócesis hace tres días. Le ruego muy humildemente que informe de ello a la reina lo antes posible. Le he escrito al señor tesorero largamente sobre este asunto. Creo que él le enseñará a usted mi carta. Se trata de la gloria de Dios. Los altares han sido profanados, el santo copón ha desaparecido y han robado el cáliz en que se consagraba todos los días. Temo que Dios haga sentir su cólera a quienes tienen la autoridad en la mano, si no ponen remedio a estos desmanes. Dentro de ocho días enviaré un hombre expresamente a la corte para presentar los informes y las quejas oportunas.

Soy, padre, su muy humilde servidor,

ENRIQUE,
obispo de Puy

Puy, 18 noviembre 1648.

Dirección: Al padre Vicente, superior general de la Misión, París.

Carta 1127 (CA). — Archivo de la Misión, original

1. Eloy Le Monastier, partido judicial del cantón del Haute-Loire.

2. Este mal religioso había dado tal escándalo que, por respeto a los lectores, nos vemos obligados a detener aquí la frase del obispo de Puy.

1128 [1077,III,392]

**SAN VICENTE A TOMAS TURCHI,
SUPERIOR GENERAL DE LOS DOMINICOS**

26 noviembre [1648] ¹

Al reverendísimo padre Vicente de Paúl, superior general de la congregación de la Misión.

San Vicente comunica a Tomás Turchi que, después de haber escuchado a los padres Labat, Biarrotte y al hermano Bernardo, les ha aconsejado que regresen a su provincia, o mejor dicho, los ha mandado para allá, encargándoles que busquen la reconciliación. Aguarda los resultados de las conversaciones para decretar la unión y la paz, si le parecen aceptables las condiciones propuestas. Esa medida será agradable al rey, a la reina y al señor cardenal.

1129 [1078,III,392]

A JUAN BARREAU, CONSUL DE FRANCIA EN ARGEL

4 diciembre 1648.

No podemos asegurar mejor nuestra felicidad eterna que viviendo y muriendo en el servicio de los pobres, en los brazos de la Providencia y en una renuncia actual a nosotros mismos, para seguir a Jesucristo.

1130 [1079,III,393]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Diciembre 1648] ¹

Padre:

Nos encontramos muy apuradas para nombrar a una persona que vaya a la reunión en casa de la señora duquesa de Aiguil-

Carta 1128. — Archivo de la Misión, copia sacada de la casa generalicia de los padres dominicos, *Epistolae R. P. Turchi* IV, 88, 20. El original está en latín.

1. Fecha impuesta por el sitio del documento en el registro.

Carta 1129. — Reg. 2,34.

Carta 1130 (CA). — Original comunicado por la superiora de las Hijas de la Caridad de la calle Oudinot 3, París.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

Ion, y no podemos hacer otra cosa para informarle que poner nuestros papeles en sus manos. Como creo que todos tienen el mismo interés que nosotras, he pensado que quizás podría ir mi hijo y hacer como los demás, a no ser que a usted le parezca más oportuno que enviemos los papeles al que vaya allá en representación de ustedes.

Esperaremos las órdenes que usted nos dé, rogando a Dios por su salud. Soy su muy obediente y humilde hija y servidora,

LUISA DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

1131 [1080,III,393]

ESTEBAN BLATIRON A SAN VICENTE

Génova, 10 diciembre 1648.

Durante una misión que se dio en Lavagna ¹ se convirtieron varios bandidos.

1132 [1081,III,393-394]

A RENATO ALMERAS, SUPERIOR, EN ROMA

11 diciembre 1648.

Padre:

¡Bendito sea Dios por los buenos pasos que está dando su familia! Dios quiere que a veces las comunidades caigan en una desolación tan grande que parece que todo está perdido, para elevarlas luego más alto de lo que estaban. Los designios de arriba son siempre saludables. Le ruego que pida a Dios por mí, como yo hago por usted, para que nuestro espíritu no se extrañe jamás de ver decaídas nuestras casas. El levanta y hunde como bien le place y el rebajamiento que hace de alguna [persona],

Carta 1131. — ABELLY, *o. c.*, II, cap. I, 71.

1. Pequeña ciudad de la provincia de Génova, patria de Inocencio IV.

Carta 1132. — Reg. 2,229.

de la que desea servirse, es un presagio de su futura elevación de la que desea servirse, Es conveniente que no se fie usted mucho de su conducta; pero ¿verdad que hay que confiar en Nuestro Señor y dejarle hacer, ya que es él el que guía, no nosotros?

1133 [1082,III,394-396]

TOMAS TURCHI A SAN VICENTE

Roma, 21 diciembre 1648.

Reverendísimo padre Vicente:

Me siento muy agradecido a su celo por el bien de los asuntos de mi Orden y por el cuidado que ha puesto en situar a los padres mayores de la provincia de Toulouse en el camino de su deber, del que les había desviado su vanidad y su libertinaje, haciéndoles inventar pretextos en los que ellos mismos habrían perdido su felicidad y su reposo. Yo no he decidido la unión de que ahora se quejan más que a instancias suyas y con el consentimiento de todos ellos, para aplacar sus disensiones y sus diferencias, en las que estaban desde hace dos años, sin provincial, en medio de facciones y partidismos y pretensiones de algunos, como los padres Biarrotte y Marrin¹ La situación lamentable en que encontré los conventos de aquella provincia, cuando hice mi visita, tanto en lo temporal como en lo espiritual, los restos de casas que caían en ruinas en Marciac², La Réole, Port Saint-Marie³, etcétera, por la mala economía y el poco celo del bien común y de la observancia de sus superiores, los escándalos que surgían por todas partes, como en Bergerac, Agen, Marciac, La Réole, Port Saint-Marie, etcétera, las quejas generales de los seglares, que ni eran atendidos ni recibían edificación, y finalmente las súplicas de todos y de ellos mismos, al

Carta 1133. — Archivo de la Misión, copia sacada de la casa generalicia de los padres dominicos, *Epistolae R. P. Turchi* IV, 88, 118. Sobre las rivalidades entre los parisinos y gascones ver *Histoire des maîtres généraux de l'ordre des Frères Prêcheurs* (1913, t. VI), por P. Mortier, que publica esta carta.

1. Quizás Martin.

2. Capital de municipio en el distrito de Mirande (Gers).

3. Capital de municipio en el distrito de Agen (Lot-et-Garonne).

verse sin novicios, me obligaron a aplicar este remedio eficaz y único a tantos males presentes y venideros por medio de la unión de esa provincia tan miserable y la segunda de la Orden a la congregación de San Luis de esta parte del Loira, cuyos conventos gozan de buena fama en lo espiritual y en lo temporal y tienen medios para educar en la observancia y en la ciencia a muchos novicios y alumnos, para reparar las brechas de esa provincia, irremediables sin su ayuda, y para ir introduciendo poco a poco y por las buenas los principios y las prácticas de la vida regular, que es el fundamento y la única piedra básica de las casas religiosas. Estas consideraciones, padre, que habían sido el cimiento de la unión, les deberían haber llevado a su mantenimiento si la ambición y la vanidad de algunos padres y doctores no los hubieran cambiado, al verse privados del cargo de provincial, prescindiendo de todo lo que tiende a la observancia de las reglas, que era el único camino para el bien y la conservación del espíritu en los conventos donde ya se practicaban, y de todo interés por obligar a los demás a recibirlas y abrazarlas, según la órdenes y los deseos de los reyes cristianísimos de feliz memoria Enrique IV y Luis XIII, que siempre insistieron ante los capítulos generales y ante los superiores de la Orden para que los provinciales de Francia fuesen de la observancia y los novicios se educasen en las casas de la estrecha observancia, que es uno de sus fallos, por lo que se han atrevido, por medio de las malas mañas del padre Labat, procurador por entonces en esa corte, a lograr subrepticamente y con falsas alegaciones las bulas del Committimus in partibus contra el breve del Papa Urbano VIII de feliz memoria y contra las disposiciones de los capítulos generales y el decreto de la Congregación de regulares que con toda claridad les manda obedecerme, después de haber considerado todas sus quejas. Por eso, padre, ante un asunto como éste, al que se ha llevado con tanta violencia y osadía contra el honor de esa corte, tan indignada por la forma con que la han sorprendido, contra la autoridad de la Congregación de cardenales, contra las órdenes del rey que se dignó confirmar con su aprobación el decreto de unión, y contra la disposición de los parlamentos de Toulouse y de Burdeos que lo aceptaron, y finalmente contra las intenciones del buen señor cardenal que me aconsejó llevar a cabo todo este asunto, no puedo cruzarme de brazos ni des-

cansar hasta que hayan obedecido y hayan reparado, con su obediencia y sumisión, las malas semillas de rebeldía y de irreverencia que sus violencias y atrevimientos han echado en los espíritus de los religiosos, pues sería de muy mal ejemplo y de tristes consecuencias si yo condescendiese en alguna cosa, en contra de lo que me permiten mi deber y mi conciencia. Por tanto, padre, le ruego que haga lo posible para que me obedezcan, y luego yo les demostraré que soy su padre, dispuesto siempre a favorecerles, siempre que se encuentren en situación de recibir mi benevolencia, esto es, cumpliendo con su obligación.

No puedo hacer otra cosa, obligado como estoy a los intereses de esa corte y de mi Orden, y muy agradecido a usted por haberles hecho cumplir con su deber. ¡Ojalá le crean a usted! Por estas dificultades puede ver cuánto cuesta contentar a todo el mundo y a cuántas afrentas y peligros hay que enfrentarse cuando los obispos insisten en la reforma de los conventos, y cómo resulta mucho más fácil desear ese bien que llevarlo a cabo, y que si yo no respondo... de sus buenos deseos tan pronto como ellos quisieran, es más por falta de medios que de buena voluntad, ya que sería uno de mis mayores consuelos ver a mi Orden en la observancia y en la situación que requiere su vocación.

Ruego a Dios le siga concediendo sus gracias y que bendiga sus buenas intenciones, por las que si yo puedo alguna cosa desde aquí, le ruego me lo diga con tanta libertad como confianza tengo yo en su piedad. Ya me he ofrecido para ello a esos buenos padres e hijos que usted tiene aquí.

Le ruego me crea...

1134 [1083,III,396-399]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA

París, día de [Navidad 1648] ¹

P[adre]:

[La gracia] de [Nuestro] Señor [sea siempre con nosotros].

[Ya que] ha [querido Dios bendecir los trabajos] que [us-

Carta 1134 (CF). — Archivo de la Misión, original. Se encuentra en mal estado.

1. La fecha se encontraba en la parte del original destruido por la humedad; fue reproducida al dorso de la carta.

tedes han] realizado [y les ha dado un feliz éxito], le ruego que sea él [mismo su recompensa] y que todas sus criaturas le [glorifiquen por ello]. El sabe cuán agradecido estoy y cuán consolado por todo, y cómo me es imposible manifestarlo en palabras. Quiera su divina bondad que las almas que usted ha socorrido hagan buen uso de las luces que han recibido, y que las que va usted a socorrer experimenten los efectos de su misericordia.

Siento mucho que usted haya pasado de una misión a otra sin volver a casa, especialmente porque así se ha privado usted de un poco de descanso, pues temo que el exceso de trabajo le perjudique. Cuídese mucho, padre, en nombre de Dios.

El martes pasado partieron de aquí el hermano Ennery ², el h[ermano] Claudio y otro hermano coadjutor, dispuestos a ofrecerle a usted su servicio y sumisión. Marcharon en el coche de Lión con un padre y un clérigo de [nuestra Compañía] que parten para Berbería. [El primero, llamado padre] Dieppe ³, [va a Ar]gel en lugar del [padre Lesage], y el [otro a] Túnez para [hacer el oficio de] cón[sul de la nac]ión francesa, y, [en cuanto tal, encargado] de [fa]cilitar [el rescate de los esc]lavos. [Se]lla]ma Huguier ⁴, conoce bien los asuntos del mundo y es muy temeroso de Dios.

2. Juan Ennery, nacido en diciembre de 1616, en Castle Mak Ennery (diócesis de Limerick, Irlanda), entró en la congregación de la Misión el 23 de septiembre de 1642, hizo los votos el 11 de octubre de 1645. Era, según decía san Vicente (ABELLY, *o. c.*, III, 48), «un hombre sabio, piadoso y ejemplar». Enseñó teología en San Lázaro (1652), socorrió a los desventurados habitantes de Champaña castigados por la guerra (1653) y asistió a sus compatriotas que se habían refugiado en Troyes (1654). Enviado a Génova, murió allí de peste en 1657.

3. Juan Dieppe, nacido en Cancellé (Ille-et-Vilaine), entró en la congregación de la Misión el 5 de agosto de 1647, a los 30 años de edad; murió de peste en Argel el 2 de mayo de 1649. Había dejado París, el 22 de diciembre.

4. Benjamín José Huguier, nacido en Sézanne (Marne) el 10 de marzo de 1613, procurador en el Châtelet de París, antes de entrar en la congregación de la Misión (15 septiembre 1647), hizo los votos en 1651 después de volver a Francia; fue ordenado sacerdote en febrero de 1655. Después de su ordenación, fue capellán de los galeotes de Toulon. Pero le atraía Berbería. Fue enviado a Argel el 19 de septiembre de 1662, con el título de vicario apostólico. La peste causaba entonces tremendos estragos. Contrajo la enfermedad junto al lecho de los moribundos y sucumbió en abril de 1663 (*Mémoires de la Congrégation de la Mission*, II, 221-230).

Dios ha querido disponer del buen señor de Fargis ⁵, que llevaba un año con nosotros y nos ha dado muchas satisfacciones, pues era muy piadoso y ejemplar. Tendremos la conferencia sobre él uno de estos días. Le ruego que rece y haga rezar a Dios por su alma, sin olvidarse de la mía, que tanto le quiere a usted y a su pequeña familia, a la que saludo con espíritu de humildad y de cariño.

Si el hermano Roberto desea hacerse religioso, me parece muy bien, déjelo, ya que lleva tanto tiempo sin quitarse de la cabeza los deseos de estudiar. Nuestro Señor nos haga participar de su humildad, de su paciencia y de su caridad, en cuyo amor soy, padre, su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M

Dirección: [Al padre] Blatiron, superior de [sacerdotes] de la Misión, en Génova.

5. La familia de Carlos d'Angennes, señor de Fargis, se había hecho célebre en las armas y en la diplomacia. Por su matrimonio con Magdalena de Silly, hermana de la señora de Gondi (hacia 1610), se convirtió en conde de la Rochepot. Es probable que san Vicente lo conociera en casa del general de las galeras, cuando estaba en ella de capellán. El señor de Fargis fue embajador en España de 1620 a 1626. El 1 de enero de 1626 firmó el tratado de Monzón, que desaprobó Richelieu y fue aceptado con nuevas bases el 6 de marzo. Es sabido que la reina madre, descontenta de la política y de la influencia de Richelieu, agrupó a su alrededor a unos cuantos personajes dispuestos a derribar al primer ministro. La señora de Fargis, su dama de honor, que era de la oposición, tomó parte en las intrigas. Condenada a muerte en 1631, huyó al extranjero y murió en Lovaina en 1639. Su marido fue encerrado por el mismo motivo en la Bastilla el 14 de febrero de 1633. Pocos años después tuvo el dolor de perder a su hijo, muerto en el sitio de Arras, el 2 de junio de 1640, a los 27 años de edad. Le quedaba una hija, Enriqueta, entonces en Port-Royal. A pesar de los apremios de su padre, se negó a contraer matrimonio, prefiriendo pasar su vida en esta abadía, donde murió el 3 de junio de 1691, después de haber sido abadesa por largos años. El señor de Fargis dejó el mundo y entró en la congregación de la Misión el 31 de diciembre de 1647; llevó en el seminario una conducta tan ejemplar que san Vicente confiesa que «nunca le vio cometer un solo pecado venial». Murió el 20 de diciembre de 1648 (*Notices* II, 425-430).

1135 [1084,III,399]

A UN SACERDOTE DE LA MISION

[Diciembre 1648; o enero 1649].

Padre:

Ha querido Dios llevarse al buen hermano de Fargis un año después de habérselo dado su bondad. Era conde de Rochepot y señor de Fargis; se había casado con la hermana de la señora generala de las galeras, nuestra primera fundadora; había sido embajador del rey en España. Falleció el 20 de diciembre. En su muerte como en su vida demostró estar muy despegado de las cosas de este mundo y muy lleno de Dios. Ha sido ciertamente para todos nosotros un gran ejemplo mientras tuvimos la dicha de poseerlo, de forma que jamás le vi cometer un solo pecado venial. Encomiendo su alma a sus oraciones y ruego a Nuestro Señor santifique la de usted cada vez más. No dudo que se sentirá usted animado a imitarle.

1136 [1085,III,400-401]

AL MARQUES DESPORTES

Ultimo día del año 1648.

Padre:

La carta que me hizo usted el honor de escribirme es digna de un alma verdaderamente cristiana como la suya. No puedo expresarle cuán edificado he quedado de sus sentimientos por la prelatura y por sus disposiciones sobre la pensión, por la que procuraré hacerle todos los servicios que pueda. Me obliga doblemente a ello el buen uso que desea hacer con la misma. Veo, sin embargo, dos dificultades: la primera, que sólo se les da pensiones eclesiásticas a los que son eclesiásticos, llevan el hábito y viven efectivamente conforme a ese estado. Sé muy bien que tiene usted el espíritu eclesiástico y que esta dificultad no rige en su caso. Pero hay otra segunda, que hay que tener en

Carta 1135. — Manuscrito de Lión.

Carta 1136. — Reg. 1, f.º 30. El copista advierte que la carta estaba escrita por el secretario y firmada por el santo.

cuenta: que la reina y el señor cardenal ¹ se ven tan asediados por solicitudes de todas partes que no tienen ninguna libertad para considerar cuáles son los que más lo merecen. Se les arrancan las pensiones y los beneficios y se les impide disponer a su gusto de ellos. No dejaré de hablarles de usted en la ocasión y de la forma que Dios me depare. La verdad es que su nombre es demasiado ilustre y sus méritos de sobra conocidos para tener que proclamarlos, y quizás la estima en que Su Majestad y Su Eminencia le tienen les obligará a contentarle a usted antes de lo que espero. Ruego a Nuestro Señor que así sea.

Ha querido su divina bondad llevarnos al buen señor de Fargis, un año después de habérnoslo dado, falleció el 19 de este mes ². En su muerte y en su vida demostró un gran desprendimiento y una gran entrega a Dios. Fue para todos un gran ejemplo mientras tuvimos la dicha de tenerlo entre nosotros, de forma que no le visto jamás cometer un pecado venial. Encomiendo su alma a sus oraciones y ruego a Nuestro Señor que santifique a la de usted cada vez más. No dudo de su afán en imitarle en su retiro, si le fuera posible, pues creo que vive usted tan piadosa y religiosamente como si estuviera en el claustro. ¡Dios mío! ¡Qué bueno es disponerse de este modo a la eternidad dichosa, en cuyo amor soy, padre, su seguro servidor,

VICENTE DEPAUL

1137 [1086,III,401]

**A LAMBERTO AUX COUTEAUX, SACERDOTE
DE LA MISION, EN SAN LAZARO**

Fréneville, 18 enero 1649 ¹

San Vicente le dice que no es conveniente vender el grano almacenado en los graneros de San Lázaro; más vale prestárselos a Dios dándole limosna a los pobres. Si no basta la limosna de medio saco, que se les dé uno entero.

1. El cardenal Mazarino.

2. Leemos en la carta anterior que el señor de Fargis murió el día 20. ¿Se deberá la contradicción a un error del copista o un descuido del santo?

Carta 1137. — Carta señalada por el hermano Pedro Chollier en su deposición del proceso de beatificación de san Vicente.

1. El 18 de enero san Vicente estaba todavía en Villepreux, por tanto hay aquí una equivocación en la localidad o en la fecha. La carta podría muy bien ser del día 28.

1138 [1087,III,402-404]
A ANTONIO PORTAIL

Villepreux, 22 enero 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

No sé si me escribió usted en el último correo que llegó la semana pasada; lo cierto es que no he recibido carta suya, aunque sí del padre Chrétien y de Túnez.

No le escribí la semana pasada; creo que ya sabe usted el motivo. Salí de París el 14 de este mes para ir a Saint-Germain, para hacer allí un pequeño servicio a Dios; pero mis pecados me hicieron indigno de ello y después de 3 ó 4 días de estancia tuve que volverme acá, de donde saldré pasado mañana para ir a visitar nuestras casas ¹. Dios desea que ya no valga para ninguna otra cosa. Iré directamente a Le Mans, y luego a Bretaña. Le dije que el padre du Chesne iría a Marsella, pero la verdad

Carta 1138 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Sintiéndose poco segura en París, la reina se había retirado a Saint-Germain-en-Laye, acompañada de gran parte de la corte. El parlamento, los nobles y el pueblo estaban dispuestos a todo con tal de obtener el despido de Mazarino. Todo París estaba bajo las armas. San Vicente, al ver las desdichas que se preparaban y las que ya asolaban a la capital, intentó hablar con Ana de Austria, que lo escuchaba de buena gana. Partió el día 14 de madrugada, acompañado de su fiel secretario, el hermano Ducournau, que ha dejado de este viaje un relato utilizado por COLLET. En Clichy se precipitaron sobre los dos viajeros gentes armadas de picas y fusiles; el santo no se habría escapado del peligro si uno de los atacantes no hubiera reconocido en él a su antiguo párroco y hubiera calmado a sus compañeros. En Neuilly se había desbordado el Sena; Vicente de Paúl lo atravesó valientemente a caballo. Llegó a Saint-Germain entre las nueve y las diez, vio a la reina y le dijo claramente que era su deber despedir al ministro. Introducido ante Mazarino, le habló con la misma franqueza. Mazarino le contestó que se retiraría de buena gana si era ése el parecer de Le Tellier. Como es fácil adivinar, Le Tellier le aconsejó lo contrario. Tres días después, provisto de un pasaporte y protegido por una escolta, tomó el camino de Villepreux. No podía volver a París, donde la noticia de su visita a la reina podía levantar contra él la cólera del pueblo, ya bastante excitado por el rumor del matrimonio secreto de la reina con Mazarino, bendecido — según se decía — por el propio san Vicente. (Cf. COLLET, *o.c.*, I, 648). La visita del santo suponía mucho coraje, ya que la reina se irritaba fácilmente contra todos los que le hablaban de moderación (Cf. *La France au milieu du XVIIe siècle, d'après la correspondance de Guy Patin*, Paris 1901, 11).

es que lo necesitan en San Lázaro. Le ruego, padre, que tenga paciencia y que haga lo que pueda por lo que se refiere a los sujetos y a los recursos de que dispone; no podemos proporcionarle nada, como tampoco a las demás casas que tienen las rentas de los coches, sin que los coches funcionen; por lo visto, tardaremos bastante tiempo en conseguir algo de ellos, lo mismo que de las deudas de los granjeros. Mientras duren estos tumultos, no podremos cobrar nada. No puede usted imaginarse las dificultades con que tropiezan en el pobre San Lázaro ². ¡Bendito sea Dios! Entonces, me dirá usted, ¿cómo mantener la casa de Marsella? Lo primero que hay que hacer, y sin remilgos, es despedir a los seminaristas que no paguen la pensión suficiente; después, decirle al señor obispo de Marsella ³ lo que ocurre, para animarle a que les ayude con algo; y en tercer lugar, intentar hacerse con misas. Siento mucho tener que decirle esto; pero la necesidad se impone a todas las demás consideraciones. En fin, haga lo posible para no comprometernos a nosotros.

Habría que avisar a los de Berbería lo que ocurre para que cuiden de sus gastos. Le escribo al padre Le Vacher ⁴. Y como él me dice que el hermano que va como procónsul ⁵ necesita hacer varios obsequios al entrar en su cargo y nosotros no podemos enviarle nada para eso, creo que convendrá que retrase su viaje; le ruego, pues, que lo retenga por ahora.

Me preocupa la falta que ha cometido el padre Le Vacher, al permitir el impuesto sobre los barcos franceses para pagar las deudas de un particular. Los comerciantes de Marsella tienen razón en sus quejas. Le ruego que los vea de mi parte y que, después de pedirles perdón, les pregunte cómo puede remediarse

2. Cuando escribía estas líneas, san Vicente ignoraba todavía que 600 soldados, alojados en San Lázaro, habían saqueado la casa, habían quitado las puertas, vendido una parte del trigo y quemado las provisiones de leña (Cf. ABELLY, *o. c.*, I, cap. XXXIX, 182; COLLET, *o. c.*, I, 417). Al enterarse de ello, la ciudad ordenó al coronel de Lamoignon que enviase todos los días algunos soldados, hasta nueva orden, para su «seguridad y conservación». (Cf. *Registres de l'Hôtel de Ville de Paris pendant la Fronde*, ed. por MM. Le Roux de Lincy y Douet d'Arcq, Paris 1847, 2 vols. I, 204).

3. Esteban de Puget (1644-1668).

4. Juan Le Vacher.

5. Beniamín Hugier, clérigo de la Misión.

esa falta, en lo que yo me ocuparé de buena gana; ahora mismo le escribiré a la corte para obtener una carta del rey para el bey, a fin de que no imponga ningún tributo a los barcos franceses y deje libre el comercio. También le pediré a la señora duquesa de Aiguillon que urja las expediciones para el sostenimiento, y la comisión del consulado de Túnez ⁶

En la duda de que llegue esta carta a tiempo para el correo y se la puedan entregar, acabo la presente, asegurándole que soy su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en Marsella.

1139 [1088,III,405-406]
A LUISA DE MARILLAC

Fréneville, 4 febrero 1649.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Sigo en Fréneville ¹, donde me ha sorprendido este tiempo tan frío, con ocasión de la fiesta que he querido celebrar aquí, para ayudar a estas buenas gentes a disponerse para entregarse a Dios, para que les dé la gracia de hacer buen uso de las aflicciones que esperan.

6. Martín de Lange, cónsul de Túnez, había muerto a finales de julio de 1648. La duquesa de Aiguillon, que ya había comprado el consulado de Argel, adquirió también por los mismos motivos el consulado de Túnez, que ofreció, con el permiso del rey, a la congregación de la Misión.

Carta 1139. — Esta carta ha sido publicada, según el original, en *La Notice sur la conservation et la translation des reliques de saint Vincent de Paul*, 9.

1. Obligado a quedarse en Fréneville por culpa de la nieve y el frío, san Vicente no estuvo inactivo. Después de un sermón que tuvo sobre los medios de calmar la ira de Dios y sobre la actitud que mantener en medio de las ruinas que amenazaban causar la guerra civil, los habitantes de Valpuiseaux hicieron casi todos confesión general (Cf. COLLET, *o.c.*, I, 472-473).

Nuestras queridas hermanas ² me parecen cada vez más unidas y amantes de su vocación; todas ellas cumplen muy bien, gracias a Dios. Nos dan ellas de su pan moreno, en el que el panadero mezcla cebada con el trigo; proviene esto de su caridad y nosotros les daremos grano en recompensa. También nos han enviado manzanas, que les habían enviado las buenas gentes de por aquí. Se confiesan con el padre Le Gros ³ después de haberlo hecho con uno de nosotros, y lo mismo han hecho con nosotros, después de haberse confesado con el padre Le Gros. Esta práctica me parece buena.

Le veo a usted muy animada a sostener bien las cosas en su casa. Se hablaba del loco ⁴ de antes, y por eso le escribí lo que le escribí. No creo que se llegue a esos excesos.

Que Nuestro Señor le dé salud en medio de todo esto, así se lo pido de todo corazón en la santa misa, en la que la veo a usted todos los días, rogándole que la conserve.

Cuando venga el buen tiempo, espero salir para ir directamente a Angers, con la ayuda de Dios, en donde Dios sabe con qué alegría veré a sus hijas.

El padre Escart me ha hablado de una, que está en Bicêtre y que molesta mucho a las demás; será conveniente que vea usted lo que hay que hacer.

Esto es, señorita, cuanto he de decirle por ahora, encomendándome a sus oraciones y a las de nuestras queridas hermanas de las que soy en el amor de Nuestro Señor el más humilde servidor.

VICENTE DEPAUL

Dirección: A la señorita Le Gras.

2. La hermana Santos y la hermana Juana Fouré, de Loudun.

3. Juan Bautista Le Gros, nacido en 1614 en la diócesis de Coutances entró ya sacerdote en San Lázaro el 24 de junio de 1644, hizo los votos el 29 de junio de 1646; fue procurador de la casa madre de 1648 a 1651 superior del seminario de san Carlos en 1651, de Richelieu de 1651 a 1655, murió el 5 de noviembre de 1655 en Montech (Cf. *Notices* III, 146-148 ms. de Lyon. f.º 226-230).

4. Es la palabra que indica el texto; se trata sin duda de una mala lectura.

1140 [1089,III,406-408]
A SANTIAGO NORAIS ¹

[Fréneville], 5 febrero 1649.

Señor:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

¡Dios mío! ¡Cuánto he sentido y siento en estos momentos el dolor y la pérdida que usted ha sufrido en el saqueo a su casa de Orsigny! Le confieso, señor, que los daños que hemos recibido nosotros y los que podamos seguir recibiendo no son nada en comparación con lo suyo. Nuestros pecados nos han hecho culpables de estas pérdidas. Pero ¿qué ha hecho usted y su buena esposa ² para que Nuestro Señor los haya cargado con una cruz tan pesada como la de su larga y dolorosa enfermedad? Les ha visitado a ustedes dos en sus propias personas, por esa larga y molesta enfermedad, y en sus bienes; ¿qué nombre daremos ³ a ese trato de Dios con ustedes? La verdad, señor, es que yo no veo nada parecido a ese trato como el que le dio a Job, al que afligió de esas tres maneras. ¡Qué dicha ser tratado en este mundo como aquel gran santo, al que Dios ponía como modelo de justos, que jamás dijo ni hizo nada que disgustase a su divina Majestad! Añada a ello que es Dios el que lo ha hecho, sin cuyas órdenes no ocurre nada, y que su divina bondad, que le ama tan cariñosamente como puede hacerlo el mejor padre con sus hijos, lo ha hecho para glorificarse en ustedes, para santificar sus almas cada vez más y para hacer ver en el cielo y en la tierra el amor que les tiene y el aprecio que siente por su virtud, ya que la somete a semejante prueba. Un pagano nos enseña que en esas ocasiones hay que someterse a la Providencia; y el Hijo de Dios, que comprendía estas cosas mejor que él, nos dice que es una dicha sufrir en semejantes ocasiones, y que su gloria es la recompensa de aquellos que sufren con paciencia por amor a él. Hay que reconocerlo: [lo aceptaría] ⁴ cualquier espíritu menos formado en la escuela de Jesucristo que el señor y la señora Norais, ya que se trata de una necesidad que no tiene remedio;

Carta 1140. — Reg. 1, f.º 15; copia sacada de la minuta autógrafa.

1. Señor d'Orsigny, secretario honorario del rey.

2. Isabel Méraul, esposa de Santiago Norais.

3. Palabra olvidada por el copista

4. Palabra olvidada por el copista.

pero yo estoy seguro de que su piedad, que sabe muy bien que la caridad convierte la necesidad en virtud, mediante la aceptación de la voluntad de Dios en todas las aflicciones que necesariamente sufrimos, sabrá comprender esta dicha y sacar de ella el mérito de la gloria. Así pues, habrá que reconocer que lo que parecía una pérdida para usted, según la carne, es una gran ventaja según el espíritu y un motivo poderoso para dar gracias a Dios.

1141 [1090,III,408-411]

A LAS DAMAS DE LA CARIDAD

[Fréneville], 11 febrero 1649.

Señoras:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Aunque la providencia de Dios me ha alejado de ustedes, no dejo de verlas a ustedes con frecuencia en el santo altar y de ofrecerlas a ustedes y a sus familias a Nuestro Señor, con la confianza de que su caridad también le pide a Dios misericordia para mí. Les ruego muy humildemente que me concedan esta gracia y que estén seguras de que, si Dios quiere escuchar las oraciones que le ofrezco y le ofreceré continuamente por ustedes, se sentirán consoladas y protegidas con su especial protección, en medio de las comunes aflicciones con que su divina Majestad quiere probarnos.

Ya sabrán ustedes cómo Dios me ha dado la ocasión de ir a visitar las casas de nuestra pequeña compañía, a las que me dirijo con la idea de regresar cuando la situación lo permita. ¿Qué haremos entretanto, señoras, con las obras que Dios les ha confiado, especialmente con la Caridad del Hôtel-Dieu y con los pobres niños expósitos? Parece como si las miserias particulares nos apartasen de la preocupación por las públicas y que con ellas tendríamos un bonito pretexto ante los hombres para retirarnos de ese cuidado; pero la verdad es que no sé si será así ante Dios, que nos podría decir lo que san Pablo les decía a los corintios, que se encontraban en parecidas situaciones: «¡Acaso

Carta 1141. — Reg. 1, f.º 27 v.

habéis resistido hasta derramar sangre?»¹, o al menos, ¿habéis acaso vendido una parte de las joyas que tenéis? ¿Qué digo, señoras? Sé que hay muchas entre ustedes, y me parece que todas, que han hecho donativos que parecerían muy grandes, no sólo en personas de su condición, sino incluso entre reinas; las piedras lo dirían si yo me callase; pero hablo de ello ante la excelencia de sus corazones tan incomparablemente caritativos. Me guardaría mucho de decir lo mismo de otras personas menos animadas del espíritu de Dios que ustedes.

¿Qué haremos entonces? Parece que conviene pensar bien si es oportuno tener esa reunión general que habían propuesto. ¿Cuándo, dónde y cómo? Hay razones en pro y en contra para ello.

Parece en primer lugar que debe celebrarse, dado que es costumbre tener una por este tiempo; además, ya que las necesidades son extraordinarias, parece que los medios para remediarlas tendrán que ser también extraordinarios, como es una asamblea general.

En contra está el hecho de que no parece ser éste el tiempo oportuno, debido a la agitación en que estamos, que inquieta a los espíritus y enfría la caridad; quizás tengan miedo de acudir algunas damas y las que acudan, si no tienen una caridad por encima de lo común, se enfriarán mutuamente; además, como no está la señora princesa² ni las señoras de Aiguillon y de Brienne³, se echaría algo en falta, sobre todo si se piensa en hacer algún cambio en lo sustancial de la obra.

Estos son, señoras, los pros y los contras que por ahora se me ocurren. Examinen todo esto, si les parece bien, y aténganse a la mayoría de votos. La señora de Aiguillon me dijo, cuando salí de Saint-Germain, o me escribió luego, que la reina le había dicho que enviaría algo para los pobres niños expósitos. No sé si lo habrá hecho. Le he pedido al padre Lamberto que les envíe

1. Hebr 12, 4.

2. Carlota de Montmorency, princesa de Condé.

3. Luisa de Béon, esposa de Enrique Augusto de Loménie, conde de Brienne, señor de Bassy, secretario de estado para asuntos extranjeros. La señora de Brienne tomó parte activa, como dama de la Caridad, en las buenas obras de san Vicente y santa Luisa. También le debe mucho la obra de las Hijas de la Providencia. Murió el 2 de septiembre de 1655.

algo de trigo, y le he escrito a la señora presidenta de Lamoignon que acepte tratar con las autoridades de la ciudad para que den escolta al trigo, dentro y fuera de ella; tampoco sé si se ha hecho; si no se ha hecho, les ruego al uno y a la otra por medio de esta carta que procuren hacerlo cuanto antes.

Y como esto no basta, miren ustedes a ver si conviene pedir en préstamo, a nombre de las encargadas de la Caridad, una cantidad de dos mil o tres mil libras, para atender a las necesidades más urgentes. Le escribo al padre Lamberto que se comprometa también él en nombre nuestro; y si le cuesta obligarse, tendremos que hacer todos un esfuerzo para ello; en ese caso, le ruego al padre Lamberto que haga lo necesario por nuestra parte. Les confieso que cuanto les digo resulta un poco duro, pero lo sería más si se lo dijese a personas menos caritativas que ustedes. Le pediré de todos modos a Nuestro Señor, que preside las reuniones que se celebran en su nombre, que les dé a conocer lo que desea de ustedes en esta ocasión y que les conceda la gracia de cumplirlo.

Estos días tan fríos me han retenido en este lugar ⁴, Y seguiré aquí hasta que el tiempo mejore; espero partir entonces para Le Mans o para Angers o para ambos sitios; allí espero recibir el resultado de su reunión, si no me lo envía aquí el padre Lamberto en correo expreso.

Entretanto ruego a Dios que bendiga y santifique cada vez más su reunión y sus queridas almas.

Soy en el amor de Nuestro Señor su...

VICENTE DEPAUL

1142 [57,XV,76]

A LAMBERTO AUX COUTEAUX, EN SAN LAZARO ¹

[Febrero o marzo de 1649].

...Me he alegrado mucho al saber por su carta que usted y toda la compañía ha recibido con gozo la privación de sus bie-

Fréneville.

Carta 1142. — Extracto de ABELLY, *o. c.*, I, 293. Cfr. *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 76, n. 57.

1. Lamberto aux Couteaux era por entonces (desde 1642) asistente del superior general en el gobierno de la casa madre. Le había escrito a

nes ². Le aseguro, padre, que no me queda más pena después de haber perdido todo esto que la de verle a usted cargado con un trabajo tan extraordinario...

1143 [1091,III,411-414]
A DIONISIO GAUTIER

Orléans, 25 febrero 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

La providencia de Dios le ha convertido a usted en refugio de la pobre Misión de París. Marchan para allá el padre Escart y los hermanos Juan Geneset ¹ y Ambrosio ² a gozar de la caridad que usted le concede al seminario. Todos ustedes conocen el espíritu de piedad y de fiel regularidad del padre Escart y espero que quedarán edificados de nuestros hermanos.

El padre Lamberto me ha escrito que desea usted cultivar personalmente la finca de Bouchard y que le ha pedido ya dos hermanos para ello. Uno de ellos dirigía la hacienda de Orsigny, de donde sacó usted los caballos que le llevó el señor Testacy; el otro es viñador y podrá llevar las viñas.

Espero salir mañana para hacer la visita de Le Mans. La misericordia de Dios me ha concedido tiempo para ello. Salí de París hace seis semanas para Saint-Germain-en-Laye, en donde pasé tres o cuatro días; al ir a ponerme en camino para Le Mans, me

san Vicente para informarle de la situación de San Lázaro. El santo, después de haberse marchado a visitar a Mazarino (14 enero 1649) para incitarle a dejar la corte, creyó prudente alejarse de París; estaba entonces por el oeste de Francia, visitando las casas de la compañía.

2. San Lázaro había sido saqueado por los soldados en enero de 1649, durante los disturbios de la Fronda; poco después pasó lo mismo con la finca de Orsigny, que alimentaba a San Lázaro.

Carta 1143. — Colección del proceso de beatificación.

1. Juan Geneset, hermano coadjutor, nacido en Saint-Mihiel, entró en la congregación de la Misión hacia 1643, a los 20 años edad; murió en septiembre de 1652.

2. Ambrosio Tummy, hermano coadjutor, nació en Argenteuil (Seine-et-Oise), entró en la congregación de la Misión el 10 de agosto de 1644, a los 20 años; hizo los votos en diciembre de 1652.

dijeron que se estaba esperando el saqueo de Orsigny y que había que decirles a nuestros hermanos lo que tenían que hacer. Esto me obligó a marchar a Fréneville en donde me cogió el rigor del invierno y tuve que pasar allí un mes; partí de allí hace tres días con un rebaño de doscientas cuarenta ovejas; pero el mal tiempo nos ha obligado a dejarlas por el camino en casa de una señora conocida. Es el rebaño que hemos podido salvar del saqueo de Orsigny ³.

Ahora estoy a punto de emprender la visita a Le Mans. De allí espero pasar a Angers para intentar cobrar lo que se nos debe por las ayudas al granjero y enviarle a usted lo que se le ha destinado. De allí podré marchar a Saint-Méen y a Tréguier para ir luego a casa de ustedes o a Luçon y proseguir, Dios mediante, la visita por Tours, si mis fuerzas me lo permiten.

¡Cuánto siento la muerte del señor du Coudray! Tenía pensado recogerlo de pasada y llevármelo conmigo, pero Nuestro Señor ha dispuesto de otro modo. Le ruego, padre, que me escriba a Angers con los detalles de su muerte y que me dirija su carta a las hijas de Santa María, si tiene usted ocasión de hacerlo, y si no, nada. Le rogaría a usted que fuera a verme, si estuviera seguro de cuándo podré estar allí.

Nada puedo decirle de lo que pasa por San Lázaro ni por los colegios de París ⁴; el padre Escart le podrá dar noticias, ya que partió después de mí. Lo que ha pasado desde su marcha es que se ha descargado esa casa de todos los que ha podido, para poder seguir con las limosnas a más de dos mil pobres, a quienes se les da todos los días, gracias a Dios, de forma que cada día se necesitan por lo menos dos sacos de trigo, de la medida de París. Crécy, Troyes y Montmirail también ayudan a los pobres, movidos en esta ocasión por el ejemplo que usted les dio. Quiera Nuestro Señor conservar este espíritu en la Compañía mientras dure y ayudar a nuestras casas para que puedan subsistir.

3. La finca de Orsigny era la principal fuente de recursos de la casa de san Lázaro. La habían saqueado los soldados del ejército real. «Lo robaron todo: los animales, el grano, los muebles de algunos hermanos que allí vivían, y hasta los de un rico particular, que estaban allí en depósito» (COLLET, *o.c.*, I, 471).

4. El colegio de Bons-Enfants y de san Carlos.

Abrazo a su comunidad, postrado en espíritu a los pies de todos ustedes, y les ruego que me entreguen a su divina bondad, para que me dé la misericordia y la gracia de servirle mejor de lo que he hecho en el pasado. Soy en su amor y en el de su santa Madre su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Gautier, superior de los sacerdotes de la Misión, en Richelieu.

1144 [1092,III,414-415]

LA DUQUESA DE AIGUILLON A SAN VICENTE

*Saint-Germain*¹, 2 marzo 1649.

Estaba muy preocupada al no tener noticias suyas ni poder enviarle las nuestras; pero el hermano Mateo² acaba de llegar para recoger trigo para los pobres niños expósitos y me ha dado la ocasión para que pueda escribirle y decirle que parece que Dios nos da motivos para esperar, con su misericordia, que se arreglen las cosas, ya que todo marcha mejor y los señores del parlamento han mandado delegados a la reina, que ha tenido la bondad de concederles trigo para todos los días que dure la reunión, con tal que ellos envíen a alguien con poderes para decidir todos los asuntos sin deliberar más ni volver luego al parlamento después de arreglar todas las proposiciones. Ellos finalmente han dado poderes, como se deseaba, a los señores primer presidente³, de Mesmes⁴, de Nesmond⁵ y Coigneux⁶,

Carta 1144 (CA). — Archivo de Turín, original.

1. Saint-Germain-en-Laye.

2. Mateo Régnard.

3. Mateo Molé.

4. Enrique de Mesmes, conde de Avaux, presidente del parlamento, muerto en 1650.

5. Francisco Teodoro de Nesmond, presidente del parlamento.

6. Santiago le Coigneux, presidente del parlamento, muerto el 21 de agosto de 1651.

presidente Violo ⁷, *Longueil* ⁸, *Menardeau* ⁹, *Le Cocq* ¹⁰, *Bitault* ¹¹, y *Lefebvre* ¹², *Esta reunión se tendrá en Rueil, el jueves, adonde acudirán monseñor* ¹³, *el príncipe* ¹⁴, *el cardenal* ¹⁵, *el canciller* ¹⁶ y *el señor de la Rivière* ¹⁷. *Hay que rogar a Dios que lo preside todo que nos traiga la paz* ¹⁸, *Hoy se ha cantado aquí el Te Deum por la paz de Alemania, cuya ratificación ha llegado ya.*

Creo que convendría que esperase usted en Orléans o en Le Mans el resultado de esta reunión, para que si sale bien, como todos deseamos, no se vaya más lejos. Me cuidaré de avisarle lo que suceda.

Le envió una carta del guardián de los capuchinos, en la que verá usted que se queja del capellán de Champigny ¹⁹. *Lo mismo me ha indicado también el señor du Rivau* ²⁰. *Haga el favor de decirme lo que he de hacer, pues tienen miedo de que se lleve el dinero de los pobres.*

Le ruego que pida por mí y que me crea siempre su muy humilde servidora.

7. Presidente de la cuarta cámara de instancias del parlamento

8. Renato de Longueil, marqués de Maisons, segundo presidente del parlamento, más tarde superintendente de hacienda, ministro de estado y canciller de la reina madre; murió el 1 de septiembre de 1677.

9. Claudio Menardeau, consejero del parlamento.

10. Juan Le Cocq, señor de Courbeville, consejero del parlamento.

11. Consejero del parlamento.

12. Luis Lefebvre de Caumartin, consejero del parlamento.

13. Gastón, duque de Orleans.

14. El príncipe de Condé.

15. El cardenal Mazarino.

16. Pedro Séguier.

17. Luis Barbier, abad de la Rivière, nacido en 1593, regente del colegio de Plessis, luego favorito del duque de Orleans, ministro de estado en 1646, obispo de Langres en 1665; murió en 1670.

18. El acuerdo entre la corte y los delegados del parlamento se concluyó el 11 de marzo; no se selló hasta el 1 de abril, después de haber sido modificado por el parlamento.

19. Champigny-sur-Veude, cerca de Richelieu. El hospital tenía como capellán al señor Romillon.

20. El caballero Santiago de Beauvat, señor de Rivau.

1145 [1093,III,416-419]
A ANTONIO PORTAIL

Le Mans, 4 de marzo 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Sé que está usted lo suficientemente sumiso a la voluntad de Dios para no extrañarse de no haber recibido carta mía desde hace uno o dos meses, ha sido muy a mi pesar, pues yo no hubiera dejado de escribirle si los correos no hubieran dejado de salir.

Ya sabe usted mi salida de París y una de las causas de ello; si la primera causa no ha tenido efecto por mis pecados, procuraré llevar a cabo el segundo propósito, que es visitar nuestras casas. Empecé por ésta, después de haber pasado un mes en Fréneville, donde me tuvieron encerrado los grandes fríos y la nieve. Sólo pensaba haber estado dos o tres días, lo suficiente para dejar allí recogido un rebaño de ovejas y dos caballos que se pudieron salvar del saqueo de Orsigny; pero creo que la Providencia me retuvo allí para darme a conocer que tampoco estaban seguros en aquel sitio, pues vinieron los soldados a un cuarto de legua para llevarse los caballos de una finca; esto me obligó a partir, con muy mal tiempo, para llevar las ovejas a una aldea cerrada, más acá de Etampes, a 4 ó 5 leguas. Los caballos los he traído para acá, adonde llegué el 2 de este mes con buena salud, gracias a Dios, a pesar de las dificultades del tiempo y de los caminos. Al día siguiente por la tarde empecé la visita. Las que he recibido de la ciudad me han impedido proseguirle sin interrupción. No sé aún cómo van las cosas, pero parece que todo está bien. Espero salir dentro de 10 ó 12 días para Bretaña, y de allí a Richelieu, y luego a las demás casas. Y si Dios quiere conservar mi salud, espero tener la dicha de verle en Marsella. Eso sería para mí un gran consuelo, después de los trabajos de un viaje tan largo y los motivos de aflicción que se ven por todas partes.

Carta 1145 (CF). — Archivo de Turín, original. La postdata y las palabras *el señor cónsul de Argel tenga para los gastos y No sé lo que le ha pasado a la del padre du Coudray*, son de mano del santo.

Creo que ya sabe usted las pérdidas que hemos sufrido, no sólo del trigo que teníamos en Orsigny y en San Lázaro ¹, sino también la privación de todas nuestras rentas; esto nos ha obligado a descargar San Lázaro y Bons-Enfants, donde no hay más que siete u ocho sacerdotes, 18 ó 19 alumnos y algunos hermanos; los demás los hemos enviado a Richelieu, a esta ciudad y a otras partes; incluso los que quedan tendrán que salir, cuando no quede nada. Del poco trigo que queda se distribuyen todos los días unos tres o cuatro sacos a dos mil o tres mil pobres, lo cual es para nosotros un gran consuelo y una felicidad en la situación tan apurada en que estamos, y nos da esperanzas de que Dios no nos abandonará, ni tampoco a la casa de Marsella, a pesar de que no podemos socorrerles. Sí, padre, con mucha pena he de decírselo y ya lo ve usted mismo. Dígaselo al señor obispo, para que él socorra al seminario. Tendrá usted que descargarlo, al menos de los que no paguen suficiente pensión. Las cosas hablan por sí mismas y no sé si será necesario que algunos de la Compañía vayan a ejercer en las galeras el cargo de capellanes, para tener alguna paga y poder así ayudar a esa casa. En fin, padre, le ruego a Nuestro Señor que le descubra los medios para ello y que le haga participar cada vez más de su paciencia y de sus dotes de gobierno, para seguir auxiliando a esa pobre familia en estas tristes circunstancias, durante las cuales no creo conveniente que el hermano Huguier marche a Túnez, ni el padre Dieppe a Argel, sino que el cónsul de Argel procure sostenerse con sus recursos ², ya que no podemos enviarle nada de aquí. Réntegales, pues, si lo cree usted oportuno.

Dios ha querido disponer del padre du Coudray en Richelieu y del hermano Dumesnil ³ en San Lázaro. Siento mucho lo del primero, por no haberlo podido ver antes. Ya sabe usted las obligaciones que con él tiene la compañía; lo encomiendo especialmente a sus oraciones y a las de su familia, y que cumplan

1. Palabras borradas en este sitio: *que casi nos habrían durado para todo el año.*

2. Redacción primitiva: *más que los que puedan mantenerse con las rentas d el consulado.*

3. Santiago Dumesnil, clérigo, nació en Nibas (Somme), entró en la congregación de la Misión el 6 de enero de 1641, a los 19 años de edad.

con ambos los deberes de costumbre. El último ha muerto como ha vivido. De la muerte del padre du Coudray no tengo noticias.

Me apresuro a terminar encomendándome a sus santos sacrificios. Abrazo con todo cariño al padre Chrétien y a toda esa familia, de la que soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL, s. d. l. m.

Si las cosas se apaciguan, estoy pensando en tener una reunión de todos o de parte de los superiores. Dígame qué le parece, y dirija sus cartas a la señora duquesa de Aiguillon en la corte. Piense si es oportuno molestar al señor obispo con sus necesidades y si conviene emplear a algunos en las galeras entretanto, o mandar unos cuantos a Génova, si le parece bien al señor cardenal.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en Marsella.

1146 [1094,III,419-420]

A LUISA DE MARILLAC

Le Mans, 14 marzo 1649.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

La presente es para darle noticias mías y pedirle las suyas. Las mías son que estoy bien, gracias a Dios, y que dentro de tres o cuatro días pienso salir para Angers, en donde veré a sus hijas.

El padre Gautier ha venido a verme desde Richelieu y me ha hablado de la muerte de la pobre hermana Isabel ¹, que me ha impresionado mucho. Cree conveniente que retire usted a la otra y que envíe dos de París; pero creo que será muy difícil poder hacerlo en estos tiempos tan malos, en los que me temo

Carta 1146 (CF). — El original pertenecía en 1881 al conde Yvert, de Saint-Germain-en-Laye. La postdata es de mano del santo.

1. Isabel Martín, fallecida en Richelieu.

que estará usted pasándolo muy mal y que su familia estará sufriendo con usted.

Ruego a Nuestro Señor Jesucristo que sea él mismo su fuerza y su consuelo y que saque su gloria de las calamidades públicas y privadas. Sigo confiando en las oraciones de su comunidad y especialmente en las de usted.

Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Me ha dicho el padre Gautier que ha visto de pasada a las hermanas de Angers, que las cosas van bien, que la hermana Cecilia ² sigue haciendo maravillas y que hay dos que prueban a las demás ³, una de las cuales ha caído en el exceso de la escrupulosidad; espero verlas dentro de cuatro o cinco días, Dios mediante.

1147 [1095,III,420-421]

**EDMUNDO DWYER, OBISPO DE LIMERICK,
A SAN VICENTE**

[1649 ó 1650] ¹

Con frecuencia le he escrito a su reverencia sobre los misioneros que tiene en este reino. Puedo decirle delante de Dios que nunca hemos oído decir que se haya logrado tan gran progreso y ventaja en la fe católica como el que hemos notado estos últimos años con su trabajo, su piedad y su entrega; especialmente a comienzos de este año, cuando empezamos la misión

2. Cecilia Angiboust, superiora de las hermanas del hospital de Angers (1647-1657).

3. Sor Juana, de Loudun, y sor Bárbara, de Troyes.

Carta 1147. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 151. La carta estaba escrita en latín; damos aquí la versión de ABELLY.

1. En su relato, ABELLY deja entender claramente que la misión de Limerick, de la que habla la carta, se dio a comienzos de un año, entre el 16 de agosto de 1648 y abril de 1650.

en cada ciudad, en donde hay por lo menos veinte mil comulgantes, con tanto fruto y aplauso de todos que no dudo de que, gracias a Dios, la mayor parte se han librado de las garras de Satanás, gracias al remedio que han puesto a tantas confesiones inválidas, borracheras, juramentos, adulterios y demás desórdenes, que han quedado suprimidos por completo, de modo que la ciudad ha cambiado de aspecto, viéndose obligada a recurrir a la penitencia por la peste, el hambre, la guerra y los peligros que nos acechan por todas partes y que recibimos como señales manifiestas de la cólera de Dios. Su bondad sin embargo Dios ha querido hacer este favor, aunque seamos siervos inútiles, de emplearnos para esta obra que ciertamente resultó difícil en sus comienzos, llegando a creer algunos que no la podríamos llevar a cabo; pero Dios se ha servido de los débiles para confundir a los fuertes de este mundo. Los principales de esta ciudad se muestran tan puntuales a las predicaciones, los catecismos y los demás ejercicios de la misión, que la iglesia catedral resulta pequeña. No podríamos aplacar la cólera de Dios mejor que extirpando los pecados, que son el fundamento y la causa de todos los males. Y acabaremos mal si Dios no nos tiende su mano. A él es a quien toca tener misericordia de nosotros y perdonarnos.

Le confieso, padre, que me siento deudor ante sus hijos de la salvación de mi alma. Escríbales algunas palabras de aliento. No creo que haya bajo el cielo una Misión tan útil como ésta de Irlanda; pues, aunque hubiera ciento, la Misión sería siempre grande para tan pocos obreros. Nuestros pecados son nuestro mayor mal. ¡Quién sabe si quiere Dios arrancarnos de este reino y darles a los perros el pan de los ángeles, para nuestra vergüenza y confusión!

1148 [1096,III,421-423]

A LUISA DE MARILLAC

Angers, 23 marzo 1649.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

He recibido aquí una de sus cartas, del 3 de marzo, dirigida

Carta 1148 (CA). — El original pertenece a las Hijas de la Caridad de la calle Mage, 20 en Toulouse.

a la madre de Santa María ¹, que me ha consolado mucho, al ver la salud que le da Nuestro Señor y la bendición que otorga a sus trabajos, a los de la señora y señorita de Lamoignon y en general a todas las damas de la Caridad de las parroquias de París.

Puede usted, creer, señorita, que le doy por todo ello muchas gracias a Dios y le ruego que les siga bendiciendo. Pero también he sentido mucho la noticia que me da, de que sus pobres hijas y los niños expósitos de Bicêtre se ven asediados por todas partes por un gran ejército ² Me consuelo con la esperanza de que Nuestro Señor, que los ha recibido bajo su especial protección, no permitirá que les pase nada malo.

Hace tres o cuatro días que estoy trabajando aquí en la visita a las hermanas del hospital y ayer tuve el último acto de clausura de la visita; mandaré que le copien los avisos que les he dejado. Por lo demás, puedo decirle que todo va bien, gracias a Dios. Puede usted misma juzgarlo si le digo que observan con toda exactitud sus deberes de la jornada y que sólo se ha observado una falta que cometen, que faltan al silencio después de las ocho de la tarde hasta las últimas preces. En fin, esto va tan bien que tengo el corazón lleno de consuelo. Hay sin embargo una o dos que habrá que cambiar; ya veremos. No le digo más detalles de la conducta de Nuestro Señor con ellas, por temor de que no le llegue esta carta.

Espero salir mañana para Saint-Méen y pasar a Nantes para ver a nuestras queridas hermanas, a las que me gustaría poder encontrar en la misma buena disposición que éstas.

1. La madre María Agustina Bouvard, superiora de la Visitación de Angers. Había sido profesa en el segundo monasterio de París.

2. Los soldados de Condé, entre 12.000 ó 15.000, estaban dispersos alrededor de la capital. Había algunos en Saint-Denis, muy cerca de la casa madre, y en Bourg-la-Reine, cerca de Bicêtre. En varias ocasiones intentaron penetrar en la casa de niños expósitos, donde las hermanas vivían en constante alarma. Luisa de Marillac recomendó a Genoveva Poisson y a sus compañeras que tomaran las precauciones más rigurosas contra los excesos de la soldadesca. «Haga que estén siempre juntas todas las hermanas, y tenga mucho cuidado de las niñas mayores, que conviene que estén siempre ante su vista o encerradas en la escuela» (*Lettres*, carta 234).

Entretanto saludo a nuestras buenas damas de la Caridad y me encomiendo a las oraciones de las queridas hermanas. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL, s. d. l. m.

Dirección: A la señorita Le Gras, superiora de las Hijas de la Caridad, en París.

1149 [1097,III,423-426]
A LUISA DE MARILLAC

Saint-Méen, lunes de pascua ¹ 1649.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Mis ocupaciones durante la visita que estoy haciendo me impiden escribirla personalmente.

Alabo a Dios por su protección a nuestras hermanas de Bicêtre y de Saint-Denis ² y por la buena disposición en que se encuentran las demás; sobre todo le doy gracias a su divina bondad por la buena salud de usted, así como a usted de sus oraciones por la mía ³.

Me ha impresionado mucho la caridad y la perseverancia del buen señor Alain, así como los gastos de Bicêtre y la pobreza de los niños. ¡Que Dios pague la generosidad de aquél y pro-

Carta 1149 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. 5 de abril.

2. La fundación de Saint-Denis se debía a la señorita de Lamoignon y a la señora de Nesmond. La señora Turgis, Francisca Noret, le Liancourt, y Margarita Le Joint, de Arras, hijas de la Caridad, tomaron posesión del hospital el 22 de agosto de 1645.

3. En este lugar están tachadas esas cinco líneas: «he estado con un poco de fiebre durante la noche, después de haberme caído al agua, debajo del caballo; no hubiera podido salir de allí, si no me hubieran recogido. Ya estoy bastante bien, gracias a Dios». Fue a media legua de Durtal, dice COLLET, *o.c.*, I, 474, o mejor dicho, el hermano Ducournau, a quien sigue en esta narración. El santo fue salvado por uno de sus sacerdotes, que le acompañaba. Volvió a subir totalmente empapado en el caballo y fue a secarse a una pequeña choza de los alrededores.

teja a éstos! Ya que ese lugar es inhabitable, sería de desear que el parlamento o la ciudad les diesen otro, pero no creo que lo hagan. No hay que dejar de pedírselo, sin embargo, si así opinan las damas a las que habrá que consultar; puede usted hacerlo por medio de la señora de La-moignon, que les hable. Si la señora princesa ⁴, la señora duquesa de Aiguillon y la señora de Brienne pueden ser consultadas, será conveniente conocer su opinión; el mío es que se atengan a lo que las otras damas resuelvan.

Sólo he recibido una carta suya en Angers, a la que respondí desde allí mismo; si me acordase de sus puntos, le repetiría aquí lo que le escribí entonces.

Sobre el deseo que tiene usted de deshacerse de las hermanas inútiles, no acabo de entender de qué inutilidad se queja usted; si es de las que no valen o no saben actuar después de haberlas ejercitado durante algún tiempo y no tienen efectivamente ninguna cualidad y ninguna esperanza de enmienda, hará usted bien en despedirlas; pero si es de las que no están aún bien preparadas para las ocupaciones de la Caridad, y por eso no pueden dedicarse a ellas, o están impedidas por alguna enfermedad de la que pueden curar, me parece que habrá que tener con ellas toda la paciencia que se pueda.

La revisión ⁵ se hará durante el retiro, por Pentecostés, si Dios quiere.

Me parece muy bien la estancia suya en París; sé muy bien que tiene motivos para ello.

Entre las hermanas de Angers sólo hay dos que están descontentas, y por poca cosa; espero que no sea nada; las demás están bien y cumplen con esmero sus obligaciones. La hermana Cecilia ⁶ es inigualable y todas se muestran muy satisfechas con ella; ya se lo dije. Si hubiera que retirar a sor Juana, no convendría enviarla de repente a su país ⁷, sino probar una vez más en Richelieu, de donde estaría cerca.

Cuando vaya a Nantes, veré lo que pasa con la hermana María, de Tours, y le escribiré.

4. Carlota de Montmorency.

5. La confesión del año o al menos de los meses transcurridos desde el retiro anterior.

6. Cecilia Inés Angiboust.

7. Era de Loudun.

Si cree usted conveniente mandar aquí a la que me dice, hágalo; sobre la hermana Maturina ⁸, le ruego que no se preocupe por sus parientes. Los irá a ver el padre Thibault ⁹, para quitarles la preocupación que tienen por ella.

Tengo mucha confianza en sus oraciones y en las de todas las hermanas; les pido que me encomienden a Nuestro Señor. Soy en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Dirección: A la señorita Le Gras.

1150 [1098,III,426-427]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

6 abril 1649

Mi reverendísimo Padre:

Estamos muy preocupadas por el lugar y la situación en que usted se encuentra. Ruego a la bondad de Dios que su salud y los asuntos de su comunidad le permitan volver cuanto antes. Se le echa mucho en falta en París para las obras de caridad. La señora presidenta de Lamoignon especialmente le ruega que venga pronto.

Dejo a las demás que le cuenten las noticias de la paz, pues no sé nada más que hemos de alabar a Dios por el pueblo.

Ha muerto el buen señor Alain y nuestras hermanas se disponen a volver uno de estos días a Bicêtre para ocupar su lugar y sembrar la tierra. ¡Quiera Dios que puedan seguir allí todo el tiempo que la Providencia ordene!

8. Maturina Guérin, que fue secretaria de santa Luisa y cuatro veces superiora general. Entró en las Hijas de la Caridad el 4 de septiembre de 1648, en contra de la voluntad de sus padres. Su vida ha sido publicada en *Circulaires des supérieurs généraux et des soeurs supérieures aux Filles de la Charité et remarques ou notices sur les soeurs défuntes de la Communauté*, Paris 1845, 556-568.

9 El padre Tibault era superior de la casa de Saint-Méen.

Carta 1150 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

La señora presidenta de Sault le saluda muy humildemente; desea verle pronto por aquí, antes de que ella regrese a su casa.

Le suplico con toda humildad, mi venerado padre, que si se acerca a Nantes no se olvide de nuestras pobres hermanas; mire si puede prescindirse de un cambio de hermanas; como ya le indiqué en mis dos anteriores, si es necesario cambiar a la hermana María, de Tours, mire a ver si se la puede enviar a Tours, en vez de traerla a París. Ya hemos probado con ella en varios sitios y, cuando la envié a Nantes, dije que sería el último lugar adonde la mandaba. Mande lo que usted juzgue conveniente, según le inspire Nuestro Señor.

En nombre de Dios, padre, ruegue por nosotras. Ya le había escrito antes dándole a conocer nuestras necesidades y las mías especialmente; pero temo que no hayan llegado nuestras cartas. ¡Que Dios nos dé su misericordia y nos devuelva lo que por su justicia, nos ha quitado! Soy en su santo amor su muy obediente hija y humilde servidora,

LUISA DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente, general de los sacerdotes de la Misión.

1151 [1099,III,427-428]

A LUISA DE MARILLAC

Saint-Méen, 9 abril 1649.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Espero salir dentro de tres o cuatro días para Nantes y escribirle desde allí sobre la situación de nuestras queridas hermanas. El señor des Jonchères ¹ ha escrito al señor obispo de Saint-Malo ² que me ofrecía alojamiento en su casa y que le avisara el día en que pienso llegar allá. El señor obispo cree que es por la emoción que siente. Nuestro Señor nos guiará, según espero.

Carta 1151. — *Etudes religieuses* 8 (1875) 284; copia sacada del original.

1. Capellán del hospital de Nantes y director de las hermanas.

2. Fernando de Neufville (1646-1657).

Me he enterado aquí con gran dolor de la muerte del buen señor Alain. ¡Cuánto lo he sentido! Hemos de pedirle a Dios que nos mande algún otro que se le parezca.

Me han dicho cómo han tenido que sacar a los pobres niños de Bicêtre³. Me gustaría saber dónde los han llevado. ¡Dios mío! ¡Cuánto trastorno les habrá ocasionado este cambio!

No puedo menos de repetirle el consuelo que he recibido en la visita a nuestras hermanas de Angers. ¡Cuántos motivos hay para alabar a Dios por su admirable conducta sobre estas buenas hermanas!

La hermana Juana, de Loudun, y la hermana Bárbara, que es de Troyes, según creo, estaban un poco flojas, y la última casi por completo; habrá que ver cómo se portan en adelante.

Yo sigo bien de salud, gracias a Dios. He aprovechado aquí la ocasión de purgarme y sangrarme. Estoy seguro de que me seguirá usted encomendando a Nuestro Señor, lo mismo que las demás hermanas. Las tengo presente a [todas] ustedes delante de Dios en el santo sacrificio de la misa.

Si ve usted a la señora de Lamoignon y a la damas de la Caridad, dígales que no las olvido delante de Dios, en cuyo amor soy su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Dirección: A la señorita Le Gras.

1152 [1100,III,429]

A LUISA DE MARILLAC

Saint-Méen, 15 abril 1649.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

La presente es para darle noticias nuestras y pedir las de ustedes. Sigo bien de salud, gracias a Dios. Me veo sitiado en esta ciudad por el mal tiempo y el desbordamiento de los ríos;

3. Los niños expósitos fueron trasladados provisionalmente a la casa madre de las Hijas de la Caridad, por causa del asedio de París.

Carta 1152 (CF). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

si no fuera por eso, habría salido para Nantes el pasado martes, y marcharé tan pronto como cese este pequeño diluvio para ir a visitar a las hermanas, como lo hice en Angers, que me han dado un consuelo tan grande como el que hace mucho tiempo no recibía. Ya se lo dije a usted y no dejaré de repetírselo. Necesitan a una hermana preparada para enseñar los misterios a los pobres, tan pronto como lleguen, tal como hacen las damas del Hôtel-Dieu; ya hablaremos de ello, Dios mediante.

Entretanto seguiré pidiendo a Dios por su salud e implorando sus bendiciones sobre usted y sobre sus hijas, de las que soy en el primer amor de Nuestro Señor su más humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Dirección: A la señorita Le Gras, superiora de las Hijas de la Caridad, en París.

1153 [1101,III,430-433]

A LUISA DE MARILLAC

Nantes, 28 abril 1649.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Hace diez días que llegué a esta ciudad, de donde espero marchar mañana, con la ayuda de Dios, para Luçon. He encontrado a las pobres Hijas de la Caridad recién salidas de una gran persecución que han padecido. Se les acusa de un montón de cosas: la principal es de apropiarse los bienes de los pobres. Los tres sacerdotes que están en la casa y el señor Valton de Lafosse (marido de aquella mujer a la que sor Juana Saint-Albin ¹ le dijo aquella cosa ofensiva), que era padre de los pobres ² el año pasado, son los causantes de esta persecución; éste, al dejar el car-

Carta 1153 (CA). — Archivo de la Misión, original

1. Sor Juana Saint-Albin fue llamada a París en diciembre de 1650. Estuvo a punto de dejar la comunidad en octubre de 1655 (Cf. *Lettres de Louise de Marillac*, carta 457), volvemos a encontrar su nombre en la lista de Hijas de la Caridad después de 1660.

2. Administrador del hospicio.

go e ir a dar las gracias a las autoridades, les dijo que todo iría bien en el hospital sin las Hijas de la Caridad, que cumplían muy mal con su obligación y, lo que es peor, arruinaban el hospital y metían la mano ³, Y se ofreció a dar dinero para que las echaran. El ayuntamiento delegó a los señores del cabildo y nombró al presidente para que tuviera una asamblea, a fin de que los tres cuerpos estudiaran esta acusación y decidiesen el despido o la continuación de las hermanas. Pero, gracias a Dios, los actuales administradores demostraron que la acusación era falsa y delegaron en el señor deán ⁴ para decírselo a las hermanas y darles ánimos.

Pero todo esto no restó ánimos a los acusadores, que fueron a ver al señor obispo de Nantes ⁵ dos días después de su regreso y le dijeron cosas terribles contra estas pobres hermanas. Pues bien, hoy me han dicho que el señor obispo, que nunca vio bien esta fundación, quiere conocer personalmente las quejas que se tienen contra ellas. Me tomé el honor de ir a visitarle antes de estas últimas quejas y le dije que había visitado a estas buenas hermanas del hospital, que había encontrado en ellas mucho que desear, pero que gracias a Dios eran inocentes de lo que les acusaban. El me respondió que efectivamente eran buenas, y esto me lo dijo de corazón. No sé ahora si he de ir a verle de nuevo para hablarle más largamente de este asunto; pero, como por una parte veo que todo cuanto le diga no le apartará de estudiar personalmente este asunto, y por otra sé que no podré quitarle la antipatía que siente por esta obra, aparte de otros motivos que tengo y que luego le explicaré, me parece que no es conveniente que le visite de nuevo; no obstante, lo haré si les parece necesario a los señores des Jonchères ⁶ Esto por lo que se refiere a la persecución contra sus hijas.

Ya he hecho la visita y las he visto todos los días, excepto a una o dos. He de confesar que no se portan como sería de desear: 1.º se olvidan de la observancia del reglamento; 2.º no son fieles a la oración, la lectura, los exámenes y el silencio; no hay

3. Es decir, robaban lo que no les pertenecía.

4. El decano del capítulo.

5. Gabriel de Beauvau de Rivarenes.

6. El señor des Jonchères, director de las Hijas de la Caridad de Nantes, tenía un hermano presidente en el consejo de esta ciudad.

mucha caridad entre ellas, ni obediencia, ni paciencia, ni tampoco la debida dedicación a la asistencia de los enfermos ⁷.

Juana, la sirvienta ⁸, es una hermana muy buena, juiciosa y paciente; algunas de ellas opinan que no ha sido muy previsora.

Enriqueta ⁹ es una hermana llena de ardor y de caridad, pero poco respetuosa, poco sumisa a la sirvienta, o mejor dicho no se le somete en nada; no le agrada mucho al médico y a otras varias personas, y es poco observante; me parece que es ella la causa de casi todos los desórdenes de las hermanas.

No puedo seguir diciéndole la situación de todas las demás; lo haré de viva voz, con la gracia de Dios. Estoy con prisas. Ahora se encuentran en mejor estado, gracias a Dios, y dispuestas a obrar bien.

Es absolutamente necesario retirar a Enriqueta y poner a otra en su lugar, que sepa llevar la farmacia. Es necesario enviar a María ¹⁰ a Richelieu; una vez allí, ya pensaremos en la forma de enviarla a su casa; las cosas de por aquí no permiten que la despedamos directamente, ni tampoco que se vaya hasta que llegue la que usted ha destinado a su sitio. Se necesita además una octava. Si es posible, le ruego que envíe dos como es debido; cuando llegue a París, la pondré al corriente de lo demás.

Me han hablado de una fundación nueva en la diócesis de Vannes; le he dicho al señor de Jonchères que no es posible pensar en ella, al menos por ahora.

Espero salir mañana para Luçon para ir luego a Richelieu, con la ayuda de Dios, y de allí a París, a no ser que alguna cosa más urgente exija mi presencia en otra parte; en ese caso, creo que bastará con un mes para ir y marchar a Richelieu. Cuando llegue a París, hablaremos de todo lo que se necesita por aquí.

Entretanto, señorita, le ruego que cuide de su salud, por amor de Nuestro Señor, en cuyo amor soy de usted el más humilde servidor

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: A la señorita Le Gras, París.

7. Conservamos aún la minuta autógrafa de los consejos que les dio el santo a las hermanas de Nantes al final de esta visita.

8. Juana Lepeintre, superiora del hospital de Nantes.

9. Estaba en Nantes desde 1646, encargada de la farmacia.

10. María, de Tours.

1154 [1102,III,433-435]
A ANTONIO PORTAIL

Richelieu, 11 mayo 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me he encontrado al llegar acá con dos cartas tuyas. No me acuerdo de que me haya propuesto usted antes aconsejarse de otra persona, en el caso de que no le diera yo mi consejo, tal como me dice usted que se vio obligado a hacerlo el 20 de este mes; y acabo de leer los puntos de 4 ó 5 cartas tuyas anteriores a las últimas, en donde no veo nada de esto. Si la cosa es tal que no le puedo escribir de ella, o es tan urgente que no me puede avisar y aguardar mi respuesta antes de decidir sobre ella pida el parecer de los consultores de la casa y el del padre de la Coste, y le pediré a Dios que le dé la gracia de seguir en todo sus eternos designios.

Dios sabe cuánto me gustaría poder visitar esas casas; la pena de no poder hacerlo me afecta muy sensiblemente, pero la reina me ha ordenado varias veces que vuelva a París. Y no veo cómo puedo cumplir la voluntad de Dios, si no obedezco, yo que siempre he creído y enseñado que hay que obedecer a los príncipes, incluso a los malos, como dice la Escritura. Todo lo que puedo hacer es rogar a Su Majestad, como lo hago, que me permita proseguir mi viaje, no ya a Marsella, sino solamente a Cahors. Allí esperaré su respuesta.

Cuando vuelva a París, procuraremos enviarle al padre du Chesne o a algún otro, acompañado de un hermano. No sé si podrá ser el hermano Juan Parre ¹.

A propósito de hermanos, me dicen de Génova que se ha quedado usted con el hermano Claudio, que iba para allá. Me

Carta 1154 (CF). — Archivo de Turín, original; la postdata es de mano del santo.

1. Nació en Châtillon-en-Dunois (Eure-et-Loire), entró en la congregación de la Misión el 16 de abril de 1638, a los 27 años de edad; hizo los votos en 1643, murió después de 1660. Entre los hermanos coadjutores, fue junto con el hermano Mateo Régnard uno de los más inteligentes y activos instrumentos que puso la divina providencia en manos de san Vicente. Recorrió en todos los sentidos la Picardía y la Champaña, tomando nota de las necesidades y buscando remedio a las mismas

extraña mucho, ya que sabe usted cuánto lo necesitan; me lo piden con mucha insistencia; le ruego que se lo envíe.

El resto de sus cartas, hasta 6 ó 7, no desean de mí otra cosa más que mil alabanzas de Dios por todo lo que usted me dice, sobre todo por el éxito de la ordenación, de la misión de Fréjus, de las conferencias con los eclesiásticos externos, del celo del padre Brunet, de la satisfacción del padre de la Coste, de su caridad con la familia y en fin de las bendiciones que Dios derrama sobre ella. Le ruego, pues, a su infinita misericordia que ella misma sea su acción de gracias y que santifique cada vez más las almas de todos, especialmente la suya, de la que soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d l M.

Ya que gozamos de paz ², gracias a Dios, me parece que no habrá nada que pueda impedir tener la reunión de superiores de la Compañía en París.

Dirección: Al padre Portail, sacerdote de la Misión, en Marsella.

1155 [1103,III,435-437]

A LUISA DE MARILLAC

Richelieu, día siguiente de la Ascensión [1649] ¹

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

El padre Lamberto le habrá podido comunicar mi llegada a este lugar. Las visitas que tuve al día siguiente de llegar por la mañana me impidieron escribirle a tiempo para que llegara la carta al correo; luego, me ha entretenido tanto nuestra visita que

2. La paz de Rueil firmada, a principios de marzo, entre la corte y el parlamento.

Carta 1155 (CA). — El original está expuesto en la sala de Conferencias de San Vicente de Paúl en Metz.

todavía no he podido hablar con nuestra buena hermana ²; lo haré cuanto antes, si Dios quiere.

Le escribí unas letras al padre Lamberto y a la señora duquesa para agradecerle sus caballos ³ y les expuse las razones que tengo para ir hasta Nuestra Señora de la Rose y a tres o cuatro casas que tenemos por allí; me someto de todas formas a su parecer, ya que ellos comprenden, lo mismo que usted, las necesidades de allá. El miedo de ir a caballo y a pleno sol desaparecerá con la carroza que me ha enviado.

Lo más urgente es alojar a los niños expósitos. Le he dicho a la señora duquesa las razones para ello, y no se las repetiré a usted. Podrá indicárselas ella o el padre Lamberto. Hace sólo un mes, poco más o menos. Le propuso en el fondo una reunión general de las damas, para decidir si se hace una instancia a la reina, si se organiza una colecta general, o si se presenta una solicitud al parlamento para proveer a las necesidades, en nombre de las oficiales; eso dará al asunto más importancia que si se hiciera sólo en nombre de usted; les decía que puede hacer esto el padre Lamberto, si no me pueden esperar a mí, y que luego yo haré todo lo que me ordenen.

Le he expuesto la situación de nuestras hermanas de Nantes. El señor abad de Vaux me dice que las de Angers marchan bien, por lo que doy gracias a Dios.

El padre Gautier me ha dicho que hay aquí un montón de muchachas que piden ser recibidas en la Caridad. ¡Quiera Nuestro Señor recibirnos en la suya y conservarla a usted en buena salud!

Soy en su amor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

1. El contenido de la carta y el lugar donde fue escrita no permiten ninguna duda sobre la fecha. En 1649, la Ascensión cayó el 13 de mayo.

2. Las dos Hijas de la Caridad de Richelieu eran sor Francisca Carcireux, de Beauvais, y sor Carlota Royer, de Liancourt.

3. La duquesa de Aiguillon había tenido con el santo la atención de mandarle para su regreso dos caballos, preparados para la carroza que le había dado anteriormente. Cuando san Vicente quiso devolverle los caballos, la duquesa de Aiguillon le pidió que se quedase con ellos; el santo no se lo pudo negar y tuvo que servirse de ellos, por orden de la reina. (Cf. ABELLY, *o.c.*, I, cap. XXXIX, 186).

En nombre de Dios, señorita, no se preocupe usted por el señor baillí 4. ¿No ve usted el cuidado extraordinario que Nuestro Señor ha tenido con él casi sin usted? Deje obrar a su divina Majestad; el mostrará a su madre, que cuida de tantos niños, la satisfacción que de ella tiene con el cuidado que pondrá en su hijo; no podrá usted superarlo nunca en bondad. Acuérdesse de lo que le he dicho en otras ocasiones de la buena y bienaventurada señora de Chantal a propósito de su difunto hijo.

Dirección: A la señorita Le Gras, París.

1156 [3321, XIII, 843-844]

A LUISA DE MARILLAC

Richelieu, 19 mayo 1649.

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me han hablado por aquí de un montón de chicas, que no he visto todavía. Creo que me dijo usted que las de estos lugares no son tan indicadas y que usted tiene ya por ahora bastantes. Me gustaría que me contestara a estos dos puntos, si es posible, antes de que me vaya. Si puedo marchar pronto, no habrá nada que me detenga.

Espero que decida sobre lo que le escribí al padre Lamberto, dentro de dos o tres días.

Me encuentro bien, gracias a Dios. Me preocupa la salud de usted. Si Nuestro Señor sigue dándosela, como espero, será una muestra más de su bondad. Le ruego que así lo haga y que bendiga cada vez más sus trabajos.

4. Para buscar una situación al hijo de Luisa de Marillac, san Vicente le nombró bailli de San Lázaro. Miguel Le Gras estaba encargado, por dicho título, de hacer justicia en las dependencias de aquel lugar. Conservó este oficio hasta 1656. Su madre, preocupada sobre todo de la salvación de su alma, pensaba en casarle, pero no acababa de satisfacerle ningún partido.

Carta 1156 (CA). — El original en Aix en la residencia de los Padres de la Compañía de Jesús.

Me he cuidado un poco estos días, para librarme de las muchas visitas que me estorbaban en lo que estaba haciendo. Esto me ha impedido ir a ver a su hermana; lo haré cuanto antes.

Adiós, señorita. Soy de usted el más humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: A la señorita Le Gras, París.

1157 [1104,III,438-448]

**CARLOS NACQUART, SACERDOTE DE LA MISIÓN,
A SAN VICENTE**

[Fuerte Dauphin, 27 mayo 1649] ¹

Mi venerado padre:

Le pido humildemente su bendición.

Como el recuerdo del justo ha de ser eterno, siento la obligación de rendir mi tributo a la memoria de mi querido hermano y compañero el padre Gondrée, difunto, exponiéndole el final de su vida y las virtudes que practicó en la enfermedad que lo arrebató en la primavera de su vida y en medio de las esperanzas que yo tenía de ver trabajar a tan buen obrero.

Será ésta una muestra más que unir a la conferencia que tengan ustedes sobre él, para que no les falte el conocimiento de sus últimos momentos, que constituyen la corona de todos los precedentes.

No voy a repetir aquí las virtudes que practicó en el camino, cuando estaba en la Rochelle y en el viaje de nuestro barco durante seis meses y medio por el mar; pues practicó las virtudes de un buen misionero, la humildad, la mortificación, la caridad, la mansedumbre, la sencillez y el celo, aprovechando todas las ocasiones para ella; ni diré todo lo que ha hecho aquí en los seis meses que vivió en el barco, según puede usted ver por el diario que he llevado, en el que la mayor parte se debe a él.

Carta 1157 (CA). — Archivo de la Misión, original.

1. Fecha señalada al dorso del original. Fort-Dauphin está situado al sur de Madagascar, en la costa oriental.

Pero dejando aparte la piedad, la modestia, la amable conversación, la exactitud y el cuidado tanto de los franceses como de los negros en todas las ocasiones de servirles e instruirles, hablaré del primer viaje que hizo a Fanshere con el señor de Flacourt para ver a Andian Ramach, que es el rey de este lugar en donde se encuentra nuestra morada. Fue el viernes antes de las rogativas. Le dejé ir, porque yo ya había estado dos veces. Cuando estuvo allí, al no poder decir misa el domingo, hizo la oración pública con los franceses que habían acompañado al señor de Flacourt. Era delante de la casa de aquel rey, que asistía con muchos negros en medio de un gran silencio, reiterando la promesa que me había hecho de cumplir como buen cristiano cuando hubiese sacerdotes con él y una iglesia edificada en aquel sitio. Pero como aquel viaje se había hecho en tiempo de abstinencia de carne y no había pescado ni legumbres en aquel lugar, como en Francia, a pesar de haber dispensado a los franceses, él quiso guardar la abstinencia y no tomó más que un poco de arroz cocido; esto, unido al calor del camino, le causó la enfermedad que lo llevó a la muerte.

Miremos cómo Nuestro Señor purificó este oro en el crisol y cuánta paciencia demostró durante su enfermedad.

El miércoles, vigilia de la Ascensión de Nuestro Señor, aunque se encontraba muy indispuerto, quiso celebrar la misa, que apenas pudo acabar; a pesar de ello, no dejó de ir todavía a confesar a un francés moribundo que se lo había pedido; volvió con fiebre y se metió en la cama, diciéndome que había pasado una noche muy agitada con sueños y que se había imaginado que estaba haciendo un montón de cruces; me dijo que esto le parecía un presagio de que pronto tendría también él una.

Le pregunté la causa de su mal. Me dijo que era en parte aquel viaje, que le había causado estreñimiento, y que al volver a casa había sentido el hedor de un enfermo que habíamos tenido que sacar, por no haber allí ningún otro sitio para meterlo, y que le había producido un gran dolor en el corazón.

Se vio atacado de una fiebre tan molesta que perdió el juicio al atardecer, empezó a delirar y se levantó todo asustado, sin poder pronunciar palabra alguna, intentando salir fuera. Corrí hacia él y abrazándole volví a meterle en la cama, donde estuvo todavía un cuarto de hora sin poder hablar, a pesar de

sus esfuerzos; de su boca salía una especie de espuma rojiza, señal de que estaba tuberculoso; respiraba con fatiga y le costaba cantar en la iglesia.

Cuando le volvió el habla, no se acordaba ya de lo que acababa de hacer. Lo primero que pidió fue confesarse.

El viernes la fiebre no fue tan alta. Pero fue recobrar nuevas fuerzas para derrumbarse más aún, ya que subió el doble por la tarde; después del estreñimiento se le aligeró tanto el vientre que se quedó muy débil, sin poder sostenerse; tenía un dolor tan agudo en todas las articulaciones que decía que ya no podía sufrir más; sin embargo, no hacía más que gritar: «¡Bendito sea Dios! ¡Gloria a Dios! Si tú quieres que sufra, también yo lo quiero; si aumentas mi dolor, aumenta también mi paciencia». Y cuando yo le dije: «¡Animo, hermano! Dios ve cómo está usted combatiendo. Le esta probando con el fuego de esa fiebre. ¿No vale más, como decimos en una oración de cuaresma ², ut temporaliter maceremur in corpore quam supplicis deputemur aeternis?», él me respondió: «Tiene usted razón, ¡qué bueno es Dios! ¡Cuánto me ama! No soy digno de su amor».

Los dolores que sufría me obligaron a buscar algún remedio y afortunadamente encontré un aceite de resina de drago, que hacen los negros, muy caliente. Le unté donde le dolía y quedó algo aliviado. Después de ello, no hacía más que dar gracias al Creador. Pero no duró mucho el alivio, pues volvió a comenzar el mismo dolor, que le impedía descansar un solo momento. Entonces le dije que podía decir: Deus meus, ad te de luce vigilo ³; y él me dijo: «También puedo decir: De nocte vigilo».

Al día siguiente de la Ascensión, le dije que había que ponerse in manu Domini y recibir los sacramentos, que son los remedios divinos, cuando los humanos no pueden hacer nada. «Con mucho gusto dijo; le dejo que haga usted lo que quiera». ¡Tanto apreciaba la obediencia!

Prefiriendo antes prevenir que llegar demasiado tarde, le llevé a Nuestro Señor; y en presencia de la mayor parte de los franceses, que tuvieron la devoción de acompañar al Santísimo Sacramento, le dije con el corazón emocionado y las palabras entrecortadas de cariño: «Bien, querido hermano, he aquí el gran

2. El viernes después del domingo de Pasión.

3. Sal 62, 2.

médico de alma y cuerpo que viene a visitarle. Ha llegado la hora de que practique usted lo que tantas veces ha enseñado a los enfermos, esto es, actos de fe, de humildad, de contrición y de caridad». — «Así lo deseo», dijo. Y cuando le dije que, ante el cariz que tomaba la enfermedad, se lo daba por viático y que él se entregase por entero a quien se daba a él, exclamó generosamente: «Yo ya no soy mío; que él haga de mí lo que quiera; soy totalmente suyo» y así lo recibió con gran devoción.

Poco a poco fueron fallándole las fuerzas, pero su espíritu seguía ocupándose en Dios medio de aspiraciones que sería muy largo repetir. No ahorramos ningún esfuerzo en buscar alivio a su salud y él por su parte tampoco rehusaba nada de lo que se le presentaba, por amor a nuestro buen Dios.

Al llegar el día de Pentecostés, expuse el Santísimo Sacramento para las preces de las cuarenta horas y les pedí a todos que, si deseaban su salud, urgiesen al corazón de Nuestro Señor para obtenerla, si él lo necesitaba. Por mi parte dije la oración de los apóstoles: Ne derelinquas nos orphanos ⁴, con doble intención, tanto para no vernos privados de las gracias del Espíritu Santo, como para no quedar huérfano de mi padre espiritual. ¿No dijiste tú, Señor, que era una desgracia quedarse solo, sin compañero que lo calentase en su frialdad o lo levantase en su caída? Pero después de haber dejado brotar los gemidos de mi corazón y haber pedido la conservación de un obrero tan necesario en un país que estaba tan necesitado, al volver a casa, no encontré más respuesta que la de la muerte, al ver que la enfermedad aumentaba, con tanta debilidad que ya no hacía más que delirar, aunque con cosas piadosas, como decir la misa, estar instruyendo a alguno, etcétera. Entonces aproveché la ocasión para ayudar a elevar su corazón a Dios con versículos de los salmos y otras jaculatorias, y pensaba dentro de mí que es verdad que el molino da la harina del trigo que se le echa y que el espíritu se ocupa naturalmente en las cosas y en los pensamientos que se han admitido de ordinario en la vida. Pero no estaba delirando cuando me dijo a mí y a los que venían a verle: «¡Qué bueno es servir a Dios, cuando uno está sano; pues creedme que cuesta mucho en la enfermedad, que abate al pobre espíritu». Y

4. Jn 14, 18.

otras veces decía con sentimiento: «Parece uno miserable cuando el cuerpo sufre, pero sin embargo es una gran dicha sufrir por amor de Dios. Se compra la eternidad gloriosa con unos momentos de tribulación». Y demostraba que sabía cumplir bien con esta práctica de sufrir con alegría, pues a pesar de aquellos dolores que tenía en las articulaciones 1¿de los que decía antes que ya no podía sufrir más y que ahora, sin embargo, aumentaban sin cesar, decía: «Ya no sufro tanto, pues siento una fuerza dentro de mí y una gracia que hace que todo este mal no sea casi nada». Y otras veces: «Se trata de comprobar lo que está escrito: Juxta est Dominus iis qui tribulato sunt corde ⁵; cum ipso sum in tribulatione ⁶» Y casi siempre respondía con dulzura a estos versículos: «Tiene usted razón, mi querido padre; es verdad lo que usted dice».

Y volviendo a delirar hablaba en voz baja y decía: «¿Cómo se podrá convertir a estos hugonotes?» Y yo le respondía: «Tratándolos con mansedumbre». Y es curioso cómo efectivamente, poco después de su muerte, de los diez que había aquí, se convirtieron cinco que volvieron de sus errores después de haber tratado mansa y humildemente con ellos. Puede ser que yo esté equivocado al creer que estaba delirando cuando hablaba de la conversión de esos hugonotes, y que estuviese rezando expresamente por ellos y que su oración fuese escuchada y atendida después de su muerte.

Hacía diez días que había comulgado y le pregunté si deseaba volver a comulgar, para recibir a Aquel que había enviado el Espíritu Santo sobre sus apóstoles. «Con mucho gusto», me dijo. Pero habiendo estado ocupado todo el día de Pentecostés con el canto de maitines y de la misa solemne y la reconciliación de los que querían cumplir sus devociones, y después de comer, con las vísperas y la exhortación a los franceses e instrucción de los negros, sólo pudimos llevarle la comunión el día siguiente, y él lo recibió con la misma devoción que la primera vez. Y como estaban presentes casi todos los franceses, les recomendó con afecto de corazón la devoción a la santísima Virgen, aunque hablaba con fatiga, y recomendó que yo se la inculcase.

5. Sal 33, 9.

6. Sal 90 15.

No puedo prescindir de decir aquí lo que creo que se señalará en la conferencia sobre su vida, que esa devoción hacia la santísima Virgen era en él tan ferviente que dejó por escrito un gran número de prácticas, que me parece que había recogido en los ejercicios; y me parece que se había asociado a tres o cuatro seminaristas de San Lázaro para animarse mutuamente y hablar de ella en los recreos y coloquios espirituales.

Después de haber comulgado, le vi tan postrado que le hablé de recibir la extremaunción, esperando más bien la salud por la virtud de los sacramentos que por las medicinas; apenas se la llevé, la recibió con mucha devoción, presentando lo que había que ungir y respondiendo a las palabras; yo estaba muy emocionado, con lágrimas en los ojos, lo mismo que todos los acompañantes. Al acabar, fui a celebrar la santa misa, y al final de la misma recibí en el bautismo a una muchacha mayor, para que se casara con un negro bautizado en Francia, en Nantes, que era compañero de aquel que se bautizó en París, que se casó también más tarde con una negra de aquí, que yo bauticé.

Al volver de la iglesia y no tener nada con que consolar a mi pobre amigo moribundo, le dije lo que acababa de hacer en la iglesia: «Querido amigo, vengo de empezar la obra de Nuestro Señor bautizando a una adulta, y pronto bautizaremos a otra, cuando la hayamos acabado de instruir; ¿verdad que se alegra usted?». El rubricó mis palabras: «¡Qué alegría! ¿No es para esto para lo que hemos venido? Lo que más siento es tener que dejar a estas pobres gentes, que se encuentran en tan buena disposición. ¡Qué honor, Dios mío! f No me darás la gracia de servirte en esto?».

Estos sentimientos y este celo por la salvación de los habitantes de este país son más fáciles de concebir que de expresar; de ello es de lo que solía hablar mientras estaba sano y siempre me hablaba de nuestra misión en este país con términos de gratitud para con Dios, por el honor que nos había hecho; el mero recuerdo de la devoción con que hablaba me hace derramar todavía ahora, mientras escribo, lágrimas de los ojos y siento mucha confusión por portarme tan mal.

Vuelvo a nuestro enfermo que, después de haber dicho tan hermosas palabras en un intervalo de lucidez, forzando mucho su voz, cayo en seguida de nuevo en sus delirios, durante los que

todavía mostraba su deseo de la conversión de estos pobres infieles. Y como se había puesto a estudiar la lengua del país, decía en sueños: «Sí, es una buena frase: Aka alino», que significa: «No te olvides». ¿No daba a conocer en estas solas palabras el interés que había puesto en sus instrucciones para inculcar bien la doctrina cristiana? Y luego decía entre sobresaltos: «Sí, padres, les pongo por testigos de que, si he dejado Francia y he hecho seis mil leguas por mar para llegar aquí con tantas fatigas, sólo ha sido por la conversión de estas pobres gentes». Yo le decía que habíamos empezado a cultivar la tierra y que después de sembrar, la cosecha vendría cuando Nuestro Señor quisiera. «Sí, pero tarda mucho, decía. ¿Acaso cree usted que los que se disponen según sus posibilidades y preparan las cosas para el futuro, como nosotros procuramos hacer, hacen menos que los que progresan más, después de encontrar el camino trillado?».

El último día de las fiestas vi que ya no resistiría más la violencia de una fiebre tan maligna, de la que hacía ya catorce días que estaba consumiéndose, pues el calor y el dolor excesivo de cabeza y de todos los miembros de su pobre cuerpo lo habían extenuado. Después de volver de los oficios de la iglesia le pregunté: «Si Nuestro Señor quiere sacarle de este destierro, ¿qué es lo que le gustaría decir a nuestro buen padre Vicente?» — «Dígale que le agradezco con toda humildad que me haya admitido y tolerado en el número de sus misioneros, y sobre todo que me haya escogido para enviarme a este país, en vez de tantos otros que lo habrían hecho mucho mejor que yo». — «¿Qué quiere usted para el padre Lamberto y para todo el seminario?» — «Dígales que le den gracias a Dios por eso mismo». — «¿Y a su madre y demás parientes?» — «Les ruego que hagan celebrar muchas misas por mí por esta misma intención». — «Y si me deja usted aquí solo, ¿qué testamento me deja?». Me preguntó si diría muchas misas por él. «Sí, no lo dude; rece usted por mí allá arriba y yo rezaré por usted aquí abajo; aunque la muerte separe nuestros cuerpos, no dividirá nuestros corazones, que estaban tan unidos en el mismo deseo de servir a Dios y hacer que los demás le sirvieran. ¿Pero no tiene nada más que decirme?». Y después de haber pensado un poco, me dijo en presencia de dos o tres franceses: «Le digo en testamento que tendrá

usted mucho que sufrir aquí (y repitió: sí, sufrir mucho), no sólo un poco; le digo que será mucho».

No le pregunté la razón de ello y me contenté con conservar en el corazón este querido testamento, pidiéndole a Nuestro Señor que se cumpliera en mí su voluntad y que todo fuera para la gloria del mismo Dios.

No diré si se ha demostrado cierto este testamento, pues en lo que se refiere a las fatigas corporales que hay que sufrir aquí por el calor y por la escasez de muchas cosas que abundan en Francia, esto es siempre muy poco. Pero bendigo a Dios por la gracia que me ha concedido de haber superado muchas penas del espíritu, al verme solo in terra aliena y privado de la compañía del difunto y de la esperanza de tener un compañero hasta dentro de mucho tiempo, para recibir los sacramentos, y al no poder progresar mucho (solo y teniendo que atender a los franceses) en una obra que pide muchos obreros.

En fin, al atardecer, después de las oraciones a las que todos vinieron para obligar con sus esfuerzos a Nuestro Señor a que devolviese la salud a aquel a quien amaba y armábamos todos, volví a decírselo. Como parecía estar sin conocimiento, le pregunté si me conocía: «Sí, usted se llama Nacquart». Y como si bromease, le pregunté si también sabía su nombre; él, sonriendo un poco, me dio una respuesta que da a conocer la costumbre que tenía de la humildad: «Yo me llamo una persona que no vale mucho». — «Bendito sea Dios que le da esos sentimientos, le dije; usted vale mucho delante de él». Y aunque su espíritu se extraviaba en las cosas temporales, se ocupaba con acierto de las espirituales y de la profundidad de su humildad se elevaba a la confianza de la misericordia divina y apretando el crucifijo, decía balbuceando: «Sí, Dios me perdonará, porque si no, estoy perdido». Y cuando le toqué el crucifijo, él lo apretó más entre sus manos como si dijera: Inveni quem diligit anima mea; teneo et non dimittam ⁷. Al prever que no tardaría mucho en morir y que no podría tener en mucho tiempo ocasión de reconciliarme con Nuestro Señor, le pregunté si podría administrarme el sacramento de la penitencia, si podría dirigir su atención para escucharme y si podría pronunciar la absolución. «Sí, sí»; entonces

7. Cant 3, 4.

se descubrió y recibí de él el sacramento, sin que vacilase en nada; me exhortó al arrepentimiento de mis pecados y recibí su última bendición.

Me quedé a su lado para animarle en aquel trance y él mismo lo hacía agarrándose al crucifijo; después de mirarlo, se quitaba el bonete con gran esfuerzo, dada su debilidad, y teniendo entre sus manos temblorosas la imagen de su Maestro se esforzaba en rezar las letanías de su santo nombre, pero al fallarle la memoria las decía yo y él respondía con devoción. Procuraba moderar sus ansias y le hacía descansar un poco, pues se le veía atormentado. A eso de las diez de la noche le di un poco de esperanzas, aunque temía por otra parte que aquella noche moriría; hice dos guardias para velarle y, como me sintiese un poco agotado por haber estado en pie casi todo el día, tanto en la iglesia durante las fiestas como por la tristeza que me había impedido tomar el alimento ordinario, me dijeron que fuera a descansar y que me conservase para el público. Así lo hice, rogándoles a los que velaban que tuvieran cuidado de avisarme a la primera señal, y me eché en cama después de despedirme del enfermo y de rogarle que hiciera lo posible por descansar.

Sobrevino entretanto un vendaval, que hacía mucho ruido soplando sobre las hojas que cubrían nuestra casa, lo mismo que las demás casas del país. Retirándose un poco los franceses que le velaban, le oían con frecuencia repetir estas palabras que él había puesto en su espíritu desde el principio de su enfermedad: Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo ⁸; y cogía el crucifijo que estaba a su lado sobre una estera, apoyándose en una cuerda que estaba colgada para ayudarle a moverse, y decía muchas palabras que no se podían distinguir.

¡Qué perezoso fui al dejarme convencer cobardemente para ir a descansar mientras mi hermano repetía que velaba ante Nuestro Señor noche y día! No hay duda de que aquella mano tan débil, que dirigía trémula a la imagen del crucifijo, buscaba aquello que el apóstol santo Tomás quería tocar y decir con él: Deus meus et Deus meus, y que el corazón que había amado con tanto cariño y servido con tanta fidelidad al Señor, combatiendo

8. Sal 62, 2.

por él tan generosamente, al verse al final de la carrera mientras esperaba comenzarla en este país, exclamaba: Cupio dissolvi et esse cum Christo ⁹.

Pero más vale que deje de pensar en lo que pudo decir y pensar en aquellos últimos momentos en que, al verse más cerca de su centro, esos movimientos eran sin duda más violentos cuando al preguntarle los que le veían si deseaba alguna cosa, no recibieron ninguna respuesta. Me despertaron a eso de la una de la noche y ya no encontré más que el cuerpo de aquel cuya alteza había ido a recibir la recompensa, no sólo de los servicios que había hecho y de las virtudes que había practicado para con Dios, sino también para con su prójimo y para consigo mismo. Le dejo imaginarse en qué estado se vio mi pobre corazón, que todavía sigue temblando mientras escribo, y cómo aumentó mi aflicción al tener que sepultar aquel bendito cuerpo, que había servido no solamente para confesar a Nuestro Señor delante de los hombres, sino que además había sufrido el martirio de tantas mortificaciones como había libremente escogido y que había padecido con una paciencia admirable, sobre todo en esta última prueba en la que se había afinado y acabado de purificar lo mismo que el oro en el crisol.

Sé muy bien que no soy capaz de expresar la pena que sentí con sus recuerdos y el cariño que le tenía, cuando celebré sus funerales, cantando el oficio de los difuntos y celebrando la misa, y sobre todo cuando hubo que enterrar a aquel a quien me hubiera gustado rescatar con mi propia vida. Los sollozos interrumpían mis cánticos y finalmente no tuve más remedio que rogar a los asistentes, que no podían contener sus lágrimas, que perdonasen mi debilidad, ya que también se excusó Nuestro Señor cuando le dijeron, en la resurrección de su amigo Lázaro: Ecce quomodo amabas eum¹⁰

No eran solamente los franceses los que tenían el rostro cubierto de lágrimas, sino también los negros que apenas habían empezado a conocerlo y que asistían en gran número, sin poder menos de llorar la muerte de aquel de quien en vida decían que jamás habían visto unos hombres semejantes que no fuesen coléricos y de mal genio y que les hablasen con tanto afecto de las

9. Flp 1, 23.

10. Jn 11, 36.

cosas de su salvación, como procurábamos hacer nosotros cuando los instruíamos.

*Sé muy bien que mi muerte, que me llegará cuando Dios quiera, no me apenará tanto como la suya y que los motivos de tristeza han penetrado tanto en mi alma que me habrían anonadado si no hubiera pensado que él no había muerto, sino que dormía, y que había que cerrar la boca, ya que Dios lo había hecho para nuestro mayor bien, aunque pensase que se trataba de un castigo riguroso que me daba por no haberme aprovechado debidamente de su buen ejemplo durante su vida. Pero poco a poco fui absorbiendo mi tristeza en la resignación ante la voluntad de Dios y en el abandono en su santa providencia, pidiéndole las gracias que tenía preparadas para tan fiel servidor, del que ya no hablo más que para acabar de consolarme a mí mismo y a toda la compañía con las palabras que servirán de canonización al difunto: *Beatus ille servus quem, cum venerit dominus ejus, invenerit vigilantem, etcétera.**

Creo que todos cuantos lo conocieron en París y en otros sitios darán testimonio de que veló siempre *in prima vigilia* de su seminario *in secunda vigilia*, cuando estaba en Saintes; *in tertia vigilia*, cuando regresó de nuevo a París para recibir el sacerdocio; y ya ve usted cómo, mientras tuve la dicha de gozar de su compañía, he observado el cuidado que puso en guardar su cuerpo y su alma en una pureza incomparable y angelical, y su corazón en la práctica de todas las virtudes de un buen misionero. Y finalmente, después de haber hecho mucho bien y ninguna cosa mala que yo haya podido conocer, después de haber caminado rectamente hacia Dios y haber guiado a él a muchas almas, acabando sus días con la pena de no poder seguir trabajando en la conversión de este nuevo reino tan fácil de ganar para Jesucristo, y después de haber sufrido todo lo que un cuerpo puede sufrir durante la enfermedad y con una alegría bien manifiesta, lo cual es mucho más digno de elogio si se piensa en su carácter tan impetuoso que había logrado dominar perfectamente y reducir a una mansedumbre cordial, y finalmente después de haber velado noche y día, como repetía con frecuencia durante su enfermedad hasta el final de la misma, ¿quién puede dudar de que fue encontrado en vela por aquel Señor que, al canto del gallo, cuando él murió, después de medianoche, lo

hizo entrar en seguida en la luz de la gloria y en la posesión de todos sus bienes? Y si no puedo decir que fue un santo, puedo asegurar después de todo lo dicho que es Beatus según las Escrituras.

No quiero olvidarme de una observación: que, inmediatamente después de su muerte, el astro que preside la noche se eclipsó durante el espacio de tres horas. Esto me hace pensar que el cielo, lo mismo que nosotros, contribuía al duelo por aquel que era tan necesario para ayudar a disipar la noche y las tinieblas de la ignorancia de estas tierras. De lo cual concluyo y deduzco que, si no hay un astro tan hermoso que no se eclipse, tampoco hay justo que no peque y que también él necesitará después de su muerte de las oraciones y sufragios de la iglesia; así pues, estoy seguro de que no se retrasarán en toda la Compañía y en todas nuestras casas, apenas sepan la noticia, en cumplir con las oraciones y deberes acostumbrados, pues creo que se lo comunicarán ustedes en una carta circular, en la que espero que hablarán del comienzo y del progreso que realizó, uniendo a ello todo lo que aquí les envió para este fin, deseando que este bendito testamento de sufrimientos que me ha dejado se ejecute en mí como señal segura de la elección que se ha hecho de mí para traer a este país o a cualquier otra parte el nombre de aquel en cuyo amor deseo acabar mi vida, como él lo ha hecho, y quedar para siempre, mi veneradísimo padre, su muy humilde y obediente servidor,

NACQUART,
indigno sacerdote de la Misión.

1158 [1105,III,448-449]

A LUISA DE MARILLAC

Richelieu, 29 mayo 1649.

Señorita:

He recibido la suya, que me ha llenado de aflicción y de consuelo al mismo tiempo, al conocer su indisposición y curación a la vez; doy por todo ello gracias a Dios y le ruego que le dé cada vez más fuerzas.

Carta 1158. — PÉMARTIN, *o.c.* II, 162, Carta 648.

Ha desaparecido, gracias a Dios, mi pequeña fiebrequilla. Estoy terminando la visita y espero salir dentro de tres o cuatro días, con la ayuda de Dios. Todavía no he salido de casa para hacer otras visitas y no he podido ver a nuestra hermana; lo haré mañana o pasado, si Dios quiere.

Alabo a Dios por el favor que le ha hecho la señora canciller ¹

Siento mucho la pérdida de nuestra buena hermana que marchó enferma de Saint-Denis y bendigo a Dios por la partida de las otras a las que él no ha llamado.

Si no se ha llevado a cabo el asunto de Saint-Germain, ya hablaremos de él a mi vuelta, si Dios quiere.

Me parece sobre todo que lo mejor será que el señor magistrado vaya despacio, sin emplear todavía todas las fuerzas en ese cargo ²; quizás le venga demasiado ancho.

Examinaré detenidamente a las muchachas de aquí que se presenten. Entretanto, me encomiendo a sus oraciones y quedo de usted en el amor de Nuestro Señor...

1159 [1106,III,449]

UN SACERDOTE DE LA MISION DE BERBERIA A SAN VICENTE

[Entre 1645¹ y 1660].

Nuestro Señor nos ha concedido la gracia de volver a encontrar dos de nuestras piedras preciosas que estaban perdidas; son de un precio muy alto y su esplendor es muy celestial. He recibido por ello una gran alegría.

1. Señora Séguier.

2. En 1649 se dieron algunos pasos para procurarle a Miguel Le Gras, bailli de San Lázaro, un oficio en la corte de moneda. Pero éste no tenía dinero suficiente para comprar este cargo.

Carta 1159. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 135.

1. Comienzo de la Misión de Berbería.

**BENJAMIN HUGUIER, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Túnez, 5 junio 1649.

Padre:

Su bendición.

El padre Le Vacher¹ me acaba de leer una carta que había recibido del señor Barreau, en la que le comunica la muerte del buen padre Dieppe, que aconteció el último 2 de mayo. Me parece que, ya que tuve la dicha de vivir largo tiempo con él en el seminario y haber sido enviados los dos al mismo tiempo a Berbería, era mi obligación escribirle sobre las virtudes que ha practicado, de las que tuve conocimiento y su humildad 110 ha podido ocultar.

En primer lugar, su celo en santificarse para Dios y para el servicio de los pobres cristianos se me manifestó cuando, dos días antes de que saliésemos de París, me indicó el gozo que tenía por haber sido elegido, previendo — tal como ha permitido Dios — que, en su trabajo entre los esclavos enfermos y en medio de las dificultades por ejercer sus funciones entre los turcos, se vería algún día consumado en holocausto.

Esto le hizo soportar generosamente las fatigas del viaje hasta Marsella, durante el que se vio muy quebrantada su salud, aunque nunca dejó de celebrar la santa misa y de rezar el oficio, a pesar de que por su indisposición en el coche se vio obligado a dedicar a ello el tiempo que los demás concedíamos al descanso, empleando el tiempo en que parecía estar mejor en entretenernos con cantos espirituales y en aprender la lengua española, trabajando continuamente y descansando en ello.

Cuando el padre Portail le pidió que instruyera a un pobre hereje que deseaba convertirse y que nos había enviado el señor obispo de Marsella², todos los de casa le vieron practicar una mansedumbre y una caridad nunca vista. Así como también cuando se presentó la ocasión afortunada de poder trabajar, al final de una misión que se tuvo en una galera, en oír las confesiones

Carta 1160. — Manuscrito de León, f.º 212 s.

1. Juan Le Vacher.

2. Esteban de Puget (1644-11 enero 1668).

generales, en donde él aceptó todas las fatigas de los ejercicios con gran alegría.

Era muy devoto de la santísima Virgen, de forma que al ordenarle que se preparase para el viaje no hizo más que una sola visita, en la que yo fui su compañero, a Nuestra Señora de las Virtudes³, donde celebró la santa misa. Con su alegría exterior que a mi juicio brotaba de su alegría interior demostró que, en todas las tempestades que se acercaban, vería en esta Madre santísima y en su Hijo su puerto de salvación.

El señor Barreau lo designa como hombre mansísimo, sin dolo y un verdadero israelita. Es lo que yo también pude apreciar en el seminario, durante todo el viaje y después.

Hizo usted muy bien en nombrarlo nuestro superior durante el viaje. Pero él no quiso nunca aparecer como tal, aunque guardaba y hacía guardar lo que se nos había prescrito, con tanta suavidad y condescendencia que no nos costaba nada seguir sus indicaciones, pues nos contentaba a todos con su mansedumbre, acompañada de aquella sal que pide Nuestro Señor. Así lo pudimos observar en Lión, en donde, mientras cenábamos con tres o cuatro externos en una ocasión imprevista, después de haber tenido con ellos las muestras de atención y de urbanidad acostumbradas, él abandonó la mesa antes de terminar la cena, cuando un capitán alemán hugonote, desconocido hasta entonces, se puso a contar un cuento en descrédito de un religioso; todos acompañamos al padre Dieppe, con gran vergüenza de aquel hereje, que seguramente se mostrará otra vez más discreto.

Sabía que la ambición es la reina de todos los vicios; por eso, abrazando a su contrario, practicaba la pobreza en todo lo que podía. Dejando lo que vi de él en el seminario, ya que también pudieron verlo los demás hermanos, cuando salí de él bien provisto de todo y con la ropa nueva, uno de nuestros padres me hizo observar con gran confusión para mí que él no llevaba más que su sombrero viejo, su hábito y su calzado ordinario y me dijo que cuidara yo de él. Todo lo que se llevó, junto con tres libritos que teníamos en el seminario, fue un breviario viejo y una disciplina, de la que yo me di cuenta en el camino, guardando este mismo espíritu durante el viaje, pues no quiso ser-

3. En Aubervilliers, cerca de París.

virse de su cargo de superior para comprar nada por las ciudades que atravesábamos, y haciendo el camino a pie desde Aviñón hasta Marsella, no ya porque nos faltase el dinero, sino para imitar en algo los viajes de Nuestro Señor.

Alabé a Dios y le di gracias en el servicio solemne que hicimos en seguida por haber querido llevarse consigo al buen padre Dieppe, apenas empezar su carrera. Su muerte ha sido para mí un elocuente sermón. Dios quiere que sepa aprovecharme y que, no contento con vivir en Berbería, muera como verdadero misionero, siervo de Dios e imitador de Nuestro Señor Jesucristo.

Así se lo pido a Dios por medio de las santas oraciones de usted, de quien soy en Nuestro Señor el más obediente hijo,

HUGUIER,
h. i. d. l. m.

1161 [1108,III,452-453]

A MIGUEL THEPAULT DE RUMELIN ¹

París, 7 junio 1640 ²

Señor:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le envío unas palabras de agradecimiento por el gran número de bienes que nuestros misioneros de Tréguier ³ reciben continuamente de usted, su alojamiento, limosnas, consejos y la protección que usted les da; se lo agradezco con el corazón lleno de gratitud y de respeto para con usted, que es la imagen viva

Carta 1161 (CF). — Archivo de la Misión, calcado del original.

1. Miguel Thépault, señor de Rumelin, licenciado en derecho civil y canónico, primer rector de Pleumeur-Bodou y de Plougasnou, luego canónigo de la catedral de Tréguier y penitenciario de la diócesis, fue un gran bienhechor de los misioneros y fundador del seminario de Tréguier. Murió el 30 de agosto de 1677. (Véase el discurso del canónigo Danie en *Annales de la Congrégation de la Mission* 63 (1908) 191-201.

2. San Vicente no regresó a París hasta el 13 de junio (Cf. carta 1164). O la carta está mal fechada o no salió de París. Creemos más probable la primera hipótesis.

3. Aunque aún no se había fundado la casa de Tréguier, los misioneros ya estaban allí para responder a la llamada del obispo, Grangier de Liverdi.

de la caridad de Dios. El padre Tholard ⁴, sin poder contener sus sentimientos, nos lo ha comunicado a nosotros, para que nuestra gratitud acompañe a la suya y nuestras oraciones a las que él reza para su mayor santificación. Así pues, le pediremos a Nuestro Señor que sea él mismo su paga y su recompensa y que nos haga a nosotros dignos de poder hacerle algún servicio. Su divina bondad sabe con cuánto gusto lo haremos. Yo, en particular, le ofrezco mi obediencia, con toda la humildad que me es posible, suplicándole muy humildemente que use de ella en todas las ocasiones y que siga protegiendo paternalmente al padre Tholard y a su compañero, para que ellos puedan atender a los deseos del señor obispo y hacerse útiles a las almas, a cuya salvación desea usted contribuir con tanto celo.

Nuestro Señor me dé parte en sus virtudes y oraciones y me haga digno del honor de ser, en su amor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al señor de Rumelin, canónigo de la iglesia catedral de Tréguier, Tréguier.

1162 [1109,III,453-454]

A RENATO ALMERAS, SUPERIOR, EN ROMA

18 junio 1649.

He visto por sus dos últimas cartas la situación en que se encuentran. No hay que echarse para atrás ni mucho menos, a pesar de las pocas probabilidades de tener éxito; es una nube pasajera; ya llegará el día en que la compañía tenga más crédito y más apoyo y en que los que puedan hacerle algún bien tendrán con ella más caridad que en la actualidad. Los jesuitas tuvieron mucho que tragar en sus comienzos bajo el pontificado de [Pablo IV] ¹, que les obligó a llevar muceta; y tuvieron que

4. Superior de la casa de Tréguier.

Carta 1162. — Reg. 2,230.

1. Nombre omitido en la copia.

llevarla mientras él vivió; pero después de su muerte la dejaron, ya que el nuevo Papa se mostró con ellos más favorable. Sometámonos a la Providencia, que llevará nuestros asuntos a su tiempo y a su manera.

1163 [1110,III,454-455]

A GABRIEL DELESPINEY ¹

París, 19 junio 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Regresé el domingo con buena salud, gracias a Dios. Acabo de recibir sus cartas con gran consuelo y muy agradecido a la divina bondad por el acierto que le da a usted en su gobierno y por el cuidado y diligencia que usted pone en lo que hace. Ruego a Nuestro Señor que todo sea para su gloria y para la santificación de su querida alma.

No ha llegado todavía el señor gobernador de Toul; cuando llegue, iré a agradecerle los favores que le debemos y veré cuál es su parecer a propósito de la evocación. Estoy aguardando la última decisión que han de tomar en este asunto los señores Thélon y Midot. Me he tomado el honor de escribir al primero para contestar a su carta. Habrá que seguir su parecer. ¿Qué hacer entonces? ¿No será mejor fallar con su consejo que correr un riesgo por nuestra cuenta? Me han dicho que está por aquí Plenevaux; me ha encargado de procurar que alguien intervenga para que nos sorprenda en el Consejo, y he hecho algunas gestiones. Creo que es inútil escribir al señor Midot; su caridad le mueve a hacernos todo el bien que puede y él sabe que nuestro agradecimiento será eterno. Dele todos los testimonios que pueda de mi estima y de mi obediencia y dígame a su querida familia que, postrado en espíritu a sus pies, los abrazo con todo el cariño de mi corazón y ruego insistentemente a Nuestro Señor

Carta 1163 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Nacido en Grandchamp (Calvados), entró en la congregación de la Misión el 5 de agosto de 1645, superior de Toul (1648-1652) y de Marsella (1659-1660).

que los llene cada vez más de sus consuelos y de sus luces. Me encomiendo también a las oraciones de todos.

Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Le escribiré a pesar de todo al señor Midot.

Dirección: Al padre Delespiney, superior de la Misión de Toul, en Toul.

1164 [1111,III,455-456]

AL HERMANO SANTIAGO RIVET ¹

19 junio 1649.

Dios sabe el consuelo que he recibido con su carta y que supera todo lo que podría decir. No dude usted de que todo lo que me viene de su parte me llega al corazón, pues sabe usted el afecto que Dios me ha dado por su persona y que ahora ha aumentado mucho más, si todavía es posible, al ver por su carta la sinceridad de su corazón y su fidelidad a Dios, por lo que doy gracias a su divina bondad.

Me parece, hermano mío, que preferiría usted morir antes que dejar a Dios por los hombres, ya que los hombres pasan mientras que Dios permanece. Se trata de una prueba que Nuestro Señor quiere hacer de su firmeza, para darle una mayor participación en su amor. La seguridad que tengo de que es usted necesario en La Rose me obliga a pedirle que vuelva usted allá, una vez recibida la presente, y que me lo comunique apenas llegue.

Carta 1164. — Reg. 2,297.

1. San Vicente se lo había prestado al «obispo de Condom para servirle de ayuda de cámara durante la ausencia» del que ejercía ordinariamente este cargo; este prelado quedó tan contento de él que «quería retenerlo para siempre, y para ello le urgió a que se casara» (Nota del reg. 2).

Me imagino que ya sabe usted el viaje que hice a Bretaña y a Poitou. Esperaba que podría ir a verle, pero la Providencia lo ha dispuesto de otro modo y me ha traído de nuevo a París, adonde llegué hace unos días con buena salud, gracias a Dios. Las casas por donde he pasado me han dado motivos de alabar a Dios por la fidelidad al reglamento que allí se observa y la unión que todos tienen.

Los de París siguen bien, gracias a Dios, y en general toda la Compañía, según me indican. No es que haya por aquí y por algunos que den algo que hablar, pero no hay que extrañarse de ello, ya que entre los discípulos de Nuestro Señor también había defectos.

El cariño de mi corazón me hace hablar de esta manera, a pesar de que no tenía pensado decirle tantas cosas.

Siempre he confiado en sus oraciones. Adiós, mi querido hermano, unámonos mucho a él.

1165 [1112,III,457]

A UN SACERDOTE DE LA MISION

[Por junio de 1649] ¹

Me he estremecido de emoción con el recuerdo del buen padre Dieppe, que ha muerto en Argel ², Nunca pensé que llegara tan lejos el buen olor de sus virtudes. El hermano Barreau me habla de él en su última carta, con nuevos sentimientos de aprecio y de pena, por haberlo conocido lleno de buenas intenciones y muy indicado para el cargo que había empezado a ejercer. ¡Quiera Dios dar a la Compañía sujetos tan inflamados en nuestra querida vocación!

Ruego a Nuestro Señor que sea él nuestra fortaleza para seguir en el cumplimiento de su eterno designio sobre usted.

Carta 1165. — Manuscrito de Lión.

1. Véase nota 2.

2. El 2 de mayo de 1649.

1166 [1113,III,457-458]

AL HERMANO SANTIAGO RIVET

27 junio 1649.

¡Gloria a Dios, hermano mío, y a usted mil bendiciones del cielo por la firmeza que tiene en su vocación, en la que su divina bondad quiere sin duda alguna santificar su querida alma! ¡Qué grande será su consuelo en la hora de la muerte, al haber superado de este modo las dificultades! Ruego a Nuestro Señor que fortifique cada vez más su espíritu, para que le sea siempre fiel.

Ya le he pedido que regrese usted a La Rose y quizá le encuentre allí ya esta carta; en ese caso, alabo a Dios de antemano; pero si sigue usted en Condom, despídase amablemente del señor obispo ¹ lo antes posible, a pesar de que él le diga lo contrario; siempre le estimará al verle tan decidido a seguir la voz de Dios, que le llama a La Rose.

Le aseguro, mi querido hermano, que su hermano ² sigue en Sain-tes, muy contento y como muy buen misionero. Está también con él su hermano menor ³, a quien hemos enviado allá a tomar aires, - ya que no se encontraba bien aquí.

Adiós, mi querido hermano. Le ruego que pida a Dios por mí.

1167 [1114,III,458-461]

A LA MADRE JUANA-MARGARITA CHANU ¹

[Por junio de 1649] ²

Creía, mi querida hermana, que podría tener el consuelo de gozar de su presencia tan estimada, en vez de tener que conten-

Carta 1166. — Reg. 2,298.

1. Juan d'Estrades.

2. Luis Rivet, sacerdote de la Misión.

3. Francisco Rivet, nacido en Houdan (Seine-et-Oise) el 28 de julio de 1628, entró en la congregación de la Misión el 12 de octubre de 1647, hizo los votos el 6 de noviembre de 1650, fue ordenado sacerdote el 1 de abril de 1656.

Carta 1167. — Reg. 1, f.º 6, copia sacada de la minuta autógrafa.

1. El nombre del destinatario se deja adivinar por el contenido. La carta fue escrita, después de la muerte de santa Juana Francisca, a una religiosa de la Visitación profesa de uno de los monasterios de París. Pues

tarme con las cartas que me ha enviado, y que le confieso que me han llenado de tristeza al ver cómo esa persona a la que siempre he visto tan sumisa a la providencia de Dios pone dificultades a la elección que Nuestro Señor ha hecho de ella para la dirección de sus queridas esposas y hermanas suyas de Meaux. Pues creo, mi querida hermana, que esta elección es una verdadera vocación de Dios: 1.º porque se ha hecho canónicamente, ya que se dan en ella todas las condiciones necesarias. Ha sido hecha en presencia del superior con el consentimiento de toda la comunidad, del de su superior, del de la superiora de la casa de aquí, a la que tuvieron que hacer muchas súplicas hasta que le permitió marcharse a usted; que es usted libre, y no necesaria, en el sitio en que está; y que todo esto está en conformidad con sus costumbres, con el santo concilio de Trento, con el parecer de nuestra bienaventurada madre de Chantal y con la práctica ordinaria, sin que se haya oído jamás decir que ninguna de las religiosas de su santa Orden se haya negado a obedecer a Dios en semejantes ocasiones, aunque algunas pusieron dificultades al principio; y eso fue lo que le dio ocasión a nuestra bienaventurada Madre para decir, en sus respuesta a las que se excusaban, lo que dijo sobre la constitución 47, *sobre las elecciones de las superioras*, folio 647, al pie de página. Y ciertamente, mi querida hermana, no es tanto nuestra bienaventurada Madre la que dice esto como el Espíritu Santo, que dice que en la sesión novena, canon 7, que si no hay en un monasterio religioso que tengan las cualidades requeridas para una elección canónica, es posible elegir a otra de la misma Orden.

bien, de las cuatro hermanas que fueron superioras de la Visitación de Meaux de 1641 a 1660 (entre las que hemos de elegir), elegidas todas ellas en las fechas regulares, la madre Chahu fue la única prestada por París a Meaux. Recibida en el primer monasterio de la Visitación en 1621, lo dejó en 1627 para ir a fundar a Dol, en Bretaña, una casa, que luego se trasladó a Caen, en 1631. Los votos de las hermanas de Riom la separaron del monasterio de Caen un año después del final de su segundo trienio. Fue superiora de Riom de 1636 a 1642, de Dijon de 1642 a 1648, de Meaux de 1649 a 1652, de Caen de 1653 a 1659, y murió el 27 de enero de 1660, a los 63 años de edad. Después de salir de Dijon, pasó seis meses en el convento de la Concepción, calle Saint-Honoré, de París para reformar aquella casa *Année sainte*, 785-802).

2. La madre Chahu fue elegido superiora del monasterio de Meaux el 20 de mayo de 1649.

En nombre de Dios, madre, deje que le pregunte lo que va a responder usted a Dios cuando tenga que darle cuentas, en la hora de la muerte, cuando le pregunte por qué no ha obedecido usted a sus reglas, a los consejos de la bienaventurada Madre, a la costumbre invariable de la Orden y, lo que es más, al mismo Espíritu Santo, que le habla por boca del santo concilio. Si usted responde que no le pidieron su parecer antes de aceptar que la pusieran en el catálogo, puede echarme a mí las culpas, que no puse atención en ello, por no haber visto nunca que hubiera que pedir ese parecer a las hermanas de que se trata. Pero mi falta de urbanidad, si hay alguna, mi querida hermana, no le excusará a usted ante Dios. Si me dice usted que la necesita su querido monasterio, le responderé que es verdad que nuestra bienaventurada Madre desea, en sus respuestas, que las superiores de las religiosas tengan esto en cuenta, pero que he visto, por las cartas que usted me escribió el año pasado, que sus queridas hermanas pueden prescindir de usted; y algunas de las que luego me han escrito me indican también lo mismo.

Todas estas razones, querida madre, me obligan a rogarle que haga usted ejercicios espirituales para ello, para pedirle a su divina Majestad fuerzas para obedecerle en esta ocasión, o al menos una hora de oración mental, que le ruego haga sobre este tema, pudiendo también hacer una hora sobre cada uno de los siguientes puntos: 1.º razones que usted tiene para hacer en esta ocasión lo que le gustaría haber hecho en la hora de la muerte; 2.º saber si hay razones para dudar de que no sea voluntad de Dios lo que le ordena su directorio, lo que aconseja nuestra bienaventurada Madre, lo que confirma la práctica de su santa Orden y el concilio de Trento; 3.º mirar en el fondo de su alma y delante de Dios si no tiene usted algún otro designio más que el de obedecer a sus sentimientos antes que a Dios, en cuyo caso le conjuro, mi querida hermana, que pase por encima de sus sentimientos y que le dé a Dios la gloria que le debe dar una verdadera hija de Santa María en esta ocasión. Espero que así lo hará usted y seguiré con la firme decisión de ser durante toda mi vida, en el amor de Nuestro Señor...

Y si dice usted, en su última carta, mi querida hermana, que está dispuesta a partir, pero que se lo impiden los habitantes de allí, en nombre de Dios le ruego que ponga todo su esfuerzo y

no acepte este pretexto para desobedecer a su santa Orden. El señor obispo es demasiado bueno para impedirselo y el señor Duvergier demasiado razonable para no consentir en ello; en fin, aun cuando le cerrasen las puertas de la ciudad, el señor gobernador y su esposa tendrán la discreción suficiente para mandar que se las abran. Nuestra bienaventurada Madre condenaba esos pretextos y se ponía por ejemplo de que, aunque los superiores de las casas la mandasen encerrar en una torre, ella encontraría con la ayuda de Dios los medios para salir de allí y poder obedecer a su superior.

1168 [1115,III,461-462]

A BERNARDO CODOING, SUPERIOR DE RICHELIEU

30 junio 1649.

Cuando estuve en Richelieu me olvidé de dejarle por escrito las materias sobre las cuales han de tratar sus recreaciones; acabo de acordarme de ello y le envió la lista. El medio para servirse bien de ello es que el superior o el que le represente en su ausencia, como el asistente o el más anciano, proponga una dificultad y que cada uno exponga tranquila y sencillamente su opinión sobre el tema, sin replicar a lo que hayan dicho los demás, y que luego el que haya propuesto la cuestión diga su parecer y saque las conclusiones por pluralidad de votos; es lo que hemos practicado aquí muchas veces con gran utilidad y gracia de Dios.

No sé si le rogué que destinase a alguien para hacer compañía al padre..., cuando va a las religiosas. Si no lo hice, le ruego que nombre a alguno para ello y que no permita que nadie salga de casa sin un compañero que sea de la Compañía, no tanto por el peligro como para dar ejemplo.

Carta 1168. — Reg. 2,263.

A LUIS THIBAUT, SUPERIOR DE SAINT-MEEN

París, 3, julio 1649.

Padre:

Ya hace unos quince o veinte días que regresé de París, pero todavía tengo faena atrasada y no he encontrado hasta ahora la ocasión de escribirle. Lo hago para responder a la que usted escribió al padre Lambert.

Vamos a preparar a un sacerdote y a un clérigo, si no tales como usted los desea, al menos de los más apropiados que tenemos. Saldrán dentro de ocho o quince días. Cuando hayan llegado allá, envíenos por favor a los padres Bureau ¹ y Le Blanc ², junto con el hermano José, si es que tiene usted hermanos suficientes y puede prescindir de él. En cuanto al hermano Pascual ³, me gustaría mucho que le escuchase usted y que lo soportase durante algún tiempo, intentando hacerle cumplir con su deber; pero, si es incorregible, no habrá más remedio que despedirle.

Le he dicho a la señorita Le Gras la pena que usted tiene por esa muchacha que ha despedido; en adelante procurará atender sus indicaciones y les escribirá a los padres de las que no le sirvan, antes de su salida. Si no lo ha hecho con ésta, espera que usted reparará su falta y que poco a poco irá amansando a su hermano. La verdad es que es una buena muchacha, pero carece de sentido común en ciertas cosas, lo cual es un gran inconveniente para hermanas que tienen que tratar con el prójimo; por eso la señorita Le Gras se ha visto obligada a despedirla. Esto no impedirá, padre, que sean recibidas más postulantes, cuando usted lo juzgue oportuno y esté seguro de sus buenas cualidades.

Estoy lleno de gratitud a la bondad de Dios por las fuerzas que le da en sus trabajos, por las gracias que derrama sobre su familia y por las bendiciones que otorga a sus misiones; se lo agradezco con todo el corazón, suplicándole que les siga bendiciendo y santificándolos a todos cada vez más.

Carta 1169. — PÉMARTIN, *o.c.*, II, 167 carta 654.

1. Juan Bureau, nacido en agosto de 1609 en Englesqueville (Calvados), entró ya sacerdote en la congregación de la Misión el 7 de octubre de 1639.

2. Jorge Le Blanc.

3. Juan Pascual Goret.

Saludo y abrazo con todo afecto a los padres Serre ⁴, de Beaumont, Le Blanc, Turbot ⁵ y demás, y a usted, padre, de manera especial y con mayor cariño, ya que soy en el amor de Nuestro Señor...

Nos va a ser difícil poder enviarle un sacerdote, ahora que acabo de darme cuenta; en ese caso, le enviaremos dos hermanos. Me alegra mucho ver cuántas personas hay en sus dos seminarios.

1170 [1117,III,464]

**A HUGO PERRAUD, SACERDOTE DE LA MISION,
EN RICHELIEU**

4 julio 1649.

Me alegra mucho saber que está usted dispuesto para salir a tomar aguas; quiera Dios que le devuelvan la salud y que él mismo sea su fuerza para ir, para venir y para usar bien de las dificultades que su Providencia le hará encontrar. Vaya, pues, padre, en buena hora, no ya para buscar la salud, sino para cumplir la voluntad de Dios, y vuelva luego contento lo mismo si sigue enfermo que si recobra la salud, con la esperanza de que Nuestro Señor será glorificado en cualquier caso.

No sé por qué tiene usted miedo de que el superior no le dé lo que pide razonablemente; no querrá seguramente que vaya usted pidiendo limosna, aunque tampoco quiera privarle a usted de aprovechar la ocasión de honrar la pobreza de Nuestro Señor en sus gastos. Entreguémonos a Dios y él será todo nuestro, y con él tendremos todas las demás cosas.

4. Luis Serre, nacido en Epinal, ordenado sacerdote en septiembre de 1643, entró en la congregación de la Misión el 23 de marzo de 1644, a los 26 años de edad; hizo los votos en julio de 1646. Estuvo primeramente en Crécy, de superior (1646-1648); enviado luego a Saint-Méen, pasó allí casi toda su vida de misionero. Dirigió esta casa de 1655 a 1665, de 1671 a 1675 y de 1676 a 1681.

5. Juan Turbot, nacido en Beamesnil (Eure), entró en la congregación de la Misión el 8 de marzo de 1644, a los 23 años hizo los votos en julio de 1646 y fue ordenado sacerdote en marzo de 1648.

Carta 1170. — Reg. 2,298.

1171 [1118,III,465]

A UN SACERDOTE DE LA MISION DE GENOVA ¹

Puede usted sentirse feliz, padre, al verse tan ocupado en su cargo y por consiguiente en el cumplimiento de la voluntad de Dios, sin tener siquiera un poco de tiempo para pensar en usted. Dios ya piensa bastante y se encarga de los asuntos de su alma, mientras usted se encarga de los de su vocación, en la cual le ruego que le bendiga más y más.

1172 [1119,465-466]

A RENATO ALMERAS SUPERIOR DE ROMA

9 julio 1649.

Le ruego, padre, que no se preocupe en lo más mínimo por las dificultades presentes de su fundación. Lo que no se puede hacer ahora se hará luego, especialmente en Roma. Puede usted frenar un poco en sus intentos, pero sin desistir jamás.

Sé muy bien que no podemos seguir pensando en la casa de la que usted empezó a tratar; mire por otro lado y aproveche alguna otra ocasión, si se presenta, aunque sin buscarla por ahora con demasiadas prisas. Lo que más me extraña, padre, es que esos buenos padres ¹, que en otras circunstancias desearon incorporarse a nosotros, se hayan atravesado ahora en sus planes. Me cuesta creerlo; pero aunque fuera verdad, no hemos de quitar nada al respeto y al servicio que les debemos a unos grandes siervos de Dios, como ellos son. Le ruego que les siga demostrando todo el aprecio y la estima que sea posible.

Carta 1171. — Reg. 2,350.

1. La fecha del 5 de febrero 1649 que da el *Recueil des Exhortations et Lettres de Saint Vincent*, segunda parte, 132, no ofrece ninguna garantía; incluso parece totalmente improbable.

Carta 1172. — Reg. 2,230.

1. Los sacerdotes de la congregación fundada por d'Authier de Sigsau

1173 [1120,III,466]

A ESTEBAN BLATIRON SUPERIOR DE GENOVA

9 julio 1649.

No hay remedio, padre; se encuentra usted enfermo, y enfermo fuera de Génova, lejos de todo socorro, en un lugar donde las enfermedades son grandes y peligrosas por la intemperie del aire, tal como usted me escribe. ¡Bendito sea Dios! Sin embargo, usted me oculta su enfermedad y, si el padre Martín no me lo hubiera comunicado, yo no tendría más que el temor de saberle en medio del peligro; pero Dios no ha querido verme sin aflicción, mientras le tiene a usted en el sufrimiento, ya que la santa unión de nuestros corazones no lo permitía.

Al conocer esta noticia, lo que he hecho ha sido presentarle a Dios sus dolores y los míos, pedirle para usted y para mí la aceptación de su voluntad y finalmente su salud, si es para su mayor gloria, o bien un total aprovechamiento de S-I visita. Le he encomendado también a usted a las oraciones de la Compañía con todo el cariño posible, y creo que todos habrán cumplido con este encargo delante de Nuestro Señor, que sabe cuánto le queremos todos y cuánto nos alegramos de que se restablezca usted pronto.

1174 [1121,III,467]

ALANO DE SOLMINIHAC, A SAN VICENTE

Merçuès, 9 julio 1649.

Padre:

Al enterarme por el padre Cuissot de que ya estaba usted de nuevo en París, no he querido tardar en escribirle, después de que las agitaciones que ha sufrido el Estado desde hace algún tiempo me han privado de aprovechar otras ocasiones para ello. Me atrevo a decirle que, si no he tenido la dicha de poder seguir comunicándome con usted por carta, no he dejado de hacer-

Carta 1173. — Reg. 2,219.

Carta 1174. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original.

lo en espíritu. La verdad es que, cuando supe que había salido usted de viaje para visitar las diversas casas, sentí mucho miedo de que se alterase la poca salud que usted tiene en una estación y en un tiempo tan duro como el que ha hecho este invierno. ¡Bendito sea Dios por haberle conservado para su servicio!

Nuestros dos delegados de Chancelade ¹ me llenaron de gozo y consuelo, cuando llegaron a este lugar, al referirme que usted les había dicho en Richelieu que nos haría el favor de visitar su casa de Cahors. No puedo decirle la alegría y el consuelo que esta noticia me produjo. Pensé en aguardarle a usted algún tiempo en aquel sitio, que goza de los mejores aires del reino, para cuidar un poco de su salud y poder charlar un poco con usted de un montón de cosas. ¡Bendito sea nuestro buen Maestro, que nos ha privado de ese consuelo! También me imaginaba que usted se quedaría muy contento al ver nuestro seminario, donde se habría encontrado con 35 seminaristas que le habrían dado una gran satisfacción. Los padres de su Compañía que los han visto dicen que es el más bello del reino y que se observa mejor allí el orden que en París. El padre Cuissot cumple bien con su cargo; es importante que lo deje usted allí.

Me parece que ya le habrá comunicado él que el arcediano mayor de mi iglesia dejó en testamento una finca suya para nuestro seminario, a una legua de Cahors, que es uno de los sitios más hermoso de los alrededores con una casa bastante bien condicionada y provista de todo lo necesario ². Vale seguramente más de ocho mil libras, y ya han entrado en posesión de ella. Tienen como carga, sin embargo, la obligación de mantener a un joven para que sea eclesiástico, etcétera.

ALANO,
obispo de Cahors.

1. Los padres Vitet y Parrot.

2. Por testamento de 1 de febrero de 1649, Claudio Antonio Hébrard de Saint-Sulpice, arcediano mayor de Cahors, entregó al seminario su finca de Cayran, cerca de Cieurac.

A BERNARDO CODOING, SUPERIOR DE RICHELIEU

25 julio 1649.

Sigo pensando en lo que le dije a propósito de los que van y vienen fuera de casa: que conviene seguir la práctica de Nuestro Señor, cuando enviaba a sus discípulos de dos en dos. Le resulta a usted muy fácil, mientras sigue en el seminario interno, dar un compañero a los que salgan para ir a la ciudad o a sus alrededores; incluso esto podrá servir de recreo a los seminaristas, que a veces lo necesitan. Y aunque no tuviera usted el seminario, la cosa merece que le dé a usted una persona expresamente como ayuda en lo posible o para hacer en casa lo que otro tuviera que hacer mientras acompaña a los que salen. Le digo esto por lo que se refiere a los que salen a pie, pues los que tengan que ir a caballo más lejos, bastará con que los acompañe un criado.

No hay que extrañarse mucho de esas pequeñas disensiones que brotan; los mismos ángeles y los apóstoles cayeron en ellas y Nuestro Señor las permite dentro y fuera de las comunidades para mayor bien; pero nos corresponde a nosotros evitar sus tristes consecuencias y procurar la unión de todos lo más íntima y rápidamente que se pueda. ¿Qué pasaría, padre, si todo el mundo aprobase nuestro parecer en todas las cosas y si no encontráramos nunca nada que reprochar en la conducta de los demás? Sería necesario que Dios cambiase la naturaleza humana. Sé muy bien que esos dos padres tienen buena intención y que sabrán mantener la unión entre ellos, si quieren imitar, como estoy seguro de ello, la mansedumbre de Nuestro Señor y la paciencia que tanto nos recomendó.

1176 [1123,III,469]

ALANO DE SOLMINIHAC, A SAN VICENTE

Merquès, 28 julio 1649.

Padre:

Le escribí por el último correo una carta bastante larga. Esta es solamente para decirle que, como no he podido encontrar en este país un eclesiástico con las cualidades requeridas para ser director del monasterio de Ursulinas de Cahors, y sabiendo que usted no deja nunca de trabajar por la gloria de Dios, he pensado dirigirme a usted para rogarle por la presente que me busque uno que tenga todo lo que se necesita para la dirección de este monasterio. Le ruego que se interese en ello lo antes posible y que, cuando lo encuentre, me avise de las cualidades que haya advertido en él... Me gustaría mucho que tuviera al menos la edad de 40 años, con la experiencia suficiente para la dirección de las religiosas y que fuese hombre de oración.

ALANO,
obispo de Cahors.

1177 [1124,III,470-471]

**AL HERMANO FRANCISCO FOURNIER,
CLERIGO DE LA MISION, EN AGEN ¹**

1 agosto 1649.

Mi querido hermano:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me alegra saber que ha ido usted a visitar el seminario de Cahors y que, habiendo quedado edificado del buen orden que

Carta 1176. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original

Carta 1177. — Biografía manuscrita italiana de Francisco Fournier. Archivo de la casa principal de los sacerdotes de la Misión de Roma. El texto de la biografía estaba en italiano.

1. Francisco Fournier, nacido en Laval el 2 de febrero de 1625, entró en la congregación de la Misión el 12 de agosto de 1644, hizo los votos el 24 de septiembre de 1646, fue ordenado sacerdote el 25 de septiembre de 1650, profesor de teología del seminario de Agen (1649-1658) y de

allí reina, se ha decidido usted a restablecerlo en el seminario de Agen, donde está usted de director. Por ello y por la santificación de todas sus acciones, le ruego a Nuestro Señor que le anime de su espíritu. Al ver su corazón tan ansioso y tan lleno de buenas intenciones, he concebido en el mío una estima de usted mucho mayor que la que ya tenía. Siga pues, mi querido hermano, entregándose totalmente a Dios, para procurar su gloria y la salvación del prójimo y para trabajar por el pobre pueblo, formando buenos eclesiásticos que sean la luz del mundo y los dispensadores de los tesoros del cielo y de la tierra. Piense en las obligaciones que tiene usted con Dios, que le ha elevado a un estado tan sublime. Acuérdesse de que los medios para cumplir útilmente con sus obligaciones son la desconfianza de sus propias fuerzas, junto con la confianza en Nuestro Señor que, si hubiera tenido necesidad de la ayuda de los hombres para hacer lograr sus designios, habría puesto en lugar de usted a un doctor y a un santo.

1178 [1125,III,471-473]

A ANTONIO PORTAIL

París, 6 agosto 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le escribo con una pena muy grande y muy sensible como ya hace tiempo que no tenía. Acabo de saber la pérdida que hemos sufrido del buen padre Brunet ¹, tan buen obrero del Señor, tan gran amigo de los pobres y tan esplendorosa luz para toda la Compañía. Pero ya que Dios nos lo ha quitado, hay que adorar

Cahors (1658-1663), secretario general de la congregación (1663-1677), asistente general de 1667 al 4 de abril de 1677, día de su muerte. Se le ha hecho equivocadamente autor de la vida de san Vicente comúnmente y con justicia atribuida a ABELLY; es probable que tuviera cierta parte en la preparación de los materiales, como secretario general; pero a eso se limitó su misión C incluso puede creerse que tuvo más parte en ello el hermano Ducournau (*Notices I*, 247-267).

Carta 1178 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Sobre los detalles de esta muerte véase la carta siguiente.

su -voluntad y permanecer en paz. Lo que más aumenta mi pena es el miedo de que la compañía de allá esté en peligro de enfermedad o de contagio; ¡que Dios no lo quiera! ² La ayuda que podemos proporcionarle en estas tristes circunstancias es pedir a su divina bondad, como yo lo hago y todos los demás conmigo, que sea él su luz y su fuerza; pues no podemos darles ningún consejo, va que no sabemos la situación concreta en que están ni lo que pasa con el mal que ha empezado; además, antes de que usted reciba la presente, espero que habrá dispuesto todo, no sólo para la conservación de la Compañía, sino también del hospital y de las demás ocupaciones. Si las galeras han salido del puerto de Marsella, como nos han dicho, será fácil proveer y atender a lo demás, con la gracia de Dios, a quien se lo recomiendo expresamente, para que sea él mismo su consuelo y el de toda esa familia.

La señora duquesa de Aiguillon tiene que enviarle 500 libras, a saber, 400 por las misas celebradas o por celebrar, según las órdenes que usted ha recibido, y 100 libras para más misas que ella le pide por el alma del difunto señor de la Coste ³. Si tienen ustedes necesidad de más dinero, dígamelo y en seguida se lo enviaremos; si es preciso, venderemos nuestras cruces y nuestros cálices para ayudarles.

Me imagino que ya habrá usted salido par Annecy, junto con el padre Chrétien, según le había indicado, y que habrá dejado usted de superior al padre Le Soudier ⁴, si no le ha hecho actuar

2. La peste de 1649, traída a Marsella por los barcos llegados de Argel y del Levante, causó más de 8.000 víctimas, una sola entre los sacerdotes de la Misión. Duró hasta principios de 1650.

3. Muerto el 24 de julio. Fue de los primeros atacados, y pronto se ocupó de ordenar su conciencia y sus negocios; tuvo fuerzas para dictar su testamento, en el que leemos: «Entrego a la casa de los sacerdotes de la Misión de Francia... la cantidad de 16.000 libras..., para que se emplee su renta anual y perpetua en el mantenimiento del seminario que dichos sacerdotes de la Misión piensan establecer para instruir a los eclesiásticos en todo lo que atañe al perfeccionamiento de su estado... Si dicho seminario no estuviera aún plenamente establecido el día de mi muerte, emplearán... la renta de esas 16.000 libras, parte en tener misiones y remediar las necesidades más urgentes que encuentren en ellas, parte para el mantenimiento de los eclesiásticos que vayan a recibir órdenes en cada ordenación» (*Vie de M. le chevalier de la Coste*, 198-199).

4 Santiago Le Soudier

de otra manera alguna razón especial. Si todavía sigue usted en Marsella y puede desentenderse de ir, le ruego que así lo haga y que atienda a lo que le dije. Le escribo a Annecy por este mismo correo, para que, en cualquier lugar en que se encuentre, tenga usted noticias de mí. ¡Que Dios me haga llegar pronto las suyas, y tan buenas como las deseo!

Iba a acabar sin el pensamiento que me vuelve a la mente del buen señor de la Coste, del que Dios ha dispuesto y de quien yo no puedo hablar más que con sentimientos de estima y de reverencia inexpresables, debido a su piedad, su celo y tantas gracias celestiales de las que estaba lleno. ¡Qué feliz será en el cielo y cuánto hemos de lamentar nosotros la pérdida que hemos sufrido de esos dos grandes siervos de Dios, mientras yo sigo en el mundo, tan inútil como soy! Hasta tengo miedo de que mis pecados sean la causa de esta aflicción. Le ruego, padre, que pida misericordia para mí, que soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

Dígale al padre Le Soudier que nos envíe poderes notariales, según la memoria que le acompaño.

El hermano Alejandro ⁵ le ruega que le traiga una o dos libras de aceite de escorpión, y el hermano Juan Besson también le pide otra cosa. Si puede hacer las dos cosas, hágalas, o aquel que reciba la presente en ausencia suya.

Dirección: Al padre Portail o, en su ausencia, al superior de la Misión de Marsella, en Marsella.

5. Alejandro Veronne

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR EN GENOVA ¹[Por el 6 de agosto de 1649] ²

Nos encontramos en medio de una gran pena por una pérdida importante que acaba de sufrir la Compañía en la persona del buen padre Brunet, del que me ha escrito usted tantas cosas buenas y de quien realmente nunca acabaríamos de hablar bien. Dios ha dispuesto de él el 24 de julio. También ha muerto otro gran siervo de Dios, que se ocupaba principalmente del hospital de presos de Marsella y era algo así como el fundador y protector del mismo. Me refiero al señor caballero de la Coste. Pasó lo siguiente: vino un barco de Argel con la peste y le obligaron a pasar la cuarentena en la rada; durante aquel tiempo murieron todos los marineros y echaron al mar los bustos y los cabos; unos pescadores se encontraron con un colchón que flotaba, lo cogieron, lo secaron, lo utilizaron y murieron de peste; fue a confesarlos el padre Brunet y murieron en su presencia, después de haberles dado la absolución. El padre Brunet se fue al hospital, comió con el señor de la Coste y le contó lo que acababa de hacer; inmediatamente los dos quedaron también apestados. Era el día de santa Magdalena; ambos murieron dos o tres días más tarde, a la misma hora ³. ¡Qué pérdida para nosotros, para el hospital y para toda la ciudad! Pero Dios es el que los ha llamado; ¡bendito sea su santo nombre!

Carta 1179. — Manuscrito de Lión.

1. El manuscrito de Lión no da el nombre del destinatario. Las palabras «el buen padre Brunet, del que me ha escrito usted tantas cosas buenas» designan claramente a Esteban Blatiron, a quien Juan Brunet acababa de dejar para ir a Marsella.

2. Esta carta es del mismo tiempo que la anterior.

3. Hay algunas diferencias de detalle entre este relato y el que nos ofrece RUFFI, en *la Vie de M. le chevalier de la Coste*, 185-186. RUFFI escribe que el 19 de julio «le pidieron al padre Brunet..., que vivía en el hospital, que fuera a las islas a confesar a algunas personas que estaban allí en cuarentena... Fue y, al regresar, confesó también a una pobre mujer, que murió apenas recibida la absolución. Apenas había acabado con este ministerio, se vio atacado por una fiebre tan violenta que le costó mucho llegar al hospital. El mismo señor de la Coste lo condujo a su habitación». RUFFI añade que, sin cuidarse del peligro que le amenazaba, el señor de la Coste atendió a Juan Brunet y contrajo la enfermedad a su lado

1180 [1127,III,475]

A UN SACERDOTE DE LA MISION

[Por el 6 de agosto de 1649] ¹

Antes de responder a sus cartas, permítame que le comunique la amargura de mi corazón. Acabamos de perder en Marsella al buen padre Brunet que, después de haber asistido a bien morir a unos apestados el día de santa Magdalena, se vio atacado también por la enfermedad y murió dos días más tarde. Le han comunicado esta noticia por correo expreso a la señora duquesa de Aiguillon. Lo que aumenta nuestra pena es la preocupación por el estado de aquella pobre familia, que sufre en medio de la aflicción común y que se ve expuesta al peligro de todo el pueblo, que procura ocultarse y salvarse lo mejor que puede.

1181 [1128,III,475-476]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

Sábado [agosto de 1649] ¹

Padre:

La idea que tuvo la señora duquesa de alimentar a los niños con leche de cabra me ha hecho pensar en otro recurso que, si sale bien, podría alimentarlos por un escudo; pero habría que hacer una prueba antes de proponerlo y decírselo cuando lo creyera oportuno su caridad; ya le diré cómo, pues sería demasiado largo decírselo por escrito.

Le ruego muy humildemente, mi veneradísimo padre, que se acuerde de la súplica que ayer le hice y que haga el favor de indicarme si le concede a sor Francisca la jardinera lo que ayer le pidió, y ofrecerle a Dios en el altar la renovación de algunas otras. Le pido su bendición, ya que soy su muy obediente hija y servidora,

L. DE M.

Carta 1180. — Manuscrito de Lión.

1. La misma observación que en la carta anterior, nota 2.

Carta 1181 (CA). — Original en el hospital de Evreux.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

1182 [1129,III,476-477]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Agosto 1649] ¹

Padre.

Después de escribir esta carta ², he creído que sería mejor enviársela a usted, por la necesidad que tiene este asunto de una pronta solución, por ello le envió la de la hermana Juliana ³ que le pondrá al corriente de todo. El padre Lamberto sabe de qué se trata, todo el daño ha venido del apego a los confesores. Es muy necesario pensar en lo que puede hacerse para evitar estas cosas tan desagradables. Siento mucho tener que causarle tantas molestias por mi mala forma de gobernar. Acuérdesse usted de que ya le había hablado de esa pobre hermana joven ⁴ que usted propuso que se la despidiera. Pero está muy decidida a no marcharse y la Renata le ha aconsejado que se deje meter en el coche y que baje un poco después de haber salido. Son personas atrevidas, capaces de hacer mucho daño; y por eso hay que tener piedad de ellas. Yo creo que esta desgracia les ha venido por el atrevimiento suyo de recibir los sacramentos con todas estas malas disposiciones. Que Dios tenga misericordia de nosotros, y que me conceda la gracia de ser siempre, mi queridísimo padre, su muy obediente servido y humilde hija,

L. DE MARILLAC

1183 [1130,III,477-478]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

30 agosto [1649] ¹

Mi veneradísimo padre:

Estaba dudando de si sería necesario acudir a aquel lugar, del que no podría darle a usted cuenta más que cuando tuviera la felicidad de visitarle. Entretanto ha venido a verme el cape-

Carta 1182 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Una carta a Juliana Loret.

3. Juliana Loret.

4. Sor Ana María. La carta de santa Luisa a Juliana Loret (*Lettre de Louise de Marillac*, carta 256) indica el motivo del reproche.

Carta 1183 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha señalada al dorso del original por el hermano Ducournau.

llán de Chantilly, señor Delahodde ² para darme algunas noticias. Parece que está afectada toda la familia, por una parte y por otra. No sé lo que quedará decirnos Dios por este medio. Le ruego muy humildemente, mi venerado padre, que me diga si he de ir a Chantilly para esto; me parece que será necesario.

He sabido que la señora de Romilly ha averiguado que la familia del señor Portier, que vive delante de San Pablo, es como sería de desear ³. Ella se encargará de hablarle de su parte. Le ruego muy humildemente, mi querido padre, que no le hable de cuestiones de dinero, si ella no le habla, dado que los que han hablado con mi hijo de este asunto le han dicho que los padres estaban contentos y que en todas estas ocasiones se acostumbra no hablar con demasiada claridad de lo que cada uno posee, dado que esto podría perjudicar si las cosas no salen bien. Son muy dignas de considerar las esperanzas del futuro, tanto en sus bienes como en sus ocupaciones. No es que yo tenga intención ni deseos de engañar a nadie, ¡Dios me guarde!, pero me parece que los gastos del pasado que han servido para hacer a un hombre capaz de desempeñar un cargo, son dignos de tenerse en cuenta, así como también sus disposiciones para no gastar lo que se tiene, sino más bien para trabajar por adquirirlo; y es lo que yo espero que hará con diligencia, cuando encuentre empleo. Le ruego muy humildemente a su caridad que encomiende a Dios todo este asunto, junto con las necesidades de nuestra compañía, para atraer sobre ellas sus gracias y bendiciones y darme la suya por su amor: en el que soy su muy obediente hija y servidora,

L. DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

1184 [1131,III,478]

A N...

31 agosto 1649.

En esta carta san Vicente habla de los actos de reparación que hay que hacer por la profanación de las hostias que hicieron las tropas en los alrededores de París¹.

2. Las Hijas de la Caridad habían fundado allí hacía dos o tres años.

3. Se trata de un proyecto de matrimonio. Los tratos no prosperaron.

Carta 1184. — COLLET, *o.c.*, I, 479.

1. Durante el asedio de París se habían multiplicado los sacrilegios y profanaciones por los alrededores de la capital. Soldados indisciplinados

1185 [1132,III,479-480]
A LUISA DE MARILLAC

París, 2 septiembre [1649] ¹

Señorita:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Es usted demasiado impresionable por la salida de sus hijas. En nombre de Dios, señorita, esfuércese en adquirir la gracia de la aceptación de tales momentos. Es una misericordia de Nuestro Señor con la Compañía el que la purgue de esta manera, y esto será una de las primeras cosas que Nuestro Señor le hará ver en el cielo. Esté usted segura de que ninguna de las que Nuestro Señor ha llamado a la Compañía abandonará su vocación; ¿y qué pudo usted hacer con las otras? Es verdad que Renata y Maturina se han salido y que Ana María no tardará en hacerlo, por lo visto; dejemos que se vayan; no le faltarán hermanas. El padre Thibault me dice que tiene preparadas tres o cuatro, si queremos que nos las envíe. Le he contestado que decidiremos de esto cuando usted vuelva, si es que no pasa usted por Chantilly; hágalo pues, si le parece bien.

Tuvimos ayer la reunión general; nunca había visto a las damas tan animadas por esta obra buena.

La señora de Romilly me ha hablado del asunto que usted conoce. Me ha dicho que le dará quince mil libras a esa buena señorita y que puede esperar otras tantas a la muerte de sus padres. Le expuse la situación financiera del señor baillí ² en presencia de la señora de Aiguillon, que fue del parecer que sólo se tratase de esas cosas en general, lo mismo que usted. Esta buena señora estaba encargada, por parte de la muchacha. de

entraron en las iglesias, robaron los ornamentos, rompieron los tabernáculos y se llevaron los vasos sagrados con las hostias consagradas. Limeil, Croissy, Férolles, Villabé, Antony y Châtillon-sur-Marne fueron los pueblos que más sufrieron estas tropelías. La Compañía del santísimo Sacramento ordenó una investigación e invitó a sus miembros y a todo el público a hacer actos de reparación; para ello envió algunos misioneros a las localidades más afectadas (Cf. D'ARGENSON, *o.c.*, 106 s.).

Carta 1185 (CA). — Original en las Hijas de la Caridad de Toulouse, calle Mage 2.

1. San Vicente contesta a las cartas 1182 y 1183.

2. Miguel Le Gras, baillí de san Lázaro.

informarse sobre la persona y sobre sus bienes. Vi luego al padre Delahaie y le confíe este asunto; él tendrá que darme informes de su parte.

Esto es, señorita, cuanto puedo decirle de momento, añadiendo que le ruego expresamente que dé gracias a Dios por el hecho de purgar de esta forma a su pequeña compañía; ruego al Señor que la bendiga y quede en su amor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Dirección: A la señorita Le Gras, en Liancourt.

1186 [1133,III,480-481]

AL SEÑOR DES VERGNES

París, 4 septiembre 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Recibí su paquete ¹ con la alegría y el respeto que debo persona y a los motivos de consuelo que contiene. Puede usted creer que le he dado gracias de todo corazón a Dios por las que le concede al señor obispo de Périgueux ² y por los señalados servicios que él rinde a su vez a su divina Majestad. Quedo muy agradecido al favor que me ha hecho de enviarme sus normas sinodales. Las he encontrado dignas de su autor y de un claro presagio de bendición sobre su diócesis. Su piedad y su celo incomparables me han hecho esperar siempre acciones semejantes. ¡Que Dios lo conserve un siglo entero para su iglesia!

Nada digo, señor, a la felicitación que me envía, porque no la merezco de ninguna manera. Estoy seguro de que su vocación es puramente de Dios y no obra de los hombres.

No he tardado un momento en enviar al gacetero su nota sobre la conversión del señor que usted me indica. ¡Quiera Dios

Carta 1186. (CF). — Original en el asilo de san Vicente de Montpellier.

1. Primera redacción: *carta*.

2. Filiberto de Brandon (1648-1652).

bendecir cada vez más los trabajos de ese gran prelado, para que siga dando los mismos frutos!

Ya sabe usted que estamos totalmente entregados al servicio de los señores obispos. Si el obispo de Périgueux nos manda que nos encarguemos de su seminario, le enviaremos los mejores sujetos que tengamos, cuando a él le plazca. Si cree usted conveniente que se lo aseguremos, le ruego que lo haga usted en mi nombre; le repito que lo haga, si así lo desea pero no en caso contrario. Es de desear que estos asuntos se lleven a cabo solamente por inspiración de Dios, más bien que por consejo de los hombres.

Ruego a Nuestro Señor que nos haga dignos del honor de su benevolencia, y a mí, del de ser, en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

En el caso de que el señor obispo crea conveniente servirse de nosotros, convendría que nos pasara aviso dos meses antes de la fundación, para que preparásemos los obreros que él desee.

Dirección: Al señor des Vergnes, oficial de Cahors, actualmente en Périgueux, en casa del señor obispo. Périgueux.

1187 [1134,III,482-484]

AL HERMANO SANTIAGO RIVET

5 septiembre 1649.

He recibido su carta con alegría por una parte, ya que era carta suya, y por otra con pena ante el temor de que sucumba usted a los atractivos que le invitan a abandonar la vocación. Al verle en este peligro, me siento con la obligación de echarle una mano para sacarle de él, como lo hago con mis oraciones y mis cartas. Ya le he escrito dos veces ¹, y lo hago ahora de nuevo, para que regrese usted a La Rose o a Agen. Le he pedido

Carta 1187. — Reg. 2,298.

1. Cartas 1164 y 1166.

al señor obispo de Condom ² que así lo acepte, y él ha consentido en ello, una vez que esté de vuelta su mayordomo. Pues bien, sé que está ya en su casa, mientras que usted, hermano mío, está ausente de ella. ¿Qué es lo que le detiene? ¿No se acuerda usted de las luces que Dios le dio tantas veces en sus oraciones, que le hicieron decidir ante su divina Majestad y atestiguar públicamente a toda la Compañía que moriría usted antes que salir de ella? Y he aquí que a la menor ocasión, en que no se trata de morir, ni de dar la sangre, ni de verse amenazado, se rinde usted sin esa resistencia que merece una promesa hecha a Dios, que es un Dios firme, celoso de su honor y que desea ser servido a su gusto. El le llamó a la Compañía, no lo dude; él le ha conservado en ella a pesar de los esfuerzos en contra de su padre, que le quería retener a su lado; y usted prefirió seguir el evangelio antes de darle gusto a él.

Ha vivido usted entre nosotros con edificación de todos, de forma que Nuestro Señor se ha visto siempre honrado en usted. ¿Desea usted ahora retractarse, abusar de sus gracias, burlarse de su bondad y caer en la trampa en que otros han caído con sus desórdenes? Yo nunca he visto salir de una comunidad a una persona que haya recibido de Dios las gracias que a usted ha concedido su bondad, sin que un mes más tarde no haya sentido en su conciencia los reproches de Dios y mil sinsabores en su propia vida.

Pero yo tengo siempre la intención de dar gusto a Dios, me dirá usted. ¡Ay! Nunca faltan bonitos pretextos; si usted se examina bien, verá usted que no lo hace para ser mejor, más sumiso, más despegado del mundo y de sus caprichos, más humilde, más mortificado y más unido al prójimo por la caridad, de la forma que hay que serlo para hacerse más agradable a Dios. Sin embargo, cree usted, querido hermano, que le sirve y que procura su salvación apartándose del camino de la perfección; es un abuso. Si usted no estuviera ya en este camino de los perfectos, muy bien; pero dice san Pablo que los que una vez han sido iluminados y han saboreado la palabra de Dios, si vuelven a caer, muy difícilmente pueden renovarse en la penitencia ³. ¿Cómo cree usted que podrá conservarse volviendo al mundo, si

2. Juan d'Estrades (1647-1660)

3. Hebr, 4-6

cuando estaba lejos de él le costaba tanto superarse? No es que llame mundo a la casa del señor obispo de Condom, pero no está usted lejos de él y quizás no pueda seguir allí mucho tiempo.

Dios nos deja ir de mal en peor, cuando nos salimos del estado en que nos ha puesto. La difunta reina madre ⁴ le mandó un día al señor cardenal de Bérulle que le enviara un paje que había entrado en el Oratorio. Aquel santo personaje le respondió que no podía quitarle a Dios un joven que se había entregado a él y que no quería ser responsable de su salvación. Yo me he servido de este ejemplo con el señor obispo de Condom para que me excusase de no poder acceder a que siguiera usted con él. No, mi querido hermano, no puedo consentirlo por la sencilla razón de que no es ésa la voluntad de Dios y su alma correría un grave peligro. Si a usted le parece lo contrario, al menos no salga más que por la misma puerta por la que entró en la Compañía: esa puerta son los ejercicios espirituales, que le suplico haga antes de decidirse a una separación de esta importancia. Si no le va bien la casa de La Rose ni la de Agen, vaya a Richelieu; en cualquier sitio será usted bien recibido. La bondad de su corazón ha conquistado todos los afectos del mío y esos afectos no tienen más finalidad que la gloria de Dios y la santificación de su alma. Sé muy bien que así lo cree usted, así como también que soy en Nuestro Señor...

1188 [1135,III,484-485]

**A LA SUPERIORA DEL SEGUNDO MONASTERIO
DE LA VISITACION EN PARIS**

San Lázaro, día de la Natividad de la Virgen.

Ruego a nuestra querida madre la superiora de la Visitación de Santa María del barrio de Santiago que permita la entrada en su monasterio por una vez a las reverendas madres de San Juan y de San José, de la abadía de Montmartre.

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

4. María de Médicis, madre de Luis XIII.

Carta 1188 (CA). — Original en las Hijas de la Caridad de la calle des Bourdonnais, de Versailles.

A RENATO ALMERAS

París, 11 septiembre 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Tiene usted razón en quejarse de lo poco que se reconocen en Francia los servicios de monseñor Ferentilli ¹, pero también se le puede excusar al señor cardenal ², tanto por las preocupaciones que ha tenido con estas agitaciones, como por las que todavía tiene que padecer por los motivos que ya le indiqué anteriormente. La verdad es que no se trata de mala voluntad, va que siempre le he visto atento con dicho prelado; lo que pasa es que las circunstancias no le permiten hacer más.

El primer día que se abra la cancillería espero que se selle la dispensa del señor de La Haye-Aubert, a propósito del vicariato de Aumale; ya le comunicaré lo que cueste.

Estamos aguardando con paciencia esa bendita respuesta del Papa y creemos con fe que con ella se nos dará a conocer la voluntad de Dios; por consiguiente, nos atendremos a ella sin chistar, con su santa gracia. Me gusta mucho que también usted se muestre contrario a la idea de dar dinero para salir adelante en este asunto ³, y que sólo espere en la Providencia para solucionarlo. ¡Dios mío! padre ¡Cuánto me gustaría que la Compañía se afianzase siempre en esta norma, que tiene como fundamento a la fe! Yo no le hablé de esta propuesta torcida más que para decirle que me la había sugerido el señor c[ardenall Gr[imaldi], y puedo decirle con toda sinceridad que me ha edificado mucho la forma con que usted la ha rechazado.

Lo mismo digo de las estaciones que ustedes han hecho a las siete iglesias en reparación por las ofensas que aquí se han hecho al santísimo Sacramento, de lo que le doy las gracias ⁴

Carta 1189 (CF). — Archivo de Turín, original

1. Prelado romano muy afecto a san Vicente y a su congregación.

2. El cardenal Mazarino.

3. Probablemente el asunto de los votos. Los votos de pobreza, castidad, obediencia y estabilidad eran facultativos entre los miembros de la congregación de la Misión. San Vicente intentaba hacerlos obligatorios para todos los que en adelante entrasen en la compañía. Pasarían seis años hasta conseguirlo.

4. Véase la carta 1184, nota 1.

El padre Duiguin, que estaba en Irlanda, llegó aquí hace unos días; dejó en Saint-Méen al hermano Patriarca, que todavía no se ha restablecido de sus trastornos de espíritu, por lo que nos lo ha devuelto el padre Brin, aunque se encuentre bastante mejor. Me dice que ese hermano, con su forma de ser, es de mucha edificación para la compañía, por su cordialidad, su gracia, su comportamiento y por su entrega a Dios. Acabamos de perder a otro por el estilo, que murió aquí hace sólo 3 ó 4 días, después de 18 ó 20 meses de haberlo admitido. Toda la comunidad lo ha sentido y yo sigo aún apenado, aunque en esto como en las demás cosas adoro de todo corazón la voluntad de Dios. Ese buen muchacho se llamaba Simón y era natural de Le Mans ⁵. Le ruego que rece por él y encomiende a las oraciones de todos su alma y la mía, ya que soy en Nuestro Señor su más humilde servidor.

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Dirección: Al padre Alméras, superior de los sacerdotes de la Misión de Roma.

1190 [1137,III,487]

A UN SACERDOTE DE LA MISION DE LA CASA DE ROMA

[1649] ¹

La congregación va creciendo en número y en virtud, gracias a Dios, tal como me parece por las visitas que he hecho y

5. Este hermano Simón no puede ser, si consultamos el catálogo de personal, más que «Simón Busson, nacido en la ciudad y diócesis de Le Mans, de unos 22 años, recibido en París en la cuaresma de 1648». No había ningún otro hermano Simón. La nota biográfica del hermano Busson (*Notices* II, 431-438) está equivocada en dos puntos: no murió el 12 de septiembre y no estuvo tres años en la congregación de la Misión.

Carta 1190. — ABELLY *o.c.*, 2. ed., 146.

1. Fecha impuesta por la frase del santo sobre las visitas que acababa de realizar.

por lo que todos piensan. Sólo yo soy el que va mal, pobre de mí, cargándome continuamente de nuevas iniquidades y abominaciones. ¡Ay, padre! ¡Qué misericordioso es Dios al soportarme con tanta paciencia y longanimidad! ¡Y qué ruin y miserable soy al abusar tanto de su misericordia! Le ruego, padre, que me ofrezca con frecuencia a su divina Majestad.

1191 [1138,III,488]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA

17 septiembre 1649.

Si finalmente ha conseguido usted alojamiento sin pagar alquiler, hay motivos para creer que ha sido por la poderosa mano de Dios y por su bondad especial; porque ¿quién podría vencer sin él tantas dificultades? ¿Y quién podría, sin una gracia particular del cielo, perseverar constantemente en esa empresa, como hacen sus incomparables fundadores? Si las cosas no salen bien después de tantos esfuerzos y oraciones, será una señal evidente de que Dios no lo quiere; por consiguiente, padre, aguardemos el resultado con gran indiferencia.

Le confieso que es difícil que los hermanos se contengan cuando están agobiados de trabajo; en otras partes hay algunos que hacen poco y se quejan mucho, probando la paciencia de sus superiores. Alabo a Dios por la que usted tiene con los suyos, especialmente con el hermano..., cuando dejó pasar su explosión de mal genio. Estoy seguro de que habrá reconocido su falta, pues la paciencia gana más que las reprensiones, aunque a veces sea necesario reprender a su debido tiempo y con la prudencia que Dios le ha dado. ¡Dios mío, padre! Necesitamos la paciencia generalmente para con todos y en todas las cosas, y le doy muchas gracias a Dios por la que a usted le ha dado. Pídasela a Dios para mí, que tanto la necesito, para merecer la que yo le he obligado a tener conmigo durante los 69 años que me tolera en esta tierra.

Carta 1191. — Reg. 2,200.

1192 [1139,III,489]

**A CLAUDIO DUFOUR, SACERDOTE DE LA MISION,
EN SAINTES**

18 septiembre 1649.

Las cartas que de usted recibo me dan siempre un gran consuelo, al ver la buena disposición que Dios le da para con los esclavos y los forzados, que es una gracia tan preciosa que no creo que haya otra mayor en la tierra; esto me obliga a darle gracias a Dios con un doble sentimiento de gratitud al ver la fidelidad de su corazón, que se dobla o se ensancha según la voluntad divina. Pues bien, como el servicio a esas pobres gentes es una vocación extraordinaria, hay que examinarla bien y rogar a Dios que nos dé a conocer si está usted llamado a ella; le pido que así lo haga por su parte y yo procuraré hacerlo por la mía, no porque dude de su decisión, sino para asegurarnos más de lo que Dios quiere. Ahora no es tiempo oportuno para ir: la peste de Marsella ha hecho huir a las galeras y ha dejado el hospital sin enfermos, y la peste que hay en Berbería nos obligará a retrasar el envío de alguien. Así pues, un poco de paciencia en esta espera y una ocasión para merecer mejor la dicha de una ocupación tan santa, aprovechando las otras ocasiones más pequeñas en las que anda usted ocupado, que son sin embargo muy grandes, dado que en la casa de Dios todo es supremo y regio.

1193 [58,XV,76-81]

CARTA DE MARTIN LEVASSEUR A SAN VICENTE

[Roma, 29 septiembre 1649].

Padre:

Sea ésta para informarle en breves líneas de lo más importante que he podido observar en la vida y la muerte del padre Dunotz, y de lo que se dijo en la conferencia que se tuvo sobre

Carta 1192. — Reg. 2,300.

Carta 1193. — Biblioteca municipal de Lión. Manuscrito 1285. Está publicada en *Mission et Charité*, 19-20 (1970) 76-81, n. 58.

este tema. Habría mucho que decir, si quisiéramos concretar las acciones virtuosas de este buen siervo de Dios, pero sólo diré lo que me parece más considerable y edificante.

Se puede considerar a este buen siervo de Dios como sacerdote y como misionero. Como sacerdote, se puede decir que era un verdadero compendio de la idea que san Pablo nos presenta en las cartas a Timoteo y a Tito, pues creo que sería muy difícil encontrar un sacerdote en la vida activa y común como la nuestra, con su misma edad, que practicase con mayor fidelidad lo que este apóstol nos ordena.

En primer lugar, su devoción era sincera, sin relumbrón, sin indiscreciones, substancial y sólida, no ya superficial y tornadiza como la de muchos, que tiene más llama que calor. Su meditación era casi continua, excepto el tiempo que empleaba en la santa misa y en rezar ciertas oraciones vocales que decía cada día, ya que se dedicaba más a la oración que a la especulación. Bien sabe usted, padre, con cuánta atención y fervor rezaba el oficio; todos están de acuerdo en decir antes de su muerte que parecía un ángel en el coro con los demás.

Nunca celebraba la santa misa sin haberse preparado largamente a ella y a ser posible, oyendo otra misa antes; su acción de gracias duraba siempre media hora o tres cuartos, y si no había oído antes otra misa, la oía luego; los domingos y fiestas oía ordinariamente tres.

La piedad y la religión que tenía se demostraba en el cuidado que tenía de la limpieza de la iglesia y de los ornamentos sacerdotales; barría con frecuencia la iglesia y la sacristía y no permitía que otros lo hicieran o le ayudasen, agradeciéndoles que lo quisieran hacer; esto continuó hasta que cayó enfermo, a pesar de que no era el sacristán. También era él quien lavaba los corporales y los purificadores. Cuidaba de que se observasen bien las ceremonias y de que todos tuvieran las manos bien limpias para ello, pues decía que las manos eran los instrumentos del sacrificio de la misa.

En sus estudios sólo pretendía excitarse al amor de Dios y a las demás virtudes, como se ve claramente por los escritos que se encontraron después de su muerte, pues excepto un compendio de teología escolástica y otro de filosofía que había transcrito y algunas pequeñas notas que les había añadido, sólo se ha re-

cogido, desde que estaba en Roma, un resumen de los Comentarios de Menoquio sobre la escritura, que copió durante los primeros meses que estuvo en Italia, y unas pequeñas notas que añadió a un compendio latino de las predicaciones de la Misión y de las Instrucciones de Murcancio, que es todo lo que se ha encontrado, junto con las rimas sobre el Kempis y algunas letanías, a pesar de que me dijo antes de morir que había leído todos los libros que hay aquí, excepto el Ara que sólo había leído en parte, según las dificultades que se le ocurrían; en todo lo que él anotaba de su parte, no hay nada sutil o curioso, sino todo lleno de afectos y devoción y cosas comunes.

En cuanto misionero.

1.º *Un cariño muy grande y extraordinario a su vocación He visto lo siguiente escrito por él: «No te imagines nunca que puedes hacer algo mejor en otra parte». Siempre hablaba con elogios de ella.*

2.º *Es conocida su fidelidad a las reglas; por mi parte estoy seguro de que era el alma de todo el orden de la casa por su buen ejemplo y por el cuidado que ponía de acudir con toda puntualidad a los ejercicios del día.*

3.º *Su fervor: nunca estaba ocioso, sino que se ponía a rezar, o leer, o barrer, o trabajar en el jardín. Estuvo un año entero encargado de despertar por la mañana; lo hizo con tanta puntualidad que, aunque hiciera frío o se le parara el reloj, siempre se levantó a punto. Una vez me dijo como fuera de sí mismo: Homo Del, apprehendo vitam aeternam. Su lenguaje ordinario era de Dios o de la virtud.*

4.º *Su misericordia con los pobres; decía con frecuencia que le resultaba muy difícil vivir aquí por la pobreza de esta gente, que le afligía y entristecía, al ver que no podía atenderles en sus necesidades. Siempre estaba hablando conmigo de cómo se les podría socorrer.*

5.º *Su caridad con Dios; decía muchas veces: «Hemos de morir; ¿qué es lo que hacemos en este mundo?»; deseaba estar en el cielo. Un día me dijo, con ocasión de una falta cometida por una persona, que no podía ver cómo se ofendía a Dios, y que esto le causaba un dolor parecido a como si se le desgarrase el corazón. Me pedía muchas veces que amonestase a los demás*

de sus faltas, y como en cierta ocasión le dijese que era tiempo perdido, me replicó que lo hiciese al menos para no ser responsable ante Dios; que aprobaba plenamente la máxima de los padres jesuitas: «O el orden o la puerta de la calle».

De ahí que en las confesiones se mostrara muy cuidadoso de no dar la absolución más que a los que juzgaba capaces; un día le preguntaron algunos padres de la compañía sobre la opinión de algunos autores acerca de las ocasiones próximas necesarias y presuntamente involuntarias y acerca de las recaídas; él respondió secamente que nunca sería de esa opinión. Hablándome un día de la facilidad de algunos en dar la absolución y en poner penitencias ligeras, me dijo: «Padre, ¡qué difícil es tener verdadera fe de lo que pasa en el sacramento de la penitencia y de la eucaristía y no poner cuidado en que no sean profanadas!» Al comunicarle un día que se murmuraba de él por las penitencias y por retrasar la absolución, me dijo que no le importaba lo que dijeren y que sólo pensaba en Dios. Estaba convencido de que la facilidad de los confesores es una de las mayores ocasiones del desvío de los pueblos. No podía hablar de lo contrario sin demostrar sus sentimientos; sé por experiencia cuánto bien ha hecho esto en algunas almas, que vivían en graves desórdenes, de los que se han apartado por la gracia de Dios.

Una vez que se puso enfermo el caballero Santi, me rogó que lo enviase; como ya había muerto, fue otro, pero no quiso confesarse con él; fui a verlo y me dijo que sentía mucho la muerte de este buen padre, pues, aunque había muchos confesores en Roma y en otras partes, nunca había encontrado en ningún otro tanta claridad de ideas y tanto consuelo.

El se confesaba por su parte con tanta humildad, compunción y santo terror que muchas veces, al oírle, me acordaba de aquel pasaje de la sagrada escritura: Ad quem respiciam nisi ad pauperulum et trementem sermones meos? ¹, y nunca he dado la absolución con tanto gozo y amplitud de corazón, pues me parecía ver en él la gracia, que exteriormente se mostraba en aquel buen siervo de Dios.

Aunque fuera absolutamente necesario, como sucedía casi siempre, que pusiera en práctica la costumbre de la compañía

1. Is 66, 2.

de repetir algún pecado de la vida pasada para asegurar el sacramento, dada la pureza de su alma, además de la penitencia que le imponía, me rogaba muchas veces que añadiese una dura disciplina; eran esas sus palabras.

Su obediencia era quasi modo geniti infantis, sin replicar jamás; me dijo muchas veces que no comprendía cómo a algunos les costaba obedecer, pues él había experimentado que, siguiendo sus sentimientos, siempre se había engañado, pero siguiendo los de los superiores, siempre había podido reconocer la verdad de aquellas palabras: Qui vos audit, me audit. Y repetía aquellas palabras de san Bernardo: Quien sigue su opinión, sigue a falso maestro.

Cuando iba a algún lugar, aunque sólo fuera por media hora, se ponía de rodillas, me pedía la bendición, ordinariamente a la puerta, ante los externos, con tanta humildad y devoción que conmovía a los asistentes. Una persona, al verlo, me dijo: «Padre, ustedes saben en su casa lo que es la virtud; nosotros vivimos como bestias».

Cuando sentía algún escrúpulo, venía a verme y me preguntaba si había pecado en aquello y si tenía que confesarse; cuando le decía que no, iba en seguida a la sacristía a revestirse para la misa.

En lo que atañe a su mansedumbre, nunca disgustó a nadie, y aunque a veces lo reprendí con dureza, nunca dio señales de tristeza o descontento, sino que siempre se humillaba.

Su mortificación era más de admirar que de imitar. Mucho tendría que escribir para exponer lo que sufrió por la castidad. Aparte de las disciplinas ordinarias permitidas, me pedía muchas veces permiso para más. Usó mucho tiempo de ciertos cinturones de espinas, plegados y ajustados a este efecto, aplicándoselos en carne viva; asusta ver las espinas de esos arbustos, pues recogía las ramas de un año; algo parecido a aquello que se dice de santa Teresa, que se disciplinaba con ortigas. Durmió mucho tiempo sobre una tabla dura. Es verdad que no usó estas últimas mortificaciones durante los dos últimos años de su vida, porque se lo prohibieron. Me dijo que con razón se honraba a los santos, pues la virtud es difícil de adquirir y había que sufrir mucho para tener un poco.

Dios le dio en recompensa una gran pureza de cuerpo y alma; en sus últimas comunicaciones me dijo que ya no sentía casi nada de las tentaciones pasadas, y que hacía más de un año que la misericordia de Dios le ayudaba en este punto. Era siempre muy recatado en el trato con las mujeres y nunca se fijaba en ellas.

En fin, su constancia en la virtud perseveró hasta el fin para sellar definitivamente sus buenas obras; al caer enfermo, me pidió la comunión como viático, y luego me rogó que le administrara la extrema unción en la primera ocasión.

Mostró mucha paciencia, sin quejarse jamás, ni lamentarse; sabía que no volvería a levantarse y la mañana antes de morir me dijo que había sufrido extraordinariamente aquella noche, pues Dios le había hecho experimentar como un resumen de todos los males que habían sufrido los santos; poco después añadió: «hasta los santos mártires». No me atreví a preguntarle más detalles, pero pensé que se trataba de alguna visión del demonio. Murió con gran paz y se quedó como un niño en la cuna. Después de su muerte encontré unas notas de protestas ante Dios escritas con su sangre y cerradas con cuidado, para que no se leyesen. Se las envió a usted junto con las rimas que hizo sobre Gerson y el evangelio, pues me parece que son dignas de conservarse. Un capuchino me pidió parte de ellas, pero me excusé diciendo que debería enviárselas a usted. Habrá algunas faltas, pues no pudo revisarlas y sólo los escribía para su consuelo particular. El padre Blosquelet me pide sus notas sobre la escolástica y otro las de la sagrada Escritura, con un resumen de las instrucciones de Menoquio y de las predicaciones de la Misión, de las que ha escrito brevemente los puntos en latín. Me ruegan que se lo concedan, si le parece a usted oportuno.

Esto es cuanto he de decirle del buen padre Dunotz, aunque creo que su humildad nos han privado de conocer muchas de sus acciones, que nos servirían de ejemplo y nos darían mucha edificación, pues puedo decir con verdad y sencillez que, a mi pobre entendimiento, es muy difícil que un hombre pueda llegar en esta vida a mayor pureza e inocencia que este buen siervo de Dios. Por eso creo que está en el cielo, según la sentencia de Nuestro Señor: Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt. Le ruego que pida a Dios por mí, para que me perdone el mal

uso que he hecho de los ejemplos de ese buen siervo de Dios y me conceda la gracia de imitarlo en algo.

Añadiré dos cosas: 1.º se levantaba siempre a media noche para hacer de rodillas una breve oración; y esto con permiso, pues no se le hubiera ocurrido hacerlo de otro modo, por muy grande que fuera su devoción; 2.º era muy reservado en hablar con detrimento del prójimo y no podía oír hablar mal de él, ni siquiera de los vicios o desórdenes de algunas provincias o ciudades, o de algunas profesiones; 3.º decía con frecuencia: «Padres y hermanos míos, el bien que hagamos lo encontraremos de nuevo», cuando daba clase o enseñaba a alguno, o repetía la oración en ausencia del superior, casi siempre decía al final: «El bien que hagamos lo encontraremos de nuevo»; 4.º también repetía muchas veces: «Tengo ganas de morir, tengo ganas de morir»: esto demuestra cuán despegado estaba del mundo y cómo pensaba en la eternidad. Pero ¿cómo podría decirlo todo? Su vida ha sido una continua entrega a Dios y a las obras de caridad con el prójimo; por eso es imposible decir cuánto lo echan de menos los externos y todos los de casa.

Soy, padre, su muy humilde y obediente servidor,

LE VASSEUR,
indigno sacerdote de la Misión.

Desde San Salvador, 29 septiembre 1649.

1194 [1140,III,490-491]

AL PADRE FRANCISCO BLANCHART ¹

San Lázaro, día de San Jerónimo ² 1649

Mi reverendo padre:

Es portador de la presente el señor de Saint-Paul, religioso de su santa orden y hermano del señor de La Bourlerie, sub-

Carta 1194 (CA). — Original en las Hijas de la Caridad de Mil-Hill, Londres.

1. Francisco Blanchart nació en Amiens en 1606. Después de una estancia de corta duración en el convento de Saint-Aicheul (1624), y luego en la abadía de Saint-Vincent de Senlis, entró en la abadía Sainte-Geneviève, que dejó para introducir la reforma y dirigir el convento de santa

governador del rey, que desea pasar un mes en casa de ustedes, para ver sus santas costumbres y practicar las que sean conformes con el proyecto que tiene de vivir y de hacer vivir a una pequeña comunidad en la observancia de las reglas de san Agustín, no ya con toda la exactitud de su santa congregación, pero sí lo mejor que les sea posible. Yo le he hecho confiar en que su bondad le concederá esta gracia. Así pues, mi r[eve-
rendo] padre, le ruego con toda humildad que lo acepte; al hacerlo, contribuirá usted a la santificación de su alma, a la salvación de las que le están encomendadas y obligará a agradecerse a una persona que lo merece y a dicho señor de La Bourlerie, su hermano; le aseguro igualmente, mi reverendo padre, que yo también me sentiré tan agradecido como si me hubiera hecho este favor a mí mismo. Soy su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno superior de la congregación de la Misión.

Dirección: Al reverendo padre abad de la congregación de Santa Genoveva.

1195 [1141,III,491-492]

**A FILIBERTO DE BEAUMANOIR DE
LAVARDIN, OBISPO DE LE MANS ¹**

Octubre 1649.

Monseñor:

Me tomo la confianza de escribirle la presente para ofrecerle con toda humildad y el respeto que me es posible mi perpetua

Catalina de París, y luego el de san Dionisio de Reims. Sus méritos lo elevaron a los más altos cargos: fue asistente, visitador, general coadjutor (18 diciembre 1644) y finalmente abad de Santa Genoveva y superior de toda la orden (febrero 1645). La congregación de canónigos regulares de Santa Genoveva lo tuvo de superior de 1645 a 1650, de 1653 a 1665 y de 1667 a 1675.

2. 30 de septiembre.

Carta 1195. — Reg. 1, f.º 10, copia sacada del original autógrafo.

1. Este prelado estaba todavía disgustado con la actitud de san Vicente, que no quiso recomendarle para el episcopado. Había venido a residir en Le Mans, incluso antes de recibir las bulas. Por eso fue grande

obediencia. Le suplico muy humildemente, monseñor, que la acepte y que le comunique que hay muchos eclesiásticos, incluso de cierta condición, que han pedido los beneficios vacantes que usted concedió desde su consagración, y entre otros el arcedianato y la canonjía que usted publicó, pero que no se dio por no haber hecho registrar en la Cámara de Cuentas su juramento de fidelidad, sin el cual se pretende que no ha podido usted disponer de esos beneficios. El último que me ha urgido para ello es un capellán del rey, que lo solicita para su hermano, y que me ha traído a un doctor de la Sorbona, muy inteligente en estas materias beneficiales, para convencerme de que al rey es a quien le toca conceder esos beneficios. Gracias a Dios, yo me mantuve firme y, según creo, con razón. No obstante, como las gentes que los piden son muchas [y] podrían obtener esos beneficios por otro medio, he creído conveniente, ya que hacemos profesión especial de servir a los señores obispos y sobre todo a los que nos hacen el favor de soportarnos en sus diócesis, como lo hace usted con tanta bondad en la suya, darle aviso de todo esto, para que haga usted registrar su juramento de fidelidad y de este modo quitarles todo pretexto a esas gentes y a otras que podrían aprovecharse de ello.

He tardado un poco en escribirle sobre todo esto, por no saber si le parecería a usted bien que le avisase; pero la importancia de la cosa y el temor a faltarle en lo debido, me han hecho preferir el caer más bien en la temeridad que en la falta de fidelidad al servicio que le debo. Soy, monseñor, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

la extrañeza de San Vicente cuando, al llegar a esta ciudad el 2 de marzo de 1649, supo que estaba allí el obispo. Por medio de dos de sus sacerdotes, le pidió permiso para quedarse siete u ocho días en el seminario. Filiberto de Lavardin, halagado por este proceder, se lo concedió de buena gana y hasta le indicó que se sentiría feliz de recibirlo en su casa. Este se disponía a ir a agradecerse al prelado cuando supo que se había marchado. Filiberto de Lavardin no fue un obispo modelo. Después de su muerte corrió el rumor de que él mismo había dicho que nunca tuvo intención de ordenar a nadie; muchos de los ordenados se dejaron llevar de este rumor y se ordenaron de nuevo. El rumor era falso. (Cf. COLLET, *o.c.* I. 473).

A SANTIAGO CHIROYE

París, 3 octubre 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me alegra saber que ya ha cobrado usted la letra de cambio de 1.500 libras que le envié y que con ellas ya ha pagado usted las cantidades que allí debía, creyendo que las pagaríamos nosotros aquí.

Pero me conmueve sobre todo saber que el señor obispo ¹ no deja jamás de darle dinero. ¡Qué caridad, Dios mío! Tuve la dicha de tratar con el difunto señor obispo de Ginebra ² en varias ocasiones durante su vida. Tenía una bondad tan grande que la de Dios se palpaba sensiblemente a través de la suya; pero ni antes ni después de él he conocido a nadie en quien se manifieste esta misma bondad como el señor obispo de Luçon. Le puse ya unas letras de agradecimiento con ocasión de su último donativo, más para evitar la ingratitud que para demostrarle mi agradecimiento, ya que es tan grande que no podría expresarlo. ¡Dios nos conceda la gracia de rendir a la diócesis de Luçon los servicios que ese insigne prelado espera de nosotros por tantas y tantas razones! Me consuela saber que procura usted rendirle toda la reverencia, la sumisión y la obediencia posible; no tendría usted ninguna excusa, si faltase a tan justo deber.

Le escribo a Richelieu que le manden cuanto antes un sacerdote para la misión del señor Thouvant ³; espero que llegará allá dos o tres días después de que reciban la presente. Antes de que acabe esa misión, pensaremos en la propuesta que usted nos hace a propósito del padre L.; ya le escribiré. ¡Quiera Dios bendecir sus trabajos y su gobierno y hacerme a mí participar del mérito de sus oraciones y santos sacrificios! Saludo cordial-

Carta 1196 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Pedro Nivelles, Obispo de Luçon.

2. San Francisco de Sales.

3. Claudio Thouvant, canónigo arcediano de Aizenay (Cf. carta 948, nota 6).

mente a esa pequeña familia, de la que soy, y especialmente de usted, en el amor de Nuestro Señor, el más humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: Al padre Chiroye, superior de los sacerdotes de la Misión, en Luçon.

1197 [1143,III,494-495]

A RENATO ALMERAS, SUPERIOR EN ROMA

8 octubre 1649.

Monseñor Ferentilli le habló a usted en romano cuando le aconsejó tener ahí hombres de pro; se trataría de una broma. Pues ¿qué? ¿Qué iban a hacer en Roma el padre... y otros por el estilo? No pueden ustedes predicar, ni confesar en casa, ni enseñar a los ordenandos en público. *Cui ergo fini?* ¡Para tener gente de cualidad en el altar y en el refectorio, sacándolos de los cargos que aquí tienen! Ciertamente, padre, eso sería una sangría para la Compañía, y no sé si es posible desearlo delante de Dios. Si se dice que podrán lucir en la parroquia, si alguna vez tienen ustedes una, *¿cui fini* también esto? Además, si no me engaño, en las parroquias de la ciudad se tienen pocos oficios y predicaciones. Y si alguna vez la Providencia nos da alguna ocupación en Roma, ya verá cómo tendremos, de los antiguos y de los no antiguos, personas que pueden hacer mucho bien a la Madre de las iglesias. ¡Dios mío! ¡Tendríamos que proveerle bien!

1198 [1144,III,495-497]

**A MATURINO GENTIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN LE MANS**

París, 12 octubre 1649.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Teníamos ya la palabra del señor canciller ¹ y un decreto fir-

Carta 1197. — Reg. 2.230.

Carta 1198 (CF). — Archivo de Turín, original.

1. Pedro Séguier.

mado por el relator, para detener las diligencias judiciales de Hossard hasta la comprobación de nuestra fundación en el parlamento ²; pero, después de hablar con el señor primer presidente ³, me ha dicho que el propio parlamento casaría todo lo que pudiera venir del Consejo; que dentro de 15 días él rogaría al señor procurador general ⁴ que fuera a verlo y que procuraría decidirle a que diera sus conclusiones, que nos lleva ya negando desde hace dos o tres años. Ya ve usted, padre, cómo todo esto requiere que le dé usted largas al señor Hossard.

¿Cómo podría yo hacer que se pagasen al padre Aubert las 20 libras que le debe al granjero, si ni siquiera nosotros podemos sacarle nada de lo que él está obligado a darnos? Que haga el favor de dispensarnos.

Siento mucho que se haya desviado la ordenación; ruego a Dios que le conceda la gracia de reparar esta falta en la primera ocasión. Escribiré para ver los medios de hacerla como es debido y también para que se haga todo lo posible por el seminario mayor y menor. No le he escrito aún sobre ello al padre L, por que creo que no habrá vuelto de su viaje.

Saludo y abrazo cordialmente a todos ustedes, de los que soy en el amor de Nuestro Señor el más humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Acabo de enterarme de su indisposición; lo siento mucho y lo sentiría más todavía si no esperase que al presente ya estará usted mejor. Así se lo pido al Señor con todo mi afecto; y a usted le ordeno que procure cuidarse bien, sin ahorrar ningún esfuerzo para ello. Espero noticias más recientes del estado de su salud.

2. El parlamento registró el 15 de enero de 1650 las cartas patentes por las que el rey unía a la congregación de la Misión, con fecha de agosto de 1645, el prebostado de la iglesia colegial y real de Nuestra Señora de Cœeffort en Le Mans y los beneficios anejos.

3. Mateo Molé.

4. Blas Méliand.

¿Tienen ustedes sitio y disponen de cien camas para una parte de los ordenandos? Le ruego que me lo indique; ellos tendrán que pagar sus gastos ⁵.

Al pie de la primera página: Padre Gentil.

1199 [1145,III,497]

EL CARDENAL MAZARINO A SAN VICENTE

13 octubre 1649.

Padre:

Le agradezco mucho sus buenos consejos y todo cuanto me dice en su carta del 4 de este mes. He recibido su carta con la confianza y la estima que se merece; realmente no se puede hacer un razonamiento más juicioso ni más lleno de afecto para conmigo. Le doy por ello mil gracias, rogándole que siempre que pueda me siga favoreciendo con sus consejos, prometiéndole aprovechar todas las ocasiones que se me presenten para testimoniarle, mejor que por estas líneas, que soy...

1200 [1146,III,497-501]

**ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA,
A SAN VICENTE**

19 octubre 1649.

Padre:

Hace algún tiempo que le escribí unas cuantas cosas sobre la virtud que había observado en el padre Brunet durante su vida, y quisiera ahora recordar algo más junto con una gran multitud [de actos virtuosos] que le vi practicar y que hubiera anotado y procurado imitar si me hubiera preocupado de mí bien todo lo que debía. Hemos tenido una conferencia sobre este tema y había pensado enviarle todo lo que se recogió; pero las conti-

5. Este último párrafo es de mano del santo.

Carta 1199. — Archivo de Asuntos Extranjeros, *Mémoires et Documents*, France, ms. 264, f.º 487, copia.

Carta 1200. — Manuscrito de Lión, f.º 223 s.

nuas ocupaciones que tenemos no nos permiten hacer nada con tranquilidad, sino siempre con prisas, como lo hago con la presente, suplicándole que se fije más en mi buena voluntad que en mi trabajo. Además, todo lo que pudiera decirle de este buen siervo de Dios no sería más que una sombra comparado con la realidad. Le había pedido al padre Alméras que recogiera los actos principales de sus virtudes, pero me ha respondido que era una petición muy difícil, ya que sus actos de virtud eran tan numerosos y tan excelentes que no se podían encerrar en unas hojas de papel, que sus virtudes podían más admirarse que describirse, ya que eran sólidas y ocultas, y su vida era tan aparente y pomposa como sólida e interior.

Entre otras cosas, me decía, admiraba su gran humildad, su mansedumbre admirable, su resignación y conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas; pero lo más considerable era su continua y uniforme perseverancia en esas virtudes, de forma que, aunque era ya anciano, no lo daba a conocer y no se hacía el emeritus miles, sino que parecía un joven y un seminarista en la práctica de la humildad, de la obediencia y en todo lo demás. Hasta aquí son las palabras del padre Alméras.

He aquí algunas de las cosas que han señalado los padres de Génova en este buen siervo de Dios:

1.º Una profundísima humildad, creyéndose siempre el menor. Sentía un gusto especial en que lo empleasen en los oficios más bajos y buscaba todas las ocasiones de practicarlos. Cuando había que barrer, era ordinariamente el primero y recortaba muchas veces parte de su recreo para ir a la cocina a lavar los platos. Se juzgaba feliz cuando no había nadie para ayudar a misa y podía ayudarla él mismo; si a veces cometía alguna pequeña falta al ayudar, se humillaba en seguida y se echaba a los pies del sacerdote para pedirle perdón. Si notaba que alguno se había manchado de barro, sin que nadie se diera cuenta se ponía a limpiar los zapatos sucios. Recibía con mucha humildad los hábitos que se le daban y recogía él mismo los suyos, para no darles a los hermanos el trabajo de ir a buscarlos. No se quejaba nunca de que la sotana fuera larga o corta o estuviera mal hecho. Cuando salía de paseo con algún compañero, aunque fuera más joven, procuraba siempre cederle la derecha y, si no podía obtener el lugar más bajo, se confundía y se llenaba de vergüenza,

haciendo ver de este modo que obraba así, no ya por cumplir, sino por un verdadero sentimiento de humildad. Esta misma virtud hacía que nunca se le oyerá disputar con nadie. Si a veces en la conversación alguno sostenía una opinión contraria a la suya, condescendía inmediatamente con una graciosa sonrisa sometiendo su juicio al de los demás. Un día, yendo de viaje a pie desde Alet a Marsella, se hizo daño en una pierna cerca de Narbona y, después de haberse quedado allí con su compañero durante ocho días con la esperanza de embarcar, se vieron luego obligados a ir por tierra; como no podían ir los dos a caballo, por no disponer de dinero, y como por otra parte el buen padre Brunet no podía caminar a pie, compraron un borrico para que los llevara con sus manteos, sin montura y sin estribos. De este modo recorrió ochenta leguas. No podría expresarse el gozo que sentía en su corazón y que demostraba por fuera al verse sobre aquel animal, aunque a veces se burlaban los niños corriendo detrás de él, señalándolo con el dedo y gritando a su lado. En las misiones, aunque le doliera la pierna, como es sabido, no quería ir a caballo si no iban los demás; y entonces escogía el caballo peor y el menos preparado, diciendo que le gustaba montar sin silla y sin brida, por los lugares en donde era más conocido, no sin admiración ni extrañeza de quienes lo veían y conocían.

Se puede conocer su gran obediencia por la gran resignación que tenía en ir a cualquier lugar que lo mandasen y en realizar cualquier cargo o misión que le encomendasen. Fue enviado de Nuestra Señora de La Rose a Alet, donde sentía una gran satisfacción por el cariño con que le trataba el señor obispo de Alet¹ y por el mucho fruto que les hacía a las almas. Estuvo allí solamente tres meses y, cuando recibió orden de marchar, no se turbó en lo más mínimo. Fue luego enviado de Roma a Génova, pero apenas llegado le mandaron volver otra vez a Roma. Se mostró siempre indiferente y dispuesto a ir donde la obediencia lo mandara. Un día lo asignaron como compañero a un sacerdote que tenía que salir: creyó inmediatamente que su deber era acompañarlo, a pesar de que llevaba tres días con una gran diarrea; cuando su compañero se dio cuenta, le preguntó por qué

1. Nicolás Pavillon.

no le había avisado de sus molestias; él le respondió que no había creído que tenía que excusarse cuando se lo mandó la obediencia, demostrando de este modo que era grande su obediencia y su mortificación. Se mortificaba mucho en todo; y lo más admirable es que procuraba tanto ocultar su virtud que solamente conocemos una parte de ella.

*Su mortificación lo hacía tan puntual y tan obediente a todas las normas de la casa que daba la impresión de no tener más sentimiento que para obedecer de modo que no parecía estar escrito de él aquel texto de la Escritura: *proni sunt sensus hominis ad malum ab adolescentia*. Era tan mortificado en la lengua que nunca se le vio hablar fuera de tiempo, y seguía muy bien aquel consejo del sabio: *os sapientis in corde suo*. Si la necesidad le obligaba a hablar, lo hacía en voz baja y en breves palabras. Era muy sobrio en la comida: cuando servían frutos nuevos o alguna porción mejor que de ordinario, no lo tocaba, de forma que los hermanos ya lo sabían de antemano y decían: *la porción del padre Brunet quedará intacta*; y efectivamente, muchas veces pasó como ellos decían. Llevaba una cadeni-lla de hierro sobre la carne y decía que era esclavo de Jesucristo. Llevaba al cuello un crucifijo, de medio pie, sin cruz y con tres clavos agudos muy largos, que muchas veces apretaba contra la carne para sentir y honrar los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo, *mortificationem Jesu Christi in corpore circumferens*, según el consejo de san Pablo ², *No se quejaba del frío, ni del calor, ni cansancio, ni de la comida, ni de la bebida, ni de la rama, ni de las incomodidades de su habitación, a pesar de que estaba alojado en un pequeño rincón, debajo de un cobertizo donde sólo había una ventanilla y una silla para sentarse; y nadie se daba cuenta de ello. El no dijo nunca nada de eso y nunca tomó una mesa, hasta que uno de la casa vio que estaba escribiendo de rodillas y le llevó una.**

Si el cielo es la recompensa de los pobres de espíritu, el padre Brunet tendrá una parte en el mismo, ya que no tenía ningún afecto a las cosas de la tierra, como se veía muy claramente. Cuando recibía alguna medalla, un folleto, un rosario o algo semejante para su uso, no lo aceptaba más que con la con-

2. 2 Cor 4, 10)

dición de poder dárselo a otro cuando la caridad lo exigiese. En efecto, daba todo lo que tenía al primero que se lo pedía; cuando le preguntaron por qué daba tan fácilmente las cosas, respondió que un acto de caridad vale más que todos los bienes del mundo. Si por ventura se olvidaba de alguna cosa o la perdía, no se afligía nunca, sino que decía que el que lo encontrase haría mejor uso que él. En cuanto a la forma de los hábitos, tenía la costumbre de no pedir nada ni rechazar nada, demostrando mayor alegría cuando le daban hábitos viejos.

Era sumamente puntual y exacto en la observancia de las reglas. A pesar de que vivía en las habitaciones más apartadas, se encontraba siempre de los primeros en el oficio divino y en las demás acciones de la comunidad. Nunca dejaba pasar un mes, tanto si estaba en misiones como en casa, sin presentarse al superior para tener con él la comunicación interior, aunque muchas veces no sabía qué decir, ya que tenía su vida y su alma muy conforme a las reglas; y apenas oía tocar la campana, se ponía de rodillas y dejaba la cosa comenzada para correr adonde la obediencia lo llamaba.

Su sencillez era extraordinaria, no fingida ni disimulada, de modo que los que lo veían o escuchaban penetraban hasta su corazón. No sabía lo que era la doblez y huía de toda exageración en las cosas que había visto u oído.

¿Y quién podrá explicar su mansedumbre, su benignidad y su cordialidad? Si uno estaba enfadado, necesariamente se aplacaba al ver a aquel buen siervo de Dios. En él se cumplían aquellas palabras de Jesucristo: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram* ³, o sea, según san Agustín, *possidebunt corda humanum vel subjugabunt*. Le gustaba mucho la soledad, por lo que la oración y la meditación le resultaban muy familiares. No se le veía nunca andar de una parte para otra de la casa. Y los que lo necesitaban para algo lo podían encontrar fácilmente, ya que estaba de ordinario en su habitación y casi siempre de rodillas o en pie, leyendo y haciendo oración en la soledad y el retiro. Había adquirido una gran unión con Dios, con el que se entretenía tan frecuente y cariñosamente que se le veía con los ojos bañados en lágrimas y una faz resplandeciente que movía a de-

3. Mt 5, 4

voción. Nunca se le vio triste o melancólico, a pesar de que se presentaban muchas veces ocasiones para ello, según las inclinaciones de la naturaleza corrompida; pero, con la gracia de Dios y la práctica continua de las virtudes, él nunca se turbaba y conservaba su alegría, conformándose en todo con la voluntad de Dios y recibiendo de su mano tanto las cosas contrarias como las favorables.

Acabo, porque me quitan la pluma de la mano, seguro de que todo lo que he dicho es muy poco en comparación con lo que se podría decir. Le ruego a ese buen siervo de Dios que rece por nosotros en el cielo, en donde creo que goza de la gloria que no acaba, en cuyo amor soy, padre, su muy humilde y muy obediente servidor,

ESTEBAN BLATIRON,
indigno sacerdote de la Misión.

1201 [1147,III,502-503]

A GUILLERMO DELATTRE, SUPERIOR DE AGEN

23 octubre 1649.

No creo que el mal sea tan grande en La Rose como dicen; es verdad que algo ha ocurrido en el espíritu del padre..., pero ya está libre de ello. A este propósito le diré, no tanto por éste como por los demás rumores, que me parece que hay algún mal espíritu que le da a usted consejos poco caritativos para crear cierta disensión en nuestras casas y entre nuestros hermanos. Si así es, padre, entréguese usted a Dios para no escucharle; sentirá usted un consuelo tan grande como el que yo tuve al prohibir en cierta ocasión a un criado que tenía antes de nacer la Compañía, que me dijera nada que pudiese causar daño a alguna persona, ya que había notado en él esta inclinación y me había querido dar malas impresiones de un hombre honrado con quien vivía; en adelante ya no se atrevió a venirme con cuentos. Siempre que pienso en ello, siento el corazón lleno de agradecimiento a Dios por esa gracia. Las murmuraciones perjudican muchas veces tanto a los que las escuchan como a los que

Carta 1201. — Reg. 2,300.

las inventan, aunque no hagan más daño que inquietar el espíritu, como lo hacen, y dar motivos de tentación para hablar o escribir de ellas a otros.

Me parece que es el ahorro lo que les permite seguir viviendo. Sé que tienen ustedes poca renta, que las pensiones sólo les ayudan un poquito y que, como la escasez es grande este año, les será difícil salir adelante; pero también sé que, si usted supiese lo poco que podemos ayudarle, tendría usted compasión de nosotros y no pensaría ni mucho menos en pedirnos ayuda. Las pasadas guerras y la escasez presente de casi todo el reino impiden que nos paguen y que podamos incluso tener una pequeña provisión. Seguramente me sentiría más apurado que nunca, si Dios no me hubiese dado un poco de confianza y de sumisión a su providencia, al ver por una parte nuestra pobreza y por otra los enormes gastos que tenemos que realizar. Acomode los suyos a sus fuerzas y no emprenda nada más que lo que pueda hacer. Le digo esto a propósito de los pobres sacerdotes pasantes a los que podría usted sostener. La verdad es que sería estupendo si se pudiera hacer; pero debe usted más bien atender a sus necesidades. No creo conveniente pedirle permiso al señor obispo para ejercer esta hospitalidad; él aprobará de buena gana las propuestas que usted le haga por el bien de su seminario, pero no es muy partidario de ayudar a otras personas que no le corresponden; sin embargo, si usted cree que tiene que exponerle sus necesidades me remito a su prudencia.

1202 [1148,III,503-504]

A MONSEÑOR DIONISIO MASSARI ¹

París, 5 noviembre 1649.

Monseñor:

No puedo expresarle con cuánto gozo y respeto al mismo tiempo he recibido la carta que ha tenido la amabilidad de escribirme, ya que viene de una persona para mí tan querida y a

Carta 1202 (CF). — Archivo de Propaganda Fide, II Africa, n.º 248, f. 120, original.

1. Acababa de suceder a monseñor Ingoli como secretario de Propaganda Fide.

la que tanto venero. Si ya de antes sentía gran aprecio de su Señoría Ilustrísima por las noticias que tenía de sus virtudes, ahora me siento obligado a mayor afecto y gratitud, añadiendo por la presente el ofrecimiento de mi obediencia perfecta, que le ruego acepte de corazón, junto con la de nuestra pequeña congregación, que es toda suya. He rogado a Dios con toda el alma, según sus deseos, que bendiga el cargo tan importante en el que su providencia le ha puesto a usted. Y como he sabido por los nuestros de ahí que su Señoría Ilustrísima, en su entrada en el colegio de Propaganda Fide, había tenido la devoción de mandar tener una comunión general por este fin, para corresponder también nosotros por nuestra parte, he ordenado que también aquí se haga; y todos los sacerdotes de la casa han celebrado igualmente a su intención. Si Dios quiere, renovaremos de vez en cuando estas mismas oraciones, que me parece no podrán ser mejor empleadas que con semejante motivo.

Permítame, monseñor, que le pida para mí la asistencia de sus oraciones y que le asegure que soy y seré siempre su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno superior de la congregación
de la Misión.

1203 [1149,III,504-505]

**A MATURINO GENTIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN LE MANS**

9 noviembre 1649.

He recibido noticias de una de nuestras casas ¹ de que el mal alimento que les dan produce malos efectos en los cuerpos y en los espíritus, de forma que si la persona encargada de la despensa y que con la idea de ahorrar ha llegado a estos excesos económicos, no arregla un poco mejor las cosas, después de

Carta 1203. — Reg. 2,131.

1. Esta casa parece que es la de Le Mans, donde era ecónomo Maturino Gentil.

la advertencia que le hecho y de la carta que le he escrito, me veré obligado a poner a otro en su lugar para sustentar razonablemente a esa familia, lo mismo que se hace en San Lázaro y en los demás sitios; pues si no, muchos se sienten indispuestos. Le digo esto, padre, porque se encuentra usted en el mismo cargo y para que tenga usted cuidado de evitar estos inconvenientes, procurando dar buen pan, buena carne y no vender el vino mejor para dar otro peor, ni exponer a la comunidad a las quejas contra un trato demasiado austero. He sentido tanto las que me han llegado de la casa de que le hablo que temo mucho que también otras me den los mismos motivos de aflicción; espero que no ocurrirá así con usted. Le ruego que tenga cuidado con ello.

1204 [1150,III,505-506]

**ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA,
A SAN VICENTE**

Génova, noviembre 1649.

El señor cardenal¹ ha pasado ocho días con nosotros haciendo los ejercicios espirituales con los misioneros, en número de diez. Es un gran siervo de Dios. Es imposible creer con cuánta exactitud y puntualidad ha observado el orden de los ejercicios, a pesar de ser de una complexión muy débil y de 56 años de edad, pareciendo aún mayor por sus continuos trabajos, tanto corporales como espirituales. Por la mañana hacía oración en común con los demás, de rodillas, sin moverse desde el comienzo hasta el final, aunque otros se levantasen. En cuanto a las demás meditaciones, que cada uno hacía en su habitación, él las hacía de rodillas o, si a veces se sentía un poco cansado, me preguntaba si podía levantarse; yo ya le había dicho que podía hacerlo y que incluso era conveniente que se sentase un poco para no cansarse demasiado; pero él no dejaba de pedirme permiso en cada ocasión, para tener el mérito de la obediencia. Cuando comunicaba los pensamientos y los buenos sentimientos de

Carta 1204. — ABELLY o.c., II, cap. IV, 291.

1. El cardenal Durazzo.

sus oraciones, lo hacía con tanta sencillez, humildad y devoción como cualquiera de nosotros. Apenas oía la campana para el oficio o para los demás actos de la comunidad, lo dejaba todo y se encontraba de los primeros en la capilla. En la mesa quiso ser tratado como los demás; yo le pedí que permitiese que lo tratásemos mejor y finalmente acabó accediendo. Demostraba que no le gustaba que le dieran agua para lavarse aparte, y quería acomodarse a lo que todos hacían.

Al final de los ejercicios le rogué que nos diese a todos la bendición para alcanzar de Dios la perseverancia; no quiso hacerlo, sino que por el contrario deseó que la diera yo mismo. Sin embargo, después de rogárselo mucho, nos la dio. ¡Qué ejemplo de virtud, querido padre, tenemos ante nuestros propios ojos!

1205 [1151,III,506-507]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Entre 1647 y 1649] ¹

Mi veneradísimo padre:

Perdone mi temor excesivo por la cosa que más he temido siempre en la persona de que le he hablado. Las reflexiones que he hecho sobre ello (que aumentan mi dolor) han sido la causa de que no haya sentido en esta ocasión el consuelo que Dios me da por medio de su caridad. Si usted cree que la divina Providencia le ha dado el gobierno de mi vida, en nombre de Dios, mi queridísimo padre, no me abandone usted en esta necesidad; si no, haga el favor de darme a conocer mi engaño, para que no muera impenitente.

Me olvidé de suplicarle humildemente, por amor de Dios, que celebre mañana la misa por mi hijo y que haga lo que

Carta 1205 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original

1. Hasta 1647 santa Luisa escribe siempre *Monsieur* al principio de las cartas a san Vicente; después de 1649, no le llama más que *Monsieur et très honoré Père*, o *mon très honoré Père*, o *mon tres Révérend Père*. Aquí encontramos *Mon très honoré Père* al comienzo y *Monsieur* al final: esto indica el período 1647-1649.

Dios quiera inspirarle para ayudarle a salir de la gran preocupación en que me parece que está, y que a usted le daría gran compasión, si la conociese como yo.

Hago todo cuanto puedo por convencerme de las ideas que usted me hace el honor de inspirarme. He cenado mejor de lo que pensaba y procuraré entregar a Dios lo que me pide en esta ocasión, en la que espero recibir las advertencias que me dé su caridad, que tanto necesito, y ser tanto como Dios quiere su muy obligada hija y humilde servidora.

L. DE M.

Dirección: Al padre Vicente.

1206 [1152,III,507-508]

**AL HERMANO SANTIAGO RIVET,
HERMANO COADJUTOR DE LA ROSE**

13 noviembre 1649.

Recibí su carta y con ella un consuelo que no puedo expresarle, al conocer su regreso a La Rose, adonde le dirijo la presente para decirle que es usted bien venido. Ciertamente, a pesar de lo que me escribieron de usted, siempre he creído que haría lo que ha hecho. El paso ha sido ciertamente peligroso, pero la gracia de Dios le ha mantenido fiel a su vocación, por lo que bendigo mil y mil veces su misericordia. Seguramente habrá hecho usted mucho bien al lado de ese buen prelado ¹, pero hará incomparablemente más, quedándose en el primer estado en que sabe usted que Dios le puso; y aunque aquel señor sea muy virtuoso, sin embargo se habría usted visto obligado a tratar con gentes que no lo son tanto como él, cuyo ejemplo y conversación le habrían hecho mucho daño. Nuestro negocio es el de conquistar el cielo; lo demás es sólo una distracción; vayamos, pues, por los caminos más cortos y más seguros, como son los de la vida retirada, la adquisición de las virtudes cristianas y evangélicas, y finalmente la observancia de nuestro reglamento. Bien, querido hermano, le pido a Nuestro Señor, que le ha conservado en este

Carta 1206. — Reg. 2,301.

1. Juan d'Estrades, obispo de Condom.

peligro, que realice en usted sus eternos designios; sin duda desea elevarle a usted en su casa y hacerle todo suyo en el tiempo en la eternidad. Amén.

1207 [1153,III,508]

A MARCOS COGLEE, SUPERIOR DE SEDAN

15 noviembre 1649 ¹

En cuanto a la alianza eterna que desea usted contraer con Nuestro Señor en la Compañía, me parece muy bien, y así lo deseo con todo mi corazón, que quiere al suyo de una forma que no puedo expresar.

1208 [1154,III,508-509]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Noviembre 1649] ¹

Mi veneradísimo padre:

Siento mucho tener que molestarle tantas veces, pero la imposibilidad de seguir recibiendo más niños nos urge mucho. Hay actualmente siete, con dos nodrizas, que no quieren tomar el biberón y no tenemos ni un doble ² para tomar más nodrizas, ni provisiones de tela o ropa, ni esperanzas de poder pedir ningún préstamo. Haga el favor de decirnos si podemos en conciencia verlos en peligro de muerte, ya que las damas no nos hacen caso ni nos ayudan y estoy segura de que creen que hacemos nuestros negocios a sus expensas, muy en contra de la realidad, ya que del dinero que se decidió que recibiríamos para alimento de las

Carta 1207. — Reg. 2,18.

1. El manuscrito fecha la carta en 1645. Es muy probable que el copista confundiera el 5 con un 9; en efecto, el 15 de noviembre de 1645 Marcos Coglée estaba en Marsella, no en Sedán. Además, no hizo los votos el 13 de diciembre de 1(49)

Carta 1208 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.
2. Pequeña moneda de cobre que valía dos denarios.

nodrizas no nos hemos quedado más que con cien libras. No conozco más que un medio para aliviar a todos los que sufren en esta obra, que es que nosotras, en nombre de la Compañía, presentemos una solicitud al señor primer presidente³ para descargarnos de recibir más niños y decirle que encargue él a quien quiera. Pero sería preciso que las damas aceptasen esta propuesta, para no extrañar a nadie; si no, me parece que estamos en continuo pecado mortal.

Ayer nos trajeron 4 niños; además de los 7 de pecho, tenemos tres recién destetados, encontrados hace poco, uno de ellos enfermo que hay que poner de nuevo con nodriza, si es posible. Si pudiéramos soportar este esfuerzo sin comunicárselo a usted, lo haría de muy buena gana, pero no lo permite nuestra impaciencia. Esas buenas damas no hacen todo lo que pueden; ninguna ha enviado nada, ni tampoco se recibe nada de las de la compañía, dado que la mayor parte de ellas ya han abonado lo del año.

Le ruego a Dios que tenga misericordia de nosotras; empiezo a temer que toda esta miseria se deba a mí, pues soy lo que soy. Sigo siendo, mi veneradísimo padre, su muy obediente y obligada hija,

L. DE MARILLAC

Creo que habría que tener una reunión general. Los recursos del Hôtel-Dieu también van escaseando.

Dirección: Al padre Vicente.

1209 [1155,III,510-511]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Noviembre 1649]¹

Mi veneradísimo padre:

Le ruego muy humildemente a su caridad que me conceda mañana un cuarto de hora, para que pueda recuperar lo que me

3. Mateo Molé.

Carta 1209 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

parece que perdí ayer en una ocasión que me deparó la divina providencia. No sé si la culpa es de mi miedo o de mi orgullo, que siempre me obliga a hablar de mí misma.

He aquí la respuesta de la señora de Romilly. Le ruego se moleste usted en indicarme si he de enviar su carta a la señora presidente de Lamoignon, aun cuando no venga la señora princesa², y si será conveniente invitar a la señora de Brienne, que acaba de regresar a esta ciudad.

Le envió también una pequeña memoria que he hecho, para que haga usted el favor, si le parece bien, de hablar de ello en la reunión, e indicarnos dónde ha de celebrarse, para indicárselo a la señorita de Lamoignon.

Haga el favor de decirnos también si avisamos a las hermanas de Serqueux que nos envíen a la muchacha de que nos hablan. También le mando una carta de los señores de Gien. ¿Qué les diremos? ¿No urge más la señora duquesa de Ventadour?³

Ayer se nos marchó una hermana, con su hábito, sin decir una palabra. Es la de Saint-Cloud. ¿Qué quiere decir esto? ¿No convendrá hacerles a algunas una reprensión seria para que cese esta costumbre? Porque ésta nos pidió en cierta ocasión que la dejáramos marchar; se lo concedimos, pero se quedó por propia voluntad. Me parece que Dios nos habla por medio de estas circunstancias, o para destruir la obra, o para robustecerla. ¿Que-

2. Carlota de Montmorency, princesa de Condé.

3. La duquesa de Ventadour, María de la Guiche de Saint-Gérard, se casó el 8 de febrero de 1645 con Carlos de Lévis, duque de Ventadour, viudo de Susana de Thémines de Montluc, que había legado en testamento 40.000 libras a san Vicente para la fundación de una misión en Cauna (Landes). Al morir su marido (19 de mayo de 1649), María de la Guiche buscó su consuelo en las obras de caridad. Fue una de las principales auxiliares y mejores amigas de Luisa de Marillac. La víspera del día en que ésta entregaría su alma a Dios, acudió a su lado la duquesa de Ventadour, que cuidó de la moribunda con toda la abnegación de una Hija de la Caridad, pasó parte de la noche con ella, volvió después de un breve descanso a su lado y se quedó junto a la venerada enferma hasta el último momento, sostuvo ella misma el cirio bendito (cf. GOBILLON, *o.c.*, 178 y 181). La duquesa de Ventadour fue elegida en 1683 presidenta de las damas de la Caridad. Murió en su castillo de Sainte-Marie-du-Mont, en Normandía, la noche del 22 al 23 de julio de 1701, a los 78 años de edad. Gracias a su generosidad, esta localidad tuvo desde 1655 una casa de Hijas de la Caridad.

rrá pensar en todo ello su caridad y decirme con toda libertad si seré yo el Jonás que es preciso sacar?

Me entrego a Dios para todo lo que le plazca y soy de usted muy obediente servidora y obligada hija,

L. DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

1210 [1156,III,511-512]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[*Noviembre 1649*] ¹

Mi veneradísimo padre:

Siento importunarle de nuevo, pero estamos en una situación en que no tenemos más remedio que conseguir recursos o abandonarlo todo. Ayer fue necesario pagar todo el dinero que teníamos en reserva, unas 15 ó 20 libras, para obtener harina para los niños de Bicêtre, y pedir en préstamo otros dos sacos; de aquí a un mes no esperamos tener ningún ingreso.

Hay en casa 12 ó 13 niños y no tenemos pañales para cambiarles. Es preciso que se haga algo en la reunión de las damas de mañana, como por ejemplo, resolver hacer una colecta en las parroquias todos los domingos, poner algunos cepillos en lugares visibles, hacer que expongan las necesidades los señores párrocos y predicadores y tener en la corte la colecta que se propuso. Creo que, si se le hablase a la señora princesa ² de esta extrema necesidad, nos daría algo. Es una pena que las damas se preocupen tan poco; seguramente creen que nosotras tenemos recursos para subsistir o es que quieren obligarnos a dejarlo todo; por esos motivos me parece que han decidido no hacer nada de nada.

Haga el favor de indicarnos si hemos de enviar invitaciones para la reunión y si le parece bien que invitemos a la señora de Schomberg ³ y a la señora de Verthamon.

Carta 1210 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Carlota de Montmorency, princesa de Condé.

3. María de Hautefort; se distinguió por su gran belleza, que le valió en su juventud las adulaciones de la corte y los favores de Luis XIII. Se casó con el duque de Schomberg, par y mariscal de Francia, conde de

De lo demás que tendría que decirle, sería demasiado largo; procuraré decirle algo mañana un poco antes de la reunión, si tengo el honor de verle. Necesito una especial asistencia de Dios, ya que no veo en todo lo que a mí se refiere más que miseria y aflicción. ¡Bendito sea Dios! Me contento con darle a conocer a usted mi necesidad, pues no tengo más esperanza de ayuda y de consuelo que la de su caridad, de quien la Providencia ha querido que sea la más obediente hija y obligada servidora,

L. DE MARILLAC

Haga el favor de decirme si el tema de la conferencia es el que se propuso, sobre la queja que le expuse de ciertas hermanas, que piden ser cambiadas. Temo que se vaya a los campos.

Dirección: Al padre Vicente.

1211 [1157,III,512-513]

**A JUAN GICQUEL, SACERDOTE DE LA MISIÓN,
EN LE MANS ¹**

5 diciembre 1649.

La dificultad que usted tiene en llevar la cuenta de los gastos de las misiones me obliga a rogarle que se entregue usted a Dios para aceptar cualquier cargo. Debe usted creer, padre, que cumple con su voluntad cuando acepta las órdenes que se le dan, y convencerse de que se aparta uno de esa divina voluntad cuando sigue su propio gusto. Lo mismo podría decirse a propósito de las ceremonias; pero hay más todavía, ya que nos las recomiendan las santas Escrituras, donde van casi a la par con los

Nanteuil. Murió el 1 de agosto de 1691. (V. COUSIN, *Madame de Hautefort*, París 1868).

Carta 1211. — Reg. 2,301.

1. Juan Gicquel, nacido en Miniac (Ille-et-Vilaine) el 24 de diciembre de 1617, fue ordenado sacerdote en la cuaresma de 1642, hizo los votos el 6 de mayo de 1651, superior en el seminario de Le Mans de 1651 a 1657, director de la compañía de Hijas de la Caridad de 1668 d 1672. Se le atribuye un diario muy interesante de los últimos días de san Vicente que se conserva en la casa madre de la Misión.

divinos mandamientos: esto nos hace pensar que Dios es tan honrado por las ceremonias, cuando se hacen con su espíritu, como por la observancia de su ley. Por eso puede usted imaginarse de cuánta importancia es ese ejercicio y cómo es una tentación querer dispensarse de ellas. En nombre de Dios, padre, mantengámonos en la indiferencia; dediquémonos con igual afecto a todo lo que la obediencia nos señala, sea agradable o desagradable. Somos de Dios, por gracia suya; ¿qué otra cosa podemos desear sino agradarle? No es raro que nos contradigan; ¿habría mérito sin ello? ¿Y puede alguien librarse de contradicciones? ¿Habría que desistir por ello de hacer el bien, y un bien como el de glorificar a Dios? La persona de que usted me habla, que critica sus ceremonias, no hace bien en obrar así: pero espero que no lo vuelva a hacer. Le he dicho unas palabras, y cuando tenga ocasión le haré ver mejor su falta.

Le enviaremos a alguien cuanto antes, con la gracia de Dios, para que se pongan ustedes de acuerdo con las mismas ceremonias de aquí, para que en esto como en todo lo demás consigamos la uniformidad.

Alabo a Dios por todas las cosas buenas que de usted me dicen, y que son un ejemplo para todos. Siento el corazón lleno de consuelo por estas noticias.

1212 [1158,III,514-515]

A LUIS RIVET, SUPERIOR DE SAINTES

8 diciembre 1649.

Si me escribe el padre..., aprovecharé la ocasión, al contestarle, para indicarle que no nos da la satisfacción que de él esperábamos y procuraré inculcarle un poco más de sumisión y de indiferencia; pero, como esto es más asunto del Espíritu Santo que de los hombres, que pueden hablar, pero no mover, rezaremos a Dios por ello; así le ruego que lo haga usted, para que él lo atraiga fuertemente a la práctica de las virtudes, sobre todo de la humildad y de la condescendencia, a lo que también contribuirán los buenos ejemplos de usted. Su corrección quizá vaya

Carta 1212. — Reg. 2,108.

para largo, debido a su edad todavía bulliciosa y a la vivacidad de su espíritu; pero ¡paciencia!; esto mismo nos obliga a mayor mansedumbre, con la esperanza de que los años irán apagando los humos de su presunción y el vigor de esas pasiones, tan características de los jóvenes.

Sé muy bien cuánto hay que sufrir en el cargo que usted tiene y le ruego al Señor que le robustezca en medio de las dificultades; en esas ocasiones es donde adquirimos las virtudes; donde no hay esfuerzo, hay poco mérito. Me gustaría que Dios nos diese una gran indiferencia para los cargos. ¡Qué seguros estaríamos entonces de cumplir su santa voluntad, que es nuestro único anhelo, y cuánta paz y alegría tendríamos, según creo! Le ruego que le pida insistentemente esta gracia para mí y para toda la Compañía. Yo le ofrezco con frecuencia su alma, que me es tan querida, ya que es tan buena y tan preciosa a los ojos de Nuestro Señor, en el que soy...

1213 [1159,III,515-516]

A RENATO ALMERAS, SUPERIOR DE ROMA

10 diciembre 1649.

No puedo responderle, a propósito del hermano [Doutrelet] ¹, sino que todavía no sé qué es lo que ha decidido y hasta dónde pueden llegar sus buenas intenciones por la compañía, si es que se ha decidido a quedarse en ella. Le diré, sin embargo, que si su conversión es verdadera y tan intensa que comprende el deseo de morir en su vocación y vivir en ella según nuestras normas, una total sumisión a los superiores y la indiferencia ante los lugares y los cargos, y finalmente el deseo de trabajar incesantemente en la adquisición de las virtudes, si con todo esto le parece a usted que tiene la solidez que es preciso, consiento en que lo retenga usted y lo pruebe por algún tiempo. Y si se decide a salir, no tengo nada en contra de ello, *in nomine Domini*, aunque es menester decirle que firme la revocación de su título al mismo tiempo de salirse. Pero si quiere seguir moviénd-

Carta 1213. — Reg. 2,268.

1. Véase la carta 1119.

dose entre los dos extremos, traficando con Dios y con la compañía, estar fuera solamente con un pie, intentar hacer una cosa y no otra, en una palabra, causándonos trastornos, como ya lleva haciendo desde hace algún tiempo, creo que no hay que esperar más y que debe usted invitarle amablemente a que se retire, procurando que le firme antes una declaración de que, como el título sólo se le dio para que tuviera medios de trabajar en la compañía, no desea servirse ya de él, ni pedir ya nada, una vez que se haya salido. Y si no se lo quiere hacer, no deje por eso de despedirlo, y en ese instante, notifíquese la revocación que hemos hecho de ese título y advierta a las personas a las que él podría dirigirse para que le concediesen órdenes sagradas, a fin de impedir que sea admitido en ellas. También será conveniente que haga al mismo tiempo un proceso verbal de su mala conducta, señalando las acciones más escandalosas que ha cometido y la situación presente en que se encuentra; hágalo firmar por algunos de los padres que estén al corriente de sus faltas. Mire a ver cómo hay que levantar ese acta y pida consejo sobre ello. Si no puedo hacerlo hoy, le enviaré luego en la primera ocasión que tenga la procuración de la compañía para llevar a cabo dicha revocación.

1214 [1160,III,516-517]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Diciembre 1649] ¹

Padre:

Le envió una carta de la señora de Villenant, por la que verá usted lo que he sabido de este asunto ², Lo que más me preocupa es la dificultad que tienen las viudas para deshacerse de su oficio después de la muerte de su marido, el dinero que hemos de encontrar para pagar las costas y la tasa de los beneficios eventua-

Carta 1214 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Poco antes de la boda de Miguel Le Gras, su madre procuraba asegurarle una situación honorable. El proyecto del que habla en esta carta no resultó. Hubo que buscarle otra cosa. Renato Miguel de la Ronchemaillet, tío de la prometida de Miguel, consintió en cederle al joven el oficio de consejero en la corte de la moneda.

les o la dificultad para obtener ese cargo que me dijeron que se podía conseguir; y además, la señorita que lleva entre manos el negocio me ha dicho hoy que lo que urgía la resolución es que la persona que andaba en tratos se ha marchado a su país y que se alegraría mucho, a su vuelta, de encontrar ya las cosas resueltas. Esto me da un poco de temor de que se pueda romper con nosotros. Si así es, no sabría qué decir.

Todas estas dificultades proceden en el fondo de la falta de experiencia de mi hijo; pero necesita un estímulo para que se dé cuenta de las cosas y se ponga a trabajar un poco por su cuenta. Tiene, lo mismo que yo, un espíritu perezoso y para actuar necesitamos que nos empujen, bien sea con la necesidad de las cosas, bien incitando nuestro amor propio que, en esos casos, se atreve a emprender incluso las cosas más difíciles.

Cuando vio los artículos ³ el señor de Marillac ⁴, se dio cuenta de que había algunas cosas que arreglar, pero no me ha aconsejado romper sino que hiciera algunas peticiones nuevas, ya que ve en este asunto grandes ventajas para nosotros.

Si se acercase usted el sábado por la mañana por estos barrios, le ruego muy humildemente que me lo comunique; ese día es cuando tienen que venir el tío ⁵ y la muchacha ⁶ y creo que habrá que decidirlo ya todo. Sus consejos me ayudarán mucho en la resolución que haya que tomar. Le ruego muy humildemente que me los dé de parte de Nuestro Señor, por el que soy su muy humilde hija y obligada servidora,

L. DE M.

Dirección: Al padre Vicente.

3. Los artículos del contrato matrimonial.

4. Miguel de Marillac, consejero del parlamento

5. Renato Miguel de la Rochemaillet.

6. La señorita Gabriela Le Clerc, hija del señor de Chennevières y de la difunta señora Musset de la Rochemaillet.

A SIMON LE GRAS, OBISPO DE SOISSONS

París, 15 diciembre 1649.

Monseñor:

Recibí su carta y sus órdenes como si me hubiesen venido de parte de Nuestro Señor. Estoy de acuerdo con usted sobre la abadesa de Biaches ¹, sobre la que ya antes opinaba lo mismo, poco más o menos por las mismas razones que usted me hace el honor de indicarme, tanto por los que me han hablado de ella, como por ella misma, a fin de que desista de Saint-Jean-des-Bois ² y se decida a aceptar Argensolles ³. Está ya decidida a hacerlo así, con la condición de que den su consentimiento para ello la abadesa de Argensolles y sus religiosas. Yo le dije que lo intentaría y, en efecto, se lo propuse inmediatamente después al señor de Montmaur, cuñado de dicha abadesa de Argensolles ⁴, exponiéndole a fondo las ventajas de este asunto, para que él intercediese ante ella, como me lo ha prometido. Después me ha dicho que ha tratado este tema con una religiosa de la orden, que lleva los asuntos de dicha dama y que le ha rogado que vaya a Saint-Germain para hablar también con ella; estamos aguardando la respuesta.

Entre las dificultades que dicho señor de Montmaur prevé que nos pondrán dichas religiosas de Argensolles, la principal es el temor que ellas tienen de que, al entregar su casa a unas religiosas de una orden parecida, algún día quieran pasar de huéspedes a propietarias y que entonces les discutan a ellas una posesión a la que no tienen ningún derecho. A esto le he respondido que se hará un documento tan auténtico como jamás se haya hecho, que será homologado en el parlamento y en todos los si-

Carta 1215. — Bibl. de Saint-Genevieve, ms. 3251, f.º 323, copia. La ortografía de la copia indica que el original era todo él autógrafo del santo.

1. Blanca de Estourmel. Gobernó el monasterio de Biaches, en la diócesis de Noyon, de 1614 a 1664.

2. En el Oise, cerca de Compiègne. Saint-Jean-des-Bois y Argensolles eran de la diócesis de Soissons.

3. Argensolles está a una legua de Epernay. El monasterio estaba entonces dirigido por Claudio de Buade (1630-1681). Pertenecía, como el de Biaches, a la orden del Cister.

4. Inspector de hacienda.

tios que sea menester, en el que declararán que no entran en el monasterio más que como huéspedes, obligándose a salir de él cuando Dios quiera darnos la paz.

Me tomaré el honor de seguir más adelante exponiéndole cómo va el asunto, en el que siento un interés especial, porque me ofrece la ocasión de prestarle un servicio y obtener así su bendición, que le pido, monseñor, humildemente postrado a sus pies, suplicándole que crea que no hay ningún sacerdote en su diócesis que esté dispuesto a rendirle su obediencia y su sumisión más cordial como yo deseo hacerlo, siempre que se me presente la oportunidad; es lo que deseo, quedando en el amor de Nuestro Señor su muy humilde y obediente servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

1216 [1162,III,519-520]

A BERNARDO CODOING, SUPERIOR DE RICHELIEU

15 diciembre 1649.

Después de leer la carta que ha escrito usted al padre Lamberto, aprovecho la ocasión para decirle que no hemos de mezclarnos en los asuntos del señor duque ¹: 1.º porque esto les daría celos a sus administradores de ahí; 2.º porque nos obligaría a importunar a la señora duquesa ², que se quedará muy edificada si la dejamos en paz; 3.º su predecesor ³ dio motivos para pensar que lo favorecía demasiado la señora duquesa, atrayendo sobre él y sobre la compañía la malquerencia del pueblo y la envidia de los principales de la ciudad; 4.º nuestra profesión nos debe apartar de todos los negocios seculares. Además, si no me engaño, el procurador de que usted habla vino a verme cuando estaba en Richelieu y me pidió esa misma asistencia, pero me

Carta 1216. — Reg. 2,178.

1. Armando Juan du Plessis, duque de Richelieu, sobrino de la duquesa de Aiguillon.

2. La duquesa de Aiguillon.

3. Dionisio Gautier.

enteré de que había motivos especiales para no acceder a su petición. Por eso, padre, no hable usted de ello más que como una simple propuesta, y sólo para no dejarle mal al negarse a escribir en su favor; le digo esto solamente por él y porque podrían presentarse otras ocasiones parecidas. Cuando somos nuevos en un sitio y en un cargo, necesitamos siempre algunas advertencias.

Le diré también, padre, a propósito de la sustentación del predicador, que no es éste el mejor tiempo para quejarse y mucho menos para cargar con ella a los habitantes, no sea que se confirmen en la opinión que tienen de que somos personas avaras y nos reprochen que la casa tiene muchas rentas y que, si recibimos gratis a otras personas que acuden a hacer retiro, bien podemos hacerle este favor a un pobre capuchino. Con el tiempo ya veremos si es posible procurar a la fábrica algunos fondos para esto y para todo lo demás. Entretanto le ruego expresamente que deje las cosas como están, sin cambiar ni introducir nada nuevo. Tengo motivos para ello.

Esto le servirá de respuesta a la idea que me propone de hacer una cueva, un allanamiento de tierras, etcétera. No es que no haya que hacerlo con el tiempo, pero no ahora; antes lo que hay que hacer es obtener la amortización del señor.

1217 [1163,III,521-522]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Mercurès, 15 diciembre 1649.

Padre:

Después de darle mil gracias por el interés que ha puesto en hablar con el señor canciller para exponerle las razones que le pueden mover a concederme el favor que le he pedido, y después de suplicarle que siga intercediendo por el mismo asunto

Carta 1217. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original

ante la reina, he de decirle que considero ya mi avocación tan segura como si la tuviera entre las manos, ya que sólo se necesita para ello un mandato de Su Majestad al señor canciller y no habiéndome negado jamás nada de cuanto le he pedido, cuando se trataba de favorecer a otras personas, ¿cómo podría dudar de que me va a negar esta gracia que le pido para mi querida Esposa, después de haber hecho y sufrido tanto por el servicio del rey y de Su Majestad, pudiendo decir con toda verdad que, desde el comienzo de estas agitaciones hasta ahora, no he dejado pasar ninguna ocasión sin esforzarme y trabajar por él? Ni siquiera he esperado a que se presentase la oportunidad, sino que yo mismo la he buscado y me he opuesto firme y constantemente a todo lo que veía que era contrario al servicio de sus majestades. Si después de todo esto, ella me negase su protección en esta situación tan apurada en la que me veo, no podría creerlo.

Recibirá usted de mano de mis delegados una copia de nuestra conferencia, que no he enviado todavía a ninguno de los prelados que asistieron a ella, más que al señor obispo de Périgueux, pues no he tenido tiempo de repararla y examinarla; lo haré después de salir de los ejercicios que voy a empezar ahora mismo. He añadido, después de habérsela enviado, al comienzo del artículo sobre la visita, las frases que verá usted en la nota que acompaño, y que he creído conveniente insertar por estar en conformidad con los concilios y con los santos decretos. Verá usted cómo se ha decidido que se funden seminarios y que los que no puedan hacerlo, envíen a los eclesiásticos de su diócesis a la más cercana. Por lo que se refiere a su dirección, siempre hemos estado de acuerdo en que se les confíe a ustedes. Estuvimos también de acuerdo en que había que fundar un colegio o casa para recibir a las personas que se entreguen al servicio de Dios para ser educadas en la piedad y en el espíritu de la iglesia durante sus estudios; también yo dije entonces que había que confiar su dirección a los suyos, señalando varias razones para ello. Por eso toda la reunión aceptó esta propuesta, etcétera.

ALANO DE SOLMINIHAC
obispo de Cahors

1218 [1164,III,522]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Diciembre 1649] ¹

Padre:

Creo que se acordará usted que le hablé de esa buena muchacha de Saint-Cloud para la que es esta carta que le ruego baga el favor de leer. La divina providencia no ha permitido que pueda vender sus heredades; pero las ha entregado en renta a su hermana que es de confianza y que tiene que darle por ellas treinta escudos anuales. Nuestras hermanas la aprecian y no tienen inconveniente en recibirla si le parece bien a usted.

Nos gustaría mucho saber si nuestras pobres nodrizas podrán recibir algún dinero estas fiestas y si los pobres niños que están criando tendrán que destetarse, por falta de dinero, para atender a los que nos traigan nuevos. Haremos por ellos todo lo que se pueda, si sacamos alguna cosa; pero la ayuda tarda en llegar.

Tenemos mucha necesidad de la bendición de Dios en el asunto de mi hijo ² que, según creo, irá a verle a usted, tomándose la libertad de ir a pasar la noche en casa de ustedes, por temor a un mal encuentro. El le expone los aspectos enojosos de este asunto, que yo creo ha sometido siempre a la voluntad de Dios, era la que tengo el honor de ser, padre, su muy obediente y obligada hija y servidora,

L. DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente.

1219 [1165,III,523-524]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Diciembre 1649] ¹

Padre:

Le ruego muy humildemente que encomiende a Dios nuestro asunto ², He encontrado a los señores de Marillac ³ muy dispuestos

Carta 1218 (CA) — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Véase carta 1216. nota 2.

Carta 1219. — Archivo de la Misión, copia sacada en casa de Julián Durand, boulevard Saint-Germain 263, París.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. El empleo que santa Luisa deseaba para su hijo.

a atendernos; pero la religiosa cree conveniente que vea a la señorita de Atri⁴ para recordarle los servicios que le hizo el difunto señor Le Gras a su difunta madre, e intentar que tenga alguna consideración con mi hijo, lo mismo que el señor conde de Maur⁵; por eso le ruego que me permita ir a Port-Royal con su señora esposa, que desea venir a buscarme mañana o pasado mañana.

Tengo miedo de que la señora de Herse haya apartado a las damas de ir a la reunión con la propuesta que ha hecho de aportar dinero. Me parece que sería necesario que diera a entender que no se trata de que den de su bolsa, y que no se desea obligar a nadie.

Cuanto más pienso en lo que se debe, más miedo tengo de que las cosas se vengan abajo. Las nodrizas empiezan a amenazarnos y a traernos a los niños, y las deudas se multiplicarán hasta tal punto que no queda ya esperanza de pagarlas; y luego la gente huirá de la-compañía más que de la moneda falsa.

Estoy pensando en esa pobre mujer embarazada. Creo que podría ser recibida ahora; si le parece bien que hable de parte suya con la reverenda madre priora⁶ y con la señora Le Vacher, lo haré con mucho gusto.

No tengo tiempo para ir a ver al señor Desbordes⁷, como me había propuesto. El señor de Marillac me dice que es urgente. Si no fuera porque este asunto está en manos de la divina providencia, tendría mucho miedo.

Ya sabe usted cuánto necesito las gracias de Dios para ejecutar sus deseos. El desea que ponga toda mi voluntad y todo lo que puedo en manos de usted para que se lo ofrezca todo; así lo hago especialmente en este asunto, como en todos los demás,

3. Juana Potier, esposa de Miguel de Marillac, y María de Creil, viuda de Renato de Marillac, religiosa entonces del Carmelo.

4. María Angélica de Atri, hija de Genoveva de Attichy. El marido de Luisa de Marillac había hecho mucho por los Attichy, después de la muerte de sus padres. «Lo empleó todo, escribe la santa, su tiempo y su vida, en el cuidado de los asuntos de su casa, descuidando por completo los propios».

5. Esposo de Ana de Attichy, tía de la señorita de Atri.

6. La priora de las agustinas del Hôtel-Dieu.

7. Vizconde de Soudé y auditor de hacienda.

para que cumpla sus santos designios sobre aquella que es, por su gracia, su muy obediente servidora y obligada hija,

LUISA DE MARILLAC

1220 [1166,III,524-525]

A LUISA DE MARILLAC

San Lázaro, jueves, a las once [diciembre 1649] ¹

Señorita:

Tiene usted motivos para temer algo sobre la cuantía de las rentas de ese oficio. Lo que me hace decirle esto es que ya hace mucho tiempo que está vacante y que quizás esto se deba a que no hay ningún negociante que lo haya querido comprar. Probablemente lo desean vender, porque pertenece a varios; no sé si será de los de nueva creación, que hay muchos que nos los quieren comprar, será conveniente que se informe usted bien de ello. La señorita Lunis tiene un sobrino de su difunto esposo, que es también de la casa de la moneda, llamado señor Cocquerel y que, por mediación de dicha señorita Lunis, podrá decirle de qué clase es, lo que cuesta, qué cargas tiene, cómo se paga, si no tiene deudas anejas y si vale la pena.

La obra de los niños está en manos de Nuestro Señor. El viernes veremos qué pasa con la propuesta de la señora de Herse ², Sobre las injurias que puedan llover sobre la compañía, puesto que se trata de hacer el bien, no tienen que importarnos.

Haga el favor de hablar con esas religiosas del Hôtel-Dieu en favor de esa pobre mujer, que no está todavía en la ciudad y que llegará dentro de diez o doce días.

Carta 1220 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Esta carta responde a la anterior.

2. Según BAUNARD, *o.c.*, 399, El discurso tenido en esta reunión estaría relacionado con la conmovedora peroración tantas veces y tan justamente citada como un modelo de elocuencia: «Bien, señoras, la compasión y la caridad, etcétera», sería también éste el discurso del que se nos ofrece un resumen en la colección de *Lettres de Louise de Marillac*, 449 S. Esta doble afirmación nos parece gratuita e incluso errónea (Cf. P. COSTE, *Saint Vincent de Paul et les Dames de la Charité*, Paris 1917, 32, nota 2)

Hará usted bien en ir a ver a la señorita de Atri.
Ruego a Nuestro Señor que bendiga sus trabajos y su asunto.
Soy su servidor,

V. D.

Dirección: A la señorita Le Gras.

1221 [1167,III,525-527]

A BERNARDO CODOING, SUPERIOR DE RICHELIEU

18 diciembre 1649.

Creía que el hermano Admirault ¹ se atendería a lo que le dije por medio del padre Benito ², que nosotros seguimos el consejo del evangelio de no volver a casa de nuestros parientes después de haberlos dejado para seguir a Nuestro Señor. Ya sabe usted lo que él dijo sobre este asunto y cómo no quería que sus discípulos volvieran a su país; él veía inconvenientes para los suyos, y nosotros los hemos visto siempre para los nuestros en parecidas ocasiones. Si me pregunta usted, padre, por qué le hemos dejado ir a usted, le responderé que lo hemos hecho porque usted no nos lo pedía y de este modo usted fue allá por obediencia. Además, hay mucha diferencia entre usted y una persona joven; usted es mayor y, por así decirlo, confirmado en la compañía; él es más bien frágil y novato. Le ruego, pues, que le desaconseje esta visita y que les quite a sus parientes esa esperanza.

Carta 1221. — Reg. 2,302 y 178. El segundo fragmento empieza con las palabras *¿No es posible, padre, devolverle...?* El fragmento que aquí ponemos en primer lugar será anterior o posterior al segundo en el original? No podríamos decirlo.

1. Claudio Admirault, nacido en Chinon, entró en la congregación de la Misión el 20 de septiembre de 1648, a los 16 años de edad; hizo los votos en 1651, fue ordenado sacerdote en diciembre de 1656, enviado al seminario de Agen, superior del seminario en Montauban de 1665 a 1675 y de 1686 a 1690, y del seminario de Agen de 1690 a 1694.

2. Benito Bécu.

¿No es posible, padre, devolverle al padre Cuisot ³ el hermano que les prestó? Esa palabra de *prestar*, ¿no obliga a la restitución? Y si usted se lo prometió, ¿no está doblemente obligado a cumplirlo? No vale decir que le dejó usted a Robin ⁴, ya que él no deja de reclamar a Bernardo ⁵. Tienen que guardar ustedes dos la buena fe. Por mucha necesidad que la casa de Richelieu tenga de ese hermano, la verdad es que pertenece a Cahors, que por otra parte necesita también mucha gente. Ya sabe usted que hay allí unas 40 personas y solamente 3 ó 4 hermanos, mientras que ustedes tienen 5 por lo menos. Si necesitan más, tome un criado y deje marcharse a ese hermano; le ruego que lo haga lo antes posible. El buen orden exige que los hermanos, lo mismo que los sacerdotes, no puedan dejar una casa para ir a otra, ni permanecer en un sitio por su gusto o por el de sus superiores particulares, si el general no lo ha decidido así; es lo que les escribí recientemente a Cahors, a Agen y a La Rose, donde ha habido disgustos por el cambio de hermanos.

1222 [1168,III,527]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

20 diciembre [1649] ¹

Padre:

Me han asegurado que el cargo pertenece a los que disponen de él y que nadie puede adquirirlo sin consentimiento suyo.

Nuestro asunto sigue adelante. Vi a la persona de lo que le hablé ayer muy tranquilizada, y ha hecho esta mañana lo que tenía que hacer. Le pido muy humildemente que siga encomendándola a Dios.

3. Superior del seminario de Cahors.

4. Santiago Robin, nacido en Mortiers (Charente-Inférieure), entró en la congregación de la Misión el 8 de marzo de 1644, hizo los votos el 7 de septiembre de 1648.

5. Bernardo Gazet, nacido en Sainte-Livrade (Lot-et-Garonne), entró en la congregación de la Misión en La Rose el 26 de febrero de 1647, a los 22 años de edad.

Carta 1222 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau

La señorita de Villenant le ruega muy humildemente que la reciba usted antes del jueves; haga el favor de indicarle el sitio donde pueda ir a verle; si es posible, indíquemelo por medio de la hermana portadora de la presente. Se trata de un asunto de importancia, por la gloria de Dios, y muy urgente.

Siento mucho no haber podido ir a casa del señor Desbordes; el coche-ro no me ha podido llevar, por no saber el camino.

Tengo aclaradas las dudas que padecía. Quiera Dios que no se engañe usted y me conceda a mí la gracia de ser siempre su muy obligada hija y servidora,

L. DE MARILLAC

Dirección: Al padre Vicente, general de los venerables sacerdotes de la Misión.

1223 [1169,III,528-529]

A ESTEBAN BLATIRON, SUPERIOR DE GENOVA

Día último del año 1649.

Me parece que su viaje a Roma encontraría dificultades si lo emprendiese usted en la situación actual de sus asuntos; por eso le ordeno que lo retrase, si lo juzga usted conveniente. Sus compañeros tienen razón al desearlo también así, pero han obrado mal en la forma de retenerle a usted: 1.º porque tienen que obedecer a las disposiciones del superior y a las órdenes del general; 2.º porque no se dirigieron a mí para exponerme los inconvenientes de su ausencia; 3.º porque, para impedirlo, recurrieron a medios exteriores, pidiendo la ayuda de los que no pertenecen a la congregación; pues aunque les debemos a los preladados obediencia en lo que se refiere a nuestros deberes con el prójimo, la dirección interna pertenece sin embargo al superior y a los directores de la compañía; 4.º en una familia sólo se atienden a las razones particulares que la afectan; pero nosotros vemos otras razones generales para ordenar las cosas, que no conocen los particulares; por eso éstos no deben poner impedimento a lo que no les afecta. En fin, padre, la Compañía ha

Carta 1223. — Reg. 2,264.

caído en sus orígenes en unos desórdenes en los que otros no caen más que después de varios siglos; queda abierto el camino para la división, una vez que los súbditos desapruaban lo que hacen los superiores. Quiero creer que los suyos no se han dado cuenta de todo esto, y por tanto los excuso; pero no deje de comunicarle al visitador, que estará pronto entre ustedes, lo que acabo de escribirle, para que les hable con tanto acierto que no vuelvan a caer más en esa falta.

Me dice usted que hay en su casa un inspector que advierte y anota todo lo que ocurre; le ruego que me diga si es francés y su nombre en términos encubiertos. Sé que todos ustedes llevan una vida en la que no sólo no hay nada reprochable, sino que hay muchas cosas edificantes; sin embargo reconozco que es muy molesto verse controlados de esa forma, ya que los espíritus aficionados a ello no juzgan nunca de las cosas tal como son, sino tal como son ellos mismos.

1224 [1170,III,529-530]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Mercuès, 5 enero 1650.

Padre:

Le doy gracias humildemente por el ofrecimiento que me ha hecho de su ayuda tanto en el asunto de Chancelade como en el de nuestra avocación. La confianza que siempre tuve de que usted me haría este favor me ha hecho obrar de esta manera; y ya que siento tanto afecto por usted y por su devota congregación como por mis propios asuntos, no he puesto ninguna dificultad en servirme de ustedes, como lo hago en todas las ocasiones. Si el señor canciller se niega a concederme lo que le pido y la reina no le ordena que me lo conceda, esto enfriará mucho los espíritus de este país, cuando se entere. Pues, si después de haberme expuesto como lo he hecho, me abandonan, ¿qué creerán los demás que harán con ellos? Esperaremos a ver qué pasa.

La aprobación que usted le da a nuestra conferencia aumentará mi estima hacia usted. Se decidieron además otras cosas

Carta 1224. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original.

que no he puesto por escrito, entre ellas una que le afecta a usted y que quizás añada a lo escrito, si usted lo juzga oportuno, que es solicitar al Santo Padre que no dé más rescriptos de promovendo a quocumque episcopo, sobre las cualidades del Ordinario, ni de extra tempora. El señor obispo de Périgueux se ka encargado de escribir de parte de la asamblea al señor cardenal datario, al que yo le he escrito de antemano, indicándole los grandes males que esto origina en nuestras diócesis, que es la ruina de nuestros seminarios, establecidos principalmente para probar lo vocación de los eclesiásticos, como recomiendan los sagrados cánones. Todos los prelados del reino deberían unirse a nosotros en esta solicitud.

En Burdeos se sigue combatiendo ¹, es increíble la desolación que reina en aquel país.

Nunca me he quejado del padre Faure, dominico, de que se hubiese negado a predicar en nuestra catedral; no he podido hacerlo, por la sencilla razón de que nunca he hablado con él, ni le he visto ni escrito; se trata de su provincial, a quien había invitado a predicar, y él me aseguró que vendría el padre Faure en su lugar.

No es el vicario de Puy-l'Eveque ² el que solicita entrar en su Compañía, sino otro que sirve en un anejo de dicha parroquia, natural de este lugar, cuyo carácter es muy distinto del de los de Gourdon. Se trata de una persona sencilla y virtuosa y ha estudiado teología. Tiene el defecto de no ver más que con un ojo, pero sin deformidad alguna. Ha obtenido de Roma un rescripto con la dispensa, ya que es el ojo del canon, y le he dado las órdenes. El padre Cuissot me ha dicho que no ha sido él a quien se dirigió para manifestarle sus deseos, sino al padre Water. Le diré o le mandaré decir que le vaya a ver, para que examine su vocación y le indique a usted lo que le parece, para saber si desea usted que se lo enviemos; así lo haremos de todo corazón, deseando testimoniarle en esta ocasión y en cuantas se presenten por su servicio, que soy, etcétera,

ALANO,
obispo de Cahors.

1. Véase A. SANTMARC, *Bordeaux sous la Fronde (1650)*, d'après les Mémoires de Lenet, Bordeaux 1856.

2. Capital de municipio en el distrito de Cahors.

1225 [1171,III,530-531]

A MARCOS COGLEE, SUPERIOR DE SEDAN

7 enero 1650.

En cuanto al choque que han tenido ustedes con los señores de las oficinas de Sedan, que quieren examinar las cuentas de la cofradía del Rosario, será conveniente que en semejantes discusiones públicas que afecten a la compañía, nos avise usted enseguida. Entretanto convendrá que se atenga usted a los deseos de esos señores sobre las cuentas, para amansarlos y para conservar la buena amistad con ellos, ya que los ve usted dispuestos a no tolerar que las cosas sigan estando en manos del párroco de una manera tan absoluta, sin que ellos tengan conocimiento de nada, y por otra parte es justo lo que piden, según el reglamento. La misma gente que contribuye a esas limosnas tienen que desearlo así. El religioso que hizo la fundación no ha podido derogar con sus órdenes ni con las costumbres de los demás lugares en que se ha fundado esta cofradía, las reglas de la parroquia, a no ser que hayan consentido en ello los mayordomos de entonces.

1226 [1172,III,531-532]

A SANTIAGO CHIROYE SUPERIOR DE LUÇON

9 enero 1650.

Me han dicho por aquí que la Motte no vale cincuenta escudos de renta, tal como usted me escribe: y aunque valiera más, ¿es menester que lleve usted una doble economía, y los gastos necesarios para las compras y arreglos que hay que hacer? Ya le expuse anteriormente mi manera de pensar. Temo mucho que lo que ha hecho el señor obispo 1, según usted me dice, haya sido más bien por inducción suya, abierta o tácita, que por propia inclinación. Si es así, le ruego que deje la ejecución de este proyecto, que podía ser más perjudicial que ventajoso. En nombre de

Carta 1225. — Reg. 2,144.

Carta 1226. — Reg. 2,160.

1. Pedro Nivelles, obispo de Luçon.

Dios, padre, tengamos más interés en extender el imperio de Jesucristo que nuestras posesiones. Llevemos sus negocios, y él llevará los nuestros. Honremos su pobreza, al menos con nuestra moderación, si no lo hacemos con una perfecta imitación.

1227 [1173,III,532]

**A LUIS SERRE, SACERDOTE DE LA MISION,
EN SAINT-MEEN**

11 enero 1650.

Me ha alegrado usted mucho con las noticias sobre el estado de su casa, aunque me preocupa lo que me dice del padre Thibault; expone demasiado su salud; no se encontraba bien, y sin embargo se ha ido al trabajo; temo que acabe poniéndose enfermo. En nombre de Dios, padre, cuide de él y oblíguele a descansar y a cuidarse mejor; servirá usted así a la compañía y a un gran número de personas que deberán recibir por medio de él la salvación. Lo mismo le pido en relación con los demás que tenían necesidad de moderarse un Poco.

1228 [1174,III,532-533]

A UN OBISPO ¹

[Entre 1643 y 1652] ².

¿Quién no reconocerá que Dios ha bendecido manifiestamente a la diócesis de..., al haberle dado un obispo que trae la paz a las almas en esos lugares en los que hace cien años que no se ha oído hablar de obispos ni de visitas? Si es así, señor obispo, ¿podré apreciar lo bastante a su persona y rendirle los

Carta 1227. — Reg. 2,173.

Carta 1228. — ABELLY, *o.c.*, III, cap. XI, 138.

1. ABELLY afirma que esta carta va dirigida a un prelado de grandes méritos nombrado por la influencia de san vicente, a quien le había escrito para comunicarle los primeros frutos de sus trabajos.

2. Tiempo durante el cual fue san vicente miembro del consejo de conciencia.

debidos respetos? ¿No tendré que reconocer que es usted un obispo realmente dado por Dios, un prelado de gracia, un hombre muy apostólico, que ha dado a conocer a Jesucristo a los pueblos más desolados? ¡Que sea por siempre bendito su santo nombre y le conserve a usted largos años, para recompensarle finalmente con una eternidad gloriosa, reconocido en el cielo en medio de ese gran número de almas bienaventuradas que habrán entrado en aquel lugar glorioso por medio de usted y que verán en usted a su segundo salvador después de Jesucristo!

1229 [1175,III,533-535]

**A LA MADRE ANA MARIA BOLLAIN, ¹
SUPERIORA DEL CONVENTO DE LA MAGDALENA**

Mi querida madre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Lo que me indica usted sobre ese buen eclesiástico para la dirección de su casa ² tiene dos inconvenientes: la primera, por parte de la autoridad, que él querrá tener más todavía de la que conviene, al considerarse superior nato, y quizás sus sucesores pretendan lo mismo de derecho; la segunda, y que consi-

Carta 1229. — Reg. 1, f.º 62 v.º ; copia sacada del original autógrafo.

1. Ana María Bollain había nacido en 30 de septiembre de 1599. Cuando se presentó en París a san Francisco de Sales, para que la recibiera en el primer monasterio de la Visitación, el santo le preguntó su nombre. «Bollain», le contestó ella. «Hija mía, le dijo el santo, el lino es un granito pequeño que se multiplica mucho (N. del T.: *Bon lin* — buen lino — suena en francés lo mismo que *Bollain*); eso mismo tiene usted que hacer en la tierra de la santa religión, donde le prometo un lugar». Su espíritu demostró tal madurez en el noviciado que santa Juana Francisca redactó según sus consejos algunos artículos del directorio. En 1629 fue de superiora al convento de Santa Magdalena, que tuvo que abandonar en 1633, al elegirla como superiora las hermanas del primer monasterio. Tres años más tarde volvió a dirigir el convento de Santa Magdalena, del que se marchó de nuevo en 1664 para gobernar la comunidad de Chaillot durante seis años. El primer monasterio volvió a elegirla superiora en 1673. Murió el 15 de enero de 1683, después de haber servido a Dios en el claustro durante sesenta y tres años. Santa Juana Francisca decía de ella que era «un alma muy fervorosa, que caminaba recta hacia Dios» (*Année sainte*, I, 360-375).

2. El convento de la Magdalena.

dero la última, es que como está un poco delicado y enfermo pondrá dificultades en encargarse sin más de esa casa. Más valdrá ir observando cómo marchan las cosas al principio.

Le dije a nuestro hermano encargado de estos asuntos que le remita a usted hoy los papeles que me envió, que son solamente copias. Me ha obligado usted a proponer árbitros, diciéndome que ha nombrado al señor Deffita ³ en nombre de ustedes. Le indiqué que con mucho gusto nos atenderíamos a su decisión. Yo solamente he encontrado al señor Pepin que cree que nosotros hayamos podido hacer la entrega de Verneuil; el señor Blavet dijo en presencia suya que no lo podíamos hacer; y todos aquellos con quienes he hablado luego, entendidos en la cuestión de los coches, creen que no es justo que sus coches de Dreux impidan la circulación de los de Verneuil, ni de los de Lisieux, Bayeux, Coutances y Valognes, que son de allí, en donde los propietarios de los coches de Rouen que le pertenecen a ustedes tiene derecho, lo mismo que por toda Normandía. Juzgue usted misma, mi querida madre, qué razones tiene Dreux para excluir a todas esas ciudades, que no tienen coches, de tenerlos en cuanto puedan para comodidad suya. Además, hay un montón de ejemplos para ello: los coches de Abbeville y de Calais siguen pasando por la ruta de Beauvais, en donde están establecidos. Sí, se nos replica, pero los propietarios tendrán menos ingresos. Aun cuando así fuera, ¿acaso su interés particular tiene que perjudicar a las demás ciudades, dado que el establecimiento de coches mira a la utilidad pública? Hay una cosa que no es justa, que los otros coches tomen pasajeros en Dreux; por eso, hay que permitir al coche de Dreux que denuncie a los otros coches, si lo hacen.

Esto es, mi querida madre, lo que pienso sobre el asunto, diciéndoselo con toda sencillez. Me quitan la pluma de la mano y me veo obligado a terminar. Si el señor Deffita opina de otro modo, me someteré a su decisión. Soy en el amor de Nuestro Señor su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. M.

3. Abogado de París y amigo del santo.

A LOS.SUPERIORES DE LAS CASAS DE LA COMPAÑIA ¹

15 enero 1650.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Ya sabe usted que todas las cosas de este mundo están sujetas a alteraciones, que el hombre no permanece siempre en el mismo estado y que Dios permite muchas veces que decaigan las compañías más santas, así ha sucedido en algunas de nuestras casas, tal como hemos venido observando desde hace algún tiempo en las visitas que se han hecho, sin que de momento hayamos conocido su origen. Para descubrirlo ha sido menester un poco de paciencia y de atención por nuestra parte; pero finalmente Dios nos ha hecho ver que la libertad de algunos para descansar más de lo que la regla indica ha producido malos efectos; en efecto, al no encontrarse en la oración con los demás, se veían privados de las ventajas que hay en hacerla en común, y muchas veces no la hacían o hacían muy poca oración en privado. De ahí que esas personas, al no estar tan atentas sobre sus acciones, se portaban con languidez y la comunidad no mantenía la igualdad en sus prácticas. Para remediar este desorden hay que quitar la causa del mismo, y para ello recomendar la exactitud en levantarse y exigirlo con seriedad, de forma que poco a poco todas las casas vayan cambiando de aspecto, haciéndose más cumplidoras del reglamento, y que cada uno en particular se muestre más cuidadoso de su bien espiritual. Esto nos ha dado pie para tener nuestra primera conferencia en este año nuevo sobre esta primera acción de la jornada, a fin de confirmarnos más en el propósito de levantarnos todos puntualmente a las cuatro y de este modo gozar luego de las consecuencias favorables de esta fidelidad, las cuales, junto con los inconvenientes que surgen de lo contrario, nos han dado motivos para nuestra conferencia. He creído conveniente hacerle a usted participar de estas ideas, junto con las objeciones y respuestas que se

Carta 1230. — Reg. 2,302. Existen otras copias antiguas que concuerdan entre sí; una de ellas está en los archivos del departamento de Vaucluse, D 296.

1. Según COLLET, *o.c.*, II, 295.

pueden hacer y los medios que se pueden emplear, para que lo exponga usted todo a su familia, a fin de mantenerla en esta práctica o para adoptarla, si no lo hacía, y de esta manera participe de las mismas ventajas que nosotros.

La primera ventaja que se obtiene de levantarse en el momento en que se oye la campana es que se cumple la regla y, por consiguiente, la voluntad de Dios.

2.º La obediencia que se manifiesta en aquel momento es más agradable a Dios precisamente por su prontitud y porque atrae las bendiciones de Dios sobre las demás acciones del día, como se ve por la prontitud de Samuel que, por haberse levantado tres veces en una noche, se vio alabado por el cielo y la tierra y muy favorecido por Dios.

3.º Las primicias de las buenas obras son las más apreciadas. Y como a Dios se le debe todo honor, es razonable darle también éste; si se lo negamos, le damos la primera parte al demonio y lo preferimos a Dios. Por eso ronda todas las mañanas ese león alrededor de la cama para atrapar la primera acción a fin de que, si no puede sacar de nosotros nada durante el día, pueda al menos gloriarse de haber conseguido la primera de nuestras acciones.

4.º Cuando uno se acostumbra a la hora, contrae dicho hábito. Esto hace que esté pronto para despertarse, pudiendo incluso servir de reloj donde no lo hay, y que no le cuesta saltar de la cama. Por el contrario, la naturaleza se aprovecha de las ventajas que se le dan: si un día se queda en la cama, al siguiente pide la misma satisfacción y la seguirá esperando hasta que no le quitemos todas las esperanzas.

5.º Si Nuestro Señor dejó el paraíso por nosotros y aceptó en esta vida una pobreza tan grande que no tenía donde descansar la cabeza, mucho más debemos nosotros dejar la cama por él.

6.º Un sueño moderado sirve para la buena disposición del cuerpo y del espíritu; el que duerme mucho se afemina; por eso las tentaciones sobrevienen en esos momentos.

7.º Si la vida del hombre es demasiado corta para servir a Dios dignamente y para reparar el mal uso que hemos hecho de ella durante la noche, es muy digno de lástima querer recortar un poco más el tiempo que tenemos para vivir. El comerciante

madruga para hacerse rico; todos los instantes son de oro para él. Los ladrones hacen lo mismo y pasan la noche en vela para asaltar a los viandantes. ¿Tendremos nosotros menos diligencia para el bien que ellos para el mal? La gente de mundo hace sus visitas desde muy temprano y acude con gran cuidado a la hora de despertarse los grandes. ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza para nosotros, si la pereza nos hace perder la llora asignada para conversar con el Señor y los señores, nuestro apoyo y nuestro todo!

8.º) Cuando se asiste a la oración y a las repeticiones, se participa de las bendiciones de Nuestro Señor, que se comunica abundantemente en ellas, encontrándose, como él nos dice, en medio de los que están reunidos en su nombre. La mañana es el tiempo más adecuado para esta acción y el más tranquilo de la jornada. Por eso los antiguos ermitaños y los santos, siguiendo el ejemplo del rey David, la ocupaban en rezar y en meditar. Los israelitas tenían que despertarse de madrugada para coger el maná; y nosotros, que carecemos de gracia y de virtud, ¿no haremos lo mismo para obtenerla? Dios no reparte igualmente sus favores en todas las horas.

La verdad es que, desde que Dios nos ha concedido la gracia de levantarnos todos juntos, notamos aquí más puntualidad, recogimiento y modestia. Esto nos hace esperar que, mientras dure este buen propósito, la virtud irá aumentando cada vez más y todos se afianzarán más en su vocación. La pereza ha hecho salir a muchos que, al no poder dormir a su gusto, no podían aficionarse a su estado. Es imposible ir con gusto a la oración, si uno se levanta de mala gana; es imposible meditar útilmente, si uno está en la iglesia solamente a medias y por cumplir. Por el contrario, los que madrugan de buena gana suelen perseverar, no caen en la desidia y progresan fácilmente. La gracia de la vocación depende de la oración, y la gracia de la oración depende del levantarse. Así pues, si somos fieles a esta primera acción, si nos encontramos todos juntos ante Nuestro Señor y nos presentamos a él al mismo tiempo, como hacían los primeros cristianos, él se nos dará juntamente a todos, nos iluminará con sus luces y realizará él mismo en nosotros y por nosotros los bienes que tenemos obligación de hacer en su iglesia; en fin, nos dará la gracia de llegar al grado de perfección que desea de nosotros

para que le podamos poseer algún día plenamente en la eternidad de los siglos.

Vea pues, padre, la importancia que tiene el que toda la compañía se levante exactamente a las cuatro, ya que la oración saca su valor de esta primera acción y las demás acciones no valen más que lo que las hace valer la oración. Muy bien sabía todo esto el que decía que de su oración sabía deducir cuál sería el resto de su jornada.

Pero como la delicadeza de algunos tiene sus objeciones que hacer y se pondrá a buscar pretextos, preveo que me dirán que la regla de levantarse no debe obligar por igual a las personas de complexión débil y a las robustas, ya que aquéllas tienen más necesidad de descanso que éstas. A esto respondo con el consejo de los médicos, que afirman que todas las personas tienen bastante con siete horas, y con el ejemplo de todas las órdenes de la iglesia que tienen su descanso limitado a siete horas; ninguno duerme más, y hay órdenes que no duermen tanto, mientras que la mayor parte de ellas interrumpen además el sueño, ya que se levantan una o dos veces todas las noches para ir a coro. Y lo que más condena nuestra pereza es que las religiosas no gozan de mayor privilegio, aunque sean más débiles y hayan sido educadas con mayor delicadeza. Pero ¿no descansan ellas a veces más de lo ordinario? No, jamás se lo he oído decir, y puedo asegurarlo de las religiosas de Santa María, exceptuando a las enfermas que están en la enfermería.

Otro me dirá: ¡Cómo! ¿Habría que levantarse cuando se encuentra uno mal? Me duele mucho la cabeza, tengo dolor de muelas, un acceso de fiebre me ha impedido dormir durante toda la noche. Sí, hermano mío, amigo mío, hay que levantarse, si no está usted en la enfermería o no tiene permiso para quedarse más tiempo en la cama. Porque si no le han aliviado siete horas de sueño, tampoco le curarán una o dos horas más que usted se tome por su cuenta. Y, aunque efectivamente le aliviasen, es conveniente que dé usted gloria a Dios, como los demás, acudiendo al lugar señalado para la oración, para exponer allí su necesidad al superior; si no, estaríamos siempre empezando de nuevo, ya que con frecuencia algunos sienten ciertas molestias y otros pueden fingirlas por pereza, con lo que habría una

ocasión continua de desorden. Si se pasa una noche sin dormir, la naturaleza ya sabrá recuperarse con otra noche.

Alguno replicará: ¿Desea usted quitar toda clase de descanso extraordinario a los que llegan de viaje o vienen de algún trabajo largo? Sí, por la mañana; pero si el superior cree que su cansancio es tan grande que requiere más de siete horas de descanso, les mandará acostarse por la tarde antes que los demás.

Pero es que han llegado muy tarde y están muy cansados. En ese caso, no estará mal permitirles descansar por la mañana, ya que la necesidad sirve de regla.

¡Pero levantarse siempre a las cuatro va contra la costumbre de descansar hasta las seis un día a la semana, o al menos cada quince días, para rehacerse uno un poco! ¡Eso es muy molesto y todos podríamos caer enfermos! Así es como habla el amor propio y esto es lo que yo le respondo. Nuestro reglamento e incluso nuestras costumbres quieren que nos levantemos todos a la misma hora; si ha habido relajamiento en esto, ha sido sólo desde hace algún tiempo y en algunas casas, por el abuso de los individuos y la tolerancia de los superiores; pero en otros sitios se ha observado siempre fielmente la práctica de levantarse a las cuatro, con gran bendición de Dios. Es pura imaginación creer que uno va a ponerse enfermo si no se toma de vez en cuando alguna hora más de reposo; la experiencia nos demuestra lo contrario. Desde que todos se levantan a las cuatro, no hemos tenido aquí ningún enfermo que no lo estuviera antes, ni sabemos que lo haya habido en otras partes; pero sí sabemos, y lo dicen los médicos, que el dormir demasiado perjudica a los flemáticos y a los decrepitos.

Finalmente, si me objetan que puede surgir algún asunto que les impida a algunos acostarse a las nueve, e incluso a las diez, y que es razonable que se tomen por la mañana el descanso que perdieron por la noche, respondo que hay que evitar en lo posible esos impedimentos y hacer lo posible por retirarse a la hora debida; si no se puede, esto pasa tan pocas veces que no vale la pena insistir en la privación de una o de dos horas de sueño en comparación con el escándalo que se da, quedándose uno en la cama mientras los demás hacen oración.

¿Acaso hago mal por haberme extendido tanto en su caso en demostrar la utilidad y la importancia del levantarse, ya que quizás su familia es de las más fervorosas y cumplidoras de la compañía? En ese caso, mi deseo no ha sido tanto el de convencerle de ello como el de agradecer cariñosa y humildemente a Dios la fidelidad que les da. Pero si han caído en el defecto que señalamos, creo que tengo razón en invitarle que lo eviten y en rogarle que exija seriamente lo que está prescrito.

He aquí brevemente los medios para ellos y para usted. Para todos son los siguientes:

1.º Convencerse de que la exactitud en levantarse es una de las prácticas más importantes de la Compañía, y que según sea el comienzo, así será el resto de la jornada; 2.º entregarse a Dios por la noche, al acostarse, pidiéndole fuerzas para vencerse por la mañana y obedecer su voz sin retraso, invocando para ello la protección de la santísima Virgen con un *avemaría* de rodillas, y encomendándose al ángel de la guarda; son muchos los que así lo hacen; 3.º imaginarse que la campana es la voz de Dios y, cuando la oigamos, echarse inmediatamente de la cama haciendo la señal de la cruz, postrarse en tierra y besarla adorando a Dios junto con el resto de la comunidad que está adorándole al mismo tiempo; y cuando se falta a ello, imponerse alguna penitencia. Algunos se han disciplinado algunas veces durante un tiempo igual al que perdieron disputando con la almohada. El último medio para cada uno es no faltar nunca a esta exactitud; pues cuanto más se retrasa uno, más le cuesta luego.

Los medios generales que le corresponden por su cargo a usted y a los directores de la casa son: en primer lugar, que haya siempre uno encargado de ir de cuarto en cuarto a llevar la luz a la hora debida, diciendo: *Benedicamus Domino*, repitiéndolo hasta que le respondan; luego otro haga una visita, y hasta dos visitas si la comunidad es grande, y que los designados para ello lo cumplan exactamente; en segundo y último lugar, que los directores lo exijan con seriedad y no le permitan a nadie descansar después de las cuatro de la mañana, bajo ningún pretexto, fuera de la enfermería, si hay, y si no, en caso de grave necesidad.

Y a propósito de esto, la exactitud al levantarse se ha juzgado tan útil y conveniente que hemos creído que los que no

eran fieles en esto no deben ser nunca ocupados en cargos de la compañía, ya que su ejemplo en seguida lo seguirían los demás con el consiguiente relajamiento, y no estaría bien que ellos tomaran para sí lo que tienen que negar a los demás. ¡Quiera Dios perdonarnos las faltas pasadas y concedernos la gracia de corregirnos de ellas, de forma que seamos como esos bienaventurados siervos que el dueño encuentra velando, cuando vuelve a casa: «En verdad os digo, dice el Señor ², que les hará sentar a la mesa y se pondrá a servirles; y si viene en la segunda vigilia, y lo mismo en la tercera, y los encuentra así, ¡dichosos aquellos siervos!; en verdad os digo que los pondrá al frente de cuanto tiene».

Y baste ya para una carta. Haga el favor de ofrecerme a Dios y a las oraciones de su pequeña compañía, de la que soy, y de usted en especial, el más humilde y devoto servidor,

VICENTE DEPAUL
i. s. d. l. M.

1231 [1177,III,544-545]
A LUISA DE MARILLAC

[Enero de 1650] ¹

De esas cosas que me propone usted yo no entiendo más que los artículos que usted me hizo ver. Si cree usted que es necesario que yo y el señor prior ² seamos nombrados en el contrato, hay que nombrarlo a él antes que a mí. Ruego a Nuestro Señor que bendiga a los recién casados ³ y que le dé a usted las disposiciones que dio a la santísima Virgen, cuando asistió con su hijo a las bodas de Caná.

2. Lc 12, 37-38.

Carta 1231 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Véase nota 3.

2. Adrián Le Bon, antiguo prior de San Lázaro.

3. Luisa de Marillac veía finalmente realizados sus deseos. El 13 de enero de 1650 escribía a Juana Lepeintre, superiora de Nantes: «Le ruego que mande comulgar a todas nuestras hermanas a intención de mi hijo,

Su buena hija de Vienne vino a urgirme esta mañana por el asunto de las nodrizas. Le dije que hacemos lo que podemos y que hay que tener paciencia por algún tiempo, haciéndolo lo menos mal que se pueda; pero como no le di dinero contante, creo que se quedó un poco mortificada.

1232 [1178,III,545]

A RENATO ALMERAS, SUPERIOR DE ROMA

4 febrero 1650.

Envié su carta al padre... Está muy bien lo que le dice usted de Florencia. Dios nos ha concedido hasta ahora la gracia de no buscar ninguna fundación directa ni indirectamente; si la compañía me hace caso, se conservará fiel a esta norma; pues, si somos buenos, nunca nos faltarán; y si no lo somos, ya tenemos demasiadas; además, apenas podemos atender a las pocas casas que tenemos. Me han dicho que el señor obispo de Toulouse ¹ está esperando desde hace tiempo que le muestre algunos deseos de que la compañía trabaje en su diócesis, para admitirnos en ella y entregarnos la dirección de su seminario; pero me guardo mucho de dar la menor señal de querer ir. Su hermano estuvo aquí hace unos días y me habló mucho de ello, pero yo no quise hablar expresamente. Es menester que la Providencia nos llame y que nosotros la sigamos, para proceder con seguridad.

que espero recibirá el sacramento del matrimonio uno de estos días. Dios le ha buscado, según creo, una joven señorita muy virtuosa, que no es de París». En efecto, el día 18, Miguel Le Gras se casaba en la iglesia de San Salvador con Gabriela Le Clerc, hija del señor de Chennevières y de la difunta señora Musset de la Rochemaillet. Renato Miguel de la Rochemaillet, tío de la esposa, le cedió al mismo tiempo el oficio de consejero en la corte de la moneda. Al año siguiente nació una niña, llamada Renata Luisa en familia, y *hermanita* entre las Hijas de la Caridad. Renata Luisa se convertirá más tarde en señorita de Ormilly; vivía aún en 1696, año de la muerte de su padre.

Carta 1232. — Reg. 2,60.

1. Carlos de Montchal.

**CARLOS NACQUART, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Señor y mi muy honorable padre.

Le pido su bendición.

Ya que el largo trecho de mar que nos separa me impide darle cuenta oralmente de mi misión, he recurrido a la presente para presentarle y por medio de usted a la sagrada Congregación de Propaganda Fide, la relación que espera de un explorador enviado a estas tierras, para saber si son de promisión y capaces de animar a los hombres evangélicos a conquistarlas para Nuestro Señor Jesucristo. Sé muy bien que la humildad debería cubrir mi rostro de confusión y cerrarle la boca a un instrumento tan ruin como yo soy, al verme empleado en una obra de tantas consecuencias y de la que me considero tan indigno como incapaz. Pero mi deber y la caridad, juntos con los deseos de la sagrada Congregación, me obligan a imitar la sencillez de los que escriben lo que Dios hace por ellos y en ellos en semejantes cargos, como veo que hizo el gran san Francisco Javier con sus admirables cartas, reconociéndome obligado a seguir sus pasos en consideración de que él fue mi precursor, no de hecho, pero sí en voluntad, ya que él tuvo grandes deseos de venir a esta isla, aunque se vio impulsado y conducido a otros lugares por los vientos contrarios, o mejor dicho por el Espíritu de Dios.

Le expondré con toda sencillez y sin retóricas cuáles fueron nuestras ocupaciones antes de embarcar, por tierra y por mar, con una breve descripción de este país, de los habitantes y de sus costumbres y ceremonias supersticiosas, y lo que la bondad de Dios ha hecho por medio de nosotros en este país. La gloria de todo esto corresponde a Dios, y a mí el perdón y la misericordia por el mal cometido y el bien que he dejado de hacer.

1. *De lo que pasó antes de embarcar.*

El padre Gondrée, n?i compañero, y yo partimos de Richelieu, lugar de nuestra residencia, el 18 de abril de 1648 para La Rochelle, enseñando por el camino, según costumbre de

Carta 1233. — Archivo de la Misión, copia del siglo XVII. San Vicente mandó sacar varias copias de esta carta para comunicársela a las casa de la compañía e incluso a personas de fuera.

nuestra congregación, la doctrina cristiana a la puerta de las hosterías y en otros lugares, cuando se presentaba la ocasión.

Llegamos a La Rochelle el viernes santo; como no estaba aún presto el barco, estuvimos allí cerca de un mes, aunque no sin trabajo; pues, habiéndonos presentado al señor obispo de aquel lugar¹, nos dio permiso para dedicarnos en la ciudad y en sus alrededores a lo que creyéramos más conveniente para la gloria de Dios. Lo aceptamos agradecidos, a imitación de san Francisco Javier, a quien nos dio usted por modelo para nuestro viaje, y escogimos los hospitales, en los que pasábamos gran parte de la mañana, aun sin alojarnos en ellos, visitando y sirviendo a los enfermos, con permiso de los padres de la Caridad, que nos hicieron el favor de utilizarnos a su lado.

Los presos fueron nuestros feligreses durante el tiempo pascual; después de administrarles los sacramentos, les servimos de pies para ir a visitar de su parte a aquellos de quienes esperaban su liberación.

2. De las cosas más notables de nuestra navegación.

El 21 de mayo, día de la Ascensión de Nuestro Señor, por la mañana, levamos anclas, y en la misa que celebramos a continuación exhorté a todos a poner nuestro viaje en manos de la providencia de Dios, que haría el mar y los vientos favorables a nuestra navegación en proporción con el cuidado que puséramos en mantener nuestros corazones en la pureza de la gracia y en la fidelidad a su servicio.

Al acercarse la fiesta de Pentecostés, dispuse a nuestro rebaño, compuesto de ciento veinte personas, a recibir el Espíritu Santo por la penitencia, y abrí el jubileo que Su Santidad había concedido por entonces a los fieles para obtener la paz. Todos hicieron la confesión general. En ello nos ocupamos hasta el día del Corpus, prefiriendo prevenir, en medio de los peligros del mar, antes que aguardar con incertidumbre a llegar al sitio adonde pretendíamos ir.

Un barco pequeño de Dieppe, que iba a San Cristóbal², ancló en San Vicente de Cabo Verde³ la víspera de san Juan Bau-

1. Santiago Raúl de la Guibourgère (1646-15 mayo 1661).

2. Isla de las pequeñas Antillas inglesas.

3. Isla del archipiélago de Cabo Verde.

tista, en donde nosotros estábamos detenidos para la provisión de agua. Gran parte de los pasajeros ganaron el jubileo en tierra, en donde celebramos la misa.

Al día siguiente, tiesta de san Juan Bautista, vinieron a oír misa doce portugueses negros, buenos cristianos, y al final cantaron con música el *Tè Deum* y pidieron los sacramentos, que no les pudimos administrar por no entender su lengua. Le escribí a usted desde allí y le indiqué la necesidad de sacerdotes que había en el país de Senegal, cerca del Cabo Verde, en donde los habitantes, que son negros, muestran muy buena disposición para recibir el evangelio. El único peligro que hay allí es que durante una estación el aire es un poco malsano. Si se desease Conocer la forma y los medios de establecerse en aquel país, habría que dirigirse al señor Rozée, residente en Rouen, que es uno de los directores y señores a quienes se les han confiado aquellas tierras y que mandan allá barcos.

Después de permanecer allí seis días tomando vituallas, nos hicimos a la mar y, con viento contrario desde principios de julio hasta el 16 de agosto, nos vimos casi en peligro de tener que volvernos, a pesar de que ya estábamos cerca de la línea. Pero recurrimos a Aquel que saca los vientos de sus tesoros y a la Estrella del mar, la santísima Virgen, en cuyo honor hicimos voto público a Dios de confesar y comulgar la semana anterior a su gloriosa ascensión y construir una iglesia en Madagascar bajo la invocación de esta reina del cielo; a ello se añadió una limosna. a voluntad de cada uno. Apenas echamos a Jonás en el mar de la penitencia, cesó la tempestad y el viento se volvió a nuestro favor, de modo que la víspera de Nuestra Señora llegamos a la línea.

La misma ayuda del cielo experimentamos también cuando la fiesta de Nuestra Señora de septiembre: el viento, que estaba en contra nuestra, se hizo favorable inmediatamente después de las oraciones públicas que hicimos en honor de la santísima Virgen, cuya asistencia hemos experimentado en otras muchas ocasiones.

Cuando llegábamos ya al cabo de Buena Esperanza, Dios nos preservó del peligro de chocar contra una roca que estaba oculta a dos leguas de tierra; la descubrió un marinero y se pudo evitar fácilmente. Al acercarnos a la costa para anclar, nuestro

barco chocó con otra roca, y estuvimos seis o siete horas con el temor de tener que quedarnos en un país estéril y desconocido; finalmente subió la marea, sin que recibiéramos daño, y echamos el ancla en el puerto que se llama bahía de Saldaña ⁴.

3. De la bahía de Saldaña y de sus habitantes.

Por lo largo del viaje y el uso de carnes saladas y del agua que se va corrompiendo por el tiempo, muchos habían contraído una enfermedad en los nervios y en las coyunturas, que se llama escorbuto. En tierra se cura esta enfermedad. En aquel lugar, al ir a tomar agua, vimos algunos negros, habitantes del país, vestidos con pieles de animales, armados con arcos y flechas que utilizan para cazar, muy delgados y tan hambrientos que se echaban como perros sobre la carne que se les tiraba. Me llené de compasión al ver a aquella pobre gente en la ignorancia de su Creador y, postrado en tierra, rogué a Aquel que quiere que todo el mundo se salve y llegue al conocimiento de la verdad q;le les dé los medios necesarios para su salvación. Ellos observaron mi conducta y se dijeron entre sí: «Esos son saterons», esto es, grandes sacerdotes; esto me hace creer que hay entre ellos personas destinadas a una especie de culto, aunque no observé ninguna señal del mismo, a no ser que los hombres estaban circuncidados y que las mujeres se cortan una juntura de un dedo cuando nace su primer y segundo hijo; pero creo que estas cosas se observan más bien por costumbre que por motivos religiosos. Observé entre ellos cierto orden, pues en las comidas estaban separados los hombres, las mujeres y los niños, comiendo cada uno con sus semejantes. El medio para ayudar a aquellos pobres bárbaros sería, según creo, procurar de pasada conseguir amigablemente uno o dos muchachos de doce o quince años y enseñarles nuestra lengua. Si algunos de los nuestros pasan por allí, les ruego que intenten este medio o algún otro mejor.

Después de permanecer ocho días en el cabo de Buena Esperanza, salimos y llegamos a alta mar; pero inmediatamente el viento contrario nos obligó a echar el ancla, quizás porque Dios quería castigar nuestra negligencia o frialdad en agradecerle las comodidades que acabábamos de encontrar en tierra; pues, habiendo celebrado la santa misa por esta intención, tuvimos un

4. Bahía de la costa sudoeste de Africa en la colonia del Cabo.

viento tan bueno que al poco tiempo pasábamos el cabo de las Agujas⁵, que ordinariamente es muy difícil y peligroso.

En lo que he admirado mucho la sabiduría de Dios durante nuestra navegación ha sido en la innumerable multitud de peces diferentes muy parecidos a los animales de la tierra, entre los que hemos visto algunos con alas, con las que pueden salvarse cuando los persiguen los otros peces. Algunos de ellos vinieron incluso a nuestro barco.

En fin, después de seis meses de navegación, descubrimos la tierra de Madagascar. Exhorté entonces a todos los del barco a perdonarse mutuamente las pequeñas ofensas que se habían cometido durante un viaje tan largo y molesto; todos prometieron hacerlo así. Y el cuatro de diciembre echamos el ancla en el puerto tan larga y ardientemente deseado.

Al llegar al puerto, fui de los primeros en pisar tierra y, apenas llegar, me arrodillé para ofrecerme a Dios en el cumplimiento de sus designios y tomar posesión espiritual de esta isla y de todas las demás, en su nombre, por la autoridad de nuestro santo padre el Papa, a fin de establecer el imperio de Jesucristo destruyendo el del príncipe de las tinieblas. Fui inmediatamente a la capilla del fuerte para celebrar misa, que llevaba ya cinco meses sin poder decir por falta de materia para la consagración. Al día siguiente, cinco de diciembre, el señor de Flacourt, nuestro conductor y gobernador enviado a la isla, junto con mi compañero el padre Gondrée y todos los del barco que vinieron al fuerte, celebré una misa solemne en acción de gracias y cantamos el Te Deum, tal como habíamos hecho voto cuando estábamos en el mar. Los franceses que allí estaban nos recibieron con gran alegría. Cada cual se alojó donde pudo y nosotros tomamos una pequeña choza que quedaba.

4. De nuestra ocupación en el barco.

Estoy seguro, padre, de que desea usted saber con qué ejercicios, durante los seis meses y medio que estuvimos en el mar, intentamos procurar la gloria de Dios. Se los referiré con toda sencillez. Desde que embarcamos hasta llegar a Madagascar, cuando el tiempo lo permitía, decíamos la santa misa y teníamos por la mañana y por la tarde las oraciones públicas de la forma que

5. Punta meridional de Africa.

nuestra congregación observa en las misiones. Había mandado imprimir unos folletos para ello y se los distribuí a los del barco.

Los dispusimos a ganar el jubileo y procuramos que hiciesen la confección general con este fin. Desde nuestra partida de Cabo Verde, que fue unos días después de san Juan Bautista, al ver que había a nuestro lado mucha gente apiñada, tanto marineros como pasajeros, que necesitaban instrucción, teníamos tres o cuatro veces por semana pláticas sobre los principales misterios de la fe y otras materias más necesarias, de la forma que observamos en las misiones de Europa, preguntando después del exordio a los jóvenes las cosas principales que se habían tratado en la instrucción anterior y prosiguiendo luego con una charla larga sobre otro de los puntos importantes para la salvación; después de haber proseguido así durante seis semanas con mucho fruto, lo dejamos para no ser pesados y concederles algún descanso. Nuestra ocupación durante el día era más o menos como en nuestras casas, excepto que algunas veces teníamos que acomodarnos a las circunstancias, al lugar y a las personas.

Después de la oración mental y del oficio divino leíamos un capítulo de la sagrada Escritura y nos comunicábamos las ideas que habíamos tenido, para aplicarlas tanto a nuestro provecho como al del prójimo. Y como en un barco se está tan estrecho, nunca faltaban enfermos, que visitábamos uno por la mañana y otro por la tarde.

A las nueve y media leíamos juntos las cartas de san Francisco Javier y señalábamos lo que nos podría ser útil. Teníamos las conferencias sobre nuestras necesidades y las de los del barco, para remediarlas.

A fin de pasar provechosamente el tiempo, que resulta aburrido en medio de la ociosidad, habíamos invitado a nuestro pueblo a reunirse tres o cuatro juntos, y uno les leía a otros la Introducción a la vida devota del siervo de Dios Francisco de Sales, y la Imitación de Cristo; todo esto resultaba muy edificante. Logramos convencer a muchos para que tuvieran conferencias espirituales dos o tres veces a la semana sobre diversos temas, especialmente sobre las ocasiones de ofender a Dios y los medios especiales para resistirlas. Palpábamos claramente, por las respuestas de los pasajeros y de los marinos, que Nuestro Señor estaba en medio de nosotros, y al final, recogiendo las

ideas que se habían dicho, añadíamos las nuestras familiarmente y concluíamos con una historia de la sagrada Escritura o algún ejemplo de la vida de los santos.

Después de cenar, uno se juntaba con un grupo de gente y otro con otro para cooperar a las buenas conversaciones, acabando con las malas e inútiles. Con este mismo fin introducimos la práctica de que, cuando uno juraba o pronunciaba palabras poco honestas, extendía la mano y recibía un palmetazo después de prometer enmendarse. Esto se hacía sin severidad y con el consentimiento de cada uno. Después de haber concedido algún tiempo a la conversación nos retirábamos a nuestras pequeñas cabinas, adonde iban a buscarnos cinco seis niños para tener con otros coloquios espirituales con historias que les contábamos aplicándolas a su inteligencia; luego rezábamos juntos alternando el rosario.

Así es, padre, como ocupábamos el tiempo durante nuestro viaje; puede usted creer que, si Dios nos dio la gracia de cooperar de este modo a un orden mejor durante la navegación, contribuyó mucho a ello el celo del señor de Flacourt, nuestro gobernador y comandante, ya que las cosas no habrían podido marchar así sin el apoyo de su autoridad, y la verdad es que debemos a su piedad la mejor parte de lo bien que resultó nuestro viaje.

5. Breve descripción de la isla de Madagascar y de sus habitantes.

Antes de decir lo que hemos hecho en este país, me parece necesario hacer una breve descripción de la isla, de sus habitantes, de sus normas y costumbres, para que sepa usted en qué situación hemos encontrado las cosas de la religión.

Esta isla de Madagascar recibe también el nombre de San Lorenzo, por haber sido descubierta en ese día. Su longitud es de seiscientas millas italianas; su anchura es de doscientas millas en unos lugares y de cuatrocientas en otros; tiene un circuito de más de cuatrocientas millas. Hace mucho calor, pero no es intolerable.

Está dividida en varias regiones separadas por montañas muy altas. Los que conocen mejor el país dicen que habrá más de cuatrocientas mil almas. Nosotros residimos en un extremo de la isla llamado Tholanghare. Estamos cerca del trópico a 25 gra-

dos de latitud, por lo cual tenemos las estaciones al revés que en Francia.

En cada región hay un principal, al que se le reconoce como jefe y es como un reyezuelo. Cada reyezuelo tiene unos tres mil o cuatro mil hombres. Su riqueza consiste en tres o cuatro mil bueyes, que tienen en propiedad, y en el tributo que les paga la gente, o sea, la quinta parte de sus reservas de arroz y de raíces. No les conviene el nombre de rey, ya que no son absolutos y por otra parte viven tan pobremente que no hay ningún señor en Francia por pequeño que sea que no viva con mayor honor que el más grande de Madagascar. Los hijos no heredan la realeza, si no son lo bastante mayores cuando muere su padre. Sobre estos reyezuelos hay otros mayores casi tan poderosos y ricos como ellos. Todos esos jefes son carpinteros.

Hay dos clases de habitantes. Unos son negros, con los cabellos rizados, como el que se bautizó en París, que está al servicio de los franceses y continúa siendo cristiano. Hay otros que son blancos, con cabellos largos como los franceses; éstos vinieron de la costa de Persia hace unos quinientos años. En algunas regiones se han hecho dueños de los negros, como en este sitio en que estamos; en otras, están sometidos a los negros, como entre los Matatanes y en otras partes. Dicen que su genealogía se deriva de cierto Ramini, engendrado de la espuma del mar, y que ese gran personaje era amigo de Mahoma.

En la isla la mayor parte viven en aldeas, al pie de las montañas, de las que brota el agua en tal cantidad que se forman ríos que desembocan en el mar cercano. Hay algunos hombres nómadas llamados Ombilambo, que son un poco salvajes y viven en el bosque robando a los que pueden y huyen apenas ven a una persona desconocida. No hay ciudades, ni fortalezas, ni hospederías. Todas las casas son de madera, cubiertas de hojas y muy bajas. Apenas se puede entrar y salir por las puertas, de pequeñas que son. El fuego y la cocina se encienden dentro de casa, sin chimenea. No tienen más camas ni sillas que el suelo de madera, donde duermen; comen y beben sobre un mantel de juncos,

Los alimentos del país son el arroz, los bueyes, los corderos y las cabras en pequeña cantidad. En el sitio en que estamos hay en abundancia. Más lejos, adonde van los negociantes, hay tam-

bién aves. No hay trigo ni vino, pero hacen cierta bebida con miel. Hay raíces, habas, melones, limones y naranjas en cantidad. No hay animales de caza, a no ser algunos jabalíes, bueyes salvajes y unas cuantas aves acuáticas.

Los ríos llevan muchos peces, pero casi siempre resulta peligroso pasarlos, por causa de los cocodrilos, que son muy abundantes y peligrosos.

Todos los habitantes van con la cabeza desnuda y los pies descalzos. Sus vestidos son diferentes de los nuestros, pues van cubiertos con un manto, que es de una vara y media de largo y tres cuartos de ancho; las mujeres van también vestidas de esos paños cosidos, desde las espaldas hasta los talones. Aunque la forma de los vestidos sea parecida, su calidad es distinta en unos y otros, pues cada uno va vestido según su condición: los jefes van vestidos de seda y los demás de algodón. Los niños van desnudos hasta los siete u ocho años. Llevan todos las orejas agujereadas con un hueco muy ancho, que llenan con un trozo de madera hecho expresamente para eso, que adornan según su dignidad con placas de oro o con conchas orientales. También suelen llevar brazaletes.

Viven muchos años. Se ven muchos ancianos, que dicen que tienen tantos años que no se pueden contar.

6. *¿Cuál es la secta o religión del país y sus ritos supersticiosos?*

Aunque no hay en este pueblo ninguna religión estable, y determinada, ya que no se ve en toda la isla ningún templo ni sacerdote, hay sin embargo algunos ritos y ceremonias supersticiosas que se introdujeron hace quinientos años, cuando los blancos, que son propiamente cafres, llegaron desde las costas de Persia para seducir a los naturales del país, pues al ver que eran sencillos por naturaleza, sin ley y sin religión, les atrajeron fácilmente a las supersticiones del mahometismo, de las que unos y otros observan todavía algunas, como no comer carne de cerdo, sacrificar los bueyes antes de comérselos y otras cosas de los que luego hablaré. Hay también una especie de idolatría.

En primer lugar, ellos dicen que Zanahary, esto es, Dios, es señor de todo el mundo; pero lo dejan encerrado en el cielo, en donde está, según dicen, como un rey en su reino. En algunos sitios, sin embargo, como no conocen ni a Dios ni al diablo más

que de nombre, le dan la preferencia al diablo en sus sacrificios concediéndole la primacía. «Esto, dicen, es para Andian Rabilo, esto es, para el señor diablo; y esta otra parte es para Zanahary, o sea, Dios». No sé por qué será, a no ser que teman más al uno que al otro, ya que hay entre ellos algunos posesos, o por lo menos, atacados, según dicen ellos, por Zechare y Drimi, que son nombres de diablos en este país.

Los jefes se dejan llamar dioses, y cuando quieren alabar a los franceses los llaman Zanahary, aunque no se les tolera. Los más inteligentes de entre los blancos tienen cierto conocimiento imperfecto de las cosas que se refieren a la creación del mundo del pecado de nuestros primeros padres y de otras cosas semejantes. Dicen que los malos, generalmente hablando, irán al fuego, sin saber dónde ni por cuanto tiempo.

Hay Ombiasses: esta palabra significa escribanos. Y son llamados así porque saben leer y escribir en árabe. Son respetados entre ellos-como los sacerdotes entre nosotros. Son los maestros de ceremonias, costumbres y supersticiones del país. La población los teme por causa de su escritura y de sus libros, en los que no hay ninguna lógica, ni razón, ni doctrina, sino solamente por una y por otra parte que Dios es grande, y algo del Corán, que ellos llaman Ala Koran. El resto del contenido de esos libros no consiste más que en ciertas figuras mal trazadas, que esos escribanos hacen creer que son apropiadas para vencer las enfermedades, adivinar las cosas futuras y encontrar las perdidas.

La costumbre de circuncidar a los niños es general por toda la isla, no por principios religiosos, sino por un motivo puramente humano; no lo hacen al cabo de ocho días, sino que en unos sitios esperan a hacerlo un año, en otros dos, tres, cuatro, cinco, seis y hasta siete años después del nacimiento.

Esta ceremonia se realiza por medio de los Ombiasses en unas reuniones. Los padres y las madres llevan a sus hijos con provisiones y alimentos para los escribanos, como bueyes, capones, etcétera. Apenas se ha circuncidado al niño, se pone sangre de un buey y de un capón degollados sobre la herida del circuncidado. La circuncisión general y más importante se hace el año del viernes: porque ellos distinguen los años como nosotros los días de la semana, y ahora estamos en el año del viernes.

Los blancos observan una especie de ayuno en dos meses diferentes, que consiste en no comer de sol a sol, durante la noche toman lo suficiente para el día. Se abstienen de comer carne de buey y de beber vino, pero no les está prohibido comer capones y tomar aguardiente; si alguno no quiere ayunar, puede hacer ayunar a otro en su lugar. No dan ninguna explicación ni señalan ningún origen de esta superstición, sino que es una costumbre de sus antepasados y que sus libros dicen que los que falten en esto irán al fuego.

Observan otra superstición que llaman Missanath, esto es, reunión de banquetes, que se hace cuando un jefe construye una casa nueva o restaura una vieja, y es una de sus fiestas principales, que relataré a continuación para que se entienda mejor lo que luego diré. He aquí cómo se realiza esta ceremonia. Cuando llega el tiempo de entrar en la casa nueva o restaurada, los súbditos de ese jefe se reúnen y acuden a él con presentes, unos con bueyes, otros con vino de miel, vasijas de barro y otros utensilios de cocina, según la moda del país. En jefe recibe esos donativos por medio de uno de sus fieles, que le va señalando con el dedo cada una de las piezas que le han traído; luego, a la puerta, les dirige a todos un discurso deseándoles felicidad temporal, que puedan prosperar y vivir por mucho tiempo, y les anima a vivir y a proseguir sus servicios y regalos. Los otros Roandries, o jefes, que están por debajo del rey, o los principales de la región, acuden también en esta ocasión con parte de sus súbditos para traerle ofrendas. Al llegar, hacen sus ejercicios con las armas del país, que son partesanas y lanzas de hierro; luego sale a su encuentro el dueño de la casa y, señalando con una lanza su corazón, los abraza a continuación con gritos recíprocos de alegría.

Se pasan dos o tres días recibiendo al pueblo y sus obsequios, y el día destinado a hacer la entrada en la casa se traen quince o dieciséis bueyes, agarrados por unos cuantos hombres para calmar su furia, se les derriba y se les ata las patas, se les plantan los cuernos en tierra y se les prepara para el degüello, acariciándoles el cuello. Entretanto los Ombiasses, en número de tres o cuatro, revestidos de ropajes con un rico cinturón atado con un lazo a la espalda, se acercan solemnemente, con un gran cuchillo en la mano, hasta el lugar donde están los bueyes y dan tres vuel-

tas a su alrededor. En la primera vuelta le echan encima arena del mar; en la segunda, hierba arrancada de la orilla del mar; y en la tercera, agua del mar. Luego los degüellan con presteza y recogen la sangre en cuencos de madera, presentándoselos a los jefes, que se signan en el pecho y en la frente, rezando para que esto les proporcione felicidad y larga vida. Hecho esto, inicia la procesión el dueño de la casa, con un gran cuchillo en la mano, seguido de los jefes, dando tres vueltas en torno a la sangre de los animales, y entran todos en la casa, donde dan otras tres vueltas con gritos de alegría, dando fuertes golpes con los pies sobre el suelo para demostrar que la casa es sólida y bien construida y que puede habitarse con seguridad.

Después vienen los Ombiasses, trayendo antorchas de cera y llevando con solemnidad sus soratra, esto es, sus libros, de los que ya he hablado. Al pasar, van apartando al pueblo y abriéndose camino, amenazando con calamidades a los que no se retiran demasiado a prisa. Yo estaba presente en esta ceremonia y riéndome de ella. Me quisieron apartar, como a los demás, y les dije: «No, yo no tengo miedo de vuestros libros, que no son más que de tinta y papel; no pueden hacer daño a nadie, lo mismo que el polvo que pisáis». Se extrañan de mi discurso y de mi poca consideración a sus ceremonias, pero sin replicarme, lo mismo que ha pasado en otras ocasiones en que reproché sus engaños, con los que se aprovechan del pobre pueblo. Los asistentes decían que el Ombiasse de Vazaha, esto es, el sacerdote de los franceses, superaba tanto en ciencia y en doctrina a sus escribanos como los franceses superan generalmente en capacidad a los negros. Cuando llegaron a la casa estos portadores de libros, dieron tres vueltas alrededor asperjándola con sangre, para que durase muchos años y no les sucediera nada malo a sus moradores. Luego vino a presentarse en la puerta el Roandria y, sentado en el suelo, dirigió una alocución al pueblo para animarlo a su servicio, y les repartió unos cuatrocientos o quinientos bueyes para unas cuatro o cinco mil personas. Se comen la piel del animal con la carne, lo mismo que hacemos en Europa con el cerdo. Y así se pasa toda la mañana, yendo luego cada uno a cocinar su trozo de carne.

Entretanto las mujeres de los Roandrias preparan el banquete para la casa del jefe y mandan traer a los esclavos trescientas

o cuatrocientas raciones de arroz y de carne en hojas que sostienen con la mano; otros manjares de más volumen los traen en hojas grandes de diversas formas, esas hojas están hechas de corteza rojiza.

Finalmente, a eso de las dos de la tarde, la gente se reúne de nuevo ante la puerta del jefe y allí, el sonido de tambores hechos con el tronco hueco de un árbol, cubierto de piel, golpeándolos con un palo por un lado y con la mano por otro, se ponen a danzar con posturas grotescas, cantando las historias del país. Traen una gran cantidad de vino de miel y se lo distribuyen a la gente; en medio de gran confusión y de una general borrachera terminan la jornada y la ceremonia; y al día siguiente, cada uno se vuelve a su casa.

Le pregunté a un Ombiasse las razones de cada una de estas ceremonias, pero sólo supo responderme que era una costumbre de los antepasados. Hay entre ellos varias fiestas o reuniones, en las que también celebran estos banquetes, como por ejemplo antes y después de la cosecha de arroz.

Añadiré a la ceremonia anterior los ritos que observan para librar a los energúmenos. Hace algún tiempo salí a unas 30 ó 32 millas de aquí para instruir a los de alrededor y n?e dijeron que había allí dos mujeres endemoniadas. Yo no vi en ellas ninguna señal de posesión, sino sólo un rostro melancólico. Me dijeron también que no podían hablar. Quise ver qué es lo que hacían; buscaron a un Ombiasse, que mandó a todos los presentes a aquellas dos mujeres que tomasen cada uno una lanza en la mano; luego el exorcista inició una danza, que hacían como si quisieran pisar con los pies y deshacer con las manos alguna cosa de la que sentían horror. Cuando estaban todos enardecidos en la danza, el viejo Ombiasse hizo como si lanzase su lanza contra una vasija llena de agua, les dio de beber a las mujeres de aquel agua y les dio con la rodilla un golpe, como si quisiera echar de ellas al demonio; a mi juicio, no estaban endemoniadas, sino que se trataba sólo de un humor melancólico, que aquel bribón logró disipar con el bullicio de la danza.

Así es como hacen sus milagros, para hacerse respetar, sin olvidarse de que les paguen, sobre todo cuando se trata de un enfermo rico. Los curan de este modo. Primero se ponen meditabundos y se recogen en silencio; toman luego una tabla y

esparcen sobre ella arena, sobre la que hacen luego unas líneas y marcan unos puntos; a esto lo llaman Sakilo; lo repiten varias veces para saber el resultado de la enfermedad. Una parte de esa arena la meten en un trozo de cera y la venden, mandándola llevar al cuello para obtener la salud; hacen traer un gran número de bueyes y de capones y dicen que hay que retirar éste más bien que aquél. Lo importante es que siempre escogen los mejores, con ganas de coger la mejor parte. Luego se ponen a escribir sobre unas hojas, las meten en una vasija y hacen beber ese agua al enfermo. Si el enfermo recobra naturalmente la salud, atribuyen su curación a estas tonterías. ¿Quién no sentirá compasión de la simplicidad de esta gente, que se deja engañar de este modo, y quién podrá contener su justa indignación contra estos bribones, que saben perfectamente que estas cosas son ridículas e impertinentes?

Lo que va más directamente contra el honor de Dios y lo que nos costará más trabajo superar es una especie de culto igualmente ridículo y condenable que los nobles y sus súbditos rinden a ciertos ídolos, a los que llaman olis, algo así como ungidos. Los hacen y los venden los Ombiasses. Estos idolillos están hechos de un trozo de madera o de raíz hueca, que se ponen a la cintura; allí meten polvo y aceite; algunos tienen figura de hombres, imaginándose que están vivos y que 5011 capaces de darles todo lo que les pidan, como el buen tiempo o la lluvia, que les preserven de enfermedades o de enemigos. Les dan de comer, unas veces miel y otras el corazón de ciertas aves. Y como muchas veces les he dicho que estos olis eran cosas muertas, que no pueden comer ni tienen virtud alguna, lo mismo que una piedra cualquiera, ellos se enfadan conmigo y, al no poder impedir que les demuestre su abuso, se esfuerzan en desviar la conversación; si se les urge, confiesan en privado que es verdad, pero que si son cosas muertas, su alma está con Dios. Cada uno tiene un ídolo de esos en su casa y se los llevan consigo al campo; recurren a él en sus necesidades, lo mismo que hacemos nosotros con Dios; en la duda no hacen nada sin pedirle consejo, y luego, al primer pensamiento que se les ocurra, se imaginan que se lo ha sugerido su olis. Cuando siembran el arroz y otras legumbres, llevan sus olis al campo, les sacrifican

un animal, asperjan el campo con la sangre de aquella victima y rezan a sus olis que les den arroz bueno y abundante.

Cuando quieren pasar un río, recurren primero a sus olis, pidiéndoles que los protejan de los cocodrilos que hay allí; luego se dirigen a los mismos cocodrilos, les dirigen un discurso y les dicen en voz alta: «Mira, tú sabes bien que nunca los míos le han hecho daño a tu padre ni a tu madre, ni a ti mismo; te ruego que no me lo hagas tú a mí». Luego se acusan del mal que hayan hecho: «Es verdad que he robado esto y aquello, pero lo devolveré». Arrojan luego un poco de agua y de arena a las cuatro partes y atraviesan el río tranquilos, cuando los cocodrilos atrapan a alguno, dicen que sus olis no eran buenos. Yo les he dicho que abandonen esa abominable superstición y que se encomienden solamente a Dios, que es omnipotente, y que atribuyan a su bondad lo que atribuyen a aquellos ídolos.

La mayor parte de la gente de nuestros alrededores, gracias a Dios, ya han dejado estos abusos. El mismo Dios, que siempre se ha mostrado celoso de su honor, no deja sin castigo estas abominaciones, pues les envía, como hizo antiguamente en Egipto, una cantidad tan enorme de langostas que llegan a oscurecer el cielo y llenarlo todo, lo mismo que esos copos de nieve muy espesa que se ven en invierno en los países del norte; en estos momentos en que estoy escribiendo, la tierra está cubierta de langostas, et comedunt fructus terrae eorum et omne faenum ⁶; y luego la tierra queda como si hubiera pasado el fuego sobre ella. Los Ombiasses y algunos de los jefes, lejos de reconocer que se trata de un castigo de Dios por su idolatría, hacen creer al pueblo que ellos tienen poder para hacer venir a esas langostas y para hacer que se marchen; y cuando no les dan lo que piden, como arroz y otras cosas, amenazan con hacerlas venir; si luego vienen, dicen a esta pobre gente: «¿No os lo había dicho?». Y cuando se lo han comido todo y se van a otra parte, se jactan de haberlas echado ellos. Hemos de esperar de la bondad de Dios que libre a estas gentes de tan terrible azote, si se someten al yugo de la fe y a la práctica de sus mandamientos.

6. Sal 14. 35

7. *De las costumbres civiles del país.*

Entre ellos se hacen la guerra para quitarse unos los bueyes de los otros.

Los jefes tienen sus esclavos y los consideran como perros; venden los hombres al mismo precio que los bueyes, y a los niños como terneros.

Los blancos, en todos los sitios en que son los amos, se reservan el derecho de degollar a los animales que se matan para comer, de forma que a un negro no se le permite matar a sus propios animales. Estos matarifes son ordinariamente los Ombiasses, que se quedan con una parte del animal sacrificado, ordinariamente con la mejor. Los sitios en que siguen mandando los negros no toleran que los blancos gocen de ese privilegio. Esta costumbre es una invención para impedir el robo de ganado y para hacer que los jefes tengan más animales después de la muerte de sus súbditos, ya que entonces se quedan ellos con todo, sin dejarles nada a los hijos de quien trabajó toda su vida para reunir alguna cosa.

El recurso que utilizan para tener siempre sujetos a sus súbditos es que se han apoderado de las mejores tierras, donde siembran arroz, legumbres y otros productos, quitándoles las posesiones que les quedan, para empobrecerlos y obligarles a acudir a sus almacenes, que están bien provistos.

A los ladrones se les castiga de diversas maneras. Si son jefes o dueños de alguna aldea, pueden redimirse pagando bueyes; si son pobres, los matan o, si les indultan, el que fue robado se queda con la mujer y los hijos del ladrón como esclavos.

El vicio general del país es la lujuria. Ninguna de sus especies resulta deshonroso, a no ser que, cuando se encuentra a Un hombre en adulterio, se le castiga lo mismo que al ladrón: si es jefe o rico, se le rescata; si es pobre, se le mata o se le hace esclavo.

Al que mata a otro se le puede también rescatar; y si es pobre y no tiene amigos, lo hacen esclavo o lo matan, pero si el hijo de un jefe mata a su padre, entonces no se le hace morir.

El matrimonio se contrae entre parientes, excepto en el primer grado. No es estable; está permitido separarse y casarse con otro, como sucede con frecuencia. Está permitida la poliga-

mía, aunque no es general, sino que se da sólo en gran parte de los jefes, que tiene medios para alimentar muchas mujeres.

Entre los negros no hay ceremonias especiales para el matrimonio, sino que la elección depende de las partes y no de los parientes. De ordinario el marido compra a su mujer, dando por ella a los padres unos cuantos bueyes o alguna otra cosa. Pero entre los nobles se tiene una reunión de parientes, amigos y sujetos de una parte y de otra; y muchas veces el acuerdo y la promesa de matrimonio la hacen los padres desde el nacimiento del niño o de la niña. Se casan muy jóvenes. El día de la boda se matan unos bueyes, como en sus Missanats; y en presencia de los parientes, los Ombiasses les desean muchas felicidades temporales. Se atan los cabellos de los esposos y, tomándose de la mano, el marido pone su rodilla sobre la de su esposa. Sigue después el banquete y la ceremonia termina con una danza.

Los franceses antiguos me han asegurado que las madres, cuando les nace un hijo en sábado, entre la puesta del sol y el canto del gallo lo dejan abandonado, así mueren esos pobres expósitos, si no los encuentra alguien por casualidad, como pasa a veces aquí. Esas madres desnaturalizadas dan como razón de este hecho inhumano que es una hora maldita y que, si esos niños viviesen, matarían algún día a sus propios padres. Sin embargo, les dejan vivir a veces, aunque como esclavos de sus hermanos.

Se dice también que en la isla de Santa María, que está en un extremo de ésta, las madres abandonan a los hijos que nacen en ciertos días que creen malditos, que son tres o cuatro cada semana. Pero de esto no tengo noticia exacta, ya que se hace en secreto, lo mismo que hacen en Europa las madres desnaturalizadas para cubrir su honor. También se dice que es esto común en este país, cuando la madre es de la raza de los jefes y concibe de un esclavo.

No se les da nombre a los recién nacidos hasta los siete u ocho años; entretanto se les llama amboa o lambo a los niños, esto es, perrito o cerdito, ya que tienen más de animal que de hombre. Cuando son mayorcitos, un Ombiasse observa el planeta bajo el que ha nacido el niño y les da a los niños el nombre de Radama, que significa Adán, o Raby, Ramose, Elias, Moisés, u otros nombres de profetas. A las niñas las llaman Rahona, que

significa Eva, Ramary o María, y otros nombres que significa hermosa, muy rica o de larga vida.

Los funerales se celebran según la calidad de las personas. Si es un *Roandrie*, ilustre, lo sepultan con hermosos ropajes, con el rostro descubierto y adornado, según la moda del país, con un collar de coral y granos de oro y plata. Los amigos y parientes del difunto se reúnen y acuden a los funerales; en un determinado momento, empiezan a llorar y se quitan sus joyas, se acercan al cadáver doblando ante él la cabeza y llorando con lágrimas abundantes y muchos gemidos y cánticos lúgubres. Se queman perfumes y maderas olorosas y luego se lleva al muerto al lugar destinado para la sepultura; al llegar redoblan sus gritos y gemidos y lo entierran. Luego matan unos bueyes y se alegran más de lo que antes se había entristecido. Más tarde los carpinteros que son todos ellos jefes del país, le hacen una especie de casa sobre la fosa, y los esclavos en gran número acercan una piedra en forma de pirámide, que elevan por encima de la sepultura, poniendo en su cima un cuerno de buey.

Esta misma ceremonia se observa generalmente en los funerales de toda clase de personas, aunque la pompa de los funerales aumenta o disminuye según la clase del difunto. Tanto los pobres como los ricos llevan los primeros frutos que recogen a las tumbas de sus padres y plantan árboles frutales alrededor de las sepulturas, sin que nadie se atreva a coger sus frutos. Cuando tienen algún mal sueño, matan un animal en recuerdo de su padre difunto.

En el sitio en que estamos ignoran por completo qué es la que pasa con el alma después de la muerte y si se separa del cuerpo para siempre. Ahora que les decimos lo que nos enseña la fe, se quedan muy admirados, sobre todo cuando oyen hablar de una eternidad dichosa o desgraciada.

Esto es todo lo que hemos podido observar de sus costumbres y supersticiones, tanto por lo que hemos preguntado, como por lo que nosotros mismos hemos podido ver. Hay otros muchos lugares en el otro extremo de la isla, que no conocemos. Se dice que hay portugueses en un sitio y holandeses en otro. Cuando hayamos ido por toda la tierra y rodeado la isla con un barco, le comunicaremos todos los detalles. Pero aun cuando sólo estuvieran los hombres que nosotros conocemos, este gran núme-

ro de ovejas sin pastor, expuestas a la furia y a la crueldad de los lobos, basta para conmovernos y llenarnos a todos de una cristiana compasión, sobre todo al pensar que tienen muy buenas disposiciones y que las redes de un pobre pescador y pecador como yo soy no son capaces de recoger tan gran multitud de peces, si no vienen en mi ayuda obreros celosos y expertos, como podrá deducirse de lo que diré a continuación.

8. En qué situación encontramos las cosas de la religión cristiana.

Después de hablar del país, de los habitantes, de sus costumbres y supersticiones, será conveniente señalar en qué situación encontramos las cosas referentes a nuestra religión, por cuya propagación hemos venido a esta isla. Cuando los señores de la compañía de Indias tuvieron conocimiento de estos lugares por medio de una persona hereje, que tenía los recursos necesarios para establecerse aquí, se vieron obligados al principio a confiarle la dirección y el gobierno de aquellos a quienes enviaban, que eran católicos, a excepción de unos nueve o diez herejes, que llevó aquel comandante. Esos señores han tenido siempre algún sacerdote para atender espiritualmente a los franceses, y nosotros nos hemos encontrado aquí con uno llamado señor de Bellebarbe. Ha trabajado según sus posibilidades, pero con poco fruto, ya que no se veía apoyado por el comandante que, aunque dejaba decir misa a los católicos, tenía la predicación en su casa; esto, junto con otros desórdenes domésticos, hacía que los infieles no fuesen ni a las oraciones de los católicos ni a las del comandante, extrañados de ver dos clases de religiones en las personas del mismo país. Estos señores han quitado este obstáculo para la mayor gloria de Dios, retirando al comandante y prohibiendo que fuera admitido ningún hereje en el barco para venir acá. Y el señor de Flacourt, que es de estos señores, al recibir esta orden, ha venido en ese viaje tanto por interés de la gloria de Dios como para servicio de la misma Compañía; es de esperar que el cielo le bendiga en ambas empresas. Y Dios, con su gran misericordia, nos ha escogido como obreros para cuidar de las almas de los franceses que están en este país y trabajar por la conversión de los infieles.

No hemos encontrado en este país más que cinco niños bautizados, a saber, una niña abandonada en el bosque, el hijo na-

tural de un francés y tres esclavas pequeñas traídas de la guerra y apartadas de la matanza, que fueron bautizadas por un diácono, ya fallecido.

9. De nuestras ocupaciones en este país.

Procuramos ante todo edificar y ganarnos a todos con un amable y cariñoso trato. Dios ha querido servirse especialmente de este medio para la conversión de cinco herejes. Nuestra primera ocupación fue disponer a los franceses que encontramos aquí para ganar el jubileo por la paz. Luego nos dedicamos al estudio de la lengua del país, que nos cuesta mucho, ya que el diccionario que nos prestaron en el barco, además de contener muy pocas palabras, no estaba en muy buen orden ni era seguro; hay mucha diferencia entre la pronunciación y la escritura; una cosa es saber el significado de una palabra separada y otra conocer su valor en la construcción y oírla en el discurso de los naturales del país. Por eso tuvimos que buscar con mucha dificultad intérpretes, que se veían muy apurados para encontrar palabras con que explicar nuestra fe en un país donde no se habla de religión. Hemos procurado formar dos de ellos, que se llaman Claudio Hastier y Francisco Grandchamp; este último se explica mejor.

Apenas pudimos balbucear un poco, empezamos a instruir a los infieles, entre los cuales son mucho más dóciles los negros que los blancos, que se juzgan personas de mucho talento y no quieren escuchar cuando se les habla de las cosas de la fe; o, si escuchan, es sólo por curiosidad y con indiferencia. Lo mismo hacen los Roandriés, cumpliéndose en ellos las palabras de nuestro Salvador: *Vae vobis divites* 7; y estas otras: *Abscondisti haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis* 8; porque estos buenos negros, después de haber escuchado con interés, se dicen unos a otros: entonces no hay que jurar, ni trabajar los domingos, ni robar.

Los nobles dicen que sus esclavos son incapaces de aprender a servir a Dios, y les gustaría que no les instruyésemos y los mantuviésemos en la ignorancia, por miedo a que llegasen a descubrir su malicia.

7. Lc 6, 24.

8. Mt 11. 25.

Pero como quizás desee usted, padre, que le exponga algunos casos particulares de donde pueda usted deducir con mayor claridad la forma que seguimos para instruir a estos pobres bárbaros y cómo corresponden por su parte a la gracia de Dios, le referiré algunos.

10. *Algunos detalles sobre la instrucción a los isleños desde el 15 de diciembre de 1648 hasta después de Pascua de 1649.*

Seis días después de llegar, habiendo oído decir que el principal de esta región, llamado Andian Ramach, había estado tres años en Goa, de donde lo trajeron los portugueses a la edad de diecisiete años, y tiene ahora cincuenta, fui a verle con unos cuantos franceses a Fanshere, donde reside, a una jornada y media de aquí, de parte del señor de Flacourt. Nos acogió amablemente, y habiendo hecho tres signos de la cruz en la frente, la boca y el corazón, dijo: Per signum sanctae crucis de inimicis nostris libera nos, Domine, etcétera, y rezó el padrenuestro, el avemaría y el credo en portugués. Le pregunté por el intérprete por qué no había en el país ningún otro que supiera rezar a Dios y por qué- no se había preocupado él de instruir a sus vasallos. Me respondió que eran incapaces de ello y que no tenía ningún sacerdote para enseñarles. Le dije que yo había venido a servirle a él y a todos sus vasallos, que serían capaces de entender cuando se les hubiera enseñado como a él. Me dijo que se complacía en ello y que asistiría a las oraciones, cuando las hiciese en su aldea. Lo mismo me dijeron otros nobles que había en aquel lugar, y me rogaron que viniera a instruir a sus hijos. Aquel reyezuelo me dijo que lo bautizaron en Goa, en un colegio donde había muchos padres, y que estando enfermo el bautismo le devolvió la salud; después sólo se ha confesado y comulgado una vez; más tarde fue traído acá por un comerciante portugués, con el que vinieron dos sacerdotes que se quedaron en una isla a dos leguas de aquí, donde se pueden ver los muros de una casa construida por los portugueses hace más de cien años, como se deduce de una inscripción en una cruz de mármol. Uno de esos sacerdotes murió y el otro se volvió con el comerciante, después de haber bautizado solamente a un hombre, con el que yo he hablado y que lleva tres cruces sobre la piel en el estómago. Andian Ramach volvió a sus supersticiones ocho años más tarde.

Después de varios discursos por una parte y por otra, acaricié a los pequeños, tendiéndoles la mano al estilo del país y pronunciando algunas palabras en su lengua; luego les hice algunos regalos de piezas de vidrio, que les dejaron admirados, llamándome padre y yo a ellos hijos. Todos me miraban con mucho interés y, cuando me retiré a rezar el oficio divino, venían a verme rezar a Dios y se paraban junto a mí.

Aquel primer viaje me llenó de gozo y de esperanza. Al regresar, comuniqué a mi querido compañero todas estas buenas noticias. Las fiestas de Navidad transcurrieron ganando el jubileo, administrando los sacramentos y predicando a los franceses según costumbre. Al llegar el día de Reyes, para venerar el misterio de la vocación de los gentiles, empezamos a bautizar a los niños no adultos. El señor Flacourt llamó al primero Pedro. aquella fue la primera piedra de nuestra iglesia espiritual.

Por aquellos días salió un barco con doce franceses, enviados a residir a Santa María, que es una pequeña isla a doscientas leguas de aquí, donde hay un Roandrie, que es el señor, y catorce aldeas con unas seiscientas o setecientas personas muy sociables. Tienen casi la misma lengua que aquí. Es un país poco sano y la tierra, aunque buena de cultivar, es difícil de roturar por la proximidad de la selva. El señor de Bellebarbe fue enviado allá para estar al cuidado de ellos, y le rogué que pusiera todo el cuidado que pudiera por el cristianismo; pero no se quedó allí mucho tiempo y actualmente regresa a Francia.

Poco después, conociendo ya un poco la lengua, les hablamos a los negros y les dijimos que aprendiesen a rezar a Dios. Tenían vergüenza de ello y se excusaban con su falta de capacidad, pero tomándoles de la mano se les enseñó a hacer la señal de la cruz y a pronunciar las palabras; más tarde estaban llenos de gozo al hacer y decir lo que creían antes que les iba a ser imposible. Lo mismo hicimos con la juventud; y el domingo les hacíamos explicar por un intérprete un trozo de la doctrina cristiana; al poco tiempo fueron abandonando la idea que tenían de que eran incapaces de aprender.

Varios Roandries de los alrededores vinieron a visitar al señor comandante y le hicieron algunos regalos, con la esperanza de recibir ellos más, según la costumbre del país. Aprovechábamos la curiosidad de aquellas gentes para atraerlas, junto con

los esclavos y los vasallos que les acompañaban, a que vinieran a ver nuestra capilla, donde por medio de un intérprete les hablábamos de nuestra fe. Decían que eran cosas muy bonitas y que les gustaría aprenderlas. Algunos, al presenciar la misa, preguntaban qué era aquello y por qué, al cantar el sacerdote, todos los franceses respondía de la misma manera. Les decíamos que estábamos todo de acuerdo en pedir a Dios por nuestras necesidades y uniformes en cantar sus alabanzas. Alguno nos dijo que antiguamente sus antepasados habían tenido casas grandes, donde se reunían como nosotros en nuestras iglesias, y que los viernes, después de cantar como nosotros, mataban bueyes, ovejas y cabras en un banquete público, pero que las guerras lo habían abolido todo esto hacía cien años.

Aproveché la ocasión para decirles que les enseñaríamos una manera de rezar a Dios más excelente que la de sus antepasados, que no era más que carnal, y la forma de servirle como él nos manda, sin que fuera necesario hacer festines.

El más sabio de los Ombiasses de aquel país, de cincuenta años, vino a vernos con los demás. Le preguntamos por medio del intérprete cómo servía él a Dios. Nos dijo que Ramofamade, o sea, Mahoma, era su profeta, y Moisés el nuestro; que hacíamos bien en seguir la ley de Moisés, y él la de Mahoma. Nos contó la historia de nuestro primer padre Adán poco mas o menos como está en el Génesis, excepto una circunstancia curiosa, o sea, que había un río de leche, otro de miel y el tercero de vino, y que el motivo de la cólera de Dios fue a causa del mal olor que se sintió cuando Adán y Eva purgaron su vientre en el jardín. Decía también que entre los hijos de Adán unos eran blancos y grandes señores, de los que descendían los franceses y los blancos de este país, los otros negros, y los esclavos, de quienes descendían los negros. Nosotros le hablamos de Jesucristo, Hijo de Dios encarnado. El respondió que sus libros mencionan a un profeta llamado Raissa, que había venido a la tierra inmediatamente de Dios, sin haber nacido de los hombres, y que era más grande que Mahoma, que le acataba. Cuando le dijimos que era Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, a quien adoramos, respondió que Dios no tenía hijos y que era solo; que por lo demás ellos esperaban como nosotros ir al cielo guardando sus ceremonias. Pero no había ninguno entre los intérpretes capaz de expli-

car el misterio de la Trinidad, como espero que lo habrá con el tiempo, acomodándose a las comparaciones y manera de hablar de este país. La conclusión de esta visita fue que él estaba contento de conocer nuestras creencias y encomendarnos a su hijo, de quince años, para enseñarle luego a él. Acepté con gusto su ofrecimiento, pero aquel pequeño libertino no se quiso quedar. Nos dijo que su padre no le dejaba beber vino hasta que hubiese aprendido sus supersticiones.

Esto es lo que me dijo el más sabio del país, que sin embargo no les decía nada de Dios a sus negros, contentándose con engañarles con sus olis y sus salis. El que pudiera convencer a un Ombiasse como éste, desinteresándole de las pequeñas ganancias que obtiene con sus engaños, pronto se haría con todos los demás; pero se necesitaban buenos intérpretes que sepan entender y decir las cosas de una y otra parte, y esto necesita una larga práctica, ya que la lengua no está sometida a leyes y hace poco tiempo que los franceses habitan en esta tierra. Espero que con el tiempo Dios nos concederá la gracia de vencer estas dificultades.

Las primeras visitas que he hecho por los alrededores fueron durante la cuaresma, con ocasión de unos franceses enfermos a tres o cuatro leguas de aquí. Al pasar por las aldeas, los negros se reunían por curiosidad para ver un pequeño reloj que había pedido prestado. Lo admiraban y creían que estaba animado, y decían que éramos dioses; esto nos obligaba, como a Pablo y Bernabé, a decirles que éramos hombres como ellos y de allí sacaba un pretexto para hablarles de Dios como podía. Aquellas pobres gentes decían también que eran incapaces de aprender y cuando quise enseñarles a hacer la señal de la cruz, escaparon. Uno más atrevido, que era el jefe de la aldea, consiguió hacerla y pronunciar las palabras, y luego todos vinieron a que les enseñáramos a hacerla.

11. De las visitas por los campos después de Pascua de 1649 hasta el mes de junio.

Pasadas las fiestas de Pascua, supe que Andian Ramach hacía un Nisanath en su casa, que había sido reparada. Creí conveniente acudir, tanto para ver lo que pasaba en aquella ceremomia, como para poder hablar de la fe en tan buena compañía, en presencia del rey y de los demás jefes que iban a asistir. Lle-

vé conmigo un intérprete para hablarles más fácilmente. Le pedí al rey que les dijera él mismo lo que había aprendido, dado que tenían más fe en él que en mí. Me lo prometió en varias ocasiones, pero luego no hizo nada y tuvo por ello la culpa de que, por fiarnos de él, se perdiese la ocasión en la confusión de su banquete. Pero hablé con los jefes del país y con los Ombiasses que había en su casa y saqué de esta visita la ventaja de que, al verme siempre al lado de su rey, la gente creyó que yo era de su confianza; esto me ha servido de mucho, cuando les decía, como es verdad, que su rey me había rogado que los instruyera. Me insistió además en que viniera a vivir con él, que le diera las horas en portugués y que rezaría a Dios como antes. Al partir, me dijo que escribiese a Luis de Borbón para que le hiciera un buen regalo. Le dije que así lo haría si volvía a ser buen cristiano y contribuía con nosotros a la salvación de sus súbditos asegurándole que, cuando fuéramos a vivir con él, no le seríamos una carga. Porque estas gentes son tan mezquinas que es más conveniente darles que recibir de ellos.

Al volver, el jefe de una aldea llamado Ramanore, de raza blanca y uno de los más ricos y distinguidos del país, que a veces había asistido a nuestras instrucciones en nuestra casa, después de haber probado todas las supersticiones de los Ombiasses sin ningún efecto, me rogó que entrase en su casa y que pidiese a Dios por su salud. Cuando le dije que Dios permite a veces las enfermedades del cuerpo para salvar nuestras almas, y que él era omnipotente y lo podía curar, si dejaba la superstición del país y se ponía a servir a Dios como nosotros, pidió en seguida que le enseñáramos. Mandé reunir a los de la aldea para que vinieran a oírnos. Les expuse, por medio del intérprete que llevaba, las cosas más substanciales de la fe y más necesarias a la salvación. El enfermo, después de haberlo escuchado todo, dijo que sentía el corazón aliviado y que creía todo lo que acababa de oír, que sentía mucha compasión por el Hijo de Dios muerto por nosotros, y que se lo agradecería y no lo olvidaría. Preguntó si Jesucristo era lo bastante poderoso para devolverle la salud. «Sí, le dije, si crees con todo tu corazón y tu alma es lavada de sus pecados por medio del santo bautismo». Mandó traer agua y me urgíó para que lo bautizara. Pero temiendo, como luego se vio que buscaba más la salud corporal que la espiri-

tual, lo retrasé, diciéndole que había que probar si era sincero su deseo de servir a Dios, y que lo demostraría si, después de recibir la salud, como esperaba que le concedería Nuestro Señor, mandaba instruir a toda su familia junto con él.

Su mujer, al oír la explicación de los mandamientos, me dijo que hacía mucho tiempo que recurrían a Dios y que siempre, sobre todo al plantar y al recoger el arroz, elevando los ojos al cielo, le decían a Dios: «Tú eres quien nos manda lo que cosechamos; si tú lo necesitas, te lo daré y les daré también a quienes lo necesiten, como a los franceses que pasen por mi casa, y a los pobres esclavos». Pensé entonces en Cornelio, pero yo no había tenido ninguna visión para bautizarlo.

Todos los asistentes estaban impresionados por lo que se les había dicho, y decían que estas cosas valían más que el oro y la plata, que hay que dar a los que se les debe; pero esto, ¿quién nos lo podrá quitar? Lo encontraremos siempre en nuestro corazón después del sueño. Por estos discursos reconocí que, aunque el Espíritu Santo no había bajado visiblemente sobre ellos, se daba a conocer sensiblemente por las luces que derramaba sobre sus almas. Me despedí, dejando al enfermo con la esperanza de su curación y a todos con la de que volvería a instruirlos. Poco después, supe que había sanado aquel hombre, pero no ha vuelto a pedirme que lo instruya, tal como me lo había prometido, a pesar de que sigue diciendo que se mantiene en la misma idea. Creo que el respeto humano y el temor de enemistarse con los jefes a quienes sirve, le hacen retrasar las cosas. Vive moralmente bien, y luego he bautizado a dos de sus hijos. Más tarde algunos me dijeron que debería haberlo bautizado y que su salud habría dado crédito al bautismo, pero creía que sería mejor que lo pidiese más tarde, una vez restablecido.

12. De algunas visitas que hicimos en junio y julio y de la muerte del padre Gondrée.

Por los días de rogativas, el señor de Flacourt tuvo que ir Fanshere y quiso que lo acompañáramos uno de nosotros. Fue el padre Gondrée y padeció mucho, pues el calor, el viaje a pie y la abstinencia, ya que no comía más que un poco de arroz cocido con agua, lo debilitaron y volvió a casa con fiebre y con unos dolores intolerables en todas las articulaciones; en medio de

todos sus males, demostró una gran constancia y unos sentimientos verdaderamente cristianos.

Durante las fiestas de Pentecostés, aunque estaba sumamente afligido por la enfermedad de este buen siervo de Dios, Nuestro Señor me dio fuerzas para atender a la devoción de los franceses y de nuestros catecúmenos, confesando, predicando y cantando la misa por la mañana, y por la tarde las vísperas e instrucción de los isleños.

Administré el bautismo a dos muchachas adultas, que se casaron con dos negros, bautizado el uno en París por el señor nuncio y el otro en Nantes; esto consoló a nuestro enfermo, que recibió la extremaunción con mucha devoción. Decía que su mayor disgusto era abandonar a estos pobres infieles. Recomendó luego con gran fervor a los franceses el temor de Dios y la devoción a la santísima Virgen, de la que era muy devoto. Me pidió que le escribiera a usted, agradeciéndole muy humildemente en su nombre la gracia que le había concedido el admitirle y soportarle entre sus hijos, y sobre todo de haberle escogido entre otros muchos más capaces que él, para enviarlo acá, y que pedía a los de nuestra congregación que diesen gracias a Dios por él. Luego me dijo: «Le dejo en testamento este aviso, que sufrirá usted mucho en este país, no sólo un poco, sino mucho». Y, habiendo pasado parte de la noche en continuas aspiraciones a Dios, sonriendo le entregó su alma catorce días después de caer enfermo.

Lo enterramos al día siguiente con lágrimas de todos los franceses y de los infieles, que decían que no habían visto, hasta que llegáramos nosotros, ningún hombre que no fuera colérico y de mal genio, y que les enseñase las cosas del cielo con tanto afecto y dulzura como nosotros.

Le suplico aquí, padre, que haga una pausa en la lectura para imaginarse los sentimientos de mi pobre corazón al perder a quien amaba como a mí mismo, que era todo amabilidad, y que, después de Dios, era mi único consuelo en esta isla.

Le pedí a Nuestro Señor Jesucristo la parte de gracias del difunto para realizar solo la obra de los dos. Después de su muerte sentí el efecto de sus oraciones y una doble fuerza de cuerpo y de espíritu para trabajar por la gloria de Dios. Luego, el temor de morir antes de haber realizado la obra de Dios, me

urgió a trabajar en lo más necesario, que era componer en esta lengua algunas instrucciones de lo que había que creer y practicar, a fin de aprenderlas y dejárselas a los que vengan, en el caso de que Dios disponga de mí. Después de muchas fatigas por expresar las cosas de la religión en un país sin religión, acabé lo más necesario y envié una copia al señor de Bellebarbe, en Santa María, para que se sirviera de ella; pero no ha podido hacerlo, por falta de intérprete.

Después de poner estas instrucciones en orden, reunía a los infieles de nuestra congregación todos los domingos y fiestas, que se extrañaban de verme en tan poco tiempo hablar en su lengua, aunque no hacía más que balbucear lo más necesario que había aprendido. Los hijos de un jefe, llamado Andian Panole, que vivían muy lejos, a doscientas leguas de aquí, pero que habían venido por sus asuntos, venían a vernos y asistían a nuestras instrucciones. Al marchar, dijeron que deseaban ser instruidos y que le dirían a su padre lo que habían aprendido de nuestra religión. Yo les di esperanzas de que con el tiempo iríamos a su país. Sería muy conveniente, ya que ese país es mejor y está más poblado que el sitio en que estamos y los habitantes se muestran muy curiosos al asistir a las oraciones de los franceses que van allá a negociar.

Aprovecho todas las ocasiones que puedo para anunciar a Jesucristo personalmente y por otros, como a los negros lejanos adonde van los franceses, a quienes, después de exhortarles a confesarse y comulgar antes de su viaje y de recomendarles a todos que temiesen a Dios y diesen buen ejemplo a los infieles, encargaba a los más inteligentes que aprovecharan la ocasión para hablar de nuestra fe y les daba por escrito las instrucciones necesarias para ello.

En el mes de junio fui al campo para ver si la semilla celestial que había sembrado por las aldeas empezaba a germinar, y supe que se iba a celebrar una reunión solemne en Fanshere para la entrada en casa de Andian Sero, sucesor de Andian Ramach. Habiendo oído que aquel jefe de una aldea llamado Ramanore, del que hablé anteriormente, había curado poco después de mi visita, me pidió que fuera a su casa para pedir por la salud de un nieto suyo. Le dije: «¿Qué quieres que haga? ¿Crees que Dios puede curarlo sin estos olis del país?» (Pues es uno de los

más supersticiosos). «¿Haz y di lo que quieras, con tal que el niño se cure». Elevando mi corazón a Dios con confianza, fui a buscar a Andian Ramach y le dije: «Sabes muy bien lo que es el bautismo y cómo tú has recibido con él la salud de alma y de cuerpo. Tu nieto está enfermo. Si quieres que lo bautice, haz venir a tu yerno, a tu hija y al niño; les explicaré lo que es el bautismo; dime qué nombre quieres que le ponga». Así lo hizo y le llamó Jerónimo; me dijo que pronunciara bien las palabras, para pronunciarlas él también. Le mandé decir por el intérprete que era preciso que el niño se educase y viviese como buen cristiano; y el padre me dijo: «Yo te lo doy y quiero que seas tú su padre y su madre, cuando sea mayor». La bauticé en seguida, dando a entender a los Roandriés asistentes que, aunque se bautizase a los niños sin ninguna disposición por su parte, a los adultos era necesario instruirlos previamente. Poco después el niño sanó y, gracias a Dios, no ha muerto aquí ninguno después del bautismo, como pasa en Canadá. Por eso los paganos no sienten repugnancia en que bauticen a sus hijos, creyendo que esto les conserva la salud, después de lo que le sucedió a un negro, cuando le dije que su hijo moriría si lo hacía circuncidar; así sucedió. Luego vino a verme con su mujer, diciéndome con lágrimas en los ojos: «Ya me lo habías dicho tú». Aquellas pobres gentes lloraban la pérdida del cuerpo de su hijo, y yo la de su alma. Andian Ramach, antes de mi partida, habló al pueblo de los mandamientos de Dios; yo confirme sus palabras, ofreciéndome a instruirles. Los Roandriés que habían venido a la fiesta dijeron que querían ser bautizados antes de partir. Entré en la nueva casa y la encontré llena de mujeres de los Roandriés. Les hablé de la fe, ellas me dijeron que los Ombiasses del país excusaban de aprender a las mujeres, por incapaces. Pero al decirles que también las mujeres en Francia aprendían a servir a Dios, lo mismo que los hombres, me dijeron que les gustaría aprender y que fuera a sus casas a instruir las.

13. De otras visitas hechas en los meses de agosto, septiembre, octubre, noviembre y diciembre.

Al morir mi compañero, con el que contaba para que atendiese a los cuidados de nuestra residencia y de los alrededores, no podía ya marchar tan lejos como antes, pues tenía que estar

los domingos y los días de fiesta en casa, para celebrar la santa misa y el oficio divino y dirigir exhortaciones a los franceses e instrucciones a los infieles de las cercanías. Por eso mis viajes eran sólo de seis días.

El mes de agosto estuve en las montañas más cercanas. De día instruía a los que estaban en las aldeas, y por la tarde, al claro de luna, a todos los que volvían de trabajar. Me sentí muy consolado al ver por una parte que creían de todo corazón, y decía con lágrimas en los ojos: «Quid prohibet eos baptizari?»⁹. Pero, temiendo que abusasen del bautismo, al no tener ningún sacerdote que les mantuviese en la piedad cristiana, lo dejé todo en manos de la adorable providencia de Dios. Hubiera bautizado a los niños, pero temía que no se les pudiera distinguir de los otros, teniendo en cuenta sobre todo que los paganos cambian muchas veces de residencia. Me parece que sería conveniente hacerles alguna señal para distinguirlos.

Los que he bautizado de las aldeas cercanas se reconocen por llamarse en el país con su nombre de bautismo: Nicolás, Francisco, Juan, etcétera.

Sería demasiado largo y aburrido querer indicar los nombres, viajes, aldeas y gentes a las que he anunciado a Jesucristo, y los detalles que ocurrieron. Puedo decirle que no se puede desear mejor disposición para recibir el evangelio. Todos se quejan de que los franceses, desde que llegaron a su país, no les hayan hablado de la fe, y sienten una santa envidia de los que están cerca de nuestra residencia.

Referiré solamente lo que pasó en ciertas ocasiones especiales. A finales de noviembre fui a visitar las aldeas que hay más allá de Fanshere. Llevaba conmigo un cuadro del juicio final y del cielo y del infierno. En todas las aldeas les decía que había venido para que sus ojos vean y sus oídos escuchasen las cosas de su salvación. Después de explicarles lo que tenían que creer y los mandamientos de Dios, les enseñaba las moradas de la eternidad y les pedía que escogiesen arriba o abajo, el cielo o el infierno. Ellos gritaban: Tsiary aminy Rabilo; aminy Zanahary tiako andea (o sea, no quiero ir con el diablo; escojo a Dios para vivir con él).

9 Hech 8, 36.

Decían que sus Ombiasses no les hablaban de Dios ni les visitaban más que por interés y para engañarlos mientras que yo les enseñaba gratis. Se extrañaban de que hubieran podido hacer figuras sobre el papel. Al oír hablar del pecado de nuestros primeros padres, unos los maldecían y exclamaban: «¡Qué hermoso habría sido vivir como Dios nos había creado, sin tener que trabajar, ni estar sujetos a los males de esta vida, ni tener que morir!». Otros la tomaban con el diablo, diciendo que si pudieran cogerlo, lo quemarían. Si alguno llegaba tarde, cuando había doblado ya el cuadro, decían: «Ay, no has visto estas riquezas!». Y había que desdoblarlo de nuevo y volverlo a explicar.

De regreso pase por Fanshere y le enseñé mis cuadros al rey, que los conocía y explicaba, luego le pedí que permitiese bautizar a los niños de su aldea, y que prohibiese la circuncisión. Me dijo que no impediría el bautismo, pero que les dejase hacer la circuncisión. Hay que tener un poco de paciencia para que con el tiempo la vayan dejando. Si pudiéramos lograr que este reyezuelo volviera a su primera situación de cristiano, lo seguirían los demás reyes y se nos cansarían los brazos de bautizar. Como los menos dispuestos a recibir el evangelio son los blancos, y entre ellos los nobles y los Ombiasses, procuraba aprovechar todas las ocasiones para hablarles de la fe, si los ganásemos a ellos para Dios, lo demás resultaría fácil.

Por eso, yendo al extremo de la isla, a dos jornadas de aquí, y después de ver con alegría la buena disposición del pueblo, fui a casa de Andian Madamboro, hermano mayor del rey, que había sido suplantado por el menor. Este jefe es un Ombiasses muy supersticioso, que se atribuye el poder de hacer venir y echar a las langostas. Me pidió al principio que le diera algún remedio para la gota, que le molestaba por entonces; le dije que sólo Dios podría curarle o darle paciencia en su enfermedad, y luego le evangelicé a Jesucristo. Al decirle que había que creer en aquel cuya imagen llevaba, la tomó, la besó y la puso sobre su cabeza y sobre su corazón y me pidió que me quedara con él para instruirle. Sólo pude darle esperanzas. Le pedí que me dejara ver sus libros, que estaban todos ahumados. Todos los asistentes, cogiéndome por la sotana, me gritaban: «¿Qué vas a hacer?; nos vas a traer mala suerte; lávate las manos y la boca». Riéndome de su miedo, tomé aquellos libros, en los que no vi más que

figuras mal trazadas. Y al preguntarle el significado de la escritura, me dijo que eran los nombres de los planetas. Le dije que había que quitar todas aquellas supersticiones y engaños, con los que abusaba del pueblo. Respondió que no sabía que fueran malos y que no tenía intención de servir al diablo, sino de seguir las costumbres de sus antepasados, que yo le instruyese mejor y que dejaría todo aquello, que fuera a verlo con frecuencia, con tal que no fuera en viernes, pues aquel día no hablaba con nadie, pues había observado que todos los que habían hablado en viernes habían sufrido luego algún accidente. Pero yo le dije que vendría precisamente aquel día, ya que en él nos había rescatado con su sangre Nuestro Señor Jesucristo. Le hice hacer la señal de la cruz y lo dejé en muy buena disposición.

Fui luego a visitar a Andian Machicore, yerno del rey, en otra aldea. A éste se le atribuye el poder de atraer la lluvia, de forma que, cuando llueve, le presentan bueyes en acción de gracias. Tratando con él en presencia de varios habitantes del lugar, me preguntó si llovería pronto, ya que el arroz estaba quemado por falta de agua. Yo vi la luna pálida y el cielo cubierto y le dije que creía que pronto caería agua, pero que no sabía nada como cierto, ya que esto pertenece únicamente a Dios, que es el que envía y retiene la lluvia como le place. «Pero tú, le dije, si tienes poder para hacer que llueva, ¿por qué permites que el arroz de tu pueblo y el tuyo se seque y se pierda?» El atribuyó este poder a sus olis, que llevan todos nombre; me acuerdo de uno, que llamaba Andian Valotomboko, esto es, señor de ocho pies. Yo estaba un poco acalorado e indignado justamente contra estas tonterías y le dije que eran diablos, a quienes adoraban en aquellas figuras ridículas, y que eran invenciones de magos, para transferir a los demonios los honores que se deben a Dios. Et loquebar de testimoniis tuis in conspectu regum et non confundebat ¹⁰. No es peligroso decirles la verdad, pues no se atreverían a hacer daño a ningún francés, y mucho menos a mí, que trataba amablemente con ellos, aunque sin adularles, ya que estaba en juego la gloria de Dios.

Lo más difícil será convertir a estos soberbios, que son incapaces de razonar, pues no hay ninguna ciencia en este país,

10 Sal 118, 46.

sino que la costumbre y los intereses temporales imperan por encima de la razón; sin embargo, no hemos de extrañarnos de ello en unas personas que no tienen más que una chispa de conocimiento, dado que hay en Europa personas muy ilustradas que experimentan las mismas dificultades en apartarse de este vicio.

En cierta ocasión fui más allá de las montañas, a una región que se llama el valle de Ambule, donde hay un solo jefe. El y todos sus súbditos, en número de unos cuatro mil, son negros. No tienen Ombiasse, sino que van allá a vender sus olis. Estando en casa del rey, le enseñé el cuadro del juicio universal, diciéndole que Dios haría quemarse así a los polígamos, a él y a sus mujeres (pues tiene cinco). Cambió de rostro y me rogó que fuera a instruirlo, y que obligaría a sus vasallos a abrazar el evangelio.

Por Navidad visité el país de Anossi, donde hay unos diez mil hombres. No me quedan más que dos visitas que hacer para recorrer todos los caminos, in omnem locum in quem est ipse Dominus venturus ¹¹. Iré cuanto antes, para que los que vengán encuentren al menos roturada esta tierra. Todo esto me ha supuesto muchas fatigas, pero el que les dio a los evangelistas nivem sicut lanam, ha hecho aquí que el calor parezca dulce rocío a aquellos que están metidos en el horno de la caridad.

Conclusión

El barco está a punto de levar anclas, después de haberme tomado el trabajo de escribir estas notas. Como conclusión le diré, padre, que todos estos pobres desgraciados no esperan más que el aquae motum ¹² Y la mano de unos cuantos buenos obreros para que los sumerja en la piscina del bautismo. Muchas veces, al evangelizar por los campos, he oído con lágrimas gritar a esta pobre gente: «¿Dónde está ese agua que lava las almas, que nos has prometido? Hazla venir y enséñanos tus oraciones». Pero tengo que retrasarlo por temor a que la pidan todavía materialmente, como aquella samaritana que, para no tener que venir al pozo, le pedía a Nuestro Señor el agua que quita la sed.

11. Sal 147, 16.

12. Jn 5. 3

sin conocer todavía aquella que apaga el fuego de la concupiscencia y salta hasta la vida eterna.

Dije al principio que hemos encontrado a cinco niños bautizados. Nuestro Señor ha querido añadir otros cincuenta y dos. Aunque hay muchos adultos bien dispuestos lo aplazo hasta que puedan casarse inmediatamente después del bautismo para remediar el vicio del país como ya hemos hecho con los que fueron bautizados en Francia. Entretanto procuraré que ninguno de los debidamente dispuestos muera sin bautizar. Hace algún tiempo bauticé a una pobre anciana gravemente enferma en la que Dios manifestó los efectos de su gracia con los grandes sentimientos que expresó de su bondad. Ha sido la primera de este país que se ha marchado a la eternidad dichosa, y su cuerpo ha sido el primero enterrado en el cementerio de los franceses.

El día de la Purificación bendijimos y pusimos la primera piedra de la iglesia que se va a construir para nuestra residencia, después de haber dado gracias a Dios por habernos escogido para erigir un templo a divina Majestad en un reino tan grande, donde no hay ninguna huella de iglesia, a pesar de que hay más de cuatrocientas mil almas, que es posible tallar como piedras vivas del edificio espiritual que esperamos levantar para su gloria.

Espero ayuda junto con las órdenes de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide y las suyas. Entretanto, si no puedo progresar más, procuraré que no se pierda lo conseguido. ¿Dónde están esos doctores, como decía hace tiempo san Francisco Javier, que pierden el tiempo en las academias, mientras que tantos pobres infieles petunt panem, et non est qui frangat eis? ¹³ ¡Que el dueño de la mies envíe operarios! Pues si no hay muchos sacerdotes para instruir y mantener el fruto, no se podrá avanzar, aunque el pueblo sea sencillo y fácil de conquistar para la iglesia, pero el apego que tienen a lo temporal que ahoga, lo mismo que las espinas, la semilla que se echa en sus corazones. Y aunque la reciban con gozo, cito arescit, quia non habet humorem ¹⁴. Estoy seguro, padre, de que todos los miembros de nuestra congregación saltarán de gozo ante noticias tan apetitosas para su celo y desearán cooperar con Dios en la conquista

13. Lam 4, 4.

14. Lc 8. 6.

de este nuevo reino para Jesucristo, y que, al verme solo en un país tan lejano, administrando los sacramentos a los demás sin poder recibir más que el de la eucaristía, rezarán a la bondad de Dios para que me robustezca con su gracia.

Lo que más me podrá consolar después de Dios será conocer lo más importante que haya sucedido en nuestra congregación para bien de la santa iglesia y gloria de Dios. Seguiré, padre, rezando por usted, para que, antes de llevarle al cielo, le haga ver a sus hijos multiplicados como las estrellas del firmamento, y todos puedan ser padres de muchas generaciones para el cielo, donde espero verle por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la ayuda de sus oraciones y las de todos nuestros hermanos. Soy, padre, su muy humilde y obediente servidor,

CARLOS NACQUART,
sacerdote de la congregación de la Misión
y misionero apostólico en esta isla.

En Madagascar, fuerte Dauphin, en Tholanghare, residencia de los franceses, el cinco de febrero de 1650.

1234 [1180,III,577]

A GUILLERMO DELATTRE, SUPERIOR DE AGEN

6 febrero 1650.

Estoy seguro que lo que le han contado a propósito de los padres jesuitas no es más que una calumnia, y que no le gustaría a usted chocar con una congregación tan santa y tan útil a la iglesia de Dios como ellos. Le doy a Dios gracias porque se ha reconocido la verdad. Espero que lo que ha ocurrido servirá para que se una usted más íntimamente con esos padres, a los que le ruego demuestre mucho aprecio, afecto y respeto, como yo procuro hacer aquí. Será para mí un gran consuelo.

Carta 1234. — Reg. 2,125.

1235 [1181,III,578]

A UN SACERDOTE DE LA MISION ¹

...Y a mí no sé cómo me han tolerado hasta estos momentos en el cargo que ocupó, pues soy el más rústico, el más ridículo y el más necio de los hombres, en medio de tantas personas distinguidas, con las que no sabría decir seis palabras seguidas, pues parece que no tengo juicio ni talento. Y lo que es peor, no tengo ninguna virtud que pueda compararse con la de la persona de que se trata.

1236 [1182,III,578-579]

**A MATURINO GENTIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN LE MANS**

9 febrero 1650.

No me ha llegado ninguna queja, como usted cree, de la habitación que usted ha mandado enlosar; lo único que sé es lo que usted me ha escrito, que es lo bastante para que crea que el superior ¹ no está contento de esta reparación, lo mismo que de las demás que hace usted en su ausencia. Esto me obliga a pedirle que no haga nada de importancia sin que él lo sepa; y cuando una cosa no convenga, a pesar de que a usted le parezca muy necesaria y útil, indíqueme sus razones y las de usted; yo me encargaré de decir si hay que hacerla o dejarla.

Recibo muy raras veces cartas del padre..., y nunca me ha hablado de usted, al menos en el sentido que usted cree; yo mismo no toleraría que semejantes personas se metiesen a decirme lo que pasa entre ustedes, si no les corresponde a ellos hacerlo. Además, es usted lo bastante prudente y sensato para

Carta 1235. — Manuscrito del hermano Robineau, 22 y 61.

1. Este misionero se había quejado de su nuevo superior, diciendo que era poco educado. Tras hacer de él un merecido elogio, san Vicente añade las palabras siguientes. Si, como es bastante probable, el superior de quien se habla es el padre Pedro Watebled, la carta es de 1650.

Carta 1236. — Reg. 2,307 y 132. El segundo fragmento, que era quizás el primero en el original, empieza con las palabras Me alegra mucho saber.

1. Antonio Lucas.

que tengan que criticar su proceder; si alguno llegara a criticarle sin motivo, ¿no convendría entonces sufrir por la justicia, ya que Nuestro Señor dijo que son bienaventurados los que se ven perseguidos de esta manera? Le ruego, padre, que mantenga en paz su corazón; usted es de Dios, por su gracia, y está decidido a vivir y morir para su mayor gloria. ¿No es ésta una gran dicha de la que hay que gloriarse continuamente, a pesar de las penas que pueda tener?

Me alegra mucho saber que se ha puesto usted de acuerdo con el señor obispo de Le Mans ² para la tasa de sus capillas. Creo que algún día se podrá resolver todo sin un proceso. Por ahora, sin embargo, preveo algunos inconvenientes; por eso le ruego que pague esa tasa, sin perjuicio de su cargo. Nosotros hemos pagado varios años la que se impuso al principio a San Lázaro, esperando que llegara la ocasión de declararnos exentos, como luego hicimos, contentándonos al principio con presentar sencillamente nuestras quejas, unas veces al arzobispo de París otras a los comisarios del clero y otras a otros, intentando así irlos preparando poco a poco a que nos liberaran de esta carga. Quizá baste con una buena misión, de la que quede contento el señor obispo, para que le libre de esa tasa excesiva, sobre todo si está usted, como es cierto, con el derecho en la mano.

1237 [1183,III,580-593]

**CARLOS NACQUART, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Padre:

Le pido humildemente su bendición.

Temiendo que alguno leyera mi carta anterior o la extraviase, le escribo otra aparte confiándosela a un amigo, para que se la entregue solamente a usted, debido a lo que verá usted en ella y que no he creído conveniente mezclar con las demás cosas que le digo en mi diario. Es una especie de comunicación interior para pedirle consejo en las circunstancias que me rodean,

2. Filiberto de Beaumanoir de Lavardin.

Carta 1237. — Archivo de la Misión, copia del siglo XVII.

para saber cómo he de comportarme, y para que usted vea cómo me toca vivir en esta residencia. Me acuerdo mucho de que me deseó usted una parte en la paciencia de Nuestro Señor; por eso le expondré aquí las pequeñas dificultades que ha encontrado mi espíritu para ejercitarla.

Nos dijo usted que estos señores nos darían las cosas necesarias solamente ad victum, sino también ad vestitum; pero el señor de Flacourt, por lo que me dijo en La Rochelle y aquí, no desea proporcionarme con qué vestir, de modo que, para no ofenderle, tuve que comprar en La Rochelle tela y sábanas y demás ropa necesaria, gastando casi las dos terceras partes del dinero que usted nos envió, sin lo cual yo no podría llevar ninguna señal de ser sacerdote, como el señor de Bellebarbe, que va actualmente vestido de gris; y aquí tuve que gastar lo restante, excepto diez escudos que me quedan, para comprar las cosas necesarias y suplir lo poco que me dan para ir a visitar a los enfermos del campo. Deje esto bien en claro, si envía a algún otro padre, y concrete las cosas, para que no haya luego malentendidos. Yo he preferido comprarlo todo antes que decirle una palabra, he tenido que pedir prestados cien francos al capitán del barco, como le indico en una carta que le he entregado a él para usted.

He encontrado muchas dificultades en practicar lo que usted me escribió a propósito del trato amable, respetuoso, pero fiel en defender los derechos de Dios y no traicionar mi conciencia; pues va sabe usted que las conversaciones con los seglares son muchas veces de cosas que no debería oír un sacerdote, ya que con frecuencia se mezcla en ellas la impureza y la maledicencia, que de ordinario recae sobre los eclesiásticos y otras personas; yo procuraba desviarlas lo mejor y más amablemente que podía, pero al querer ser fiel a Dios y a mi conciencia, tuve que hacerme a veces antipático. De las dos cosas, sin embargo, he preferido agradar más a Dios que a los hombres, temiendo perder mi cualidad de siervo de Jesucristo. Solamente el señor de Flacourt ha visto con malos ojos mi proceder; los demás lo han aceptado y me han mostrado su aprobación. Innocentes et recti adhaeserunt mihi, qui sustinui te, Domine ¹

1. Sal 24, 21.

Como aquí trabajan los domingos y días de fiesta, sin permiso y antes de la misa, les he dicho que tenían que seguir las normas de la iglesia, que no hay que trabajar sin necesidad, sin dispensa y después de misa. Por haberlo dicho me han acusado de que quería mandar yo y hacerme con lo temporal por ambición.

Cuando para remediar las críticas y murmuraciones de algunos, avisé al que podría remediarlo, me acusaron de ser el autor de todo esto.

Cuando, por compasión con los enfermos que se quejaban de morir por falta de alimentos y de medicinas, me dirigí en su nombre, con todo respeto, al padre de la familia, me echaron fuera de mala manera, como si fuera yo el que les instigara a quejarse. Da pena ver tan poco orden en todo esto, pues aquellas personas a las que se les prometió en Francia cuidarles en sus enfermedades tienen que vender su camisa para tener con qué comer y comprarse unas aves que sólo cuestan un sueldo en la moneda de este país, o tienen que rasgar su ropa para tener con qué vendar sus llagas. ¿Cómo es posible tolerar todo esto? Verá usted en una carta que acompaño, dirigida a los señores de la Compañía de París², Y que le ruego que lea y no se la entregue a ellos, a no ser que me calumnien, cómo tengo motivos para temer que sea éste el pago a los servicios que he hecho a dichos señores, después de exponer mi vida en mar y tierra; pero no hay nada que se pierda delante de Dios.

¿Qué habrá que hacer con esas miserables guerras de las que les hablo a dichos señores? Por aquí se dice que se encontrarán muchos pretextos del pasado y del porvenir, sé muy bien que en el fondo se trata de gente falsa y capaz de destruir la obra de Dios y de perseguir a quienes la llevan a cabo. Si las hacen, es para ganar un poco más en sus negocios. No se puede hacer mucho por la religión en este país con un gobernador que sólo es piadoso en apariencia y que no se preocupa más que de lo temporal. No es cuestión solamente de palabras, sino de una persona que contribuya realmente con su ejemplo y con su autori-

2. Esta carta fue publicada en las Mémoires de la Congrégation de la Mission IX, 94 s., según una copia que se conserva en los archivos de la Mision.

dad a los designios de Dios, que son de tanta importancia como puede usted imaginarse.

San Francisco Javier hizo mucho con su virtud y su celo; pero la autoridad de los que le apoyaban y le proporcionaban liberalmente las cosas necesarias contribuyó mucho a ello. Aquí no se castiga a los franceses escandalosos ni a los naturales del país que están al servicio de la residencia. Los franceses dicen tranquilamente: «No me quiero confesar»; y a los otros les dicen que son unos perros. ¿No habría modo de que estos señores establecieran una forma de hacer justicia?

No puedo quejarme de la comida, que he de reconocer es muy buena. Pero si hay que atraerse a algún negro o a los niños con regalos, dicen que es malgastar las cosas; y con estos pretextos avariciosos no me dan cebo para pescar a los hombres y se me escatima todo para poder disponer de lo necesario, como podrá enterarse usted por los que han vivido aquí, ya que no podría concretarle más por escrito.

Por un trozo de cristal que recibí de un negro, me han acusado de que quería a ponerme a traficar en este país; ¡y yo lo destinaba para hacer una pequeña cruz que colocar en la iglesia! Me hubiera costado más hacer la cruz que la materia de la misma, a pesar de que no tendría más que cuatro dedos de larga por dos de ancha. Pero la entregué, después de que me la pidieron, preocupándome tanto de las pedrerías como si fueran paja.

Cuando el señor no se levantaba a tiempo el domingo, había que retrasar la misa; y se me quejó de que le faltaba al respeto por no avisarle y no respetar su comodidad, y me dijo que algún día habría aquí otros sacerdotes. Yo le dije que había encargado a su servidor que se fijase cuándo estaba preparado y que me lo advirtiese antes del último toque; cuando uno está ya revestido y aguarda el pueblo, no se puede esperar más.

Muchas veces nos dice que había otros religiosos dispuestos a pagarse el pasaje y a vivir aquí a su propia costa, y que le diría a la Compañía que no hay peligro en dejar que vengan de todas clases. No sé si lo hace por molestarnos o porque tiene otros planes. Yo le respondo que lo único que desea es que Dios mande a los que le rindan mejor servicio. Si otros vienen, se verán tan obstaculizados como nosotros; y además, la muche-

dumbre y la diversidad sólo servirán de confusión. Todo esto, junto con las dificultades que encuentro por el comportamiento de los franceses, me obliga a proponerle si será conveniente que en adelante nos sigamos encargando de los franceses, a quienes se les va a distribuir ahora en otras residencias mal preparadas y en lugares pocos sanos, alejados los unos de los otros. ¿Será posible atenderles a ellos y a los negros? ¿No sería mejor que estos señores tuvieran para sus residencias buenos sacerdotes seculares pagados por ellos y que nosotros fuésemos en buen número a establecer otra comunidad y residir en otros lugares donde puedan ganarse más almas, ocupándonos sólo de los negros? Pues no hay que pensar en que un solo sacerdote cumpla las reglas de la Misión, y aunque fueran dos, tampoco podrían vivir en el debido retiro en medio de unos franceses que todo lo perturban con sus borracheras, sus canciones, su trabajo y alboroto, preocupados de tener que subsistir y alternar con los seglares.

Puede hacer usted lo que mejor le parezca, pero yo me encuentro muy cansado y no creo que se pueda conseguir mucho de los negros si uno no se deshace por completo de estos señores para atender únicamente a las misiones. Además va contra nuestras reglas tener parroquias y ¿o se pueden cumplir bien ambas cosas. Ya sabe usted cuánto perjudica esto en Richelieu, a pesar de que hay una comunidad suficientemente grande para atender a todo. Por otra parte, en adelante los franceses se casarán con las mujeres del país e irán a vivir a lugares apartados y lejanos. ¿Cómo se podrá atender a todo?

Andian Ramach me ha dicho muchas veces que fuera a vivir con él a Fanshere, allí hay sitio para hacer una residencia de seis sacerdotes y atender a las misiones del contorno, que podrían ir haciéndose por las aldeas, con ayuda de un intérprete. Y se podría hacer allí un seminario para los niños, que vendrían en gran cantidad, sin que costase mucho alimentarlos, cuando tuvieran la edad suficiente para ser instruidos. No se necesita ropa ni vestidos como en Francia; van totalmente desnudos, excepto una faja para cubrirse; están acostumbrados a dormir en tierra y a vivir solamente de arroz y de las raíces del país.

No sé qué decirle de las niñas, para cuyo gobierno se necesitarían unas cuantas viudas virtuosas o muchachas francesas que

las atendieran; pero eso sería una preocupación para nosotros, pues ya sabe usted la manera de ser de ese sexo. Serían mejor unas hermanas de la Caridad bien preparadas y sólidas en virtud, que no viviesen con nosotros, ne crederentur uxores sacerdotum por esta gente aficionada a sospechar y por los franceses. Pero es muy necesario instruir debidamente y procurar reprimir el libertinaje y la lujuria, enseñando el pudor a las jóvenes, que desde pequeñas son tan descaradas o más que los niños. De esta juventud podrían sacarse matrimonios honestos, cuyos hijos serían aún mejores cristianos que sus padres; pues habría que hacer aquí lo que se hace para reformar una comunidad: sacar lo que se pueda de los viejos y hacer que los hijos instruyan a sus padres y reformen el país. Por todas partes me dicen lo mismo: «Nosotros somos ya mayores, venid a instruir a nuestros hijos». Y los niños también lo desean, a pesar de que son muy desvergonzados, ya que los estropea el amor excesivo de sus padres, que les consienten todo sin castigarlos.

Serían necesarios cuatro hermanos coadjutores, uno de ellos boticario y cirujano, algo enterado en medicina, que se proveyese de los medicamentos necesarios, pues no hay en este país. Otro, sastre, provisto de tela y de ropa para nosotros, y lienzo para los niños, y sotanas de color, si se hace un seminario. Otro capaz de encargarse de la instrucción de los jóvenes, con ayuda del intérprete, para enseñarles a leer y escribir en caracteres franceses, para introducir esta costumbre, ya que aquí se escribe y se lee en letras árabes, que son más difíciles; para ello habría que imprimir solamente un centenar de copias del catecismo que yo les envío en esta lengua, esperando que se pueda hacer otro mejor o que puedan imprimirse libros de oraciones en letras grandes. Y el cuarto, un administrador, con todos los muebles necesarios para nuestras comunidades, ya que aquí no hay nada más que lo que se trae, excepto buey, raíces y arroz; además, hay que comprar de todo hasta que sea tiempo de plantar, ocupando con permiso de su Majestad y de la Compañía tanta tierra como se necesite, lo cual puede hacerse sin perjuicio de estos señores ni de Francia, ni de nadie, ya que hay de sobra.

El arroz cocido, como se come en este país, no es de mucho alimento; no es fácil acostumbrarse a él. El vino de miel no es sano, y es muy escaso. Se puede traer de Francia harina de trigo

puro, que se conserva tres o cuatro años, tanto para servir de materia para la consagración, como para amasar pan en el barco y aquí en un pequeño horno. El vino es necesario para la misa y para conservar la salud en este país, donde está uno sujeto a graves enfermedades y a la muerte, a no ser que se tengan buenos alimentos y medicinas y otros recursos, que usted puede conocer por los que han estado en la mar y han vivido en este país. Pues fiarse, como nosotros hicimos, de las buenas promesas es inútil, y resulta enojoso comprar de los franceses cuatro veces más caro que lo que costaría en Francia; además, no se encuentran a veces cosas necesarias que fácilmente podrían traerse de Francia a buen precio; yo mismo he tenido que comprar caro algunas cosas para mi conservación, y eso que no soy delicado. Y sería mejor todavía que pudiéramos disponer de ello en abundancia para poder atender a los enfermos franceses y a los negros. Da mucha pena no poder socorrer a los que están doblemente afligidos por la enfermedad y la pobreza, pudiéndoles salvar la vida por poco dinero. Debería haber aquí una enfermería bien provista, al cargo de dichos señores, que salvaría a muchos la vida, para provecho de ellos mismos.

Además de lo que podría traerse de Francia en el barco, convendría tener abundancia de mercancías del país, de las que sólo podría informarle a usted alguna persona que tuviera experiencia de este país. Yo esperaba ponerle a usted en comunicación con alguien que supiera la lengua del país, pero le han negado el pasaje, a pesar de ser uno de los más antiguos. No sé por qué habrá sido y si se duda de él por algún motivo; pero es el mejor intérprete, que se ha ofrecido a Dios para estar a mi lado, cuando puede quedarse libre de sus compromisos, que será a la llegada del primer barco, después que éste regrese.

Creo que sería conveniente que tuviéramos permiso para recibir aquí a algún francés, una vez acabad o su servicio, para que se entregara al servicio de Dios, pues hay dos o tres que me lo han pedido. Todos son buena gente, conocen la lengua y la forma de vivir de este país. Pocos sitios habrá donde haya tanto que trabajar; mueren muchos; desde hace doce o trece meses han fallecido 57 de los nuestros. Si algunos se presentasen realmente llamados por Dios a esta vida, se diría que nosotros los hemos atraído sin permiso, como dicen que hemos hecho con

ese intérprete, que se ofreció él mismo y ha continuado así por devoción, a pesar de que le ofrecíamos pagarle; él se ha negado a ello y se ha unido conmigo, que no podría hacer nada sin él; pero como no puede pertenecer a dos señores, desea escoger el mejor, que es Dios.

Se necesitarían también dos buenos carpinteros y un albañil para construir iglesias y casas de madera, y traer cerraduras, clavos y otras herramientas ya hechas en Francia, en una palabra, todo lo necesario para alojarse y para amueblar la casa en este país, donde nos parece vivir en un desierto. Convendría traer todo lo que se puede sembrar y plantar en Francia, como trigo, uvas, pepitas, calabazas, árboles frutales, legumbres, etcétera, pero todo bien cubierto, debido al aire del mar que lo estropea todo, y ponerlos luego aquí al aire por algún tiempo.

Cuando iba a la campiña, llevaba siempre conmigo un francés, intérprete o no, con un fusil, con el único objeto de defendernos, si nos atacaban los ladrones o los borrachos. Creo que no estaría mal que hubiera con nosotros algunos seglares en nuestra residencia, si se hace, para defendernos en caso de necesidad pues el miedo a nuestras armas los tienen a todos sumisos, y no se atreven a acercarse, aunque sean en gran número, cuando ven un arma de fuego. Por no haber tenido cuidado, han matado a algunos franceses.

Esto es lo más necesario para hacer una residencia, y no creo que haya otra manera de que podamos subsistir. Me da vergüenza tener que exigir tantas cosas de las que se podría prescindir en Francia; pero como nuestros cuerpos son los órganos de los que se sirve Dios en este país, donde hay tanta necesidad de obreros, es preciso buscar la forma de conservarlos, ya que tanto cuesta conseguirlos.

Pero la verdadera residencia que había que hacer cuanto antes para que fueran adelante los asuntos de nuestra religión, es entre los Matatanes, en medio de la isla, donde estuvieron ya los franceses, donde se vive bien, donde están los mejores individuos, de donde vienen los Ombiasses y de donde puede uno fácilmente dispersarse por todos los alrededores. Actualmente no hay allí ningún francés, con permiso de Su Majestad para establecerse. Para lo espiritual, es la mies mejor de toda la isla y los más capaces de instrucción. Se necesitaría una docena de

sacerdotes, con el intérprete que le he dicho, que ha vivido allí; pues hay alguna diferencia de lengua según los países, lo mismo que en Francia entre los picardos, los normandos, etcétera, y sería muy conveniente que hubiera alguno de los nuestros que supiera árabe, o al menos leerlo y escribirlo bien. Yo voy a intentar aprender a leer y a escribir árabe por medio de un Ombiasse, que me lo enseñará, para poder conocer lo que hay en su libro, y escribirles algunas cosas para su instrucción; pero no sé si lo conseguiré.

Los medios para poder vivir entre los Matatanes son los mismos que ya dije; la dificultad está en que no pueden venir más de tres o cuatro a la vez en un barco, y entretanto no puede hacer nada una persona muerta, como yo lo estoy, al encontrarme solo.

Si pregunta usted cómo han de ser los obreros que vengan a este país, podrá usted juzgarlo mejor que yo, que soy indigno de ser de este número. Le diré solamente mi parecer, que se necesitan las cualidades requeridas por san Francisco Javier, esto es, que se distingan más por su virtud que por su ciencia. La ciencia que se precisa es la que da Dios a los santos. Poco importa que no sean buenos predicadores, a no ser para cuidar de los franceses; en ese caso, se necesita uno potens in opere et sermone, para reprimir a unos hombres desvergonzados, vividores, que han sido enviados la mayoría de ellos a este país por sus padres que no sabían qué hacer con ellos, o por curiosidad, y que al verse engañados en sus esperanzas de verse en un buen sitio, no hacen más que maldecir la hora en que se les ocurrió venir. Peor aún, pues cuando han terminado su contrato, no tienen más remedio que quedarse más tiempo aquí, al no haber barcos para marcharse, como les habían prometido. Puede usted imaginarse la vida que llevan en esta situación, en un país donde tan fácil resulta dejarse llevar por la corrupción de la naturaleza. Lo más agradable sería despreocuparse de esta gente, con la que uno no hace más que perder el tiempo y verse pagado con la ingratitud y la calumnia, pues son como los locos que se enfrentan con el médico que los quiere curar, irritándose contra él, en vez de tomar sus medicinas. Si no tuviéramos otra cosa que hacer más que instruir a los negros, nos bastaría con buscar catequistas, formando a alguno que fuese de memoria feliz y que

no quisiera ser sacerdote, con la suficiente soltura de lengua para aprenderla en poco tiempo, ya que esto resultaría fácil para una persona que no tuviera otra cosa que hacer: la pronunciación no es difícil y sólo se requiere memoria para retener las palabras, que no se declinan ni conjugan, y que se pueden reducir fácilmente a diccionario y a unos pocos preceptos; así espero hacerlo con el tiempo, cuando tengamos un intérprete propio, viviendo lejos de esta corrupción general, bajo el influjo de los que siempre andan desconfiando y que, en vez de ayudar, no hacen más que estorbarnos y decir que sería un lujo darnos para pagar un intérprete lo que ellos gastan en fruslerías. Un laico, guiado y dirigido por un sacerdote, puede ser capaz de instruirlos, hasta que los sacerdotes, más ocupados con el oficio y las demás cosas, puedan capacitarse para enseñar ellos solos sin intérpretes. Yo nunca seré capaz de aprender la lengua perfectamente, a no ser viviendo entre los negros. Sé algo de las materias del catecismo que he estudiado, pero no logro entender bien sus razones sin intérprete. Se necesita mucha práctica en los comienzos para conocer bien el sentido propio de las palabras.

El que sea destinado a este trabajo necesita salud y fuerzas, tanto por el cansancio del viaje tan largo como por las dificultades de esta tierra. Se ha observado que los más jóvenes y robustos mueren antes que los que tienen medianas fuerzas, pero con buena salud; las personas de 35, 40 y 50 años resisten mejor que los jóvenes los calores de este país.

No hay tanto peligro para la castidad como se dice. No es necesario ir solo ni mantenerse siempre serio y en guardia, aunque en muchas ocasiones se requiere el hábito de la castidad, pues no faltan las tentaciones.

Los espíritus impacientes, como el mío, no son los más adecuados; mucho menos los que quisieran venir aquí impulsivamente, y que seguirían siendo tan impulsivos; bene patientes ut annuntient, sobre todo aquí, donde estas materias resultan tan nuevas.

No es posible seguir viviendo solo, sin compañero, como yo; me acuerdo de que san Francisco Javier pedía personas de virtud extraordinaria para ello y ya sabe usted que yo no lo soy.

No son de temer persecuciones ni peligros cuando hay a nuestro lado algún francés con armas; pero uno solo no estaría

muy seguro, sobre todo si va uno a sitios saqueados y quemados, pues esa gente desconfiaría con razón y no podría uno acercarse a ellos: huyen delante de un solo francés lo mismo que un rebaño de ovejas ante un solo perro.

Los franceses han matado a algunos jefes en el centro del país, cuando se les hizo la guerra, lo mismo que a algunas mujeres y niños, y dicen que no se podrá obtener bueyes para sustentar a la residencia sin hacer la guerra en el futuro; algunos dicen que, para adueñarse del país habrá que mantener en raya a los principales, y que eso será incluso el mejor medio para establecer la religión, como han hecho los portugueses. Quod si aequum est, judica. ¿Y cómo podremos remediar esto, si seguimos aquí? Esto va contra el ejemplo de Nuestro Señor, que no mandó a sus apóstoles levantarse en armas para implantar el cristianismo, sino que les dijo que fueran ovejas en medio de lobos. Y aunque los blancos se hayan hecho los amos, por su maña o por la violencia, habrá que procurar que los negros sigan gozando de sus bienes y posesiones destruyendo el poder de sus jefes, que realmente deben toda su riqueza a su abuso en contra de los hijos, que tienen que quedarse sin los bienes de su padre; les prestan además animales a los alcaldes de las aldeas, para aprovecharse luego de todo después de su muerte, pues les retiran todo lo que tenía el difunto.

Estoy seguro de que para hacer subsistir nuestro seminario si se funda tanto en Matatanes como aquí, no será necesaria ninguna guerra, pues podría entrarse en tratos para las cosas necesarias en animales y demás cosas que no se pueda traer de Francia y que hay aquí. Yo ya he comprado seis vacas, que me cuestan poco más o menos a un escudo por cabeza, y algunas aves para tener huevos el viernes y el sábado, con un poco de leche, para no verme obligado a comer carne, como se come casi siempre, incluso en cuaresma, no sólo en casa del gobernador, sino de todos los franceses, que viven en esto como hugonotes, por no preocuparse de tener pesca y otras cosas que fácilmente tendrían unas personas piadosas; no tienen por ello ningún problema de conciencia, aunque les he dicho muchas veces que sólo dispensaba a los que estuviesen enfermos o no hubiesen podido obtener otra cosa, después de haber puesto todo su interés en ello, o finalmente a los que delante de Dios y de su con-

ciencia se considerasen dispensados. Me he visto obligado a dejar que las cosas sigan así, pues no he podido remediarlo; los particulares me remiten todos al superior, pero cuando le hablo al superior se ríe de mí, diciendo que sus dineros no eran para eso. Y seguramente no le costaría gran cosa hacerlo así, si no para todos, al menos para su mesa. Lo que pasa es que no quiere poner el orden debido, como sería fácil hacerlo. Yo hasta el presente no he roto la abstinencia, a no ser que al no poder molestarme en hacer mantequilla, como procuraré hacerlo cuando pueda, he tenido que utilizar grasa de buey; otras veces he ido yo mismo a pescar, acordándome de la pesca espiritual y de los apóstoles que a veces acudían a ese remedio para vivir; y Dios me ha provisto de todo lo necesario para mi sustento.

¿Qué hacer entonces con los ayunos y abstinencias de los franceses y con los negros que recibamos en el cristianismo? Haga el favor de indicarme algo sobre este punto, pues esto preocupa a mi conciencia. Es fácil obtener pesca en el mar. Y sé muy bien que el que puede y no quiere es indigno de absolución. Algunos son realmente excusables; pero los que pueden, favorecen su sensualidad, impiedad e infidelidad, con el falso pretexto de que no pueden, o por causa de la Compañía, o porque podrían ponerse enfermos o morir. ¿Qué decir a todo esto?

En vez de prohibir a los negros trabajar las fiestas y los domingos, han puesto el mercado esos días y dicen que vale más que trabajen, incluso los que son cristianos; y se necesitan franceses para dirigirlos, y ordinariamente no se trata de cosas necesarias. Si los franceses piden permiso para tener un día libre, les dejan los domingos y días de fiesta, con lo que salen el día anterior y no oyen misa, diciendo que, si les dejasen otros días, no emplearían esos días para salir. ¿Qué hacemos con esto?

De todo ello podrá usted deducir la falta de orden que aquí hay y la pena que tiene mi pobre corazón. Esto me hace decir muchas veces que, si no fuera porque estoy aquí por obediencia, usquedum dicatur mihi, sacudiría este yugo insoportable para un pigmeo, para descargarlo en otro más fuerte, sobre todo tras el trato que me da el señor de Flacourt, que a pesar de todo empieza ya a conocer la verdad y la inocencia de mi proceder. No le diga usted una palabra de ello, si no empieza él primero (según temo, a pesar de que me ha dicho: pax, pax). Si no hay paz

por su parte, le aseguro que la hay por la mía, después de haber bebido la amargura de este cáliz a través del de Nuestro Señor y los apóstoles, experimentando en esto la predicción de mi pobre compañero en el testamento inmediatamente antes de morir. Cuando le pregunté qué me dejaba al morir, me dijo que sufrimientos: «Tendrá usted mucho que sufrir, no sólo un poco, sino mucho». Estoy contento con estos sufrimientos; son poca cosa en comparación con lo que quizás haya que sufrir en el futuro para imitar a los vasos de elección que han sido escogidos para llevar el nombre de Nuestro Señor a los gentiles.

Si el señor de Flacourt se queja de mí, sé que es el único, pues todos los demás estarían prontos a darme sus corazones y sus ojos, hasta los más libertinos. Pídale perdón por mí del mal de que me acuse. De todo ello recibiré la corrección que usted me haga; pues, aunque mi conciencia sólo me reprocha mi cobardía en el servicio de Dios, he procurado no faltar nunca al prójimo. No obstante, no me reconozco como justo, pues sé que soy el hombre más débil y ligero que usted podría enviar; Dios sabe que no miento; que siempre ha ocurrido en la elección que de mí hacían lo que yo más me temía, no ya enviarme aquí, pues no me cuesta nada pasar por encima de las objeciones de la carne y de la sangre para someterme a la obediencia, sino que usted cargara con el mayor peso al más débil. Siempre he creído, y sigo creyendo, que sólo me han enviado como explorador y que pronto enviará usted quem missurus es, al cual yo no seré digno de obedecer, si usted envía sacerdotes en el primer barco. Sé muy bien que no es posible prever lo que va a suceder, pero lo cierto es que yo no sé hacer nada más que servir de pies y brazos para acatar y hacer todo lo que me manden aquellos a quienes me dé usted por superiores; pues sé que es usted lo suficientemente juicioso para darme el último lugar y quitarme el timón de la nave, si manda usted acá un grupo; que procuraré no dejar un hueso inferior fuera de su sitio, gimiendo continuamente hasta que sea encajado donde debe y que no querrá cargar usted con la responsabilidad de las faltas que yo cometa en una obra de tanta importancia, careciendo de ciencia, de juicio y de experiencia, para salir a flote en asuntos tan espinosos y en unos comienzos de los que, como se dice, se seguirían notables perjuicios si se asentasen mal. Se necesita

un sabio arquitecto para echar aquí las bases, y yo tengo muchos motivos para creer que me he alejado de los demás con mis locuras. No digo estas cosas por humildad barata, o para buscar indirectamente algún cargo de re-filón, va que no hay que me quite más los ánimos que verme fuera de la dirección de un superior; y si no me envía usted uno, como estoy seguro que lo hará, creo que se hundiría mi corazón, pues ya he hecho demasiado mal para aumentarlo más aún para mi propia perdición y la de otros muchos; mientras que si me dan un superior, creo que me libraré de la muerte, que es mi propia voluntad, y que podré correr con el corazón abierto por los caminos de la obediencia, sin tener sobre mí ningún peso después de haberme visto libre de esta carga, que temo más que todas las penas imaginables, ya que no veo la manera de conseguir con ella mi salvación, que es lo que más debo buscar en todo el mundo, mientras que no temo ningún naufragio yendo en la barquilla de la obediencia.

De todo lo- dicho anteriormente le ruego que haga un resumen de lo principal, y que ponga remedio a todo ello por medio del que nos mande como superior, al que podrá usted informar plenamente de palabra o por escrito.

En lo referente a lo temporal, si envía usted tres o cuatro sacerdotes con dos o tres coadjutores, que es lo más que podrán venir en un viaje, y otros tantos en otro, convendrá que averigüen ustedes y los que vengán se informen por medio de alguien de las cosas necesarias en este país, preguntando a los que hayan estado y no a los que hayan oído hablar, piense sobre todo si convendrá seguir atendiendo a los franceses. Si hay una razón en favor de ello, hay dos en contra. Por muy bien que se hagan las cosas, nunca serán a su gusto; además, de todos los hombres que hay aquí, él es el más difícil de tratar y de contentar, debido a sus sospechas y juicios temerarios, a sus recelos e investigaciones; si no es posible deshacerse de ellos y hay que seguir en esta residencia, dé órdenes para que tengamos las cosas aseguradas desde Francia, sin que tengamos que depender de aquí; pues aquí nadie se atrevería a abrir la boca, ni siquiera con las palabras más suaves, a pesar de que nuestro instituto ha sido fundado para no depender de nadie, mientras que aquí, día tras día, tengo que depender de seglares, que no observan

ninguna regla en las comidas ni en el tiempo, ni en la medida, a no ser su propio apetito. Así se pierde el tiempo con ellos, el espíritu se seca y se cansa uno en seguida de sus discursos inútiles.

Esto es lo que se me ha ocurrido decirle aprisa y bastante confusamente, esperando escribirle con mayor orden, si no tuviera que partir en seguida el barco. Saque de todo este veneno una triaca y deme instrucciones de lo que he de hacer, si le parece bien mantenerse aún en este país. Es posible que, si no hubiera muerto el padre Gondrée, le hubiera podido dar cuentas de todo personalmente, no ya para abandonar este país, sino para volver más dispuesto a él. Si usted cree conveniente que dé una vuelta por Francia, en el primer barco, en lo que tardaré unos cuatro meses, y otros tantos en Francia, más los cuatro del regreso — pues no hay que abandonar el sitio, en el que ya estamos bien establecidos —, cumpliré la voluntad de Dios en todo y a pesar de todo.

El señor de Flacourt seguirá aún por t, es años; cuando le escribía esto, pensaba que regresaría. Pero tras hacer todos los preparativos, ha cambiado de parecer. No le he preguntado si mandaría sacerdotes y si se harían aquí seminarios; le he dicho sin embargo mi parecer y los medios que se necesitarían para ello, no hace mucho tiempo, pero como me ha escuchado fríamente, dejo a su devoción que indique lo que quiera a esos señores para que ellos se lo comuniquen a usted, mientras que usted les comunicará lo que crea más necesario sobre lo que le he escrito, dejando lo superfluo.

Sé muy bien que no podré llegar lejos; pero procuraré preparar a los padres de las aldeas vecinas para el bautismo de sus hijos y visitar cuando me sea posible a los que ya he visto. ¿Tendremos un intérprete portugués para Andian Ramach y lo necesario para levantar allí una iglesia, cuando Dios quiera que vuelva a su fe cristiana? ¿Podrá hacérselo algún regalo para atraerle, como por ejemplo algunos cristales tallados en granos, algunas telas de seda, algunas piezas de plata, algunos granos de oro, perlas falsas, coral — él me ha pedido un rosario de esta materia — o un libro de horas en portugués? Se lo iríamos dando poco a poco para mantenerlo en nuestra amistad y atraerle así para mejor escuchar y recibir los caminos de su salvación

y la de otros muchos. Además, ¿sería posible obtener otras cosas por el estilo para ganar a algún Ombiasse y, después de haberlo instruido y apartado de sus olis, servirse de él para atraer a los que había engañado antes? Con unas 100 ó 200 libras bastaría tanto para el rey como para los Ombiasses. Dios sabe lo que con ello se conseguiría y cuántas almas se ganarían, que valen más que todos los tesoros de la tierra. Estos señores no querrán a probar este método, que me parece a mí el más indicado para unas personas apegadas a su propio interés, como son estas gentes de aquí. Tengo mucho miedo de que se quejen que han hecho muchos gastos por nosotros y por la religión, que es el principal motivo de la concesión de esta isla, y que se apoyen en ello para obtener la exención de impuestos por la entrada de los barcos y de las mercancías en Francia, después de haber contribuido tan medianamente a la obra de Dios. ¡Que Dios quiera que no sea así!

No sé si enviará usted misioneros a Santa María, donde hay franceses, no es posible comunicarse con ellos más que por mar; es tierra poco sana y se necesita alimentación especial por causa de su clima y de las lluvias frecuentes. La lengua es diferente y procuraré por medio de algunos franceses que hay aquí y que han residido allí algún tiempo poner las palabras de aquel país en el catecismo que ya he compuesto para uso de esta isla. Se dice que se van a construir varias residencias para los franceses, entre las que habrá dos más importantes; una en los Antavares, cerca de los Matatanes, a tres jornadas de allí. Piense en lo que le he propuesto y en si convalidará encomendar el cuidado de los franceses a sacerdotes de la Misión o a sacerdotes seculares, para que todo vaya a la mayor gloria de Dios, en cuyo amor soy de todo corazón, mi veneradísimo padre su muy humilde y obediente hijo,

CARLOS NACQUART,
muy indigno sacerdote de la misión
en Madagascar

En el Fuerte Dauphin, 9 febrero 1650.

A LAS HIJAS DE LA CARIDAD DE VALPUISEAUX ¹

Paris, 10 febrero 1650.

Mis buenas hermanas:

La gracia del Señor sea siempre con nosotros.

Me he alegrado mucho al recibir su carta. Ruego a Nuestro Señor le devuelva la salud a la hermana Petra y que se la conserve a la hermana Margarita, para que puedan todas juntas continuar los servicios que le hacen a Dios.

Les agradezco la molestia que se han tomado de atender al encargo que les hice y la visita que hizo la hermana Margarita para los libros y la ropa; si se ha perdido algo, habrá que tener paciencia y conservar lo que queda.

Aquel pobre hombre vino ayer por la mañana a recoger sus bultos en la puerta, sin entrar ni hablar con nadie más que con el portero. Puedo asegurarles, hermanas, que no es mi deseo que lo reciban ustedes; si tuviera la mala idea de volver por ahí, les ruego que me lo comuniquen cuanto antes, para que procure alejarlo. No creo que vuelva a verme, de lo que quedaré muy contento.

Le pido a Nuestro Señor que les dé su paz y su espíritu, y a mí una parte en sus oraciones, ya que soy en su amor su muy devoto servidor,

VICENTE DEPAUL,
indigno sacerdote de la Misión.

Dirección: A las hermanas de la Caridad, siervas de los pobres enfermos, en Val de Puiseaux.

Carta 1238 (CF). — Archivo de la Misión, original.

1. Aldea cercana a Etampes (Seine-et-Oise). Las Hijas de la Caridad habían fundado allí en 1648.

1239 [1185,III,594-595]

A RENATO ALMERAS, SUPERIOR DE ROMA

11 febrero 1650.

Siento mucho la manera de actuar del padre..., pero no hay que extrañarse. Los que han saltado una vez por encima de su vocación, pocas veces vuelven a la situación en que deberían estar. En esas personas hay generalmente cierto fondo opuesto a la regularidad, que les hace estar siempre contra todo, y lo peor es que indisponen a los demás para que, teniendo compañeros de su desazón, puedan presumir de que son ellos los que tienen razón. Hace tiempo que estoy decidido a no volver a recibir a nadie; recientemente hemos despedido a dos, que han insistido mucho en que los aceptáramos de nuevo, pero Dios me ha concedido la gracia de resistir con firmeza. Lo que usted me indica del padre... me confirma en este propósito, del que le diré más aún, que más vale dejar que se vaya la segunda vez, que será la última, que conservarle, si usted no tiene muchas seguridades de su enmienda

1240 [1186,III,595-596]

LUISA DE MARILLAC A SAN VICENTE

[Febrero 1650] ¹

Mi veneradísimo padre:

Creo que el señor baillí ² le expuso ayer la situación de su mal asunto, que parece depender por completo de la forma con que el señor Lesguier exponga al señor de Emery ³ la voluntad de la reina en esta cuestión, tras las nuevas órdenes de Su Majestad. Ruego muy humildemente a su caridad que me diga si no será necesario hablar con él y quién debe hacerlo. Sería preciso que me lo dijera hoy mismo. Lo que me obliga a estar bien

Carta 1239. — Reg. 2,266.

Carta 1240 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, origina].

1. Fecha añadida al dorso del original por el hermano Ducournau.

2. Miguel Le Gras, baillí de San Lázaro.

3. Miguel Particelli, señor de Emery, inspector general de hacienda de 1643 a 1648, nació en Lión y murió en París en 1650.

atenta es que se necesitarán 1.200 ó 1.500 libras, además de la tasa, para los gastos de su recepción; incluso nos han hablado de 2.000 libras⁴.

En nombre de Dios, mi reverendísimo padre, piense un poco si no será conveniente preparar a estas damas para que se dejen de tomar más niños expósitos y para que dejemos a todos los destetados de las aldeas, pues le aseguro en conciencia que no es posible soportar la pena que nos dan esas pobres gentes pidiéndonos lo que se les debe en justicia, no sólo por sus esfuerzos, sino por haber puesto de su dinero, después de todo lo cual se ven morir de hambre, y tienen que venir tres o cuatro veces desde muy lejos, sin que les podamos pagar. Tenemos que atender a la manutención de las nodrizas, y a veces a 7 u 8 niños destetados y al dinero prestado. Pero no se trata de hablar de nuestros intereses, aunque, si las cosas continúan de este modo, tendremos que gastarlo todo, ya que no podemos negarnos a dar lo poco que haya.

Perdone mis importunidades de siempre, y hónreme siempre con la creencia de que soy, mi veneradísimo padre, su humildísima y muy obediente hija y servidora,

L. DE M.

Dirección: Al padre Vicente.

1241 [1187,III,596-602]

ALANO DE SOLMINIHAC A SAN VICENTE

Merquès, 15 febrero 1650.

Padre:

Después de agradecerle con todo afecto el interés que ha puesto por nuestro asunto de Santa Genoveva, y tras suplicarle

4. Miguel de la Rochemaillet, consejero en la corte de la moneda, había resignado su oficio en manos de su hermano Renato Miguel, que a su vez se lo cedió a Miguel Le Gras, abogado del parlamento. Las cartas de provisión se firmaron el 13 de junio de 1650; después de la investigación acostumbrada «de vida, costumbres y religión», el nuevo consejero fue autorizado el 14 de julio a prestar juramento (Arch. Nat. *Ibíd.* 566).

Carta 1241. — Archivo del obispado de Cahors, copia sacada del original.

con toda humildad que nos siga prestando su ayuda en ello, acepte que le diga aquí en secreto y confiadamente que el padre Vitet, síndico de Chancelade, tiene unas ganas tan violentas de ver pronto [el final de] este asunto que no hay nada que no haga ni mueva para ello; y como ve que el camino de Roma se resiste y que la denuncia como abuso al parlamento es un medio adecuado para salir adelante, se ha decidido a llevarlo ante él a cualquier precio que sea. Por ese motivo los de Santa Genoveva empezaron intimidándonos la apelación interpuesta por ellos de la sentencia de Beauvais, y que firmaron en Grosbois; luego el padre Vitet me la mandó junto con varios memoriales que contenían diversas causas de apelación contra abusos, y me escribió que había que apelar al parlamento contra la obtención del breve dirigido al abad de Grosbois¹, junto con las ordenanzas del señor cardenal de la Rochefoucauld. Yo envié la copia de ese breve, con todos esos memoriales, a París, para que los consultaran los señores Camus y Montelon, y aquí los consulté con mi abogado de Cahors, que es un ilustre personaje. Todos ellos estuvieron conformes en que no había lugar para apelar como de un abuso contra el breve obtenido por los de Santa Genoveva dirigido al señor abad de Grosbois, sino que, al ser obrepticio y subrepticio, había que dirigirse a Su Santidad para obtener su anulación y, presentándose ante dicho abad de Grosbois, requerirle a que nos remitiese a Su Santidad, dada la nulidad de dicho breve..., que le encomiendan, y en caso de negarse, protestar que se había apelado contra él y pedir la nulidad de esos documentos.

Le envié al padre Vitet el parecer de dichos abogados, tanto de París como de Cahors, con órdenes de que siguiera puntualmente ese parecer. Me respondió que lo había recibido, pero sigue insistiendo en que hay que apelar como de un abuso ante el parlamento. Mi vicario general le escribió por orden mía a él y al padre prior de Chancelade que yo veía muy extraño este parecer y que me extrañaba que no siguiera mis órdenes, que entre otras cosas decían que no hiciera nada ante el señor abad de Grosbois, según el parecer de mis consejeros. Pero él fue a

1. Grobosc o Grosbois, abadía masculina de la orden del Cister, en la diócesis de Angulema, cerca de los confines de Périgord. Juan de la Font era abad desde el 18 de mayo de 1641

hacer la requisitoria a dicho abad, que no admitió su protesta sino que ordenó que comparecieran las partes en el término de tres días, mientras que el padre Vitet debería en el plazo de estos tres días haber levantado acta de protesta de la apelación según las órdenes que había recibido y el consejo de los abogados. Pidió un decreto del Consejo contra la prohibición expresa que le había hecho, y se fue de allí a la Corona a notificar a los de Santa Genoveva las protestas de apelación, en el caso de que dicho señor abad de Grosbois pasase más adelante, y luego se volvió a Grosbois, donde se encontró con que dicho señor abad había pronunciado la sentencia.

Al volver a Chancelade, me lo comunicó acá el padre prior. Le respondí que me extrañaba mucho la manera de proceder del padre Vitet, al haber prescindido del parecer del consejo para seguir sus impulsos, y de haber procedido legalmente en contra de la prohibición expresa que tenía. Se excusó por carta, diciendo que no podía obrar de otro modo, ya que era preciso más bien intimar estas protestas a los de Santa Genoveva que a dicho abad; lo cual me parece una cosa muy impertinente y ridícula.

Le dije que viniera a verme, y cuando vino le dije por qué afirmaba que era preciso intimar más bien las protestas a los de Santa Genoveva que al abad de Grosbois, y por qué no había seguido mis órdenes. Toda la respuesta que me dio fue levantar los hombros y agachar la cabeza. Y como él solo ha llevado este asunto y es el único que tenemos que lo entiende bien, no quise darle la reprimenda que se merecía y le traté con toda amabilidad después de aquella falta, diciéndole que tenía que ir a París para responder ante el consejo privado contra esta sentencia. Mientras estuvo aquí, estaba siempre pensando y hablando con frecuencia de su apelación como de abuso, tanto contra la sentencia dada por el abad de Grosbois como contra la del señor cardenal de La Rochefoucauld. Yo le alegaba lo que él mismo me había referido cuando regresó de París, después de haber obtenido nuestro decreto de julio de 1647, o sea, que todos nuestros amigos de París le habían dicho que no acudiese al parlamento, dadas las grandes influencias que en él tenían los de Santa Genoveva, debido al gran número de religiosos y pensionistas que tienen, parientes de los que tendrían que juzgarnos,

como es verdad. Antes de partir, le mandé escribir ciertas órdenes y avisos que le di para servirse de ellos en la prosecución de este asunto, y le dije que no hiciera nada sin pedir consejo y sin seguirlo, añadiéndole al mismo tiempo que no acudiese al parlamento, adonde él mismo me dijo que nuestros amigos de París nos habían aconsejado que no acudiéramos, y le indiqué algunas razones que me atañen en particular y que me obligan a no recurrir a él.

Al llegar a París, consultó como le habíamos ordenado con los señores Camus y Montelon, que vieron que teníamos buenos fundamentos para apelar ante el Consejo contra la sentencia del abad de Grosbois. En el correo siguiente me dijo, por el contrario, que el señor Montelon aconsejaba apelar al parlamento, mientras que el señor Camus no estaba aún decidido. En otro correo me escribió que los dos estaban de acuerdo en apelar como de un abuso ante el parlamento de París, tanto contra la sentencia de Grosbois, como contra las ordenanzas del señor cardenal de La Rochefoucauld, y que había que presentar cartas de apelación para ello, anticipándonos incluso a una disposición que los de Santa Genoveva habían hecho dar a dicho parlamento.

Ya puede usted imaginarse como me sorprendió esta noticia. Envié en seguida a mi vicario general a Cahors a ver con nuestros consejeros lo que había que hacer; él se quedó tan asombrado de la cosa que no puede uno imaginárselo. Inmediatamente levantó acta de desaprobación contra este proceder, y se la envié al señor Lefevre, mi procurador en París, para que se la intimase a los de Santa Genoveva, y escribí una carta larga al padre Vitet, indicándole que me extrañaba mucho de que en contra de lo ordenado llevara este asunto al parlamento. Me respondió excusándose y diciendo que por tres veces le había escrito por medio de mi vicario general que siguiera el parecer de mis consejeros, y que yo mismo así se lo había indicado; es verdad, aunque también lo es que le prohibí expresamente recurrir al parlamento. Le ha escrito a mi vicario general una carta toda llena de quejas, todo confuso, al ver cómo se contradice él mismo en sus cartas y, después de mucho hablar, le dice que le envíe un poco de dinero para retirarse, ya que no se atrevería a aparecer por aquí después de la desaprobación que yo he hecho de su conducta.

Verá usted cómo las cartas que se habían decidido a presentar al parlamento como apelación y anticipación no han sido presentadas todavía, ya que los consejeros han sido del parecer que conviene esperar a que caduque la asignación dada por los de Santa Genoveva; por eso no ha habido que revocar ni desdecir nada, ya que todavía no se había actuado ante el parlamento.

Pero en vez de callarse sobre esta desaprobación, se ha ido a publicarla y ha enseñado mis cartas y las de mi vicario general a dichos señores Camus y Montelon, y dice que a ellos les ha parecido muy mal que yo haya preferido a su parecer el de un abogado de Cahors. Le he escrito, al enviarle dicha desaprobación, que tomase letras cuatrimestrales del parlamento, solicitando cuatro meses de plazo para que acudiéramos a Su Santidad, con la prohibición a ambas partes de tomar ninguna medida, y que se les avisase a los de Santa Genoveva. No nos ha contestado a nada de esto, de forma que actualmente me encuentro sin saber qué hacer y necesito la ayuda y el consejo que usted me pueda dar, ya que, como le dije, no tengo a nadie que entienda de este asunto tanto como él. El padre Parrot, su compañero, también tiene delegación para esto, pero no lo entiende tan bien, ya que siempre lo ha llevado él solo, sin dejar que se metiera en ello el padre Parrot; también es él el que tiene todas las actas.

Le ruego, en nombre de Dios, que trabaje por atraerse a su espíritu y que, si puede, le convenza de que no acuda al parlamento, ni tampoco al Consejo por ahora, ya que éste nos remitir; a al parlamento, sino que actúe por la vía de Roma, según las órdenes expresas que le di, hasta que el Consejo recupere su autoridad.

El le ha sorprendido a usted, dándole a entender que el decreto para registrar la erección de la congregación de Santa Genoveva indicaba que dicha congregación no se podría establecer en más casas sin el consentimiento de los obispos diocesanos, junto con el de los abades y religiosos de ellas, como usted me escribía; pero no es así, como verá usted por la copia del decreto que le acompaño, en donde le ruego que observe lo que se dice sobre las casas que hay actualmente en dicha congregación. Pues bien, por la sentencia del abad de Grosbois, nuestras casas

están comprendidas allí y, aunque seamos apelantes, subsistirá hasta que lo hayamos hecho cesar; nuestro consejero de Cahors, que es muy hábil y prudente, ha creído siempre que se trataba de un cebo. En cuanto a mí, le confieso que siempre he creído que este decreto nos era perjudicial; y todos a los que se lo he enseñado opinan lo mismo. Sin embargo el padre Vitet se ufana de ese decreto y lo publica como una conquista nuestra, y con ese pretexto quería obligarme a acceder a que el asunto se llevase al parlamento. Si no se hubiera dado, como se ha hecho, la sentencia del abad de Grosbois, parece que el decreto nos habría sido favorable; pero en el punto en que están las cosas, nadie me convencerá de que lo es. Y aunque no estuviera por medio la sentencia de Grosbois, me guardaría mucho de acudir al parlamento, ya que, como se trata de cláusulas añadidas al decreto proprio motu, el parlamento las quitará o las interpretará como le parezca, tanto contra el general como contra los particulares.

También le ha sorprendido a usted en lo que le dijo que nosotros habíamos interpretado como abusivo; no es así, pues se trata de un simple acto de protesta. Se necesitaría para ello una instancia por nuestra parte y un decreto del Consejo para citar a las partes. Y si se tratase del parlamento, se necesitarían cartas suyas. Pero no hay nada de todo eso, de forma que podemos con toda libertad acudir a Roma, como hay que hacer, como yo lo dije anteriormente y como le ruego a usted que le ordene absolutamente, con prohibición expresa de recurrir al parlamento. Y si desea usted indicarle las razones para ello, son las siguientes: sus buenas relaciones con los de Santa Genoveva por medio de los muchos religiosos y pensionistas con parientes en el parlamento, a quienes moverían contra nosotros; y además las dificultades típicas de esta clase de asuntos, sus circunstancias y ramificaciones. La mayoría de las cosas que nos obligan a recurrir a los tribunales son de tipo espiritual, observancia de regulares o espíritu de las reglas, y no hay abogado en Francia capaz de llevar este asunto, ni siquiera el abogado general, ni hasta creo que puedan entenderlas los jueces; sus asuntos que necesitarían más de dos audiencias para que quedaran claros, ya que los de Santa Genoveva los exagerarían y embrollarían a su gusto.

Por mi parte hay varias razones para no acudir al parlamento: ya conoce usted mi censura del libro sobre las Libertades de la Iglesia galicana ², de cuya censura fui yo uno de los comisarios junto con el arzobispo de Sens ³ y el obispo de Uzes ⁴; en esa condenación ya sabe usted lo que hice en este país por el servicio del rey. Pues bien, un intendente de hacienda me ha escrito desde París que todos me conocían. Además hay otras muchas razones. Si después de todo esto no pudiera usted lograr que se sometiera su espíritu, le ruego que me lo comuniqué y que avise entretanto al señor Lefevre hijo, mi procurador ante el Consejo, para poder sacar en el parlamento las mencionadas letras cuatrimestrales cuanto antes y acudir a Roma.

Me gustaría mucho hacerle saber la finalidad que mueve a aquel espíritu a ver acabado cuanto antes este asunto, de cualquier manera que sea, buena o mala, y urgir las cosas para ello. Pero se trata de un secreto que se me ha manifestado reservadamente y que no le he dicho más que a mi vicario general, que le escribe esta carta en mi nombre; no puedo encomendar estas cosas al papel, sino que me gustaría decírselo al oído; todo tiene su origen en algo que pasó hace dos años. Por eso le ruego que tenga mucho cuidado con dicho padre y que de vez en cuando le pida cuentas de cómo lleva este asunto, y que no le dé permiso para partir hasta que haya obtenido las letras cuatrimestrales y las haya enviado a la corte de Roma para que venga el breve que busque los comisionados que le indique y que espere todavía algún tiempo para ver si los de Santa Genoveva remueven algo las cosas en el parlamento.

Le escribo otra carta por medio de dicho padre Vitet. Cuando él se la presente, le ruego que le hable como el Espíritu Santo le inspire, y que tenga cuidado, al hablar con él, para que él no sepa que yo le he enviado a usted otro memorial.

Me han asegurado que el famosísimo doctor regente de la universidad de Toulouse ha empezado a enseñar la doctrina de

2. P. DUPUY (an.), *Traitez des droits et libertez de l'Eglise gallicane*, s. l. 1639, 2 vols. Esta obra legitimaba todas las ingerencias del poder secular en el poder de los obispos y del Papa. Fue censurada el 9 de febrero de 1639 por una gran parte del episcopado.

3. Octavio de Saint-Lary de Bellegarde, muerto en 1646.

4. Nicolás de Grille.

Jansenio por el primer artículo de sus errores. También me han dicho que el señor obispo de Comminges ⁵ ha tenido tres sermones con esta doctrina. Al día siguiente, un anónimo le escribió una carta refutando todo lo que había dicho.

Hace poco un padre del Oratorio ha predicado que Jesucristo no había muerto por los réprobos y condenados. Esa ciudad nos dará que hacer. Ruego a Dios que tenga piedad de su iglesia. Nunca admiraré bastante la bondad de Dios con mi diócesis, pues, a pesar del frecuente trato que hay con los de Toulouse, ¿os que vuelven de allí o de París no sólo no vienen contagiados sino que lamentan que haya allí una nueva religión que divide los ánimos. Con todo ello se sienten horrorizados y, gracias a Dios, no conozco uno sólo de mi diócesis que no piense y hable siguiendo por completo mis sentimientos, en lo que se refiere a la fe y a la doctrina de la iglesia. Alabo mucho a Dios por todo esto y le ruego que le conceda a usted otras tantas gracias como yo le deseo.

Me siento avergonzado de haberle escrito una carta tan larga; la necesidad me ha obligado a ello. Creo, después de lo dicho, que es mi deber manifestarle el secreto, que la gran pasión que tiene el padre Vitet por acabar cuanto antes bien o mal nuestro asunto, no es porque tenga alguna inclinación por los de Santa Genoveva; al contrario, los ve con mucha antipatía; sino que, en el caso de que la cosa salga bien, pueda llevar a la práctica el misterio de que le hablo y que no puedo confiar al papel, pues necesitaría mucho tiempo; mientras que si sale mal, está seguro de tener un buen retiro con un beneficio seguro. Por eso procura terminarlo cuanto antes. Creo que es conveniente que, después de haber leído mi otra carta, que le entregará el padre Vitet, se la enseñe usted o la lea en voz alta, para tomar allí ocasión de hablarle.

Soy, padre, etcétera,

ALANO,
obispo de Cahors.

5. Gilberto de Choiseul.

**CARLOS NACQUART, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Fuerte Dauphin, 16 febrero 1650.

Su santa bendición, por favor.

Después de escribir las cartas anteriores, ésta le dirá que ha habido algunos cambios que hacer. Sabrá usted que el día de septuagésima, al leer durante la misa el evangelio de los obreros enviados a la viña, esta viña adonde me han enviado me pareció tan grande y vi tanta necesidad de obreros que durante toda la misa me vi impresionado hondamente al ver que no era posible dejar que siguiera languideciendo por falta de obreros, ya que hace mucho tiempo que el señor increpa a los perezosos: quid hic statis tota die otiosi? Ite in vineam meam ¹. Esto me ha hecho pensar que seguramente Dios me pedía algo para contribuir a ello más que lo que he hecho hasta ahora. Pues bien, según creo, aparte de que lo recibí como una inspiración, al pedir a Nuestro Señor que tuviera su efecto, vi que esto provenía de la tristeza que sentía por haber avanzado tan poco y al ver que todavía conseguiría menos en el futuro. Y al examinar la causa por la que me había enviado, para los franceses y para los negros, yo hacía lo primero con tan poco fruto, y lo segundo no podía hacerse, por estar solo, aparte de mi negligencia, ignorancia e incapacidad, entonces vi que no tenía la ayuda necesaria y posible en lo temporal, viendo que el señor de Flacourt, viéndose impedido en el gobierno temporal sin ayudar para nada en lo espiritual, al saber que, ya a punto de partir o de escribir a Francia, había cambiado de opinión, noté que no me hablaba de ello, a pesar de que le había indicado mis deseos de restablecer al rey bautizado, poniendo una residencia en Fanshere y manteniendo un seminario, y que seguramente me habría dicho que eran muchos gastos para la Compañía y que era una empresa del rey. Aunque por otro lado él y todos esos señores de París hubieran deseado contribuir a ello, prescindiendo de todas las demás personas, yo no veía ningún motivo, aparte de las pequeñas quejas que pudiera tener contra mí sin causa alguna, para que no qui-

Carta 1242. — Archivo de la Misión, copia del siglo XVII.

1. Mt 20, 6-7.

siera darme un intérprete aunque sólo fuera para traducir mis instrucciones, que he tenido que hacer con mucho esfuerzo, valiéndome del que insistió en quedarse conmigo gratis y sin recompensa. Veía además la necesidad de que él tenía, pues no podía prescindir de él, ya que yo solo no podía escribir las instrucciones en esa lengua, para mí y para los que me sucedieran, mientras que ese mozo es el que mejor habla la lengua y tiene gracia de Dios para entender estas materias, que al principio le eran difíciles por falta de costumbre, pues nunca había hablado antes de ellas. Yo solo no podía instruir a los negros de la residencia pues, aunque supieran de memoria los misterios, necesitan que se les expliquen otras cosas necesarias para la salvación, pero yo no sé decírselas ni entender lo que me dicen sin intérprete. Todo esto angustiaba tanto mi corazón que, al ver que era tan inútil que me quedara yo solo, y temiendo que mis cartas fueran sospechosas y las retuviesen para impedir la ejecución de lo que propongo hacer en este país, me dije: es menester que, lo mismo que el fuego encerrado en una nube produce su efecto, yo estalle también en gemidos y lágrimas. Hacía tiempo que tenía miedo a disgustar a la persona a la que, por cobardía y respeto mal entendido, no me atrevía a exponer libremente mis sentimientos y estropear las cosas en un asunto tan importante, perdiendo además el honor de que la compañía pudiera seguir en una ocupación tan hermosa, como les ha pasado a los padres capuchinos de la isla de San Cristóbal; de modo que, entre estos dos extremos, vi que no había más que dos o tres medios de poner remedio, que se me ocurrieron en presencia de Nuestro Señor y les comuniqué a tres personas que me parecieron de mejor consejo.

Tomé al capitán Le Bourg por mediador, que lo dispuso todo. Inmediatamente se llenó mi corazón de confianza en que Dios resolvería bien todas las cosas. Y me preparé con todo el respeto posible a hablar con el señor de Flacourt, al que prometí seguir la decisión que él tomase: «Señor, usted conoce los designios de Dios, de los directores de la Compañía y de mis superiores en esta Misión, que son trabajar por dos fines: primero, servirles a ustedes como sacerdote, y a toda la colonia francesa; segundo, atraer a los negros y habitantes de este país. Para estos dos fines han de buscarse los medios. Para el prime-

ro ya ve usted cómo hago todo lo que puedo, aunque sea malo, para realizarlo; y en esto sólo puedo quejarme de mi negligencia e incapacidad, que me hace desear otro más digno. Por lo que se refiere al otro fin, aunque tengo voluntad de hacer todo lo posible, al ser nuevo e ignorar la lengua, no puedo hacerlo sin un intérprete dedicado solamente a eso, sin que se le interrumpa, como se ha hecho hasta ahora, enviando a la trata y a los campos al que es más indicado y que sólo pide poder entregarse a Dios para ello, pues me ha dicho muchas veces que no podía servir a dos señores. Usted puede tener otras personas distintas de él para que le sirva en las cosas temporales, pero yo sólo le tengo a él al que Dios lo ha dispuesto; sin él perderé el tiempo esperando sacerdotes, que no encontrarán nada preparado, como yo creía que podría decirles en este primer viaje de regreso, pero no puedo hacerlo. Por otra parte, aquellos que puedan enviar no están informados de las necesidades de este país, y esto no se puede escribir lo mismo que se dice. Aunque escribiese, resultaría sospechoso lo que dijera; sin embargo, es menester que yo exponga libremente mi parecer al superior, al que es preciso que comunique mis problemas internos y le pida consejo para mi conducta y para la de los que me han confiado. Sólo hay dos caminos para ello, y le pido que incline usted la balanza hacia donde le parezca mejor; o que yo vaya a dar una vuelta por Francia, para decir lo que creo que es necesario para la gloria de Dios en este país, o que escriba con todas las garantías de que no sospecharán de mí y que, si me quedo aquí, pueda disponer de lo necesario, que usted me pueda conceder; esto es, que como yo tengo confianza en usted, la tenga usted conmigo; que su brazo me ayude a mí y el mío al suyo; en una palabra, que me permita usted retirarme a cien pasos del fuerte, lejos del bullicio, con este intérprete, para vivir en privado y dedicarme a las funciones que corresponden a un pobre misionero».

Su decisión por entonces fue que me fuese a Francia. Aunque este buen sacerdote ² tenía muchas ganas de regresar, al saber mi intención, que era para avanzar más y buscar todos los obreros que pudiese, a fin de procurar el bien de todos, accedió a ello y le pareció bien al señor de Flacourt. Ya estaba todo de-

2. Señor de Bellebarbe.

cido. Lo dejo todo preparado; hago mi maleta con lo más indispensable; el señor de Flacourt me manda despedirme de los franceses después de visperas, aquel mismo domingo de septuagésima; así lo hice, exponiendo los motivos. Hecho esto, las cosas cambian tanto en su opinión como en la mía, que sentía mucha pena de tener que dejarlo todo y emprender de nuevo el ir y venir, que es tan largo y peligroso. A los del barco les gustaba que yo les acompañase; los de la residencia deseaban por una parte retenerme para su servicio, pero por otra comprendían las razones del evangelio, que pedía pronto obreros, que yo iba a buscar para poder atender a aquella viña, a pesar de que tuvieran que sufrir el trabajo y el calor de muchos días. Y allí estaba este pobre sacerdote llevado y traído por sentimientos tan dispares de unos y de otros. Sin embargo, a pesar de que se tomó aquella solución y la aceptaron todos, yo me mantenía indiferente, suplicando al señor de la vid que me indicase su voluntad: vete a la mañana, o espera al mediodía, para no perder el precio de la obediencia a su única voluntad. Deus scít quia non mentior, que no sabía lo que hacer, sino que haría todo lo mejor que fuese, y que no tenía recursos ni modos de hacer que se lograran los designios de su providencia, que eran infalibles e imposibles de resistir.

Al día siguiente lo encomendé todo esto en la santa misa. No tuve respuesta. Envié mi maleta al barco; me preparaba para ser el portador de mis propias cartas. Y de pronto todo cambió: me dijeron que me quedase para contentar a los que no estaban contentos del sacerdote que quedaba, a pesar de que él podría atender pasablemente a todo lo necesario en la residencia. Los mismos negros vinieron a buscarme. «¡Cómo! ¿Te vas? ¿Quién nos enseñará a rezar a Dios?». Y esto puso los hierros a los pies de mi voluntad, que se quedó prisionera de la de Dios en la voz del pueblo.

Me concedieron lo otro que había propuesto, quedarme a vivir solo con el intérprete, sin que ello fuera en contra del respeto y la amistad del señor Flacourt, sino más bien para aumentarlo y darle menos motivo para portarse mal conmigo. Nuestros corazones se habían unido finalmente, con promesas por una y otra parte, para la mayor gloria de Dios. Me harán un pequeño presbiterio al lado de la iglesia. Este pobre compañero,

que va a servirme de intérprete, estaba enfermo de pleuresía, que me ha dicho le ha venido de tristeza de estar separado de mí. Pero la noticia de que me quedaba según sus deseos, unida a la sangría y al buen trato que le he dado, ha hecho desaparecer más de la mitad de su mal, pues me ha dicho que había desaparecido la causa. ¡Quiera Dios que no cambie de opinión! Pues parece ser que este país vuelve a la gente voluble y los hace cambiar de color más que a los camaleones, alterando su humor y su forma de pensar; a veces van bien y a veces mal; lo ordinario es esto último. Y a pesar de las buenas apariencias, me sigo creyendo sospechoso al haberme quedado con este intérprete a costa de dichos señores. Pero ¿qué podía yo hacer sino dedicarme totalmente con él a la lengua y a la instrucción de los negros, con lo que el honor recaerá sobre esos señores, lo mismo que pasó en el Canadá con el señor de Montmagny³? ¡Ojalá hubiera aquí muchos como él! Pero tengo mucho miedo, por lo que he visto tantas veces, de que estos señores se contenten con hacer propuestas muy bonitas para la conversión de este país y que nos entretengan retrasando lo que podría hacerse sin demora. Si no ve usted la manera de que se puedan tener una o dos residencias, como le he dicho, bien sea por medio de ellos, o bien de otra forma, ¿valdrá la pena enviar a unos pobres sacerdotes, con tanto esfuerzo, sacándolos de otros lugares para que vengan a morir aquí sirviendo en unos lugares tan disipados? ¿No tenemos ya bastantes franceses ante nosotros? ¿No les basta con tener un sacerdote, viviendo más o menos bien a sus expensas, y que nosotros nos sintamos presos e impedidos para ir a trabajar como es debido por la conversión de los negros, que no esperan más que esto?

Vea usted la última carta que les dirijo a esos señores, proponiéndoles unos medios, quizás con demasiada ventaja para ellos y carga para usted; haga con ella lo que le plazca; mi conciencia queda tranquila después de haber dicho todo lo que sé, y haber hecho todo lo que puedo.

Si desea usted molestarle en escribir a la señora Gondrée, dirija la carta a Dieppe, a casa del capitán Le Bourg. Y si le

3. Carlos Huault de Montmagny, caballero de Malta, gobernador del Canadá, muy celoso de la propagación de la fe.

parece bien poner unas letras a mi pobre padre, si todavía vive, verá la dirección en la carta que le mando.

No deje que se enfrién los planes de Dios sobre este país, aunque esos señores los miren con indiferencia. Su providencia le proporcionará medios para emprender su obra por otros medios, que puede usted consultar con el capitán Le Bourg. Quizá sea eso lo mejor, si es posible.

Todo cuanto le he contado de este país, ¿no bastará para animar a toda la compañía, sobre todo a los seminaristas, a aprender el oficio de san Pedro y a preparar las redes para la pesca de tantas almas? Usted me envió a echar las redes; sólo he pescado hasta ahora a 57 peces, todos ellos pequeños, excepto tres mayores, pero hay tantos por coger que estoy seguro mandará usted al mar las personas suficientes para recoger las redes hasta que revienten.

No le digo nada del padre Maillard, que tantas veces le había pedido venir. Tiene las debidas disposiciones de espíritu y salud de cuerpo. Me parece que tiene la voz algo débil y que es propenso al estreñimiento; pero es muy hábil para enseñar a los niños y es buen administrador. Lo dejo todo en sus manos, no deseando más que a los que Nuestro Señor haya dispuesto para ser pescadores de hombres, que sepan lo que hay que hacer en la dirección de esta obra y que sean capaces de resolver las dificultades que aquí se presenten, donde no resulta tan fácil escribir en busca de consejo.

Tengo muchos motivos para echarme a los pies de Nuestro Señor como un gran pecador y un pobre pescador. Le ruego que le pida que no se aparte de mí, como tantas veces le he dado motivos para hacerlo. Y si le parece bien quitarme de encima la carga que me aplasta y tengo que volver a hacer penitencia de mis faltas, le pido que sea al seminario, para reformar a este monstruo con el ejemplo y el fervor de aquellos a los pies de quienes hago humillaciones, para obtener, por medio de ellos y de usted, la esperanza en la misericordia y la gracia de Nuestro Señor, al que ruego que incite nuestros corazones para ejecutar los designios que tiene sobre la compañía, y en cuyo amor soy, mi veneradísimo padre, su muy humilde y obediente hijo,

C. NACQUART,
muy i. s. d. l. Misión de Madagascar.

**CARLOS NACQUART, SACERDOTE DE LA MISION,
A SAN VICENTE**

Fuerte Dauphin, 16 febrero 1650.

Padre: Le pido su santa bendición.

¡Bendito sea Dios si la misma persona por quien le escribo la presente es portador de la misma, tal como me lo ha prometido! ¹ Pues, además de lo mucho que le debo por haberme dado su afecto, su respeto, sus atenciones, regalos y otros muchos favores, tanto en su barco como durante el año que hemos tenido que residir en esta costa, teniendo compasión de mí como un padre con su hijo necesitado, me ha obligado incluso a aceptar cien francos para las necesidades que pudiera tener en este país. Si fuera necesario devolverle el céntuplo, o él quisiera aceptarlo, no dudo de que usted se lo daría. Pero él no quiere aceptar más que esa suma, que yo emplearé únicamente en cosas necesarias y para evitar lo que usted sabe y él le podrá explicar. Padre, deme la alegría de recibirlo, no como él se merece y a mí me gustaría, sino en el más alto grado de cordialidad que sea posible. Y dígame que, si se presenta la ocasión de hacerle algún servicio, se lo hará usted o se lo mandará hacer como a mi propio padre. Conozco tan bien su carácter que sé muy bien que contribuirá mucho a la obra de Dios en este país, no sólo en lo espiritual, según el trato que he tenido con él y los sentimientos que ha demostrado, sino también como el mejor consejero que he tenido y el mediador más generoso, como ya le he expuesto. Si fuera él el que gobierne el primer barco que salga, no conozco persona tan capaz y tan indicada para ponerle al corriente de todo y para cumplir con la promesa que me ha hecho de contribuir a las provisiones temporales necesarias. Si no fuera él quien gobierne el barco, él le podrá aconsejar y orientar y, si estuviera en Dieppe, cumpliría fielmente con el encargo de atender a todo lo necesario. Toda alabanza que de él haga quedaría pequeña. ¡Ojalá hubiera alguien que pudiera conseguirle, tal como se merece, el cargo de capitán del rey, que sólo cuesta una pala-

Carta 1243. — Archivo de la Misión, copia del siglo XVII.

1. El capitán Le Bourg.

bra conseguir de Su Majestad, gobernadora y tutora del reino! Si puede usted interceder por este hombre tan leal, o conseguirle otra cosa, lo consideraré como hecho a mí mismo, en la caridad de Nuestro Señor, que será su recompensa y la de usted, mi veneradísimo padre, del que soy obediente servidor y querido hijo,

C. NACQUART,
i. s. d. l. m.

Si él no puede ser el portador, sé que usted se lo agradecerá por carta y le enviará la cantidad mencionada, con la promesa de servirle en lo que necesite. ¡Quiera Dios que pueda volver a verlo por este país, en el primer barco, con cuatro sacerdotes y tres coadjutores! Et sic deinceps diu usque impleatur numerus fratrum nostrorum.

1244 [1190,III,610-611]

A LUIS RIVET, SACERDOTE DE LA MISION, EN SAINTES

20 febrero 1650.

Le agradezco los consejos que me da. Le escribo a esa persona ¹ y espero que se corregirá. Es una tormenta pasajera, levantada por la edad y las pasiones. Gracias a Dios, tiene buen fondo y merece que soportemos las debilidades de su naturaleza, como usted hace; le doy por ello gracias a Dios, cuya paciencia honra usted con la que practica ante las faltas de los demás, soportándolos como él soportaba la rusticidad de sus discípulos y soporta cada día a los mayores pecadores, como yo soy. ¡Cuánto me alegro al ver cómo trabaja usted incesantemente por la virtud! El amor que usted le tiene se demuestra en la pena que siente porque los demás no trabajan bastante. Cuando pienso en su frecuente aplicación al ministerio del evangelio, para ganar almas a Jesucristo, no puedo menos de estimarle y quererle cada

Carta 1244. — Reg. 2,108.

1. La carta que aquí se anuncia es seguramente la que viene a continuación de ésta.

vez más; y el cariño que le tengo desde hace tiempo me obliga a ofrecerle muchas veces a Dios, para que le santifique y salve por medio de usted a los pueblos que usted misiona.

La verdad, padre, es que resulta muy difícil encontrar superiores perfectos. El de ustedes ² carece de experiencia y quizás de presencia exterior; pero es prudente y virtuoso, como usted mismo sabe. Esto es lo que me ha hecho esperar siempre que Nuestro Señor suplirá el resto, esperando que la práctica le haga adquirir algo de lo que le falta. Le ruego, padre, que contribuya usted con su palabra y ejemplo a que la familia confie en él y se muestre fiel al reglamento. Yo le recomendaré, de parte de usted, que actúe con más humildad y suavidad: estoy seguro de que así lo hará, dadas sus buenas disposiciones.

1245 [1191,III,611-613]

**A UN SACERDOTE DE LA MISION
DE LA CASA DE SAINTES**

20 febrero 1650.

No puedo menos de testimoniarle mi alegría al verle casi siempre dedicado a la salvación de las almas y que la suya avanza de este modo en el amor de Dios. Ruego a su infinita bondad que bendiga sus trabajos y le doy gracias por todo lo que hace por medio de usted, a quien tanto quiero y aprecio.

Le escribo además por otro motivo: es que no me acuerdo si le respondí a la carta que usted me escribió hace algún tiempo. Por un lado, sé que tuve intención de contestar, y que sólo el gran ajetreo que tengo pudo hacerme faltar a esta obligación; pero por otro, al ver que, a pesar de mi esfuerzo, con frecuencia tardo en algunas respuestas, temo haber cometido esta falta con usted. Si así es, padre, le pido perdón por ello; si no, ruego me lo indique.

Me hacía usted su comunicación interior en aquella carta, en la que encontré motivos para alabar a Dios por el celo que le da en corregir los defectos que hay en la comunidad y espe-

2. Pedro Watebled.

Carta 1245. — Reg. 2,307.

cialmente por las buenas disposiciones con que trabaja usted en su servicio. Pero como el estado del hombre cambia todos los días, sobre todo en los que trabajan como usted en su propio progreso, le ruego, si sigue usted con la misma devoción de comunicarse conmigo, que me diga cómo se encuentra actualmente asegurándole que le responderé, no sólo en lo que respecta a su interior, sino a todo lo demás, y siempre que me escriba usted. Gracias a Dios, procuro hacerlo con todo el mundo; mucho más con usted, que es para mí lo que el Señor sabe, y para el que soy todo lo que soy; esté seguro de ello.

Pero si prefiere usted comunicarse con el padre Watebled, para no apartarse del camino ordinario, me parecerá igualmente bien y quedará usted satisfecho, según espero, ya que Nuestro Señor aprueba la confianza que se tiene en los superiores, como representantes de su divina persona, y le inspirará todo lo conveniente. Y aunque no tenga la experiencia que yo tengo, ni otras cualidades que son de desear en una persona de gobierno, no se aparte usted por ello de esta santa práctica ni de todas las que la voluntad de Dios nos impone en nuestra condición; todas son muy dignas de aprecio, si se hacen con espíritu de amor y de obediencia; y va sabe usted que es peligroso seguir otras luces. No le hablo así más que para excitarle al reconocimiento de la gracia que Dios nos ha hecho, al darnos la decisión de caminar tras las huellas de Nuestro Señor y de los santos. Pidámosle fuerzas para llegar hasta el fin. Quiero creer que la naturaleza le presente muchos pensamientos contra la estima y el respeto que le debe al padre Watebled; pero también creo que pasa usted por encima de esos sentimientos corrompidos y que se aprovecha de esas repugnancias para acrecentar el mérito de su fidelidad. Es verdad que todavía es nuevo en el cargo y que quizá no tenga las dotes, ni acaso la mansedumbre, que se necesitan; pero puedo asegurarle que es un alma de Dios y que hemos visto siempre en él mucha virtud. No es fácil encontrar hombres perfectos, en los que no haya nada digno de censurar. Lo que le falta a ese siervo de Dios no es tan considerable, al lado de lo que tiene; Nuestro Señor suplirá a lo que le falta, en cuanto a usted se refiere, si usted ve en él a Nuestro Señor, tal como lo pido con todo el corazón.

1246 [1192,III,613-617]
A SOR JUANA LEPEINTRE

París, 23 febrero 1650.

Mi buena hermana:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me ha alegrado mucho recibir su carta, pero por otro lado me apena ver esas continuas molestias por el alojamiento que están padeciendo. Si Dios no lo remedia, no se podrá buscar otro sitio. Vea, sin embargo, al señor de Annemont ¹, expóngale los inconvenientes de estar tan estrechas y con tantos enfermos, para que se lo advierta a los administradores y vea con ellos si es posible acomodar algún lugar cercano, o quizá por encima de las salas, para darles un poco más de libertad.

También me alegra saber que ha solicitado usted que la descarguen de la preocupación principal, puesto que toda persona que dirige hace bien en pedir de vez en cuando que la depongan, aunque tiene que permanecer en la indiferencia, como usted hace, gracias a Dios. Siga usted en su puesto, confiando siempre en el cuidado de la Providencia, que la sacará de este empleo cuando convenga, y le dará las gracias necesarias para cumplirlo debidamente, mientras esté en ese cargo. Sí, hermana, esté usted segura de que, al permanecer en el lugar en que la ha puesto la obediencia, el mérito de esa obediencia se extenderá sobre todo lo que haga y le dará a cada acción un precio inestimable, aunque las cosas no vayan como a usted le gustaría.

Tiene usted razón al decir que la dirección espiritual es muy útil; es un lugar de consejo en las dificultades, de ánimo en los sinsabores, de refugio en las tentaciones, de fuerza en los desánimos; en fin, es una fuente de bienes y consuelos, cuando el director es caritativo, prudente y experimentado. Pero ¿no sabe usted que donde los hombres fallan, allí empieza la ayuda de Dios? El es el que nos instruye, nos robustece, nos es todo y nos lleva hacia él por sí mismo. Si no permite que tenga usted un padre espiritual a quien acudir en todas las ocasiones, ¿cree usted que es para privarle del beneficio de la dirección de tal padre? Ni mucho menos. Al contrario, es Nuestro Señor el que ocupa su lugar y el que tiene la bondad de dirigirla. Así lo ha

Carta 1246 (CF). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Capellán del mariscal de la Meilleraye.

hecho hasta ahora y no dude usted de que lo seguirá haciendo hasta que no provea otra cosa. Siempre he notado este cuidado especial de la Providencia en muchas personas piadosas, privadas de semejante ayuda por parte de los hombres, y podría ponerle muchos ejemplos elocuentes y decirle cosas admirables sobre este punto; pero no lo necesita usted, que no duda de ello y que experimenta continuamente los efectos de la protección divina.

Todavía no ha llegado la ocasión de retirar a sor Enriqueta; le pido que tenga paciencia con ella.

Es muy de desear que tengan todas ustedes el mismo confesor; creo que el señor Cheneau es muy capaz de ello y muy buena persona; por tanto, siga de vez en cuando aconsejando a esa hermana que se confiese con él, para que, si acude a otro, el señor obispo de Nantes ² sepa que no es por orden de usted, ni con su consentimiento.

Creo que lo que les ha impedido a ustedes seguir el pequeño reglamento y los avisos que les dejé son esos pequeños jaleos que han sufrido ustedes hasta ahora; espero que la bondad de Dios les dé en adelante más paz y más gracia para ser muy fieles y exactas, y que usted dará ejemplo a las hermanas.

Si la entrada de mozos en su cocina es un mal necesario, habrá que soportarlo por amor de Dios, que lo permite; si es posible evitarlo, que se encarguen de ello los administradores; para ello, hable usted de vez en cuando con el señor Truchart, aunque sometiéndose a lo que decida.

Dice usted que les han puesto un espía, que les molesta. Confieso que esto no resulta muy agradable; pero después del esfuerzo que ustedes han puesto por librarse de esta sujección, hay que tener paciencia. ¡Ay, hija mía! ¡Yo no sé de nadie que no tenga vigilantes! Los grandes los tienen incluso en sus habitaciones, y la miseria es hoy tan grande en el mundo que casi todas las personas que vemos son otros tantos espías; de ello hemos de sacar la conclusión de que hemos de obrar siempre con mucho recato y presencia de Dios. Creo que usted y las demás hermanas obrarán así; esto hará que los que se fijen en sus acciones no tengan más remedio que publicar su virtud.

2. Gabriel de Beauvau de Rivarenes.

¿Ha mandado usted ya hacer en su habitación la clausura que debería servir para sus reuniones, tal como lo vimos conveniente cuando estuve en Nantes? Si ya está hecha, ¿no podrían tener todos los días un rato de recreo? Le ruego que me lo indique. Entretanto, apruebo su discreción al dar un poco de libertad a las hermanas para reír y hablar cuando se presente la ocasión, si es que no pueden disponer ustedes de un rato para el recreo en común. Necesitan relajarse en medio de sus continuas ocupaciones.

Doy gracias a Dios por la mejoría de la hermana enferma y por la buena salud de todas, especialmente de la suya.

Les saludo a todas en general y en particular con todo el afecto que me es posible. Les ruego que pidan a Dios misericordia para mí; yo las ofrezco frecuentemente a él, para que les dé fuerza y generosidad de espíritu a fin de superar las dificultades con que tropiezan en el servicio a Dios y a los pobres, hasta que les dé la eterna recompensa en el cielo. Soy en su amor su muy querido servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Dirección: A sor Juana Lepeintre, sierva de los pobres y de las hijas de la Caridad del hospital de Nantes.

1247 [1193,III,617-619]

A BERNARDO CODOING, SUPERIOR DE RICHELIEU

París, 23 febrero 1650.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le he pedido a la señora duquesa de Aiguillon la canonjía vacante o próxima a vacar de Champigny ¹ para el hijo del médico de ustedes; ha dicho que se había comprometido ya a dársela a un joven de Tours, pero que en otra ocasión se sentirá

Carta 1247 (CF). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Champigny-sur-Veude, municipio del distrito de Chinon (Indre-et-Loire).

muy contenta de atender a dicho médico; procuraré que así sea, ya que me siento obligado a servirle en cuanto pueda. Le saludo muy humildemente ².

Ya le dije a usted que dicha señora aprueba con gusto el cambio que hay que hacer en Champigny, el retiro del capellán

y la fundación de nuestras hermanas, con todo lo demás que usted indicaba para el bien de los pobres. Prepárelo todo para ello, mientras que la señorita Le Gras dispone a dos de sus hijas, de las que ya le he hablado; se las mandaremos cuando el tiempo lo permita. A la señora duquesa le parecerá bien lo que usted dice que hay que hacer con esa muchacha que queda en el hospital; sin embargo, antes de sacarla, le ruego que espere usted a que yo le hable una vez más, para saber concretamente su voluntad.

Después de escribirle lo anterior, he vuelto a hablar con la señora duquesa; le parece bien que se retire a esa muchacha de la casa, y que incluso se evite su trato, ya que lleva una vida desordenada ⁴.

No sé si, cuando escribió usted al señor Drouard, le propuso la cuestión de las tierras sin cultivar de Richelieu en favor de la fábrica; si lo ve usted fácil por parte de los habitantes y de los interesados, dígaselo al señor Drouard, si no lo ha hecho ya; porque yo prefiero no hablar de ello con la señora duquesa. Es conveniente que me mande usted las cartas abiertas ⁵.

Preguntaré a la señorita Le Gras si quiere recibir a la muchacha que se ha presentado ahí para venir a la Caridad; le indica usted su respuesta.

Recibí copia del alquiler de Bois-Bouchard; le confieso que no comprendo bien su contenido. Esa casa con sus dependencias está calculada en una renta de mil o mil cien libras, y el contrato está hecho por ciento noventa y cinco libras solamente. Sería menester entonces que las reservas que usted ha hecho le diesen al año ochocientas o novecientas libras; y no me lo puedo creer. Aunque así fuera, ¿habría que hacer un contrato

2. Estas últimas palabras son de mano del santo.

3. El señor de Romillon.

4. Esta última frase es de mano del santo.

5. Esta última frase es de mano del santo.

con lo demás por tan poca cosa? Debe haber algún malentendido en todo esto. Le ruego que me lo aclare cuanto antes.

Con este propósito, le renuevo la petición que le hice de que no cambie ni haga nada nuevo en las cosas principales. Las compañías bien arregladas, sobre todo los jesuitas, tienen como norma, cuando un superior nuevo va a una casa, dejar las cosas en el mismo estado en que las dejó su antecesor, sobre todo cuando el visitador pasó por allí. Si me dice usted que así lo ha hecho usted en Richelieu, y que fui yo el que le permití hacer ese contrato, le diré, si me lo permite, que es cierto que le di ese permiso, pero que el contrato está hecho de manera muy distinta de como me lo propone ahora. Espero que me dé noticias de ello, y del estado de su familia, a la que saludo, junto con usted, siendo in Domino su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Al pie de la primera página: Padre Codoing.

1248 [1194,III,619-621]

**A MATURINO GENTIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN LE MANS**

París, 23 febrero 1650.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Me alegra mucho saber que se han librado ustedes de la tasa del clero por este año, gracias al pago que han efectuado; ya veremos lo que pasa otro año.

Como las 800 o 1.000 libras que desea usted pedir en préstamo tienen que gastarse en el pago de las deudas, y se acercan las ordenaciones y no hace usted ningún preparativo para obtener alguna cosa, me parece que sería conveniente pedir en préstamo otras mil libras para comprar camas y las demás cosas necesarias. Quizás el señor de Beaugé pueda proporcionarle juntamente esas dos sumas, o podrá usted encontrar en otra parte

Carta 1248 (CF). — Archivo de Turín, original.

lo que él le niegue; mandaré hacer unos poderes para ello y se los enviaré lo antes posible. Si el señor Beaugé acepta recibir en pago, o como parte del mismo, las pequeñas rentas que usted me indica, le aconsejo que se las dé; pero dudo mucho de que las acepte.

Dígame qué cantidad ofrece el señor Planchois en pago de la mitad de su pensión, y cuánto es esa pensión. Aunque queden ustedes de acuerdo en ese punto, no creo que haya que romper el primer contrato hecho con él, al firmar el nuevo, como usted indica, ya que él debe atenerse a las patentes del rey registradas en el parlamento ¹, que no hay que tocar, sobre todo debido a lo que mencionan dichas patentes.

Miraré en nuestros libros de gastos si el señor Planchois tiene razón al decir que ha recibido sólo una suma de 18 libras y que usted le cuenta dos pagos, para que, si realmente es así, se le pague lo debido. Espero noticias del padre Lucas ² sobre su misión.

Les deseo a todos una perfecta salud y una gran bendición sobre usted y sobre sus trabajos.

Soy in Domino su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Al pie de la primera página: Padre Gentil.

1249 [1195,III,621]
A LUISA DE MARILLAC

[Entre 1645 ¹ y 1660].

Si la señorita Le Gras acepta que acuda al locutorio, lo haré de muy buena gana, a pesar de mi resfriado. La experiencia me

1. El 15 de enero de 1650 (Arch. Nat. MM 535).

2. Superior de la casa.

Carta 1249 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Fue en 1645 cuando el hermano Ducournau empezó a actuar como secretario de san Vicente.

ha hecho ver que siempre que salgo en este estado, cojo un nuevo constipado, seguido a veces de fiebre; pero haré todo lo que desee dicha señorita. Si desea escribirme de qué se trata y qué es lo que quiere decirme, lo oíré con el corazón que Dios me ha dado para hacer lo que ella crea que puedo hacer por Nuestro Señor. Le envío al hermano Ducournau.

1250 [1196,III,621-622]

UN SACERDOTE DE LA MISION A SAN VICENTE

1650.

He de darle cuenta del fruto que sus oraciones y santos sacrificios han conseguido tanto en Joigny como en Longron ¹, donde acabamos de tener la misión. De Joigny sólo le diré que es admirable la asiduidad de sus habitantes en venir a escuchar las predicaciones y catecismos y su diligencia en levantarse por la mañana, ya que a veces se empezaba a tocar para la predicación a las dos después de media noche, y sin embargo se llenaba la Iglesia.

Pero he de confesarle con franqueza que noto mayores bendiciones en el campo que en las ciudades, y que advierto allí más señales de una verdadera y sincera penitencia y de la primitiva rectitud y sencillez del cristianismo naciente. Esas buenas gentes se acercan ordinariamente a confesarse derramando lágrimas, se creen los mayores pecadores del mundo y piden mayores penitencias que las que se les puede imponer. Ayer una persona que se había confesado con otro misionero vino a rogarme que le impusiera una penitencia mayor que la que le había impuesto, y que le ordenase ayunar tres días por semana durante todo el año; otro, que le pusiera como penitencia caminar con los pies descalzos sobre el suelo durante la helada. Y también ayer vino a verme un hombre y me dijo: «Padre, he oído en la predicación que no había mejor medio para dejar de jurar

Carta 1250. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 46.

1. Le Grand-Longueron, aldea del municipio de Champlay, cerca de Joigny (Yonne).

que ponerse en seguida de rodillas ante las personas ante las que se ha jurado; así lo acabo de hacer, pues apenas advertí que había dicho «por mi fe», me arrodillé ante todos y le pedí a Dios misericordia».

1251 [1197,III,622-623]

A LUISA DE MARILLAC

No tengo fiebre, señorita; sólo tengo un poco de constipado, que va disminuyendo, gracias a Dios. He tomado ya la cuarta purga, y me parece que es bastante.

No la he olvidado hoy; Dios me ha concedido la gracia de celebrar la santa misa por su intención ¹.

Me alegra mucho lo que me dice usted de la señora canciller ².

Será conveniente que venga usted mañana a la reunión ³ y que vea por la mañana a la señora de Marillac ⁴. Si no puede usted hacer las dos cosas, deje para el martes la visita a esa buena señora.

Buenas tardes, señorita. Soy...

V. D. P.

Dirección: A la señorita Le Gras.

1252 [1198,III,623-625]

**A MATURINO GENTIL, SACERDOTE DE LA MISION,
EN LE MANS**

París. 16 marzo 1650.

Padre:

La gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros.

Le envío los dos documentos que me pedía: el primero es una copia auténtica del decreto del parlamento sobre la verifi-

Carta 1251 (CA). — Archivo de las Hijas de la Caridad, original.

1. Era probablemente el cumpleaños de Luisa de Marillac o el aniversario de algún acontecimiento memorable de su vida.

2. La señora Séguier.

3. La reunión de damas de la Caridad.

4. María de Creil, esposa de Renato de Marillac, o Juana Porier, esposa de Miguel de Marillac.

Carta 1252 (CF). — Archivo de Turín, original.

cación de su fundación ¹; y el segundo, el recibo del señor Planchois por el último dinero que ordené darle en dos veces, por importe de 24 libras, a cuenta de lo que usted le debe. Ya le he dicho que no le enviaremos nada más y que se arregle con usted; en cuanto al arreglo que nos ha propuesto sobre la mitad de su pensión, no hemos llegado a un arreglo, como usted creía; al contrario, le he dicho que no podíamos de ningún modo aceptarlo, y así han quedado las cosas.

El señor Pousset no me ha escrito nada de que le asista en el asunto del parlamento; además no puedo poder ofrecerle ningún servicio en esto, ya que yo nunca he intercedido por nadie, ni me es permitido hacerlo. Si en otra ocasión puedo serle de utilidad, lo haré con mucho gusto.

Tenemos dos hermanos clérigos capaces de servir a la iglesia, como ya lo hacen: en efecto, uno enseña moral en el colegio de Bons-Enfants y el otro en el seminario de Agen; aquél se llama [Luis] Champion y éste [Francisco] Fournier ²; el primero es de Chanteaudun y el otro de Laval, en la diócesis de Le Mans; los dos son jóvenes y trabajan en la adquisición de las virtudes. Sólo tienen la tonsura. Le ruego, a usted o al padre Lucas, que pida para ellos dimisorias al señor obispo de Le Mans ad omnes, si es posible. Temo que no podré enviarle hoy sus cartas de tonsura; lo haré en la primera ocasión.

Guárdese mucho de quitar las cerraduras puestas en los graneros por los señores administradores, tal como me propone, y no hacer ninguna llave para abrirlos. Hay que evitar todo conflicto con ellos y vivir con la mejor inteligencia que se pueda, aunque se empeñaran en privarles a ustedes de esos graneros; no lo harán, si viven en paz, la cual vale más que todos los bienes del mundo, aparte de que Dios la recompensa también en este mundo. Le ruego que se esfuerce en mantenerla y que no piense dar ninguna renta como pago, ni en venta, ni a cambio, ni de ninguna forma, para no desmembrar nada de lo de la casa; haga usted mismo las diligencias pertinentes para impedir que no se pierdan esas rentas mal aseguradas.

1. Cf. Arch. Nat. S 6707.

2. El secretario dejó en blanco el lugar de los nombres, que no conocía o que había olvidado.

Tengo mucho quehacer y no puedo escribir al padre Lucas; sólo tengo tiempo para mandarle un abrazo, a él y a toda esa familia. La de aquí sigue bien.

Soy in Domino su muy humilde servidor,

VICENTE DEPAUL,
i. s. d. l. m.

Al pie de la primera página: Padre Gentil.

1253 [1199,III,625-626]

A ANTONIO LUCAS SUPERIOR DE LE MANS

23 marzo 1650.

La propuesta que usted me hace del priorato de Laval va en contra de nuestras normas y de la práctica que seguimos de no buscar ninguna fundación directa ni indirectamente. La Providencia ha sido la única que nos ha llamado a todas las que tenemos por medio de aquellos que tenían derecho a ello; si la Compañía me hace caso, se conservará inviolablemente en esta actitud. Si le habla el señor obispo, dígame que le he dado esta respuesta.

Le he dicho al procurador de su casa ¹ que deje las cosas como están con los señores administradores, que se guarde mucho de tocar las cerraduras de los graneros, y que ni se le ocurra litigar con ellos. La paz vale más que todo lo que nos puedan quitar. Y si la procuramos en los otros, es más razonable que la conservemos entre nosotros, para que no se nos eche en cara aquel reproche que leíamos ayer en el evangelio: Médico, cúrate a ti mismo ² En nombre de Dios, padre, toleremos estas pérdidas antes que dar un escándalo. Dios tomará en sus manos nuestra causa, si seguimos el consejo de Nuestro Señor.

Carta 1253. — Reg. 2,58 y 123. El segundo fragmento comienza con las palabras *Le he dicho al procurador*, que quizás era el primero en el original.

1. Maturino Gentil.

2. Lc 4, 23.

1254 [1200,III,626-627]

A RENATO ALMERAS, SUPERIOR DE ROMA

25 marzo 1650.

Si la casa de Roma está huérfana, como usted dice, por la ausencia del padre Dehorgny, Nuestro Señor será su padre, su consejo y su protector; no dude de ello y redoble su confianza en su bondad; déjele hacer a él; él mismo será esa persona de virtud y de maña que cree usted necesario que pongamos en lugar de usted. Ya sabe usted, padre, que el éxito de los negocios depende completamente de él, y sé que, si hubiera dependido de nosotros, lo que usted ha emprendido hubiera salido muy bien ya que ha puesto usted en ello toda la precaución, el cuidado y la diligencia que podía esperarse de una persona virtuosa. Las obras de Dios no se hacen cuando nosotros queremos, sino cuando él quiere. ¿Cree usted que los jesuitas se descuidaron, cuando vinieron a París, en obtener pronto el permiso de establecerse aquí? Ni mucho menos; pero tuvieron que esperar cuatro años a que se atendieran sus solicitudes. Los padres del Oratorio llevan mucho tiempo en Roma; ¿han podido ya obtener acaso una fundación propia, por pequeña que sea? No, siguen en San Luis, pero sujetos a la cofradía¹. Dios retrasa a veces el final de un santo propósito para hacer que merezcan esa gracia los que lo han hecho, con la dureza de su trabajo, su paciencia y sus oraciones. Por eso le ruego que no cese usted en sus esfuerzos. Aunque tarde un poco, ya dará a conocer su voluntad, si esperamos con resignación el resultado.

1255 [1201,III,627]

AL PADRE BLANCHART

San Lázaro, 26 marzo 1650.

Suplico humildemente al reverendo padre general de la congregación de Santa Genoveva que conceda audiencia favorable a

Carta 1254. — Reg. 2,232.

1. De los 24 sacerdotes que formaban el grupo de capellanes de san Luis de los franceses, seis se tomaron, desde 1618, de los padres del Oratorio de Francia (Cf. P. LA CROIX, *Mémoire historique sur les institutions de France a Rome*, Paris 1868, 47).

Carta 1255. — Bibl. de Sainte-Geneviève, ms. 2555, copia.

este gentilhombre, que desea hablar de un asunto referente a su salvación. Su servidor,

VICENTE DEPAUL,
sacerdote indigno de la Misión.

1256 [1202,III,627-629]

**A UN SACERDOTE DE LA MISION
DE LA CASA DE SAINTES ¹**

27 marzo 1650.

Respondo a su carta del 16. Siento mucho haber tardado tanto en escribirle y ahora vuelvo a caer en la misma falta, por lo que le pido humildemente perdón, postrado espiritualmente a sus pies.

No me extraña que tenga usted tentaciones, ya que eso les pasa a todos los que quieren servir a Dios; Nuestro Señor también fue tentado y después de él no sé de nadie que se haya visto libre; si supiera de alguno, me extrañaría muchísimo. Los grandes bienes de la gracia, lo mismo que los de la fortuna, sólo se conservan a base de esfuerzo, y el diablo procura no dejarle tranquilo; si puede, no dejará de intentar apartarle de sus santos propósitos, ya que se refieren a una gran multitud de almas que usted podría librar de su tiranía con la fuerza de la santa palabra que usted les debe, y con la gracia de su vocación. Son grandes los designios de Dios sobre usted, para que ejerza el mismo oficio de Jesucristo en la tierra. Merece la pena que resista usted valientemente a la tentación, con una especial confianza en la ayuda de su divina bondad. Animo, pues, padre; séale usted fiel y él le será propicio. Le ruego humildemente que le conceda a usted esta gracia y que le dé a conocer el afecto y la estima que siento por su persona, y que son mucho mayores de lo que usted podría imaginarse.

Carta 1256. — Reg. 2,308.

1. El destinatario de la carta del 20 de febrero.

En cuanto a la dificultad que me pone de tratar con el padre Watebled, conviene que se esfuerce usted en superarla, pensando en el trato que el Hijo de Dios tuvo con la santísima Virgen y san José, y luego con los apóstoles, y hasta con los escribas, fariseos y tribunales. Si Dios le ha privado a ese buen sacerdote de una gran gracia exterior, ha enriquecido su interior con mucha virtud, como usted mismo reconoce. Si hay personas en la ciudad que se extrañen de que se sometan ustedes a él, serán gentes que se fija en la grandeza corporal; pero usted, que penetra más hondo, sabe cómo tiene un alma pura, dedicada totalmente al servicio de Dios, que es templo de su Espíritu, preciso y digno de veneración, y por eso no debe detenerse en el contorno material; ni siquiera habría que someterse a un hombre por su virtud, por mucha santidad que pueda tener, sino sólo por Dios, a quien hay que ver en él. Es lo que ruego que haga en la persona del padre Watebled y en la de quien pueda sucederle.

Me parece que le perjudica a usted la vida sedentaria. Eso procede de una sangre caliente y de un espíritu vivo, que se moderan con la edad y no con un cambio de residencia. Pues por todas partes llevamos nuestro temperamento. Y ese calor y vivacidad son el origen de muchas inquietudes y molestias. Hay personas que se contentan con todo, y otras que no se contentan con casi nada; éstas tienen necesidad de paciencia para soportarse a sí mismas.

Me imagino que la presente le llegará casi al final de la cuaresma; por eso será inútil indicarle algún remedio para las molestias que sufre; además, no quiere usted que le dispensen de su obligación.

Le pido a Nuestro Señor que podamos morir a nosotros mismos para resucitar con él, que sea él la alegría de nuestros corazones, el objeto y el alma de sus acciones y su gloria en el cielo. Así será si nos humillamos ahora como él se humilló, si renunciamos a nuestras propias satisfacciones para seguirle, llevando nuestras pequeñas cruces, y si entregamos voluntariamente nuestras vidas, como dio él la suya, por nuestro prójimo, a quien él ama tanto y quiere que nosotros amemos como a nosotros mismos.

Espero con confianza sus oraciones.

1257 [1203,III,630]

**BALTASAR GRANGIER, OBISPO DE TREGUIER,
A SAN VICENTE**

1650.

Le doy las gracias por el fiel ministerio de sus cuatro sacerdotes en las misiones de este lugar. Su capacidad, su celo y su asiduidad en predicar y confesar han sido tan grandes que han obtenido un gran éxito; puedo decir que todos los habitantes de este lugar, de toda edad, sexo y condición, se han convertido y que tengo muchos motivos para alabar a Dios por haberme dado, por medio de usted, tan buenos obreros. El padre... tiene una energía en la cátedra que nadie se le resiste; se lo pido ya para la misión de... del año que viene.

1258 [1204,III,630-631]

A UN OBISPO

[Entre 1646 Y 1652] ¹

Señor obispo:

Un religioso de esta ciudad ha defendido una tesis con una proposición sacada del jansenismo y condenada por la Sorbona; el señor canciller ² entonces ha hecho prohibir la reunión y las disputas que iban a celebrarse sobre aquel tema. Cuando el superior puso para ello algunas dificultades, él lo mandó buscar y le dijo que, si faltaba a su deber, sabía la manera de que cumpliera lo mandado, él y todos los suyos. Le ordenó luego ir a ver al señor nuncio, que le reprendió seriamente por no haber impedido que se defendiera esta tesis, y le amenazó con el castigo a él y a todos los suyos que favoreciesen estas doctrinas, y que le escribiría al Papa y al general. Dicho superior y toda su comunidad castigaron luego ellos mismos a ese religioso, de-

Carta 1257. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. I, 45.

Carta 1258. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. XII, 417.

1. San Vicente habla aquí del jansenismo con un tono decidido y firme que no le era habitual antes de 1646, por otra parte, la carta parece ser del tiempo en que formaba parte del consejo de conciencia.

2. Pedro Séguier.

clarándolo incapaz para todos los cargos y oficios en la Orden y privado de voz activa y pasiva; y luego lo echaron de la casa. Esto hace esperar, que si en adelante es uno firme en impedir estos excesos, podrá disiparse finalmente esta perniciosa doctrina.

1259 [1205,III,631-632]

A UN OBISPO

[Entre 1634 y 1652] ¹

Hace un año poco más o menos que me tomé el honor de escribirle a propósito de la elección de... para abad de..., a fin de que se tomase usted la molestia de venir a París a informar a la reina de las cualidades de esa persona y de las necesidades de la abadía. Pero debido a ciertas circunstancias que se lo impidieron, tuvo usted la bondad de indicarme por carta las justas razones que había para impedir que dicha elección llegara a realizarse. La cosa se ha ido arrastrando, debido a la oposición de dos religiosos electores llamados a la elección un día después de haberse realizado ésta; esa oposición ha sido aceptada por el parlamento en contra del elegido, que ahora está insistiendo con todo ardor para que lo confirmen y urge la expedición del breve de nombramiento. Y como lo apoyan muchas personas poderosas, hay motivos para temer que se salga con la suya; por eso es muy necesaria aquí la presencia de usted, para que hable con la reina y les dé peso a las razones para impedir este mal. Sé que Su Majestad, que le estima mucho, le recibirá con agrado. El señor canciller ha visto bien que le avise, como lo hago humildemente, para que venga cuanto antes, por amor de Dios. Me tomo esta confianza, porque sé con cuánto ánimo defiende usted sus intereses. Quizás de este momento, como me hizo usted el favor de indicarme, dependa la reforma de esa casa y las de su filiación, y quiera Nuestro Señor que se le deba a usted el mérito de este resultado tan deseable, como a uno de los prelados del reino que mayor celo demuestran por la gloria de su iglesia.

Carta 1259. — ABELLY, *o.c.*, II, cap. XIII, 457.

1. Tiempo durante el cual san Vicente formó parte del consejo de conciencia.

CONCORDANCIAS

Castel.	Coste	Miss. Char.	Castel.	Coste	Miss. Char.
868	829		902	(862)	49
869	830		903	863	
870	831		904	864	
871	832		905	865	
872	833		906	866	
873	834		907	867	
874	835		908	868	
875	836		909	—	50
876	837		910	869	
877	838		911	(870)	51
878	839		912	871	
879	840		913	872	
880	841		914	873	
881	842		915	874	
882	843		916	875	
883	844		917	876	
884	845		918	(877)	52
885	846		919	878	
886	847		920	879	
887	848		921	880	
888	849		922	881	
889	850		923	882	
890	851		924	883	
891	852		925	884	
892	853		926	885	
893	854		927	886	
894	—	48	928	887	
895	855		929	888	
896	856		930	889	
897	857		931	890	
898	858		932	891	
899	859		933	892	
900	860		934	893	
901	861		935	894	

Castel.	Coste	Miss. Char.	Castel.	Coste	Miss. Char.
936	895		979	938	
937	896		980	939	
938	897		981	940	
939	898		982	941	
940	899		983	942	
941	900		984	943	
942	901		985	944	
943	902		986	945	
944	903		987	946	
945	904		988	947	
946	905		989	948	
947	906		990	949	
948	907		991	950	
949	908		992	951	
950	909		993	952	
951	910		994	953	
952	911		995	954	
953	—	53	996	955	
954	912		997	956	
955	913		998	957	
956	914		999	958	
957	915		1000	959	
958	916		1001	960	
959	917		1002	961	
960	918		1003	962	
961	919		1004	963	
962	920		1005	964	
963	921		1006	965	
964	922		1007	966	
965	923		1008	967	
966	924		1009	968	
967	925		1010	969	
968	926		1011	970	
969	927		1012	971	
970	928		1013	972	
(1)			1014	973	
971	930		1015	974	
972	931		1016	975	
973	932		1017	976	
974	933		1018	977	
975	934		1019	978	
976	935		1020	979	
977	936		1021	980	
978	937		1022	981	

1. La carta 929 del t. III de Coste pasa al t. VI de la edición castellana.

Castel.	Coste	Miss. Char.	Castel.	Coste	Miss. Char.
1023	982		1070	1025	
1024	983		1071	1026	
1025	984		1072	1027	
1026	—	54	1073	1028	
1027	985		1074	—	55
1028	986		1075	1029	
1029	987		1076	1030	
1030	988		1077	1031	
1031	989		1078	1032	
1032	990		1079	1033	
1033	991		1080	3304	(t. VIII, 527)
1034	992		1081	3305	(t. VIII, 528)
1035	993		1082	1034	
1036	994		1083	1035	
1037	995		1084	1036	
1038	996		1085	1037	
1039	997		1086	1038	
1040	998		1087	1039	
1041	999		1088	1040	
1042	1000		1089	1041	
1043	1001		1090	1042	
1044	1002		1091	1043	
1045	1003		1092	1044	
1046	1004		1093	1045	
1047	1005		1094	1046	
1048	1006		1095	—	56
1049	1007		1096	1047	
1050	1008		1097	1048	
1051	3306	(t. VIII, 529)	1098	1049	
1052	1009		1099	1050	
1053	3307	(t. VIII, 529)	1100	1051	
1054	1010		1101	1052	
1055	1011		1102	1053	
1056	1012		1103	1054	
1057	1013		1104	1055	
1058	1014		1105	1056	
1059	3289	(t. III, 522)	1106	1057	
1060	1015		1107	3320	(t. XIII, 843)
1061	1016		1108	1058	
1062	1017		1109	1059	
1063	1018		1110	1060	
1064	1019		1111	1061	
1065	1020		1112	1062	
1066	1021		1113	1063	
1067	1022		1114	1064	
1068	1023		1115	3302	(t. VIII, 525)
1069	1024		1116	1065	

Castel.	Coste	Miss. Char.	Castel.	Coste	Miss. Char.
1117	1066		1164	1111	
1118	1067		1165	1112	
1119	1068		1166	1113	
1120	1069		1167	1114	
1121	1070		1168	1115	
1122	1071		1169	1116	
1123	1072		1170	1117	
1124	1073		1171	1118	
1125	1074		1172	1119	
1126	1075		1173	1120	
1127	1076		1174	1121	
1128	1077		1175	1122	
1129	1078		1176	1123	
1130	1079		1177	1124	
1131	1080		1178	1125	
1132	1081		1179	1126	
1133	1082		1180	1127	
1134	1083		1181	1128	
1135	1084		1182	1129	
1136	1085		1183	1130	
1137	1086		1184	1131	
1138	1087		1185	1132	
1139	1088		1186	1133	
1140	1089		1187	1134	
1141	1090		1188	1135	
1142	—	57	1189	1136	
1143	1091		1190	1137	
1144	1092		1191	1138	
1145	1093		1192	1139	
1146	1094		1193	—	58
1147	1095		1194	1140	
1148	1096		1195	1141	
1149	1097		1196	1142	
1150	1098		1197	1143	
1151	1099		1198	1144	
1152	1100		1199	1145	
1153	1101		1200	1146	
1154	1102		1201	1147	
1155	1103		1202	1148	
1156	3321 (t. XIII, 843-844)		1203	1149	
1157	1104		1204	1150	
1158	1105		1205	1151	
1159	1106		1206	1152	
1160	1107		1207	1153	
1161	1108		1208	1154	
1162	1109		1209	1155	
1163	1110		1210	1156	

Castel.	Coste	Miss. Char.	Castel.	Coste	Miss. Char.
1211	1157		1236	1182	
1212	1158		1237	1183	
1213	1159		1238	1184	
1214	1160		1239	1185	
1215	1161		1240	1186	
1216	1162		1241	1187	
1217	1163		1242	1188	
1218	1164		1243	1189	
1219	1165		1244	1190	
1220	1166		1245	1191	
1221	1167		1246	1192	
1222	1168		1247	1193	
1223	1169		1248	1194	
1224	1170		1249	1195	
1225	1171		1250	1196	
1226	1172		1251	1197	
1227	1173		1252	1198	
1228	1174		1253	1199	
1229	1175		1254	1200	
1230	1176		1255	1201	
1231	1177		1256	1202	
1232	1178		1257	1203	
1233	1179		1258	1204	
1234	1180		1259	1205	
1235	1181				

INDICE GENERAL

868. A Esteban Blatiron, 2 agosto 1646	7
869. A Luisa de Marillac 4 agosto 1646	10
870. Luisa de Marillac a san Vicente, 11 agosto [1646]	11
871. A Antonio Portail, 12 agosto 1646	13
872. A Luisa de Marillac vigilia de la Asunción [1646]	16
873. Julián Guérin, sacerdote de la Misión, a san Vicente, agosto 1646	19
874. Al cardenal Mazarino, 20 agosto 164	20
875. A Luisa de Marillac, 21 agosto 1646	20
876. Luisa de Marillac a san Vicente, 22 agosto [1646]	21
877. A unos parientes	23
878. A Juan Barreau, día de san Bartolomé 1646	23
879. A Esteban Blatiron, día de san Bartolomé 1646	25
880. A Luisa de Marillac, día de san Luis 1646	26
881. A Gilberto Cuissot, día de san Luis 1646	27
882. A Antonio Portail, 25 agosto 1646	28
883. El cardenal Mazarino a san Vicente, 27 agosto [1646]	31
884. Juan Garron a san Vicente, 27 agosto 1646	31
885. Luisa de Marillac a san Vicente, 28 agosto [1646]	32
886. A Luis Callon, 28 agosto 1646	34
887. A Juan Martin, [finales agosto 1646]	35
888. A Juan Dehorgny, 31 agosto 1646	36
889. A Juan Bourdet, 1 septiembre 1646	38
890. Al cardenal Mazarino, 4 septiembre 1646	41
891. A Juan Barreau, 6 septiembre 1646	42
892. A Juan Martin, 6 septiembre 1646	44
893. El cardenal Mazarino a san Vicente, 7 septiembre 1646	45
894. A Bonifacio Nouelly, 7 septiembre 1646	45
895. A Claudio de Marbeuf, 8 septiembre 1646	48
896. A N..., 12 septiembre 1646	51

897.	A Juan de Fonteneil, 13 septiembre 1646	51
898.	A Claudio Dufour, 13 septiembre 1646	2
899.	A Juan Martín, 14 septiembre 1646	53
900.	A Juan Francisco de Gondi [agosto-noviembre 1646]	54
901.	A Antonio Portail, 22 septiembre 1646	57
902.	A Juan Dehorgny, 27 septiembre 1646	58
903.	A Juan Martín, 27 septiembre 1646	60
904.	A Renato Alméras, padre, [28, 29 ó 30 septiembre 1646]	61
905.	Al superior de la casa de Toul, 1646	63
906.	A una religiosa de la Visitación [1 al 6 octubre 1646]	63
907.	Al cardenal Grimaldi, 4 octubre 1646	65
908.	Al señor Desgordes, 4 octubre 1646	67
909.	A Guillermo Delville, 4 octubre 1646	68
910.	A Andrés Prat, 5 octubre 1646	70
911.	Al padre Antonio Portail, 6 octubre [1646]	71
912.	A Francisco du Coudray, [6 octubre 1646]	75
913.	A Esteban Blatiron, superior de Génova, a san Vicente, 1646	75
914.	A una religiosa de la Visitación, día de san Dionisio [1646]	77
915.	Renato Alméras, padre, a san Vicente [octubre 1646]	78
916.	A Antonio Portail 13 octubre [1646]	79
917.	A Edmundo Dwyer, 15 [octubre 1646]	80
918.	Al padre Antonio Portail, 18 [octubre 1646]	82
919.	Al marqués de Mirepoix, 20 [octubre 1646]	84
920.	A un sacerdote de la Misión, octubre 1646	85
921.	Nicolás Pavillon, obispo de Alet, a san Vicente, 25 octubre 1646	88
922.	A Esteban Blatiron, 26 octubre 1646	89
923.	A Antonio Portail, 27 octubre 1646	90
924.	A Francisco Perrochel, último de octubre 1646	92
925.	A Juan Martín, día de difuntos [1646]	93
926.	A Esteban Blatiron, 2 noviembre [1646]	94
927.	A Antonio Portail, 3 noviembre 1646	95
928.	A Juan Dehorgny, 8 noviembre 1646	96
929.	A Antonio Portail, 10 noviembre [1646]	100
930.	Luisa de Marillac a san Vicente, [noviembre 1646]	102
931.	Luisa de Marillac a san Vicente, [antes de 1650]	103
932.	A Miguel Alix, 23 noviembre [1646]	104
933.	A Esteban Blatiron, 23 noviembre 1646	106
934.	A Guillermo Delattre, 23 noviembre 1646	107
935.	A Antonio Portail, 23 noviembre [1646]	107
936.	A Bonifacio Nouelly, 2 [noviembre 1646]	109
937.	A un sacerdote de la Misión, 24 noviembre 1646	110
938.	A un sacerdote de la Misión, 27 noviembre [1646]	112
939.	Luisa de Marillac a san Vicente, [1646]	114
940.	A Antonio Portail, 1 diciembre [1646]	116

941.	A Luis Thibault, 2 [diciembre 1646]	116
942.	A Juan Martín, 7 diciembre [1646]	117
943.	A Antonio Portail, 8 diciembre [1646]	119
944.	A Santiago Tholard, 8 diciembre [1646]	120
945.	A Juan Martín, 14 diciembre 1646	121
946.	A Bernardo Codoing, 15 diciembre 11646]	122
947.	A Luis Rivet, 19 diciembre 1646	123
948.	A Dionisio Gautier, 23 diciembre [1646]	124
949.	A Santiago Chiroye, 23 diciembre 1646	127
950.	Julián Guérin, sacerdote de la Misión, a san Vicente, [entre 1645 y mayo 1648]	128
951.	A Luisa de Marillac [entre 1645 y 1651]	129
952.	A Esteban Blatiron, 28 diciembre [1646]	130
953.	Dedicatoria de Carlos Aubert a san Vicente	131
954.	A Esteban Blatiron, 4 enero 1647	132
955.	Alano de Solminihac, obispo de Cahors, a san Vicente [1647] ...	133
956.	A Juan Martín, 11 enero 1647	134
957.	Luisa de Marillac a san Vicente, [entre 1643 y 1649]	135
958.	A Juan Martín, 1 febrero 1647	135
959.	A Juan Martín, 18 febrero 1647	136
960.	Luisa de Marillac a san Vicente, [entre 1639 y 1649]	137
961.	A Juan Martín, último de febrero 1647	138
962.	A Francisco Adhémar de Monteil, arzobispo de Arlés , 29 febrero 1647	140
963.	Alano de Solminihac a san Vicente, 3 marzo 1647	141
964.	A Juan Dehorgny, marzo 1647	142
965.	A Juan Martín, 8 marzo 1647	144
966.	A Esteban Blatiron, 8 marzo 1647	145
967.	Luisa de Marillac a san Vicente, 10 marzo [1647]	145
968.	A monseñor Ingoli, 15 marzo 1647	147
969.	Un sacerdote de la Misión a san Vicente, 1647	148
970.	A Juan Martín, 15 marzo 1647	148
971.	Un sacerdote de la Misión a san Vicente, 1647	149
972.	A Claudio Dufour, 31 marzo 1647	150
973.	A un superior, 9 abril 1647	152
974.	A Francisco Adhémar de Monteil, [1647]	153
975.	Julián Guérin, sacerdote de la Misión, a san Vicente [entre 1645 y mayo de 1648]	154
976.	Luisa de Marillac a san Vicente [entre 1642 y 1649]	154
977.	A Luisa de Marillac, [entre 1642 y 1649]	155
978.	Luisa de Marillac a san Vicente, día de Pascua [21 abril 1647] ...	155
979.	A Claudio Dufour, 23 abril 1647	158
980.	A las Hijas de la Caridad del hospital de Nantes, 24 abril 1647 ...	159
981.	Santiago Lescot a san Vicente 1647	163
982.	A Juan Martín, 26 abril 1647	164

983.	A Juan Dehorgny, 2 mayo 1647	165
984.	A Juan Martin, 3 mayo 1647	167
985.	Esteban Blatiron a san Vicente, 6 mayo 1647	168
986.	A Juan Dehorgny, 9 mayo 1647	169
987.	A Renato Alméras, 10 mayo 1647	169
988.	A Juan Martin, 10 mayo 1647	171
989.	A Bernardo Codoing, 11 mayo 1647	172
990.	A la madre Catalina de Beaumont, 19 mayo 1647	172
991.	A Esteban Blatiron, 24 mayo 1647	175
992.	Julián Guérin a san Vicente, 1647	175
993.	A Juan Martin, último de mayo 1647	176
994.	Luisa de Marillac a san Vicente [junio 1647]	177
995.	A Luisa de Marillac	178
996.	A Luisa de Marillac, [hacia 1647]	178
997.	A Luisa de Marillac	179
998.	A Luisa de Marillac, [hacia 1647]	179
999.	A Juan Martin, 7 junio 1647	180
1000.	A Antonio Portail, 14 junio 1647	180
1001.	A Claudio Dufour, 15 junio 1647	181
1002.	Julián Guérin a san Vicente, junio 1647	182
1003.	A Esteban Blatiron, 21 junio 1647	183
1004.	A Juan Martin, 21 junio 1647	183
1005.	Luisa de Marillac a san Vicente, 24 junio [1647]	184
1006.	A Luisa de Marillac, 26 junio 1647	186
1007.	Luisa de Marillac a san Vicente, 26 junio [1647]	187
1008.	A Luis Serre, 2 julio 1647	188
1009.	A un sacerdote de la Misión de la casa de Richelieu, 7 julio 1647	188
1010.	A Luisa de Marillac, [7 julio 1647]	189
1011.	Luisa de Marillac a san Vicente, [julio 1647]	189
1012.	Las Hijas de la Caridad de la casa madre a san Vicente 23 julio [1647]	190
1013.	A Luisa de Marillac, [julio 1647]	191
1014.	Lamberto aux Couteaux a san Vicente, 26 julio 1647	191
1015.	Juan Barreau a san Vicente., 27 julio 1647	194
1016.	Julián Guérin a san Vicente, [entre 1645 y mayo 1648]	201
1017.	A Alano de Solminihac, 30 julio 1647	201
1018.	A un sacerdote de la Misión, [1647]	203
1019.	Julián Guérin a san Vicente, [entre 1645 y mayo 1648]	203
1020.	Luisa de Marillac a san Vicente, [agosto 1647]	204
1021.	Alano de Solminihac a san Vicente, 20 agosto 1647	206
1022.	Luisa de Marillac a san Vicente, [22 agosto 1647]	208
1023.	Luisa de Marillac a san Vicente, día de san Bartolomé	209
1924.	A Luisa de Marillac, [25 agosto 1647]	210
1025.	A Juan Francisco de Gondi, 3 septiembre 1647	211
1026.	A Juan Francisco de Gondi, 8 septiembre 1647	212
1027.	A Maturino Gentil, 17 septiembre 1647	213
1028.	A Antonio Portail, 20 septiembre 1647	215

1029.	A Carlos Testacy, 21 septiembre 1647	216
1030.	Alano de Solminihac a san Vicente, 21 septiembre 1647	217
1031.	A Esteban Blatiron, 27 septiembre 1647	218
1032.	A Juan Barreau, [fines de septiembre o principios de octubre 1647]	219
1033.	A un sacerdote de la Misión, [fines de septiembre o principios de octubre, 1647]	220
1034.	A Santiago Desclaux, 2 octubre 1647	220
1035.	A Antonio Portail, 4 octubre 1647	223
1036.	El cardenal Mazarino a san Vicente, 10 octubre 1647	226
1037.	A Guillermo Delville, 11 octubre 1647	227
1038.	A Juan Chrétien, [entre septiembre y noviembre de 1647]	229
1039.	A Juan Le Vacher, [entre septiembre y noviembre de 1647]	230
1040.	Luisa de Marillac a san Vicente, 19 octubre [1647]	230
1041.	Luisa de Marillac a san Vicente, [octubre 1647]	231
1042.	Luisa de Marillac a san Vicente, [noviembre 1647]	232
1043.	Alano de Solminihac a san Vicente, 4 diciembre 1647	233
1044.	A Esteban Blatiron, 13 diciembre 1647	234
1045.	Esteban Blatiron a san Vicente, 16 diciembre 1647	235
1046.	A Antonio Portail, 20 diciembre 1647	235
1047.	A Nicolás Pavillon, [3 enero 1648]	236
1048.	Luisa de Marillac a san Vicente, [entre 1644 y 1649]	237
1049.	Luisa de Marillac a san Vicente, [15 enero 1648]	239
1050.	A varios sacerdotes, 17 enero 1648	241
1051.	Luisa de Marillac a san Vicente, [entre 1645 y 1649]	241
1052.	Luisa de Marillac a san Vicente, 23 enero [1648]	242
1053.	A Luisa de Marillac, [entre 1645 y 1649]	243
1054.	A la duquesa de Aiguillon, 24 enero 1648	243
1055.	Nicolás Pavillon a san Vicente, 29 enero 1648	245
1056.	Un sacerdote de la Misión a san Vicente, 1648	246
1057.	Baltasar Grangier a san Vicente 1648	246
1058.	A un sacerdote de la Misión, [1648]	247
1059.	La señora de Villeneuve a san Vicente, 4 febrero 1648	247
1060.	A Antonio Portail, 7 febrero 1648	248
1061.	A Antonio Portail, 14 febrero [1648]	250
1062.	A Esteban Blatiron, 14 febrero 1648	252
1063.	A la marquesa de Maignelay, sábado por la mañana [1647 ó 1648]	253
1064.	Luisa de Marillac a san Vicente	254
1065.	A Carlos Nacquart, 22 marzo 1648	255
1066.	A Dionisio Gautier, 29 marzo 1648	261
1067.	Carlos Nacquart a san Vicente, 1 abril 1648	262
1068.	Nicolás Gondrée a san Vicente, 3 abril 1648	265
1069.	A Luisa de Marillac, [entre 1645 y 1649]	267
1070.	Juan Jacobo Olier a san Vicente [abril 1648]	268
1071.	Alano de Solminihac a san Vicente, abril 1648	269

1072.	A Antonio Portail, 24 abril 1648	271
1073.	A Dionisio Gautier, 26 abril 1648	271
1074.	A Juan Dehorgny, 28 abril 1648	273
1075.	Luisa de Marillac a san Vicente, día de santa Mónica [4 de mayo 1648]	273
1076.	A Antonio Portail, 8 mayo 1648	275
1077.	Julián Guérin a san Vicente, mayo 1648	275
1078.	Luisa de Marillac a san Vicente, 13 mayo 1648	276
1079.	A Juan Martin 15 mayo 1648	277
1080.	Luisa de Marillac a san Vicente, [mayo, entre 1646 y 1648]	277
1081.	A Luisa de Marillac [mayo, entre 1646 y 1648]	278
1082.	Dionisio Gautier a san Vicente, 1648	279
1083.	Juan Barreau a san Vicente, [mayo 1648]	279
1084.	Luisa de Marillac a san Vicente, [antes del 1650]	288
1085.	A Juan Martin, 22 mayo 1648	289
1086.	A Juan Martin, 12 junio 1648	289
1087.	A Maturino Gentil, 14 junio 1648	290
1088.	Tomás Turchi a san Vicente, 15 junio 1648	291
1089.	Luisa de Marillac a san Vicente, [junio 1648]	293
1090.	A Luisa de Marillac, [junio 1648]	294
1091.	A Juan Dehorgny, 25 junio 1648	295
1092.	Carlos Nacquart a san Vicente, [25 junio 1648]	305
1093.	A Juan Martin, 26 junio 1648	307
1094.	A Propaganda Fide, [1648]	308
1095.	Dedicatoria de J. B. de la Place a san Vicente [1648]	309
1096.	A Esteban Blatiron, 3 julio 1648	311
1097.	Juan Le Vacher a san Vicente, 1648	311
1098.	A Bernardo Codoing, 11 julio 1648	312
1099.	A los letrados de la ciudad de Paris [hacia el 14 de julio de 1648]	313
1100.	A un clérigo de la Misión, 15 julio 1648	314
1101.	Alano de Solminihac a san Vicente, 15 julio 1648	315
1102.	Alano de Solminihac a san Vicente, 22 julio 1648	317
1103.	A Claudio Dufour, 24 julio 1648	318
1104.	A un sacerdote de la Misión, 24 julio 1648	320
1105.	Alano de Solminihac a san Vicente, 28 julio 1648	321
1106.	A Dionisio Gautier, [julio 1648]	325
1107.	A Francisco Boulart, 7 agosto 1648	328
1108.	A Esteban Blatiron, 15 agosto 1648	328
1109.	Edmundo Dwyer a san Vicente, [por agosto de 1648]	329
1110.	Tomás Walsch a san Vicente, 16 agosto [1648]	329
1111.	Juan Le Vacher a san Vicente, [1648]	330
1112.	A sor Magdalena-Isabel de Maupeou, 3 septiembre 1648	331
1113.	A Luisa de Marillac, 5 septiembte 1648	332
1114.	A Juan Dehorgny, 10 septiembre 1648	333

1115.	La señora de Villeneuve a san Vicente, 2 septiembre 1648	342
1116.	A Esteban Blatiron, 25 septiembre 1648	343
1117.	A Luisa de Marillac, [octubre 1648]	344
1118.	Luisa de Marillac a san Vicente, [octubre 1648]	346
1119.	A Renato Alméras, 23 octubre 1648	347
1120.	A Antonio Portail, 30 octubre 1648	351
1121.	A Esteban Blatiron, 30 octubre 1648	351
1122.	A un obispo recién elegido, nonas de noviembre 1648	351
1123.	Luisa de Marillac a san Vicente, 6 noviembre [1648]	354
1124.	A Luisa de Marillac, [6 ó 7 noviembre 1648]	355
1125.	A Maturino Gentil, 7 noviembre 1648	356
1126.	A Luis Rivet, 15 noviembre 1648	357
1127.	Enrique de Maupas de Tour a san Vicente, 18 noviembre 1648	358
1128.	San Vicente a Tomás Turchi, 26 noviembre [1648]	359
1129.	A Juan Barreau, 4 diciembre 1648	359
1130.	Luisa de Marillac a san Vicente, [diciembre 1648]	359
1131.	Esteban Blatiron a san Vicente, 10 diciembre 1648	360
1132.	A Renato Alméras, 11 diciembre 1648	360
1133.	Tomás Turchi a san Vicente, 21 diciembre 1648	361
1134.	A Esteban Blatiron, día de [Navidad 1648]	363
1135.	A un sacerdote de la Misión [diciembre 1648 o enero 1649]	366
1136.	Al marqués Desportes, último día del año 1648	366
1137.	A Lamberto aux Couteaux, 18 enero 1649	367
1138.	A Antonio Portail, 22 enero 1649	368
1139.	A Luisa de Marillac, 4 febrero 1649	370
1140.	A Santiago Morais, 5 febrero 1649	372
1141.	A las Damas de la Caridad, 11 febrero 1649	373
1142.	A Lamberto aux Couteaux, [febrero o marzo de 1649]	375
1143.	A Dionisio Gautier, 25 febrero 1649	376
1144.	La duquesa de Aiguillon a san Vicente 2 marzo 1649	378
1145.	A Antonio Portail, 4 marzo 1649	380
1146.	A Luisa de Marillac, 14 marzo 1649	382
1147.	Edmundo Dwyer a san Vicente, [1649 ó 1650]	383
1148.	A Luisa de Marillac, 23 marzo 1649	384
1149.	A Luisa de Marillac, lunes de pascua 1649	386
1150.	Luisa de Marillac a san Vicente, 6 abril 1649	388
1151.	A Luisa de Marillac, 9 abril 1649	389
1152.	A Luisa de Marillac, 15 abril 1649	390
1153.	A Luisa de Marillac, 28 abril 1649	391
1154.	A Antonio Portail, 11 mayo 1649	394
1155.	A Luisa de Marillac, día siguiente de la Ascensión [1649]	395
1156.	A Luisa de Marillac, 19 mayo 1649	397
1157.	Carlos Nacquart a san Vicente, [27 mayo 1649]	398
1158.	A Luisa de Marillac, 29 mayo 1649	409

1159.	Un sacerdote de la Misión a san Vicente, [entre 1645 y 1660] ...	410
1160.	Benjamín Huguier a san Vicente, 5 junio 1649 ...	411
1161.	A Miguel Thépault de Rumelin, 7 junio 1649 ...	413
1162.	A Renato Alméras, 18 junio 1649 ...	414
1163.	A Gabriel Delespiney, 19 junio 1649 ...	415
1164.	Al Hermano Santiago Rivet, 19 junio 1649 ...	416
1165.	A un sacerdote de la Misión, [por junio de 1649] ...	417
1166.	Al Hermano Santiago Rivet, 27 junio 1649 ...	418
1167.	A la madre Juana-Margarita Charu, [por junio de 1649] ...	418
1168.	A Bernardo Codoing, 30 junio 1649 ...	421
1169.	A Luis Thibault, 3 julio 1649 ...	422
1170.	A Hugo Perraud, 4 julio 1649 ...	423
1171.	A un sacerdote de la Misión en Génova ...	424
1172.	A Renato Alméras, 9 julio 1649 ...	424
1173.	A Esteban Blatiron, 9 julio 1649 ...	425
1174.	Alano de Solminihac a san Vicente, 9 julio 1649 ...	425
1175.	A Bernardo Codoing, 25 julio 1649 ...	427
1176.	Alano de Solminihac a san Vicente, 28 julio 1649 ...	428
1177.	Al Hermano Francisco Fournier, 1 agosto 1649 ...	428
1178.	A Antonio Portail, 6 agosto 1649 ...	429
1179.	A Esteban Blatiron, [por el 6 de agosto de 1649] ...	432
1180.	A un sacerdote de la Misión, [por el 6 de agosto de 1649] ...	433
1181.	Luisa de Marillac a san Vicente, sábado [agosto de 1649] ...	433
1182.	Luisa de Marillac a san Vicente, [agosto 1649] ...	434
1183.	Luisa de Marillac a san Vicente, 30 agosto [1649] ...	434
1184.	A N..., 31 agosto 1649 ...	435
1185.	A Luisa de Marillac, 2 septiembre [1649] ...	436
11.86.	Al señor Des Vergnes, 4 septiembre 1649 ...	437
1187.	Al Hermano Santiago Rivet, 5 septiembre 1649 ...	438
1188.	A la superiora del segundo monasterio de la Visitación de París, día de la Natividad de la Virgen ...	440
1189.	A Renato Alméras, 11 septiembre 1649 ...	441
1190.	A un sacerdote de la Misión, [1649] ...	442
1191.	A Esteban Blatiron, 17 septiembre 1649 ...	443
1192.	A Claudio Dufour, 18 septiembre 1649 ...	444
1193.	Carta de Martin Levasseur a san Vicente, 29 septiembre 1649 ...	444
1194.	Al Padre Francisco Blanchart, día de san Jerónimo 1649 ...	450
1195.	A Filiberto de Beaumanoir de Lavardin, octubre 1649 ...	451
1196.	A Santiago Chiroye, 3 octubre 1649 ...	453
1197.	A Renato Alméras, 8 octubre 1649 ...	454
1198.	A Maturino Gentil, 12 octubre 1649 ...	454
1199.	El cardenal Mazarino a san Vicente, 13 octubre 1649 ...	456
1200.	Esteban Blatiron a san Vicente, 19 octubre 1649 ...	456

1201.	A Guillermo Delattre, 23 octubre 1649	461
1202.	A monseñor Dionisio Massari, 5 noviembre 1649	462
1203.	A Maturino Gentil, 9 noviembre 1649	463
1204.	Esteban Blatiron a san Vicente, noviembre 1649	464
1205.	Luisa de Marillac a san Vicente, [entre 1647 y 1649]	465
1206.	Al Hermano Santiago Rivet, 13 noviembre 1649	466
1207.	A Marcos Coglée, 15 noviembre [1649]	467
1208.	Luisa de Marillac a san Vicente, [noviembre 1649]	467
1209.	Luisa de Marillac a san Vicente, [noviembre 1649]	468
1210.	Luisa de Marillac a san Vicente, [noviembre 1649]	470
1211.	A Juan Gicquel, 5 diciembre 1649	471
1212.	A Luis Rivet, 8 diciembre 1649	472
1213.	A Renato Alméras, 10 diciembre 1649	473
1214.	Luisa de Marillac a san Vicente, [diciembre 1649]	474
1215.	A Simón Le Gras, 15 diciembre 1649	476
1216.	A Bernardo Codoing, 15 diciembre 1649	477
1217.	Alano de Solminihac a san Vicente, 15 diciembre 1649	478
1218.	Luisa de Marillac a san Vicente, [diciembre 1649]	480
1219.	Luisa de Marillac a san Vicente, [diciembre 1649]	480
1220.	A Luisa de Marillac, [diciembre 1649]	482
1221.	A Bernardo Codoing, 18 diciembre 1649	483
1222.	Luisa de Marillac a san Vicente, 20 diciembre [1649]	484
1223.	A Esteban Blatiron, día último del año 1649	485
1224.	Alano de Solminihac a san Vicente, 5 enero 1650	486
1225.	A Marcos Coglée, 7 enero 1650	488
1226.	A Santiago Chiroye, 9 enero 1650	488
1227.	A Luis Serre, 11 enero 1650	489
1228.	A un obispo, [entre 1643 y 1652]	489
1229.	A la madre Ana María Bollain	490
1230.	A los superiores de las casas de la Compañía, 15 enero 1650	492
1231.	A Luisa de Marillac, [enero 1650]	499
1232.	A Renato Alméras, 4 febrero 1650	499
1233.	Carlos Nacquart a san Vicente, 5 febrero 1650	500
1234.	A Guillermo Delattre, 6 febrero 1650	534
1235.	A un sacerdote de la Misión	535
1236.	A Maturino Gentil, 9 febrero 1650	535
1237.	Carlos Nacquart a san Vicente, 9 febrero 1650	536
1238.	A las Hijas de la Caridad de Valpuseaux, 10 febrero 1650	552
1239.	A Renato Alméras, 11 febrero 1650	553
1240.	Luisa de Marillac a san Vicente, [febrero 1650]	553
1241.	Alano de Solminihac a san Vicente, 15 febrero 1650	554
1242.	Carlos Nacquart a san Vicente, 16 febrero 1650	562
1243.	Carlos Nacquart a san Vicente, 16 febrero 1650	568
1244.	A Luis Rivet, 20 febrero 1650	569
1245.	A un sacerdote de la Misión, 20 febrero 1650	570
1246.	A sor Juana Lepeintre, 23 febrero 1650	572

1247.	A Bernardo Codoing, 23 febrero 1650	574
1248.	A Maturino Gentil, 23 febrero 1650	576
1249.	A Luisa de Marillac, [entre 1645 y 1660]	577
1250.	Un sacerdote de la Misión a san Vicente, 1650	578
1251.	A Luisa de Marillac	579
1252.	A Maturino Gentil, 16 marzo 1650	579
1253.	A Antonio Lucas, 23 marzo 1650	581
1254.	A Renato Alméras, 25 marzo 1650	582
1255.	Al Padre Blanchart, 26 marzo 1650	582
1256.	A un sacerdote de la Misión, 27 marzo 1650	583
1257.	Baltasar Grangier a san Vicente, 1650	585
1258.	A un obispo, [entre 1646 y 1652]	585
1259.	A un obispo, [entre 1643 y 1652]	586
	<i>Concordancias</i>	587
	<i>Indice general</i>	593